

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOLOGÍA
Departamento de Filología Española IV (Bibliografía
Española y Literatura Hispanoamericana)



LA PATRIA IMAGINADA DE LA LENGUA ESPAÑOLA : LA
FUNDACIÓN DEL MÉXICO LITERARIO EN EL MADRID
FINISECULAR (1878-1912)

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Carlos Alberto Ramírez Vuelvas

Bajo la dirección de los doctores

Juana Martínez Gómez
Evangelina Soltero Sánchez

Madrid, 2012

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA

Departamento de filología española IV



LA PATRIA IMAGINADA DE LA LENGUA ESPAÑOLA.

La fundación del México literario en el
Madrid finisecular (1878-1912)

TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR PRESENTADA POR
Carlos Alberto Ramírez Vuelas

Bajo la dirección de las doctoras:
Juana Martínez Gómez
Evangelina Soltero Sánchez

Madrid, 2012

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOLOGÍA
Departamento de filología española IV

La patria imaginada de la lengua española.
La fundación del México literario en el
Madrid finisecular (1878-1912)

Carlos Ramírez Vuelvas

Directoras:
Dra. Juana Martínez Gómez
Dra. Evangelina Soltero Sánchez

Madrid, 2012

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al rector de la Universidad de Colima, Miguel Ángel Aguayo López, su apoyo y su impulso para realizar mis estudios de doctorado, porque siempre mostró interés para que pudiera culminar con este proyecto largamente deseado.

A los profesores del departamento de Filología Española IV, en especial a mis asesoras, las doctoras Evangelina Soltero Sánchez y Juana Martínez Gómez quienes, con atención, diligencia y cariño, me guiaron cuidadosamente en el desarrollo de esta tesis. En el mismo sentido, a mis compañeros y amigos, preocupados porque pudiera avanzar en mis estudios dentro de la Universidad Complutense de Madrid.

A mi familia, mis padres y mis hermanas que todos los días me alientan con su cariño para que las horas de investigación y estudio sean el preámbulo a un abrazo, una broma, un día de conversación.

A Sandra y nuestra bebé que viene con ella, para quienes todo mi amor, toda mi emoción y todo mi fuerza, serían insuficiente para decirles lo que les agradezco y les quiero.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN.....	6
-------------------	---

CAPÍTULO 1. PUERTOS CULTURALES PARA BARCOS DE PAPEL.....	33
Naturaleza y cultura mexicana en el imaginario español.....	34
“La extraviada opinión que se tiene en España...”.....	47
Las rutas para llegar a la patria imaginada de la lengua española.....	53
La topografía del campo literario mexicano.....	59
Agentes, genealogías, sextantes y astrolabios.....	62

CAPÍTULO 2. BABEL DE HISPANIA.....	78
El liberalismo literario y la prolongación del alma española.....	79
Cartas de naturalización en dos antologías.....	86
La avanzada conservadora en la Villa y Corte, I.....	100
Paréntesis: Juan de Dios Peza encuentra la imaginación.....	106
La avanzada conservadora en la Villa y Corte, II.....	112
La reacción liberal: Peón Contreras, Plaza y Quevedo y Zubieta.....	124
Riva Palacio en los escenarios convexos de México y de España.....	128
Comienza el viaje, el general sale de su país.....	136

CAPÍTULO 3. SIMBOLOS PARA UNA PATRIA IMAGINADA.....	144
Riva Palacio y dos sombras en Cherburgo.....	145
Pilares de la patria imaginada: liceo, academia, ateneo y diplomacia.....	149
Intelectuales españoles saludan a las letras mexicanas.....	161
Un mural mexicano con tintes neoclásicos.....	184
Retórica para construir los símbolos de las naciones.....	194
Los entretelones del IV Centenario del Descubrimiento de América.....	198

CAPÍTULO 4. LAS NACIONES Y SUS MODERNIDADES.....	211
Los ambientes de la organización del Centenario.....	212
Festejos en la Unión, en el Ateneo y en la Asociación de Escritores.....	218
Canonicidad centenaria: la <i>Antología de la poesía hispanoamericana</i>	224
Las vitrinas de la Exposición Histórico-Americana.....	234
Otra manera de entender a las naciones: el objetivismo de fin de siglo.....	239
Desde Barcelona, Manuel Payno informa a Porfirio Díaz.....	244
Polémicas del modernismo (primera parte): con ustedes, la poesía joven de América.....	248
Último libros y despedidas del general.....	266

CAPÍTULO 5. LA PROPIA CULTURA, LA CULTURA PROPIA.....	283
Las decadencias del siglo XIX.....	284
Polémicas del modernismo (segunda parte): el afrancesamiento hispano.....	289
La avanzada conservadora en la Villa y Corte, III.....	306
Francisco A. de Icaza en el campo literario de Madrid.....	311
Justo Sierra y el Congreso Social y Económico Hispanoamericano.....	319
“Nosotros, los latinos de América”.....	329
Nuevas imágenes del México nuevo.....	338
 CAPÍTULO 6. LA LITERATURA, EL ESPACIO MENTAL DE LA LENGUA.....	 347
La vanguardia social pide un momento a la cultura.....	348
Primera despedida de Francisco A. de Icaza.....	355
Escenas sociales de Amado Nervo.....	361
Nueva modernidad: otros ateneos, otros congresos, otras revistas.....	368
Constelaciones literarias del nuevo siglo.....	380
Otros modernistas mexicanos en la Villa y Corte.....	385
La prensa española lee <i>En voz baja</i> ... y otros comentarios críticos.....	394
Rafael Altamira en el país de la revolución.....	404
El campo literario debe continuar.....	415
Justo Sierra, el panlatino muerto.....	424
 CONCLUSIONES.....	 436
 HEMEROBIBLIOGRAFÍA.....	 450
I. General.....	450
II. Bibliografía de la época e instrumentos filológicos.....	467
III. Hemerografía de la época.....	477
IV. Sitios electrónicos.....	496
 ANEXOS.....	 497
Colaboraciones de escritores mexicanos en periódicos y revistas españolas.....	498

INTRODUCCIÓN

El establecimiento de relaciones literarias entre España y México pertenece al proyecto de modernidad cultural del mundo hispánico de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Era una experiencia relativamente nueva para los dos países, aún en proceso de consolidación como estados nacionales. En este contexto, España debe considerarse un Estado-nación tardío, pero socialmente desarrollado al compararse con México, que en el panorama hispanoamericano podría considerarse una nación moderna en fase de desarrollo. Para el mundo hispánico estos impulsos de intercambio cultural y de cruce de expectativas sociales fueron estrategias para indagar en su propia identidad, motivadas por el desarrollo socicultural de conceptos utópicos del romanticismo decimonónico, como conocimiento, verdad y belleza, *topois* estéticos que fragmentaron al mismo proyecto romántico en una serie de movimiento culturales: nacionalismo, esteticismo, exotismo, sentimentalismo, indigenismo, regionalismo... En suma, la modernidad cultural de los lazos culturales entre Hispanoamérica y España se mostraría en las características discursivas de la literatura hispanoamericana y española, en concomitancia con la evolución de la estética universal guiada por el proyecto ideológico del Romanticismo.

La modernidad de las relaciones literarias entre México y España debería analizarse a partir de las situaciones culturales sincrónicas que sucedieron en ambas naciones, a mitad del siglo XIX, cuando los procesos de transformación continentales, tanto en Europa como en América, fueron coyunturales para su sociedad. Enmarcados en estos procesos de cambios paradigmáticos (la última revolución industrial, pero también la aparición del campo cultural intelectual, por citar dos situaciones concretas y ejemplares en la construcción del periodo histórico de la Modernidad), la literatura se presentó como una oportunidad para fomentar lazos afectivos, motivar intercambios culturales y generar una dinámica social trasatlántica; es decir, para gestar los discursos

nacionales en dos sociedades que, dadas las circunstancias de desigualdad económicas y técnico industrial respecto a las naciones vecinas, encontraron empatía en la exploración de símbolos compartidos para producir elementos culturales que permitieran el desarrollo de sus propias personalidades estatales.

Al conformar el proyecto estético del modernismo hispánico durante las últimas tres décadas del siglo XIX, también se forjó la gran tentativa cultural del continente americano para dialogar con la literatura europea. Sin ocupar la posición de avanzada pero sí de vigoroso exponente, el proyecto de comunicación literaria se amplió con la presencia de Rubén Darío y su obra literaria en España y en Francia. Siguiendo la ruta de Darío, el difundido *galocentrismo* del modernismo hispanoamericano situó en París la capital de su imaginario estético, en un viaje que tenía a Madrid sólo como escalada temporal.¹ Los motivos que obligaron al cambio de residencia (Madrid por París, París por Madrid) fueron reacciones a situaciones circunstanciales, no necesariamente respuestas a una inquietud estética. Los escritores que comenzaba a practicar el oficio de intelectual en la sociedad, apenas regulado a principios del siglo XIX, habrían manifestado las angustias que los llevaban de una a otra latitud en busca de las posibilidades para difundir sus letras en una colección literaria consagrada, emplearse en una agencia publicitaria o en un medio impreso, o recibir la ayuda amistosa de otro escritor con aspiraciones políticas...

Sólo por analizar una de esas circunstancias, en un momento particular, algunos estudiosos del modernismo hispanoamericano también se han ocupado de los incidentes

¹ Juan Valera, que siguió con atención el paso de algunos escritores hispanoamericanos en España, describe que “los hispanoamericanos que vienen a Europa suelen preferir para residencia Londres y, sobre todo, París, como brillante foco de cultura y elegancia”. (Juan Valera, *Ecos argentinos*. Buenos Aires, Bibliolyfe, 2009, p. 39).

de Rubén Darío en su abordaje al campo cultural europeo.² Desde la perspectiva de sus próceres poéticos (Paul Verlaine, Jean Moréas, Remy de Gourmont...) es posible suponer su fracaso al revisar la recepción de su poesía en París.³ Cuando Darío dejó por primera vez Madrid en 1892, luego de las fiestas del IV Centenario del Descubrimiento de América, supuso que saldría para siempre de las tierras de Castilla porque, imaginaba, apenas llegara a la capital de Francia ocuparía un sitio en el parnaso literario francés, “su visión del porvenir es entonces la de un rápido camino hacia la gloria, al vivo son de una marcha triunfal”.⁴ La experiencia le demostraría que en ningún otro sitio tendrá tan buena recepción literaria como en Madrid, con todo y los aspavientos que algunos intelectuales españoles expresaron al recibirlo.

Lo mismo podría decirse de tres casos paradigmáticos de escritores mexicanos que primero situaron a Madrid como sitio de paso, para fijar sus miras definitivamente en la ciudad luz francesa: Vicente Riva Palacio, Amado Nervo y Alfonso Reyes, y que en Europa modificaron sus percepciones sobre Madrid y París.⁵ Riva Palacio abandonó

² A lo largo del proyecto se utilizaron con el mismo significado las categorías “campo cultural”, “campo literario” y “campo intelectual”, según los utilizó y definió Pierre Bourdieu. “Campo de producción cultural es ese mundo social absolutamente concreto que evocaba la vieja noción de república de las letras. Pero es necesario no quedarse en lo que no es sino una imagen cómoda. Y si se pueden observar toda suerte de homologías estructurales y funcionales entre el campo social en su conjunto, o el campo político, y el campo literario que, como ellos, tiene sus dominantes y sus dominados, sus conservadores y su vanguardia, sus luchas subversivas y sus mecanismos de reproducción, en todo caso cada uno de esos fenómenos reviste en su seno una forma completamente específica (...). Hablar de homología entre el campo político y el campo literario es afirmar la existencia de rasgos estructuralmente equivalentes --lo que no quiere decir idénticos-- en conjuntos diferentes.” (Pierre Bourdieu, *Cosas dichas*. México, Gedisa. 1988, p. 97).

³ Sylvia Molloy, “La diffusion de la littérature hispano-américaine en France au XX siècle”, *PUF*, París, 1972, pp. 36-72.

⁴ Gustavo Guerrero, “Nueva narrativa del extremo Occidente: la encrucijada de la recepción internacional”, en *Letras Libres* (enero de 2007), p. 23. Al margen, habría que sintetizar las razones por las que --según el mismo Gustavo Guerrero-- la comunidad intelectual francesa no recibe con regocijo la obra: “en el París de 1900 a nadie le importa mucho la revolución que supone adaptar la prosodia gala a la métrica española, o la voluntad transgresiva y cosmopolita de romper con una tradición poética hecha de cantos patrióticos y eternas odas a la agricultura de la zona tórrida” (*Ibidem*, p. 24). ¿Qué esperaban los franceses?, Guerrero atribuye a Valéry Larbaud el diseño de los valores de la recepción francesa de la literatura hispanoamericana: “Exigimos de ellos las visiones de las villas tropicales, blancas y voluptuosas ciudades de las Antillas, villas de conventos en el corazón de los Andes negros, las verdegueantes perspectivas de avenidas acariciadas por ráfagas de aire tibio de México y Buenos Aires” (*Ibidem*).

⁵ Podemos anticipar que sobre el caso de Amado Nervo, Yólotl Cruz, en concordancia con la lectura de Gustavo Guerrero sobre Darío en París, comenta: “Al cruzar la frontera franco-española, el

París con cierto desencanto, y sólo en Madrid ubicó “un lugar social para vivir”.⁶ La situación de Nervo fue tan estrepitosa como el ejemplo de Darío: a pesar de todos sus esfuerzos por establecerse, darse a conocer y ocupar el puesto de escritor en París, debió renegar de sus aspiraciones de francofonía y galicismo porque nadie lo entendió mejor que los lectores de España, donde “las flores del camino” fueron el principio de una extensa armonía de publicaciones. Alfonso Reyes no fue tan ambicioso en términos de reconocimiento literario, pero muy pronto se percató que su peregrinaje de exilio-destierro no podría detenerse en las cercanías del Río Sena sino en las del Manzanares.

De ahí que el título de la tesis aluda a la conformación de una patria común integrada por intelectuales, una aspiración que comenzará a revelarse en la medida que el fenómeno del determinismo estético y la autonomía literaria se proyecte en los signos culturales de las dos naciones. En la relación entre un país colonizado y otro colonizador, la definición moderna de nación y estado autónomo implicaba una reflexión del pasado compartido. La lengua y la literatura ayudaron a la construcción de esas identidades, aunque también marcaron un paradigma que templaba tanto sus propias definiciones nacionales como su relación mutua. Cuando las élites socioculturales observaron esta variable, sus coyunturas complejizaron aún más los vínculos entre las dos orillas del Atlántico, pero existía la certeza de que la relación mítica de esa historia compartida continuaba vigente en una lengua común,

ideal de la ciudad modernistas quedaba diluido, para encontrar con un país más tangible, y con la ciudad de Madrid, que convertirá suya al cabo de los 13 años habitó en ella”. Yólotl Cruz Mendoza, “Desde los balcones. La crónica de Amado Nervo en Madrid”, en <http://www.amadonervo.net/ciudades/espana/presentesp1.html>, (Consultada el 15 de febrero de 2010).

Siguiendo la lectura de Gustavo Guerrero sobre el gusto exotista de la literatura francesa sobre Hispanoamérica, habría que destacar el único título de escritores hispanoamericanos que Larbaud sí publicó en Gallimard: *Visión de Anáhuac* de Alfonso Reyes.

⁶ Riva Palacio expresó el desencanto de su paso en París en las cartas íntimas que escribió a su esposa, donde le dijo que ni los edificios, ni las iglesias, ni la moda son sorprendentes, por lo que decide “quitar París por Madrid”. (José Alejandro Ortiz Monasterio Prieto, *La obra historiográfica de Vicente Riva Palacio*, Tesis doctoral. Dirección, Dr. Álvaro Matute. México, Departamento de Historia, Universidad Iberoamericana, p. 115).

estéticamente expresada en su literatura. Así se generó en “la lengua y la literatura” un dominio específico que fomentaba las relaciones de España con Hispanoamérica. La capacidad auto referencial y meta estética de toda la construcción del modernismo hispanoamericano, enlazada con los discursos literarios de la llamada Generación del 98 español, permitió la consolidación de esa “patria imaginada de la lengua española”, integrada por el proceso de comunicación de la literatura del mundo hispánico porque, desde el horizonte cultural de la época, otra definición del concepto “patria imaginada” acompaña a la definición misma de “intelectual”: el practicante de la “lengua y la literatura”, ciudadano por excelencia de ese terreno, su constructor y su primer habitante.

Al avanzar el proyecto de la modernidad estética, impulsado por el paradigma de la autonomía del arte, se construyó esa tercera patria cohabitada por los intelectuales hispánicos. La dinámica de su estructura exterior (elitismos, jerarquías, oligarquías) era similar a la de los nacionalismos; pero los valores de su interior (las textualidades, los géneros, la producción literaria) se oponían a los valores de los discursos histórico-nacionales. A partir de esta oposición, la utopía de la patria imaginada fomentó la prefiguración del crecimiento cultural de la patria estado nación. La paradoja: la patria intelectual aspiraba a superar los limitantes del espacio y el tiempo, mientras que el estado nación pretendía fijarse en el devenir de la historia. Las dos son “comunidades imaginadas”, “porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión.”⁷ La encrucijada se resolvería

⁷ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Traducción de Eduardo L. Suárez. México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 23. Para abundar en la oposición entre “ciudad real” y “ciudad letrada”, como las llama Ángel Rama; o “patria real” y “patria imaginada”, como prefiere Isidro Sepúlveda Muñoz, véase: Ángel Rama, “III. La ciudad escriturada”, *La ciudad letrada*. Chile, Tajamar Ediciones, 2004; e Isidro Sepúlveda Muñoz,

cuando el poder de la patria real dominaba las estructuras externas de la patria imaginada, que debía movilizar su capacidad de adaptación. Como en el proceso de la llamada “crisis del 98” en el caso de España o de la Revolución de México, cuando los discursos estéticos se radicalizaron y suspusieron nuevos paradigmas socioculturales también en la relación entre los dos países.

A principios del siglo XIX, recién alcanzada su estabilidad republicana, México deseaba presentarse como una nación hegemónica frente a las demás civilizaciones; una nación moderna que postuló a sus intelectuales, particularmente a escritores asentados en Europa, como agentes privilegiados para generar un discurso nacional, ya fuera en el cumplimiento de sus labores diplomáticas o en la difusión de su literatura. Simultáneamente, esa misma literatura pedía una lectura positiva de sus congéneres españoles, una lectura independiente del reconocimiento de las diligencias oficiales. Entre la consolidación del proyecto de nación en el extranjero y la aceptación de la literatura mexicana medió la difícil recepción española sobre la literatura mexicana. El proyecto individual de la expresión literaria deslindó su capacidad estética de la pragmática administrativa del intelectual al servicio de su patria.

La trayectoria de los escritores mexicanos en Madrid plantea el tema de las relaciones entre México y España,⁸ tema que no siempre fue bien sorteado por los escritores, como aparece en el primer capítulo de esta tesis “Puertos culturales para

“Introducción”, *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid, Fundación Carolina-Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos-Marcial Pons Historia, 2005, respectivamente. Sobre la definición de “patria imaginada” o “comunidad imaginada” utilizado en la tesis, véase el subtítulo “Las rutas para llegar a la patria imaginada de la lengua española”, en el capítulo 1 de la misma tesis.

⁸ Para un estudio detallado sobre las relaciones diplomáticas entre España y México para el periodo que cubre la tesis, véase: Antonia Pi-Suñer, “El acercamiento entre dos pueblos: la historiografía, la prensa y las conmemoraciones”, *México en el mundo hispánico. Volumen I*. Michoacán, El Colegio de Michoacán-Embajada de España en México, 2000, pp. 101-130; Agustín Sánchez Andrés, “De las relaciones entre España y México durante el Porfiriato (1876-1910)”, *HMex*, v. XLVIII, núm. 4 (1999), pp. 731-736; y Josefina Mac Gregor, *México y España: del Porfiriato a la Revolución*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana-Secretaría de Gobernación, 1992.

barcos de papel”. Sección guía en la que se dibujan las genealogías, los medios físicos e intelectuales que permitieron la llegada de escritores mexicanos a la Villa y Corte. En este sistema se puede observar que muchas veces la literatura mexicana se mantuvo al margen del centralismo español. La hegemonía fue más una situación sociopolítica que una valoración estética y se entendió como la forma práctica de las pautas de comportamiento dictadas por el anfitrión.

El desconocimiento de la literatura mexicana en los medios culturales españoles se modificó en 1878, con la llegada de Juan de Dios Peza en Madrid. El tema se aborda en el segundo capítulo “Babel de Hispania”: es decir, la confusión entre la literatura mexicana y sus lectores de España. En Madrid, en la segunda mitad del siglo XIX otros escritores difundieron vida y obra de intelectuales mexicanos, pero fue Juan de Dios Peza el primero en reunirlos en una antología presentada y comentada por intelectuales españoles. Con su literatura, Peza aportó el recurso de imaginar la ciudad intelectual de la lengua española; y en la construcción de los nacionalismos, asentó los tres símbolos genéricos de la relación México-España durante casi todo el siglo XIX: fe, raza y lengua.

Peza demostró que la recepción de la literatura mexicana no dependía de su calidad estética, sino de la participación intelectual en la gestación de las instituciones en cuestión: las de su origen, las de su llegada y las de las letras. Esta colaboración fue una exigencia canónica para ocupar el puesto de escritor y vincular el sentido de sus creaciones literarias con las identidades nacionales o con la patria literaria. Pero fueron los dieciséis años de vida y obra de Vicente Riva Palacio en Madrid, los que definieron el puesto del escritor mexicano en la capital de España. Los capítulos tercero, “Símbolos de una patria imaginada”, y cuarto, “Las naciones y sus modernidades”, son la cronología cultural de Riva Palacio acompañado por otras figuras señeras, como

Francisco A. de Icaza, Manuel Payno o Ignacio Montes de Oca, quienes fueron contrapeso al protagonismo del general y agregaron elementos definitorios del campo literario mexicano en Madrid.

Al finalizar el siglo XIX, el discurso literario se modificó nuevamente. Superado el dominio de las literaturas neoclásico-románticas, los escritores modernistas mexicanos (como ya anticipaba Juan de Dios Peza y confirmaría Francisco A. de Icaza) construirían una poética singular en la lengua española. Las polémicas sobre el modernismo se debatían en aceptar la gestación de discursos nacionales o adaptar a la tradición hispánica algunos movimientos literarios extranjeros, como el parnasianismo, el decandetismo o el simbolismo. A su vez era el conflicto de la autonomía estética en contra de la función romántica de servicio social, lo que he abordado en el quinto capítulo: “La propia cultura, la cultura propia”, que tiene como principales protagonistas a Francisco A. de Icaza y los discursos de Justo Sierra, el intelectual mexicano más influyente del momento, aunque comienzan a descollar los versos de Amado Nervo. Serán, precisamente, Amado Nervo y Justo Sierra quienes consoliden al campo literario mexicano en Madrid. Nombrado embajador de México en España en 1912, Sierra apenas alcanzará a presentar credenciales al rey Alfonso XIII antes de que la muerte lo alcance en las inmediaciones al Escorial.

Amado Nervo logró que su poesía trascendiera nacionalidades, aceptada como cima de la literatura en lengua española, pero los discursos de Justo Sierra plateaban no sólo una patria intelectual del mundo hispánico sino de todas las razas latinas. La lírica de Nervo y la sagacidad intelectual de Sierra confirmarán la concepción de “La literatura, el espacio mental de la lengua”, título del capítulo final de la tesis. En este momento se olvidaban los valores decimonónicos planteados por Peza en las relaciones México-España (fe, religión y lengua) y se había aceptado que el dominio “lengua-

literatura” constituía por sí mismo un fuerte núcleo de valores para estimular dicha relación. Concluir este trayecto en 1912 parecería arbitrario pero la muerte de Justo Sierra diluyó, si quiera de momento, el proyecto de la patria imaginada impulsada por la aparición del campo literario mexicano en Madrid.⁹ Además, los avisos de la Primera Guerra Mundial ensombrecieron el horizonte y cambiaron los escenarios culturales del siglo XX. Escenarios que los escritores del siglo XIX asentaron para los siguientes protagonistas de la literatura mexicana en España, desde Luis G. Urbina a Octavio Paz, pasando por Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán y José Vasconcelos, entre otros...

Como principio teórico el campo cultural se ha construido con los conceptos de sociología literaria utilizados por Pierre Bourdieu y la adaptación de las funciones de la comunicación literaria de Roman Jakobson (emisor, mensaje, receptor, código, canal y contexto). De igual forma, se ha atendido la definición de Leonardo Romero Tobar sobre campo literario en un contexto hispánico en el siglo XIX:

El “campo de producción cultural” se define, en una primera aproximación, por la articulación de prestigios emergentes y declinantes que intervienen en la modificación de un modelo cultural establecido. Los cortes diacrónicos son, pues, claves a la hora de establecer los puntos móviles del paradigma social que se transforma. La serie de las modificaciones experimentadas por el campo intelectual y artístico a lo largo del siglo XIX dibujará, en un segundo alcance, un perfil más dinámico que el ofrecido de cada uno de los momentos de crisis, pero esta visión dinámica es prácticamente inabordable, dados los conocimientos parciales que aún tenemos de la historia cultural española entre 1808 y 1914. [...]

El “campo literario” se ha podido definir también gracias al polígono de fuerzas que traba a sus componentes con los núcleos de poder establecidos, lo que sirve para desarrollar una red de beneficios como empleos, protección económica y prestigio social. Estas relaciones se dibujan en dos planos diferenciados, uno vertical y otro horizontal. El primero supone la intervención de los órganos generadores de las protecciones directas, el segundo --arraigado en los usos de la

⁹ Claudio Maíz abunda señala sobre este periodo: “la fusión fuerte de lengua-territorio se corresponde con una etapa precisa de la historia cultural, que es la que aquí se estudia, es decir, la que va de fines del siglo XIX y comienzos del XX, más allá de ellas las condiciones comienzan a variar”. (Claudio Maíz, *Constelaciones unamunianas. Enlaces entre España y América (1898-1920)*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2009, p. 24)

sociabilidad de la época-- implica una más difusa mediación de intereses y relaciones personales en la comunicación entre los propios escritores.¹⁰

Uno de los secundarios del proyecto fue identificar a “los órganos generadores de las protecciones directas” y “la mediación de intereses y relaciones personales en la comunicación entre los propios escritores”. En este sentido, se entendió que el diálogo intercultural de los escritores mexicanos con los españoles estaba determinado por el capital simbólico generado en su país de origen, y era establecido en España gracias a su participación en las instituciones culturales, la socialización literaria y artística, la escuela y la academia, la política interior y exterior, además de su integración a otros grupos ideológicos, como la religión o la masonería. Para consolidar su obra literaria los escritores debían situarse en más de una de las instituciones (casi siempre homólogas a las de México), invertir en ellas su capital simbólico, generar los canales de comunicación propicios para la difusión de la obra literaria y así recibir muestras de su recepción, que se esperaban positivas. Un dibujo estructural sería el siguiente: el capital simbólico institucional (la lengua, la religión, la administración, la investigación, la docencia) a través de su inversión (la prensa, la academia, la universidad, la Secretaría de Relaciones Exteriores, los grupos ideológicos) determinaba su difusión y su recepción en Madrid. La estructura se trazó en el siguiente “cuadro de identificación”, en el que se situó la cronología intelectual de cada escritor.

¹⁰ Leonardo Romero Tobar, *La literatura en su historia*. Madrid, Arco/Libros, 2006, pp. 84, 89 y 90.

CUADRO 1. FICHA DE IDENTIFICACIÓN DEL ESCRITOR ¹¹	
NOMBRE	Firma.
DATOS BIOGRÁFICOS	Síntesis biográfica.
PERIODO	Años en los que vivió en Madrid.
HABITUS	
GENEALOGÍA	Antecedentes intelectuales de su pensamiento y obra. Personajes que lo vincularon al campo de producción cultural de Madrid.
GENERACIÓN	Grupo de escritores con el que se identificó debido a sus rasgos de estilo dentro de un margen determinado de tiempo.
MODUS VIVENDI	Empleo o profesión con la que generaba su economía cotidiana.
SITIOS DE REUNIÓN	Lugares donde habitualmente se reunía con otros escritores, que pudieran ser miembros de su generación o antecedentes de su genealogía personal.
PRODUCCIÓN	
LIBROS	Producción bibliográfica en Madrid.
IMPRESOS	Producción hemerográfica en Madrid.
RECEPCIÓN	Comentarios sobre su obra en el campo cultural de Madrid.

Se infirió que la descripción de categorías y sub categorías del instrumento de identificación permitiría evaluar la participación de los escritores en el proceso de producción del campo cultural y su fluctuación entre las distintas instituciones en las que se involucraron.

El campo cultural, modificado constantemente según su propia evolución, era construido por los escritores según su vínculo con otros procesos institucionales. En la literatura y las bellas artes al plantear los aspectos canónicos de las literaturas nacionales, al colaborar en el diseño de las estructuras de la patria imaginada y con las innovaciones estéticas de su obra; en las instancias educativas al elaborar programas de estudio o conformar el selecto grupo de escritores, lingüistas y filólogos, por alguna de

¹¹ Existe una bibliografía extenuante sobre cada una de estas categorías y sub categorías en la historia literaria. Remito a la bibliografía la consulta de cada una de ellas aunque anticipo que para su construcción se utilizaron estudios clásicos de historiografía filológica, como: “Biografía intelectual” y “Genealogía”, en Eving Goffman, *Los momentos y sus hombres*. Barcelona, Paidós, 1991; “Periodo”, en Jan Mukarovsky, *Arte y semiología*. Madrid, Alberto Corazón, 1971; “Habitus” y “Producción cultural”, en Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte: génesis y estructura de la obra de arte literaria*. Barcelona, Anagrama, 1997; “Generación”, en Julián Marías, *Constelaciones y generaciones*. Madrid, Alianza, 1989; “Modus vivendi”, en Belem Clark de Lara, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Coordinación de Humanidades, 1998; y “Recepción”, en Hans Robert Jauss. *Experiencia estética y hermenéutica literaria ensayos en el campo de la experiencia estética*. Madrid, Taurus, 1992.

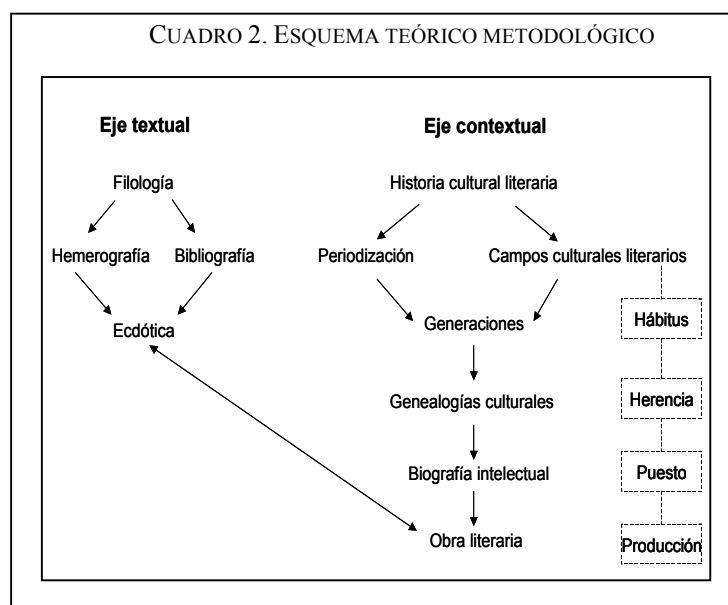
las correspondencias de las reales academias; o al participar en una festividad académico literaria, congreso, coloquio, etcétera; en la política interior o exterior, gracias a sus nombramientos administrativos; y finalmente a través del apoyo de grupos ideológicos, incluidos los religiosos, quienes respaldaban la producción literaria de sus miembros.

Las formas de la institucionalidad de la producción literaria eran similares en México y en España, adaptadas a las condiciones de cada país, lo que permitía el intercambio del capital literario en las dos regiones. Para ello, realizaron vínculos entre autores, personajes, historias, textos, editores, argumentos, libreros, periódicos, revistas, cafés, tertulias, agentes..., mediadores sucedáneos en las generaciones que la historiografía literaria mexicana ubica en dos constelaciones, los románticos-modernistas (de 1892 a 1909) y algunos de los primeros ateneístas (de 1907 a 1923). Quedaría pendiente la descripción del campo cultural de las vanguardias: Contemporáneos y Estridentistas (de 1920 a 1936) para cerrar las dos cicladas más importantes de la comunicación literaria entre ambos países, durante la última mitad del siglo XIX y la primera del siglo XX. Estas generaciones mexicanas corresponden a las siguientes generaciones españolas: últimos románticos (de 1870 a 1897), Generación del 98 (de 1898 a 1914); además Generación del 14 (de 1914 a 1924) y vanguardias (de 1924 a 1936).¹²

Para definir estas situaciones en una epistemología literaria he elaborado un esquema teórico metodológico diseñado a partir del proceso de comunicación literaria. Para ello se dibujaron dos ejes. El primero es un eje textual, en cuya construcción se utilizaron técnicas y herramientas de la filología histórica: la hemerografía, la

¹² Estas categorías no pretenden mayor uso que las clasificaciones necesarias para la tesis. Alteran la periodización tradicional y pueden parecer arbitrarias, pero su funcionalidad permitió desarrollar el proyecto. Su valor es meramente pragmático, por lo que no deben leerse como etiquetas cerradas, sino como exploraciones de ordenamiento cronológico cuyos límites se solapan, de manera previsible, con el suceder de las generaciones, las constelaciones y los periodos.

bibliografía y la ecdótica. El segundo eje fue propiamente contextual. Con énfasis sociológico, sus principales técnicas provienen de la historia cultural literaria, la periodología, la teoría del campo literario, las genealogías culturales y la biografía intelectual. Para ilustrar ambos ejes he esbozado un cuadro metodológico que me ha permitido ubicar las herramientas de estudio. El esquema no profundiza en el estudio cualitativo del texto escrito,¹³ pero intenta ser exhaustivo en el análisis de todo el fenómeno de la comunicación literaria.



En el objetivo general de revisar este periodo de la historia cultural escrita se ha construido un marco teórico desde la filología para interpretar las obras literarias como objetos lingüísticos en el devenir del tiempo. El corpus se ha establecido con dos técnicas empíricas básicas: la hemerografía, descripción de publicaciones periódicas; y

¹³ A grandes rasgos, este esquema se basa en la adaptación que Douwe Fokkema plantea al modelo de la comunicación de Roman Jakobson. Es de sumo interés la propuesta de Fokkema para establecer el estudio de un rescate literario en cualquier contexto cultural donde se produzca, y define: a) la producción de textos con intención literaria; b) la recepción de los textos, sea cual sea la intención de su producción; c) la difusión de los textos en un proyecto de intención literaria; d) el análisis de textos que son recibidos como literatura; e) los códigos que se pueden construir en función de una explicación de lo que hace posible la comprensión de un texto reconocido como perteneciente a la literatura por un determinado público lector. Douwe Fokkema, "Cuestiones epistemológicas", *Teoría literaria*, México, Siglo XXI Editores-Ministerio Francés de la Cultura, 1993, pp. 376-407.

la bibliografía, descripción de obras impresas. La comprensión de la obra literaria vincula los ejes textual y contextual porque la aspiración principal del esquema metodológico, y de la tesis en general, fue interpretar el hecho literario: el poema, el libro, el cuento o la novela... desde la perspectiva de la construcción de la patria imagina de la lengua española y el asentamiento del campo literario mexicano en Madrid.

Para los fines del proyecto se ha elaborado una cronología (la sucesión de tiempo por medio de la teoría del cambio social) que relacionó contexto cultural y sentido literario¹⁴ y se han retornado los planteamientos de la teoría de los capitales de Pierre Bordieu, particularmente su definición de campo cultural. Además, se ha atendido una línea ortodoxa en el estudio de la historia literaria. Más allá de las sociologías culturales, la teoría de las generaciones ha desarrollado categorías de análisis de periodos y de personajes, como las genealogías culturales para analizar la herencia simbólica de grupos. Una vez ubicados los nombres de cada generación y sus aportaciones genealógicas a la historia cultural, se ha estudiado su biografía. Con las técnicas del eje textual se ha establecido su obra para describir el corpus de la historia

¹⁴ Para analizar los cambios socio-culturales de la historia de España he consultado diversos estudios históricos, que quedan consignados en la “Hemerobibliografía”. Sin embargo, por sus conceptos teóricos metodológicos y los aportes de su información, fueron fundamentales los estudios de historia literaria de: José Carlos Mainer, Rosa Navarro y Carlos Alvar, *Breve historia de la literatura española*. Madrid, Alianza, 2002; Francisco Rico (dir.), *Historia y crítica de la literatura española*. Madrid, Crítica, 1979-2000; Carlos Blanco Aguinaga, Julio Rodríguez Puértolas e Iris M. Zavala (coords.), *Historia social de la literatura española*. España, Editorial Castalia, 1978; y Ángel Valbuena Prat, *Historia de la literatura española*. Barcelona, Editorial Gustavo Gil, 1968.

Por otra parte, para la integración de cronologías, periodos y cambios culturales, utilicé los argumentos teórico-metodológicos de Luis Beltrán Almería y José Antonio Escrig (coords.), *Teorías de la historia literaria*. Madrid, Arco/libros, 2005. Carlos García Bedoya–Maguiña, *Para una periodización de la literatura peruana*. Perú, Centro de Producción Fondo Editorial-Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2004; y Raimundo Lida, *Letras hispánicas: estudios, esquemas*. México, Colegio de México, 1981.

Finalmente, para la comprensión del “cambio social” he seguido la Teoría del Cambio Social desarrollada por Antonio Cândido, *Formação de la literatura brasileira: momentos decisivos*. São Paulo, Martins, 2 vols, 1959; y de John J. Macionis y Ken Plumer. *Sociología*. Madrid, Prentice Hall, 1999.

literaria compuesto “de todos los fenómenos relacionados con la vida literaria de un sector determinado, sea éste una nación en el sentido político, o una zona.”¹⁵

Analizar la presencia de escritores mexicanos como una zona específica en el campo cultural español, supuso otro problema *a priori* que planteó una primera hipótesis. El campo literario español ocupaba una posición central en el contexto histórico marginando a la literatura mexicana, por lo que se insiste en que la comunicación de los escritores dependía de la gestación de la producción intelectual de origen y de los vínculos generados antes de su llegada a Madrid. Reconocer este escenario modificaría los tópicos historiográficos de “exilio” o “destierro”, por ejemplo, utilizados para comparar la situación de algunos escritores mexicanos en correspondencia con los “exilios españoles”. Muchos escritores mexicanos, llamados “exiliados”, arribaron a Madrid con un considerable apoyo institucional, lo que modifica su presunta condición de exilio.

El desarrollo del proyecto se ha basado en la lectura de varias investigaciones precedentes. Destaca la labor emprendida por María Isabel Hernández Prieto, por su afán exhaustivo en la recuperación de fuentes para describir la presencia de escritores hispanoamericanos en Madrid. Fue discípula del bibliógrafo José Simón Díaz (1920),¹⁶ quien la asesoró en el que quizás es su proyecto más importante, *Relaciones culturales entre Madrid e Hispanoamérica de 1881 a 1892* (1981). Los estudios de Hernández

¹⁵ Eva Kushner, “Articulación histórica de la literatura”, *Historia y literatura*. México, Instituto Mora, 1994.p. 180.

¹⁶ En la extensa producción académico-literario de Simón Díaz existen pocos datos de investigaciones relativas a la literatura hispanoamericana. Acaso *Bibliografía de la literatura hispánica*. Madrid, Consejo Superior de Investigación Científica, 1976; y “Algunas peculiaridades del libro barroco mexicano”, *XVII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*. Madrid, Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, Universidad Complutense de Madrid, 1978, pp. 71-87.

Prieto podrían considerarse inaugurales en los estudios contemporáneos de la relación literaria entre Hispanoamérica y España. Sobresalen dos de sus investigaciones: “Escritores hispanoamericanos en *La Ilustración Española y Americana* (1869-1899)”, donde ofrece una extensa lista de colaboraciones mexicanas en las páginas de este importantísimo medio impreso, uno de los pilares del proyecto canónico de la literatura española; y “El escritor mexicano Vicente Riva Palacio en el Madrid del siglo XIX”, que presenta varias pistas del general en Madrid, personaje ejemplar para el proyecto. Los dos artículos permiten observar la inserción de los escritores mexicanos en el campo literario madrileño. En cuanto a Riva Palacio, el investigador mexicano Héctor Perea ofrece otros datos en su obra *Los respectivos alientos* (2004), una extensión a su libro *La rueda del tiempo* (1996) presentado como tesis doctoral (1995) en la Universidad Complutense de Madrid.

De igual forma, fue fundamental la lectura de libro *Hispanoamericanas en Madrid* (1994) de Juana Martínez Gómez y Almudena Mejía Alonso.¹⁷ En general, su objetivo es ubicar a las escritoras hispanoamericanas en distintos espacios culturales de Madrid y dilucidar sobre el tejido de las redes culturales de escritores hispanoamericanos al arribar a España. Aunque se examinaron varios volúmenes de historia de la literatura española, fue concluyente la consulta de las obras de José Carlos Mainer: *Modernismo y 98* (1997) y *Breve historia de la literatura española* (2002), este último escrito en coautoría con Rosa Navarro y Carlos Álar; textos que luego serían determinantes para su monumental *Historia de la literatura española 6. Modernismo y nacionalismos 1900-1936* (2010).

¹⁷ Almudena Mejía Alonso también es autora de otros dos artículos que plantean la relación literaria entre España e Hispanoamérica: “Algunos pseudónimos de escritores mexicanos del siglo XIX”, *Anales de la Literatura Hispanoamericana*, núm. 28 (1999), Madrid, Universidad Complutense de Madrid-Servicio de Publicaciones, pp. 1399-1412; y “El final del siglo XIX: Relaciones Culturales entre España e Hispanoamérica”, *Revista General de Información y Documentación*, v. 9, núm. 2 (1999), Madrid, Universidad Complutense de Madrid, pp. 197-223.

Sin embargo, en ninguno de estos casos aparecen definidas las rutas de un mapa sociológico de los escritores mexicanos, y apenas son visibles los nexos que mantuvieron las generaciones y los periodos de las dos orillas del Atlántico para constituir el campo cultural mexicano en Madrid. La lectura de otros autores, como Ángel Rama, en *La ciudad letrada* (2004), Isidro Sepúlveda Muñoz, en *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanos y nacionalismo* (2005), Carlos Altamirano, en *Historia de los intelectuales en América Latina* (2008), Jorge Myers, en *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo* (2008) y Claudio Maíz, en *Constelaciones unamunianas. Enlaces entre España y América (1898-1920)* (2009) permitió idear el segundo propósito del proyecto: analizar el diálogo entre los escritores mexicanos y españoles, como una utopía más compleja que la de difundir las letras nacionales en un contexto ajeno al propio.¹⁸ De ahí surgió la segunda hipótesis de trabajo. Guiadas por las expectativas de una lengua común y una historia compartida, ambas sociedades intelectuales pretendían gestar la patria imaginada de la lengua española. Para lograrlo, era primordial consolidar al campo literario mexicano en Madrid.

En total se exploró la producción literaria de 108 autores mexicanos que participaron en la gestación del campo literario mexicano en Madrid de 1878 a 1912. Se trata de autores de diferentes épocas (incluso alguno pertenece al siglo XVII), que no necesariamente vivieron en Madrid pero cuya vida y obra apareció en el campo literario durante el periodo estudiado: Manuel Acuña, Victoriano Agüeros, Ignacio Aguilar y Marocho, Ignacio Manuel Altamirano, Alejandro Arango y Escandón, Juan Antonio Béistegui,

¹⁸ En la fase final del proyecto, también se revisaron tres libros que enriquecieron las conclusiones de la tesis: Friedhelm Schmidt-Welle (ed), *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*. Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2003; Jorge Ortega, *Nuevos hispanismos interdisciplinarios y trasatlánticos*. Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2010; y Cécile Chantaine-Braillon, Norah Giraldi De Cas y Faitha Idmhand (eds.), *El escritor y el intelectual entre dos mundos. Lugares y figuras del desplazamiento*. Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2010.

Joaquín Baranda, Pedro Bariga, Refugio Barragán y Toscano, Benjamín Barrios, Heriberto Barrón, Gustavo Baz, Alberto G. Bianchi, Francisco Bulnes, José María Bustillos, Manuel Caballero, Manuel Carpio, José María de Castillo Lanzas, Francisco A. de Castro, Ciro B. Ceballos, Alfredo Chavero, Casimiro del Collado, Ramón Corona, Bernardo Couto, Bernardo Couto Castillo, Agustín F. de Cuenca, Laura M. de Cuenca, Balbino Dávalos, Ventura Dávalos, Juan B. Delgado, Carlos Díaz Dufoo, Manuel Díaz Mirón, Salvador Díaz Mirón, Juan de Dios Peza, Isidro Fabela, Enrique Fernández Granados, Carlos González Peña, Manuel Eduardo de Gorostiza, José Joaquín Fernández de Lizardi, Jesús Galindo y Villa, Federico Gamboa, Genaro García, Telésforo García, Joaquín García Icazbalceta, Luis García Pimentel, Manuel García Rojas, Joaquín Gómez Vergara, José González de González (*hijo*), Enrique González Martínez, Luis González Obregón, Manuel Gutiérrez Nájera, José Manuel Hidalgo, Juan B. Híjar y Haro, Francisco A. de Icaza, Sor Juana Inés de la Cruz, Manuel Iturbe y del Villar, Antonio Labastida y Dávalos, Alberto Leduc, Nicolás León, José López Portillo y Rojas, Pablo Macedo, Manuel María Flores, Ignacio Mariscal, Rafael Martínez de la Torre, Juan A. Mateos, Antonio MédizBolio, Ignacio Montes de Oca, F. Muzquiz, Amado Nervo, Manuel Orozco y Berra, Luis G. Ortiz, Manuel José Othón, José Pablos Rivas, Francisco del Paso y Troncoso, Vicente de Paul Andrade, Manuel Payno, José Peón Contreras, Manuel Peredo, Ignacio Pérez Salazar, Enrique Pérez Valencia, Francisco Pimentel, Guillermo Prieto, Isabel Prieto de Landázuri, Manuel Puga y Acal, Salvador Quevedo y Zubieta, Ignacio Ramírez, Efrén Rebolledo, Manuel G. Revilla, Vicente Riva Palacio, José Primitivo Rivera, José María Roa Bárcena, Luis G. Rubín, Juan Ruiz de Alarcón, Victoriano Salado Álvarez, Juan Sánchez Azcona, Justo Sierra, Francisco Sosa, José Juan Tablada, Esther Tapia de Castellanos, Gonzalo G. Travesí, Luis Torres Rivas, Luis G. Urbina, Jesús Urueta, Eduardo del Valle, José

María Vigil, Laureana Wright Kleinhans, Antonio Zaragoza y Rafael Zayas de Enriquez.

Cada uno de estos autores fue rastreado a través de diversas fuentes de información, clasificadas de la siguiente manera:

a) testimonios yoícos (ejercicios nemotécnicos, memorias, epistolarios...). Sigo la sugerente lectura de Jacques Derrida que considera la posición periférica y central de estos testimonios cuando se estudian los contextos de la producción literaria.¹⁹ Estos testimonios tienen un valor polivalente, porque a veces funcionan como noticias y en otras ocasiones son informes o declaraciones de principios, y pueden ser conativos, poéticos o emotivos. Claudio Guillen enfatiza en el carácter literario y ficcional de las epístolas, que habitan “porque desde un principio la ficcionalidad entra como elemento constitutivo de esta clase de escritura, donde se puede desarrollar una voz, una autoimagen y hasta eventos ficticios”.²⁰

b) testimonios de contemporáneos, que podrían tener las mismas características que los testimonios yoícos. Además, aportan elementos sobre la percepción de la colectividad, en ocasiones escritos por personajes que no siempre fueron protagonistas de la historia literaria; y

c) consultas en archivos. El trabajo en el interior de los diferentes fondos y archivos fue una de las tareas empíricas más importantes del proyecto de investigación, sirvió para construir el marco teórico-filológico y para la formulación cronológica de la historia literaria. No se ha profundizado en las cualidades de la archivística de los fondos (puesto que no se ha cuestionado su validez histórica) y se han atendido las recomendaciones generales de la archivología como disciplina técnica en la

¹⁹ J. Derrida, *The Post Card. From Socrates to Freud and Beyond*. Traducción de A. Bass. Chicago, 1987, p. 62.

²⁰ C. Guillén. “On the Edge of Literariness: The Writing of Letters”, *Comparative Literature Studies*, núm.31 (1994), p. 5. La traducción es mía.

administración, consulta y referencia de los documentos.²¹ Para localizar el mayor número de datos sobre la historia literaria de los escritores mexicanos en Madrid, fue decisivo conocer los medios impresos en los que publicaron su obra y sus contextos. Como se sabe, durante el siglo XIX la literatura privilegió su difusión en medios impresos periódicos (diarios, semanarios o revistas) que ahora duermen el sueño de los justos en las hemerotecas. En dichos medios se localizaron varios textos, materiales y referencias utilizados en la tesis, algunos no consignados con anterioridad por la tradición académica.

Se ha trabajado con archivos personales y de instituciones, bibliotecas especializadas y hemerotecas. Los archivos personales han proporcionado información de primera mano sobre los autores, pero no han tenido mayor preponderancia en la labor arqueológica, puesto que muchos han desaparecido o permanecen dispersos, sin permitir su consulta exhaustiva. Otros han sido profusamente analizados, como los de Vicente Riva Palacio o de Amado Nervo, por lo que se han retomado los proyectos de investigación emprendidos por José Ortiz Monasterio y Clementina Díaz de Ovando, sobre el primero, y Alfonso Reyes y Gustavo Jiménez Aguirre sobre el segundo. La información obtenida en bibliotecas y hemerotecas, además de los archivos de instituciones, permitió conocer información con premisas no expuestas por la filología hispanoamericana al abordar los periodos matritenses de escritores mexicanos. Dada la variedad de instituciones consultadas su proceso de investigación se catalogó en tres grupos.

- I. Se consultaron las siguientes bibliotecas: Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, de la Agencia Española de Cooperación

²¹ Aurelio Tanodi, *Manual de Archivología Hispanoamericana: Teorías y principios*. Córdoba, Universidad de Córdoba, 1961. p. 40.

Internacional para el Desarrollo; Histórica Marqués de Valdecilla, de la Universidad Complutense de Madrid; Tomás Navarro Tomás y Humanidades y Ciencias Sociales, ambas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Nacional de España; además de las de las reales academias de la Lengua y de la Historia. También fueron examinados los recursos electrónicos, incluidas versiones digitales de ediciones príncipe, de los sitios electrónicos: www.archive.org, www.cervantesvirtual.com y www.edadeplata.org.

- II. Las siguientes hemerotecas: el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de la Universidad Nacional Autónoma de México, la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de España y la Hemeroteca Municipal del Ayuntamiento de Madrid.

Para realizar el trabajo empírico en las hemerotecas se atendieron algunas consideraciones teóricas sobre la investigación hemerográfica. Boyd G. Carter señala que las revistas literarias “han cumplido y siguen cumpliendo una función de destacada importancia en el desarrollo de la vida cultural de los países civilizados. Sin embargo, es tal vez en las naciones hispanoamericanas, donde han obrado ellas con más potente eficacia cultural.”²² Por su parte, Fernanda Beigel (motivada por los conceptos de Walter Benjamin sobre el “procedimiento de compenetración” para “desempolvar” los documentos que permiten la continuidad de las ideas) plantea: “algunas revistas culturales cumplen una función aglutinante dentro del campo intelectual y eso las convierte en referencia obligada de la Historia de las Ideas de un pueblo.” Beigel insiste en definir las revistas (y

²² Boyd G. Carter, *Las revistas literarias de Hispanoamérica: Breve historia y contenido*. México, Ediciones De Andrea, 1959, p. 13.

podríamos añadir por extensión otros impresos periódicos, ya sean semanarios o diarios) como puntos de encuentro de trayectorias individuales y proyectos colectivos, “entre preocupaciones de orden estético y relativas a la identidad nacional, en fin, articulaciones diversas entre política y cultura que han sido un signo distintivo de la modernidad latinoamericana.”²³

Para identificar los contextos y los nombres de los medios impresos más importantes de la época se consultaron los siguientes estudios, imprescindibles para la tesis: Carlos Barrera, *El periodismo español en su historia* (2000), Juan Francisco Fuentes y Javier Fernández Sebastián, *Historia del periodismo español* (1998) y Juan Miguel Sánchez Vigil, *Revistas ilustradas en España. Del romanticismo a la guerra civil* (2008). La lectura de esos libros y de los ficheros de las hemerotecas tanto en su versión física como digital, han permitido localizar y consultar 81 impresos, de los cuales sólo nueve no se publicaron en Madrid: *ABC* (1903), *Actualidades* (1893-1894), *Actualidades. Semanario Ilustrado* (1901-1903), *Actualidades* (1908), *El Álbum Iberoamericano* (1883-1910), *Alma Española* (1903-1904), *Alrededor del Mundo* (1899-1930), *La América* (1857-1886), *El Año Político* (1895-1928), *Archivo Diplomático y Consular de España* (1885-1892), *Arte Joven* (1901-1909), *Bellas Artes* (1898-1899), *El Bibliófilo* (1889), *Blanco y Negro* (1891-1939), *Bibliotecas y Museos* (1896), *Boletín Histórico* (1880-1888), *Boletín Oficial del Gran Oriente Español* (1889-1912), *Cervantes* (1912-1920), *La Correspondencia de España* (1860-1925), *La Dama y la Vida Literaria* (1908-1911), *El Día* (1881-1908), *El Día de Madrid* (1908-1916), *La Discusión* (1856-1887),

²³ Fernanda Beigel, “Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana”, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, vol. 8, núm. 20 (enero-marzo de 2003), pp. 106-111.

Don Quijote (1892-1902), *Eco Artístico* (1909-1923), *La Edad Dichosa* (1890-1892), *La Elegancia* (1898), *La Educación* (1903-1912), *Electra* (1901), *La Época* (1849-1936), *La Escuela Moderna* (1892-1934), *La Esfera* (1914-1931), *La España Moderna* (1889-1914), *España y América* (1892), *Gaceta de Instrucción Pública* (1889-1907), *Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes* (1908-1917), *El Gedeón* (1895-1912), *Germinal* (1897-1903), *Gil Blas* (1882), *El Globo* (1875-1932), *La Gran Vía* (1893-1895), *Helios* (1903-1904), *El Heraldo de Madrid* (1890-1932), *La Iberia* (1854-1898), *El Iconoclasta* (1892), *La Ilustración Católica* (1908), *La Ilustración Católica de España* (1897-1899), *La Ilustración Española y Americana* (1869-1921), *La Ilustración Nacional* (1892-1893), *El Imparcial* (1868-1932), *La Lectura* (1901-1920), *La Lectura Dominical* (1894-1936), *El Liberal* (1879-1939), *Madrid Cómic* (1880-1923), *Memorias Diplomáticas, Consulares e Informaciones* (1902-1922), *Monos* (1904-1906), *El Mundo de los Niños* (1887-1901), *Novedades* (1909-¿?), *La Novela Ilustrada* (1884-1886), *Nuevo Mundo* (1895-1933), *Nuevo Teatro Crítico*, *Nuestro Tiempo* (1901-1926), *El País*, *Por Esos Mundos*, *Prometeo*, *Renacimiento Latino* (1905-1908), *República de las Letras* (1905-1907), *Revista de España* (1868-1894), *Revista Latina* (1907-1908), *Revista Nueva* (1899), *El Siglo Futuro* (1875-1936), *El Sol* (1889-1939), *La Última Moda* (1890-1921), *Vida Intelectual* (1907-1908 y *La Vida Literaria* (1899). Además, se cotejaron algunos ejemplares de *El Centenario* (1900) de Bilbao y *La Ilustración Ibérica* (1883-1887) de Cataluña; y *Álbum Salón* (1897-1907), *Hojas Selectas* (1902-1921), *Ilustración Artística* (1882-1916), *La Ilustración*

Hispanoamericana (1881-1891), *La Ilustración Ibérica* (1883-1898), *Revista Mundial* (1909) y *La Vanguardia* (¿?), de Barcelona.

- III. Se consultaron los fondos o archivos de las siguientes instituciones: Archivo de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, Archivo del Ateneo de Madrid, Archivo del Círculo de Bellas Artes, Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, Archivo Histórico Genaro Estrada, de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, y Archivo de la Real Academia Española.

Finalmente, conviene anotar algunos deslindes de la tesis. Analizar las relaciones entre México y España a finales del siglo XIX y principios del siglo XX plantea una serie de problemas que superan las expectativas filológicas del proyecto. Ambos países se encontraban en procesos de soberanía y autonomía nacional que hacía aún más complejas sus relaciones diplomáticas, recién restauradas, y modificaban sus vínculos culturales suscritos para siempre desde el siglo XVI. Para validar el nuevo acercamiento político, según los intereses de cada nación, se comenzó a implantar un plan ideológico que acercara a España con el continente americano y viceversa. El fenómeno derivó en un programa ideológico con diversas denominaciones: hispanoamericanismo, americanismo, iberoamericanismo..., utilizados en el desarrollo de la tesis como sinónimos, a menos que se advierta lo contrario. Además, se ha uniformado el uso de dichas cláusulas para que fuera menos errática su lectura, evitando el uso dubitativo que tuvieron durante el siglo XIX: Hispano-América, Sud-América, Ibero-América, etcétera.

Debido a que no corresponde en absoluto a los propósitos del proyecto se ha omitido la discusión de la definición ortodoxa del *topoi* “literatura nacional”, un caso

peculiar en las letras hispánicas del siglo XIX. En el caso mexicano, a partir de este debate se replanteó la lectura de la literatura precolombina, con profundas discusiones entre los grupos intelectuales sobre la definición de literatura nacional. En Madrid se escucharon algunos ecos de aquellas disputas intelectuales, como los del periodista español avecindado en México, Adolfo Llanos y Alcaraz, en su artículo “Estado actual de la cultura literaria en México”; además de otros escritores mexicanos, como Francisco Pimentel, Victoriano Agüeros y José Peón y Contreras, que difundían y debatían temas sobre literatura indígena de México. Si bien la literatura ayudó a la gestación de las utopías de las literaturas nacionales y de los nacionalismos, como fundamento, incluso, para sostener la patria imaginada de la lengua española, esta tesis tampoco intenta analizar ni las historias patrias ni las del hispanoamericanismo desde la relación literaria de México con España. Para ello se han consultado las historias nacionales canónicas, y la obra de investigación de autores como Pilar Cagiao Vila, Antonia P-Suñer, Eduardo Rey Tristán e Isidro Sepúlveda Muñoz, quienes han estudiado minuciosamente la historia del hispanoamericanismo como pensamiento político y como ideología.

De igual forma, creo pertinente hacer algunas observaciones sobre el manejo del material histórico utilizado en la tesis. En todos los casos se ha actualizado la ortografía, según el uso actual de la Real Academia Española. Se han corregido inconsistencias técnicas de edición y ortográfica, como la vacilación en el uso de firmas y nombres (por ejemplo, Icaza o Ycaza). Se ha nominado México con X y no con J, como fue usanza durante algún tiempo. En los casos donde se ha alterado el contenido de algún documento para aclarar el sentido del mensaje o corregir una errata obvia, la intervención se señala con el uso de corchetes. Respecto a las notas a pie de página se han utilizado de tres modos: las citas de referencia hemerobibliográfica indican la

fuelle de donde se obtuvo la información o el campo de ideas que sustentan la expresión que aparece en el interior de la tesis; las citas de contexto complementan la información que aparece en el discurso, como ofrecer datos biográficos de un personaje, ampliar algunos datos sobre un hecho y procurar elementos referenciales que complementen un pasaje; y las notas de comentario que suelen matizar alguna cuestión específica en el discurso narrativo de la tesis.

CAPÍTULO 1

PUERTOS CULTURALES PARA BARCOS DE PAPEL

NATURALEZA Y CULTURA MEXICANA EN EL IMAGINARIO ESPAÑOL

México intentó en 1826, cinco años después de consumir su Independencia, reanudar relaciones diplomáticas con España. Pero aún pasaron diez años más para la firma del Tratado de Paz y Amistad entre las dos naciones, y otros cuatro para que arribara a México el primer ministro plenipotenciario español, Ángel Calderón de la Barca.²⁴ Nada de eso atenuó las discrepancias entre los países que nuevamente rompieron relaciones en 1857 y la reiniciaron trece años después.²⁵ En esa atmósfera también se realizaban los vínculos culturales. El naciente sistema literario mexicano, sorprendido por sus arrebatos románticos, buscaba la opinión de la “madre patria”, el antiguo hogar de sus mayores, para aprobar los valores de su producción literaria. El gesto solicitó editores, periodistas y escritores españoles que salían de su país huyendo del inicio de las guerras carlistas y que llevó a México al primer grupo de liberales en la década de los cuarenta.²⁶

Oriundo de Santander, Casimiro del Collado y Albo llegó a México en 1838. Fue propietario de un servicio de diligencias entre el puerto de Veracruz y la capital de México, donde fundó y colaboró en varios medios impresos. Se le considera cofundador de El Liceo Mexicano, una de las primeras asociaciones culturales mexicanas, y de la

²⁴ Antonia Pi-Suñer, “El acercamiento entre dos pueblos: la historiografía, la prensa y las conmemoraciones”, *México en el mundo hispánico*. Michoacán, El Colegio de Michoacán-Embajada de España en México, 2000, pp. 101-130.

²⁵ Antonia Pi-Suñer, *México y España durante la República Restaurada*. México, Archivo Histórico Diplomático Mexicano-Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985, pp.31-32.

La posición de los políticos españoles parecía coincidir, con sus matices, respecto a las ideologías dominantes en México. Mientras que los liberales españoles pugnaban desde la declaración de independencia por el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con México, los grupos conservadores o absolutistas planteaban un distanciamiento hasta que el país no definiera completamente su posición de lealtad a la corona española. Un tercer grupo formado por agentes intermedios y moderados entre las dos tendencias, proponía una restitución gradual de las políticas entre las dos naciones. (Jaime Delgado, *España y México en el siglo XIX*. Tomo I. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1950, pp. 8-10.)

²⁶ Para más información sobre estos personajes, véase: Pablo Moral y Ángel Miguel (compilación, textos y notas), *Barco en tierra. España en México. Imágenes, reflexiones y testimonios de vida en el siglo XX*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Fundación Pablo Iglesias-Agencia Española de Cooperación Internacional, 2006.

instauración de la Academia Mexicana Correspondiente a la Real Academia Española de la Lengua (1875), además del intento fallido de la primera Academia Mexicana de la Historia (1888). De sus versos, compilados en *Poesía* (1868, 1880) y *Últimas poesías* (1895), se hablará en otras líneas.

El bilbaíno Niceto de Zamacois llegó al país en 1840. Publicó más de una decena de libros de distintos géneros de los que destaca su volumen *México y sus alrededores* (1855-1856). Esta guía ilustrada y los artículos publicados en el diario barcelonés *El Mundo Gráfico*, en 1857, fueron una defensa periodística de las relaciones entre México y España, durante un periodo de fracturas diplomáticas entre las naciones.²⁷ El doble propósito de la obra de Zamacois fue reconciliar la división político-ideológica de la sociedad mexicana y reivindicar la presencia cultural española en el país.²⁸ En este sentido resulta más elocuente su monumental *Historia de Méjico desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita en vista de lo que de irrecusable han dado a luz los más caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las bibliotecas públicas y de los preciosos manuscritos que, hasta hace poco, existían en los conventos de aquel país* (1876-1882), en el que mostró su cariño a la cultura mexicana y sus capacidades como historiador, al escribir la primera historia general del país.

También historiador empírico, el cántabro Anselmo de la Portilla Gutiérrez, vivió en México desde 1840, cuando tenía 24 años de edad. Creó periódicos y escribió libelos en defensa del presidente mexicano Ignacio Comonfort, en la década de los

²⁷ A. Pi-Suñer, “El acercamiento entre dos pueblos...”, *op. cit.*, p. 110.

²⁸ Antonia Pi-Suñer, “Niceto de Zamacois y su anhelo de reconciliación de la sociedad mexicana”, *Historiografía española y norteamericana sobre México. (Coloquios de análisis historiográfico)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, pp. 51-64.

cincuenta. Años después dio a conocer *España en México. Cuestiones históricas y sociales* (1871), donde expuso las aportaciones socioeconómicas de la colonia española al país. Con más de trescientas páginas de por medio, suscribió varios puntos de vista sobre las polémicas de la “desespañolización”, tema en el que se abundará párrafos adelante. En la primera parte del libro, “Una ojeada sobre la historia de México”, demostró, bajo la sentencia de imparcialidad, las conveniencias de la llegada de España a México en el siglo XVI, y cómo se favorecieron las comunidades indígenas del país. En la segunda sección, “Polémica con *El Federalista*”, disintió del artículo “Españolismos” del periodista mexicano Gonzalo A. Esteva quien ataca a la colonia española, recrimina la Conquista de México y llama bandolero y asesino a Hernán Cortés.

En la lectura general de la obra de estos autores destaca el voluntarismo con el que escribieron sus “libros de no ficción”. Si fracasaron al hablar del país en un lenguaje estético, concentraron sus capacidades literarias para presentar una “imagen imparcial” de México. Entusiasmados por el mundo descubierto (o motivados por la prebenda de algún político, como en el caso del presidente Ignacio Comonfort con Anselmo de la Portilla) se propusieron divulgar la situación sociopolítica del país, en contraste a los juicios sobre el México bárbaro e inhóspito que circulaban en Europa. En su *Historia de México*, Niceto de Zamacois quiso juzgar la cronología del país con “imparcialidad y exactitud”. Historiadores empíricos, estos intelectuales españoles en México se propusieron objetivar la evolución del país con descripciones históricas. La empresa no era sencilla: se quería democratizar, de manera intelectual, la imagen de la nación sin eliminar prejuicios naturalistas. Las limitaciones epistemológicas de sus proyectos históricos entorpecían sus proyectos cuando se encontraban alguna “peculiaridad mexicana” que creían exclusiva de esa sociedad.

José Zorrilla fue uno de los primeros escritores españoles dedicados plenamente a la literatura en establecer contacto con la cultura mexicana y tratar de expresarla en un lenguaje estético. Antes de su llegada, mantuvo contacto epistolar con Enrique de Olavarría y Ferrari, quien le hablaría positivamente del país y de las posibilidades de extender el gusto por el teatro. A Zorrilla, deseoso de salir de España, la idea le pareció atractiva.²⁹ El poeta español desembarcó del buque *El White* en el puerto de Veracruz en 1855 y luego se trasladó a la Ciudad de México donde fue saludado por la prensa como “el Píndaro de los tiempos modernos”.³⁰ Las primeras noticias de Zorrilla sobre la sociedad mexicana fueron las discrepancias políticas entre conservadores y liberales. Unos y otros le dedicaron poemas, algunos de los cuales fueron recogidos por José Sebastián Segura en el libro antológico *Sonetos varios de la musa mexicana. Colección dedicada al insigne poeta español José Zorrilla* (1855).

El volumen, compilado *ex professo* para José Zorrilla, mostraba la producción literaria en México. Este primer proyecto canónico de las letras mexicanas en el siglo XIX solicitaba la aprobación del “poeta más importante del mundo hispánico”. Su estructura correspondía a los proyectos de historia natural (democratizar la imagen literaria del país) escritos durante la época, con la intención de presentar las cúspides de la evolución literaria de México: desde el siglo XVII hasta mediados del siglo XIX, con poemas firmadas por Sor Juana Inés de la Cruz, Fray Manuel Navarrete, Anastasio Ochoa, Manuel Sánchez de Tagle, Ignacio Rodríguez Galván, José María Moreno, Manuel Carpio, José Joaquín Pesado, Alejandro Arango y Escandón, Félix María

²⁹ Andrés Henestrosa, “Zorrilla en México”, *José Zorrilla, “México y los mexicanos”*. México, Ediciones de Andrea, 1955, p. VII. Sobre la experiencia de Zorrilla en México, también véase: John Dowling, “José Zorrilla en el Parnaso mexicano”, *IX Actas de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Madrid, AIH, 1986, pp. 527-534; Christina Karageorgou-Bastea, “Panorama y panóptico en México y los mexicanos de José Zorrilla”, *Revista Hispánica Moderna*, v. 62, núm. 2 (diciembre de 2009), pp. 137-177; José Emilio Pacheco, “Infierno y paraíso de Zorrilla”, *Letras Libres* (1 de marzo de 2001), pp. 34 y 36; y José Zorrilla, *Memorias del tiempo mexicano*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998.

³⁰ John Dowling, “José Zorrilla en el Parnaso mexicano”, *Actas IX*. Madrid, AIH, 1986. pp. 527.

Escalante, Manuel Pérez Salazar, Marcos Arroniz, José Tomás de Cuellar, Francisco B. Bocanegra, Luis Gonzaga Ortiz, José María Roa Bárcena, Pantaleón Tovar, Ignacio Algara, Ignacio Ávila y Vázquez, José González de la Torre, Vicente Calero Quintana, Vicente Segura Argüelles y el mismo José Sebastián Segura.

Además de convertirse en un canon fundacional de la literatura mexicana, la antología suscitaba otras lecturas. En su página de presentación, José Sebastián Segura escribió una “Dedicatoria” a Zorrilla: “Mis patrios lares también tu fama pregonan,/ Virgen América te estrecha en su cándido seno,/ y ósculo te imprime de paz en la ínclita frente”. En el poema, un hipérbaton neoclásico, Zorrilla es comparado por la luminosidad de su ingenio con un sol; por los altos vuelos de su imaginación con un águila; y por su bondad con un cisne. El tono lisonjero representa cierta ansiedad de la cultura mexicana por acercarse a la literatura española para obtener un reconocimiento positivo a sus obras. Finalmente, se le pide a Zorrilla (no se olvide: el representante de la literatura española) que cante el paisaje mexicano:

*De Colón illustre la tierra de oro soñada,
montes eminente que eterna nieve coronan,
cráteres horrendos lanzando vívida lumbre,
y entre humo y truenos mares de líquida lava.
Altos ahuehuetes en sacros bosques ocultos,
do Nezahualcóyotl, de estirpe noble, poeta,
cánticos sublimes dijo, cual Píndaro nunca.
Mira los antiguos templos de mármol, y mira
pirámides grandes que al cielo su cúspide llevan,
alcázares fueron de ilustres príncipes, ora
triste reliquia vil, despojos de otras edades,
do estériles cardos crecen y bronca maleza,
do ágiles serpientes con fieras bravas habitan.*³¹

Este tipo de discursos (quizás no precisamente este poema) determinó la recepción española de la literatura mexicana durante los siguientes años. Subrayar la

³¹ *Sonetos varios de la musa mexicana. Colección dedicada al insigne poeta español.* México, Imprenta de Vicente Segura, 1855, p. 6.

simbiosis entre arte poética mexicana con celebración a la naturaleza será una de las observaciones constantes de la crítica española sobre la literatura de México. La conjetura se comprueba en una revisión superficial de los textos de los cronistas españoles del siglo XVI, desde Cristóbal Colón hasta Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quienes, para ganarse el asombro de sus lectores, exageraron los rasgos de la naturaleza mexicana y luego establecieron otra sinestesia: la cultura de ese país es igual de salvaje que su entorno. Por eso, la primera recepción española sobre la literatura mexicana sería la correspondencia de naturaleza y discurso: México es una naturaleza indómita, lo mismo su cultura literaria.³²

El *topoi* ideológico literario de la naturaleza era una poderosa herencia medieval, que durante todo el Neoclasicismo afincó varios significados en el mundo hispánico, la mayoría de ellos de afluentes cristianos exacerbados por las crónicas de viajes.³³ Los escritores mexicanos habrán visto en esta naturaleza cristianizada un contrapunto a las guerras y discusiones ideológicas del país. En la naturaleza habrán observado la

³² En 1859 apareció uno de los primeros manuales de literatura mexicana escrito por un autor no hispanoparlante, el libro *Essais sur le génie de Pindare et sur la poésie lyrique dans ses rapports avec l'élévation morale et religieuse des peuples*, del filólogo francés. M. Villimain. El capítulo IV del volumen está dedicado a la presencia de Píndaro en la poesía española, tanto en México como en España. Sin embargo, el texto padece de varios dislates, por los errores de datación de algunas obras, y propuestas problemáticas, como la incorporación de José María de Heredia dentro de la nómina de poetas mexicanos. Sobre el asunto, el escritor español Manuel Cañete supuso defender a la literatura mexicana con lo siguientes argumentos: “Cuando aquella privilegiada región de América, hoy tan devorada por la anarquía, formaba parte integrante de nuestra nación, sus poetas se remontaban a la altura en que brilla el autor de *Ganar amigos* y de *Las paredes oyen*; sus poetisas se llamaban Sor Juana Inés de la Cruz, ejemplar religiosa nombrada en ambos hemisferios ‘décima musa’ (...). No rayan tan alto los poetas mexicanos del presente siglo, bien que libres de todo yugo que puedan extender el vuelo de su inspiración por los dilatados horizontes de paz y bienandanza que se han desplegado a sus ojos desde que rompieron las cadenas de la tiranía española. Pero no obstante su inferioridad comparados con los otros tiempos, y atento que Villemain no se propone hacer alto en lo que la poesía mexicana ‘debe ser’, sino en lo que ‘es’ y en el valor y significación que tiene como expresión ingenua y del estado moral y religioso de los naturales de aquella patria, fuera injusto desconocer que para dar idea de su rumbo y su dirección en la época actual, no era necesario recurrir al cubano Heredia.” (Manuel Cañete, “Dictamen del famoso crítico Villemain sobre la crítica española y mexicana”, *La América*, a. XVI, núm. 11 (sin fecha), pp. 7 y 8.)

³³ Jorge Ruedas de la Serna, *Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación General de Estudios de Posgrado, 1987, p. 25. También de este autor, sobre el mismo tema, se puede leer *Arcadia: tradición y mudanza*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, donde presenta un análisis detallado sobre la cultura literaria del México Neoclásico, entre 1850 y 1880.

armonía de una belleza idealizada como una posible aspiración de orden y progreso. Por lo demás, los creadores de estos discursos fueron, en su mayoría, sacerdotes u otros representantes del pensamiento cristiano conservador. La recepción española tenía otra interpretación, exotista, sobre los tópicos literarios mexicanos. Cuando José Zorrilla publique su tomo *México y los mexicanos* (1857) comienza su “periodo mexicano” escribiendo líneas dedicadas a ennoblecer el paisaje. Desde su primer renglón, no duda que ese será su gran tema al hablar de México: “No se encuentra tal vez en ningún punto del globo un paisaje cuyo panorama sea comparable con el Valle de México”.³⁴ La naturaleza incomparable se le presenta al poeta con “bizarrísimos alardes”,³⁵ calificativos que aplicará a la literatura y a la cultura mexicana depositarias de la misma rareza fascinante, anómala y negativa.³⁶

En un episodio de sus memorias, Zorrilla recordará la pasividad de las albas mexicanas. Desde un balcón mira la penumbra de la noche mientras en el jardín crece, amenazante, una cactácea emanando un olor seductor e inquietante. El poeta establece la analogía exotista: imagina a México enigmático, apasionante y peligroso. La paradoja de la tranquilidad en la que crece una cactácea tendría al menos dos interpretaciones. Zorrilla observa que en la noche mexicana crece algo distinto, una naturaleza distinta a la que él conoce. Sería suficiente conformarse con mirarla crecer, inmerso en aquella pasividad ambientada por un olor desconocido. Una flor asciende de la cactácea misma. Aunque los sentidos del poeta ceden ante los encantos de la atmósfera, en su razonamiento no es posible dejarse seducir por el panorama. Se debe racionalizar la imposibilidad de que una planta ataviada de espinas sea confortable. La naturaleza y la

³⁴ José Zorrilla, *Obras completas*. Tomo I. Valladolid, Santarén, 1943, p. 1467.

³⁵ José Zorrilla, *Lecturas públicas hechas en el Ateneo Científico y Literario de Madrid y en el Teatro de Jovellanos en 1877*. Madrid, Carlos Bailli-Bailliere, 1877, p. 13.

³⁶ Christina Karageorgou-Bastea, “Panorama y panóptico en México y los mexicanos de José Zorrilla”, *Revista Hispánica Moderna*, v. 62, núm. 2 (diciembre de 2009), pp. 137-177.

cultura de México padecen (parecen) la misma alegoría. El poeta, no quiere, no puede, aceptarlo.

Esta oposición entre la seducción y repulsión que México significó para Zorrilla, son aún más evidentes en *Drama del alma. Algo sobre México y Maximiliano. Poesía en dos partes. Con notas en prosa y comentarios de un loco* (1867). Inspirado en el aciago imperio de Maximiliano en México, propone un diálogo con Pedro Antonio de Alarcón, poeta que también tuvo un periodo mexicano, para hablar de éste país. Es un ejercicio de desplazamiento de la voz lírica para validar la opinión del autor. Pero existe otro recurso para despersonalizar el yo lírico de Zorrilla, el diálogo literario de los escritores es comentado por otro personaje, “El espíritu de un loco”. La estrategia retórica de las voces escindidas pretende diversificar la voz del autor, aunque no evita el tono planfletario contra la política de México: recriminaciones por el fusilamiento de Maximiliano, cuestionamientos al liberalismo mexicano y la aspiración de que el país se anexe a Estados Unidos de Norteamérica.

Además, la paradoja seducción/repulsión de México en el discurso lírico de Zorrilla se muestra en los versos del poeta y en el pensamiento del Espíritu de un loco. El escritor veía la magnificencia del paisaje mexicano: “Sus nunca turbias lagunas, sus siempre floridas campiñas, sus productivas haciendas tapizadas de dulces cañas, abanicadas por ondulantes platanares, arrulladas por maizales sonoros, y rayadas por las lisonjeada melgas de los magueyales [*sic*], como la piel de los tigres y de las cebras.”³⁷ El poeta no sólo fue seducido por la naturaleza mexicana, también lo fue por algunos rasgos de su cultura: los mexicanos “con sus trajes nacionales cargados de sus alamares y botonaduras de plata y oro”; las “mexicanas con sus naguas de cien colores, sus mal

³⁷ José Zorrilla, *Drama del alma. Algo sobre México y Maximiliano. Poesía en dos partes. Con notas en prosa y comentarios de un loco*. Burgos, Imprenta de D. T. Arnaiz, 1867, p. 27.

encubridores rebozos, sus ceñidores de seda cuyos flecos ondulan en torno de sus cimbradores [*sic*] talles”; por “las inflexiones musicales de su cariñoso acento, por las extrañas y entrañables frases de su atractiva conversación, y por las pintorescas imágenes con que expresan en ella sus pensamientos.”³⁸ Sin embargo, el Espíritu de un loco vio otras cosas:

me he paseado prosaicamente por sus mal empedradas ciudades, he vagado por sus mal guardados caminos, me he alojado en sus aisladas haciendas, y he tropezado con los *mañosos* de sus encrucijadas y los pronunciados de todos colores: yo, que he dado la mano, he llamado *compadritos* y he tenido que hacer lugar en la mesa a los que unos llamaban *jefes* porque tenían subalternos, y otros *bandidos* porque andaban en bandas.³⁹

A partir de entonces, el espíritu de Zorrilla aumentará gradualmente sus epítetos de encono contra México, “un país de broma, a pesar de todas las atrocidades que allí pasan, y que no pasan de bromas pesadas.”⁴⁰

Tal vez fue Zorrilla el primer autor español en proyectar a México dentro del imaginario cultural peninsular como un objeto atractivo y repulso al mismo tiempo. La recepción de la literatura mexicana en España le debe otra caracterización a Zorrilla: la certeza de que su propia obra y la de los “románticos españoles” son la influencia definitiva de las letras que se escribían en México. No sin falta de modestia, le dirá al duque de Rivas que “los mozos de talento” literario de México estaban embebidos con “la lectura de sus romances de usted y de los de Rubí, de los versos de Espronceda, de mis cantos del *Trovador* y de los desventurados ocho primeros tomos de mis poesías, que han descarriado el genio y pervertido el gusto de tantos mozos de talento por estas tierras.”⁴¹

³⁸ *Ibidem*, pp. 27 y 28.

³⁹ *Ibidem*, p. 28.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 30.

⁴¹ J. Dowling, “José Zorrilla en el Parnaso...”, *op. cit.*, p. 5.

El poeta español permanecerá en México 12 años hasta su regreso a Madrid en 1866, luego de la muerte de su esposa. En México vivió los años de mayor producción literaria. Ahí también imprimió los dos tomos de *La flor de los recuerdos* y la colección titulada *Dos Rosas y dos Rosales*, además de tres folletos, dos de ellos destinados a las lecturas públicas y otro más con una traducción del italiano Giovanni Prati.⁴² Parte de esa experiencia quedó registrada en poemas como “Cabalgata mexicana” y “Jarabe mexicano”, que incluyó en su repertorio de declamador con el que “se aprovechaba de su voz melodiosa para dar lectura de sus poesías y así ganar dinero e ir tirando.”⁴³ Ese carácter acomodaticio, embrollado en líos de faldas y dilemas políticos, lo había llevado de Madrid a París y de París a México. Si arribó con la bandera de liberal se despidió con el nombramiento de poeta áulico de Maximiliano de Habsburgo y director del Teatro Nacional. Canonjías que granjeó por el compromiso de abogar a favor del Imperio de Maximiliano frente al general Juan Prim, que por entonces, en 1867, ya estaba en México con la misión de declarar el apoyo de España a los promotores de la República de México. Pero Zorrilla nada alcanzó a concretar, ni sus funciones como director del Teatro Nacional, ni las negociaciones diplomáticas con Prim. En la polvareda que dejaba tras de sí, alcanzó a imprimir su obra en verso *Drama del alma* (1867).

Muchas sensaciones difieren desde la llegada de Zorrilla a México hasta su despedida, el 13 de junio de 1866. Entre un día y otro media una docena de años, los suficientes para que una nueva generación de escritores lo despidiera calamitosamente. “Los mejores escritores de México, que eran a la vez sus mejores hombres, renegaron

⁴² *Ibidem*, pp. 6 y 7.

⁴³ *Ibidem*, p. 7. Los poemas aludidos fueron leídos por Zorrilla en presentaciones como declamador que realizó en el Teatro Jovellanos y en el Ateneo de Madrid en 1877.

de la amistad que le habían brindado”,⁴⁴ y así desfilaron, entre páginas de prensa y libros, las críticas en su contra firmadas por intelectuales mexicanos. Hilarión Frías y Soto, Ignacio Manuel Altamirano y Manuel Gutiérrez Nájera se burlaron de los versos del poeta; Vicente Riva Palacio le achacó ripios históricos en sus dramas. Si en un principio Zorrilla fue la representación de la literatura española a la que se le pedía aceptar los valores estéticos de la literatura mexicana, cuando se fue del país lo hizo llevándose consigo el estigma de colonialista cultural. Así representó, por igual, la opinión de los liberales y los conservadores sobre la relación México-España.

Los primeros criticaban a la colonia española de intentar una “segunda conquista” de México, a través de su presencia política y sus comercios. Una de sus manifestaciones más beligerantes y populares fueron los discursos de Ignacio Ramírez que en 1865 publicó el artículo “La desespañolización”.⁴⁵ Poco después, el periodista español Anselmo de la Portilla se aventurará a definir el verbo “desespañolizar”:

el empeño que tienen algunos de arrancar de raíz hasta los últimos vestigios del elemento español en todos los terrenos: de la política, de las leyes, de las costumbres, de las ciencias, de las artes, de la literatura, de la poesía. Se pretende que ese elemento es un mal para los progresos de la República; se dice que ésta no estará completamente emancipada sino cuando todo lo español se haya echado en olvido, y se hace alarde de no mentar los autores españoles sino para decir que nada vale en sus obras en ninguna materia literaria ni científica.⁴⁶

Como ha observado Jorge Ruedas de la Serna, la tesis de Ignacio Ramírez sobre la “desespañolización” corre por tres caminos: 1) retomar los argumentos de “la leyenda negra de España”, para demostrar las ambiciosas empresas promovidas por la corona

⁴⁴ J. Zorrilla, *México y los mexicanos*. México, Ediciones de Andrea, 1955. p. XVI.

⁴⁵ Ignacio Ramírez, “La desespañolización”, en *Misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Dirección General de Publicaciones, 1996. El texto fue publicado originalmente en 1865, en las páginas de los periódicos mexicanos *La Estrella de Oriente de Ures*, y posteriormente, en 1868, en *El Semanario Ilustrado*.

⁴⁶ Anselmo de la Portilla. *España en México. Cuestiones históricas y sociales*. México. Edición de La Iberia. Imprenta de I. Escalante y C^a. 1871, p. 273.

española, al financiar el viaje de Cristóbal Colón en el Descubrimiento de América, y los asesinatos de indígenas propiciados por la Conquista, dirigida por Hernán Cortés; 2) negar la ingratitud de la cultura mexicana hacia la herencia española de la religión y el idioma, porque fueron principalmente los intereses de la iglesia católica los que atentaron contra la soberanía del pueblo mexicano, que respondió con violencia a las primeras vejaciones; 3) y el rechazo a la tradición hispánica, porque su núcleo conservador se opone al espíritu liberal con el que se intentaba construir la nación mexicana, con presupuestos ideológicos del liberalismo: “Renegamos los mexicanos de la patria de usted señor [Emilio] Castelar, del mismo modo y por las mismas razones que usted reniega de ella. ¡Henos aquí fieles a sus inspiraciones!”⁴⁷

La retórica de estos discursos prevalecerá durante el resto del siglo XIX.⁴⁸ Para los españoles, México era todavía un sitio inhóspito, poblado por una sociedad aún más desconocida; y los mexicanos, para lograr su verdadera soberanía, querían alejarse de la influencia del pensamiento español. Las relaciones diplomáticas de las naciones estaban determinadas por las discrepancias ideológicas de liberales y conservadores; incluso después de 1867, a la caída de Maximiliano de Habsburgo (depuesto en fusilamiento, por Sebastián Lerdo de Tejada y por Benito Juárez), el último intento de la monarquía europea y los grupos conservadores mexicanos por convertir a México en un Imperio.

Aún así, la construcción discursiva generada por los intelectuales de ambas naciones apareció como el agente principal para el reencuentro entre las dos culturas,

⁴⁷ *Ibidem*, pp. 184-185.

⁴⁸ Había intelectuales más sensibles al tema de las discrepancias entre México y España, como Casimiro del Collado, que también fueron un punto de encuentro entre las ideologías contrarias que cruzaban a estas relaciones convexas. Embajador cultural de las dos orillas, en 1871 fechó su poema “Pasado y presente”, que incluirá en su libro *Poesías*, en el que aborda de manera tangencial el asunto, y busca soluciones en la discusión de la “desespañolización”: “Justo es que el alma española se lamenta/ cuando ofenden políticos rencores/ la religión, que dio a nuestros mayores/ virtud, cultura, imperio floreciente;/ mas no es cuerdo atajar la atroz corriente/ de un siglo que en problemas tentadores/ hierve, y cuenta, entre audaces soñadores,/ que taje a Suez y horade el Alpe ingente./ Vale más que los buenos con su ejemplo/ nos guíen por la senda provechosa/ donde la humanidad trabaja y medra.” (Casimiro del Collado, *Poesías*. Madrid, Imprenta de Fortanet, 1880, p. 371.)

cada cual inmiscuida en sus propios procesos de definición nacional. Desde el papel de los intelectuales y su producción simbólica podríamos sintetizar la heteroglosia del concepto “relación con México-España” en tres grandes definiciones. 1) La activación del poder hegemónico español sobre el territorio mexicano; 2) la proyección de la identidad española sobre el presente de México, considerado una cultura heredera del glorioso pasado ibérico; y 3) el reconocimiento a la existencia de la cultura mexicana como autónoma a la propia cultura española. Estas directrices ideológicas también se manifestaban en la valoración crítica que los intelectuales españoles realizaban sobre el concepto “literatura mexicana”, de tal forma que autores consagrados por la tradición literaria de la época, como Francisco Cervantes Salazar, Sor Juana Inés de la Cruz, Juan Ruiz de Alarcón, Gutierre de Cetina o Eduardo de Gorostiza,⁴⁹ quienes eran clasificados igual españoles que mexicanos. En el mejor de los casos, se hablaba de una “fértil siembra” de la literatura española sobre los niveos terrenos culturales de México.⁵⁰

La discusión sobre la nacionalidad de estos autores, reivindicada por intelectuales mexicanos y españoles, cada cual a nombre de su patria, será un debate propio de las historias literarias. No obstante, a finales del siglo XIX se reconocerá que “han surgido de la oscuridad, con exuberancia americana, poetas mexicanos en gran número, que España debe estar orgullosa de haber dejado como herencia a aquel pueblo el espléndido idioma de sus Alfonso X y Cervantes, de su Calderón y Garcilaso, de sus Quintana y sus Espronceda.”⁵¹ Opiniones que deben matizarse por los juicios de valor extra literarios que colocan en un papel pasivo la producción de la cultura mexicana,

⁴⁹ Respecto a este tipo de polémicas sobre la nacionalidad de escritores entre los siglos XVI al XIX, véase: Luis Sanz de Medrano, “Significación de Madrid en las letras americanas”, *Anales de literatura hispanoamericana*, núm. 22 (1993), pp. 1-15.

⁵⁰ Juan Pérez Guzmán, “Cervantes Salazar, Salazar de Alarcón, Gutierre de Cetina. Los tres patriarcas de la poesía castellana en México”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXXIV, núm. XXXIII (8 de septiembre de 1890), p. 11.

⁵¹ Enrique Olavarría y Ferrari, *El arte literario en México. Noticias biográficas y críticas de sus más notables escritores*. Málaga, Imprenta de la revista Andalucía, 1877, p. 7.

supeditada al orgullo español ufanado por mostrar la imagen del “generador de las letras de México.”

Los liberales españoles opinaban distinto. Consideraban que si México quería desarrollar una “personalidad literaria propia” debía profundizar en el conocimiento de los dialectos indígenas de su pasado. Asimismo, criticaban el creciente interés de los escritores mexicanos por buscar, incluso más allá de la lengua española, el “entrecruzamiento literario”, tópico que los escritores modernistas utilizarán para contrastar las posiciones estético nacionalistas frente a su “sed infinita de ilusiones” estéticas. De ellos, se decía que “prefieren el cultivo de extraños idiomas, particularmente el francés, inglés y alemán, debiéndose al conocimiento de los autores extranjeros la influencia, quizá perniciosa, que ciertos libros han ejercido en la literatura mexicana, si tal puede llamarse a la que tanto se parece a la española”.⁵² Con lo que comenzaba una recepción aún más compleja del proceso literario entre las dos naciones.

“LA EXTRAVIADA OPINIÓN QUE SE TIENE EN ESPAÑA...”

A partir de las décadas de los sesenta y sesenta del siglo XIX aumentó la llegada de españoles a Hispanoamérica, anticipando la llamada “migración en masas” de 1880 luego de la caída de la Primera República en 1874. México fue uno de los países predilectos del exilio, gracias a los lazos establecidos con los grupos españoles arraigados en el país.⁵³ Con el fenómeno migratorio también arribó un segundo grupo de escritores españoles dedicados a la literatura, el periodismo y la historia, entre

⁵² Adolfo de Llanos, “Estado actual de la cultura literaria en México”, *Revista de España*, a. XVI, t. XC (enero y febrero de 1883), pp. 43-73.

⁵³ Nicolás Sánchez-Albornoz, “La emigración española a Iberoamérica en los siglos XIX y XX. De la cantidad a la calidad: flujos y reflujos”, en *México en el mundo hispánico*. Michoacán, El Colegio de Michoacán-Embajada de España en México, 2000, pp. 151-186.

quienes descollaban, Adolfo de Llanos y Alcaraz, Enrique de Olavarría y Ferrari, Santiago o Jaume Ballescà⁵⁴ y Telesforo García.

El combativo, y muchas veces conservador, Adolfo de Llanos y Alcaraz dirigió el periódico *La Colonia Española*, medio integrador de los españoles en México. Tenía 32 años de edad cuando llegó al país no para celebrar un tratado literario entre México y España.⁵⁵ Anselmo de la Portilla se encargó de presentarlo con varios periodistas que le ofrecieron sus páginas editoriales. Al principio de su llegada se le recibió con cariño porque --se consideraba--: “quiere a México y los mexicanos, y éste es ya un motivo poderoso para que, aunque su exterior nos previniera desde luego en su favor, le queremos con todo el afecto y la sinceridad de que somos capaces”.⁵⁶ En su actividad periodística se distinguió por hablar de la política hispana para defender a España y a los españoles con ánimo beligerante y ufano.⁵⁷ Alrededor de 1877, en su férrea defensa de los intereses comerciales de la colonia española se enemistó con las autoridades mexicanas quienes lo reprimieron y lo expulsaron del país. El periodista respondió con el artículo “No vengáis a América”, publicado en el periódico *La Voz de México*. Un año después, la perorata apareció a manera de opúsculo con el título de *No vengáis a América. Libro dedicado a los pueblo europeos* (1878, 1916), donde denostaba el trato de los hispanoamericanos, en especial de los mexicanos, hacia la comunidad española.⁵⁸

El español Telesforo García, que llegó a México alrededor de 1870, respondió a la polémica con otro opúsculo, *España y los españoles en México* (1877), en el que recriminó las palabras de De Llanos: “Ese libro es tanto más indigno y despreciable

⁵⁴ Las escuetas notas biográficas sobre este personaje hacen un uso dubitativo de su nombre, ya sea como Santiago Ballescà o como Jaume Ballescà. Para los fines de esta tesis, he utilizado el primero.

⁵⁵ Lilia Vieyra Sánchez, “Adolfo de Llanos y Alcaraz: entre la polémica y el nacionalismo”, *Espanoles en el periodismo mexicano. Siglos XIX y XX*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma de Morelos-Fundación Carolina de España, 2008, p. 93.

⁵⁶ *Ibidem*.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 95.

⁵⁸ Antonia Pi-Suñer, “El acercamiento entre dos pueblos...”, *op. cit.*, pp. 113-114.

cuanto que la gratitud (que estaba obligada a callar) que es la única que, por confesión propia, debería hablar, se disfraza con un lenguaje altanero y conminatorio, y parece complacerse en hacer un inventario de horrores”.⁵⁹ Defendió el trato de México a la inmigración, sobre todo a los más “avisados, y digámoslo de una vez, más ilustrados también”. También intentó ocuparse de los detractores de España, considerada por algunos articulistas mexicanos como “la nación más atrasada de Europa”. García escribió que los detractores de España declamarán en balde, porque esta nación estaba destinada “por la Providencia” para realizarse como estado moderno: “La difamación que sobre su frente quieren echar espíritus miserables, jamás podrá empañar el áureo ropaje con que la historia ha vestido sus altísimos hechos.”⁶⁰ García fue periodista y escritor, y su influencia política lo convirtió en agente de relaciones diplomáticas --sin nombramiento-- del liberalismo mexicano y el español.⁶¹

Moderado y propositivo fue Enrique de Olavarría y Ferrari que llegó de manera definitiva a México en 1865. Fundó y colaboró en diversos medios impresos liberales, además de integrarse a los cuerpos docentes de la Escuela Normal Central, de la Escuela de Artes y Oficios para Señoritas y de la Escuela Nacional Preparatoria. En las últimas décadas del siglo XIX fue embajador cultural entre las dos orillas del Atlántico, al presentar a intelectuales mexicanos en la Villa y Corte o al llevar noticias de las actividades culturales de Madrid a México. Una situación personal lo acercó a la cultura mexicana: contrajo matrimonio con Matilde Landázuri, cuñada de Isabel Prieto de Landázuri, poeta y hermana, a su vez, de Guillermo Prieto.⁶² Aunque intentó escribir literatura propia, destacan sus obras de historia como el IV tomo de *México a través de*

⁵⁹ Telesforo García, *España y los españoles en México*. México, Santiago Sierra, tipógrafo, 1877, p. 5.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 33.

⁶¹ Gabriel Rosenzweig, *Un liberal español en el México porfiriano. Cartas de Telesforo García a Emilio Castelar, 1888-1889*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2003, pp. 17-19.

⁶² Juan de Dios Peza, *Memorias, reliquias y retratos*. México, Editora Nacional, 1966, pp. 148-150.

los siglos (1888), coordinada por Vicente Riva Palacio, y *Episodios nacionales mexicanos* (1880-1883), escritos a la manera de Benito Pérez Galdós.

Santiago Ballescá habría llegado alrededor de 1867 al lado de sus padres, José Ballescá y Joaquina Farró.⁶³ Con el paso del tiempo, en 1876, se convertirá en el responsable en México de la casa editorial J. Ballescá y Compañía. Su intuición empresarial se percató que la industria editorial podría dejar mejores réditos al “hacer algo parecido pero mexicano, más fino y con asunto nacional”.⁶⁴ Ballescá dejará México alrededor de 1888, cuando se establezca en Barcelona con la intención de consolidar su librería y su imprenta. En España se convertirá en uno de los principales agentes editoriales de escritores mexicanos, como Manuel Payno y Vicente Riva Palacio.

La presencia de estos agentes culturales españoles en México no forjaba un verdadero vínculo entre los grupos intelectuales de las dos naciones. Ni siquiera constaba un programa retórico que lo promoviera, más allá del reconocimiento de una lengua y una historia común. Las relaciones literarias entre México y España se complicaban al prevalecer los prejuicios históricos en los imaginarios de ambas sociedades, y quienes mejor conocían sus correspondencias literarias coincidían en el desconocimiento, la incomunicación y la discrepancia cultural que las distanciaban. Inmersos en sus propios problemas nacionales, parecía que la literatura debía destinarse a tiempos de paz, a pesar de que los escritores mexicanos o españoles utilizaban una sola pluma para escribir lo mismo cuentos, poemas, dramas o novelas, que leyes, investigaciones, conjuras y reformas políticas.

⁶³ Agradezco a la gentileza de Edith Leal, que realiza su tesis de maestría en Literatura mexicana en la Universidad Nacional Autónoma de México, quien me permitió leer su trabajo inédito *Francisco Díaz de León y Santiago Ballescá: su labor editorial y su contribución a la cultura mexicana*, del que he extraído la mayoría de los datos y fuentes sobre Santiago Ballescá que ahora presento.

⁶⁴ Vicente Salado Álvarez, *Memorias: Tiempo viejo, tiempo nuevo*. México, Porrúa, 1985, p. 177.

En todo caso, a Madrid la información de la literatura mexicana llegaba de manera fragmentada a través de la prensa, en las poquísimas antologías literarias y por medio de las noticias que los escritores se enviaban por correos. Juan Valera se quejará de la mala labor de los libreros de ambos países, quienes --dijo el autor-- “hacen detestable el comercio de libros. Si no fuera así, nos conoceríamos mejor, y como nos debemos conocer. No habría libro americano que no se conociese en España, ni libro español que no fuese por toda América”.⁶⁵ Valera pensaba otra cosa: que había una difusión más o menos fluida de la literatura española en México, pero no de la literatura mexicana en España. El embajador de México en España, Ramón Corona, lo confirmará durante la década de los setenta del siglo XIX, cuando reclame mejores condiciones para la adquisición de las cincuenta toneladas anuales de libros que su país importaba de España, equivalente al consumo de Argentina, Uruguay, Chile, Venezuela, Perú, Guatemala, Ecuador y Colombia.⁶⁶

Existen interpretaciones complejas y distorsionadas de los viajes de México a Madrid y de Madrid a México. Una apreciación ejemplar es la carta del músico Melesio Morales, que ya había probado suerte en los escenarios de Europa y sabía de qué trataba la ausencia de diálogo entre artistas mexicanos y españoles. Con la certeza de conocer la actividad cultural en las dos orillas del Atlántico, el 24 de noviembre de 1874 le escribió a Enrique de Olavarría y Ferrari, donde redunda (insiste, reitera, con una objetividad tenaz) en el desconocimiento que existía en España de la literatura de México: “No me extraña la extraviada opinión que se tiene en España respecto de nosotros los mexicanos, la falta de noticias exactas e imparciales no puede dar otro resultado.”⁶⁷ Hay

⁶⁵ Carlos Rama, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 248 y 249.

⁶⁶ *Ibidem*.

⁶⁷ Carta de Melesio Morales a Enrique de Olavarría y Ferrari. *Colecciones Mexicanas. Españoles en México-Siglo XIX*. C6, E4, D8, reg. 80. Folio 1, en <http://lynxis.dgsca.unam.mx/espanoles/cgi->

más ejemplos epistolares sobre esta preocupación, como la carta que Marcelino Menéndez Pelayo recibió del escritor y filólogo venezolano Miguel Sánchez Pesquera, donde le informa, de manera panorámica de la situación de la poesía en el continente americano. Sobre la poesía mexicana, dice Sánchez Pesquera:

Figuran entre los vates del Anáhuac = Ochoa, Ortega, Fray Manuel Navarrete — Andrés Quintana, Roo Sánchez de Tagle [sic] — Tirso Rafael Córdova, Olaguibel, Moreno y Jove — Guillermo Prieto, Castillo y Lanzas, Luis Gonzaga Ortiz, Granados Maldonado, Emilio Rey, Ignacio Manuel Altamirano, Francisco de P. Guzmán, Manuel Pérez Salazar y Venegas, Fernando Gómez Palacios [sic], Bernardo Couto, José Peón Contreras, Manuel Acuña, Tuan de Dios Peza [sic], Gustavo Baz, Agapito Silvas [sic], José Joaquín Terrazas, José Fernández, Joaquín Téllez, Rafael Zayas Enríquez, Manuel Flores, Híjar [sic], Fernando Calderón Cuenca &.—

Reputo como eminentes y clásicos á Ipandro Acaico, Arango Escandón, José Joaquín Pesado, José Sebastián Segura y José M.^a Roa Bárcena; he oído hablar honrosamente del señor. [Casimiro del] Collado[sic]; los otros me parecen incorrectísimos, como Prieto y desaliñados como Navarrete y los demás o los conozco poco o los creo de dudoso mérito.—

Comenzar desde Sor Juana Inés de la Cruz sería empezar desde los huevos de Leda y además ésta escritora como otros posteriores solo a España pertenecen; pero no obstante si en las demás repúblicas como en el Ecuador por ejemplo surgiesen algunos poetas de pasados tiempos que hayan corrido ignorados no creo deban ser excluidos.—Usted resolverá.⁶⁸

He conservado la ortografía irregular con que se escribieron los nombres de los escritores mexicanos para ilustrar el nivel de realidad expuesto por la carta de Melesio Morales, “La extraviada opinión que se tiene en España” de la literatura mexicana en Madrid. Curiosidad aparte, al menos la literatura dramática mexicana era más conocida en la capital de España, o era la información que ofrecían los reportes periodísticos publicados en México. El público y los lectores españoles tenían noticias, o habían apreciado en alguno de sus teatros, la obras: *Ambición y coquetismo*, de José Sebastián Segura; *La cadena de hierro*, de Agustín F. Cuenca; *Juan de Villalpando*, de José Peón

bin/despliegueDoc/documentos.cgi?campo=id_documento&valordebusqueda=80&numeroimg=0,
(Consultada el 25 de febrero de 2010).

⁶⁸ Junta Central del Centenario de Menéndez Pelayo, *Menéndez Pelayo y la hispanidad. Epistolario*. Santander, Taller de Artes Gráficas de los Hermanos Bedia, 1955, pp. 130 y 131.

Contreras; *Luisa Sigea*, de Ildefonso Estrada y Zenea; y *Mariana Pineda*, de Francisco Ortiz.⁶⁹

LAS RUTAS PARA LLEGAR A LA PATRIA IMAGINADA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Durante la década de los setenta del siglo XIX pocos intelectuales españoles vieron en las relaciones de España con México como algo más que la afirmación de su identidad nacional. Uno de ellos fue Pedro Antonio de Alarcón que en su obra *Cosas que fueron. Cuadros de costumbres* (1882) hace la siguiente declaración en boca de uno de los personajes: “La lucha entre hermanos es preferible a la indiferencia. La guerra puede acabar en reconciliación. La indiferencia termina siempre en desprecio y olvido.”⁷⁰ Referido al cruce de un cometa que va por el Atlántico, el coloquio expone la intención de un discurso que no sólo implique la gestación de las identidades nacionales. Supone la ubicación de un ámbito donde hablan dos hermanos urgidos de reconciliación antes que los obnuble la indiferencia. Alarcón continúa con esta retórica en los apuntes para un discurso dedicado a Andrés Bello, y observa a España como la capital de una patria común para toda la literatura hispanoamericana: “La nacionalidad literaria española comprende todas las tierras en que se habla la lengua castellana y en que fueron y siguen siendo maestros y dechados del buen decir, los grandes escritores de la Península ibérica”.⁷¹

Alarcón es uno de los pocos casos de la intelectualidad española que conminaba a la igualdad cultural entre Hispanoamérica y España, aún cuando supeditaba dicha

⁶⁹ Sin firma, “Literatura y ciencia”, *La Época*, a. XXVIII, núm. 8749 (20 de octubre de 1876), p. 1.

⁷⁰ Pedro Antonio de Alarcón, *Cosas que fueron. Cuadros de costumbres*. Madrid, Imprenta y Fundición de M. Tello. Impresora de Cámara. 1882, p. 273.

⁷¹ Pedro Antonio de Alarcón, *Juicios literarios y artísticos*. Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1883, p. 232.

hermandad al reconocimiento de la tradición española como jerarquía.⁷² Esa igualdad implicaba reconocer un espacio donde los intelectuales eran habitantes genéricos, ciudadanos ilustrados que superaban los límites del nacionalismo y caminaba con sus congéneres a los alrededores de la nación utópica. El intelectual hispanoamericano del siglo XIX fue concebido “como apóstol secular, educador del pueblo o de la nación, fue seguramente el más poderoso de esos modelos que se encarnaban en ejemplos dignos de admirar como de imitar [...]. El discurso americanista se entretejió tempranamente con esa representación de los hombres del saber.”⁷³ Desde luego, intelectuales (americanistas si españoles) dedicados a la escritura literaria de ficción, pero también a la construcción simbólica de la patria imaginada de la lengua española que requirió los aportes desde varios ángulos de las Humanidades. Sí, escritura; pero también docencia, diplomacia, legislación, administración,⁷⁴ y no fueron pocos quienes trasladaron la idealización estética al ámbito de la ejecución política.

Superadas las preocupaciones estrictamente nacionales, los intelectuales de Hispanoamérica desearon conformar la utopía de una patria superlativa, más utópica y más extraterritorial. Este empeño de exterioridad ayudó a la construcción de relatos supranacionales (latinoamericanismo, hispanoamericanismo, iberoamericanismo), guiados por los discurso simbólicos de la literatura, en cuya concepción, los escritores “aspiraron a reconocerse en otro universo donde las leyes, las prácticas y los valores les eran ajenos, cuando no desconocidos, y, casi siempre, hostiles. No obstante, la escena

⁷² Á. Rama, *La ciudad letrada...*, op. cit., p.103.

⁷³ Jorge Myers, “Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta inicios del siglo XX”, *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires, Katz, 2008, pp. 14-15.

⁷⁴ Sobre la evolución del intelectual durante el siglo XIX, Ángel Rama señala sus áreas de influencia: “A las ya existentes en la administración, las instituciones públicas y la política, se agregaron las provenientes del rápido crecimiento de tres sectores que absorbieron numerosos intelectuales, estableciendo una demanda constante de reclutas: la educación, le periodismo y la diplomacia”. (Á. Rama, *La ciudad letrada...*, op. cit., p. 102.)

exterior facilitó la adquisición de nuevos lenguajes y competencias.”⁷⁵ La mayoría de estos discursos obedecían de manera prioritaria, “aunque no exclusivamente, a proyectos políticos internos y, por tanto, mantenía un discurso dirigido a un auditorio nacional.”⁷⁶ Por su hegemonía tradicional, España se colocó en un lugar privilegiado del escenario de la utopía intelectual porque el objetivo era la articulación de una comunidad transnacional sostenida en una identidad cultural basada en el idioma, la religión, la historia y las costumbres o usos sociales. “Comunidad imaginada que reunía a España con el conjunto de repúblicas americanas, otorgándole a la antigua metrópoli un puesto al menos de primogenitura, cuando de ascendente, bajo la muy extendida expresión de *Madre Patria*.”⁷⁷

El crecimiento de la ciudad letrada, y el aumento de las obligaciones del escritor, generó la aparición de un campo intelectual hispánico validado en la ciudad real con acuerdos de propiedad intelectual firmados entre España y México, la instauración de asociaciones, la promoción de programas culturales, la fundación de una prensa americanista... Se reconoció la materialidad del capital simbólico, se facturó y se convirtió en objeto regulado por el estado político. El comercio español de libros era más atractivo con naciones como Inglaterra, Alemania o Francia, proveedores de los derechos de autor más vendidos en la Península Ibérica que con Hispanoamérica, cuya literatura era prácticamente desconocida en España. A finales del siglo XIX, se calculaban ventas de 20 mil copias de las traducciones de Emile Zola y Víctor Hugo.

Era distinta la relación con Hispanoamérica, como manifestó *El Archivo Diplomático y Consular de España* que recriminaba la falta de interés por fijar

⁷⁵ Beatriz Colombi, “Camino a la meca: escritores hispanoamericanos en París (1900-1920)”, *Historia de los intelectuales en América Latina*, p.555.

⁷⁶ I. Sepúlveda Muñoz, *El sueño de la Madre Patria...*, op. cit., p. 13.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 13.

condiciones para firmar tratados de propiedad intelectual con Hispanoamérica, “consigna que debe aplicarse a obtener de las repúblicas americanas el sistema de compensaciones que es usado en las negociaciones diplomáticas, dando a estas una tendencia práctica que las conduzca a término satisfactorio”. La reclamación tendrá resonancia en Colombia y en México, que ese mismo año firmaron tratados de propiedad intelectual, refrendados en 1892, en 1895 y en 1900.⁷⁸ En México, la falta de estructuras sociopolíticas estables impedía afianzar una industria editorial competitiva, y su administración se relegó a editores franceses o españoles por el prestigio que suponía para los escritores el editar fuera del país y porque los costos de producción eran más atractivos que con el incipiente sistema editorial mexicano.

Pero ni el sistema comercial de la cultura que se creaba en España, ni las subvenciones institucionales que se entregaban en México, alcanzaban a definir ese *modus vivendi* sólido para el intelectual hispánico. Además, la comunidad intelectual de ambas naciones se enfrentaba a la migración cultural como enemigo ideológico común, tanto para la ciudad letrada como para la ciudad real, porque significaba una némesis de las utopías nacionales: la creciente presencia de la literatura francesa en los periódicos y las editoriales, la invasión de música italiana y alemana en los teatros, y la llegada cada vez más perniciosa de la práctica del inglés en la carrera diplomática. El temor, expreso en las constantes alusiones al “imperialismo yanqui” o el sarcasmo contra la lectura de “las literaturas francesas”, replegó al pensamiento hispánico, concentrándolo en utopías comunitarias alrededor del sueño de una patria imaginada con dos dimensiones, una exclusiva para la inteligencia hispánica y otra para las naciones-estado. Toda posibilidad convergía ahí: ampliar los dominios del sentimiento nacional, ejercer nuevos

⁷⁸ Sin firma, “Crónica”, *El Archivo Diplomático y Consular de España*, a. XXXVII, núm. 10153 (8 de enero de 1886), p. 1.

modelos de oficio intelectual, acrecentar el comercio cultural hispánico, defender el “espíritu de la raza”...

Las fronteras de la patria imaginada se forjaron en el imaginario de la lengua española como integradora de comunidades, depositaria de los nombres célebres de la tradición, sus primeros lirismos y su vastedad retórica. Mexicanos y españoles, combinados unos con otros, intercambiando ideas unos con otros, trabajaron arduamente por redescubrir los mapas originales de la patria imaginada: Francisco A. de Icaza, siguiendo a Marcelino Menéndez Pelayo, reeditará a Lope de Vega; y Alfonso Reyes, de la mano de Menéndez Pidal, presentará a Luis de Góngora y Argote a la Generación del 27. En el caso de la tradición mexicana, Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz tendrán carta de presentación en la configuración de la tradición literaria de la lengua española; incluso se darán notas a pie a poetas indígenas, como Netzahualcóyotl, releídos, ya por mero exotismo, ya por pasión precolombina, en las dos orillas del Atlántico.

Por primera vez, durante el siglo XIX, la lengua castellana fue concebida como una institución. No sólo por la aparición de instancias dedicadas a su limpieza, pulimento y esplendor (uno de los factores clave para el reconocimiento público de esta *institucionalidad*), sobre todo por la defensa de las utopías del mundo hispánico. Se toleró y se incentivó la lectura del francés, del alemán y del inglés, con la misma intensidad que se practicó su traducción: la literatura universal debía castellanizarse. En la patria imaginada de la lengua española, la densidad lingüística era el pan de cada día. El lenguaje oficial del español permitía que las élites fijaran códigos de conducta en la comunicación entre los conciudadanos. Se habló de raza, fe y lengua, como conceptos fundamentales para sostener la comunión de la utopía, en un sentido secular. Luego, era necesario corresponder estos presupuestos con las patrias intelectuales de cada nación

hispanoamericana real, tema que se obvió en la configuración del proyecto porque se pensó que la intelectualidad mexicana, o hispanoamericana, equivalía a la española. Pero tarde o temprano los márgenes exigieron reconocimiento: ¿se hablaba de literatura castellana, literatura hispanoamericana, literatura mexicana, literatura de España? Las tendencias cambiaron, cambian, según la época. Se asumió la prevalencia de la fraternidad entre todos los conciudadanos de la patria imaginada, pero la complejidad semántica se convirtió en vacío semiótico: la imposibilidad de generar un glosario que integrara categorías iguales para el estudio de estas manifestaciones literarias escritas como cartas cruzadas, devino en el planteamiento de manuales, tratados, historiografías y teorías para comprender los fenómenos literarios de la nación literaria.

Fue cuando se forjó la verdadera inteligencia hispánica que atendía por igual a todas las naciones de la lengua española. Finalmente, aunque se reconoció el liderazgo cultural de España, la patria imaginada de la lengua española pugnó por los principios borbónicos para reconocer a sus cófrades como iguales. Después de todo, en la época en la que se gestó, se celebraban los sentimientos ideológicos de la igualdad, la libertad y la fraternidad. Se aceptó que, una vez alcanzado el puesto de intelectual, los miembros tendrían la misma relevancia sin importar su nacionalidad. Siempre sería el canon clásico de la belleza, la eternidad del arte, el que determinaría los valores estéticos de la obra de los ciudadanos. Aún así, las cláusulas de ciudadanía fueron demasiado ambiguas la patria imaginada fue constantemente intervenida por la presencia de otros campos, como la economía, la política o la sociedad.

En principio, la Meca era Madrid. Para llegar, el camino que tomó la literatura mexicana fue el de las rutas trazadas por los intereses de los escritores o periodistas españoles identificados con la cultura de México, convertidos en agentes por excelencia de la difusión de las letras mexicanas en la Villa y Corte. Los intelectuales establecieron

contactos editoriales en la capital de España, y fueron los primeros transmisores entusiastas de la producción literaria de México. El grupo de autores cántabros asentados en México (Casimiro del Collado, Anselmo de la Portilla y Telesforo García) tenía en Marcelino Menéndez Pelayo a uno de los agentes culturales más influyentes en el campo literario matritense. Influido por la preocupación historicista de su profesor Emilio Castelar, Menéndez Pelayo investigaba acuciosamente el destino de la lírica castellana en sus manifestaciones hispanoamericanas. Esta relación entre Menéndez Pelayo y Emilio Castelar ejemplifica la ruta de la literatura mexicana a su llegada a tierras españolas. Cantabria, tierra de don Marcelino, era la capital geográfica; pero la ciudad imaginada era Madrid, los dominios de Castelar. Si el puerto de la llegada de la literatura mexicana se afincaba en las costas de Santander, el destino utópico eran las instituciones y los lectores de la capital del país. ¿Cuáles eran los sextantes que guiaban a los escritores mexicanos en su viaje a España?, ¿cuál era la ruta que fijaban sus astrolabios?, ¿cuáles eran las dársenas desde las que se iniciaría el viaje? En el horizonte sólo brillaba el faro de guías, la Villa y Corte de Madrid.

LA TOPOGRAFÍA DEL CAMPO LITERARIO MEXICANO EN MADRID

Los intelectuales mexicanos tenían cuatro opciones en sus rutas trasatlánticas para embarcarse desde su país rumbo a España. Una era ofertada por la Compañía Trasatlántica de Barcelona, y partía del puerto de Veracruz, en México, bordeaba las islas del Caribe, Cuba y Puerto Rico, se despedía del Continente Americano y dos o tres semanas después arribaba a Palma de Mallorca para dirigirse a los puertos de la Península Ibérica: Coruña, Barcelona, Cádiz y Santander. Para 1893, esta compañía llegó a ofertar tres viajes mensuales: los días 10 y 30 saliendo desde Cádiz, y el día 20

de Santander. Sus oficinas en Madrid estaban situadas en Puerta del Sol, número 13. La segunda alternativa era a través de un viaje extenuante y seductor: de Nueva York, Estados Unidos de Norteamérica, a Cheresburgo, Francia, y era operada por una empresa anglosajona. La tercera era cubierta por la recién creada Compañía Mexicana Transatlántica que, durante las últimas décadas del siglo XIX, anunciaba como novedad de su flota el “magnífico y rápido vapor *Oaxaca*”.⁷⁹ Los itinerarios de sus trayectos eran más modestos que las otras ofertas, por lo que se limitaba a un viaje Veracruz-La Habana-Liverpool-Santander-La Coruña. Las fechas de sus salidas eran intermitentes y dependían de la demanda, porque el *Oaxaca* y los otros barcos podían partir dos veces al mes o apenas una vez cada dos meses. La cuarta opción era la más popular, y la que con el paso del tiempo dominó el mercado: el itinerario múltiple de la Compañía Transatlántica Española, propiedad de Claudio López Bru, marqués de Comillas, que hacía viajes desde cualquier puerto importante de Hispanoamérica hasta cualquier punto de las costas españolas.

Luego de la travesía, los escritores mexicanos descendían en Santander donde el gobierno mexicano les ofrecía hospedaje en las habitaciones del consulado. Ahí pasaban algunos días en el clima ligeramente frío de las costas de Cantabria, antes de continuar el trayecto hacia Madrid. Desde Santander, un tren los llevaba a la antigua estación de Príncipe Pío o los dejaban en la estación de Atocha, cerca del centro de la ciudad. Ramón Corona, el primer representante de Porfirio Díaz en España, creó los cimientos de la cartografía del campo literario mexicano en la Villa y Corte en la calle de Atocha, número 20, donde se asentó la primera sede de la Legación de México. Pero será Vicente Riva Palacio, al comprar una finca en el número 3 de la calle Serrano, quien fije a la representación de su país como uno de los sitios definitivos del campo literario

⁷⁹ Ramón Elices Montés, *Cuatro años en México. Memorias íntimas de un periodista español*. Madrid, Imprenta de la viuda de J. M. Pérez, 1885, p. 211.

mexicano y con ello uno de los bastiones de la patria imaginada. Francisco A. de Icaza convirtió la topografía del campo literario mexicano en sitio itinerante: trasladó la sede de la legación a la Cuesta de San Vicente, número de 12, en otro barrio no menos madrileño, Plaza de España. Más tarde regresará al número 3 de Serrano donde se celebrarán obras de teatro y festivales de danza.

Muchos años después, para recuperar la tradición de México en el barrio de Salamanca, Alfonso Reyes situará su domicilio también en la calle de Serrano pero su presupuesto no alcanzará a recuperar la mansión de Riva Palacio, y habrá de conformarse con el número 56. Reyes fue secundado por Genaro Estrada que prefirió por domicilio el número 3 de la calle Hermanos Bécquer, cerca del Paseo de la Castellana. Por su parte, Justo Sierra al llegar a Madrid eligió el inmueble de su amigo Telesforo García, el número 24 de la calle Tutor, en el barrio de Argüelles, la misma dirección elegida por Federico Gamboa.

Otro poeta diplomático, Amado Nervo, andará en las cercanías de la zona, en un sitio aún más ostentoso pero con un domicilio más humilde, el número 15 de Bailén, frente a los jardines de Sabatini, con vista privilegiada a la Plaza de Oriente y al Palacio Real: atardecer de primavera al fondo, para su romance otoñal. Cerca de ahí, en Guillermo Rolland número 2, el obispo Ignacio Montes de Oca *Ipandro Acaico* sentó sus reales y su poesía neoclásica. Luego vendrá Luis G. Urbina que por su gusto popular prefirió el barrio de Las Ventas, en la calle Martín Freg, número 18, desaparecida al construirse la Plaza de Toros. Cerca de ahí, no por gusto popular sino porque las condiciones obligaron, el matrimonio formado por la poeta María Enriqueta Camarillo y el historiador Carlos Pereyra se domicilió en la calle Lista, número 66, compartiendo vecindad con el poeta Enrique González Martínez, afincado en el número 25.

Así quedó afianzado el cuadrante del campo literario mexicano, siquiera en su modelo urbano, con pocos extremos y una centralidad envidiable: del Paseo de la Castellana al barrio de Embajadores, y de la Plaza de Toros de Las Ventas al barrio de Argüelles. El Río Manzanares y el barrio de Pueblo Nuevo se veían distantes. Los domicilios eran cercanos a sitios emblemáticos de Madrid, como el Palacio Real, la Plaza Mayor, la Plaza de Cibeles, el Museo del Prado, Puerta del Sol, el Parque de las Vistillas, Plaza de Oriente, Plaza de España, Plaza de Colón, Plaza del Marqués de Salamanca... Todo para validar al campo literario mexicano como referente en el centro de la patria imaginada de la lengua española.

AGENTES, GENEALOGÍAS, SEXTANTES Y ASTROLABIOS

Una vez establecidos en la ciudad, los intelectuales mexicanos continuaron el diálogo con sus pares españoles, comunicación que ya habría comenzado en obras literarias, en cartas o a través de instituciones. Los nombres de los intelectuales españoles interesados en las relaciones literarias con México forman una genealogía del hispanoamericanismo literario, y cada uno de ellos, a su manera, participó en la construcción del campo literario mexicano en Madrid. La mayoría eran escritores leídos con admiración en México, donde no faltaban críticos sagaces, como Manuel Gutiérrez Nájera o Ignacio Ramírez, que los tildaban de anticuados. En Madrid estaba el satírico Manuel del Palacio, que conoció Hispanoamérica dolorosamente a través del destierro político. Entonces su radicalismo liberal devino en conservadurismo, lo que hizo mirar a los intelectuales mexicanos con cariño y desconfianza, como lo comprobó, en su momento, Vicente Riva Palacio.

Entre liberales y conservadores terciaba la presencia del dramaturgo y periodista Antonio Fernández Grilo, que en los pasillos de la Real Academia Española dialogaba con los escritores académicos de México, que fueron llegando a finales del siglo XIX y a principios del XX. Conservador también, Ramón de Campoamor leía con poco interés literatura hispanoamericana y creía que la cultura de aquel continente era una extensión de España. México era el sitio, fuera de la Península Ibérica, donde sus libros se vendían al por mayor. Campoamor intentó una especie de “hispanoamericanismo metafísico” en su poema épico *Colón* publicado en 1853. En él, su visión de México es absolutamente colonial, y califica a Cristóbal Colón como el alma hispana que funda y fecunda la cultura del continente americano.

Una opinión similar es la que expresará, con sus matices, Gaspar Núñez Arce, que en los últimos años de su vida intentó, sin mucho éxito, dialogar con escritores hispanoamericanos en conversaciones entrecortadas con Juan de Dios Peza, Juan B. Hajar y Haro, Vicente Riva Palacio y Justo Sierra. También con ellos gustaba caminar, cuando la diplomacia se lo permitía, Juan Valera y su hispanoamericanismo complejo que apenas dedicó unas líneas entreveradas a un intelectual monarquista de México, José Manuel Hidalgo.⁸⁰

Asimismo, en Madrid estaba Benito Pérez Galdós que en 1885 estableció una defensa retórica de las colonias españolas, difundida en las páginas de la prensa matritense. Cinco años después planteó, siguiendo a Emilio Castelar, la posibilidad política de abrir vínculos comerciales de España con América. En Madrid también ocupaba sitio el poeta José Selgas, cuyos libros se leían con fe de devocionario en las

⁸⁰ En un homenaje que la Real Academia Española de la Lengua le rindió a Juan Valera, en 1925, Francisco A. de Icaza señalará, sorprendido, el interés que siempre matuvo el autor de las *Cartas americanas* por la literatura de Hispanoamérica. Sin embargo, también expresará su asombro por las contradicciones de Valera en sus observaciones sobre la cultura de aquel continente. (Francisco A. de Icaza, *Obras*. Tomo II. México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 638.)

escuelas públicas de México, como reconocía Juan de Dios Peza y según recordaría Amado Nervo. De igual forma, en Madrid esperaba a escritores hispanoamericanos, Manuel Tamayo y Baus, un dramaturgo aplicado en la academia que gustaba de conversar con los poetas mexicanos que poco a poco se inmiscuían en la vida cultural de la Villa y Corte.

A los intelectuales mexicanos también los esperaba la aragonesa Concepción Gimeno de Flaquer, fundadora de *El Álbum Iberoamericano*, que vivió en México durante un tiempo en las décadas finales del siglo XIX, donde asistió y promovió tertulias literarias al lado de Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto, Manuel Payno, Refugio Barragán de Toscano, Isabel Prieto de Landázuri y Laura Méndez de Cuenca, a quienes difundió en las páginas de su revista. De igual forma, a los mexicanos los esperaba el asturiano Jesús Pando y Valle, colaborador de los periódicos americanistas *La Época*, *El Globo* y *La Ilustración Española y Americana*, y director de las revistas *Los Dos Mundos* y *La Unión Iberoamericana*, uno de los esfuerzos más loables del hispanoamericanismo, desde donde promoverá en 1900 la celebración del Congreso Hispanoamericano.

En Madrid estuvieron algunos escritores de la llamada Generación del 98 que intentaron dialogar con escritores mexicanos. Vínculo interno de las generaciones literarias de España con la literatura de México, fue el hilarante Ramón del Valle-Inclán que paseaba por la calle del Arenal como un excéntrico Max Estrella, un marqués de Bradomín que sacaba de la chistera alguna anécdota sobre México. Corría el año que va de 1892 a 1893 cuando vivió entre Veracruz y la Ciudad de México, donde conocería a americanistas españoles emigrados a México como Telesforo García, y donde trabajó de gacetillero, en especial en *El Universal*, pero también en la prensa españolista: *La Colonia Española*, *La Iberia*... En esas redacciones conoció a los primeros modernistas

mexicanos como Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, Francisco A. de Icaza y Balbino Dávalos, a quienes recibirá (con excepción de Nájera), a su manera, cuando caminen por la Villa de Madrid.⁸¹ Pero con quienes mantuvo diferencias, que llegaron al duelo, fue con los periodistas católicos de México, como Victoriano Agüeros, a quien tildará de tonto cuando el escritor mexicano llegue a Madrid.⁸² Ya entrado en años, Valle-Inclán regresará a México en 1921, invitado por Alfonso Reyes a las festividades que el gobierno del presidente Álvaro Obregón organizaba en su país para celebrar la Independencia.

Además estaba don Miguel de Unamuno, eje de toda una constelación hispanoamericana cuyo hemisferio era trazado por su pluma, tan diestra en escribir epístolas a sus congéneres mexicanos como opinar sobre literatura hispanoamericana. Los recuerdos, infatigables, de su padre en Tepic, Nayarit, México, lo hermanarán, en silencio, con Amado Nervo. El intercambio epistolar con sus corresponsales mexicanos, particularmente con Nervo y con Justo Sierra, servirán para trazar las coordenadas más estables de la patria imaginada de la lengua española. También estaba el malogrado poeta Mariano Miguel de Val, tan cercano al poder político español y tan poco acertado en sus empresas culturales. Presuroso en sus gestiones a favor de la literatura mexicana, ayudó a esos escritores a publicar un libro, a incorporarse a una institución, o a obtener algún reconocimiento cultural. Por poco tiempo también estuvo en Madrid Francisco Navarro Ledesma, cervantista como el anterior y como Francisco A. de Icaza; mantuvo trato receloso con los hispanoamericanos, salvo con Rubén Darío que le dedicó “Letanías a nuestro señor Don Quijote”. Con todo, en *La Unión Iberoamericana*

⁸¹ José García-Velasco, “Valle-Inclán en su camino de Damasco. El primer viaje a México”, *Valle Inclán (1898-1998): Escenarios*. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2000, pp. 29-71.

⁸² *Ibidem*, p. 44.

escribió semblanzas sobre varios mexicanos, como Francisco A. de Icaza, Salvador Díaz Mirón, Ignacio Montes de Oca y Laura Méndez de Cuenca.

El hispanoamericanismo de Unamuno dejará, en la cultura matritense, su legado en dos personajes fundamentales para la continuidad de la genealogía americanista. Primero en el poeta, crítico y editor, Enrique Díez Canedo, que reseñó la obra de Amado Nervo, de Francisco A. de Icaza y de Balbino Dávalos, y que organizó homenajes en honor de Rubén Darío. De ellos también habló Blanca de los Ríos, fundadora de instituciones hispanoamericanistas en el siglo XX. El segundo discípulo del hispanoamericanismo de Unamuno fue el profesor de Oviedo, Rafael Altamira, y sus más de 300 conferencias para divulgar en América qué es España, y en España qué es América. Y sus cartas, aún no recopiladas, con Justo Sierra, donde hablaron de panhispanismo y del mundo hispánico...

El comienzo de esta genealogía, cuyo desarrollo se habrá intensificado a partir de la década de los setenta del siglo XIX, generó una “conciencia hispanoamericana de la burguesía española” que luego se plasmó en la conformación de un sistema cultural con distintas formas de asociacionismo en instituciones o en publicaciones periódicas.⁸³ Estos puertos fueron, en primerísimo lugar, la sede en turno de la legación mexicana en Madrid (casi todos los intelectuales mexicanos ocuparon un nombramiento diplomático) así como el Círculo de Bellas Artes (del que Vicente Riva Palacio sería presidente), el Casino de Madrid (donde departirían Vicente Riva Palacio, Francisco A. de Icaza, Amado Nervo y Justo Sierra), la Asociación de Escritores y Artistas Españoles (a la que pertenecieron Vicente Riva Palacio y Amado Nervo) y el Ateneo de Madrid (del que alcanzaron vicepresidencia de la sección de Literatura, Vicente Riva Palacio y

⁸³ Isidro Sepúlveda Muñoz, “Medio siglo de asociacionismo americanista español 1885-1936”, *Espacio, tiempo y forma, S. V. Historia Contemporánea*, t. IV (1999), pp. 271-290.

Francisco A. de Icaza, y luego Justo Sierra de manera honoraria).⁸⁴ La sociabilidad de la lengua y la literatura se realizó en las tertulias: famosas la de Castelar, las de Menéndez Pelayo y las Gaspar Núñez de Arce, a las que se sumarán las de los mismos mexicanos, como las de Ramón Corona, Riva Palacio o Francisco A. de Icaza; en los teatros: Apolo, Real y Arenal; en cafés y restaurantes, como el Café América (en las calles Sierpes 26 y Velázquez 11, 13 y 15), el Café de Buenavista (Salesas, 8), el Café de Fornos (en Recoletos), el restaurante Lhardy (en la calle Carretas) o el club Veloz, entre otros.

Pero el mundo intelectual de esta patria imaginada de la lengua española, adquirió su esquema canónico en las reales academias. “Posiblemente el modelo de relaciones verticales mejor estructurado es el que dibujan los escritores y las Reales Academias, instituciones dieciochescas que, además del prestigio público que otorgaban a sus miembros, permitían determinados juegos de influencias.”⁸⁵ Por su propia definición, la Real Academia Española fue la institución que acogió a un mayor número de escritores. Como núcleo cultural, la Academia mantenía relaciones directas con otros sectores de la sociedad española, desde los administradores de la cultura (teatros, salones, editoriales...) hasta los administradores del poder políticos (ministerios, políticos, asociaciones...), y “no prescindió de la cuota social debida a la aristocracia de sangre, de la milicia o del estamento eclesiástico. Según avanza el siglo, la incorporación de creadores se incrementa respecto al número de eruditos, si bien la selección de las personas marca unas pautas de equilibrio entre las tendencias estéticas o

⁸⁴ En 1910, después de observar el constante arribo de escritores mexicanos e hispanoamericanos al Ateneo, Emilia Pardo Bazán anota: “Es infalible: todo intelectual americano que llega a Madrid y tiene algo que decir al público, con propósito de darse a conocer, se presenta en la Cátedra del Ateneo.” (Emilia Pardo Bazán, *Cartas de la condesa en el Diario de la Marina. La Habana (1909-1915)*. Madrid, Editorial Pliegos, 2002, p. 78.)

⁸⁵ L. Romero Tobar, *La literatura en su historia...*, op. cit., p. 91.

políticas dominantes”.⁸⁶ La institución fue fundada en 1713, por iniciativa de Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena. En 1870, a propuesta de su director, marqués de Molins, y los académicos Patricio de la Escosura, Juan Eugenio Hartzenbusch y Fermín de la Puente y Apezechea (español nacido en México) se acordó la creación de las academias correspondientes americanas.⁸⁷

Aunque existen antecedentes de la creación de las correspondencias desde 1860, la Academia fue incapaz de vincularse con sus similares hispanoamericanas. El contacto real comenzó cuando los académicos españoles se interesaron por algunos escritores hispanoamericanos, o por la lectura de sus estudios filológicos.⁸⁸ Instauradas las correspondencias, desde ahí los grupos letrados difundieron los parámetros morales de las relaciones culturales: “realizar fácilmente lo que para las armas y, aun para la misma diplomacia es ya completamente imposible”; es decir, reanudar los vínculos fraternales entre americanos y españoles, para “restablecer la mancomunidad de gloria y de intereses literarios, que nunca hubiera debido dejar de existir entre nosotros, y por fin, oponer un dique, más poderoso tal vez que las bayonetas mismas, al espíritu invasor de la raza anglosajona en el mundo por Colón descubierto.”⁸⁹

La Academia Mexicana Correspondiente a la Española fue fundada en 1875, aunque tiene antecedentes desde 1835. Además de filólogos y lingüistas, fueron invitados a incorporarse, entre otros, los escritores Joaquín García Icazbalceta, Alejandro Arango y Escandón, Fermín de la Puente y Apezechea, José María Roa Bárcenas y Manuel Peredo. Sin embargo, era tal la desorganización de la Academia Mexicana que la mayoría de los discursos de ingreso de sus integrantes se rindieron de

⁸⁶ *Ibidem*.

⁸⁷ Victoriano Agüeros, “Escritores mexicanos contemporáneos”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXII, núm. XLVII (22 de diciembre de 1878), pp. 10-13.

⁸⁸ Carlos Rama, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 130.

⁸⁹ Sin firma, “Nuestro grabado”, *El Globo*, a. V, núm. 1854 (1 de julio de 1879), p. 1.

manera efectiva hasta el siglo XX. Algunos de ellos estuvieron en las reuniones de la Real Academia Española de la Lengua, en Madrid, donde aprovecharon los vínculos asentados a través de la corporación para difundir su literatura en círculos culturales ajenos a los de su país.

El primer director de la Academia Mexicana fue Joaquín García Icazbalceta, traductor, historiador filólogo y poeta, de quien se dieron abundantes noticias en la prensa española, y cuyo retrato difundió *El Globo*, en 1879. Alejandro Arango y Escandón (e ascendencia española por su padre, nacido en Extremadura) fue el segundo de los sabios mexicanos en asumir la dirección de la corporación, en 1879. Cuando recibió el nombramiento, el periódico matritense *El Globo* presentó en la página principal de su edición del 1 de julio, una fotografía que ocupaba casi tres cuartos de la portada donde se detallaba una biografía sobre el personaje. Marcelino Menéndez Pelayo no tardó en calificarlo de “modelo de sobriedad, templanza, buen juicio y buen estilo”, aun sin conocerlo, ni conocer sus letras más allá de algunas notas biográficas que publicó en su país sobre Fray Luis de León.⁹⁰

Sin el mismo grado de influencia que la anterior, la Real Academia de la Historia también destacaba en el mapa de la patria imaginada. Fue creada el 17 de junio de 1730 por Felipe V. Las gestiones para crear la Academia Mexicana de la Historia correspondiente a la Real Española comenzaron a principios del siglo XX, aunque sus antecedentes datan de 1836. Tanto el vaivén político en el interior de México como la constante ruptura de las relaciones diplomáticas con España, impidieron su sostenimiento. En 1901, el ministro de España en México, Pedro de Prat, marqués de Prat, reactivó las gestiones para crear la corresponsalía. El proyecto llegó a concretar una lista inicial de socios, reconocida por el Ministerio de Asuntos Exteriores de

⁹⁰ Sin firma, “La Unión y Fray Luis de León”, *Siglo Futuro*, a. X, núm. 2863 (4 de octubre de 1884), p. 1.

España, integrada por el director, Ignacio Mariscal, el vicedirector honorario, Ignacio Montes de Oca, el secretario, José María Agreda, el bibliotecario, José María Vigil, y el anticuario, Antonio Peñafiel. Los primeros fueron José Algama, Alfredo Chavero, Francisco del Paso y Troncoso, Justo Sierra, Vicente Andrade, Francisco Sosa, Enrique Olavarría, Julio Zárate, Manuel G. Revilla, Luis Pérez Vereda, Alberto Santos Coy y Agustín Rivera.⁹¹ No obstante, la corresponsalía mexicana se consolidará hasta 1919 y para su reconocimiento se utilizó un reglamento de 1888.⁹²

También se intentaron corresponsalías de la Real Academia de las Bellas Artes de San Fernando, que inspiró la Academia de Bellas Artes de México, pero nunca llegó a ser un organismo correspondiente. En carta fechada el 16 de enero de 1895, la Legación de España en México informó al Ministerio de Asuntos Exteriores, sobre la intención de crear una corresponsalía de la Real Academia de Ciencias Exacta, Físicas y Naturales de España, “destinada a estrechar con relaciones intelectuales los vínculos que desde muy antiguo existen entre aquella nación y nuestra patria.”⁹³ Sin embargo, no existen registros de que ninguna de las empresas se instaurara con éxito.⁹⁴

Existieron otras instituciones, aparentemente con menor relevancia, que incentivaron las relaciones entre México y España y que funcionaron como plataformas utilizadas por los escritores para afincar el campo literario mexicano en Madrid. Como

⁹¹ [Carta del Marqués de Prat al Ministerio de Asuntos Exteriores]. Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores. Legajo, H1657.

⁹² Sin firma, “Academias hispano-americanas”, *Archivo Diplomático y Consular de España*, a. VI, núm. 241 (8 de noviembre de 1888), p. 3.

⁹³ [Carta de la Legación de España en México al Ministerio de Asuntos Exteriores]. Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores. Legajo H1657.

⁹⁴ En otra ocasión, el 10 de febrero de 1894, el profesor y abogado mexicano Agustín Verdugo, le escribió a Marcelino Menéndez Pelayo, para proponerle la creación de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y formalizar la de Historia, en las asegura que participarían Justo Sierra, Joaquín Arcadio Pagaza, Manuel F. de la Hoz, Luis Gutiérrez Otero, Manuel Mateos Alarcón, Prisciliano María Díaz González, Justo Benítez y Manuel Flores. El proyecto, como los anteriores, no llegó a realizarse. De igual forma, le comunica del intento de consolidar la Academia de Jurisprudencia que también tuvo pocos logros en México. (Junta Central del Centenario de Menéndez Pelayo, *Menéndez Pelayo y la hispanidad...*, op. cit., p. 7.)

el Gran Oriente Español, la agrupación masónica más importante del mundo hispánico durante la segunda mitad del siglo XIX, y a la que pertenecieron Porfirio Díaz, Ramón Corona, Ignacio Manuel Altamirano, Vicente Riva Palacio y Joaquín Baranda, miembros del Templo del Supremo Consejo del grado 33, del rito escocés. El liberalismo practicado por este grupo masónico, y los lazos sociales establecidos por sus integrantes, permitieron la cercanía entre intelectuales mexicanos y españoles.

En los últimos quince años del siglo XIX se acentuó el americanismo asociativo para integrar el pensamiento hispánico. El caso más representativo fue la planeación de la Federación Hispanoamericana impulsada en 1883 por el político y periodista argentino Héctor F. Varela. El proyecto no prosperó, aunque difundió un plan de propósitos para la agrupación y la primera nómina de participantes: Protasio Solís, Enrique Taviel de Andrade, M. Tello Amondarein, Francisco Javier Valmaseda, Antonio Balbín de Unquera, Jesús Pando y Valle y Antonio Hidalgo Mobellán.⁹⁵ El plan fue abandonado cuando su promotor, Héctor F. Varela, se dedicó a la dirección de la revista *España y América* (1884), fundada por Fernando del Toro Saldaña. Sin embargo, su principal aportación fue la inquietud de crear una congregación de intereses americanistas, que se establecerá en 1885 con el nombre definitivo de Unión Iberoamericana.

La Unión Iberoamericana fue dirigida por Jesús Pando y Valle, cónsul de El Salvador en España. El primer y principal estatuto de la declaración de principios de la agrupación era “estrechar las relaciones sociales, económicas, científicas, literarias y artísticas de España, Portugal y las naciones americanas, donde se habla el español y el

⁹⁵ María Elena Hernández Prieto, “Héctor Florencia Varela en Madrid (1881-1885). Aportación a la historia del americanismo en España”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, v. IX, núm. 10. (1981), pp. 127-139.

portugués, y preparar la más estrecha unión comercial en el porvenir.”⁹⁶ Pero en sus doce puntos constitutivos se insistirá en generar espacios y dinámicas para la defensa de los derechos de autor y el intercambio de propiedades intelectuales, así como la homologación de los oficios intelectuales del mundo hispánico. Desde su fundación, la Unión mantuvo un amplio programa de actividades y proyectos, que alentaban los discursos sobre el americanismo. Después de 1892, cuando ocupó un sitio relevante en las celebraciones del IV Centenario del Descubrimiento de América, cerró una primera etapa de vida. Ese año comenzó a circular su propia revista con título homónimo al de la agrupación y afincó su sede en el número 65 de la calle de Alcalá, donde se pretendía “reunir en su domicilio social a los dignos representantes de los Estados americanos, para que siempre lo tengan por suyo, y en la época de Centenario que ha de celebrarse en breve, los viajeros de sus respectivos países que nos honren con su visita lo consideren asimismo como casa propia”⁹⁷ Con menos entusiasmo, la Unión permaneció durante los primeros quince años del siglo XX hasta que se diseminó en otras instituciones con intenciones parecidas a las de su acta constitutiva.

La Unión llegó a presumir una biblioteca con más de mil volúmenes sobre temas relativos a América, un salón para tertulias y habitaciones en caso de que fueran urgentes. Luego vendrá un periodo de decaimiento en sus actividades, a tal grado que en 1898 se verá en peligro su solvencia, que enfrentaba la competencia de otros organismos con objetivos similares. Desde las páginas editoriales de su revista, se impulsó un acentuado discurso “anti yanqui” y una exaltación racial a la cultura

⁹⁶ I. Sepúlveda Muñoz, “Medio siglo de asociacionismo...”, *op. cit.*, p. 276.

⁹⁷ J. M. Gómez y A. Mejías Alonso, *Hispanoamericanas en Madrid (1800-1936)*. Madrid, Dirección General de la Mujer, Comunidad de Madrid, 1994, p. 70.

hispana, que tendrá como consecuencias las celebraciones populares, y luego oficiales, del 12 de octubre como Día de la Raza.⁹⁸

Mientras la Unión se diluía en el tiempo, el 27 de junio 1910 se fundó el Centro de Cultura Hispanoamericana. Fue promovido y dirigido por Luis Palomo y Ruiz, aunque tuvo en José Canalejas a su principal inspirador y protector. “Los fines del Centro radicaban en un ambiguo acercamiento entre los países de habla castellana y una defensa de la cultura española”,⁹⁹ que exaltaba la creación de una comunidad de la raza hispánica. Entre sus agremiados destacaba la figura de Blanca de los Ríos, quien denominó al movimiento como “unificación étnica”.¹⁰⁰ La mayoría de sus actividades, que se orientaron a resarcir la “leyenda negra de España”, se desarrollaron con miras eurocentristas, políticas que duraron hasta los treinta del siglo XX.

La constitución de varias asociaciones de este tipo derivó en la gestación de medios de expresión que difundían el pensamiento y la cultura americanista, desde gacetillas hasta almanaques, pasando por periódicos y revistas ilustradas. Como integrantes de la administración de los proyectos, los agentes culturales de la genealogía americanista recomendaban a los escritores hispanoamericanos difundir su producción intelectual en estos medios impresos, algunos de los cuales reflejaban su interés por conocer la cultura del continente americano. Así apareció el semanario *Álbum Iberoamericano*, fundado y dirigido por Concepción Gimeno de Flaquer. El impreso era la continuación de sus anteriores proyectos editoriales fundados al lado de su marido, Francisco Flaquer, en México: *La Ilustración de la Mujer* (1872) y *El Álbum de la Mujer*.

⁹⁸ I. Sepúlveda Muñoz, “Medio siglo de asociacionismo...”, *op. cit.*, pp. 277-278.

⁹⁹ *Ibidem*, p. 279.

¹⁰⁰ *Ibidem*.

Entusiasta del intercambio de ideas entre Hispanoamérica y España, y de “un feminismo sensato”, Gimeno de Flaquer no ocultó su emoción en el saludo inaugural de su empresa y aportaba el dato de que la publicación habría comenzado a imprimirse en México: “No es *El Álbum* un periódico desconocido en Madrid: desde México en donde salió a luz por vez primera, se ha dedicado a estrechar las relaciones entre españoles y americanos, presentando por medio de la biografía y el retrato a los hombres ilustres de ambos continentes”.¹⁰¹ Con ese entusiasmo incorporó a su plantilla de colaboradores a los mexicanos más conocidos por la prensa matritense, como Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano, Juan de Dios Peza y Gustavo Baz; pero sobre todo a autores modernistas, algunos de ellos poco conocidos en México, al lado de figuras sobradamente expuestas por la crítica como Agustín F. Cuenca, los hermanos Díaz Mirón, Ignacio Pérez Salazar y Enrique Valencia, entre los más constantes.

De igual forma circulaba el periódico *La América. Crónica hispanoamericana. Periódico destinado a sostener los intereses y legítimas aspiraciones de la raza española en el Nuevo Continente* [Política, administración, ciencias, literatura, artes, agricultura, comercio, industria, etc, etc.]. Fue fundado por Eduardo Asquerino y dirigido por Antonio Guerra y Alarcón. Asquerino vivió durante un tiempo en México, donde creó, al lado de Anselmo de la Portilla, distintas empresas periodísticas para defender los intereses de la colonia española. Declaraba unir a toda “la familia hispana” separada por “discordias intestinas” bajo la premisa de “estrechar y robustecer los lazos de unas naciones que siendo hace poco hermanas en lo político, lo son hoy, serán siempre hermanas por la lengua, por la religión y por las costumbres.”¹⁰² A lo largo de

¹⁰¹ M. I. Hernández Prieto, “Escritores hispanoamericanos en el *Álbum Iberoamericano*”, *Documentación de las Ciencias de la Información*, núm. 6 (1993), p. 117.

¹⁰² Antonia Pi-Suñer, “El acercamiento entre dos pueblos...”, p. 115.

la publicación se enfatizará el interés por crear lazos comerciales entre España e Hispanoamérica.¹⁰³

Orientado a generar un discurso americanista entre la burguesía española, llegó a contar con más de 400 corresponsales en todo el mundo hispánico, y presentó en su nómina de colaboradores a escritores mexicanos como Guillermo Prieto, Gustavo Baz, Justo Sierra o Juan B. Hjar y Haro. Incluía grabados y litografías de personajes célebres, además de vistas exóticas del continente americano en las que destacaban los paisajes tropicales o el crecimiento de algunas ciudades. Fue una de los medios difusores del programa ideológico para el reconocimiento de una raza panlatina.¹⁰⁴

Por su parte, *La Unión Iberoamericana* fue una revista creada en el seno de la asociación homónima, fundada en 1887 por Jesús Pando y Valle. Era un periódico de pequeño formato que daba toda clase de noticias sobre actividades americanistas. Gracias a la intervención de sus agremiados, muchos de ellos diplomáticos hispanoamericanos y ministros de estado español, recibió una subvención oficial del gobierno de España.¹⁰⁵ Mantuvo una sección “Biográfica-Bibliográfica” destinada a reseñar las novedades editoriales de la cultura española e hispanoamericana.

También destacó la labor de la revista *La España Moderna*, dirigida y fundada por José Lázaro Galdiano. Tuvo entre sus colaboradores a poetas mexicanos, como Juan

¹⁰³ Leoncio López-Ocón Cabrera, “*La América. Crónica hispanoamericana*. Génesis y significación de una empresa americanista del liberalismo democrático español”, *Quinto Centenario*, núm. 4 (1982), pp. 143-144.

¹⁰⁴ A. P-Suñer, “El acercamiento entre dos pueblos...”, *op. cit.*, p. 116.

La idea de crear una unión panhispánica, o de generar el movimiento del panhispanismo, será un planteamiento guiado por los supuestos filosóficos del francés Joseph Arthur de Gobineau en su libro *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853-1855), que posteriormente influirá en el escritor mexicano Justo Sierra. Gobineau trataba de “demostrar la existencia dialéctica racial en el Nuevo Mundo expresada en el enfrentamiento entre la raza latina y la raza anglosajona. Para los panhispnaistas, sólo el retorno a la solidaridad hispánica podrá prevenir la aniquilación de la raza española por los depredadores anglosajones. Por ello, *La América* promovió el concepto de la hispanidad, la idea de que el mundo de habla española constituía una especie de cuerpo místico, del que España era cabeza visible.” (L. López-Ocón Cabrera, “*La América. Crónica hispanoamericana...*”, *op. cit.*, p. 163). Estos presupuestos alcanzarán representaciones institucionales y la metáfora ideológica de una nación panhispánica será fundamental para la constitución de una patria intelectual imaginada del mundo hispánico.

¹⁰⁵ A. Pi-Suñer, “El acercamiento entre dos pueblos...”, *op. cit.*, p. 118.

de Dios Peza, Agustín F. Cuenca y los hermanos Díaz Mirón, entre otros. Lázaro Galdiano pretendía crear una revista que integrara a todo los países de habla hispana, en el que “juegan un papel importante varios factores: la colaboración de los autores españoles; la conciencia de unas necesidades impuestas por la realidad intelectual del país; y el reiterado deseo de actualizar el arte y pensamiento de la comunidad hispana.”¹⁰⁶

Pero de entre todas las publicaciones hispanoamericanistas de la época, merece una mención especial *La Ilustración Española y Americana*. Su pluralidad ideológica, en correspondencia con su gran ambición comercial, permitió la difusión de discursos de intelectuales conservadores, moderados, liberales y apolíticos, que opinaban sobre las relaciones de España e Hispanoamérica. Debido a su influencia en la vida cultural de la Villa y Corte, sus páginas cumplieron la función de un medio canónico en el campo intelectual.¹⁰⁷ Su primer número apareció el 25 de diciembre de 1869, dirigida por el gaditano Abelardo de Carlos, dueño de la Tipográfica Sucesores de Rivadeneyra.¹⁰⁸ De manos del mismo empresario cultural, en 1872 apareció la Biblioteca Selecta de Autores Contemporáneos de la Tipográfica Sucesores de Rivadeneyra, proyecto editorial asesorado por varios intelectuales españoles que ensayó uno de los programas canónicos más importantes de la letras españolas del siglo XIX, y en el que se incluyó a los escritores mexicanos Juan de Dios Peza, Francisco A. de Icaza y Vicente Riva Palacio. *La Ilustración Española y Americana* se consolidó, durante la última década del siglo XIX, como uno de los principales medios impresos españoles, con énfasis especial en la difusión de literatura, cuya sección era dirigida por Román Gicoerrotea. Además, en sus páginas exhibió una alta calidad gráfica, ilustradas por excelentes

¹⁰⁶ Raquel Asún, “La editorial de *La España Moderna*”, *Archivum*, vols. 31-32 (1981-82), pp. 133-199.

¹⁰⁷ Miguel B. Márquez, “D. Abelardo de Carlos y *La Ilustración Española y Americana*”, *Ámbitos*, núm. 13-14 (2005). Sevilla, Universidad de Sevilla. Departamento de Periodismo, p. 8.

¹⁰⁸ Julio Nombela, *Impresiones y recuerdos*. Madrid, Giner, 1976, pp. 179-180.

dibujantes y retratistas de la época, “en ocasiones recibía croquis o dibujos desde el lugar de los acontecimientos, o enviaba colaboradores gráficos para que tomaran los dibujos del natural.”¹⁰⁹

Estos medios impresos ocupan un sitio privilegiado en la historiografía del hispanoamericanismo, discuso que situaron en la agenda política de la vida sociocultural de la Villa y Corte. Sobre el tema, también resultó destacada la producción de otros impresos, como: *España y América*, *Hojas Selectas*, *La Ilustración Ibérica*, *Nuevo Mundo*, *Por Esos Mundos*, *Renacimiento Latino*, *Revista Contemporánea* y *Revista Latina*. De igual forma, aparecieron revistas conservadoras que dieron cabida a escritores mexicanos, pero medidas en su relación con Hispanoamérica porque defendían discursos monárquicos, como: *El Siglo Futuro*, *Archivo Diplomático y Consular de España*, *La Ilustración Católica* y *La Ilustración Católica de España*.

¹⁰⁹ Carmen Adams Fernández, “Cuba y su cultura durante el último cuarto del siglo XIX a través de *La Ilustración España y Americana*”, *Arte, cultura y sociedad en la emigración española a América*. Oviedo, Universidad de Oviedo-Servicio de Publicaciones, 1992, p. 128.

CAPÍTULO 2

BABEL DE HISPANIA

EL LIBERALISMO LITERARIO Y LA PROLONGACIÓN DEL ALMA ESPAÑOLA

El acercamiento cultural entre México y España, suscitado desde mediados del siglo XIX, se intensificará al acercarse el fin de la centuria. Todo el despliegue cultural (retóricas, discursos, mensajes cruzados) y la lenta institucionalidad de la literatura (con sus espacios de convivencia, sus agentes, sus genealogías) construirán el mapa real de la patria imaginada de la lengua española, con la colaboración de intelectuales de las dos orillas del Atlántico y con una capital visible en Madrid. Los hechos habrían de consumarse a partir de la década los setenta del siglo XIX, cuando se reactivaron los lazos culturales entre México y España. Para México, “independientemente de la voluntad de las autoridades, España constituye el canal a través del cual arriban las influencias artísticas y culturales europeas.”¹¹⁰ Para España los vínculos con México eran, sobre todo, una prioridad geopolítica porque los grupos rebeldes que pretendían la independencia de Cuba en 1870 se escondían en las costas del Golfo de México, y el gobierno ibérico reclamaba al gobierno mexicano la ayuda en la creación de una red de informantes.¹¹¹

En ese contexto, la primera experiencia del escritor y general Vicente Riva Palacio en tierras españolas fue en 1870, cuando renunció estrepitosamente al nombramiento de magistrado de la Suprema Corte de Justicia de su país. Desilusionado de la política, en esta ocasión el general se embarcó hacia Europa el 13 de julio, con un itinerario que extendió a Francia, Italia, Suiza, Inglaterra y España. El viaje fue el primer precedente de la sociedad literaria mexicana en Madrid, al reunir a Riva Palacio con Manuel Payno, Juan A. Mateos, Juan de Dios Peza (su ahijado) y Rafael Martínez de la Torre, una parte de la “inteligencia mexicana” que presentó en la Villa y Corte el

¹¹⁰ Erika Pani, *Para mexicanizar el segundo imperio: el imaginario político de los imperialistas*. México, Instituto Dr. José María Mora-Colegio de México, 2001, p. 87.

¹¹¹ A. Sánchez Andrés, “De las relaciones entre España y México...”, *op. cit.*, pp. 737-738.

polémico *El libro rojo. Hogueras, horcas, patibulos, suicidios, y sucesos singulares y extraños acaecidos en México durante las guerras civiles y extranjeras* (1870), escrito por la pluma múltiple del equipo completo. Además de sus simpatías por las letras, al grupo de escritores los vinculaba su filiación ideológica liberal, más latente en algunos como en Riva Palacio y en Juan A. Mateos, y en otros apenas expresada como en Manuel Payno y en Juan de Dios Peza.

El libro rojo fue angular en la historia cultural de México. Crisol escrito por una parte sustancial de la “inteligencia mexicana”, sumaba una visión polisémica de los crímenes que forjaban la historia de México, con los que el país logró su Independencia y elaboró su propio proyecto de nación, desde los emperadores indígenas derrocados y torturados, hasta los intentos de ocupación militar europea y estadounidense. En Madrid, el libro se habría observado como un producto intelectual generado por “la leyenda negra de España”, popularizada en los grupos masónico liberales hispanoamericanos por influencia francesa.¹¹² La presentación de *El libro rojo* en Madrid no sólo era un evento crítico en la reanudación de relaciones diplomáticas oficiales entre los dos países, luego de un extenuante proceso de autonomía y soberanía nacional; el hecho, promovido por Vicente Riva Palacio, demostraba los términos en los que la cultura mexicana expresó su personalidad en la capital española: partiendo desde la formación intelectual en las doctrinas del liberalismo francés, hacia la aspiración de neutralidad objetiva en la revisión de un pasado común entre mexicanos y españoles. Esta neutralidad objetiva para la valoración de la patria mexicana ya había sido expuesta, de una u otra forma, por los periodistas españoles afincados en México que comenzaron a revisar la historia de ese país a mediados del siglo XIX.

¹¹² Philip W. Powell, *La leyenda negra. Un invento contra España*. Barcelona, Áltera, 2005, pp. 113-114.

El equipo de escritores mexicanos fue recibido por el campo intelectual español encabezado por dos liberales, Emilio Castelar y Juan Prim,¹¹³ poco antes de que el general fuera asesinado y a quien Riva Palacio habría conocido en la firma de los Tratados de La Soledad en 1868, en México. Prim, que gobernó España de 1869 a 1870, fue el primer presidente masón, sociedad a la que Riva Palacio pertenecía, así como otros personajes destacados mexicanos, incluyendo al que era entonces presidente, el general Porfirio Díaz. En el siglo XIX la institución masónica española se agrupó bajo el signo del Gran Oriente (que mantuvo vínculos con la Gran Logia del Valle de México y la Gran Logia Santos Degollado, también mexicanas),¹¹⁴ logia a la que pertenecieron tres mexicanos que aparecerán a lo largo de los siguientes párrafos: Ramón Corona, Porfirio Díaz, presidente de México y Vicente Riva Palacio.

De esta primera pléyade de intelectuales, españoles y mexicanos, que se encontraron en Madrid, Emilio Castelar fue uno de los primeros en conceptualizar sus ideas sobre Hispanoamérica y los vínculos con España. Se debe destacar la notable influencia de la concepción hispanoamericanista de Castelar, por lo menos en tres intelectuales de la época: Marcelino Menéndez Pelayo, su alumno; Benito Pérez Galdós, su compañero; y Antonio Cánovas del Castillo, su compadre. Las opiniones de Castelar estaban consolidadas en la esfera pública española, por lo que generó un discurso

¹¹³ Manuel Payno dedicará al general Prim el artículo “La estatua del general Prim”, donde recuerda la participación del militar catalán en diversos episodios de la historia de México. (Manuel Payno, *Barcelona y México en 1888 y 1889*. Barcelona, Espasa y Compañía, 1889).

Varios de los intelectuales españoles, agrupados por el liberalismo masónico, participaron a favor de las causas mexicanas durante el periodo de ocupación de las tropas de Napoleón III, entre 1862 y 1865, ya fuera como intermediarios en los asuntos diplomáticos de México con Europa, o como mediadores de los grupos liberales españoles con intereses económicos en el territorio mexicano, para tratar de fortalecer la República del país contra la promulgación del Imperio de Maximiliano de Habsburgo, el Segundo que se implantará en el México del siglo XIX, de 1864 a 1867.

¹¹⁴ José Antonio Ferrer Benimeli, *Jefes de gobierno masones. España 1868-1936*. Madrid, La esfera de los libros, 2007, pp. 13-49. Sobre los vínculos de Riva Palacio con la masonería mexicana, véase: José Alejandro Ortiz Monasterio Prieto, *La obra historiográfica de Vicente Riva Palacio*. Tesis de doctorado. México, Universidad Iberoamericana, 1999.

hispanoamericanista de gran influencia en el mundo hispánico.¹¹⁵ Conservaba un recuerdo idílico de los mexicanos, a través de la amistad que conservaba con un intelectual que había conocido pocos años atrás, en París, Lorenzo Ceballos, quien remitía las letras de Castelar a los medios impresos de México, sobre todo al periódico *El Monitor Republicano*, de Vicente García Torres.¹¹⁶ Así se convirtió en uno de los intelectuales liberales españoles más leídos en México, en especial por sus críticas beligerantes contra los proyectos de intervención militar europea en el continente americano.

Para Castelar, la relación con México era, en principio, una curiosidad y un gesto de agradecimiento por la devoción con que allá se leían sus artículos y discursos; textos en los que problematizaba la relación de España con México desde el binomio España-Europa. Comparado con la práctica de embajadores culturales ejercida por otros intelectuales españoles establecidos en ese país (Casimiro del Collado, Anselmo de la Portilla, Enrique de Olavarría y Ferrari...), los argumentos de Castelar sobre México como una proyección de la cultura hispánica se basaban en la historia compartida de ambos países. Una proyección necesaria para afianzar la soberanía española. Hispanoamérica no era un dominio militar, era una extensión intelectual de la cultura hispana original. Si México era un país desarrollado en América, era porque España le había legado gran parte de su cultura; si España era un país igual que cualquier nación europea, era porque había expandido la cultura hispánica en México.

¹¹⁵ Para leer otra interpretación de las relaciones de Castelar con México, véase: Charles A. Hale, "Emilio Castelar y México", *Letras Libres*, a. 1, núm. 12 (1999), pp. 50-55.

¹¹⁶ Juan de Dios Peza, *Recuerdos de España*. México, E. Gómez de la Puente editor, 1922, p. 359.

A la muerte de Castelar, el 25 de mayo de 1899, en México se le rindió un sentido homenaje en la Cámara de Diputados, en el que participaron figuras destacadas de la política y la cultura del país, como Porfirio Díaz, Juan de Dios Peza, Antonio Ramos Pedrosa, José Juan Tablada y Justo Sierra. (Iob, "Revista hispanoamericana", *La España Moderna*, a. 11, t. 127 (1 de julio de 1899), p. 185.)

La idea política de Castelar respecto a la identidad de España era que su pasado monárquico era igual al de los grandes imperios europeos. La evidencia de esta presencia española en el mundo (similar a la de Italia, Alemania, Inglaterra o Francia) era su estampa cultural en las antiguas colonias, que la reproducían bajo sus propios términos socioculturales. El concepto se hizo más o menos común en los grupos sociopolíticos de Madrid, la cultura hispanoamericana era “la prolongación del alma española”.¹¹⁷

Los primeros indicios del hispanoamericanismo de Castelar fueron críticas contra la intervención europea en Hispanoamérica, particularmente en la ocupación armada de Francia en México. “América es el espacio de la nueva idea --escribió el intelectual español--, el templo del hombre emancipado, el mundo puro inocente, que nacía, nuevo edén, para albergar la libertad.”¹¹⁸ Aunque estas expresiones aparentan aludir a todo el continente americano, evidentemente la asociación de libertad y América está pensada, sobre todo, en el surgimiento de Estados Unidos de Norteamérica como máxima expresión del liberalismo. Si aún no es práctica común utilizar el término “hispanoamericano” para referirse a la cultura construida por el mundo hispánico en América, su uso comienza a aparecer en el discurso de algunos intelectuales. Pero este matiz aún no se expresa en las proclamas y los artículos de Castelar, quien acentúa los vínculos entre el liberalismo español y la constitución de las naciones hispanoamericanas.

Más tarde, en 1869, Castelar extendió su pensamiento sobre Hispanoamérica en el artículo “Iturbide” dedicado a criticar al libro homónimo de Carlos Navarro y

¹¹⁷ Iob, “Revista hispanoamericana”, *La España Moderna*, a. II, núm. VI (1 de julio de 1899), pp. 185-201.

¹¹⁸ Emilio Castelar, “América”, *La América*, a. I, núm. 1 (8 de marzo de 1857), p. 1.

Rodrigo,¹¹⁹ en el que el autor recupera algunos argumentos de la “desespañolización” atribuidos a Agustín de Iturbide, el consumidor de la Independencia de México en 1821. En su obra, Navarro y Rodrigo proclamaba que la existencia del imperio español se valida en sus posesiones coloniales y que debería intentar la colonización de territorios de Hispanoamérica, África y Asia. A Castelar, el planteamiento le pareció retrógrado y lastimoso para los derechos de libertad de los hombres, valores que España misma habría contribuido a promover en el mundo. “La emancipación fue un hecho necesario --sentenció Castelar--. Sentíase el movimiento que separaba las colonias de su metrópoli; sentíase bajo el silencio del despotismo.”¹²⁰

En este sentido, según Castelar, el gran modelo político contemporáneo se llama América. Por primera vez, el orador español demuestra que esta América es una alusión directa a Estados Unidos de Norteamérica, un país al que, según Navarro y Rodrigo, España debía colonizar. Castelar señala que eso es imposible porque “América es el premio dado a la humanidad por haber tenido fuerza bastante para derrocar el despotismo teocrático y conciencia bastante para proclamar la libertad del pensamiento. Allí no cabrán nuestras viejas instituciones y nuestro corrompido feudalismo”.¹²¹ En esta línea de pensamiento, para Castelar, México es un país republicano que continúa la tradición liberal europea.

En 1883, a manera de prólogo del libro *Memorias de un emigrado*, del periodista mexicano Salvador Quevedo y Zubieta, Emilio Castelar profundizó en su opinión sobre Hispanoamérica en oposición al monarquismo europeo. Criticó con dureza las aspiraciones de “los bastardos, muy abundantes en los palacios Reales” que anhelaban no sin falta de “romanticismo y melancolía”, “la reincorporación de los territorios

¹¹⁹ Emilio Castelar, *Ensayos Literarios*. Madrid, A. de San Martín, 1880, pp. 81-103.

¹²⁰ *Ibidem*, p. 87.

¹²¹ *Ibidem*, p. 91 y 92.

perdidos” para así legitimar su propia posición social y vindicar el pasado de Europa y España, unidas por el borbonismo.¹²² Sus críticas se enfocaban en el linaje de dos naciones, Francia e Inglaterra, además del grupo monarquista de España, derrotados en México por los liberales españoles en dos ocasiones: con la Independencia 1810 y con la caída del emperador Maximiliano en 1868.

Sobre la situación mexicana, Castelar proponía que la historia de ese país orbitaba sobre la relación problemática de la tradición borbónica española con el liberalismo europeo; es decir, del México colonial al México independiente. En este trayecto histórico plantea el surgimiento del liberalismo español por oposición al borbonismo imperial. La identidad nacional de España dependería de su pasado monárquico que legitima su presencia en la tradición borbónica europea y su evolución hacia el liberalismo, lo que permitió la independencia de sus antiguas colonias. Según Castelar, en esta transición también existía el legado del liberalismo cultural español en América. De ahí que insista en las herencias de la España liberal en la constitución de los estados hispanoamericanos. A España se debe no sólo el idioma, también el legado cultural más importante de Hispanoamérica: su conformación como naciones políticas. “La emigración española debe considerar que América es una continuación moral de su patria y que tiene con ella muchos más deberes que América con nosotros, porque los padres tienen más deberes con los hijos que los hijos con los padres, y les profesan más amor también”,¹²³ escribe en 1885, en el prólogo al libro *Cuatro años en Méjico. Memorias íntimas de un periodista español*, de Ramón Elices Montes.

¹²² Emilio Castelar, “Prólogo”, en Salvador Quevedo y Zubieta, *México. Recuerdos de un emigrado*. Madrid, Est. Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1883, pp. VI y VII.

¹²³ Emilio Castelar, “Prólogo”, en Ramón Elices Montes, *Cuatro años en México. Memorias íntimas de un periodista español*. Tomo I. *México en la actualidad*. Madrid, imprenta de la Viuda de J. M. Pérez, 1885, p. XVIII.

Fue en su estudio “Historia del descubrimiento de América”, realizado con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América en 1892, donde legó definitivamente su concepción del hispanoamericanismo. Dedicado a Telésforo García, la mayor parte de la obra exalta la vida y los viajes a América de Cristóbal Colón, “el descubridor por excelencia”. En la carta dedicatoria con la que inicia la obra sentencia la obligación de “vuestros hermanos de América” por reconocer la herencia de la cultura española legada a través de los primeros españoles que llegaron a Hispanoamérica, “quienes hicieron los esfuerzos mayores de voluntad conocidos para descubrirla en bien de la especie nuestra toda entera, y emplearon el siglo de su mayor poderío y exuberancia iniciándolos en los principios de la civilización cristina”.¹²⁴ El ideario castelariano diseminado en la cultura española fue uno de los bastiones ideológicos en la recepción de la cultura mexicana en Madrid. El otro afluente habrá sido la imaginación exótica y conservadora de los poetas románticos, como José Zorrilla, Ramón Campoamor y Gaspar Núñez de Arce,¹²⁵ que la mayoría de las veces, en tono épico, refieren la relación México-España a través de celebraciones a los “fundadores de la hispanidad”, cuyas figuras preponderantes serían Cristóbal Colón y Hernán Cortés.

CARTAS DE NATURALIZACIÓN EN DOS ANTOLOGÍAS

La reunión de intelectuales mexicanos de 1870, propiciada por la presentación *El Libro rojo* en la Villa y Corte, estaba enmarcada por estas percepciones idiomáticas sobre la cultura de México y su relación con España. De los escritores mexicanos, quien

¹²⁴ Emilio Castelar, *Historia del descubrimiento de América*. Madrid, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1892, p. 7.

¹²⁵ Sobre la interpretación estética que realizaron estos poetas a la relación México-España, véase el subtítulo “Paisaje y cultura mexicana en el imaginario español” del capítulo 1 de esta tesis.

aprovechó la estancia con más tesón, fue Juan de Dios Peza, joven, con 24 años corriéndole por las venas. A pesar de su lozanía era todo un veterano en lides culturales que destacaba por su imaginación y buen trato en las conversaciones, lo que le permitió entablar amistad fácilmente con Emilio Castelar, José Selgas y Manuel Tamayo y Baus, además de Gaspar Núñez Arce, Ramón de Campoamor y Antonio Grilo, quienes se encargaron de ambientar al joven Peza en la vida cultural de la Villa y Corte. En 1874, Juan de Dios Peza se presentó en el Teatro del Conservatorio su obra *La ciencia del hogar*, a la que le seguirían *Un epílogo de amor* y *Los últimos instantes de Cristóbal*, las cuales, a decir de *La Ilustración Española y Americana*, “le proporcionaron ruidosos triunfos”.¹²⁶ Cuatro años más tarde, luego de algunas gestiones en ambos continentes, mediadas por su padrino, Vicente Riva Palacio, Peza regresará a la Legación de México en Madrid con el cargo de secretario segundo. Permanecerá un tiempo al lado de Riva Palacio, que sólo estuvo en Madrid por un periodo breve, pero de quien se hablará largo rato entre los corrillos sociopolíticos matritenses, recordado como: “Hombre de cualidades exquisitas, llevará consigo, cuando abandone el puesto que hoy ocupa, la bendición de un pueblo agradecido, a cuyo progreso y bienestar ha consagrado la existencia”.¹²⁷

Durante el año de 1877 aconteció uno de los momentos más importantes en la proyección de la literatura mexicana moderna en España, cuando Enrique de Olavarria y Ferrari asumió la responsabilidad de consejero del gobierno mexicano en asuntos de relaciones exteriores. Olavarría y Ferrari, que había permanecido durante algunos meses

¹²⁶ Carlos Luis de Cuenca, “D. Juan de Dios Peza”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XLII, núm. XXVIII (22 de julio de 1899), pp. 3 y 4.

¹²⁷ E. Martínez de Velasco, “El general Vicente Riva Palacio”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXII, núm. XXXV (22 de septiembre de 1878), pp. 167 y 169.

Más curioso resulta que en 1884 algunos periódicos de la prensa española dieran noticia de la captura de una serie de insurgentes cubanos, entre los que supuestamente se encontraba Vicente Riva Palacio: “Por otros informes se ha sabido que quedó muerto en la refriega el consejero áulico de Agüero, Vicente Riva Palacio, hijo del general mexicano del mismo apellido.” (Sin firma, “Noticias”, *El Siglo Futuro*, a. X, núm. 2775 (21 de junio de 1884), p. 3).

en Alemania, llegó a su natal España donde se entrevistó con Juan de Dios Peza. Aquel había publicado varios textos en *Revista de Andalucía* (dirigida por Antonio Luis Carrión), en los que abordaba diversos temas de literatura mexicana y había realizado una selección de piezas literarias mexicanas. Peza lo instó a que reuniera esos trabajos en un volumen, con miras a escribir una antología sobre la actualidad de la literatura mexicana.¹²⁸

Pero no fue en Madrid sino en su natal Málaga, donde Olavarría y Ferrari publicó *El arte literario en México. Noticias biográficas y críticas de los más notables escritores* (1877). Un año después, con ligeras enmiendas y añadidos, lo reeditó en Madrid, con el título *Poesías líricas mexicanas* (1878).¹²⁹ En estos volúmenes aparece la primera lista de los escritores mexicanos consagrados por una voluntad canónica: la determinación del autor español de presentar la literatura mexicana en la capital de España.¹³⁰ En lo sucesivo, esta lista de nombres se repetirá con sus variantes obligadas, en los impresos de escritores mexicanos en Madrid. Ambos tomos, pues, incluyeron a Isabel Prieto de Landázuri, José Rosas, José María Vigil, Ignacio Ramírez, Manuel M. Flores, Agustín F. Cuenca, Justo Sierra, Manuel Peredo, Guillermo Prieto, José Peón Contreras, Juan de Dios Peza, Juan B. Híjar de Haro, Francisco G. Cosmes, Joaquín Téllez, Gustavo Baz, Aurelio Luis Gallardo, José Monroy, Manuel de Olaguíbel,

¹²⁸ J. Dios Peza, *Memorias, reliquias...*, op. cit., p. 153.

¹²⁹ Una acotación sobre la situación de las antologías literarias mexicanas, anotada por el filólogo mexicano Manuel Sol, que analiza la publicación y difusión de antologías durante el siglo XIX: “aunque fueron impresos con mucho descuido, deben considerarse como el primer intento de difundir a gran escala la poesía mexicana e hispanoamericana”. (Vicente Riva Palacio. *Parnaso Mexicano. Primera serie I*. Edición, introducción e índices, Manuel Sol. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Dirección General de Publicaciones-Universidad Nacional Autónoma de México-Coordination de Humanidades-Instituto Mexiquense de Cultura-Instituto Dr. José María Mora, 2006, pp. 15-16.

¹³⁰ Sin embargo, también se debe considerar que investigadores como Edith Leal y José Luis Martínez señalan que el antecedente inmediato a los trabajos críticos de Olavarría y Ferrari, son los artículos del escritor Ignacio Manuel Altamirano, publicados en México, entre los que se encuentra *Revistas literarias* (1868). (Edith Leal. *Los lectores de Enrique de Olavarría: la recepción de tres obras vista a través de su Archivo Personal*. Tesis para obtener el grado de licenciada en Lengua y literaturas hispánicas. 2005. Director Dr. Pablo Mora. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México).

Esther Tapia, Agapito Silva, Luis G. Ortiz, Laura Méndez de Cuenca, Anselmo Alfaro e Ignacio Manuel Altamirano.

En la nota de presentación del segundo volumen, “Al lector”, Olavarría y Ferrari habla de las dificultades que tuvo al intentar difundir las letras mexicanas en Madrid, porque ni los editores ni las imprentas consideraban que hubiera buena literatura en México. “Injustas preocupaciones --decía Olavarri y Ferrari--, incomprensible indiferentismo formaron en lo que va de siglo una especie de muralla entre aquellas modernas naciones y su antigua metrópoli. Pero como tal muralla no tiene razón de ser, yo, que tengo en España mi cuna y en México la de mis hijos, me he propuesto derribarla.”¹³¹ Más adelante, insiste en el dato histórico de considerar que la literatura mexicana nació en 1821, luego de consumir su independencia de España, de quien heredó su grandeza intelectual México, donde “crece con potente energía la única autoridad ibérica de que aun no han querido ni querrán hacerse independientes aquellos pueblos, la del genio sublime que hizo de la literatura española una de las más grandes.”¹³²

El crítico matizó sus comentarios para evitar el posible mutis de la recepción española, pero en su discurso prevalece la idea de que la literatura mexicana alcanzará su mayoría de edad al ser reconocida en España, capital cultural del mundo hispánico: “¿Sería discreto exigir a una literatura naciente la madurez y el perfeccionamiento que sólo es dable conseguir a los pueblos más viejos y experimentados y cuya escuela data de luengos siglos?”¹³³ Como liberal moderado, Enrique de Olavarría y Ferrari justificó la falta de desarrollo de la literatura mexicana debido al periodo de hacinamiento

¹³¹ E. Olavarría y Ferrari, *Poesías líricas mexicanas...*, *op. cit.*, p. VI.

¹³² *Ibidem*, p. IX.

¹³³ *Ibidem*, p. VII.

cultural provocado por el periodo colonial, sin que por ello se culpe a la cultura hispánica, sino al clero como responsable fundacional de la educación mexicana.

Juan de Dios Peza recuerda que la aparición de ambos tomos causaron “entusiasmo en Madrid”.¹³⁴ Apenas publicado *El arte literario en México*, Peza dirigió una carta a Olavarría para agradecerle y encomiar su labor de crítico. Un lector mexicano que se encontraba en Santander, Antonio Losano, también escribió a Olavarría para felicitarlo por su labor de difusor de la literatura de su país: “ha honrado usted a mi patria dando a conocer en Europa el estado de su literatura y se ha hecho usted honor a sí propio proclamando en su obrita que la gratitud de un corazón puede hacer olvidar la falta de nobleza de tantos otros”.¹³⁵ El poeta Juan B. Hajar y Haro, que acaba de llegar a Madrid como diplomático mexicano, recibió noticias del texto de Olavarría, y plasmó su testimonio en una carta breve. Felicitó al autor porque había escrito en España la primera historia de la literatura mexicana.¹³⁶

Pero más allá de los espaldarazos de los compatriotas mexicanos, las antologías también motivaron una reseña por parte del redactor de *El Globo*, en la que se puede leer el siguiente juicio sumario. Nótese el tono inquisidor del periodista que no evita en colocar distancia frente a los *otros* poetas a los que reseña, que no son otros que poetas mexicanos:

encomiando la ternura de Isabel Prieto, y el sentimiento de José Rosas; señalando la frialdad y falta de inspiración de Vigil; rebajando un tanto los exagerados elogios que consagraba el colector a Ramírez; celebrando las grandes cualidades de Flores; indicando los resabios gongorinos de Cuenca y los descaminos que oscurecen las dotes de Sierra; reservando nuestra opinión acerca de Prieto, Peredo y Peón Contreras; otorgando justos elogios a Hajar, Peza, Riva Palacio y Acuña, el más profundo y original, acaso, de todos; aplaudiendo a Cosmes, Zárate, Téllez, Baz y Gallardo, aunque con reseervas respecto a este último; notando de frío a Monroy; concediendo parco elogio a Olaguibel y Esther Tapia, y aplaudiendo el

¹³⁴ J. Dios Peza, *Memorias, reliquias...*, op. cit., p. 153.

¹³⁵ Edith Leal, *Los lectores de Enrique de Olavarría...*, op. cit., p. 22.

¹³⁶ *Ibidem*.

fondo más que la forma en las poesías de Silva; aplaudiendo al muy notable Luis Gonzaga Ortiz; suspendiendo el juicio acerca de Laura Méndez, colocando entre los conceptistas a Alfaro, y declarando que carecíamos de datos para juzgar a Altamirano.¹³⁷

Más adelante, el exégeta caerá en contradicciones al otorgar “justos elogios” a poetas a quienes no se los había concedido, como Guillermo Prieto o Ignacio Manuel Altamirano. La misma nota se ocupará de otra antología de poesía mexicana, editada en correspondencia “al interés y curiosidad simpática” que la antología de Olavarria había despertado entre los lectores españoles. En 1878, el segundo secretario de la legación mexicana, el poeta Juan de Dios Peza, impulsado por “la necesidad moral” de difundir una antología aún más completa que las presentadas por Olavarria, y con ello añadir una pieza más para la recepción de la literatura mexicana en España, publicó *La lira mexicana. Colección de poesías de autores contemporáneos*, en cuya presentación explicaba: “Cuando mis conciudadanos aplaudían en el Nuevo Mundo las producciones que desde Cervantes a Bécquer han merecido la admiración de propios y extraños, quería en alas de mi entusiasmo dar a conocer en este suelo las huellas que hemos seguido en el camino de las letras.”¹³⁸ En esta antología, Peza nombró por primera vez los símbolos literarios que unirían a México y a España, a finales del siglo XIX: la raza, la religión y el lenguaje, lazos que luego sostendrán el puente de ideas del IV Centenario del Descubrimiento de América y que más adelante trasladará Peza a su poesía.

¹³⁷ Sin firma, “Revista bibliográfica”, *El Globo*. a. V, núm. 1869 (16 de julio de 1879), p. 1.

Por lo demás, sobre Altamirano ya se habían difundido varias noticias en la prensa española. La mayoría destacaban sus servicios intelectuales a la patria mexicana y sus filiaciones con grupos masónicos liberales: “uno de los hombres más eminentes de México, y el que ha ofrecido más nobles ejemplos y ha dado más estímulo a la juventud literaria de aquella nación”. (Eusebio Martínez de Velasco, “Nuestros grabados”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXII, núm. XLIV (30 de noviembre de 1878), p. 3). Años después, aparecerá otra descripción sobre el autor: Baronesa de Wilson. “Semblanza. Ignacio Manuel Altamirano”, *La Ilustración Artística*, a. XIV, núm. 695 (22 de abril de 1895), p. 3.

¹³⁸ J. de Dios Peza, *La lira mexicana*. Madrid, R. Velasco Impresor, 1879, p. V.

Peza también fue un lector apasionado de los discursos liberales de Emilio Castelar, en especial cuando el político español abordaba la relación de España con México. Sin embargo, al atribuir símbolos compartidos entre las dos naciones, el poeta mexicano plantea una superación a la tesis de la dependencia cultural de México a España. En el discurso lírico de Peza, ambas naciones comparten un mismo nivel de construcción simbólica nacional, por lo que se unen a través de la raza, la religión y el lenguaje (valores culturales que también los identifican como naciones), sin que esto requiera de una revisión jerárquica *a priori*. Incluso, que esta tesis sea postulada por un poeta mexicano, advierte que la literatura se erigía como la institución ideal para la constitución de un espacio intelectual común. Sin embargo, la antología de Peza no tuvo tan buena recepción en México (el libro se vendía en Madrid sólo en la librería de San Martín, en el número 6 de Puerta del Sol, a un valor de cinco pesetas) donde la prensa la criticó de presentarse “saturada de dislates”,¹³⁹ no por la lista de nombres (cuantiosa, robusta, casi exhaustiva) sino por la selección de los poemas.

En su índice abigarrado figuran los nombres de Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Acuña, Anselmo Alfaro, Alejandro Argandar, Alberto G. Bianchi, Gustavo Adolfo Baz, Agustín F. Cuenca, Diego Bencomo, Francisco Cosmes, Manuel Carpio, Manuel Caballero, Rafael B. de la Colina, Tirso Rafael Córdoba, José Tomás de Cuéllar, Juan Díaz Covarrubias, Ricardo Domínguez, Jesús Echaiz, Rosa Espino [Vicente Riva Palacio], José Fernández, Manuel M. Flores, Aurelio Luis Gallardo, Joaquín Gómez Vergara, Manuel Gutiérrez Nájera, Juan B. Híjar y Haro, Ricardo Ituarte, Francisco de A. Lerdo, Manuel Lizarriturri, José Monroy, Juan A. Mateos,

¹³⁹ Vicente Riva Palacio escribió sobre la antología: “El libro de Peza debería llamarse *La lira de mis amigos* como el diario de la Escalerilla *La Voz de los Timoratos*, porque México tiene que ver de manera muy indirecta y muy superficial con lo uno y con lo otro”. En general, *La antología* de Peza no fue bien recibida por la prensa mexicana que pronto la comparó con el trabajo emprendido anteriormente por Olavarría y Ferrari. (Clementina Díaz de Ovando, *Un enigma de los cerros...*, *op. cit.*, pp. 220-225).

Manuel Martínez de Castro, Francisco de P. Ortiz, Luis G. Ortiz, Manuel Olaguibel, Juan de Dios Peza, Guillermo Prieto, José Peón Contreras, Manuel Peredo, Antonio Plaza, Ignacio Ramírez, José María Roa Bárcena, José María Rodríguez y Cos, Ramón Rodríguez Rivera, José Rosas, Manuel E. Rincón, Vicente Riva Palacio, José Sebastián Segura, Javier Santa María, Justo Sierra, Santiago Sierra, Agapito Silva, Francisco Sosa, Joaquín Téllez, Joaquín Trejo, Juan Valle, José María Vigil, Juan Villalón, Eduardo E. Zárate, Antonio Zaragoza y Rafael Zayas Enriquez. El libro incluye un prólogo de Antonio Balbin de Unquera, y cartas, a manera de presentación, de Emilio Castelar, Ramón de Campoamor, Antonio F. Grilo, Antonio Hidalgo de Morbellón, Fernando Martínez Pedrosa, Gaspar Núñez de Arce y José Selgas.

El periódico *El Globo* tendrá comentarios positivos sobre la antología, a la que solo le critica, “el defecto imperdonable de carecer de las biografías de los escritores que en ella figuran”. Pero es más interesante su juicio de valor sobre toda la lírica mexicana:

Son de notar en estas composiciones el predominio de la forma sobre el fondo, del sentimiento y la imaginación sobre la idea, y la abundancia de producciones correspondientes a los géneros exótico y descriptivo. Pocos son los poetas mexicanos que buscan inspiraciones en las altas cimas de la ciencia y en los graves problemas de la vida; y abundan en cambio los que sólo cantan la belleza de la forma, tal cual en la naturaleza se revela, o el sentimiento del amor voluptuoso en que se abrasan sus corazones. Para ellos la poesía es ante todo imagen y en revestir de galas formas sus arrebatados sentimientos cifran siempre su empeño. A la sonoridad, a la galanura sacrifican con frecuencia la verdad del pensamiento, y aun la corrección misma, y más tienen de músicos y pintores que de poetas.¹⁴⁰

Aunque no es muy clara la definición de arte poética expuesta por *El Globo*, por oposición se deduce una interpretación más clásica que romántica del arte poético: dominio retórico formal, amplitud de imaginación, temas graves y versos poco

¹⁴⁰ Sin firma, “Revista bibliográfica”, *El Globo*, a. V, núm. 1869 (16 de julio de 1879), p. 1.

“exóticos” (lo que podría entenderse como una relación semántica con “descriptivos”). Desde este punto de vista, los poetas mexicanos tendían a ser descriptivos y exóticos; juicio en el que se entrevera la construcción colonial del arquetipo del “salvaje ilustrado” o “el buen salvaje”. Los mexicanos saben escribir pero sólo hablan de la naturaleza sin buscar “la inspiración en las altas cimas de la ciencia y en los graves problemas de la vida”.¹⁴¹ Enternecidos cantores del amor, los mexicanos prefieren edulcorar los paisajes que pensar sobre la vida, donde se debería buscar el verdadero numen poético.

En una carta íntima, Castelar (quien podría ser el hipotético autor de la crítica de las antologías) intentó matizar la construcción de su concepción sobre el “buen salvaje”, pero no modificó su percepción de que la poesía mexicana es la proyección de la naturaleza de su país. En esta re definición de los vínculos entre la alta cultura europea y la naturaleza impulsiva de Hispanoamérica, Castelar precisa la aparición de una literatura peculiar, “porque los españoles pueden aprender de vosotros la inspiración original y nativa; mientras que vosotros podéis aprender de los españoles la depuración necesaria del gusto y la maestría y el empleo de nuestra rica lengua.”¹⁴² La misma condescendencia se lee en otra carta, ahora dirigida por Gaspar Núñez de Arce, a propósito de la antología, con la que, dice el poeta español, se logra la “carta de naturalización en España a la inspirada pléyade de poetas”.¹⁴³

En síntesis, se esperaban composiciones mexicanas más cercanas al neoclasicismo que la exposición del romanticismo que antecede al modernismo, cuyos valores literarios serán denostados por escritores académicos y neoclásicos españoles.¹⁴⁴

¹⁴¹ *Ibidem*.

¹⁴² J. Dios Peza, *Memorias, reliquias...*, op. cit., p. 361.

¹⁴³ J. Dios Peza, *Recuerdos de España...*, op. cit., p. 328.

¹⁴⁴ Como se ha demostrado, desde 1876 algunos poetas mexicanos, entre los que destaca Manuel Gutiérrez Nájera, cuestionaban las letras “escleróticas” de los poetas neoclásicos. La crítica se extenderá

El crítico y periodista Antonio Fernández Merino, en 1886, reconocerá que entre los poemas incluidos en *La lira mexicana* existen “imaginaciones superiores, talentos de primer orden”, y que España no pudo menos que regocijarse “al ver que la hermosa lengua de Cervantes, tan preciada de aquellos que en ella recibieran las primeras caricias de su madre y escucharan las primeras palabras amorosas, se habían escrito composiciones como las contenidas en *La lira mexicana*.”¹⁴⁵

Pero en términos generales, la primera recepción española de la literatura mexicana a finales del siglo XIX criticó su empatía con la naturaleza: la literatura exuberante y exótica de México era producto de su naturaleza.

Ni es extraño tampoco que tal hagan los que llevan en sus venas la sangre hirviente de los aventureros españoles y tantos vínculos de parentesco tienen con la raza que ha producido la más exuberante poesía que se conoce. Lo extraño sería lo contrario; lo maravilloso sería que la poesía mexicana no fuera un eco lejano de la poesía nacida en las comarcas andaluzas.¹⁴⁶

El artículo de *El Globo*, concluye que la poesía mexicana es la traslación de la poesía andaluza escrita en México. Una síntesis de los tres juicios que se publicaron en *El Globo*, sobre la poesía mexicana, y que serán compartidos por otros lectores privilegiados del campo literario mexicano que comienza a asentarse en España, sería la siguiente:

1) Es natural la tendencia del escritor mexicano a describir el paisaje en el que ha crecido, “el seno de la más rica y hermosa naturaleza”. En estos juicios, hay una oposición implícita entre naturaleza y cultura, tópicos heredados por el positivismo

en polémicas, con los poetas académicos de México y de España. Gutiérrez Nájera en el artículo “El arte y el materialismo” (1876) plantea con mayor vehemencia la oposición entre la poesía académica y la llamada “poesía sentimental”; por cierto, carente de nacionalidad geopolítica. (Véase: Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala, *La construcción del modernismo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.)

¹⁴⁵ A. Fernández Merino, *Poetas americanos*. México. Flores, Hjar, Prieto, Riva Palacio, Peza, Carpio, Altamirano. Barcelona, Tipografía La Academia, de Ullastres, 1886, p. 166.

¹⁴⁶ Sin firma, “Revista bibliográfica”, *El Globo*, a. V, núm. 1869 (16 de julio de 1879), p. 1.

francés. En este sentido, no existe realmente una poesía mexicana, como no existe una “cultura mexicana”, porque si existen expresiones culturales se deben,

2) a “que llevan en sus venas la sangre hirviente de los aventureros españoles”, con lo que se enfatiza la dependencia de crear cultura a partir del paisaje idílico mexicano (propio de la aventura y la incertidumbre), en la medida que Andalucía creó “la más exuberante poesía que se conoce”.

3) El renglón final subraya el efecto exotista del crítico, que practica un asombro, digámoslo así, abismado: “lo maravilloso sería que la poesía mexicana no fuera un eco lejano de la poesía nacida en las comarcas andaluzas”.¹⁴⁷

Desde la posición dominante, los críticos españoles de la literatura mexicana esperaban leer en las narraciones, ensayos o poemas escritos en México, algo que recreara el idilio de aquel país, con acento hispano. Les molestaban los ripios, también calificados como andaluces, con los que Guillermo Prieto expresa con facilidad el acento de la “mexicanidad”, como aquellos rarísimos versos en los que da voz a un indígena mexicano: “Corriendo el tiempo creció el *pitoncle*,/ se puso fraque, comió

¹⁴⁷ Sobre la poesía mexicana como “poesía mexicoandaluza”, aparecieron varios comentarios en la prensa periódica española. Uno de ellos fue publicado en *La América*, plagado de una farragoso cuadro de México, descrito aún como colonia española. El propósito del texto era difundir la cultura mexicana bajo la siguiente premisa: “Los mexicanos son, por lo general, inteligentes, audaces y brillantes, como los españoles; y suaves, cautos y estoicos, como los indios”. En ese sentido, establecen otro símil entre las letras mexicanas y las andaluzas, y entre éstas con las mujeres: “debemos afirmar que más que hermosas son buenas, dulces y discretas: son como las andaluzas, que, aunque no sean bellas, son irresistibles; y casi puede afirmarse que no existe mujer que posea la plenitud de su sexo como las mexicanas”. Por otra parte, a pesar de que el comentario se escribió casi a finales del siglo XIX, es relevante el juicio del autor sobre el desconocimiento de la cultura hispanoamericana en España: “Apenas conoce hoy España a las que durante diez generaciones fueron sus Colonias. Las diez y seis jóvenes Repúblicas que, hasta cierto punto, en nombre de España dominan hoy las regiones más fértiles y más deliciosas de la tierra, apenas se conocen entre sí y apenas conocen a la que durante tantos años fue su metrópoli y a la que, sin duda, deben alguna gloriosa herencia.” (Varios americano, “La república mexicana”, *La América*, a. XXI, núm. 6 (28 de marzo de 1880), pp. 8-10). También el periodista Ramón Elices Montés publicará opiniones parecidas en su obra *Cuatro años en México. Memorias íntimas de un periodista español* (1885), donde insistirá en las similitudes entre las culturas andaluza y la mexicana, por las siguientes características compartidas: chulería, pereza, informalidad y gusto por la monta de caballos y el uso de armas; particularidades que el autor atribuye a la herencia cultural musulmana en Andalucía. (Ramón Elices Montes, *Cuatro años en México...*, pp. 106-114.)

bestec,/ indio ladino, vende a to patria/ y *güirigüiri*, con el francés.” O las estrofas patrioteras de Ignacio Manuel Altamirano, escritas cuando la cultura mexicana creaba un universo simbólico que permitiera cohesionar la identidad nacional, que muchas veces se forjó a partir de la negación de la identidad española y, por extensión, de la europea:

*Aquí, los ojos en las ondas fijos,
pienso en la Patria ¡ay Dios! Patria infelices,
de eterna esclavitud amenazada
por extranjeros déspotas. La ira
hierva en el fondo del honrado pecho
al recordar que la cobarde turba
de menguados traidores, que en malhora
la sangre de su seno alimentara,
la rodilla doblando ante el injusto,
el más injusto de los fieros reyes
que a la paciente Europa tiranizan,
un verdugo pidiera para el pueblo,
que al fin cansado rechazó su orgullo.*

Sobre Prieto, por ejemplo,¹⁴⁸ Emilio Castelar tendrá un juicio más severo: lo acusará de falta de originalidad. El mismo reproche expresado por el escritor Agustín Fernández Merino, que justifica la carencia de singularidad literaria de Prieto por las condiciones políticas en las que vive; condiciones, por cierto, a decir de Fernández Merino, similares a las de España, con lo que su diatriba deviene a manifiesto político:

Leyendo las sátiras y letrillas del poeta Guillermo Prieto, hay que admirar su vis cómica, su gracia, su facilidad en el manejo del verso; pero se echa de menos originalidad en los asuntos. Disculpa muy de tener en cuenta es, si bien se atiende, la falta de libertad de que en su patria ha gozado, y bien sabido cuánto las alas cortan al numen poético un régimen político retrógrado; en esto hemos de ver la principal razón porque es corto el número de composiciones satíricas que un hombre que tanta aptitud revela para el cultivo de este género, pues de lo contrario, muchas serían, dado que en país como el suyo y el nuestro, minado por bastardas ambiciones, abunda los soldados hijos más de la fortuna que de sus hechos, los

¹⁴⁸ Ya se había publicado una reseña sobre su libro *Lecciones elementales de economía política* (1871), escrita por Gabriel Rodríguez, “Revista económica”, *La América*, a. XVI, núm. 9 (13 de mayo de 1872), pp. 3 y 4.

políticos que sin capacidad montaron en la rueda de la suerte y al verse en alto no recuerdan lo humilde de su origen.¹⁴⁹

Sin embargo, a pesar de la crudeza de los juicios de Castelar, la recepción de Guillermo Prieto será conflictiva para la crítica española, porque su difusión era notable en las planas de la prensa periódica y porque no faltaron comentaristas que celebraron su literatura. El periodista español Adolfo de Llanos y Alcaraz consideraba que, en general, la personalidad del mexicano tendía al juego y al ánimo festivo, por lo que las formas distintivas de la literatura mexicana eran “la sátira y el equívoco, maneja con soltura la burla, dice con espontáneo gracejo, y a la oda y la alegría prefiere la jácara y el epigrama, porque en éstas más que en aquellas sobresale sin esfuerzo y de continuo.”¹⁵⁰ En ese sentido, Guillermo Prieto es “el primero de los escritores festivos mexicanos, el que goza de más fama, el ídolo del pueblo”. Sin embargo, Llanos también apunta que Prieto es “incorrecto, como la mayoría de los escritores de América, pero sin desconocerlo y sin intentar corregirse; declarándose, con inusitada modestia, incapaz de mejorar sus obras”.¹⁵¹ Es una opinión parecida a la de otro periodista español, Guillermo Graell que, al analizar la antología de Peza, evaluó a los poetas mexicanos, colocando a Guillermo Prieto al frente de su lectura:

Prieto (Guillermo), el Beranger mexicano; del malogrado Acuña, si a veces incorrecto, profundo, original y dotado de una gran sensibilidad; del dulcísimo Manuel Flores, el primero de los poetas eróticos; de Cuenca, buen autor dramático, y, como lírico, ora tiernísimo, ora y casi siempre arrebatado, remontándose con los vuelos de Píndaro, de imaginación exuberante, corporizada en el lenguaje tan elegante como florido; de Cario, tan brillante e inspirado; de Sierra (Justo), quizás el primero de los poetas jóvenes, de levantado estro, de alto sentido filosófico, cantando los grandes presentimientos de lo porvenir; del fecundísimo Peón Contreras; del melancólico Rosas Moreno; del espiritual Cosmes, el Fígaro Mexicano sin descuidar el fondo filosófico; de Hajar, tan sentido en los *Recuerdos*

¹⁴⁹ Agustín Fernández Merino, “Poetas americanos. Guillermo Prieto”, *Revista Contemporánea*, a. VII, t. XXXIV (julio-agosto de 1881), pp. 129-150.

¹⁵⁰ Adolfo Llanos, “Estado actual de la cultura literaria en México”, *Revista de España*, a. XVI, t. XC (enero y febrero de 1883), pp. 43-73.

¹⁵¹ *Ibidem*.

del Hogar (sic), tan elevado y lleno de espíritu germánico; de Tellez, Riva Palacio y tantos otros que brillan en aquel Parnaso.¹⁵²

Alrededor de los años en que apareció la antología de Peza, Graell publicó dos ensayos en los que planteó un modelo de periodización de la literatura mexicana y, a diferencia de lo expuesto por *El Gobo*, planteó que para valorar la literatura que se creaba en México era necesario comprender que no se trataba de una extensión de la cultura hispánica, sino de la gestación de una cultura literaria particular. Pero no faltó el matiz de exótico de quien define, antes de leer, a la literatura mexicana, “una poesía que fascina por una pompa que refleja la vegetación tropical, y cuyas imágenes, llenas de luz y del fuego del sol de México, inflaman nuestra fría fantasía...”¹⁵³ Más tarde insistió: “Los poetas mejicanos más notables se distinguen por una musa retozona y alegre, o por una pompa de estilo que refleja las fastuosa y exuberante vegetación americana”; para luego matizar: “Allí, como aquí, se prefiere el giro y la forma del pensamiento al pensamiento mismo.”¹⁵⁴

Sobre ninguno de los autores mexicanos había una opinión completamente positiva. Por ejemplo, sobre Altamirano se criticaban los errores de su literatura, “mas sobradas disculpas es para esto la impetuosidad del genio que hay que admirar en Altamirano”.¹⁵⁵ Muerto en 1879, por esas fechas también se habló de otro escritor mexicano, Ignacio Ramírez *El Nigromante*, a quien se calificaba como el inspirador de la formación de la República Mexicana (junto a Ignacio Manuel Altamirano y Melchor Ocampo), “y a pesar de las intrigas, ruegos, amenazas y vociferaciones de sus

¹⁵² Guillermo Graell, “La lírica mexicana”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXIII, núm. XXVII (22 de julio de 1879), pp. 11-14.

¹⁵³ *Ibidem*.

¹⁵⁴ Guillermo Graell, “La lírica mexicana”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXIII, núm. XXVIII (30 de julio de 1879), pp. 9 y 10.

¹⁵⁵ A. Fernández Merino, “Poetas americanos. Ignacio Manuel Altamirano”, *Revista Contemporánea*, a. VII, t. XXXI (enero-febrero de 1881), pp. 55-78.

enemigos, el Nigromante llegó a elevarse y a desempeñar dignamente los primeros puestos de la República.”¹⁵⁶

LA AVANZADA CONSERVADORA EN LA VILLA Y CORTE, I

En 1878, el periodista católico Victoriano Agüeros comenzó a publicar en *La Ilustración Española y Americana* una serie de artículos sobre la cultura literaria de México, para sumar otra pieza en la recepción de la literatura mexicana en Madrid. Conservador de acendrada hispanofilia, Agüeros fue de los primeros periodistas mexicanos en asumirse como antiliberal al dar batalla *periodiquera* contra el gobierno de Porfirio Díaz desde 1876. La afición peninsular de Agüeros fue potenciada por su maestro en periodismo, Anselmo de la Portilla Gutiérrez. Este escritor español impulsó la carrera periodística de Agüero al permitirle colaborar en *La Iberia* y después agenciarle espacio editorial en *La Ilustración Española y Americana*. Ambos periodistas compartieron sesiones en la Academia Mexicana de la Lengua correspondiente a la Real Española y la afición por fundar periódicos: el español siete, el mexicano tres.

Los ensayos de Agüeros publicados en *La Ilustración Española y Americana* obtuvieron resultados desiguales y no le faltaron las críticas, sobre todo en México. La mayoría de los ensayos trataban de comentarios biográficos que su autor reunió en el libro *Escritores mexicanos contemporáneos* (1880). Sin embargo, no todos los ensayos fueron cronologías intelectuales. Por ejemplo, el 22 de julio, Agüeros intentó una historia de la literatura mexicana que incluyó las primeras publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX, donde registró algunos nombres de escritores mexicanos: Alejandro Arango, José Joaquín Pesado, José Bernardo Couto, José Julián Tornel,

¹⁵⁶ Varios americanos, “Los Estados Unidos y las naciones hispanoamericanas”, *La América*, a. XX, núm. 16 (28 de septiembre de 1879), pp. 4-6.

Joaquín García Icazbalceta, José María Roa Bárcena, Francisco Pimentel, Manuel Orozco y Berna, Casimiro del Collado, Emilio Rey, Ignacio Montes de Oca y Obregón, José María Liceaga, Ignacio Manuel Altamirano, José Sebastián Segura, Manuel Peredo, Tirso Rafael Córdoba, Rafael Gómez, Ignacio Aguilar y Marocho, José de Jesús Cuevas, Miguel Martínez, Francisco de P. Guzmán, José Olmedo y Lama, Valentín Uhink, Jorge Hammeken y Mexia, Joaquín Gómez Vergara, José Peón Contreras, Julio Zárate, Manuel Pérez Salazar y Venegas, José Tomás de Cuéllar, Rafael Ángel de la Peña, José María de Bassoco, Fernando Calderón, Manuel Eduardo de Gorostiza, Manuel Acuña, Agapito Silva, Gustavo Baz y Juan de Dios Peza.

Finalmente, Agüeros advierte a los lectores que en sus siguientes colaboraciones presentará “a los poetas y literatos más notables de México, comenzando por los ilustres miembros de la Academia, que es aquí correspondiente de la Real Española de Madrid”.¹⁵⁷ Sólo anoto dos inconsistencias que pesarán en la recepción de la labor intelectual de Agüeros. Era conocida su incapacidad para corregir galeras de imprenta, por lo que editaba libros y periódicos con errores ortográficos y cajas situadas fuera de sitio; asimismo se hablaba de su limitado criterio al elegir a los autores que participaban en sus proyectores editoriales.¹⁵⁸ A su favor: la honestidad, la franqueza y el buen precio de sus servicios.

¹⁵⁷ Victoriano Agüeros, “Correspondencia literaria de México”, *La Ilustración española y Americana*, a. XXI, núm. XXVII (22 de julio de 1878), pp. 47 y 50.

¹⁵⁸ Al respecto, Antonio Castro Leal, al escribir la reseña de Agüeros para la Academia Mexicana, termina por devastarlo cuando se ocupa del proyecto de la Biblioteca de Autores Mexicanos, impulsada por Agüeros en la década de los ochenta del siglo XIX: “Pero ni por su preparación, ni por su criterio, ni por su filiación política estaba realmente capacitado para tan considerable empresa. Como director del más importante diario católico de la nación mostró desde un principio inclinación hacia sus correligionarios y amigos, lo cual impidió que la colección fuera realmente representativa de las más importantes corrientes literarias del México de entonces. Salvo la publicación de obras de autores de primera importancia y cuyo valor se reconocía en todos los campos, la colección de Agüeros publicó con bastante frecuencia autores de segunda o tercera fila que se han ido olvidando. Desde el punto de vista tipográfico, dejaba que desear, y en la transcripción de los textos era infiel, pues se han notado supresiones cuando así convenía a los intereses católicos.” (Antonio Castro Leal. “Nuestros humanistas.

A finales de 1878,¹⁵⁹ la legación de México tenía como ministro al general Ramón Corona, como primer secretario a Juan B. Hjar y Haro y como segundo secretario a Juan de Dios Peza.¹⁶⁰ Además de la literatura de Juan de Dios Peza, en España sorprendió la poesía del doctor Hjar y Haro, quien mantuvo amistad con Emilio Castelar, uno de los guías tutelares de Peza en la Villa y Corte. Agustín Fernández Merino escribió un extenso ensayo (¡más de 20 páginas!) para *Revista Contemporánea*, en el que hace una profunda exégesis sobre el libro de poesía *Sombras de ayer* (1889).

Sintetizo:

Hjar y Haro, sintiendo siempre, se absorbía en el microcosmos portentoso y sorprendía en él los latidos del gozo y los movimientos del dolor, para más tarde traducirlos libremente en sus composiciones con tan magistral forma, que clásica podemos llamar, separándola de su fondo, que es en el mayor número de los casos romántico, y más que tal para evitar confusiones idealistas, pues entendemos que más propia es esta palabra para expresar lo que, inspirado en purísimas ideas, jamás toca a la tierra.”¹⁶¹

En sustitución de Hjar y Haro, que partiría a Italia como ministro plenipotenciario de su país, en 1879 llegaría el periodista y escritor Gustavo Baz a la legación mexicana, como primer secretario. Cinco años después figurará como colaborador del periódico *La América*, donde publicó algunas noticias sobre la cultura mexicana. Baz también fue miembro de la Sociedad de Geografía de Portugal y se

Victoriano Agüeros”, en www.centenarios.org (<http://www.centenarios.org.mx/Agueros.htm>) (Consultada el 27 de marzo de 2010).

¹⁵⁹ Había pasado por ahí, desde 1876 y hasta 1878, el periodista y escritor Joaquín Gómez Vergara, sin demasiada relevancia salvo la anécdota de su estadía.

¹⁶⁰ El historiador José María Muriá anota sobre la llegada de Ramón Corona a España, en 1874: “el panorama que ofrecía el país no debió parecerle muy distinto del que había vivido en México durante los últimos años. La agitación privaba por doquier y las disputas se habían estado resolviendo por la vía del ‘cuartelazo’ o del ‘pronunciamiento’, términos ambos muy avenidos con la historia de todos los países de habla española”. (Ramón Corona, *Breves consideraciones sobre el comercio entre España y México*. Guadalajara, Cámara Nacional del Comercio de Guadalajara, 1978, p. 27).

¹⁶¹ Agustín Fernández Merino, “Poetas americanos. Juan B. Hjar y Haro”, *Revista Contemporánea*, a. VI, t. XXIX, (septiembre octubre de 1880), pp. 385-410.

La aparición de *Sombras de ayer* suscitó, al menos, otros tres comentarios, sin la extensión del de Merino pero sí como muestra de una recepción positiva al volumen poético del escritor mexicano: Sin firma, “La correspondencia de España”, *La Correspondencia de España*, a. XL, núm. 11544 (10 de noviembre de 1889), p. 1; Sin firma, “Libros nuevos”, *El Imparcial*, a. XXIII, núm. 8001 (25 de noviembre de 1889), p. 4.; y Sin firma, “*Sombras de ayer*, poesía del Doctor don Juan B. Hjar y Haro.- Roma, 1889”, *El Bibliófilo*, a. 1, núm. 11 (diciembre de 1889), p. 1.

incorporó a la Real Academia Española. Pero aún antes de estos reconocimientos, recién llegado de México, su escritura despertó el interés de los círculos intelectuales de la Villa y Corte, aunque al reseñar su poesía prevaleciera el paralelismo entre paisaje y naturaleza mexicana porque su poesía recreaba la “tierra de encantos”, donde destacaba también una “generación que por el culto ardiente que rinde a la libertad, a la justicia y el derecho, anatematizando a los poderes personales que pretenden ahogar esos grandes principios, es, en realidad, la esperanza risueña del porvenir de América”¹⁶².

Desde Italia, Hajar y Haro cosechaba reconocimientos en Madrid, mientras el general Corona y el joven escritor Juan de Dios Peza compartían casa en la calle de Atocha número 6. Casi a diario, por las tardes, los diplomáticos mexicanos se reunían con sus compatriotas en el Café Imperial para su propia tertulia, a la que asistía Gustavo Baz y Juan B. Hajar y Haro, cuando visitaba Madrid. En 1881, Juan B. Hajar y Haro regresó a la Villa y Corte para recibir su título de miembro de la Real Academia de la Historia. También se permitió recoger el mismo documento de José María Vigil, entonces director de la Biblioteca Nacional de México.¹⁶³ Meses más tarde, en ese mismo año, el poeta y doctor participó en un discreto Congreso de Americanistas del que la prensa apenas si dejó registro.¹⁶⁴

Tal vez alentado por esta cercanía con los escritores, el embajador Ramón Corona, que poco se involucraba en actividades intelectuales, salvo las que le exigían su cargo (destinado a lograr acuerdos comerciales y afianzar las relaciones diplomáticas de su país con España), el 25 de mayo de 1880 dio por terminado su ensayo *Breves*

¹⁶² Héctor F. Varela, “Gustavo Baz. Poeta y escritor mexicano”, *La América*, a. XXV, núm. 20 (28 de octubre de 1884), pp. 9 y 10.

¹⁶³ Sin firma, “Cartera de Madrid”, *El Liberal*, a. III, núm. 696 (30 de mayo de 1881), p. 3.

¹⁶⁴ Sin firma, “Sección de noticias”, *El Liberal*, a. XV, núm. 5137 (25 de septiembre de 1881), p. 3; y Sin firma, “Congreso de Americanistas”, *La Discusión*, a. XXV, núm. 752 (26 de septiembre de 1881), p. 1.

consideraciones sobre el comercio entre España México.¹⁶⁵ En su breve exposición (no más de un centenar de folios), Corona comparó estadísticas en el intercambio de productos comerciales entre España y México, a partir de algunos parámetros establecidos desde mediados del siglo XIX. Determinó que existían intereses comerciales propicios a ambas naciones para facilitar e incrementar los lazos sociales, especialmente a favor de la economía mexicana. El estadista se vanaglorió de la imagen positiva de su país utilizando la retórica común con la que los intelectuales españoles describían el territorio mexicano: “bañado por dos grandes océanos, el Atlántico y el Pacífico, cubierto el suelo de los más variados frutos y de numerosas especies de animales útiles, ocultando el subsuelo codiciados tesoros”.¹⁶⁶ La novedad del discurso de Corona fue incluir el imaginario español sobre la naturaleza y la cultura mexicana en la comprensión de las estadísticas comerciales entre las dos naciones, como lo hacían los escritores al referirse a la literatura de México. El gesto es una prueba ideológica del nivel de inmersión de los símbolos culturales construidos por la intelectualidad española para referirse, en general, a la cultura mexicana.

Por las extensas recomendaciones que lo acreditaban, Juan de Dios Peza fue acogido por todo el campo intelectual español, tanto por los liberales (reunido alrededor del periódico *El Globo* y *El Día*, asesorados por el vitalísimo Emilio Castelar) como por los conservadores (reunidos alrededor de los periódicos *La Ilustración Católica* y de *El Mundo de los Niños*, asesorados por el vitalísimo Marcelino Menéndez Pelayo). Todos los viernes, Castelar convocaba una tertulia en su domicilio particular, en el número 28 de la calle Serrano.¹⁶⁷ Ramón Corona, que había firmado compadrazgo con Castelar, le propuso que en esas tertulias se diera oportunidad a Híjar y Haro y a Juan de Dios Peza

¹⁶⁵ José María Muriá, “Estudio preliminar”, en Ramón Corona, *Breves consideraciones... op.cit.*, p. 29.

¹⁶⁶ R. Corona, *Breves consideraciones...*, *op. cit.*, p. 47.

¹⁶⁷ J. Dios Peza, *Memorias, reliquias...*, *op. cit.*, p. 357.

para que leyeran sus composiciones. El mexicano Hajar y Haro no pudo ser menos diplomático, y dedicó el poema “Hojas de Otoño” al anfitrión de la casa: “De la Iberia Nación cantad la gloria,/ Que si Reina y señora, fue una madre:/ Como hermana y guerrera nuestras águilas/ Volarán con el león a los combates.”¹⁶⁸ Al igual que Peza, al ubicar los símbolos que unían a México con España, Hajar y Haro encuentra una superación a la relación filial de ambos países, porque si España fue en el pasado una madre cultural para México, ahora “como hermana y guerrera” lucharán contra las adversidades que asola a cada nación, sintetizadas de manera alegórica en “los combates”. Incluso aún cuando en otros versos asimile el cariño de España con el cariño de una madre, la composición no refiere a símbolos maternos sino al regocijo lúdico entre iguales que brindan con vino y escuchan música de arpa en “un lugar de familia en sus banquetes”.

Peza también coincidió con la emotividad de Hajar y Haro el 8 de noviembre de 1878, cuando, agradecido por el recibimiento con que lo congreó el director de *El Globo*, quiso expresar el entusiasmo “que la juventud americana siente por el orador y el estadista español” con el soneto “A Castelar”, del que transcribo la estrofa menos hiperbólica: “Eco de un siglo, que recoge ufano/ De tu palabra el rayo prepotente,/ Brilla del uno al otro continente/ El fulgor de tu genio soberano.”¹⁶⁹ La respuesta de agradecimiento a la ampulosa composición de Peza apareció en la primera plana de *El Globo*, que moldeó la percepción que se tendría en España del poeta mexicano, aún cuando sus obras dramáticas, francamente, no eran buenas ni agradables para el público matritense (o así lo demuestra su pronta desaparición de la cartelera teatral, por más que los periódicos lanzaron florilegios a los libretos del mexicano): “El señor Peza es uno de los jóvenes que honran a su patria, así por su clara inteligencia como por sus universales

¹⁶⁸ Juan B. Hajar y Haro, *Sombras de ayer*. Roma, Tip. Del’Institut Gould, 1888, p. 8.

¹⁶⁹ Sin firma, “Velada literaria”, *El Globo*, a. IV, núm. 1122 (9 de noviembre de 1878), p. 3.

conocimientos. Si su conversación, chispeante de ingenio, no lo demostrara, demostraríanlo los versos”.¹⁷⁰

PARÉNTESIS: JUAN DE DIOS PEZA ENCUENTRA LA IMAGINACIÓN

El joven Juan de Dios Peza también montaba su tertulia personal. Solía escaparse de la rigurosidad de la Corte para perderse en las diversiones del Madrid nocturno del invierno. De frac y corbata blanca, “me envolvía en ancha capa española de vueltas rojas, me calaba un sombrero hongo y sin que nadie lo supiera, concurría una hora y hora y media a oír los cantos flamencos en el salón de la calle de Barquillo”, donde se regocijaba con los versos de Paca *La roleña*, y las *jaberas*, *soleáes* y *playeras* de Lola *La zurda*. En sus memorias, evocará sus años mozos en Madrid con rebosante alegría que contrastará con la tristeza con que escribió sus recuerdos (abandonado por su mujer, desbocó su desasosiego en su libro de poesía más célebre *Cantos del hogar*), mientras se veía pasear nuevamente por la repostería del Restaurante Lhardy, o en las afueras del Teatro Real (donde escuchó a Adelina Patti), o siguiendo a las mujeres hermosas de la calle Alcalá.

La tertulia mexicana hacía buenas rondas culturales con José Selgas, “un hombre delgado, de regular estatura, entrado en años con gran frente, ojos pequeños y expresivos, nariz larga, bigote caído sobre los labios una poblada pero pequeña piocha saliente, que daba a su rostro un perfil característico”,¹⁷¹ a quien admiraba desde su época de estudiante en México, donde leyó poseso los libros de poesía *La primavera* y *El estío*, colecciones de versos melosos de Selgas. El autor de *La manzana de oro* era un influyente político que participó de manera activa en el Partido Conservador, hasta

¹⁷⁰ J. de Dios Peza, *Recuerdos de España...*, op. cit., p. 190.

¹⁷¹ *Ibidem*, p. 197.

ocupar la secretaría de la presidencia del Consejo de Ministros al servicio de Arsenio Martínez Campos. Presentado por Juan B. Híjar y Haro, Juan de Dios Peza también frecuentó la casa de Gaspar Núñez de Arce, “el poeta más grande y moderno de España”, quien “tenía vivas simpatías por México y los mexicanos”;¹⁷² aunque dicha simpatía apenas se observa en comentarios al vuelo sobre Manuel Acuña, Juan Díaz Covarrubias, Manuel M. Flores y Justo Sierra, incluidos en la antología de Peza. Además, la tertulia del poeta mexicano incluía otros recorrido. En el Café de las Columnas conversó con Manuel Fernández y González, “tan ocurrente, tan verboso y tan repentista”;¹⁷³ y en el Café Príncipe, con los dramaturgos Ventura de la Vega, Mariano José de Larra, Antonio García Gutiérrez y José de Espronceda, a quienes escuchó leer los manuscritos de sus dramas.¹⁷⁴

Sin intimar en el plano social y ligero de la tertulia de café, en la Real Academia Española de la Lengua conoció a otros intelectuales como Manuel Tamayo y Baus, “un hombre dichoso”,¹⁷⁵ entonces secretario y bibliotecario de la institución; conversó con Aureliano Fernández Guerra, “elegante prosista, concienzudo arqueólogo, poeta y docto historiador”;¹⁷⁶ y con Manuel Cañete, “personificación del gusto académico, del purismo en las ideas, en las formas y en el lenguaje”.¹⁷⁷ Discutió amablemente con Antonio F. Grilo, “ruiseñor de los bosques de Córdoba”;¹⁷⁸ y con el Padre Fita, y con Ramón Mesonero y Romanos, y Adelardo López de Ayala, y José Zorrilla... Esta intensa actividad social en la vida intelectual madrileña será fundamental para que la literatura de Peza se afiance en el campo literario de la Villa y Corte.

¹⁷² *Ibidem*, p. 17.

¹⁷³ *Ibidem*, p. 301.

¹⁷⁴ *Ibidem*, pp. 309-310.

¹⁷⁵ *Ibidem*, p. 301.

¹⁷⁶ J. De Dios Peza, *Memorias, reliquias...*, *op. cit.*, p. 18.

¹⁷⁷ *Ibidem*, p. 22.

Cañete mostró algunas inquietudes por conocer la literatura hispanoamericana, como lo demostró en 1884 al publicar el libro *Escritores españoles e hispanoamericanos*.

¹⁷⁸ *Ibidem*, p. 24.

La evolución de su poesía demuestra el aprendizaje gradual, rigurosamente sintetizado, de la retórica discursiva de los escritores españoles que conoció. A tal grado que cuando describe la obra de Tamayo y Baus pareciera que habla de sí mismo: “todas sus obras están inspiradas en el arte bueno y bello: Dios, la patria, la familia, la justicia y el honor”.¹⁷⁹ La identificación y definición de estos valores constituyen la gran aportación de Peza en la constitución de la patria intelectual de la lengua española: compendiar el discurso de la construcción de la tradición ilustrada de la literatura española para fijar los símbolos que, se dijo entonces, hermanan a las sociedades de habla hispana: lengua, religión y raza. Peza demostró otra cualidad que sorprendió a los intelectuales de la Villa y Corte, que en México se tenía la misma percepción respecto a la valoración de los valores estético-literarios: lengua, religión y raza eran tan apreciadas por el secretario perpetuo de la Real Academia de la Lengua Española, como por el primer secretario de la legación de México.

Una lectura general de los recuerdos de Juan de Dios Peza en su etapa de diplomático en España, nos lleva a distintas latitudes de la Comunidad de Madrid y del país. En Alcalá de Henares se recreó contemplando la casa de Cervantes y sus sueños frustrados por conocer América. En Toledo se inspiraba en las divagaciones históricas que suscitaban las murallas medievales, y ciertas leyendas de godos y visigodos con armaduras de plata. Peza recorrió España “en busca de algo que no alcanza”, para parafrasear uno de los poemas modernistas de Rubén Darío. Viaja hacia al norte, puerta de entrada natural de los mexicanos en España, donde descubre, escribe y traza para la prensa de su país, la belleza de la capital de Cantabria, Santander. Puerto consagrado por la Compañía Trasatlántica, donde bajan del vapor los mexicanos con rumbo a la Península Ibérica, y donde se despiden los españoles que sueñan con América. El poeta

¹⁷⁹ J. de Dios Peza, *Recuerdos de España...*, op. cit., p. 300.

asevera que el clima frío de la montaña ayuda al desarrollo del ingenio, como en los escritores, sus amigos, Casimiro del Collado y Marcelino Menéndez Pelayo.

También se deleita en Burgos, cabeza de Castilla, donde prueba con ínfulas de sibarita vinos, quesos y carnes. Lo mismo le sucede en Asturias, rica en comidas, y sus limpias campiñas de vista inalcanzable. Luego descansa la Semana Santa en Sevilla, para ensoñar una visión primaveral de Andalucía: flores para la Virgen de Triana, versos a los monumentos de Granada. Aún más florido es el paisaje de Valencia; y si es más árido en Extremadura aún resultan arrobadoras la casa de Hernán Cortés y la capilla campestre de la Virgen Morena, su señora. Cuando se refiere a los intelectuales españoles con los que convivió, sus epítetos son grandilocuentes a pesar de que estos escritores no gozaran de buenos comentarios de la recepción crítica del país, como en los casos de Antonio Grilo y Aureliano Fernández Guerra.

Peza fue subyugado por la emoción del viajero que, aún antes de llegar a su destino, avanza maravillado con la sensación del viaje. Por eso a sus palabras no les falta el toque exotista. “Todo lo inesperado, me resultó la visita a la medida de mi deseo”,¹⁸⁰ dice en otro momento, arrebolado. Hay tal aire de optimismo en su obra literaria, que resultaría imposible que las expectativas no fueran igual de placenteras que la experiencia misma. De ahí que Peza sea verdaderamente el primer mexicano en *exotizar* a España. Su hispanofilia fue presentida, educada y expresada, con discursos hiperbólicos. En el recorrido de cualquier detalle del paisaje español, lo toma por asalto el asombro; todo lo que mira lo seduce. Todo lo absorbe: ansioso, observa ahí el pasado y también anhela ahí el futuro de su patria, de sus patrias. El hecho de que un poeta mexicano *exotice* a España, aún en textos saturados por símbolos de una felicidad superlativa que parece impostada, es el primer síntoma para reconocer que el propósito

¹⁸⁰ *Ibidem*, p. 290.

intelectual de la cultura mexicana era sostener un diálogo fraterno con España. Peza se abstiene de hablar de política pero la intención última de sus recuerdos españoles es hablar de su sorpresa ante una cultura distinta, que de algún modo querría dibujar en México y en su patria intelectual; una geografía llena de contradicciones, que gracias a sus símbolos culturales mantiene la unidad, aún más visible en la capital del país.

De esta gran experiencia que fue su vida en España, Peza destaca lo vivido en Madrid. De ningún otro sitio de España hablará tanto como de las tertulias de Madrid, de los teatros de Madrid, de los cafés de Madrid, de las mujeres de Madrid, de los artistas de Madrid. A Peza le fascinan las calles madrileñas. Andadores, callejones, callejuelas de la capital de España. La sobriedad de la Villa y Corte que pierde compostura con la noche, cuando el escenario nocturno dibuja siluetas de la España cañí que circundan los escenarios matritenses. Enamorado de las calles, en una ocasión el poeta sale a caminar; el verbo será utilizado por los modernistas, a partir del galicismo *flâneur*: flanear, vagar por las calles de la urbe. Entonces escucha el redoble de una campana que lo lleva a una divagación mental, entre recordaciones históricas, anécdotas terroríficas y explicaciones fantásticas: “mi imaginación juvenil y ardiente me transportaba en sus alas de fuego a las edades románticas en que un amor invencible rompía rejas, derribaba muros, profanaba claustros y triunfaba al fin sin importarle al pecho que lo alentaba, ni la excomunión ni la muerte.”¹⁸¹

A partir de este pasaje se observa una bifurcación de significados de la experiencia española de Peza. Para finales del siglo XIX, sólo su ánimo intelectual podía recobrar la esperanza de forjar la identidad mexicana a partir del restablecimiento de los lazos fraternos con España. En México ya se diseñaban los planes educativos con la interpretación de modelos franceses, calados en el positivismo de Augusto Comte.

¹⁸¹ *Ibidem*, p. 283.

Incluso la denominación de la raza del continente americano dejaba de ser *hispanoamericana* para convertirse en *latinoamericana*, término utilizado por primera vez por el filósofo chileno Francisco Bilbao durante sus conferencias en la Sorbona de París, en 1856.¹⁸² La historiografía más usual dice que México comenzó a afrancesarse. Pero Juan de Dios Peza parece ignorar todo ello. Su mundo de andadores matritenses y de medievalismo segoviano, con campanadas toledanas de fondo, plantea otro reconocimiento de la patria. Sus construcciones discursivas, por lo demás dulces y amables, reiteraban las simpatías (es decir, empatías) entre México y España, a partir de los que podríamos llamar los símbolos de Peza: lengua, raza y religión.

Por otro lado, en su descubrimiento de la urbe española, tan parecida y distante a la que se construía en México, encuentra los escenarios de su imaginación, que él mismo califica de romántica: juventud, libertad y amor invencible. En la voz del poeta se revelan dos niveles discursivos esenciales para un escritor mexicano en Madrid: como diplomático, en él prevalece la difusión de los símbolos que hermanan a ambas sociedades; como creador literario, su “imaginación” construye un mundo ajeno a esas sociedades. Por la época en la que transcurre su biografía, Peza representa la pugna entre el liberal laicista que propone una nueva identidad (estética, nacional) y el conservador religioso afanado en recuperar los valores prestigiosos del pasado. Después de Peza, todos los escritores mexicanos que lleguen a Madrid para pertenecer a la patria imaginada de la lengua española, tendrán que ser, a su manera, Juan de Dios Peza.

En otra ocasión, nuevamente de *flanêur* por la ciudad, se deja guiar por tres focos rojos que iluminan un letrero: “El Escorial”. No captura la atención del escritor ni el menú del sitio, ni el aspecto del edificio; es el efecto de los focos rojos sobre la

¹⁸² Jesús Manuel Zulueta, *Viajeros hispanoamericanos por la España de fin de siglo (1890-1904)*. Cádiz, Universidad de Cádiz, Ayuntamiento de Cádiz, p. 37.

evocación de un nombre, “¡Qué título más sugestivo para los que queremos a España[!]”,¹⁸³ exclama de inmediato, para después señalar: “entré al restaurante netamente español con más hambre intelectual que apetito material de golosinas”. ¿Con quién podría encontrarse un hombre que sólo persigue su imaginación con “hambre intelectual”? Con literatos: “¡Cuánto hablamos de España! ¡Lo mismo recorriamos con el pensamiento los risueños y pintorescos pueblos de Asturias que las comarcas feraces de Andalucía!”.¹⁸⁴ Pero el sitio de su imaginación también es otra España, aquella que debe recorrerse con el pensamiento, la imaginación o la fantasía. Es la primera ocasión que el efecto de extrañeza del viajero exotista encuentra a través de la imaginación la ruta que lo lleve a la patria de la lengua española.

LA AVANZADA CONSERVADORA EN LA VILLA Y CORTE, II

Entrada la década de los ochenta, Casimiro del Collado también se presentó en la Villa y Corte. Desde 1878, gracias a las ganancias de sus negocios en México, se permitía viajar por Europa. En Biarritz, Francia, conoció a Juan Valera por mediación de Marcelino Menéndez Pelayo, con quien sostendrá una animosa amistad. A pesar de su bagaje cultural --“elegante poeta, y de muy buen gusto en todo”,¹⁸⁵ lo describía don Marcelino--, el santanderino no comprenderá la construcción de la patria simbólica de Juan de Dios Peza, forjada con las “alas de fuego” de la fantasía juvenil. Collado iba un paso atrás en la ruta del poeta, en la aceptación de que México y España eran dos naciones hermanas.

¹⁸³ J. de Dios Peza, *Recuerdos de España...*, op. cit., p. 290.

¹⁸⁴ *Ibidem*.

¹⁸⁵ Sociedad Menéndez Pelayo, *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo. 1877-1905*. Madrid, Espasa-Calpe, 1946, p. 45.

En 1880, Collado regresó a Madrid para recoger los ejemplares de su libro *Poesías*,¹⁸⁶ con un prólogo de su amigo Marcelino Menéndez Pelayo, la primera curiosidad en atrapar la atención de los comentaristas del libro. Como Eduardo de Cortázar califica de “paisajista” a Collado (el calificativo con el que debe cargar la literatura mexicana), como lo había hecho Menéndez Pelayo en el epílogo, quien añadió que el poeta es un versificador descriptivo, que en la medida que se alejó del romanticismo se puso “mi coterráneo al nivel de los primeros líricos españoles, y encontró acentos propios y vigorosos para toda idea y toda pasión, colores y formas para todo espectáculo de la naturaleza.”¹⁸⁷ El principal señalamiento de Menéndez Pelayo sobre la poesía de Collado, se dirige a los excesos de artificio en sus composiciones. Eduardo Cortázar añadió la otra indicación habitual en el balance entre la lírica española clásica y la nueva producción mexicana, donde la tradición, sólo por su significado histórico, inclina los valores positivos. En las piezas poéticas de Collado, Cortázar encuentra que “en varias de ellas hay algunos trozos que recuerdan el modo de decir de los buenos clásicos castellanos y por lo mismo es lástima ver oscurecidas las galas poéticas de dicho libro”.¹⁸⁸

Sin embargo, más allá de los artilugios métrico-retóricos de su poesía, habría una exposición relevante en el discurso de Collado inadvertida para sus primeros comentaristas. Tal vez por la ingenuidad poética que muestra en sus poemas --lecciones morales fáciles, el abuso de imágenes hiperbólicas y las rimas débiles de sílabas

¹⁸⁶ Al parecer Casimiro del Collado había enviado en 1878 algunos poemas a Menéndez Pelayo, con miras a editar su tomo de poesía en la colección de la Biblioteca de Escritores Montañeses, que por entonces don Marcelino impulsaba a través de la Sociedad de Bibliófilos Cántabros. Sin embargo, la colección sólo incluyó el libro *Estudios críticos sobre escritores cántabros* (1876), del mismo Menéndez Pelayo, por lo que el volumen de Del Collado debió publicarse en Madrid (Junta Central de Centenario de Menéndez Pelayo, *Menéndez Pelayo y la hispanidad...*, op. cit., p. 58). Menos relevante será su siguiente tomo de versos *Últimas poesías (1852-1894)*, en el que presentó poemas nostálgicos de su vida en México y homenajes a algunos poetas célebres de aquél país.

¹⁸⁷ Casimiro del Collado, *Poesías*. Madrid, Imprenta de Fortanet, 1880, p. XV.

¹⁸⁸ Eduardo de Cortázar, “Noticias literarias”, *Revista de España*, a. XIII, t. LXXIII (marzo-abril de 1880), pp.420-432.

inmediatas--, su discurso cae en el lugar común que se le pueda atribuir a un transterrado cuyo soliloquio reflexiona sobre las relaciones entre México y España. Su amor por España se le vuelve redundancia: es el mismo que siente por México; y ese es el mayor logro de su poética, demostrar que las dos naciones pueden inspirar los mismos pensamientos. Sin alejarse de su afección por la nostalgia, también contrapone las críticas usuales a la cultura mexicana (su dependencia de la cultura española o su “atraso” respecto a Europa en general), para denostar la dependencia neoclásica por celebrar el pasado. En ese *topoi* crítico contra el pasado, no sólo apela a sus recuerdos personales, su crítica se lanza contra las figuras estéticas que el romanticismo español construía para la identidad nacional de España: religión, monarquía, lengua. Las categorías con las que Juan de Dios Peza simbolizó la unión entre México y España, a Collado le parecieron construcciones alegóricas de una cultura pasada.

En uno de los poemas celebrados por el mismo Menéndez Pelayo, “A México”, una extensa silva que describe, al mismo tiempo, el paisaje de México y su historia, el poeta exclama: “¡Con qué grandiosa majestad ostenta/ de hermosura y poder la doble pompa/ natura aquí, risueña y opulenta!”.¹⁸⁹ Parece evidente que los versos alimentan el imaginario sobre la naturaleza mexicana, pero en esta ocasión el paisaje no se muestra estático sino en constante movimiento. En el mismo poema aparece el siguiente cuadro moral, logrando una sinestesia entre los ambientes del paisaje mexicano con la aspiración de constituirse en la nación que debe luchar contra la influencia del extranjero:

*Vuelve ¡oh México! en ti, que del abismo
duermes incauta al resbaloso borde:
no más del interés y el egoísmo
la envenenada copa se desborde.
El valor, la virtud, el heroísmo
de tu estirpe recuerda, la alta gloria*

¹⁸⁹ Casimiro del Collado, *Poesías...*, op. cit., p. 344.

*con que del tiempo y del olvido triunfa
su claro nombre en la severa historia.
Nunca, vástago real del tronco hispano,
tu noble origen ni su ejemplo olvidas:
con ánimo y esfuerzo sobrehumano
el hierro blande en las gloriosas lides.*¹⁹⁰

Collado celebra la presencia de la cultura española en la construcción de México, pero no habla de una dependencia mexicana a la cultura española. ¿Cuáles son los valores nacionales que triunfarían sobre “el tiempo y el olvido”, para que el estado mexicano inscriba “su claro nombre en la severa historia”? El vocativo del primer verso explicita el sentido del discurso poético, “Vuelve ¡oh México! en ti”. El poeta no pide que México acoja los valores de la cultura española, pide que vuelva en sí mismo para constituir su identidad nacional. Podrá lograrlo con la misma tenacidad con que España ha forjado su historia. España es un ejemplo distante para la historia nacional de México. Acaso imagen reflexiva, la aparición de España en el poema no demuestra superioridad sobre la cultura mexicana. España es una línea paralela a la evolución social de México.

Después, Collado criticará al neoclasicismo que celebra el pasado como superación de los problemas en la construcción de las naciones. En su poesía, el cuestionamiento aparece en el *topoi* de España como representación del pasado que -- sólo con la presentación de su sentido histórico-- pretende resolver la complejidad de los problemas contemporáneos. Estos cuestionamientos se evidencian en tres poemas más, el ya comentado “Pasado y presente”, “Contra el abuso de citar glorias pasadas” y “Adiós España”. En el primero señala: “¡Nación que renacistes allá, en Asturias!/ ¿Por qué, cuanto a mayor bajezas tocas,/ tanto más de tus prósperas centurias/ nombres y hazañas ínclitas evocas? (...)/ cata que es vanidad impertinente/ cubrir con las grandezas

¹⁹⁰ *Ibidem*, pp. 355 y 356.

del pasado/ la vergonzosa pequeñez presente.”¹⁹¹ Y más adelante, resulta devastador en los valores que construyen la identidad nacional de su país natal: “son mentiras procaz el *patriotismo*;/ apariencia, el anhelo de *progreso*;/ el *orden*, antifaz del despotismo;/ la *religión*, disfraz del retroceso;/ la *libertad*, careta del cinismo.”¹⁹²

En la década de los ochenta, Juan de Dios Peza utilizaba la imaginación para construir los ideales de la patria imaginada de la lengua española, y Casimiro del Collado consideraba que la evolución social de México y de España podían construirse en líneas paralelas. Problemas similares, soluciones propias para cada nación. Ambos poetas expresaban en sus discursos las cercanías y las distancias entre México y España, mientras arrojaban al campo literario los símbolos que abrían caminos para el reconocimiento de la literatura que se hacía en México, y establecer el campo de la literatura mexicana en Madrid. Era el primer boceto de la patria imaginada de la lengua española. Aún antes de la aparición de la obra de estos dos poetas, las antologías literarias habían funcionado como un medio ideal para difundir la literatura mexicana en Madrid.

En 1880 aparecerá una antología más, realizada por el periodista católico Victoriano Agüeros: *Escritores mexicanos contemporáneos*, editada en México, con una amplia proyección en la Villa y Corte. Dividido en dos partes, el libro es una recopilación de sus ensayos publicados en *La Ilustración Española y Americana*. En la primera parte del volumen recoge una historia de la literatura mexicana y en la segunda se abordan monografías sobre escritores mexicanos. En estos primeros estudios, Agüeros especula la aparición de la cultura literaria en México a partir de sus culturas precolombinas. El crítico diferencia estas manifestaciones de las expresiones cultas de

¹⁹¹ *Ibidem*, p. 373.

¹⁹² *Ibidem*, p. 384.

Europa, fundadas en México con la llegada de la cultura española en 1510, cuando se escribieron las primeras crónicas e historias generales del país difundidas al instalarse la primera imprenta en 1539. A partir de entonces surgirían las primeras manifestaciones propiamente literarias.

Más allá de las virtudes de los métodos filológicos y biográficos expuestos por Agüeros, en su volumen insistió en el término “hermandad cultural entre México y España”, expresión que la prensa matritense reprodujo al comentar la obra. Quizá fue la primera ocasión que la cláusula retórica no respondía a los discursos políticos por la fundación de una institución, o para celebrar la aparición efímera del primer número de un impreso periódico con voluntad hispanoamericanista. “Hermandad cultural” fue el término utilizado por la recepción española al interpretar la historia de la literatura mexicana. El crítico mexicano alude a la herencia española en la literatura mexicana en el uso del castellano y de las técnicas de reproducción de las grafías, pero también se refiere a la capacidad innata de la sociedad mexicana para realizar sus propias obras literarias. El planteamiento entusiasmó a la prensa española.

Desde *La Ilustración Española y Americana* se adoptó el término “hermandad cultural” de ambas naciones para reseñar el volumen de Agüeros y referirse a las labores “americanistas” de varios intelectuales hispanoamericanos, tanto en sus investigaciones como en sus propias obras literarias.¹⁹³ *Revista Contemporánea* destacó positivamente la obra de Agüeros, y abundó en las similitudes que compartían las historias literarias de España y de México, a pesar de que la segunda siempre aparecía como reflejo de la primera.

En general, puede decirse que las vicisitudes porque ha pasado nuestra literatura nacional son las mismas que reflejándose sobre el espíritu del pueblo mexicano han

¹⁹³ E. Martínez de Velasco, “Crónica general...”, *loc. cit.*, p. 3.

ido, a su vez, transformando la historia literaria del que fue antiguo imperio de los aztecas. Hija la literatura mexicana de la española, tenía que ser un trasunto fiel de la misma, pues los poetas y escritores no podían inspirar en otros modelos más apropiados que en aquellos que nosotros les ofrecimos.¹⁹⁴

Con todo, el redactor es tímido al reconocer igualdad cultural entre ambas literaturas. Sitúa a la literatura mexicana (hija de la española) en una periferia, que gravita alrededor de la cultura española. Aunque la comparación filial y exotista predomina, son perceptibles los cambios en la recepción de la crítica española al valorar a la literatura mexicana.

La modificación en la recepción de la literatura mexicana habría sido provocada por volúmenes como los de Agüeros y las antologías de literatura mexicana (principalmente de poesía) conocidas en Madrid, además de la obra literaria de los mexicanos radicados en España, como Juan B. Hjar, Haro y Juan de Dios Peza y Casimiro del Collado. Estos factores inquietaron al campo literario matritense, que empezó a mostrar interés por difundir escritores mexicanos. En abril de 1880, *La Ilustración Española y Americana* publicó nuevos retratos y comentarios sobre tres personajes ilustres de México, miembros de la Academia Mexicana de la Lengua: Francisco Pimentel (“reúne a su vasta erudición una laboriosidad tanto más digna de elogio”), Francisco de P. Vereá (“constante en el confesionario, asiduo en la predicación”) y José Peón y Contreras (“que puede figurar al lado de las mejores joyas de la poesía castellana”).¹⁹⁵ El ejemplar de *La Ilustración* mostraba el interés matritense por la literatura mexicana porque también se publicó el poema “Las aguas en el Valle de México”, de otro poeta académico mexicano, José María Roa Bárcena. Las estrofas expresan la visión idílica del país que tanto gustaba a los lectores cultos de España.

¹⁹⁴ Sin firma., “Victoriano Agüeros”, *Revista Contemporánea*, a. VI, t. XXIX (septiembre-octubre 1880), pp. 227-229.

¹⁹⁵ Eusebio Martínez de Velasco, “Nuestros grabados”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXIV, núm. XIV (15 de abril de 1880), pp. 2-5.

En suma, en el diálogo con el campo intelectual matritense, los escritores conservadores mexicanos obtenían mejores resultados que sus paisanos liberales, sobre todo si en sus palabras esplendía el sol que los matritenses se figuraban exclusivo de México, o si entre los párrafos se proyectaban algunas muestras de sus serranías. Los contrastes eran claros: la presentación en público de *El Libro Rojo*, firmado por cinco liberales, fue recibida con cierto silencio expectante --parecía que llegaría la gran reseña sobre la obra pero, si llegó, la noticia nunca se divulgó en prensa--; mientras que al reconocimiento del joven Juan de Dios Peza (conservador en ciernes) y al de Victoriano Agüeros (presente de la intelectualidad católica) sólo le faltaba sumarse el de un sacerdote, que tendrá el nombre de Ignacio Montes de Oca, que en esa misma década paseaba por Madrid y firmaba como Ipandro Acaico en la *Arcadia Mexicana*, considerada la primera agrupación intelectual de México, un grupo de escritores católicos formado a principios del siglo XIX, integrado en su mayoría por sacerdotes.

El primer canon de la literatura mexicana en Madrid quedaba construido por conservadores y moderados mexicanos. Juan de Dios Peza y Casimiro del Collado eran dos liberales tímidos. Victoriano Agüeros era un respetado intelectual del partido conservador mexicano, y lo mismo podría decirse del sacerdote Ignacio Montes de Oca. La presencia de estos agentes en la Villa y Corte también explica la desaparición de escritores liberales del campo literario en Madrid. No figuran ni Hilarión Frías y Soto, ni Ignacio Ramírez *Nigromante*, ni Fernando Iglesias Calderón. Los casos de Ignacio Manuel Altamirano y Guillermo Prieto suelen ser conflictivos en la recepción española. En Madrid, destacaban los moderados y los conservadores mexicanos con varios mérito: que las antologías de Enrique de Olavarría y Ferrari mostraran las primeras nóminas de escritores mexicanos; que Juan de Dios Peza descubriera el flujo de la imaginación para diseñar la patria de la lengua española; que Casimiro del Collado

trazara líneas de igualdad en los juicios sumarios sobrecultura española y mexicana; y que Ignacio Montes de Oca revelara otros modos, ajenos a la institucionalidad de las legaciones, de establecer contactos con los agentes del campo intelectual de Madrid.

Originario de Guanajuato, Guanajuato (cuna de la Independencia mexicana de manos de otro sacerdote, Miguel Hidalgo y Costilla), Ignacio Montes de Oca era habitual en Roma, Italia, donde había alcanzado algunas posiciones jerárquicas dentro de la Iglesia Católica. El padre gustaba viajar por toda Europa, como lo hacía desde su juventud, y a partir de 1878 durante sus estancias en Madrid acudía a las tertulias que ofrecían Juan Valera o Aureliano Fernández Guerra y Orbe, donde se reunía una corte de poetas conservadores y católicos convocados por los anfitriones, como: Manuel Tamayo y Baus, Luis Herrera, Mariano Catalina, Luis Navarro y Marcelino Menéndez Pelayo, con quien sostuvo un copioso intercambio epistolar, y a quien pronto le dedicó un poema, en el que exaltó lo mismo el espíritu clásico de Menéndez Pelayo como su capacidad de inspiración a la juventud española: “Por ti la noble juventud hispana/ A amar aprenda la belleza griega;/ Por ti renazca la severa y pura/ Clásica forma.”¹⁹⁶ En esta tertulia, el obispo mexicano habrá leído su obra *Poetas bucólicos griegos traducidos en verso castellano*, publicada en su segunda edición en 1880 e impresa por Víctor Sáiz en el tomo XXIX de la Biblioteca Clásica que dirigía el filólogo español Luis Navarro.¹⁹⁷ Esta edición estaba acompañada por un prólogo de Menéndez Pelayo, en el que exaltaba las bondades de la traducción de Montes de Oca.

¹⁹⁶ Ipandro Acaico, “Al señor don Marcelino Menéndez Pelayo”, *Siglo Futuro*, a. IV, núm. 1248 (30 de diciembre de 1879), p. 1.

¹⁹⁷ La Biblioteca Clásica se publicaba en tomos de ocho octavos, impresos en papel satinado, de 400 a 500 páginas. Cada mes aparecía un tomo nuevo y se podían comprar por suscripción. El editor, Luis Navarro, garantizaba que las traducciones eran directamente del idioma en que fueron escritos los originales. El precio de cada tomo en rústica era de tres pesetas y encuadernados en tela, 3 pesetas con 50 céntimos. Los ejemplares se vendían en la calle Isabel La Católica, 25, de Madrid.

Entre los tomos de la Biblioteca, destacan: *La Iliada*, de Homero, traducido por Hermosilla; *Vidas paralelas*, de Plutarco, traducido por Ranz Romanillo; *Poetas líricos griegos*, traducidos por

La primera edición de *Poetas bucólicos* se publicó dos años antes, en México, y despertó tal interés del filólogo español que él mismo se ofreció a gestionar la segunda edición madrileña, corregida y aumentada. Interés que contrasta con el desánimo de Vicente Riva Palacio. El gesto muestra el distanciamiento entre los dos escritores (un general liberal y un sacerdote católico) que no estrecharon las manos en Madrid, aún cuando ambos hacían tertulia ahí y asistieron a reuniones de las reales academias de la Lengua y de la Historia. El general dijo que aunque destacaban las cualidades del traductor, en la obra de Montes de Oca había “poco cariño a México”: era una traducción del latín y la obra era presentada por un filólogo español.¹⁹⁸ ¿*Peccata minuta*? Pecado suficiente para que el general reprendiera al sacerdote con un acto de contrición nacionalista.

La historia de la relación de Ignacio Montes de Oca con Menéndez Pelayo es absolutamente distinta. La primera edición de *Poetas bucólicos* iba firmada con el nombre de Ipandro Acaico por lo que el filólogo español emprendió la tarea de buscar a esa persona que rubricaba como árcade. Preguntó a Casimiro del Collado, quien le reveló el nombre de Ignacio Montes de Oca. El 6 de septiembre de 1878, Menéndez Pelayo dirigió una misiva al obispo de Tamaulipas, México, en la que le felicitó por las traducciones, le regaló su colección de versos y le animó a traducir a otros poetas grecolatinos. Los escritores se conocieron a finales de ese año, cuando Montes de Oca (a quien se esperaba “como agua en mayo”) realizó su primera visita con ánimos de vida literaria en la Villa y Corte. El tono amistoso y de generosa animosidad para

Marcelino Menéndez Pelayo, Baraibar, Conde y Canga Argüelles; *La República*, de Platón, traducido por Tomás y García; *La Eneida*, de Virgilio, traducido por Caro. Además, la Biblioteca incluía las obras clásicas españoles, ingleses, italianos, alemanes y franceses.

¹⁹⁸ Vicente Riva Palacio, *Los cerros. Galería de contemporáneos*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Mexiquense de Cultura, 1996, p. 90.

desarrollar proyectos literarios con el que se escribieron por primera vez, permanecerá a lo largo del copioso epistolario de los dos escritores.¹⁹⁹

En esta peculiar amistad parece que Menéndez Pelayo pide Montes de Oca que apure sus traducciones de poetas grecolatinos, y el poeta mexicano responde con la petición de favores a veces mundanos para el espíritu de un sacerdote, pero estimulantes para el ego de un escritor: vendrá el momento en que el vate mexicano pedirá con discreción de secrecía y generosidad de padre, que se publiquen sus poemas en *La Ilustración Española y Americana*;²⁰⁰ que le mencione quién es el secretario de la Academia de Sevilla que acaba de convocar a unos Juegos Florales a los que piensa enviar poemas, “pero ¡chitón!”, le aclara, para que no le diga, pidiéndole que lo haga, su nombre al presidente del jurado; que le convine a participar en las oraciones fúnebres en honor a Cervantes; o que simplemente le ayude con la escritura de un prólogo para alguna de sus obras. No en todas las peticiones Menéndez Pelayo se mostró dispuesto a complacer al sacerdote, pero en varias ocasiones intermedió en el orbe mundanal de la vida literaria a favor de la gloria del espíritu de Montes de Oca.

A la buena voluntad católica de don Marcelino sobre los literatos mexicanos, se sumó la erudición, también católica, también positiva, de otro intelectual conservador de México, Joaquín García Icazbalceta, que en 1881 dio a conocer un estudio biográfico y bibliográfico sobre *Don Fray Zumárraga: Primer obispo y arzobispo de México*. El historiador español, Antonio María Fabié publicó en *Revista de España*, una extensa

¹⁹⁹ Las cartas dirigidas de Menéndez Pelayo a Ignacio Montes de Oca se pueden seguir en: Francisco Monterde, *La literatura mexicana en la obra de Menéndez y Pelayo*. México, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México, 1958; y en Ignacio Montes de Oca, *Epistolario de IpanthroAcaico*. México, Editorial Estilo, 1952.

²⁰⁰ Pero no sólo poemas, en la edición del 30 de julio de 1879, apareció una nota biográfica y un grabado de Menéndez Pelayo, acompañado por José María Roa Bárcena. (Manuel Bosch, “Nuestros Grabados”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXIII, núm. XXVIII (30 de julio de 1879), pp. 2-5). Menéndez Pelayo giró la misma información a otro de los medios en el que ejercía influencia editorial: M. Pérez Villamil, “Biografía. Ilustrísimo señor don Ignacio Montes de Oca y Obregón. Obispo de Linares (México)”, *La Ilustración Católica*, a. IV, t. III, núm. 44 (28 de mayo de 1880), pp. 6 y 7.

reseña sobre el libro y señaló que interesaría “a todos los aficionados a nuestra antiguas glorias”, es decir, los tiempos en que México fue colonia española.²⁰¹ La intención de recordar las “antiguas glorias” de España, con la que los escritores conservadores mexicanos difundían sus obras en Madrid, habrá ayudado para facilitar las expresiones positivas del campo literario. Después de todo, la propuesta resulta menos crítica que la postura de los autores liberales, que exigían un reconocimiento de la cultura mexicana en España.

El ejemplo es la obra de García Icazbalceta.²⁰² De arraigado espíritu conservador, como historiador, será uno de los primeros intelectuales mexicanos en buscar una genealogía biológica de la personalidad mexicana. Sus investigaciones sobre las diferencias entre los pobladores de las distintas regiones españolas que participaron en la conquista de México, lo llevarán a afirmar que una amplia presencia de andaluces en las primeras embarcaciones que llegaron durante el periodo de la Colonia, explican las variantes fonológicas del español mexicano. Además, concentrará sus labores historiográficas en recuperar los documentos que registran la llegada de los españoles a América y la fundación de la Nueva España. Dos conclusiones en estos primeros hallazgos del historiador conservador: la confirmación de la influencia de la cultura andaluza en México, y la necesidad de la historiografía mexicana de registrar archivos españoles para conocer e interpretar su pasado nacional.

²⁰¹ Antonio María Fabié, “Don Fray Juan de Zumárraga”, *Revista de España*, a. XV, t. LXXXVII (septiembre-octubre 1882), pp. 289-305.

²⁰² Los trabajos de Icazbalceta fueron constantemente citados en las sesiones de la Real Academia de la Historia, como lo demuestra la labor académica de Nicolás Díaz y Pérez y Antonio María Fabié, quienes presentaron en la institución sus investigaciones sobre la Conquista de México, basadas en las investigaciones de Icazbalceta. (Nicolás Díaz y Pérez, “Hernán Cortés y Pizarro”, *La América*, a. XXV, núm. 19 (13 de octubre de 1884) pp. 4 y 5; y Sin firma, “A las seis de la mañana”, *La Correspondencia de España*, a. XXXVII, núm. 10476 (27 de noviembre de 1886), p. 3).

LA REACCIÓN LIBERAL: PEÓN CONTRERAS, PLAZA Y QUEVEDO Y ZUBIETA

Entre 1883 y 1885 aparecieron en las librerías de Madrid las obras de tres mexicanos liberales. La primera fue la de José Peón Contreras, de quien Eusebio Martínez Velasco ya había destacado su talento en la escritura de obras dramáticas y en la composición de poemas.²⁰³ Su libro de poesía *Ecos* (1883) pronto fue reseñado por *La Ilustración Española y Americana* con palabras elogiosas: “Todo es notable en las poesías de Peón Contreras: la inspiración, el sentimiento y la forma.”²⁰⁴ En 1885 fue recibida, con expectativas de parte del público español, la obra del poeta Antonio Plaza; muerto en 1882, tres años después se publicó en París la séptima edición del compilatorio de su poesía, *Álbum del corazón*. A ésta la seguirán tres más, todas con prólogo de Juan de Dios Peza, editadas por la Casa Maucci de Barcelona, en sedes distintas: en 1899, en la Ciudad de México, México; en 1909, en Buenos Aires, Argentina; y en 1910, en Barcelona, España.

El éxito en la difusión de la obra de Plaza, que el poeta no disfrutó en vida, contrasta con la apatía de la crítica madrileña que prácticamente enmudeció en sus comentarios sobre la lírica del poeta mexicano. Juan de Dios Peza, aún sorprendido por esta paradoja, escribió: “Los versos de Plaza han recorrido los dominios españoles y algún encanto irresistible deben de entrañar, puesto que son tan buscados”.²⁰⁵ Probablemente el argumento principal de este silencio crítico, se deba a ciertos versos

²⁰³ Eusebio Martínez de Velasco, “D. Francisco Pimentel”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXIV, núm. XIV (15 de abril de 1880), p. 3.

²⁰⁴ Sin firma. “Ecos”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXVII, núm. XLIV (30 de noviembre de 1883), p. 23.

Peón Contreras se había ganado el cariño de la prensa española que dará a conocer, con cierta regularidad, noticias sobre sus actividades en México. Tal vez la más interesante fue cuando el escritor mexicano publicó *Taide, contornos de la vida ideal* (1887), dentro de la Biblioteca de Autores Yucatecos, de la que *La Ilustración* dirá que se trata de una bellísima novela “en la que el espíritu de los personajes que la desarrollan apenas toca con sus alas blancas y flotantes el mundo percedero, el mundo de la materia.” (Sin firma, “Taide”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXXI, núm. XL (30 de octubre de 1887), p. 15).

²⁰⁵ Antonio Plaza, *Álbum del corazón. Poesías de Antonio Plaza*. Barcelona, Casa Maucci, 1899. p. 6.

en los que Plaza expresó su sentimiento de “desespañolización”, lo que reaviva viejas polémicas. Sin embargo, la poesía de Plaza, de corte romántico por su expresividad nacionalista y su sentimentalismo arrobador, critica con fruición la imagen de los indígenas (fue proverbial su caricaturización del presidente Benito Juárez, a quien ironizó por “indígena” e “indio”, en términos despectivos²⁰⁶) y la de los mestizos.

Su exposición del nacionalismo era de un criollismo radical que requiere de algunos matices en su interpretación. En el poema “16 de septiembre” dibuja un cuadro trágico y grotesco, de “una batalla desigual” en la que los españoles, siguiendo al audaz Cristóbal Colón, destruyen el reino de México: “De sangre se tiñeron las olas de los mares,/ de sangre se tiñeron las rosas del pensil,/ las llamas devoraron alcázares y aduares, /¡y México fue presa de horrores mil y mil!”²⁰⁷ Luego dibuja con dramatismo el trato despótico de los conquistadores contra los indígenas de México, hasta la llegada del cura Hidalgo, cuando “Realistas independientes,/ por intereses extraños,/ lucharon años tras años”.²⁰⁸ Finalmente, llega la Independencia del país cuando el valeroso ejército mexicano expulsa a los españoles. Para suavizar el poema, a manera de añadidos, aparecen los siguientes versos: “Hoy mi labio a nadie inculpa, /ni vengo a encender rencores,/ porque de aquellos horrores/ tuvo la época la culpa.// Por mi parte, sin violencia/ y sin temor, lo confieso:/ la conquista fue un progreso:/ un deber la independencia.”²⁰⁹

²⁰⁶ Conrado Gilberto Cabrera Quintero, *La creación del imaginario del indio en la literatura mexicana del siglo XIX*. Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2005, pp. 280-282.

²⁰⁷ A. Plaza, *Álbum del corazón...*, op. cit., p. 204.

²⁰⁸ *Ibidem*, p. 205.

²⁰⁹ *Ibidem*, p. 208.

En 1882, Ramón Campoamor reeditaré su poema épico “Colón”, impreso por Luis Navarro. La reedición coincidirá tanto con la difusión de las obras completas del poeta español, como con la discusión sobre los temas colombinos en las que se encontraban inmersos tanto intelectuales ibéricos como hispanoamericanos.

Esta imposición violenta de la nueva cultura mexicana también es advertida por Salvador Quevedo y Zubieta en su obra *Recuerdos de un emigrado* (1883), publicada en España por mediación de Emilio Castelar, quien prologó el tomo y publicó adelantos del libro en el periódico *El Día* desde 1881.²¹⁰ Volumen misceláneo, mezcla recuerdos personales con cuadros de costumbres, los artículos son evocaciones sobre personajes célebres con episodios históricos de diversa índole, relativos a perfilar cierta “historia de la libertad en México”. Castelar le reconoce que es un verdadero autor de memorias que persigue los ideales democráticos con “un luminoso espíritu científico, vaciado en clara y correcta frase, por la cual circula con profusión la savia del pensamiento en la que, con verdaderas latidos, laten los grandes afectos, engendrados por un amor cuasi religioso a la libertad y a la patria.” La crítica de Castelar ofrece algunas claves en la comprensión de Quevedo y Zubieta sobre una patria imaginada, reconfigurada por la evocación y la memoria. Según Castelar, la composición de esta identidad se basa en ideales democráticos y en conocimientos científicos que validan y aprueban los fundamentos de Quevedo y Zubieta.

Al principio del libro, el autor reclama la poca atención que la sociedad española dedica al continente americano, a pesar de los lazos (“raza y tradición”) que unen a las dos culturas. Luego el autor describe el paisaje mexicano con añoranza y lo compara con el de España, “la llanura del Jalisco, blanca y arenosa como esas colinas de Castilla que contemplo ahora desde la ventana de mi quinto piso.”²¹¹ A diferencia de los escritores y periodistas españoles que escribían testimonios sobre México, no le parece extraño el paisaje mexicano comparado con algunos sitios de España. El paisaje

²¹⁰ Un año después, cuando Quevedo y Zubieta parta hacia Inglaterra como diplomático, publicará *Un año en Londres. Notas al vuelo* (1884), que estará en venta en Madrid, en las oficinas del periódico *El Día*. El mismo favor hará el periódico cuando se publiquen en francés *Récits mexicains (episodios mexicanos)* (1888) y *L'Etudiante. Notes d'un carabin* (1889).

²¹¹ Salvador Quevedo y Zubieta, *México. Recuerdos de un emigrado*. Madrid, Est. Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, 1883, p. 10.

mexicano se caracteriza por su belleza dinámica como aparece constantemente en los pasajes del libro (el título del artículo “El ferro-carril” despierta un escenario en movimiento), y no por el estatismo monótono con el que continuamente se retrató a la sierra mexicana durante el siglo XIX.

Quevedo y Zubieta marca diferencias culturales entre mexicanos y españoles, a partir de las características particulares de cada sociedad, sin establecer dependencias o jerarquías. En el capítulo “El náhuatl y el habla castellana de México”, distingue las formas de pronunciación del castellano en México y en España, y recuerda las palabras indígenas utilizadas de manera cotidiana en castellano, además de sus modificaciones por influencia del castellano. “Como consecuencia de esto --añade el autor--, la lengua española se ha establecido en México, y lo mismo puede decirse de las demás naciones de Hispanoamérica, reblandecida en su enérgica sonoridad y como penetrada por la suave influencia del náhuatl y las otras lenguas americanas.”²¹² Demuestra que la cultura mexicana no es una herencia española, ni indígena, sino la constitución a partir de ambas. La negación de esa herencia impide continuar con el argumento de la dependencia mexicana a la cultura española o a la precolombina; para Quevedo y Zubieta las culturas se intervienen unas con otras.

La poeta Sor Juana Inés de la Cruz es una muestra de la expresividad propia de la cultura mexicana. En su definición práctica sobre la identidad nacional, Quevedo y Zubieta refiere que cada país tiene figuras que los distinguen para convertir “el sentimiento en pasión, y la admiración en culto”.²¹³ Culto que trasciende a identificación nacional y se constituye en cultura. El autor aclama las reflexiones patrióticas de Sor Juana cuando habla de América y de México, “nombres queridos que

²¹² *Ibidem*, p. 161.

²¹³ *Ibidem*, p. 372.

la entusiasman como un estandarte”. Quevedo y Zubieta devela uno de los monumentos mexicanos imposibles: Sor Juana Inés de la Cruz enarbolando una bandera verde, blanco y rojo. Ante la imposibilidad, cincela una estatua imaginaria: “Su lira, tierna a veces, grave otras, según la pulsa la mano de la mujer o de la doctora, es resonante y altiva cuando vibra en sus cuerdas un sentimiento nacional que tiende a formarse en su poesía más de un siglo antes que estuviese formada en la geografía política la independencia de América”.²¹⁴ Sin embargo, además del establecimiento de una iconología nacionalista, las líneas proponen que existe una cultura literaria mexicana, puesto que es posible situar el origen de esa literatura representada de manera emblemática por Sor Juana Inés de la Cruz.

Aunque para esos años Quevedo y Zubieta radicaba entre México y Francia, ya era conocido en España donde vivió de 1864 a 1874, los años que rememora en *Recuerdos de un emigrado*. Diputado durante el periodo presidencial de Benito Juárez, debió abandonar el país durante el Imperio de Maximiliano de Habsburgo para regresar a su patria cuando el liberalismo mexicano hizo los primeros esfuerzos por restaurar las estructuras de la República. Su reticencia hacia el Imperio de Maximiliano fue absoluta.

RIVA PALACIO EN LOS ESCENARIOS CONVEXOS DE MÉXICO Y DE ESPAÑA

Para 1880, Porfirio Díaz cumplía su primer cuatrienio presidencial en México, luego de levantarse en armas contra la reelección de Sebastián Lerdo de Tejada, presidente del país de 1872 a 1876. Tejada trató de asumir por segunda ocasión la presidencia, alterando los principios constitucionales de 1857, pero el alzamiento de Porfirio Díaz promulgó el Plan de Tuxtepec con el lema “Sufragio efectivo, no reelección”. Con ello,

²¹⁴ *Ibidem*, pp. 393 y 394.

Díaz también se ganó la simpatía del general Vicente Riva Palacio, quien lo apoyó para que ocupara su primer periodo presidencial, de 1876 a 1880. Además, Riva Palacio fue un crítico perspicaz del gobierno de Lerdo de Tejada, y fustigó su política conservadora desde la magistratura de la Suprema Corte de Justicia, como de manera puntal daba a conocer *La Correspondencia de España*.²¹⁵ En agradecimiento, el presidente Díaz entregó a Riva Palacio la cartera del Ministerio de Fomento.

Para esos años, esta era, más o menos, la biografía del intelectual militar, colaborador del presidente mexicano que circulaba en los círculos político-culturales de Madrid:

El General Riva Palacio es hijo del desinteresado defensor de Maximiliano de Habsburgo, del ilustre don Mariano Riva Palacio, a quien el infortunado Príncipe dirigió en sus últimos momentos una de las cartas más tiernas que pueden registrarse en la historia. El actual Emperador de Austria envió, como testimonio de gratitud al Sr. Riva Palacio, la riquísima y cincelada vajilla de plata, en cuya fuente principal tiene grabada esta inscripción: “Francisco José I, Emperador de Austria, al Sr. D. Mariano Riva Palacio”.

Dicha vajilla existe en poder del general.

A pesar de que el general Riva Palacio fue incansable e intransigente adversario de la intervención y del Imperio, el Archiduque Maximiliano le consideró como un adversario leal, y atendiendo a su generoso comportamiento demostrado en el canje de Acuitzio (Michoacán), en que salvó la vida y dio la libertad a más de trescientos oficiales y soldados belgas y a mayor número de mexicanos que habían caído en su poder, dio una orden general previniendo que si alguno era hecho prisionero, el General Riva Palacio, fuera tratado con toda clase de consideraciones; pero como la suerte lo dispuso de otro modo, fue a Riva Palacio a quien tocó, por orden del cuartel general, conducir hasta el convento de la Cruz al regio prisionero, quien profundamente agradecido a las consideraciones y a los consuelos que en tan terribles circunstancias le prodigó el general republicano, le regaló, como recuerdo de gratitud y alta estimación, el caballo que montaba en aquellos momentos, cuya sencilla montura ocupa lugar preferente en el museo de la casa de Riva Palacio.

Amigo fraternal del actual Presidente de la República, ocupó la cartera de Fomento a fines del año de 1876, distinguiéndose sobre manera y dando testimonio de su activa aptitud en el desenvolvimiento de los trabajos públicos.

Hoy, después de varios años de retraimiento, pasados en el estudio y en el trabajo, escribiendo ya obras tan importantes y trascendentales como la completa historia de la época colonial, que constituye el segundo tomo del *México a través de los siglos*, ya obras recreativas e históricas como las *Tradiciones y leyendas*

²¹⁵ Sin firma, “Primera edición”, *La Correspondencia de España*, a. XXVI, núm. 6415 (25 de junio de 1875), p. 1.

mexicanas, que escribió en colaboración con Juan de Dios Peza, vuelve a la vida pública, revestido del altísimo cargo y acompañado de la estimación universal.²¹⁶

A esta semblanza de Riva Palacio popularizada en Madrid, le faltaba destacar que el general era un hombre popular en su patria, donde fue gobernador de los Estados de México y de Michoacán. Como diputado, participó en la redacción de la constitución nacional de 1857. Satírico, autor de venenosos epigramas, editó *El Ahuizote* (entre otros impresos), uno de los periódicos más críticos del siglo XIX, desde donde atacó al gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada. Sin embargo, la compleja configuración del gobierno porfirista y la manifestación pública de Riva Palacio por alcanzar la presidencia, harían que la relación entre ambos generales, de filiación liberal, adquiriera diversos matices, no siempre claros sino oscuros.

A Riva Palacio las tribunas políticas le sobraban: la curul de la diputación, la primera plana de un periódico o el estreno de su próxima obra teatral; hiperactividad crítica que en 1883 lo llevó a la cárcel durante nueve meses (en una celda que parecía salón de estudio),²¹⁷ tiempo que dedicó a la redacción del prólogo de *México a través de los siglos*, un proyecto que habría comenzado a gestarse un año antes, y cuyos cinco tomos verían la luz entre 1884 y 1889, en Barcelona, España. Conviene destacar la participación de los editores de esta obra, Espasa y Cía y Balleescá y Cía, dirigidas por los catalanes Jaume Balleescá y su hijo Santiago Balleescá, respectivamente. Por recomendaciones del segundo se solicitará la dirección editorial de *México a través de*

²¹⁶ Sin firma, “Crónica diplomática y consular”, *Archivo Diplomático y Consular de España*, a. IV, núm. 143 (8 de julio de 1886), p. 7.

²¹⁷ Los desavenencias entre Vicente Riva Palacio y Porfirio Díaz, amén de las diferencias con otros políticos del Porfiriato, son narrados por Rafael Barajas *El Fisgón* (“El Hijo del Ahuizote: origen y nacimiento”, 20/10. *Memoria de las Revoluciones de México*, núm. 3 (primavera de 2009), pp. 22-28).

La prensa española siguió con cautela la situación de Riva Palacio, como lo demuestra el amplio reportaje: Sin firma, “América española”, *El Día*, núm. 1578 (2 de octubre de 1884), p. 1, en el que dan a conocer los conflictos de Riva Palacio con el gobierno federal de su país.

los siglos a Vicente Riva Palacio. En lo sucesivo Santiago Ballescá y Riva Palacio sostendrán una amistad fundamental para el futuro del mexicano en España.

Mientras Riva Palacio resolvía sus problemas políticos, el sacerdote Ignacio Montes de Oca publicaba en Madrid, en 1883, su segundo tomo de traducciones, *Odas de Píndaro*, también incluido en la Biblioteca Clásica de Luis Navarro, con lo que atendía la sugerencia hecha cinco años atrás por Menéndez Pelayo. La obra gozará de amplia recepción de parte de los latinistas peninsulares (“ha conquistado merecidísimo renombre”,²¹⁸ celebraba *El Día*) que conocieron anticipos gracias a los servicios del filólogo santanderino, al publicar algunas de las piezas de traducción y la poesía propia de Montes de Oca en *La Ilustración Española y Americana* y en *La Ilustración Católica*. También en España, sin pie de imprenta, el vate católico publicará más tarde *Cien sonetos de IpandroAcaico*.²¹⁹

En México, con la reelección de Porfirio Díaz en el cargo, se avivaron los resquemores de Riva Palacio hacia el presidente. De cualquier forma, a los dos personajes los unía la jurada lealtad masónica. Cansado del ambiente tenso propiciado a su alrededor, situación que se habría generado por las expresiones de Riva Palacio de aspirar a la presidencia, lo que sería un desagravio para Díaz, el escritor decidió abandonar México en 1886, en una salida consensuada: iría a buscar “un sitio social” en Europa, con la Embajada de México en España, y Ramón Corona (también compadre de Riva Palacio) entonces embajador mexicano en la Península, regresaría a su patria para apoyar al gobierno de Díaz. El general Corona era el último de los miembros del cuerpo

²¹⁸ Sin firma, “Bibliografía”, *El Día*, núm. 1035 (2 de abril de 1883), p. 7. También M. Gutiérrez, en un artículo sobre la vida y la poesía de Píndaro, mencionará brevemente la gallardía con que Montes de Oca tradujo al poeta latino. (M. Gutiérrez. “La Oda. Esbozo histórico crítico”, *Revista Contemporánea*, a. IX, t. XLVII (septiembre-octubre de 1883), pp. 39-51).

²¹⁹ Además publicará otras traducciones muy celebradas por los círculos intelectuales matritenses. Aunque será hasta 1920 cuando presente en la Real Academia de Historia los avances del tomo I de su traducción en verso castellano del poema épico de Apolonio Rodio, *La Argonauta*. (Sin firma. “Academia de Historia”, *La Época*, a. LXXII, núm. 24891 (4 de febrero de 1920), p. 2).

diplomático mexicano que estableció los lazos políticos modernos con España.²²⁰ De la vieja tertulia de intelectuales que en la década de los setenta se congregó en la legación mexicana, sólo permanecía Gustavo Baz. En 1885, antes de regresar a su patria, Baz publicó en Madrid *Cartas sobre Portugal*, del que *La Ilustración Española y Americana* dijo, sin demasiada emoción: “Este opúsculo es una bella descripción de las principales ciudades y monumentos de Portugal, hecha con buen criterio y galanura. Hállase en las librerías de Madrid y las provincias”.²²¹

En el 1885 de España, la confusión política dictaba el desarrollo del país. En el interior del Palacio Real agonizaba el Rey Alfonso XII, y su mujer, la reina María Cristina esperaba el nacimiento de Alfonso XIII. Los jefes del Partido Conservador, Antonio Cánovas del Castillo, y del Partido Liberal, Práxedes Sagasta, los dos estadistas más prominentes de España del último tercio del siglo XIX se reunieron para discutir el futuro de la patria. Debían acordar el apoyo a la futura reina Madre para que fuera la regenta del reino de España (y conseguir así la unidad nacional para enfrentar los posibles ataques de las naciones extranjeras), en tanto Alfonso XIII nacía y alcanzaba la mayoría de edad. Los dos políticos debían afianzar el equilibrio de la administración del poder nacional, en manos de ambos partidos, en un intercambio de estafeta presidencial de manera continuada como se hacía desde 1881, y como se continuará hasta 1909. Cánovas del Castillo y Sagasta se dieron la mano y colocaron sus firmas en el Pacto del Prado.²²²

²²⁰ En la década de los setenta, cuando se reactivaron de manera intensa las relaciones de México con España, Corona se hizo con el nombramiento de Embajador al declinar otro compadre de Porfirio Díaz, el también político masón Ignacio Mariscal, quien ocuparía la nada despreciable cartera de la Secretaría de Relaciones Exteriores durante todo el Porfiriato, lo que lo llevará en más de una ocasión a la Península Ibérica.

²²¹ Sin firma, “Cartas sobre Portugal”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXIX, núm. VIII (28 de febrero de 1885), p. 16.

²²² Ramón Tamames y Sebastián Quesada, *Imágenes de España*. Madrid, Edelsa, Grupo Didascalía, 2007, p. 105.

Cuando llegue a Madrid, Vicente Riva Palacio hará buenas migas con los dos políticos, a pesar de su filiación masónica con evidentes tendencias liberales. El primer biógrafo del general, Pedro Serrano explica: “De los partidos turnantes don Vicente simpatizaba más con los liberales que con los conservadores. Como político le agradaba Sagasta, como culto le atraía Cánovas”.²²³ De cualquier forma, fatigado de escuchar discursos, Vicente Riva Palacio, en 1886, en lo menos que pensaba era en la política y prefería recibir cartas de sus amigos escritores, como Guillermo Prieto y Ricardo Palma. Al peruano lo encontrará más tarde en Europa, y el epistolario iniciado desde México declara los principios éticos-literarios de ambos intelectuales. En la confidencia de las cartas cruzadas deslumbra el vigor de una pluma preocupada por propósitos históricos y sociales, como repetía el poeta peruano a su amigo de México, a quien creía “uno de los pocos poetas americanos” alejado de la literatura de moda de los versificadores modernistas que comenzaban a tomar por asalto la cultura escrita de Hispanoamérica.²²⁴

Justo antes de la llegada de Riva Palacio a Madrid, en el año de 1885, el periodista español, Ramón Elices Montés, trató de sintetizar las relaciones de México con España en su libro *Cuatro años en México. Memorias íntimas de un periodista español*, una de las panorámicas sobre México más populares a finales del siglo XIX en Madrid. Elices Montés había vivido en México país de 1881 a 1884, donde había publicado, pagado por cuenta propia, la edición del libro *El patriotismo español: apuntes para un libro recordando las glorias patrias, dedicado a los españoles residentes en América* (1881), una recordación histórica de España con énfasis especial en sus conquistas medievales. La enardecida exaltación sobre su patria comienza: “No hay

²²³ Pedro Serrano, “El General”. *Siluetas del excelentísimo señor don Vicente Riva Palacio con varias anotaciones*. s. p. i. 1934, p. 55.

²²⁴ J. Ortiz Monasterio, “Patria”, *tu ronca voz me repetía...*, op. cit., p. 241.

sentimiento más noble, más puro, más bello, más sublime, que el sentimiento de patria; ninguno como él para excitar las más delicadas fibras del corazón humano”.²²⁵

Pero el ánimo patriotero que acompañó a *Memorias íntimas de un periodista español*, intentó reconfigurar la imagen en Europa del “México bárbaro”. La contradicción de reivindicar la imagen de un México progresista y soberano, agradecido por la herencia española en el país recuerda a las paradojas hispanistas de Castelar, que habrían influido en la escritura del libro más allá de estampar su firma en el prólogo. Los contrasentidos del volumen se suman a la rareza de su éxito y difusión, que culminan en la incertidumbre de su odisea editorial, el proyecto debía constar de dos partes pero sólo se conoció una. La amplitud de su divulgación, tanto en México como en España, es atribuida a sus celebraciones al Porfirismo.²²⁶

Como los otros historiadores empíricos españoles que se refirieron al México del siglo XIX, Elices Montés reiteradamente afirma la objetividad de su empresa, inspirada por “la España liberal” que sólo pretende contemplar los “triumfos y engrandecimientos alcanzados por México”, lo que no evita la visión colonialista de la posición jerárquica de la cultura española. En los temas de cultura, destaca la instrucción pública, además del arte y la literatura azteca que supone como una de las más importantes del mundo precolombino. Subraya la pluralidad periodística del país y cita una extensa lista de medios impresos desechando los argumentos europeos que aseguraban la inexistencia de letra impresa en México. Como ya lo había hecho Victoriano Agüeros, remonta la historia de la literatura mexicana a las primeras manifestaciones artísticas precolombinas para diferenciarlas de las expresiones literarias gestadas con la llegada

²²⁵ Ramón Elices Montés, *El patriotismo español: apuntes para un libro recordando las glorias patrias, dedicado a los españoles residentes en América*. México, s. p. i., 1881, p. 5.

²²⁶ En este sentido, puede leerse una breve reseña en: Eusebio Martínez de Velasco, “Nuestros grabados”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXXI, núm. XXXII (30 de agosto de 1887), p. 113.

de los españoles. De los escritores mexicanos pertenecientes al periodo colonial destaca a Domingo Chimplain, Fernando de Alvarado Tezozomoc y Cristóbal del Castillo Zapala. De la literatura del siglo XVI escrita en castellano, siguiendo datos de José Mariano Beristain de Souza, cita a 3. 687 escritores mexicanos (de ellos, 16 mujeres entre quienes destaca a Sor Juana Inés de la Cruz).

Su nómina de autores del siglo XIX es una de las más completas de todas las que se habían difundido en España: Manuel Gorostiza, Manuel Galván, Manuel Carpio, José Joaquín Pesado, Fernando Calderón, Florencio del Castillo, Ignacio Ramírez, Francisco Zarco, José Segura, José Joaquín Fernández de Lizardi, Lorenzo Zavala, Anastasio Zerezero, Luis de la Rosa, Andrés Quintana Roo, Juan Bautista Morales, Fernando Orozco, Carlos Hipólito Teran, los hermanos Lacunza, Ignacio Rodríguez Galván y Manuel Sánchez Tagle. Entre los intelectuales del momento, Elices Montés destaca a: José María Roa Bárcena, Manuel Orozco y Berra, Lucas Alamán, Padre Mier, Carlos Bustamante, Alfredo Chavero, Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Vicente Riva Palacio, Emilio del Castillo Negrete, Francisco Pimentel, Manuel Rivera Cambas, Manuel Zamacona, Ignacio Mariscal, Manuel Peredo, Alfonso Lancaster Jónes, José López Portillo, Ignacio Montes de Oca, Joaquín García Icazbalceta, José de Jesús Cuevas, Tirso Rafael de Córdova, Manuel Payno, Antonio García Cubas, José Díaz Covarrubias, Julio Zárata, Juan B. Hjar y Haro, Gustavo Baz, José López Portillo, Manuel Dublan, Joaquín Alcalde, Manuel Sánchez Fácio, Salvador Díaz Mirón, Justino Martínez, Francisco Martínez, José Peón Contreras, Juan A. Mateos, Ramón Manterola, José María Vigil, Ignacio Aguilar y Marochó, Rafael Pérez Gallardo, Hilarión Frías y Soto, José Tomás de Cuellar, Manuel Flores, Ramón Valle, Javier Santamaría, Juan de Dios Covarrubias, Manuel R. Rincón, José Marroquí, Justo Sierra, Jesús Valenzuela, Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Quevedo y Zubieta, Eduardo Zárata, Manuel María

Romero, Roberto Esteva, José Patricio Nicoli, José María Rodríguez y Cos, Gerónimo Baturoni, Gerardo Silva, Agapito Silva, Francisco Soca, Juan de Dios Peza, Anselmo de la Portilla hijo, Manuel Acuña, Agustín Cuenca, Francisco Cosmes, Aurelio Horta, Luis Gonzaga Ortiz, José Monroy, Carlos Olaguibel, José Rosa, Lorenzo Elizaga, Vicente Manero, Federico Mendoza Vizcaino, Manuel Pérez Bibbina y Víctor M. Venegas; además de la poetisas Esther Tapia, Laura Méndez de Cuenca y Clotilde Zárata.

En su evaluación de la literatura mexicana señala que, si bien podría competir en calidad con la literatura española, “carece en absoluto de facilidades suficientes para llegar al grado de desarrollo que debiera alcanzar” en referencia a los elementos técnicos para su difusión, como el papel, la imprenta y la encuadernación; además de contratos de distribución, convenios de publicidad e intercambio...²²⁷ En realidad, el periodista poco aporta en juicios literarios de valor, pero evidencia la importancia de establecer un sistema literario sólido en México. Finalmente, se recrea en los símbolos que los discursos estéticos mexicanos han expresado para afianzar los vínculos con la cultura española, y transcribe completamente el poema de Juan de Dios Peza, “México y España” para recuperar las palabras del mismo Peza: “la sangre, la religión, el idioma y las costumbres nos unen con indestructibles lazo”,²²⁸ confirmando la vigencia de los lazos simbólicos entre los dos países postulados por el poeta mexicano.

COMIENZA EL VIAJE, EL GENERAL SALE DE SU PAÍS

El cronograma del nombramiento de Vicente Riva Palacio como embajador de México en España se inició en los primeros días de junio de 1886, cuando Porfirio Díaz conversó con el escritor sobre la iniciativa. Un mes después, el día 3 de julio, la Cámara

²²⁷ Ramón Elices Montés, *Cuatro años en México...*, *op. cit.*, p. 219.

²²⁸ *Ibidem*, p. 113.

de Senadores aceptó la propuesta. Cuando corrió la noticia del nombramiento de Riva Palacio para el puesto de ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de México en España y en Portugal, aparecieron “opiniones divergentes” en el horizonte cultural de las dos orillas del Atlántico. Los más cercanos al general manifestaron pesar y gusto, como Enrique Sort, “un apuesto joven amigo de la familia”, quien le escribió para decirle que “ha llorado de gusto” al enterarse del nombramiento; y Antonio Carrión, el periodista cántabro que ayudó a la publicación de las antologías de poesía mexicana de Casimiro del Collado, primero en Málaga y luego Madrid.

Avecindado en México, Del Collado era colaborador y amigo del general, y ofreció la primera lectura política del nombramiento: lo felicita, claro, “pero dada la popularidad de usted, su justo prestigio, su talento y sus muchos amigos, hay que esperar el verlo en el puesto que se merece y le deseamos”. Luego, palabras de prestidigitador que anticipan el futuro de su amigo: “¡Se comprende que usted dará en Madrid, todo el vuelo a la hilacha, que alternará lujosa y victoriosamente con las entidades españolas, que admirará con su profunda instrucción y talento a los literatos a quienes la distancia da barniz de mérito.”²²⁹

Vendrán las reacciones políticas de los liberales más acerbos. Los redactores de *El Hijo del Ahuizote*, con quienes compartió algunas fechas en las galeras de la cárcel, le escribieron para manifestar su “estimación y respeto” a uno “de los últimos perfectos liberales y patriotas que ha tenido México”.²³⁰ Otra misiva, con tono de reclamo político, escrita por “cierto señor Martínez”, refuta a Riva Palacio que aceptara el nombramiento porque “Nadie mejor que usted conoce a la cuadrilla de ladrones y

²²⁹ Carta de Antonio Carrión a Vicente Riva Palacio, México, 4 de julio de 1886, en el Archivo Vicente Riva Palacio (a partir de aquí citaré sólo por sus iniciales, AVRP), fólder 189, doc. 147, citada en J. Ortiz Monasterio, “*Patria*”, *tu ronca voz me repetía...*, *op. cit.*, p. 242.

²³⁰ Carta de Daniel Cabrera a Vicente Riva Palacio, Cárcel de Belem, 10 de junio de 1886, AVRP, fólder 189, doc. 150, en *ibidem*, p. 243.

asesinos que está en el poder de México. ¿Será posible que vaya usted a España a representar a esa canalla inmundada que está siendo el escándalo de todas las naciones?”²³¹

En último lugar llegó la expresión de la prensa. Los periódicos mexicanos saludaron con regocijo al nuevo Embajador, y en España, era habitual que los medios impresos, al hablar de temas de política mexicana, se refirieran al fusilamiento de Maximiliano Habsburgo. Por eso, cuando el nombre de Riva Palacio se publicó en los diarios matritenses como el sucesor de Ramón Corona, no faltó quien creara cierta polémica sobre la participación del escritor en el fusilamiento del fallido emperador.²³² Por su parte, *El Archivo Diplomático*, al confirmar la noticia del sucesor de Ramón Corona, dijo que el general “reúne a sus brillantes cualidades personales, altos e indiscutibles méritos para que por sí solos baten a atraerle las más vivas y leales simpatías”. Además de los datos biográficos, difundidos desde la década de los setenta en los rotativos, se recordaron sus muestras de señorío con la realeza europea durante el Imperio de Maximiliano en México: “Fue durante la intervención francesa, uno de los más activos defensores de la causa de la República, como General en jefe del ejército del centro; más tarde ocupó el puesto de Magistrado de la Suprema Corte de Justicia”.²³³ Desde que se supo de la llegada de Riva Palacio a Madrid pasaron los

²³¹ Carta de I. Martínez a Vicente Riva Palacio, Brownsville, 20 de junio de 1886. AVRP, fóldeo 189, doc. 140, en *ibidem*.

²³² La polémica surgió durante el mes de agosto en el periódico *La Época*, en el que se llegó a acusar a Riva Palacio de haber sido uno de los instigadores del fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo. Alguien más respondió que el mismo Riva Palacio había participado como abogado defensor del Emperador depuesto. Sin embargo, la discusión fue resuelta cuando se demostró que al comenzar la batalla entre el ejército de Maximiliano contra los republicanos, bando en el que peleaba como general Riva Palacio, el emperador solicitó que en caso de capturar al escritor se le diera un trato especial. El militar respondió con las mismas atenciones, y fue su padre, Mariano Riva Palacio, quien fungió como abogado defensor cuando Maximiliano fue tomado preso en Querétaro. (F. de Arrangoie, “Rectificación histórica”, *La Época*, a. XXXVIII, núm. 12226 (6 de agosto de 1886), p. 2).

²³³ Francisco de la Fuente y Ruiz, “La legación de México en España”, *Archivo Diplomático y Consular de España*, a. IV, núm. 141 (24 de junio de 1886), pp. 3 y 4.

meses de julio y de agosto, y el general no aparecía en la capital de España.²³⁴ De hecho, Ramón Corona ya había regresado a México y la legación mexicana en la Villa y Corte quedó en responsabilidad del general Jesús Zenil. No faltaron rumores de un posible cambio de estafeta, y alguien filtró el nombre de un tal general Treviño para ocuparse de la Embajada.

La prensa comenzó a jugar su papel de presión política. *El Archivo Diplomático* manifestó los intereses oficiales del gobierno español en el cambio de representantes oficiales de México. En la manera discreta que podía plantearlo un rotativo con semejante rótulo, cuestionó la salida del general Ramón Corona del cuerpo diplomático, que se había ganado la simpatía de la oligarquía política española, sobre todo por sus favores para convencer a su compadre, Porfirio Díaz, en la consolidación de los grupos de inteligencia española establecidos en México, para dar seguimiento a los rebeldes cubanos asentados en el estado mexicano de Yucatán.²³⁵ Además, la prensa advirtió que prefería el regreso de Juan de Dios Peza a la Embajada de México en Madrid porque el poeta, una década antes, había logrado buena amistad con los grupos culturales de la capital española.²³⁶ El tercer cuestionamiento de la política oficial expuesto en las planas de *El Archivo Diplomático* fue señalar que, en caso de que llegara Riva Palacio, habrían de notarse sus dotes de nobleza en la Corte y Villa. Nótese la insinuación del redactor del *Archivo Diplomático*

Con el señor Riva Palacio, Ministro de México, nombrado para la Legación de Madrid, y que el 15 del actual debe embarcarse en Veracruz con dirección a España, viene de primer secretario don Juan de Dios Peza. Parece que habrá un cambio completo en el personal de la Legación, según leemos en los periódicos mexicanos. [...]

Riva Palacio es un hombre de vastos conocimientos; ha estudiado multitud de materias importantísimas, conoce las historias y literaturas griega y latina como las

²³⁴ Sin firma, “[Hasta septiembre llegaré...]”, *El Imparcial* (30 de agosto de 1886), p. 4.

²³⁵ A. Sánchez Andrés, “De las relaciones entre España y México...”, *op. cit.*, p. 736.

²³⁶ Sin firma, “Ecos del día”, *La Época*, a. XXXVIII, núm. 12205 (9 de julio de 1886), p. 1.

semíticas y las modernas; su sabiduría no ha extinguido a la vigorosa inspiración del poeta, y sus versos, tesoros de sentimiento y de ternura, cautivan a cuantos los leen. Su afable trato, sus maneras distinguidas, su esplendidez para vivir y su bondad natural, le recomiendan en todos sentidos ante la sociedad, y por esto puede asegurar que va a ser en Madrid un diplomático muy querido en los círculos de mayor elevación y cultura.²³⁷

El general Corona, pues, era un diplomático difícil de suplir en Madrid, pero desde México se le había encontrado sustituto en Riva Palacio, quien (leyendo cuidadosamente las sutiles entrelíneas de *El Archivo Diplomático*) debería destacar por “su afable trato, sus maneras distinguidas, su esplendidez para vivir y su bondad natural” para ingresar a los “círculos de mayor elevación y cultura”. Eran las mismas cualidades que en España pretendieron de Ramón Corona, que al mostrarlas en la vida pública le abrieron sitio en el campo intelectual de Madrid. Pero en ese espacio cultural, Corona sólo participó como espectador porque este militar, aunque a veces escribía, ni se inspiraba en versos, ni creaba personajes de novelas, ni siquiera armaba algún sainete que eran tan del gusto de quienes ocupaban el puesto de escritor en la Villa y Corte.

Al despedir a Corona, el gobierno español le entregó la condecoración de la Gran Cruz del Mérito Militar y al presidente Porfirio Díaz la Gran Cruz de Carlos III.²³⁸ El militar regresó a México donde será asesinado el 16 de noviembre de 1889 por Primitivo Ron Salcedo, en uno de los tantos crímenes sin resolver acaecidos durante el Porfiriato. Con lamentos, el suceso también será reportado en las páginas de los periódicos *La Época* y *El Archivo Diplomático*,²³⁹ además *El Boletín Oficial* y *Revista Masónica del Gran Oriente Español* insertó esquelas de condolencia para la familia y el

²³⁷ Sin firma, “Crónica diplomática y consular”, *Archivo Diplomático y Consular de España*, a. IV, núm. 143 (8 de julio de 1886), p. 7.

²³⁸ Sin firma, “Crónica”, *Archivo Diplomático y Consular de España*, a. IV, núm. 154 (9 de octubre de 1886), p. 4; y Sin firma, “Conversaciones políticas”, a. XLI, núm. 13372 (13 de noviembre de 1889), p. 2, respectivamente.

²³⁹ Sin firma, “Ecos y noticias”, *Archivo Diplomático y Consular de España*, a. VII, núm. 288 (16 de noviembre de 1889), p. 7; y Sin firma, “Noticias extranjeras”, *La República* a. VI, núm. 1815 (16 de noviembre de 1886), p. 3.

gobierno mexicano. Ya en el plano oficial, la legación de España en México escribió a la presidencia del Consejo de Ministros de España, informando del asesinato de Corona “por un loco que se suicidó después”.²⁴⁰ Para concluir con el reconocimiento que le dedicó todo el campo intelectual matritense al difunto general Corona, *El Álbum Iberoamericano* reprodujo dos poemas a manera de honras fúnebres literarias en su memoria: el 14 de junio de 1893, “Oración fúnebre. Ante el cadáver del general González”, de Joaquín Baranda; y el 30 de julio del mismo año, “Ante el cadáver del general González”, de Juan Antonio Mateos.

Una acotación política final sobre la compleja relación entre Vicente Riva Palacio y Porfirio Díaz. La mayoría de analistas de la vida y obra de Riva Palacio han situado en una posición maniquea el nombramiento del general como embajador de México en España. Domina la sospecha de que Porfirio Díaz actuó con dolo para hacer desaparecer a Riva Palacio del panorama político mexicano, más allá de que fuera una posición buscada por el mismo escritor o que esta decisión formara parte del proyecto presidencial para fortalecer la presencia de México en el panorama internacional, en especial en Europa. Lo único que parece incuestionable es que estas hipótesis, y seguramente muchas más, debieron formularse en su momento y no evitaron (o tal vez, incluso, alentaron) la llegada de Riva Palacio a la Casa del Oso y el Madroño. Los escrúpulos del historiador Daniel Cossío Villegas han alimentado la interpretación del supuesto rompimiento definitivo entre Riva Palacio y Porfirio Díaz, desavenencia que propició el “destierro diplomático” como ha llamado Héctor Perea al periodo del general en Madrid, por lo demás, la etapa final de la vida del escritor.

²⁴⁰ [Carta de la legación de España en México a la presidencia del Consejo de Ministros]. Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores. Legajo H1657.

Sin embargo, las pesquisas del historiador José Ortiz Monasterio, que consultó el Archivo Vicente Riva Palacio depositado en la Universidad de Austin, Texas (Estados Unidos de Norteamérica), demuestran que en las misivas posteriores al nombramiento diplomático, el general Porfirio Díaz se dirigió siempre al escritor en un tono amable y aun afectuoso, además de que con frecuencia elogió su labor y agradeció los diversos regalos del embajador. En correspondencia a esas muestras de lealtad, Díaz tomó bajo tutela a uno de los hijos de Riva Palacio, Federico Vicente, a quien nombró diputado en el Congreso al lado de Guillermo Prieto; nunca cesó de pedir consejos al escritor para conocer la situación de España y Europa; y cuando Riva Palacio realizó una visita a su país, el mismo Porfirio Díaz se encargó de organizar un banquete en honor del ministro. Se podría argumentar que desde que Manuel González asumió la presidencia, Riva Palacio no mostró aspiraciones políticas, por lo que su exilio político en Madrid merece algunos matices que, sin pretender resolverlos, tendrían sus límites entre las inquietudes culturales del general, su anhelo por participar en discusiones culturales en una capital europea y sus negociaciones con el gobierno de Díaz para allegarse de diversos respaldos institucionales: la Secretaría de Relaciones Exteriores, la Academia de la Lengua correspondiente a la Española, los congresos que vendrían, los organismos que se habrían de fundar...

En todo caso, como apunta Ortiz Monasterio, y como también podremos ver en los párrafos siguientes, los únicos diferendos en las coyunturas de esta relación entre amigos y políticos, es cuando Riva Palacio habla de que necesita dinero, “y algunas veces, no siempre, don Porfirio lamenta tener que negarle esa ayuda debido a las recurrentes crisis del erario.”²⁴¹ Lo mismo sucedió al fijar el sueldo del escritor que pretendía cobrar su salario como militar sumado al de ministro, cuyo total ascendía a

²⁴¹ J. Ortiz Monasterio, *“Patria”, tu ronca voz me repetía...*, op. cit., p. 243.

18.833,13 pesetas, alrededor de 3.766 pesos. Díaz rehusó la propuesta con el argumento de que los sueldos de los ministros ya estaban estipulados y debían respetarse. Pero en muestra de su buena voluntad, accedió entregarle al diplomático la suma que pedía para la instalación de la Embajada en la Calle Serrano de Madrid, 22.450,07 pesetas, equivalentes a 4.490 pesos mexicanos.²⁴²

²⁴² *Ibidem*, p. 248.

CAPÍTULO 3

SÍMBOLOS PARA UNA PATRIA IMAGINADA

RIVA PALACIO Y DOS SOMBRAS EN CHERBURGO

Sobre la argamasa del puente que unía el estribor del vapor continental con el muelle francés descendieron tres sombras. Era 1886. La silueta más robusta era la del general Vicente Riva Palacio, con 54 años. Contra los presagios de la prensa oficial de España, que esperaba a Juan de Dios Peza en el papel de embajador, en tierra firme, en el camino por las ramblas de Cherburgo, al general mexicano embestido de ministro plenipotenciario de México en España lo acompañaba como secretario un joven poeta, Francisco Asís de Icaza (será conocido como Francisco A. de Icaza) quien, con 23 años, ya era popular en las revistas y periódicos literarios de su país --saludó por primera vez a Riva Palacio en el Liceo Hidalgo, cinco años atrás--, en la nueva camada de escritores modernistas.²⁴³ A ellos se les unía otro escritor de avanzada edad, que mucho conocía de lides políticas sin ser militar, Manuel Payno “con quien es difícil tener un disgusto cuando se le llega a conocer íntimamente”.²⁴⁴

Desde una de las oficinas del puerto, los tres escritores y diplomáticos mexicanos telegrafiaron, el sábado 16 de octubre de 1886, al primer secretario y encargado de negocios de la legación mexicana en Madrid, el general Jesús Zenil, quien acusó de recibo y respondió que los esperaba a la mañana del siguiente lunes, en la estación de trenes Príncipe Pío de Madrid, donde terminaría el extenuante trayecto Veracruz-Cherburgo-París-Vigo-Madrid. Ahí llegó, sin contratiempos, el exprés,

²⁴³ En general, la historiografía de la literatura mexicana reconoce a los siguientes modernistas mexicanos: Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón, María Enriqueta Camarillo, Luis G. Urbina, José Juan Tablada, Balbino Dávalos, Rubén M. Campos, Federico Gamboa, Francisco González León, entre otros. En estos momentos, la palabra “modernismo” no ha adquirido el significado que años más tarde tendrá en la literatura hispanoamericana, por lo que sobresale el hecho de que “Los poemas de Icaza comenzaron a aparecer en las revistas literarias de España cuando la palabra ‘modernista’ era punto menos que desconocida y Rubén Darío no había pisado tierra española todavía”. (Donald F. Fogelquist, *Espanoles de América y americanos de España*. Madrid, Gredos, 1968, p. 206).

²⁴⁴ V. Riva Palacio, *Los Ceros...*, *op. cit.*, p. 51.

cuando apenas clareaba el día 18 de octubre.²⁴⁵ En el andén, atareado por el trajín recién despierto de la mañana, el general Zenil esperaba al nuevo embajador, “tan bizarro militar como insigne literato”, Vicente Riva Palacio.²⁴⁶

La primera decisión del embajador fue reorganizar la legación. Terminado el almuerzo en el Restaurante Lhardy, los diplomáticos se dirigieron al hotel que Zenil dispuso como sede de la Embajada y nuevo domicilio de Riva Palacio: el número 3 de la Calle Serrano (propiedad del conde de Maluque) en el Barrio de Salamanca. Al poco tiempo cambiará de domicilio sin abandonar la zona, al número 40 de la misma calle.²⁴⁷ Entre burlas veras, el periodista José María de Ortega Morejón dirá que el hotel se trasladó “piedra por piedra”.²⁴⁸ Por esos años, la situación urbana de Madrid lucía un crecimiento moderno hacia el barrio de Salamanca, donde se aposentaron 75 familias aristócratas en una densidad demográfica que alcanzaba 10,000 personas. Un tercio de la burguesía española se asentaba en la calle de Serrano, en sus espléndidos palacios, hoteles y residencias de lujos. Las fachadas más importantes presumían, bajo tejados escarlatas, espléndidos miradores con vistas a los teatros recién edificadas en la zona.²⁴⁹ Años después, un periodista asistirá a la casa de Riva Palacio, donde contempló “cuadros de notables pintores, esculturas magníficas, tapices de mérito y otros objetos de arte de gusto exquisito”.²⁵⁰ Descripción muy parecida a la que Rubén Darío dejará sobre esa vivienda: “un palacete lleno de obras de arte y antigüedades, en donde solía

²⁴⁵ Sin firma, “Cartera de Madrid”, *El Liberal*, a. VIII, núm. 2692 (19 de octubre de 1886), p. 3.

²⁴⁶ Sin firma, “Edición de la mañana”, *La Correspondencia de España*, a. XXXVII, núm. 10437 (19 de octubre de 1886), p. 2. También véase: Sin firma, “Noticias varias”, *El Día*, núm. 2317 (18 de octubre de 1886), p. 2.

²⁴⁷ Para dar seguimientos a los cambios de domicilio de la Embajada de México en Madrid, véase: “Capítulo 1. Puertos culturales para barcos de papel” de esta tesis.

²⁴⁸ José María de Ortega y Morejón, “Mis almuerzos”, *La Época*, a. 84, núm. 28928 (24 de agosto de 1932), p. 3.

²⁴⁹ María Isabel Gea Ortigas, *Salamanca*. Madrid, Ediciones La Librería, 2000, pp. 40-42.

²⁵⁰ F. Rizzo y Almela, “España y la América Latina. En la legación de México”, *La Época*, a. XLVIII, núm. 16549 (29 de junio de 1896), p. 1.

reunir a sus amigos de letras, a quienes encantaba con su conversación chispeante y la narración de interesantes anécdotas.”²⁵¹

Desde la calle de Serrano, Riva Palacio determinó las primeras decisiones para la legación de México. Fue sencillo fijar la posición del joven Francisco A. de Icaza, quien se encargaría de las relaciones consulares con Portugal, donde al paso del tiempo sería enviado como ministro plenipotenciario. Era más complejo situar a Manuel Payno, que estaba en Europa en la antesala de su jubilación pero mantenía una gran influencia política en México. A diferencia del general, Payno fue un escritor que trabajó con amena facilidad con los gobiernos mexicanos, tanto de Manuel González como de Porfirio Díaz. Ministro de Hacienda, diputado y senador, al llegar a España llevaba consigo sus obras más célebres: *El fistol del diablo* (1845-1846) y *El hombre de la situación* (1861). En España publicará la enciclopédica novela *Los Bandidos del Río Frío* (1889-1891). Riva Palacio le destinó el consulado mexicano de las costas de Barcelona,²⁵² donde tendría al Mediterráneo, “manso, azul, cristalino y bello”.²⁵³ Para sí, el embajador se reservó el consulado de Santander, en provecho de los veranos cuando el calor de Madrid lo arrojara a buscar la brisa del mar de Cantabria. La estratagema fue avalada por Porfirio Díaz, porque Payno en Barcelona disminuía la influencia política, intelectual y cultural, de Riva Palacio en Madrid. Payno fungía como agente personal del general Díaz, y lo mantuvo informado de las actividades de Riva Palacio. Además, la figura de Payno en Barcelona ponderaba la representatividad política de México en España, al captar la atención concentrada en la figura de Riva

²⁵¹ Rubén Darío, *Autobiografía. España Contemporánea (crónicas y relatos literarios)*. México, Porrúa, 1999, pp. 89-90.

²⁵² Sin firma, “Cónsules y vicecónsules”, *El Día*, núm. 1909 (10 de octubre de 1886), p. 2.

²⁵³ M. Payno, *Barcelona y México...*, *op. cit.*, p. 102.

Payno permutará, entre octubre de 1889 y marzo de 1890, el consulado de Barcelona con el escritor Ignacio Manuel Altamirano, quien fungía de Cónsul general de México en Francia. Luego de este intercambio de funciones, Altamirano será embajador de México hasta 1892, año en que ocupará el consulado de México en San Remo, Italia, donde morirá en 1893. (Sin firma, “Noticias generales”, *La Época*, a. XLI, núm. 13357 (28 de octubre de 1889), p. 3.)

Palacio en la capital. El fiel de la balanza permanecía en las manos del presidente de México, mientras los dos intelectuales enaltecían a su patria.

Pero al llegar a Madrid, Vicente Riva Palacio ya tenía afincadas sus rutas personales de acción. En el terreno político, su hermandad masónica lo unía a dos intelectuales políticos que alcanzarían la presidencia de España y el grado de Grandes Maestros del Gran Oriente Nacional Español: Práxedes Sagasta, líder del Partido Progresista de España, y Segismundo Moret, en ese momento ministro de Exterior. En el campo literario, el general llevaba bajo el brazo una carta de Casimiro del Collado dirigida a su paisano Marcelino Menéndez Pelayo (no sólo compartían el gentilicio santanderino, ambos vivieron la infancia en el barrio de Rumayor) en la que recomendaba se le diera un buen recibimiento al general.

Básteme mencionar sus méritos como poeta, literato e historiador, para estar seguro de la cordial amistad con que usted va a acogerle; pero deseo además que con su característica amabilidad, le presente y recomiende en mi nombre y sobre todo en el suyo, a los señores [Antonio] Cánovas del Castillo, [Manuel] Cañete, [Manuel] Tamayo [y Baus], [Aureliano] Fernández Guerra y demás amigos y distinguidos literatos de esa Corte.

No dudo que ellos y usted encontrarán en el talento, instrucción, amabilidad y demás cualidades del señor Riva Palacio, motivos de agrado y estimación, y que le acogerán como él se merece y como vosotros acostumbran. El antiguo aprecio que profeso a mi recomendado y la amabilidad con que usted me favorece, me autorizan a presentársele, seguro de un digno recibimiento.²⁵⁴

Del Collado presentó a Riva Palacio con una serie de contertulios que le recordaban, y esperaba que de igual forma le recordaran a Riva Palacio, al Liceo Hidalgo de México, la agrupación constituida en 1849 que gustaba de sesionar en el Castillo de Chapultepec de la capital de México, para abonar, desde las artes, las ciencias y la literatura, el cultivo de la nación mexicana. En el reposo de la mayoría de

²⁵⁴ [Carta de Casimiro del Collado a Marcelino Menéndez Pelayo], *Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo*, vol. 10 p. 20., en www.cervantesvirtual.com. (Consultada el 18 de marzo de 2010).

estos españoles de edad madura (el más jovencito, Antonio Cánovas tenía 58 años, y el más venerable, Aureliano Fernández Guerra, 70) lo más saludable era cultivar el romanticismo, espíritu fundamental para las mesas de lingüística y literatura que se celebrarían en el IV Centenario del Descubrimiento de América. El general también tenía lo suyo, aunque sus logros literarios (las novelas históricas *Calvario y tabor*, *Monja y casada*, *Virgen y mártir* y *Martín Garatuza*, entre otras) se tropezaban con sus impulsos políticos. Así, Riva Palacio se incorporó al campo literario matritense por méritos propios, avalado por Marcelino Menéndez Pelayo, en lo literario, y por Antonio Cánovas y Práxedes Sagasta, en lo político. Lo social lo dejaría para el Café Fornos y el restaurante Lhardy.

PILARES DE LA PATRIA IMAGINADA: LICEO, ACADEMIA, ATENEO Y DIPLOMACIA

Vicente Riva Palacio habría trazado un plan para atender las situaciones más apremiantes de su estancia en España, que pretendían consolidar nuevas condiciones al campo cultural mexicano en Madrid, y acrecentar lo alcanzado por el grupo de intelectuales que encabezó Ramón Corona, en el terreno político, y Juan de Dios Peza, en la literatura. Riva Palacio se plantearía cuatro tareas. 1) Limar las posibles asperezas políticas que aún existieran entre México y España, sobre todo con la Casa de los Habsburgo, cuna de la reina regente María Cristina; labor que ya había adelantado el mismo general Corona. 2) Organizar la participación de la nutrida delegación mexicana en los festejos del IV Centenario del Descubrimiento de América, que se presentaba como la gran festividad cultural para la integración del mundo hispánico. 3) Cuidar la edición de *México a través de los siglos*, que en términos editoriales era coordinada por

Santiago Balleascá, quien se afincó a partir de 1888 en Barcelona;²⁵⁵ el libro era la gran utopía de la nación mexicana para dibujar con objetividad positiva su evolución social.²⁵⁶ 4) Por último, participar en las actividades político culturales de la Villa y Corte, más cercano a sus intereses personales.

Mientras tanto, cuando las ocupaciones diplomáticas se lo permitían, un poco más distraído que el laborioso Riva Palacio, Francisco A. de Icaza fue rápidamente seducido por los versos líricos de los poetas jóvenes que por entonces se reunían en el Café de Fornos, a donde llevaría las cuerdas de su laúd con notas del modernismo, mezclando los sonidos de la dura lira de Apolo que en ocasiones baila con Clío. Desde el barrio de Salamanca, Riva Palacio trazó por cuenta propia sus itinerarios. Rutas que habrían de intercambiar, a lo largo de su vida, ambos intelectuales: los 13 años que le quedaba a Riva Palacio y los 39 que Icaza estaría incorporado al servicio exterior mexicano, apenas con ligeros recesos, angustiosos, de visita en su país. Riva Palacio caminaba hacia las instituciones formales de España, la Real Academia Española, la Real Academia de la Historia, la casa del político Práxedes Sagasta, la casa de Emilio Castelar o la Casa del Gobierno Liberal. Mientras que Icaza, veía que sus días debían deambular sobre algunas cuerdas de la calle de Alcalá hasta llegar al Café de Fornos, o al Café de La Luna, o a la Cervecería Inglesa, o la Cervecería El Águila, o el Restaurante Lhardy, donde, finalmente, al clarear el día, volvía a encontrarse con Riva Palacio para retomar la conversación olvidada al arrancar el alba.

²⁵⁵ Ese año de 1889 apareció en España el tomo de *Poesías completas*, de Juan de Dios Peza. Editadas por la Casa Editorial de A. Bethencourt e Hijos, el libro de 256 páginas no alcanzará la trascendencia de *Cantos del hogar*, publicado apenas un año después, y del que daremos noticia más adelante.

²⁵⁶ Riva Palacio ya se sentía a disgusto sobre el proyecto de distribución del libro, y culpaba a la editorial de prestar poca atención a la edición mexicana. Sobre los encuentros y desencuentros de Riva Palacio con Balleascá y Espasa, hasta que los impresores concluyeron con la edición de *México a través de los siglos*, véase en J. A. Ortiz Monasterio Prieto, "*Patria*": *tu ronca voz me repetía...*, *op. cit.*, pp. 313-120; y Phillipe Castellano, "México a través de los siglos. De la coedición a la autonomía editorial", *Centros y periferias: prensa, impresos y territorios en el mundo hispánico contemporáneo: homenaje a Jacqueline Covo-Maurice*. España, Pilar, 2004, pp. 35-44.

Una de las primeras gestiones de Riva Palacio fue el propiciar reconocimientos del gobierno español para los políticos mexicanos que intervinieron en la creación en México de la primera representación en América Latina de la Unión Iberoamericana, inaugurada el 12 de junio de 1886, y de la que Riva Palacio era vicepresidente segundo.²⁵⁷ La instauración de este organismo, motivado por el gobierno español, era una vinculación internacional que “en cierta medida desafiaba la que finalmente Estados Unidos pondrá en funcionamiento en la conferencia de Washington de 1890 con el nombre de Unión Panamericana, y la Unión Latina, que desde París alienta la cooperación”.²⁵⁸ El escritor convenció al ministro de Relaciones Exteriores de México, Ignacio Mariscal que presentara una propuesta firmada por el presidente Porfirio Díaz, quien accedió, durante los primeros días de noviembre, a enviar la solicitud de reconocimientos, apoyada por las firmas de la sede madrileña de la Unión. De esta manera, el gobierno español le entregó la Gran Cruz de Isabel La Católica al secretario de Gobernación de México, Manuel Romero Rubio, presidente honorario de la sede mexicana de la Unión; al sabio sacerdote Antonio de Labastida y Dávalos, uno de los más conspicuos animadores culturales de la institución; y al empresario Delfín Sánchez, hijo del ex presidente Benito Juárez, benefactor de la misma.²⁵⁹

En las diligencias políticas oficiales, Riva Palacio fue presentado con credenciales de recomendación por el joven ministro plenipotenciario de España en México, Joaquín Becerra Armesto (incluso la prensa española se sorprendía de los 36 años del político perteneciente a la logia masona de El Gran Pensamiento) al ministro de Estado, Segismundo Moret (otro político masón, por demás, personaje central en las

²⁵⁷ Sin firma, “Edición de la noche”, *La Correspondencia de España*, a. XXVII, núm. 10340 (14 de julio de 1886), p. 3.

²⁵⁸ C. Rama, *Historia de las relaciones culturales...*, op. cit., p. 180.

²⁵⁹ Sin firma, “Crónica diplomática y consular”, *El Archivo Diplomático y Consular de España*, a. IV, núm. 157 (4 de noviembre de 1886), p. 5.

relaciones de España con Hispanoamérica) dándole amplias recomendaciones sobre el general.²⁶⁰ En carta privada, Segismundo Moret le había comentado a Becerra Armesto sobre la importancia de crear buenas relaciones con México, enfatizando “la íntima unión de todos los pueblos que hablan nuestro idioma, profesan nuestro culto y tienen la misma historia.” Moret insistía en que, además de atender asuntos políticos de interés español desde México, como la situación de Cuba y Puerto Rico, o el apoyar al país en vísperas de una eventual invasión norteamericana, porque “todo conspira” para hacer de México “el primer baluarte de nuestra influencia y el punto en que más debemos concentrar nuestra más enérgica defensa.”²⁶¹

Mientras tanto, en el despacho de otra embajada, la de México en España, Vicente Riva Palacio comenzó a redactar el discurso de presentación de credenciales a la reina regente. Recordó la humillante recepción de Ramón Corona, doce años atrás, cuando los reyes de España se negaban a recibirlo porque, argumentaban, había sido el coronel que participó en el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo. Para la tranquilidad de Riva Palacio, el 22 de octubre de 1886 uno de los periódicos españoles oficiales con mayor influencia y tiraje, *La Correspondencia de España*, difundió la noticia de que la reina María Cristina recibiría pronto al nuevo embajador de México en España para que presentara credenciales diplomáticas de rigor.²⁶² Riva Palacio leyó el cable con incertidumbre porque faltaba poco tiempo para su primer acto como diplomático ante la realeza, y aún no podía concluir con su discurso. Dos días después, la prensa apesadumbraba al general al difundir que aún no se sabía la fecha exacta de la

²⁶⁰ María Isabel Hernández Prieto, “El escritor mexicano Vicente Riva Palacio en el Madrid del siglo XIX”, *Anales de la literatura hispanoamericana*, núm. 22 (1993). Madrid, Universidad Complutense de Madrid, p. 103.

²⁶¹ [Carta de Segismundo Moret a Joaquín Becerra Armesto]. Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores de España. Archivo histórico. Legajo H1657.

²⁶² Sin firma, “Edición de la mañana”, *La Correspondencia de España*, a. XXXVII, núm. 10440 (22 de octubre de 1886), p. 3. También véase: Sin firma, “Noticias varias”, *El Día*, núm. 2321 (22 de octubre de 1886), p. 2.

recepción.²⁶³ Luego, la misma prensa presionaba los nervios de Riva Palacio con noticias a cuenta gotas: el miércoles 10 de noviembre *La Correspondencia de España* publicó que “el próximo viernes” sería la recepción oficial. Errabunda, como le suele suceder, la prensa no atinó la fecha. La recepción no fue hasta el inicio de la siguiente semana.²⁶⁴

La Ilustración Española y Americana saludó con entusiasmo la presentación oficial de Vicente Riva Palacio. El número del 8 de noviembre de 1886 le dedicó un grabado de portada: al centro de la primera plana, se esboza la afable sonrisa del general, de la que caen en cascada los bucles blanquecinos de la barba cerrada; sobre la nariz apenas abultada, las mirillas delgadas de los anteojos; a los costados de la frente, que se pierde en calvicie, despejan briznas de un cabello corto y encrespado. En la página dos, que solía ser la opinión editorial más importante del rotativo, describen al “nuevo ministro de México en la corte de España” como “uno de los hombres más eminentes de la América Latina [...] a quien se debe en primer lugar el notable desenvolvimiento que los progresos materiales han tenido en México desde 1877”.²⁶⁵ Al comentario le siguió la biografía habitual del escritor adornada con calificativos grandilocuentes: “Como general de ejército ha sido grande y generoso; como magistrado, íntegro; como periodista, celoso defensor de la ley; como literato, novelista fecundo e inspirado poeta.”²⁶⁶

²⁶³ Sin firma, “Crónica diplomática y consular”, *El Archivo Diplomático y Consular de España*, a. IV, núm. 156 (24 de octubre de 1886), p. 8. Peor estuvo otro periódico que anunció la recepción hasta mediados del año: Sin firma, “Edición de Madrid”, *La Época*, a. XXXVIII, núm. 12321 (9 de noviembre de 1886), p. 3.

²⁶⁴ Sin firma, “Edición de la mañana”, *La Correspondencia de España*, a. XXXVII, núm. 10459 (10 de noviembre de 1886), p. 3.

²⁶⁵ Eusebio Martínez de Velasco, “Nuestros grabados. Excelentísimo señor don Vicente Riva Palacio”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXX, núm. XLI (8 de noviembre de 1886), pp. 2 y 3.

²⁶⁶ *Ibidem*.

Una semana después, con algunos titubeos, el escritor mexicano finalmente se reunió con la reina María Cristina la tarde del 15 de noviembre de 1886. El encuentro era uno de los momentos más ríspidos de su inserción al flujo de vida de Madrid. Dieciocho años antes fue fusilado en México el emperador Maximiliano de Habsburgo, aunque fue defendido por dos personalidades jurídicas mexicanas: Mariano Riva Palacio, padre del escritor, y por Rafael Martínez de la Torre, uno de los coautores de *El libro rojo*.²⁶⁷ Maximiliano de Habsburgo era primo de la reina regente María Cristina, de ahí que existieran algunas reticencias de la reina para ver al escritor. Además, el gobierno español había solicitado la permanencia de Ramón Corona en la embajada, o la titularidad de Juan de Dios Peza. Rubén Darío atribuyó a las negociaciones políticas de Antonio Cánovas del Castillo, la mediación a favor del escritor mexicano frente a la reina.²⁶⁸ Del Castillo fue un impulsor de las relaciones de España con Hispanoamérica, por influencia de su amistad con Emilio Castelar,²⁶⁹ pero también manifestó un interés genuino por concretar lazos comerciales con la región.

Riva Palacio llegó a la Casa Real poco antes de las dos de la tarde, y habrá esperado unos minutos antes de que la reina lo recibiera en el salón destinado a las visitas de ministros. El general puso en manos de la reina los documentos que lo acreditaban como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Madrid. Luego, se dirigió de manera ceremoniosa a la reina:

²⁶⁷ Durante su mandato, Maximiliano de Habsburgo negoció con Riva Palacio la posibilidad de que el general realizara una estancia en Europa, lo que demuestra que las inquietudes europeas del escritor databan de más de una década atrás. (P. Serrano, *Siluetas del general*, s. p. i., p. 111). Cercano a Maximiliano también fue su capellán de honor, Ignacio Montes de Oca y Obregón, que en estas fechas gustaba de rondar en Madrid de mano de los escritores españoles Tamayo y Baus, Menéndez Pelayo y Aureliano Fernández Guerra.

²⁶⁸ R. Darío, *Autobiografía...*, op. cit., p. 89.

²⁶⁹ Manuel Romero Luque, "La teoría estética de Cánovas del Castillo", *Emilio Castelar y su época. Actas del I Seminario Emilio Castelar y su época. Ideología, retórica y poética*. Cádiz, Universidad de Cádiz, 2001, pp. 435 y 436.

Señora:

Tengo la alta honra de poner en manos de vuestra Majestad las cartas del señor general don Porfirio Díaz, presidente de la República de México, que ponen término a la misión que tuvo en esta corte el señor general don Ramón Corona, y las que acreditan ante vuestra majestad con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos Mexicanos en España.

En el desempeño de la misión que mi Gobierno me ha confiado, seré fiel intérprete de sus sentimientos, que son los del pueblo mexicano y los míos personales, procurando, no sólo afianzar las cordiales relaciones de amistad que existen entre México y España, sino que, aprovechando para ellos los elementos materiales y morales con que cuentan ambos países, estrecharlas más y más, como corresponde a dos pueblos unidos ya por los vínculos naturales de la sangre, del idioma y de las costumbres.

Mis propósitos serán fácilmente realizados, si, como me prometo, cuento para ello con la benevolencia de Vuestra Majestad y con la cooperación de su ilustrado Gobierno.

Dígnese Vuestra Majestad aceptar los sinceros votos que hago para que continúe para España la era de paz, de engrandecimiento y prosperidad iniciada y sostenida durante el reinado del caballeroso, ilustrado y nunca bien sentido Rey don Alfonso XII.²⁷⁰

En el discurso de Riva Palacio apenas si resuenan las palabras de Juan de Dios Peza con las que se argumentaban los vínculos filiales entre España y México. Para el general, a las dos naciones las unen la sangre, el idioma y las costumbres. ¿Dónde quedó la unión por los valores católicos? ¿Por costumbres, Riva Palacio se refería a la religión?, ¿o no pensaba que el catolicismo fuera un vínculo demasiado fuerte para unir a España y a México? Más adelante, en los festejos del IV Centenario, inmerso ya en las relaciones con España y más mesurado, el general acotaría esta opinión que por ahora parecía precipitada porque planteó, sin matices, que México son iguales sólo por su historia compartida.

Por su parte, la Reina María Cristina, aun breve, respondió con entusiasmo el discurso de Riva Palacio, y se comprometió a respaldar al embajador mexicano:

Señor ministro:

²⁷⁰ Sin firma, "Recepción del nuevo ministro de México", *Archivo Diplomático y Consular de España*, a. IV, núm. 158 (16 de noviembre de 1886), pp. 4 y 5. También véase: Sin firma, "La gaceta de ayer", *El Liberal*, a. VIII, núm. 2721 (17 de noviembre de 1886), p. 2.

Recibo con singular agrado la carta que el presidente de la república de México os acredita en mi corte en calidad de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos Mexicanos.

El encargo que os da el Presidente de la República de emplear vuestros esfuerzos en el mantenimiento de las buenas relaciones existentes entre España y los Estados Unidos Mexicanos está en perfecta armonía con mi constante deseo, que es también el de mi gobierno, de promover por todos los medios posibles el desarrollo de los mutuos intereses de ambos pueblos, ligados por tan estrechos vínculos.

Para el buen desempeño de vuestra honrosa misión podéis contar desde luego, Señor Ministro, con toda mi benevolencia y con la más leal cooperación de mi Gobierno.²⁷¹

Las palabras de la reina acentuaban la proposición de Riva Palacio, que valoraban la relación de España con México como dos pueblos “ligados por estrechos vínculos”. Los dos políticos habrían discutido en lo privado de la difícil situación de Cuba, donde España aún mantenía su dominio colonial. Si se reconocía la igualdad cultural de México con España, era porque desde esa posición de paridad era posible solicitar su colaboración para controlar el independentismo cubano. El gobierno español condicionaba los términos de la “hermandad cultural”, a partir del compromiso mexicano de defender la hegemonía española en Cuba. Por eso el general no tardó en declarar que “los pequeños centros conspiradores cubanos en México” no representaban “una amenaza para el dominio español”.²⁷²

Riva Palacio telegrafió en la tarde del 16 de noviembre al presidente de México para comentarle los resultados positivos de la reunión en el Palacio Real. Al enterarse de los buenos términos de la recepción, Porfirio Díaz escribió felicitaciones al general, “porque la cordial recepción que se te ha hecho en esa corte significa para nuestro país una muestra de consideración, que no por merecida deja de tener valor, como porque

²⁷¹ *Ibidem.*

²⁷² A. Sánchez Andrés, “De las relaciones entre España y México”..., *op. cit.*, p. 737.

también entraña una merecida distinción personal para ti, que celebro sinceramente como tu amigo que soy.”²⁷³

Librado el trance político diplomático, Riva Palacio podía seguir su paso en el terreno literario. Apenas mediaron diez días después de la presentación de credenciales oficiales, se apersonó en la Real Academia Española. Para cruzar el umbral tenía bajo el brazo otra llave en forma de misiva, ahora con el nombre de Juan de Dios Peza quien también giró sus cartas de presentación con membrete de recomendaciones. Al recibir dos mensajes (primero el de don Marcelino, luego el de Peza) el secretario de la institución, Manuel Tamayo y Baus, debió sentirse un tanto agobiado y decidió postular a Riva Palacio para que fuera admitido en la Real Academia Española. La propuesta fue aceptada de manera unánime el 25 de noviembre.²⁷⁴ El acta fue firmada por el director de la Real Academia, Juan de la Pezuela, conde de Cheste, Gaspar Núñez de Arce y Marcelino Menéndez Pelayo. Riva Palacio ingresó como académico al recinto el miércoles 5 de enero de 1887, cuando De la Pezuela lo saludó y le pidió que leyera la introducción del monumental *México a través de los siglos* del que tanto le había hablado don Marcelino. Como miembro de la Academia, Riva Palacio no tardó en gestionar favores para sus amigos mexicanos, y favoreció las postulaciones de Justo Sierra y Rafael Gómez, consumadas el 17 de febrero con aprobaciones del Marqués de Valmar, Manuel Cañete y de Manuel Tamayo y Baus. Mientras Tamayo y Baus fungió de secretario de la Real Academia Española, Riva Palacio logró el ingreso de varios de los viejos camaradas del Liceo Hidalgo: Federico Gamboa sería aceptado el 17 de

²⁷³ J. Ortiz Monasterio. “Patria”: *tu ronca voz repetía...*, *op. cit.*, p. 249.

²⁷⁴ Héctor Perea, *Los respectivos alientos*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Estudios Literarios, 2006, p. 51.

octubre de 1890, José Tomás de Cuéllar el 24 de marzo de 1892, Francisco Sosa el 31 de marzo de 1892, Manuel Payno el 3 de noviembre de 1892.²⁷⁵

Riva Palacio promovió el reconocimiento oficial de escritores mexicanos en las instituciones culturales españolas, además sus labores político-diplomáticas impulsaron la aceptación cultural de los estados hispanoamericanos. Durante los últimos días de noviembre de 1887 organizó una comida para encomiar la creación de la sucursal mexicana de la Unión Iberoamericana, inaugurada el 12 de diciembre. La conmemoración convocó a más de mil asistentes, reunidos en el Conservatorio de Música, quienes llegaron al convite a la una de la tarde y abandonaron el recinto hasta las cinco menos cuarto. El sillón presidencial fue ocupado por Segismundo Moret, presidente del Consejo Superior de la Unión. A su derecha se situó Antonio Cánovas del Castillo, y a su izquierda el general Riva Palacio. El secretario general de la Unión, el conde de las Navas, leyó una breve memoria de los objetivos del organismo y de sus trabajos más destacados, “y manifestó su entusiasmo que la patriótica idea que simboliza ha despertado en todas las repúblicas hispanoamericanas, a cuyo frente figura México, donde se ha constituido el primero centro americano de la Unión”.²⁷⁶

Antonio Cánovas del Castillo dijo que los propósitos de la asociación eran “estrechar más y más los lazos literarios que naturalmente unen a naciones que hablan la propia lengua, desenvolver sus intereses económicos, más fácilmente concertables [sic] que los de otros países, cuyas nacionalidades no son tan semejantes ni tan idénticas

²⁷⁵ La incorporación de Payno iba precedida de una petición explícita de Riva Palacio a Marcelino Menéndez Pelayo desde 1890, según consta en el intercambio epistolar entre ambos escritores. (M. I. Hernández Prieto, “Cinco cartas inéditas de Vicente Riva Palacio a Pérez Galdós y Menéndez Pelayo”, *Revista de Indias*, vol. XLIV (1984), núm. 174, p. 570. También véase: Junta Central del Centenario de Menéndez Pelayo, *Menéndez Pelayo y la hispanidad...*, op. cit., pp. 13 y 14.)

²⁷⁶ Sin firma, “Unión Iberoamericana”, *Archivo Diplomático y Consular de España*, a. IV, núm. 162 (27 de diciembre de 1886), pp. 3-6. También véase: Sin firma, “Noticias generales”, *La Iberia*, a. XXXIII, núm. 9832 (6 de diciembre de 1886), p. 2; y Sin firma, “Unión Ibero-Americana”, *La República*, a. III, núm. 903 (21 de diciembre de 1886), pp. 2 y 3.

como las nuestras.” Reconoció que las naciones americanas debían desarrollar sus propias personalidades hegemónicas pero no por ello renunciar a las glorias del pasado español “porque todo aquello les pertenece en más o menos que a nosotros mismos.” Satisfacciones que también España comenzaba a reconocer en la literatura hispanoamericana: “No podremos renunciar, aunque quisiéramos, a la gloria que en otros tiempo han dado a nuestra lengua y a nuestra literatura grandes ingenios.” En su retórica, de generosa amistad, culminó: “Aquí, en esta tierra española, donde los hispanoamericanos han logrado ser independientes y extranjeros bajo el punto de vista político, jamás ha logrado ninguno de ellos, si es que lo ha pretendido, que nosotros, en el trato común, le tratemos como extranjero.”²⁷⁷ El reconocimiento de Cánovas del Castillo trasciende su sentido literal. Los hispanoamericanos comenzaban a ser considerados “independientes y extranjeros”, categorías que implican la aceptación de su autonomía cultural como individuos; de su ciudadanía no española, sino en calidad de foráneos. Era una expresión política que aceptaba la conformación de una identidad propia, ajena a la herencia cultural española.

El evento consolidaba la propia posición mexicana dentro del campo cultural matritense y le otorgaba la representatividad de la cultura hispanoamericana en España. Por ello Vicente Riva Palacio habló por los representantes hispanoamericanos, enfatizando la soberanía las naciones de América pero reconoció la filiación materna a España. “Hoy éstas ven en la madre España la verdadera madre, que si algunas debilidades ha tenido en su vida política, débese a que de su corazón lanzó la fuerza para formar aquellas repúblicas.”²⁷⁸ Luego continuó con los anticipos, aún difusos, de su discurso hispanoamericanista:

²⁷⁷ *Ibidem.*

²⁷⁸ *Ibidem.*

La historia de las repúblicas americanas comienza en la cuna del primer niño que nació de la unión del español con la india; es un error histórico comprenderlo de otra manera. El suelo presentaba como un hermoso tálamo para la unión de estas dos razas. En el hermoso continente americano que divide dos Océanos, fueron a fundirse ambas razas; allí nació la americana que participaba del espíritu de estos dos cuerpos, y que tan unida se halla a la España por el idioma y la religión.²⁷⁹

En su calidad de presidente del Consejo de la Unión, Segismundo Moret pronunció el último de los discursos de la noche. Habló del apoyo incondicional manifiesto por el gobierno de España para gestionar las actividades emanadas de la Unión a favor del progreso de Hispanoamérica. Insistió en los valores que unían a España con Hispanoamérica: “lengua, familia y religión, son un lazo que no podrá romperse al través de las vicisitudes de la historia, y que nos llevará a la federación, y digo federación, porque cuando se trata de unión se piensa que es una cosa así como forzar las voluntades.”²⁸⁰

En la lectura conjunta de los discursos pronunciados en Madrid por la creación de la sede mexicana de la Unión Iberoamericana, se observa el protagonismo político cultural de México en el marco de las relaciones trasatlánticas entre Hispanoamérica y España. Este posicionamiento fue impulsado por la actividad intelectual de Riva Palacio. En aquel evento, Cánovas del Castillo reconoció, en la extranjería de la cultura hispanoamericana, la independencia y autonomía de esas naciones. A partir de ello, Segismundo Moret proclamó las voluntades de las dos orillas del Atlántico por crear una federación hispanoamericana. Pero estos reconocimientos a la soberanía cultural hispanoamericana necesitaban que Riva Palacio atenuara diplomáticamente sus proposiciones al darle continuidad a la proclamación de España como “la madre patria” de América. Sin embargo, el predominio de este ideal como hegemonía de la

²⁷⁹ *Ibidem.*

²⁸⁰ *Ibidem.*

integración del mundo hispánico era matizado por las primeras menciones de la élite político cultural española sobre Hispanoamérica como una región distinta a España, en cuya diferencia radicaba su autonomía y su igualdad respecto a la misma cultura española. Así se construía la utopía de unir a España con Hispanoamérica bajo los preceptos de una gran federación trasatlántica, cuya geografía era trazada por los discursos intelectuales de hispanoamericanos y españoles.

INTELECTUALES ESPAÑOLES SALUDAN A LAS LETRAS MEXICANAS

Don Marcelino Menéndez Pelayo, entonces ya una figura destacada de la intelectualidad española, también consideraba a México como uno de los sitios en la configuración de la nueva geografía intelectual del mundo hispánico. Una aseveración inmediata, a partir de la interpretación de su biografía, señala que Menéndez Pelayo definía el origen de la cultura hispanoamericana como la prolongación de la cultura española, y a México “el más castellano de los países de América”. Pero su poligrafía también era polisémica; su obra histórico-filológica demuestra que diseñó, desde varios ángulos, su análisis de la relación cultural entre España-Hispanoamérica.

Fue en el año de 1878, con 22 años de edad, cuando don Marcelino presentó sus primeras proposiciones sobre la hispanidad como la gran cultura de todos los hablantes de la lengua española. Entonces estableció los fundamentos teóricos y pragmáticos esa hispanidad puramente española, extendida por herencia a sus antiguas colonias. Ahí, intuyó Menéndez Pelayo, se prolongó el pensamiento hispánico en el siglo XVI con la llegada de Cristóbal Colón a América. Estos presupuestos teórico-históricos los escribió en su programa académico *Historia crítica de literatura española*, con el que obtuvo el

nombramiento de catedrático en la Universidad Central de Madrid.²⁸¹ Por otra parte, la novedad de dicho programa radicaba en el tópico de la España literaria como una nación plurilingüe y diversa que integraban a esta nación de la literatura española a los países de Hispanoamérica, herederos de la cultura hispana. La reflexión quedó suscrita en un apotegma: “literatura española la de México y la de las repúblicas del Sur. Y sin embargo las nacionalidades políticas son distintas.”²⁸²

El reconocimiento de la diversidad y unidad lingüística será fundamental para la reinterpretación española de la cultura hispanoamericana, a pesar de que el modelo eliminaba la autonomía cultural de Hispanoamérica. Por ejemplo, en la Lección 89 de su programa expuso que la aparición de la cultura en México comenzó con la llegada de los primeros cronistas de Indias, descartando que antes de ese acontecimiento existieran manifestaciones estéticas en las culturas primitivas mexicanas.²⁸³ En cambio, Menéndez Pelayo reconoció las aportaciones culturales al pensamiento hispano provenientes de los españoles nacidos en las antiguas colonias, como en México de donde eran originarios José Alegre, “insigne traductor de Homero, y comentador de la *Poética* de Boileau”; el padre Abadiano, “intérprete no infeliz de las *Églogas* de Virgilio”, y Clavijero, “erudito investigador de la historia primitiva de su patria”,²⁸⁴ todos ellos, como se ve, de perfil sacerdotal y de vocación clásica. Precisamente en la valoración clásica y ortodoxa de la cultura mexicana, el filólogo omite las poéticas que se distancian de los cánones clásicos de la estética española.²⁸⁵ Sus criterios de valoración de la cultura hispana

²⁸¹ Xoán González-Millán, “Menéndez Pelayo y su proyecto historiográfico de una ‘nacionalidad literaria’ española plurilingüe”, *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, a. 2006, núm. 82, pp. 393-428.

²⁸² Marcelino Menéndez Pelayo, *Obras completas. Volumen 7. Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*. “I. Estudios generales”. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942, p. 6.

²⁸³ *Ibidem*, p. 63.

²⁸⁴ *Ibidem*, “IV. Siglo XVIII: Historia literaria”, p. 30.

²⁸⁵ En ese sentido, sorprende su juicio sobre Sor Juana Inés de la Cruz, “imitadora de Calderón en lo dramático, como de Góngora en lo lírico (imitaciones casi siempre frustradas, en que malgastó

proponían, entre otros objetivos, integrar un corpus diacrónico y sincrónico de la lírica española (incluidos *liras* y *parnasos* hispanoamericanos) que sirva como lazo de unión entre el mundo cultural hispano, “y para que de una vez, si es posible, queden entresacados los muchos granos de oro puro que dichas colecciones encierran, de la innumerable cantidad de escoria con que andan revueltos.”²⁸⁶

En el mismo año de 1878 crecerá lentamente su número de corresponsales mexicanos hasta convertirse en el principal corpus de su epistolario americano, en el que no discriminó el intercambio de misivas lo mismo con figuras nacionales de aquella literatura como con curiosos diletantes de la sociedad mexicana, con quienes trataba de diversos temas de política, sociedad y vida literaria. Con José María Vigil discutió los programas de colaboración cultural entre instituciones mexicanas y españolas; Emeterio Valverde Téllez le agradeció los amables comentarios a sus libros; Agustín Verdugo le propuso aumentar la colaboración institucional entre México y Madrid; con Francisco Sosa intercambió puntos de vista sobre lírica hispanoamericana; con Amado Nervo inició la comunicación cultural con las generaciones de jóvenes escritores hispanoamericanos de principios del siglo XX; con Francisco A. de Icaza debatió temas cervantinos y asuntos académicos; Gabino de Vázquez lo felicitó por su posición en contra de la laicidad de la escuela; Vicente Riva Palacio le solicitó su intervención para que escritores mexicanos ingresaran en alguna de las reales academias; José María Roa Bárcena le envió sus libros de poesía y discutió temas de traducción latina;²⁸⁷ Joaquín

mucha parte de su natural y agudo ingenio, que sólo campea con espontaneidad en sus versos amatorios y familiares)”. (Marcelino Menéndez Pelayo. *Obras completas. Estudios sobre el teatro de Lope de Vega. Volumen 6*. “IV. Comedias de vidas de santos (conclusión)”. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1949, p. 210).

²⁸⁶ Marcelino Menéndez Pelayo. *Obras Completas. Volumen 10. Antología de poetas líricos*. “Prólogo”. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1944, p. 31.

²⁸⁷ Son particularmente elogiosos las palabras de Menéndez Pelayo a las interpretaciones de Roa Bárcena: “La traducción de *Mazzepa* me parece un insuperable y bizarrísimo alarde de vencer dificultades métricas, siguiendo paso a paso, sin decaimiento ni fatiga, lamarcha caprichosa y vagabunda del texto

García Icazbalceta se lamentó de la poca comunicación cultural entre España y México; Luis González Obregón le preguntó algunas minucias bibliográficas; Rafael Ángel de la Peña le habló de gerundios, adjetivos y jesuitas; con Joaquín Arcadio Pagaza comentó traducciones de Horacio, como también lo hizo con Anténogenes Segale, quien añadió los nombres de Píndaro, Anacreonte y Safo; Felipe de J. Tena le envió su proyecto sobre derecho civil hispano; además de Ignacio Montes de Oca y Obregón y Casimiro del Collado, sus corresponsales mexicanos más queridos, con quienes hablará de todo: literatura, cotilleo y proyectos de vida.²⁸⁸

Ocho años después de incorporarse a la cátedra, don Marcelino ya era una de las figuras principales del escenario cultural madrileño. Su posición urbanita confirmaba su sitio protagónico en el mundo intelectual. Era uno de los vecinos más populares del Barrio de las Letras, en las inmediaciones de la calle Huertas. Vivía en la calle Arenal, muy cerca de la sede la Real Academia de la Historia, de la que era bibliotecario, y vecino de la Real Academia Española de la Lengua, a la que aspiraba dirigir. Además, su curul en la Cámara de los Diputados estaba instalada en la calle de Carretas. Por esta posición privilegiada en la ciudad letrada de Madrid, capital urbana de la patria imaginada de la lengua española, Menéndez Pelayo comenzaba a valorarse como el *súmmum* de la intelectualidad del mundo hispánico. En 1886, el año en que llegó Vicente Riva Palacio a Madrid, Menéndez Pelayo publicó su tercer tomo de *Historia de las ideas estéticas*. Pero desde dos años atrás su actividad, siempre intensa, fue particularmente vigorosa.

Apenas culminado otro periodo de congresista en las cortes, entregó a la imprenta tres libros sobresalientes en su bibliografía: *Estudios de crítica literaria* (primera serie)

original. Pocas veces se ha visto a Byron en castellano tan bien interpretado, y quizá ninguna mejor.” Junta Central del Centenario de Menéndez Pelayo, *Menéndez Pelayo y la hispanidad...*, *op. cit.*, p. 15.

²⁸⁸ *Ibidem*, pp. 3-64.

(1884), el segundo tomo de *Historia de las ideas estéticas* (1884) y segunda edición refundida de *Horacio en España* (1885), donde incluyó varias traducciones mexicanas (algunas tachadas como mediocres) de autores latinos. Estos logros alimentaban la recepción de la obra filológica de Menéndez Pelayo como la “renovación de la cultura española”, a pesar de que no siempre alcanzó un consenso positivo en la comunidad intelectual, como su fracaso al intentar dirigir la Real Academia Española de la Lengua o sus penosas polémicas con Antonio de Valbuena. Aún así se le rendían tributos constantes en los siguientes términos:

Su pluma de acero reconstruyó y levantó a pulso el monumento de nuestra historia literaria y volvió por los fueros de la ciencia española. Y su corazón patriota, cerrado muy temprano a las menudas pasiones de la vida por la fuerza imperativa, y absorbente del saber y del estudio, alentaron con generosas ternuras los grandes ideales de su culto, encarnados en tantos y tantos libros y con vida propia y perenne en sus enseñanzas indestructibles”.²⁸⁹

En su obra fue regular la afirmación de que el pensamiento español fulguraba en los reflejos intelectuales de las sociedades hispanoamericanas. Hipótesis que analizará en el corpus literario del continente americano, vehículo histórico de la lengua y fundamento original de las expresiones culturales. España era el ovillo originario del que Hispanoamérica era la extensión que confirmaba la dimensión de la españolidad. En su pensamiento ortodoxo, la poesía hispanoamericana era una ramificación de la cultura hispánica, siempre que se ciñera a los valores clásicos de España. Por ello había observado con escepticismo las expresiones poéticas encausadas con las independencias de los estados americanos. Criticó la aparición del romanticismo en las letras mexicanas,²⁹⁰ y de hecho, según los especialistas de la obra de Menéndez Pelayo, en

²⁸⁹ Rodolfo Gil, “Menéndez Pelayo”, *Actualidades*, a. III, núm. 112 (7 de abril de 1910), p. 6.

²⁹⁰ Así se lo hizo saber a Casimiro del Collado, a quien le recomendó que para la publicación de sus poemas en España eliminara su “vena romántica”, que defendió Del Collado porque le había dado lectores en México, “y dirán que he renegado demasiado de la *escuela romántica*, que allí me dio algún crédito; porque fui, efectivamente, de los primeros que allí la cultivaron.” (Junta Central del centenario de Menéndez Pelayo, *Menéndez Pelayo y la hispanidad...*, *op. cit.*, p. 60). Por el contrario, en

algún momento de su ambicioso proyecto de la historia de las ideas estéticas de España, habría proyectado desarrollar un capítulo para comentar la presencia del “romanticismo en América”.

En el caso específico de la literatura mexicana de las primeras décadas del siglo XIX, criticó a los escritores liberales, Fernando Calderón e Ignacio R. Galván. Otros, como José Joaquín Fernández Lizardi, el más belicoso de los románticos mexicanos, fue omitido por completo de los comentarios de Menéndez Pelayo. Por el contrario, congruente con sus postulados estético ideológicos, celebró la reacción clásica de José Joaquín Pesado --“elegante y clásico”²⁹¹-- y de Manuel Carpio, porque “la influencia de ambos poetas fue social y religiosa, al mismo tiempo que literaria.”²⁹² De ahí que prefiera la labor de autores conservadores neoclásicos, sacerdotes de la Arcadia Mexicana, como Ignacio Montes de Oca, con quien mantuvo una copiosa amistad, y Anténogenes Segale (otro de sus correspondientes), por mencionar algunos.

Tampoco aceptó “el florecimiento de las letras francesas en México” porque no permitían la expresión del nacionalismo mexicano que haría recordaciones históricas de su pasado español, como sentenció en algún párrafo:

la reacción que en la mayor parte de los literatos jóvenes se advierte contra la poesía que moteja de culta y académica, y la tendencia cada vez más sistemática, no a crear una literatura nacional, que por ninguna parte acaba de aparecer, sino a huir de los antiguos modelos latinos, italianos y españoles. Para entregarse con supersticiosa veneración al culto de la novísima literatura francesa.²⁹³

sus estudios sobre poetas montañeses, Menéndez Pelayo le recriminó ligeramente su adhesión al romanticismo generado en México: “la educación literaria del señor Collado fue severa y rigurosamente clásica y que en tal concepto se parece poco a otros poetas del Norte de España: a pesar de lo cual, hay en su vida larga época independiente y revolucionaria y aun puede decirse que fue en México uno de los corifeos del romanticismo.” (Marcelino Menéndez Pelayo. *Obras completas. Volumen VII. Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*. “VI. Escritores montañeses. Don Casimiro del Collado”. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942, p. 209).

²⁹¹ *Ibidem*, “VI. Escritores montañeses. Don Antonio Fernández Palazuelos (jesuita expulso y poeta montañés)”. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942, p. 20.

²⁹² Rufino Blanco Fombona, *Autores americanos juzgados por españoles*. Madrid, Casa Editorial Hispanoamericana, 1902, p. 272.

²⁹³ *Ibidem*, p. 273.

En cambio, en la obra de traducción de clásicos latinos de Montes de Oca, Menéndez Pelayo verá un medio de adoctrinamiento artístico del “gusto clásico español” en el mundo hispánico, como se lo hace saber a Juan Valera al referirse a las traducciones de Píndaro del obispo de Linares, Tamaulipas: “Hay que difundir, por medio de traducciones poéticas, el buen gusto clásico en España, que ahora ha estado atendida a los latinos y a alguno que otro poeta griego de los *menores*”.²⁹⁴ Si con sus críticas a la heterodoxia literaria de la cultura letrada de México eliminó de tajo del canon de las letras españoles incluso a las variantes barrocas de Sor Juana Inés de la Cruz, no fue menos fulgurante su juicio sobre la masonería hispana de las dos orillas del Atlántico, a la que culpó de la pérdida del dominio español de los territorios americanos y a quien juzgó culpable de los “desastres y las miserias” de aquellas naciones en formación.

No resultaría completo el cuadro de los desastres y miserias de aquel reinado tristísimo --comentó el filólogo--, si no dijéramos algo del evidente y sabido influjo de la heterodoxia enciclopedista, representada por las logias francmasónicas de uno y otro lado de los mares, en la desmembración de nuestro poderoso imperio colonial. Fue ésta la mayor hazaña de aquellas filantrópicas asociaciones, y aunque todavía permanezcan envueltos en densas nieblas muchos pormenores, bastan los que sabemos, y los que los mismos americanos y los liberales de por acá han querido revelar, para que trasluzcamos o sospechemos lo demás que callan.²⁹⁵

Cercano al pensamiento ortodoxo y neoclasicista de Menéndez Pelayo, eran las posiciones ideológicas de Juan Valera, como lo expresó en uno de poemas tempranos, en 1850, dedicado a Cristóbal Colón, a quien le pide fortaleza para emprender su obra literaria. Aunque luego, en el mismo poema, se reprochó de ensuciar el nombre de Colón en su invocación, porque con ello revivía la postura malagradecida de México que no valoraba las dimensiones de la cultura hispana: “¡Ah!, ¿por qué glorias ínclitas

²⁹⁴ Sociedad Menéndez Pelayo, *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo...*, op. cit., p. 50.

²⁹⁵ Marcelino Menéndez Pelayo. *Obras completas. Volumen 8. Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948. pp. 160 y 161.

evoco,/ que el revolver del tiempo ha disipado?/ Modernas razas conorgullo loco/ la madre insultan que les diera el hado.”²⁹⁶ El principal reclamo es a la independencia de los estados hispanoamericanos, que con sus acciones independentistas ofendieron a la madre patria española. No sería raro que por entonces Valera estuviera al tanto de la pretendida “desespañolización” hispanoamericana, cuando se difundió el mayor número de textos contra la herencia española. En una carta enviada por Valera a Menéndez Pelayo, los dos autores dejan entrever su desganado a la lectura de poetas hispanoamericanos, a quienes llaman despectivamente “chichitos”: “En cuanto a los versos de los *chichitos*, comprendo que tengan a usted hartos. Aquí los *chichitos* no nos oyen, podemos desahogarnos y decir que son una deplorable fecundidad”.²⁹⁷

Como en Emilio Castelar, el hispanoamericanismo de Valera sitúa a España en un centro hegemónico dentro de la utopía española de conformar un mundo hispánico. Por ello también repudió constantemente el epítome de la latinidad en América,²⁹⁸ con el que se habrían designado a las naciones americanas durante las últimas décadas del siglo XIX. Valera aseguraba que la unión entre los pueblos del continente americano era su origen hispano y no el latino que le parecía más remoto.²⁹⁹ En sus textos reconoció la vigencia de los hechos culturales de la realeza española en la conquista de América, en concomitancia con la afirmación nacional de la identidad nacional de España. La conquista de América confirmaba el florecimiento de la cultura hispánica, y que los

²⁹⁶ Juan Valera. *Obras de don Juan Valera. Volumen I. Canciones, romances y poemas*. Madrid, Imprenta y fundición de M. Tello, 1885, p. 117.

²⁹⁷ En la misma misiva, Valera se quejará de “otro *chichito* de grueso calibre, de un *chichito* mitrado, del obispo Montes de Oca”, quien le había pedido algunas palabras para el prólogo de su próximo libro de composiciones poéticas. (Sociedad Menéndez Pelayo, *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo...*, op. cit., p. 521).

²⁹⁸ Sobre los términos “América Latina” y “Latinoamérica” y su uso conflictivo a mediados del siglo XIX, véase: Esther Aillón Soria, “La política cultural de Francia en la génesis y difusión del concepto *L’Amérique Latina*; 1860-1930”, *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual. Siglos XIX y XX*. México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 2004, pp. 71-102.

²⁹⁹ Manuel Moreno Alonso, *Las ilusiones americanas de don Juan Valera y otros estudios sobre España y América*. Sevilla, Ediciones Alfar, 2003, pp. 34 y 35. El tema de América Latina en oposición a Hispanoamérica, será constantemente atajado por Valera en su libro *Nuevas cartas americanas*.

pueblos americanos se comunicaran en español demostraba su prevalencia. Por tanto, México le debía los logros de su cultura (si es que los tenía) a este proceso. En la introducción del libro de ensayos *Ecos argentinos* enumeró los avances tecnológicos de las sociedades modernas: el telégrafo, el vapor, el teléfono, la locomoción, la fotografía, comparados con el invento español de “un Nuevo Mundo y salimos de nuestra invención con las manos en la cabeza.”³⁰⁰

La modernidad del siglo XIX radicaba, pues, en la aparición de esos nuevos objetos, tradición en la que España se inscribía en la pérdida de la propiedad de su invención: las naciones de América eran territorios libres gracias al desarrollo de su cultura hispana, y Valera reclamaba para España la propiedad intelectual de la cultura de esas naciones. Esta imagen muestra hasta qué punto Valera consideraba a Hispanoamérica una invención española, y no una cultura autónoma; invención, por cierto, superlativa: “Si prescindimos de lo sobrenatural y religioso, no hay en la Historia hecho de mayor importancia que el descubrimiento de América.”³⁰¹ En cartas íntimas fue aún más tajante respecto a la cultura mexicana y la práctica literaria que ahí se realizaba, como en la carta que le escribió a Menéndez Pelayo el 16 de junio de 1886, donde le asegura “el completo divorcio espiritual o mental” de México y España. Además, en aquél país --asegura Valera--: “Nadie lee, nadie vende un libro español. Nadie sabe el castellano, salvo algunas señoras de origen español que le saben para hablar y sin sospechar siquiera que haya algo en español que merezca leerse.”³⁰²

La definición cultural de Juan Valera sobre las relaciones España-Hispanoamérica comenzó a divulgarse alrededor de 1888 en los periódicos *La España*

³⁰⁰ Juan Valera, *Ecos argentinos. Apuntes para la historia literaria de España en los últimos años del siglo XIX*. Argentina, Emecé, 1943, p. 7.

³⁰¹ Juan Valera, *Obras completas. Tomo III. Correspondencia. Historia y política. Discursos académicos. Miscelánea*. Madrid, Aguilar, 1958, p. 1224.

³⁰² Sociedad Menéndez Pelayo, *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo...*, op. cit., p. 272.

Moderna y El Imparcial, en textos que luego reunirá bajo el título de *Cartas americanas* (1888) y *Nuevas cartas americanas* (1900). La mayoría de los artículos tratan sobre juicios literarios acerca de las novedades literarias que aparecen en Hispanoamérica, y en ellos se entrevé la posición ideológica de Valera parecida a la expresión castelariana sobre América como “la prolongación del alma española”. Para refutar los tópicos que circulaban en los círculos intelectuales hispanoamericanos, en los que se criticaban la conquista española como una imposición violenta que implicó la aniquilación de las culturas prehispánicas, Valera sentenciaba que Hispanoamérica “es una prolongación de la civilización europea. España, Portugal, Inglaterra y Francia han llevado ahí sus idiomas, sus ciencias, sus artes y su industria.”³⁰³ Por lo tanto, la cultura hispanoamericana estaba en deuda con la cultura europea. Incluso virulento, Valera recurre a la ironía:

Possible es que con el andar de los siglos, y en virtud del medio ambiente y de la mezcla de la sangre de los europeos con la sangre de los indios y hasta de los negros importados de África venga a resultar ahí algo extraño, nuevo, muy distinto, tal vez superior a lo de Europa; pero si esto ocurre me parece que tardará mucho en ocurrir, y por lo pronto [...], ustedes seguirán siendo europeos trasplantados, y sus repúblicas, con relación a los Estados de Europa, a modo de mugrones.³⁰⁴

Desde luego, su opinión sobre la literatura hispanoamericana correspondía a sus expresiones sobre aquella cultura: “Conviene advertir aquí, que, a pesar de lo mal que en España se hace el comercio de libros, los autores hispanoamericanos empiezan a ser entre nosotros bastante conocidos, mueven nuestra curiosidad y alcanzan nuestra simpatía y a menudo nuestro aplauso.” Juan Valera comentará la obra de cuatro escritores mexicanos de corte conservador: Ignacio Montes de Oca, José Manuel Hidalgo, Atenógenes Segale y Jesús Ceballos Dosamantes; pero apenas mencionó la

³⁰³ Juan Valera, *Nuevas cartas americanas*. Madrid, Librería de Fernando Fe, 1890, p. 68.

³⁰⁴ *Ibidem*, p. 69.

literatura de tres liberales: Francisco A. de Icaza, Vicente Riva Palacio y Ciro B. Ceballos. Otros, como Casimiro del Collado, quedarán en el tintero.

José Manuel Hidalgo fue un antiguo colaborador de la corte del emperador Maximiliano. Exiliado a veces, a veces funcionario mexicano establecido en París, desde años atrás publicaba novelas en francés, “con ortografía y terminaciones españolas” le achacaba Valera,³⁰⁵ que luego se distribuían con éxito lo mismo en París, en Madrid o en la Ciudad de México. En su país, Hidalgo tenía sus fieles que aún reproducían sus textos en la prensa, sobre todo la conservadora, y que le encendían velas cuando el santo de la política le daba la espalda. En la capital de Francia era una novedad exótica: un mexicano escribiendo en francés, así fuera un francés forzado. Y en Madrid se recordaba con cierto gusto y bondad porque siempre había permanecido fiel a la promulgación política de la realeza europea en América.

Valera, en otra carta a su hermana Sofía, dirá en tono de guasa condescendiente: “debe ya de estar muy viejito el pobre Hidalquito”.³⁰⁶ Tal vez por ese asentimiento, si alguien promovió la literatura de Hidalgo en Madrid fue el mismo autor de *Pepita Jiménez*. Valera reseñó su novela *Al cielo por el sacrificio* que consideraba un sincero libro de impresiones de un hombre cosmopolita, que podría competir con la prosa de autores como Feuillet, de Ohnet o de Cherbuliez, por ser más sincera y menos artificiosa. De ahí que Valera juzgara de poco novedosa la historia: las dificultades por sobrevivir de los pobres, las ambiciones de la burguesía por llegar a ser ricos, quienes son los que, con mentiras, manejan la vida de los demás.

Sin embargo, más allá de la poética de Hidalgo, al escritor español le interesaron los presupuestos ideológicos de su narrativa, “hallo que se lee con agrado y es, sobre

³⁰⁵ Juan Valera, *Correspondencia. Volumen V. (1888-1894)*. Córdoba, Editorial Castalia-Ayuntamiento de Cabra-Ayuntamiento de Córdoba-Diputación de Córdoba, 2006, p. 151.

³⁰⁶ *Ibidem*.

todo, muy moral y muy religiosa”.³⁰⁷ El reconocimiento moral es porque, más allá de la música sacra a la que se alude constantemente en la novela, según la misma lectura de Valera, entre líneas se manifiesta la aristocracia española. La novela, dedicada a Mercedes Alcalá Galiano, baronesa de Beyens, honra las deudas culturales de la civilización occidental a España. De ahí el hipérbaton valeriano con el que agradece, al describirlo, a José Manuel Hidalgo: “Su intención fue buena. Quiso enviar sosiego, prosperidad, ventura y mayor dosis de civilización a su patria [...]. Importante fue su acción en todos aquellos sucesos que colocaron en el trono de México al entusiasta y noble príncipe Maximiliano, cuya trágica muerte deplora él todavía.”³⁰⁸

Valera también daba noticias de un sacerdote mexicano, Atenógenes Segale, poco conocido incluso en su país pero de quien se celebraban la armonía de sus versos.

Como el nombre del autor es harto inusitado, me pone en duda de si será verdadero nombre, seudónimo, anagrama o conjunto de vocablos que exprese o quiera expresar la calidad o el estado de determinada persona. De todos modos y si ciertas presunciones no me inducen en error me atrevo a afirmar que dicho señor Atenógenes ha de ser un sacerdote [...]. Los cincuenta y seis sonetos, que él ofrece al público y con sencillez y modestia dedica a don Lucas Alamán, se leen con agrado y en algunos de ellos creo yo notar el legítimo sello de la alta poesía y de la inspiración verdadera.³⁰⁹

A Valera le gusta el sabor clásico de los versos de Atenógenes Segale, pero también la resultaba atractiva su práctica religiosa y su dedicación al ideólogo conservador más importante de México, Lucas Alamán, quien llegó a proclamar la integración de la República Mexicana a la corona española, recién alcanzada la independencia de la nación.

³⁰⁷ *Ibidem*.

³⁰⁸ Juan Valera, “Novela parisiense mexicana”, *España Moderna*, a. I, núm. IV (mayo de 1889), pp. 141-149.

³⁰⁹ J. Valera, *Ecos argentinos...*, *op. cit.*, p. 134.

Pero quien más atrajo la atención de Valera fue el jesuita Jesús Ceballos Dosamantes.³¹⁰ De este sacerdote Valera abordará, con cierta ironía, dos obras: *Fariseos y saduceos modernos (místicos y materialistas)* (1889) y *Ciencia y religión del porvenir* (1897), en las que celebra la fe del sacerdote en la religión católica como único origen del conocimiento verdadero y trascendental. Dado que en su exposición Dosamantes recurre a referentes del conocimiento científico (la física, la biología o las matemáticas) para validar sus propuestas teológicas, Valera recupera dichos argumentos para criticar al karismo y el positivismo como ejemplos del pensamiento surgidos por lo que llama “la crisis del misticismo de fin de siglo”, tema que parece preocupar de manera preponderante en cierta crítica de Valera. Conviene recordar que esta proposición permeó al horizonte cultural finisecular y calificó a los últimos años del siglo XIX como una época de fe y valores seculares, diatribas que se repetirán en los cuestionamientos de la literatura conservadora contra los discursos del modernismo.³¹¹

Valera será aún más crítico con la obra del liberal mexicano Ciro B. Ceballos, otro de los representantes del modernismo. El escritor español leyó en 1897 el libro *Claro oscuro*, de Ceballos, y señaló que “en el lenguaje y estilo de este libro hay no poco que tal vez deba censurarse: sobre todo gran cantidad de neologismos, innecesarios a mi ver por muy sutiles y alambicados que sean los pensamientos y por muy peregrinas que sean las ideas que quieran expresarse.”³¹² Aún así, le reconoce “verdadera elocuencia y mucho brío y viveza de imaginación para pintar las pasiones y actos humanos y el escenario en que él las finge y representa”, a pesar de que es de opinión contraria a todo lo que el autor “siente y piensa”.³¹³

³¹⁰ *Ibidem*, p. 237.

³¹¹ J. Valera, *Nuevas cartas americanas...*, *op. cit.*, p. 244.

³¹² *Ibidem*, p. 136.

³¹³ *Ibidem*.

Por esa época en que Menéndez Pelayo y Valera difundían en Madrid sus juicios sobre literatura mexicana, se publicó en España el primer tomo de crítica literaria dedicado de manera íntegra a literatura mexicana: *Poetas americanos. México. Flores, Hjar, Prieto, Riva Palacio, Peza, Carpio, Altamirano* (1886), de Antonio Fernández Merino cuyo discurso sintetiza las opiniones dominantes sobre las letras de México. En ese sentido, la estructura general del libro es un modelo de elocuencia: en la esquina izquierda superior de la portada, se enarbola una enredadera que se extiende hacia la derecha y hacia la parte inferior de la tapa. En el otro extremo un palmar despunta sobre plantas tropicales, de hojas anchas y otras más lanceoladas, espigadas. Luego, la ilustración corresponde a las primeras líneas de la introducción, que insiste en un paisaje que invita a “poetizar”:

Nos hallamos en presencia del paisaje más encantador que puede soñarse: nuestras miradas se pierden en la dilatada extensión del lago Maggior [*sic*], a uno y otro lado, como brotando de sus tranquilas aguas, se ven altísimas montañas escuetas y pedregosas, unas sombrías y melancólicas, otras de lujuriosa vegetación, rica en tonos alegres las demás. En las faldas de ellas se ven blancos grupos de casas que forman rientes y bulliciosas poblaciones; parecen bandadas de mansas tórtolas o de amorosas palomas que bajaron de las cumbres para beber en el lago y se quedaron allí perplejas reflejándose en aquel mar de esmeralda, fidelísimo espejo de los cielos.³¹⁴

Luego, los tópicos de la presentación editorial se extienden as las críticas de Merino. Primero el tema de la dependencia a la hegemonía española, representada en su paternidad y, en el mejor de los casos, en su fraternidad de “hermanos”. Luego, la descripción social de un país “escindido por guerras intestinas”. Seguidamente la defensa de la herencia cultural hispana en contrapunto a la “odiosa tiranía, crueldad inaudita, sin igual barbarie, atropello de la razón y del derecho”,³¹⁵ calificativos utilizados por algunos intelectuales americanos para describir el periodo de la conquista

³¹⁴ A. Fernández Merino, *Poetas americanos...*, op. cit., p. I.

³¹⁵ *Ibidem*, p. X

española. Por último, la disquisición medular, que los intelectuales españoles rebatían: ¿Existe la literatura mexicana o es una “prolongación del alma española”? ¿Es original o mera imitación de la cultura ibérica?

A partir de estas preguntas, Fernández Merino aporta elementos novedosos para reelaborar la recepción mexicana en España. Recupera el planteamiento de Salvador Quevedo y Zubieta, expuesto en *Recuerdos de un emigrado*, al afirmar que la cultura literaria mexicana comenzó con las letras de Sor Juana Inés de la Cruz. El argumento contradice las posiciones que negaban la existencia de dicha literatura original: “Desde la conquista, o mejor aún, desde Sor Juana y Alarcón, la literatura mexicana marcha al compás de la española sin elevarse hasta donde se encuentra ésta, a pesar de que su decadencia haya recorrido los tonos todos.”³¹⁶ En ese sentido, el crítico señala al siglo XIX mexicano como su “siglo de oro”, porque “hale tocado en suerte ser él en que se realice la emancipación, desarrollo y engrandecimiento de aquel continente, que bien podemos llamarle heredero forzoso del nuestro.”³¹⁷ Luego, el pensamiento vuelve casi al principio, la literatura mexicana nunca será original porque siempre dependerá de la literatura española: “creemos que vale más afirmar por completo la originalidad relativa, en el autor que la tenga, que empeñarse en sostener lo que ni siquiera es defendible, que la literatura mexicana ni por su fondo ni por su forma puede hacerse ajena a las tradiciones que le han dado el ser.”³¹⁸

Merino también acentúa otro problema apenas cuestionado por otros escritores, salvo Menéndez Pelayo y Juan Valera:

No sabemos por qué, mas es lo cierto, que el mayor número de los poetas de aquel continente con que Colón al descubrirlo probara la grandeza de Dios, se han cuidado muy poco de difundir el conocimiento de sus obras; parece que están

³¹⁶ *Ibidem*, p. XV.

³¹⁷ *Ibidem*, p. 160.

³¹⁸ *Ibidem*, p. XV.

convencidos de que llegará un día en que mecidas en las ondas del Océano, lleguen a nosotros sus armonías para cautivarnos, por lo que dichosa y felicísima casualidad podemos calificar a la que nos da a conocer a cada uno de los vates que allá florecen.³¹⁹

No obstante, en el planteamiento predomina el hispanocentrismo, al exigir que la literatura mexicana se comprometa a difundirse en España, como centro cultural inamovible del mundo hispánico. En la lectura de los siete escritores de los que se ocupa Merino, predomina el *topoi* de la naturaleza mexicana (que no conoce) trasladado a la interpretación de los versos. También refiere constantemente los juicios biográficos difundidos por Juan de Dios Peza en la prensa periódica y en *La lira mexicana*. En algún momento, Merino sintetiza en la siguiente cláusula su comprensión de la poesía: “El estado de ánimo determina el sentimiento poético, y a éste lo excita en primer término la grandeza de la naturaleza”.³²⁰ Así, la poética de Manuel Flores es sensual, como el paradisiaco paisaje mexicano, y sus composiciones “son apasionados acentos de su alma, en ellas ha vertido todo su amoroso sentir, bellísimas notas de un espíritu que en delirio de la pasión, son onomatopeyas del deseo artísticamente expresado, rimas delicadísimas cuyas incorrecciones pasan desapercibidas, al sentir absorto nuestro pensar en la consideración de los grandiosos pensamientos que contienen.”³²¹ Pero Merino acota que no se trata de un embelesado del amor, como lo habrían juzgado otros críticos, sino “una embriaguez en la que construye un pasado, en la que errante la mirada contempla fantásticas visiones que solo existen dentro de su imaginación absorto en las que se posee de dichas, que no es ni puede ser real.”³²²

³¹⁹ *Ibidem*, pp. 124 y 125.

³²⁰ *Ibidem*, p. 160.

³²¹ *Ibidem*, p. 9.

³²² *Ibidem*, p. 13.

De Juan B. Hajar y Haro, “el perfecto caballero”, le interesa el libro *Recuerdos del hogar*, donde aparecen los tópicos que luego serán fundamentales en la poética de Juan de Dios Peza, celebrados en la recepción española: los padres, los hijos, la casa de la infancia y los juegos infantiles, escritos “con acentos subjetivos que brotan de lo íntimo del ser, y discurriendo por la vida de los recuerdos”.³²³ Los poemas que más atraen al crítico, son aquellos “donde el verdadero carácter del poeta se ha manifestado, donde brillan las condiciones de su propia naturaleza, deja vagar su alma y se esparce su corazón”,³²⁴ lo que le hace afirmar que es

subjetivo como ninguno, hay en las composiciones de Hajar el sabor de la originalidad, y en ésta se le ve pensador y hombre de sentimiento; sus ideas brotan sin esfuerzo, aparecen impregnadas de esa melancólica tristeza que se experimenta al caer la tarde; rico en imágenes, no decae jamás, y correcto en su forma, maneja el habla con la seguridad del que cultivó en prolongado y constante estudio.³²⁵

Al abordar la obra de Guillermo Prieto, Merino hace un punto de inflexión en la opinión crítica que existía sobre este escritor mexicano. Le parece el escritor mexicano más atípico de los que ha estudiado, y divide su literatura en tres categorías: popular, lírica y satírica. En todos los casos, incluso al abordar su poesía lírica, Merino enfatiza en el carácter social de la poesía de Prieto, a tal grado de establecer una simbiosis entre el sentido de la sociedad mexicana y las preocupaciones estéticas del poeta: “hay que admirar su vis cómica, su gracia, su facilidad en el manejo del verso; pero se echa de menos su originalidad en los asuntos. Disculpa muy de tener en cuenta es, si bien se atiende, la falta de libertad de que en su patria ha gozado”.³²⁶

Merino sólo profundiza en la biografía de Vicente Riva Palacio al destacar sus cargos políticos y sus ocupaciones intelectuales al servicio de su país, para dibujar su

³²³ *Ibidem*, p. 61.

³²⁴ *Ibidem*, p. 65.

³²⁵ *Ibidem*, pp. 71 y 72.

³²⁶ *Ibidem*, pp. 118 y 119.

perfil intelectual: “Poeta dramático, ha recibido en la escena coronas de gloria que eternizarán su nombre; como novelista, ocupa un puesto entre los más distinguidos de su país, y al servicio de la novela ha puesto ciertamente sus buenas cualidades como prosista”.³²⁷ Sin embargo, el crítico considera que es en la poesía donde se refleja con más claridad el alma de Riva Palacio, “corazón gigante que siente lo más ligero, que responde a lo más grande”.³²⁸ Es en la poesía de Riva Palacio, que llega a componer cantares en el modelo del romancero tradicional español (como también lo hizo Guillermo Prieto, con menos fortuna crítica), donde Fernández Merino encuentra similitudes estéticas con la lírica castellana, lo que le permite igualar la calidad literaria de la poesía mexicana con la española, y marcar la autonomía de ambas: “Aquellos mexicanos que tanto valen, que hablan nuestro idioma, que tienen nuestros vicios y nuestras virtudes, que poseen nuestras combinaciones métricas, tienen también nuestros cantares, esto es, la apasionada expresión de nuestras almas.”³²⁹

Pero si se ocupa más de los logros sociales de Riva Palacio, su semblanza más evocadora es la de Juan de Dios Peza, a quien dedica el mayor énfasis retórico comparativo entre naturaleza y poesía, incluso con licencias geográficas, como la de situar la cordillera de los Andes en México o describir a las mujeres mexicanas con características andaluzas:

Figuraos valles y sierras donde jamás las tintas se hacen monótonas, picos graníticos que se pierden en las nubes, bocas de fuego que forman con su humo caprichosos dibujos en el espacio, flores hermosísimas que aventajan al iris con sus colores, y que es cada una un delicioso pebetero que jamás lo tuvo sultana, y mujeres de tez blanca como las hojas del lirio, que crece en la nieve virgen de los Andes, de ojos negros como las penas, pero suaves como el terciopelo, y no tendréis más remedio que admitir una generación de poetas como la que

³²⁷ *Ibidem*, p. 126.

³²⁸ *Ibidem*, p. 128.

³²⁹ *Ibidem*, p. 157.

actualmente florece en México y en la que Juan de Dios Peza ocupa tan preferente lugar.³³⁰

Después de esta crítica literaria, Merino señala que en México existen pocos poetas líricos debido a la inmadurez de su historia literaria que apenas porque la “poesía aborígen” no había alcanzado su mayor grado de desarrollo a la llegada de Cristóbal Colón al continente americano. Sin embargo, en Peza, Fernández Merino encuentra la mayoría de las características neoclásicas que se atribuían a la poesía lírica: la expresividad sentimental, los ritmos tenues y acompasados en dísticos, cuartetos y sonetos, además de la exaltación de los valores morales cristianos, como la familia, el amor al prójimo, el temor a la divinidad y la proclamación de lo bueno y lo bello como definición estética a favor del progreso humano. Merino, sorprendido, sitúa a Peza en uno de los sitios dilectos de la poesía lírica de la lengua española, y enfatiza en sus temas sobre el hogar y la familia, aún cuando Peza no había recopilado sus *Cantos del hogar*.

El exotismo como herramienta crítica vuelve a aparecer en los comentarios de Merino sobre Manuel Carpio, “nacido en la tierra aquella donde el sol todo lo dora, donde el perfume natural de las hermosas flores todo lo embelesan, sus poesías son poco conocidas entre nosotros y su nombre casi no suena”.³³¹ Sin embargo, como en el caso de Peza, también en Carpio encuentra lo mejor de la poesía mexicana, por su capacidad reflexiva sobre valores neoclásicos: “y se advierte, desde luego, la elevación del hombre de saber que tiene pensamientos propios, la profundidad de concepto, que atestigua penosas vigiliat, consumidas en el estudio, y una pureza en la dicción exenta

³³⁰ *Ibidem*, pp. 160 y 161.

³³¹ *Ibidem*, p. 193.

por completo de los modismos y vicios”.³³² Bajo ese argumento, la crítica de Merino se distiende en dos direcciones: primero reprochar el olvido destinado a la obra de Carpio, tanto en México como en España, y después demostrar que se trata de un poeta místico con altibajos en su producción poética, que destaca “en el género descriptivo” donde “no será posible encontrar quien pueda aventajarle: ve con una claridad sin igual, copia de una manera admirable, aprecia los detalles más insignificantes, y sus composiciones son verdaderos cuadros”.³³³

En Ignacio Manuel Altamirano, Merino descubre a un poeta neoclásico con acento mexicano. Aprecia que su poesía se deleite en el paisaje en un “idilio puramente mexicano”.³³⁴ En su crítica sobre Altamirano, Merino incorpora la observación de cierta dinámina en el *topoi* del paisaje mexicano. Así, la mimesis entre naturaleza y cultura mexicana como algo monótono, adquiere un movimiento propio. La cultura mexicana, como su paisaje, está en movimiento:

La naturaleza no es monótona ni aun en calma; cortando el plano salta el arroyo que simula argentada veta, interrumpe la llanura el precipicio, a cuyo fondo se despeña el agua que desciende de la montaña, y a esta variedad, a la que dan encantos, acá la palma, allá los sicomoros, sirve admirablemente para despertar en el alma sentimientos que son efectos de lo plácido y tranquilo, de lo agitado y revuelto.³³⁵

Estos nuevos acercamientos críticos de Merino sobre las letras mexicanas serán compartidos con el académico Antonio Balbín de Unquera, que en 1890 publicó cinco

³³² *Ibidem*, pp. 201 y 202.

³³³ *Ibidem*, p. 202.

³³⁴ *Ibidem*, p. 231.

³³⁵ *Ibidem*, p. 235.

Por eso años, la propia literatura mexicana hacía sus rectificaciones en los volúmenes de *Historia crítica de la literatura y las ciencias en México desde la conquista hasta nuestros días*, de Francisco Pimentel. El proyecto fue reseñado en *La Ilustración Española y Americana*. No se trata del primer intento por escribir una historia crítica de la evolución de la cultura mexicana, pero tal vez es la que propone una metodología propiamente histórico filológica, superando los trabajos anteriores de autores como Victoriano Agüeros o Ramón Elices Montes. (V., “Libros presentados a esta redacción por autores o editores”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXX, núm. IV (30 de enero de 1886), p. 13).

artículos sobre literatura mexicana para conocer el “secreto de su personalidad en su expresión poética”.³³⁶ Sus artículos se basan en tres antologías: *El arte literario en México*, de Enrique de Olavarría y Ferrari, *La lira mexicana*, de Juan de Dios Peza, y otra que “ha comenzado a ver la luz en México bajo la protección del actual representante de la República en Madrid”.³³⁷ Probablemente se refiere al *Parnaso mexicano* (1885-1902), que por entonces publicaba Vicente Riva Palacio. De ahí que los poetas de los que se ocupa, son los ya citados por Olavarría y Ferrari y por Peza: Manuel Carpio, Juan Villaón, José Tomás de Cuéllar, Vicente Riva Palacio, José Peón Contreras, Ignacio Manuel Altamirano, Agustín Cuenca, Joaquín Teller, Manuel Acuña, Juan B. Hajar y Haro, Manuel M. Flores y Juan de Dios Peza.

Como lo había señalado Menéndez Pelayo, Balbín de Unquera critica a la nueva poesía mexicana su falta de referencias a la tradición lírica castellana: “Mucha parte de la poesía mexicana del siglo actual no lleva impresos los caracteres del país que la vio nacer, y en estas ligeras observaciones no podemos insistir en los autores que la representan.”³³⁸ Pero a diferencia de don Marcelino, Unquera considera que esta “negación al pasado” le permitía a la literatura mexicana comprender mejor las nuevas escuelas estéticas encabezadas por los poetas, que practicaban una lírica contemporánea, “incrédula, desesperada, huyendo de los altares y de los templos para

³³⁶ Antonio Balbín de Unquera, “Poesía mexicana. I”, *La Ilustración Católica*, a. XV, t. XIII, núm. 10 (5 de marzo de 1890), pp. 78 y 80.

A lo largo de su vida, Balbín de Unquera mantuvo un interés especial por la literatura hispanoamericana, incluso prehispánica. Así, instó a uno de sus alumnos, el uruguayo Pedro Mascaró y Sosa, que escribiera su tesis doctoral sobre el poeta Nezahuacóyotl, que posteriormente publicó como el ensayo *El emperador Nezahualcóyot como poeta elegíaco*, editado en 1878, con prólogo del mismo Unquera.

³³⁷ *Ibidem*.

³³⁸ Antonio Balbín de Unquera, “Poesía mejicana. III”, *La Ilustración Católica*, a. XV, t. XIII, núm. 9 (25 de marzo de 1890), pp. 103-105.

formarse, no sabemos qué santuario y sacerdotes, suspirando, gruñendo siempre, acercándose a la muerte para arrancarle su secreto, ya que no puede el de la vida”.³³⁹

Balbín de Unquera es probablemente el primer crítico de la lengua española en asegurar que la caracterización de la poesía mexicana se debe a su capacidad sensorial de unir percepciones con objetos de enunciación. De ahí que dedique varios párrafos para disertar sobre la poesía amorosa en el mundo grecolatino, y que en la lengua española no existe ninguna otra tradición poética tan rica en su expresividad amorosa como la mexicana, cuyos primeros representantes serían Manuel Acuña y Manuel M. Flores, y que este tipo de poesía es la versión contemporánea del género lírico. Como la mayoría de los críticos españoles dedicados a comentar la poesía lírica mexicana, encuentra que en esa cultura se encuentran más preocupados por reinterpretar la poesía grecolatina que en continuar la tradición española. Sin embargo, a diferencia de esos críticos, Balbín de Unquera considera que estas exploraciones favorecerán la capacidad expresiva de la lengua española. “Si América las estudia y sabe reunir la imitación de los clásicos griegos y latinos con la de nuestros autores predilectos, no dudaremos del florecimiento de la poesía en cuantos países hablan nuestro idioma.”³⁴⁰

Por esos años, Emilia Serrano, *Baronesa de Wilson*, regresó a España después de otro de sus muchos viajes por el continente americano. Estaba por publicar el libro *América y sus mujeres* (1890), en el que profesó su preocupación por establecer vínculos culturales entre Hispanoamérica y España. Según explica en este volumen, desde su juventud, la Baronesa de Wilson desarrolló tres aficiones: el amor por las letras, el gusto por los viajes y su fascinación por las Américas, generada luego de leer

³³⁹ Antonio Balbín de Unquera, “Poesía mexicana”, *La Ilustración Católica*, a. XV, t. XIII, núm. 10 (5 de abril de 1890), pp. 111 y 112.

³⁴⁰ Antonio Balbín de Unquera, “Poesía mejicana”, *La Ilustración Católica*, a. XV, t. XIII, núm. 12 (25 de abril de 1890), p. 137.

en la biblioteca de un anciano amigo las escenas de la vida de los indios, los descubrimientos y las conquistas, las batallas, las heroicidades de los españoles y los indígenas, “la lucha tenaz y justa de los hijos del Nuevo Mundo contra los invasores, me enajenaron hasta el punto de olvidarme de todo lo que no era leer, dándose el caso de renunciar a paseos y a otras distracciones, por entregarme a mi pasión favorita”³⁴¹: el sueño americano imaginado desde España, como se puede leer en estas otras líneas: “Verdaderamente sentíame enamorada de la idea [el viaje a las Américas] pareciéndome ya verme en medio de aquellas majestuosas soledades que cruzaron los atrevidos españoles del siglo XVI y XVII, tan aficionados por su índole aventurera y audaz a enredarse en empresas riesgosas y erizadas de dificultades.”³⁴²

La baronesa realizó durante su vida, por lo menos, tres viajes al continente americano. Frutos de esas experiencias escribió varios libros donde mezcló fragmentos de poemas, crónicas y ensayos: *La ley del progreso* (1880), *Una página en América* (1880), *Americanos célebres* (1888), *América y sus mujeres* (1890), *De Barcelona a México* (1891), *América en fin de siglo* (1897), *Bocetos biográficos. Mujeres ilustres de América* (1899), *El mundo literario americano* (1903) y *Maravillas americanas* (1910). De esta que es una de las bibliografías más interesantes que ayudaron a fomentar el primer hispanoamericanismo en el siglo XIX, sobresalen *América y sus mujeres* y *El mundo literario americano*.³⁴³ Según se sabe, en México (adonde llegó en 1883) “doña Emilia vivió un período de gran productividad intelectual con la redacción de una novela en dos tomos, *El mártir de Izancanac* (1890) y la preparación de *México y sus gobernantes*, libro escolar sobre la historia mexicana que se usó durante décadas en las

³⁴¹ Baronesa de Wilson (Emilia Serrano de Tornel), *América y sus mujeres*. Barcelona, Fidel Giro, 1890, p. 12.

³⁴² *Ibidem*, p. 21.

³⁴³ Para leer comentarios sobre *El mundo literario americano* véase el subtítulo “Polémicas del modernismo (segunda parte): el afrancesamiento hispano”, en el capítulo 5 de esta tesis.

aulas mexicanas.”³⁴⁴ De inmediato fue recibida por el español Ramón Elices Montes, quien escribió una biografía que luego la colonia española de México editó en un breve cuadernillo. En ese país, también fundó el periódico *El Continente Americano*.³⁴⁵

En *América y sus mujeres* la Baronesa de Wilson ofrece sus impresiones sobre la cultura en Hispanoamericana. En México (que presume rico en ingenios), las mujeres escritoras que seducen su sensibilidad son: Sor Juan Inés de la Cruz, Isabel Prieto de Landázuri, Esther Tapia de Castellanos, María del Refugio Argumedo de Ortiz, Dolores Correa Zapata, Ángela Peralta, Laureana Wright de Kleihans, Lucía G. Herrera, Luisa Muñoz y Ledo, Francisca G. Cuellar, Laura Méndez de Cuellar, Dolores Delahanty, Julia Pérez Montes de Oca, Refugio Barragán de Toscano, quienes “forman un gran núcleo en el Parnaso mexicano moderno y añaden las guirnaldas de laureles a las de la gracia y la belleza.”³⁴⁶ También menciona a otras mujeres mexicanas como personajes históricos destacados: Carmen Romero de Rubio, Josefa Ortiz de Domínguez, Agustina Ramírez y Ángela Peralta. Sus nombres, su vida y obra, se entremezclan en las crónicas, las narraciones y las reflexiones de la baronesa, que no deja en ningún momento de explayar su asombro en tierras mexicanas.

UN MURAL MEXICANO CON TINTES NEOCLÁSICOS

La presencia de Vicente Riva Palacio en Madrid fue coyuntural para consolidar el campo literario mexicano en España. Aprovechó la labor de intercambio sociocultural

³⁴⁴ Leona Martín, “Emilia Serrano, Baronesa de Wilson (¿1834?-1922): intrépida viajera española; olvidada ‘cantora de las Américas’”, *Ciberletras: revista de crítica literaria y de cultura*, v. 8, núm. 5 (julio de 2002), en <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/index.html>. (Consultada el 1 de febrero de 2011).

³⁴⁵ Rocío Charques Gámez, “La Baronesa de Wolson. Colaboraciones en *La Ilustración Artística de Barcelona*”, *Anales de Literatura Española*, núm. 20 (2008), pp. 105-118.

³⁴⁶ B. de Wilson, *América y sus mujeres...*, *op. cit.*, p. 425.

que se había gestado desde mediados del siglo XIX, para generar otro paradigma cultural compuesto por variables que siguieron distintos rumbos, más allá de los meramente literarios. Riva Palacio en Madrid fue un paradigma cultural que supera al análisis de leer en sus discursos la condición mimética de quien adquiere los tiples del acento matritense. Fue un paradigma cultural porque en su literatura subyace la intención de construir una patria intelectual que supera el planteamiento de los nacionalismos de México y de España, aunque ambos proyectos (el estético y el político) los incorpore a las condiciones de su actividad intelectual, en la diplomacia, en las academias y en los congresos.

Vicente Riva Palacio en Madrid era la acción principal en la pieza política de Porfirio Díaz, que enviaba a España un equipo de diplomáticos integrado por los intelectuales más importantes del momento; pero también un cronograma elaborado cuidadosamente por el embajador, con tareas apremiantes para posicionar la cultura mexicana en Madrid y desde ahí confrontarla con Europa. Implicaba afincar zonas de sociabilidad para el desplazamiento de los escritores mexicanos en el crecimiento urbano de Madrid, y así expandir las fronteras de la patria imaginada de la lengua española: academias, ateneos, teatros, tertulias, restaurantes, cafés... En el contexto finisecular de la expansión metropolitana de la Villa y Corte, Riva Palacio no tardó en situar como eje central del campo literario mexicano al barrio de Salamanca, espacio simbólico de la modernidad española. Todo ello se concatenó a la creciente recepción de las letras mexicanas promovida por el renovado interés del campo intelectual español en temas de hispanoamericanismo, liderado por la figura de Marcelino Menéndez Pelayo que en las últimas décadas del siglo XIX intensificó el proyecto filológico de conocer los derroteros americanos de la lengua española.

El paradigma de Riva Palacio en Madrid fue consolidar la fundación del campo literario en la capital de España. Su inquietud intelectual sólo podía derivar en la sentencia de que él era la prueba del modelo que él mismo estableció. Aprovechó todas las invitaciones a tertulias y convites donde se daba oportunidad de leer sus poemas, como en la segunda semana de abril de 1887 en la fiesta de la señora de Rute, que ofreció un banquete en honor de Emilia Pardo Bazán y del nuevo ministro de Italia en España, señor marqués de Maffei. La noche convocó a intelectuales como Emilio Castelar, el duque de Rivas y Manuel del Palacio que, junto a Vicente Riva Palacio, leyó poemas al terminar la velada.³⁴⁷ Sevilla, durante el curso académico de la Real Academia Sevillana de las Buenas Letras, que desarrollaba sus funciones académicas de manera homóloga al Ateneo de Madrid, rindió homenaje, el 22 de abril de 1887, a Riva Palacio; ahí asistieron varios poetas locales que dedicaron la lectura de sus composiciones al general mexicano.³⁴⁸ Luego Riva Palacio concurrió a otro festejo en el Teatro Ventura, ubicado sobre la calle Villanueva de Madrid, en el barrio de Salamanca, una de las propiedades del doctor Ventura Serrano: la duquesa de la Torre viuda de Serrano organizó un animado programa artístico en el que hubo teatro, danza y poesía, y en el que Riva Palacio nuevamente leyó sus poemas frente a diplomáticos, políticos, actores y hombres de letras, entre quienes destacaban Emilia Pardo Bazán y Manuel de Palacio, otro de los oradores de la noche.³⁴⁹

A decir de Héctor Perea, el periodo madrileño de Riva Palacio, lejos de las fiestas mexicanas pero muy de cerca de las tertulias españolas fue un continuo proceso de inmersión en la cultura literaria de la Villa y Corte. Seguir los trazos del general es pintar un mural mexicano (con claros tintes neoclásicos, a usanza de la época) de la

³⁴⁷ Sin firma, "Noticias de sociedad", *El Día*, núm. 2491 (12 de abril de 1887), p. 3.

³⁴⁸ Luis Montoto y Raustentranch, "Real Academia Sevillana de Buenas Letras", *El Ateneo*, t. I, (1888), pp. 451-458.

³⁴⁹ Sin firma, "Teatro Ventura", *El Liberal*, a. IX, núm. 2901 (8 de mayo de 1887), p. 3.

sociedad española; un lienzo enorme donde todos parecen tener un sitio: nombres, plazas, cafés, cervecerías, restaurantes, llenos de los “personajes tan disímiles” con los que convivió. Asistió a los salones de la familia Cánovas del Castillo, de la viuda de Serrano, de los condes de Asmir, de la señor Rute y de Juan de la Pezuela conde de Cheste; en la Cervecería El Águila sostuvo conversación con el Marqués de Cerralbo, Juan Valera, el marqués de Pidal, Pedro Antonio de Alarcón y Antonio María Cascajeres y Azara; en el restaurante Lhardy con Alejandro Ferrant, Mariano Benlliure y Luis Madrazos; en el café La Luna con Manuel Fernández y González; en el café de Fornos con Sinesio Delgado, Joaquín Dicenta, Ramón Valle Inclán, Jacinto Benavente y Gregorio Martínez de la Sierra; en el café Nueva Iberia, donde se reunía el Bilis Club, con Leopoldo Alas *Clarín*, Pedro de Novo, Leopoldo Cano y Emilio Sánchez Pastor; en el Casino de Madrid con Martín Rosales y Martell; en la Unión Iberoamericana, con Segismundo Moret, Faustino Rodríguez San Pedro, Telésforo García, Ángel Lasso de la Vega y Manuel Ibañez; en el Círculo de Bellas Artes, con Luis Sainz, Manuel Villegas, José Florit, Carlos Franquelo y Eugenio Álvarez Dumon; en la Real Academia de Jurisprudencia, con Rafael Labra, Vicente Romero Girón y Fernández de la Puebla; en la Real Academia de la Lengua con Eduardo Benot, Fidel Fita y Colomer, Antonio Aguilar y Correa, Isidoro de Hoyos, José Muro y Enrique Gil Robles; en la Real Academia de la Historia, con Antonio Cánovas del Castillo, Antonio Sánchez Moguel, Marcelino Menéndez Pelayo, D. P. Madrazo y José Sánchez Guerra; en la librería Fernando Fe con Ramón de Campoamor, Gaspar Núñez Arce, José Echegaray y Gumersindo Azcárate; en la Institución Libre de Enseñanza con Francisco Giner de los Ríos, Nicolás Salmerón, Manuel B. Cossío, Julián Sáenz del Río.³⁵⁰

³⁵⁰ H. Perea, *Los respectivos alientos...*, *op. cit.*, pp. 52-56.

El gusto por los teatros y los típos de buenas mozas, como lo recordaba Rubén Darío, también distinguiría a la permanencia de Riva Palacio en Madrid. En especial dos recintos, el Teatro de la Zarzuela y el Teatro Apolo, a los que asistirá con regularidad, además del Club Veloz, escenario que aparecerá con regularidad tanto en sus cuentos de ficción como en sus epístolas a los amigos mexicanos. Allá entraba, con sus sesenta y cuatro años, “sus largos blancos bigotes y su pulcra y luenga perilla, tan nivea como el mostacho, en flor en el ojal de frac y su sonrisa bonachona, nadie diría a aquel tan atildado como simpático anciano echando el gemelo a tal o cual figura de Apolo o la Zarzuela desde el palco del Veloz”.³⁵¹ Riva Palacio logró un gran reconocimiento entre los grupos intelectuales del país, su voz llegó a distinguirse en el mentidero de la opinión pública. Por eso, cuando Francia comenzó a cobrar aranceles a la industria vinícola de España, lo que provocó un déficit en las importaciones del vino español, *La Vanguardia* corrió a preguntarle al escritor mexicano sobre las posibilidades de exportar vino a América, no sólo a la república mexicana que, aseguraba con optimismo el escritor, consumiría todo lo que consume Francia. En opinión de Riva Palacio, sólo haría falta un inversionista decidido a realizar la empresa de transportación del producto. “En México --declaró Riva Palacio--, nación católica por excelencia, hay la tradición de celebrar el sacrificio de la misa con vino de Jerez; pero hoy se emplea un vino artificial en el que para nada entra el zumo de la uva criada en el suelo andaluz.”³⁵²

³⁵¹ Sin firma, “El General Riva Palacio”, *El País*, a. X, núm. 3433 (23 de noviembre de 1896), p. 1.

³⁵² Sin firma, “España en América”, *La Vanguardia*, a. XII, núm. 3162, 1 de marzo de 1892, p. 4.

Sin embargo, no todos los intelectuales recibieron con agrado al general. Leopoldo Alas *Clarín* fustigó en más de una ocasión a Riva Palacio,³⁵³ “republicano del Imperio de los Moctezumas”, porque le parecía contradictoria su supuesta filiación masónica liberal y su devoción por la aristocracia española, bajo el membrete de representante de un pueblo independizado de España para erigirse una república con nombre indígena.³⁵⁴ Clarín recordaba con sorna la ocasión en la que, Riva Palacio, en un exabrupto de emoción, le regaló el látigo de Maximiliano de Habsburgo a la reina María Cristina.³⁵⁵ Otras veces, Clarín arremetía contra los excesos festivos de Riva Palacio, celebraciones donde más de alguna vez se encontró con doña Emilia Pardo Bazán, con quien tampoco logró hacer migas el general, como aquel diálogo burdo durante una tertulia literaria en la chocolatería de doña Mariquita: apenas se encontraron en la puerta, aristócrata y general se intercambiaron pocas palabras, “Viejo chocho”, dijo Pardo Bazán, a lo que el general respondió, rápidamente: “Chucho viejo”.³⁵⁶

Riva Palacio también mantuvo una relación distante con Benito Pérez Galdós, de quien admiraba su fortaleza intelectual. El 7 de diciembre de 1887 le dirigió una carta en la que, luego de las palabras de lisonja en la presentación, le pidió al escritor de los *Episodios nacionales* un retrato con el pretexto de que era solicitado por el gobierno de México. Habrían acordado una cita de nutrido almuerzo, como los que gustaba Pérez

³⁵³ Sus críticas, reiteradas, a Rubén Darío aún son proverbiales, pero Clarín también se enzarzó en otras polémicas con escritores y temas hispanoamericanos, en especial modernistas “que nos tenían la cabeza hecha una olla de grillos y otra olla de pájaros”, imitadores de Gaspar Núñez de Arce y de Ramón Campoamor. (Leopoldo Alas *Clarín*, *Nueva Campaña (1885-1886)*, Madrid, Librería de Fernando Fé, 1887, p. 135). Tal vez simpatizó con Antonio de Valbuena, con quien coincidía en el tono ácido y beligerante de su prosa. (Joaquín Serrano Serrano, “Polémicas de Antonio de Valbuena con sus contemporáneos sobre la corrección gramatical y los defectos del Diccionario de la Academia”, *Estudios humanísticos. Filología*, núm. 28 (2006), pp. 185-220).

³⁵⁴ Clarín, “Palique”, *Madrid Cómico*, a. VII, núm. 203 (8 de enero de 1887), pp. 3 y 5.

³⁵⁵ Sin firma, “Noticias de última hora”, *La Época*, a. XXXIX, núm. 12621 (14 de septiembre de 1887), p. 3.

³⁵⁶ J. A. Ortiz Monasterio. “Patria”, *tu ronca voz me repetía...*, *op. cit.*, p. 252. Las diferencias de Riva Palacio con la Pardo Bazán son confirmadas por la excelente biografía de Pedro Serrano, quien añade otro “enemigo literario” del general: José Zorrilla. Pedro Serrano, “El general”..., *op. cit.*, pp. 57-58.

Galdós, o habrían pensado en tomarse algunos vinos espirituosos en los bares de la calle Carretas, que también eran del gusto de don Benito. Alguna vez se encontraron pero en Pérez Galdós el hecho no fue trascendente. No lo consigna en sus voluminosos tomos de memorias, ni parece corresponder a la admiración de Riva Palacio, a tal grado que el general debió escribir una tercera carta, con un tono más enérgico en el que se desvela cierto reclamo en versos asonantados:

*Ni usted viene a visitarme,
ni me manda su retrato;
ni me deja ir a su casa,
ni quiere usted hacerme caso.
Dígame al fin lo que sucede:
¿no quiere conmigo tratos?
No es bien; pues lo quiere mucho
Vicente Riva Palacio.³⁵⁷*

Por desgracia no contamos con las respuestas de Pérez Galdós a los reclamos de Riva Palacio. Es probable que la respuesta nunca existiera. Habría que decir en descargo del penoso incidente, que don Benito conservaba cierta fama de huraña misantropía que le valió también los reclamos de otros escritores españoles como Leopoldo Alas, *Clarín*, o José Echegaray.

Con todo, a menos de un año de su llegada a Madrid, Riva Palacio podrá presumir que había logrado su sitio social como escritor y sus resultados intelectuales fueron casi inmediatos. Así lo describió en una postdata impostada de humildad, en una misiva dirigida a Enrique de Olavarría y Ferrari en la que le informaba de sus primeras distinciones culturales en Europa.

No tengo que quejarme de la Madre Patria: supongo que ya sabrá usted que me nombrarán académico prominente de la Real Academia Sevillana de Bellas Letras, de la que no hay, hasta ahora, en América más que dos socios prominentes: Don

³⁵⁷ M. I. Hernández Prieto, “Cinco cartas inéditas...”, *op. cit.*, p. 568.

Pedro II de Brasil y yo. Lo mismo que de la Academia de Ciencias de Portugal, en donde se presentó mi candidatura y de la que también no hay más socios en América que el mismo emperador de Brasil y yo.³⁵⁸ El señor conde de Cheste tuvo la amabilidad de venir a visitarme ofreciéndome un lugar en la Academia Española a donde presentaron en la noche siguiente mi candidatura con la del conde del Casal Riveiro, ministro de Portugal, hombre muy distinguido. Y la Asociación Internacional Americana me ha elegido su presidente, cuyo nombramiento me honra porque el presidente sabe usted que es el señor ministro de Estado.³⁵⁹

Para 1889 Vicente Riva Palacio diseñaba, moldeaba y habitaba su sitio social en el campo literario matritense, y programaba un breve regreso a México.³⁶⁰ Algunos especularon que dejaría la legación madrileña, pero para la primavera de 1890 ya despachaba nuevamente en la calle de Serrano. “Fueron más que otra cosa motivos de familia, suponemos, los que lo trajeron aquí [a México]. Pero también aprovechó para arreglar varios asuntos, entre ellos, el de su paso a la calidad de general en retiro. Recibió notificación del Ministerio de Guerra”, con el que se le asignaron 375 pesos mensuales.³⁶¹

A su regreso a la Villa y Corte, Riva Palacio encontró la aparición en la prensa matritense del tomo *Poesías completas* (1889), de Juan de Dios Peza, quien visitaba Madrid de vez en cuando, o enviaba sus colaboraciones, cartas, libros y letras, para que lo recordaran aunque ya no provocara el revuelo de la década de los setenta. En 1890, Peza publicó el libro de poesía *Cantos del hogar*, bajo los sellos de la Viuda de Bouret. A diferencia de *Poesías completas*, *Cantos del hogar* es una selección personal de su

³⁵⁸ Sin firma, “Noticias generales”, *La Iberia*, a. XXXIV, núm. 3884 (30 de enero de 1887), pp. 2 y 3.

³⁵⁹ [Carta de Vicente Riva Palacio a Enrique de Olavarría y Ferrari]. *Colecciones Mexicanas. Españoles en México-Siglo XIX*. C6, E15, D1, reg. 156. Folio 19, en http://lynxis.dgsca.unam.mx/espanoles/doc_espanoles/156.html, (Consultada el 10 de abril de 2010).

³⁶⁰ En ausencia del general, Francisco A. de Icaza aprovechó las invitaciones sociales para andar sus primeros pasos en la vida pública de Madrid. El domingo 24 de febrero asistió a su primer gran banquete con la alcurnia española, en el Hotel Inglés donde departió en honor de Tomás Bretón y Hernández, que alcanzó fama gracias a ópera *Los amantes de Teurel*. El evento era organizado por el Círculo Artístico y Literario y la Sociedad de Artistas y Escritores Española, y en él participaron, entre otras personalidades, Gaspar Núñez de Arce, Miguel Ramos Carrión, Benito Pérez Galdós, Mariano Fernández y Miguel Sánchez Pastor. (Sin firma, “Banquete en honor de Bretón”, *La Iberia*, a. XXXVI, núm. 11529 (26 de febrero de 1889), p. 2.)

³⁶¹ J. Ortiz Monasterio, “Patria”, *tu ronca voz me repetía...*, op. cit., p. 257.

poesía a partir del tópico de la familia. Este segundo volumen generó la mejor y última recepción de Peza en todo el mundo hispánico, que lo nominó “el poeta del hogar”. Al poco tiempo, el libro se tradujo al francés, al inglés y al italiano. En las páginas de Peza algo se escuchaba del rumor del modernismo, conservado en los moldes sólidos de la lírica clásica. Esa música, lejos de molestar a modernos o clásicos, terminó por seducirlos, con todo y que Clarín no tendrá problemas en tildar de “rípios” a los abundantes sonetos del poeta mexicano.³⁶² Desde algunas décadas atrás, en los cenáculos intelectuales se debatían los temas del modernismo y todos los ismos que llegaban de Francia (parnasianismo, simbolismo, decadentismo...), sin que las instituciones hispanas se manifestaran a su favor. Menos en Madrid donde se desconfiaba de las versiones hispanoamericanas y españolas del modernismo.

Los poemas de *Cantos del hogar* ni siquiera eran inéditos, muchos fueron publicados desde dos o tres años atrás en las páginas de *El Mundo de los Niños*, una publicación dedicada a exaltar las bondades de la familia y el hogar, temas capitales de la poética de Peza; y en *El Álbum Ibero-Americano*, órgano de difusión de las letras hispanoamericanas, en el que el poeta mexicano figuró como uno de los principales colaboradores. De ahí el éxito de composiciones como “Este era un rey”, “El cuento de Margot”, “Mi talismán”, “El culto del abuelo”, “Noche buena” y “En la lid...”, por mencionar algunos que pronto se reprodujeron en otros impresos: *La Correspondencia de España*, *La Ilustración Española y Americana*, *La España Moderna* y, al paso del tiempo, en *Hojas Selectas* y *Revista del Ateneo*. Uno de estos poemas, “México en España”,³⁶³ fechado en 1884, publicado un año después en *La Ilustración Española y*

³⁶² Clarín, “Palique”, *Madrid Cómicó*, a. XX, núm. 57 (3 de noviembre de 1900), p. 6.

³⁶³ El poema fue publicado con diversas variantes, por lo que considero de interés observar los estemas: “México en España”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXIX, núm. XVII (8 de mayo de 1885), p. 10; “¡Por consuegra! ¡Por España!” , *El Álbum Ibero-Americano*, a. IX, t. III, núm. 18 (14 de

Americana e incluido en *Cantos del hogar* (con la dedicatoria “A mi hija María nacida en Madrid”), recupera la dimensión retórica sobre la que se construían los lazos entre México y España:

*La tradición acompaña
Esta simpática unión;
Que en una y otra nación
Dios hizo iguales, sin mengua
El patriotismo, la lengua
Y la fe y el corazón.*

[...]

*Guiarte en nuestro siglo fuera mengua;
Venciste y nadie intentará culparte;
Entre tus dones heredé tu lengua
Y nunca la usaré para insultarte.*

*Si a la justicia destronó el capricho,
Si está con sangre escrita cada hazaña,
¡Ah!, yo diré lo que Quintana ha dicho:
“Crímenes son del tiempo y no de España.”*

*¡Nuestra sangre es igual!, que nadie oponga
A nuestra unión calumnias y rencores.
¡La plegaria inmortal de Covadonga
Siglos más tarde resonó en Dolores!*

Al paso del tiempo, Juan Pérez Zúñiga en *La Ilustración Española y Americana*, celebró los versos en los que el poeta: “recibía el aliento de la patria antigua, al par que a todos nos transfundía su espíritu mejicano”.³⁶⁴ Este marco simbólico establecido por Juan de Dios Peza, al que no le faltan los sentimientos encontrados y el positivismo expreso en la voluntad por afincar lazos desde el patriotismo, la lengua, la fe y el corazón, será fundamental para los años siguientes, sobre todo al celebrarse el IV Centenario del Descubrimiento de América.

noviembre de 1891), pp. 212 y 213; y “¡Por Consuegra! ¡Por España!”, *La Correspondencia de España*, a. XLII, núm. 12282 (22 de noviembre de 1891), p. 5.

³⁶⁴ Juan Pérez Zúñiga, “El Ateneo Científico-Literario de Méjico”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XLVI, núm. XXII (23 de junio de 1902), pp. 9 y 10.

Con la reaparición de Peza en el campo literario mexicano en Madrid, llegó el sacerdote Ignacio Montes de Oca que arribó a la Península Ibérica en el otoño de 1887. El fin de semana del 21 al 23 de octubre asistió a la Academia Católica de la Juventud de Barcelona, donde observó las instalaciones de las escuelas gratuitas, participó en algunas sesiones sobre poesía y acompañó en la ceremonia de entrega de premios escolares.³⁶⁵ El viaje sería corto: para las fiestas decembrinas regresó a su país. Y volverá a Europa cuatro años más tarde, en un viaje a Italia. A su vuelta a México tomó el receso obligado en Madrid, y no perdió ocasión de visitar nuevamente a los tertulianos conservadores de la casa de Cánovas del Castillo, ni de asistir a la sesiones de la reales academias, tanto de la Lengua como de la Historia. Los periódicos lo saludaron con admiración: “es muy celebrado en los Estados Unidos y en su patria y sin duda está llamado aún a hacer importantísimo papel en la historia política y eclesiástica de la América del Norte [...]. Sus traducciones en verso de Píndaro y de los bucólicos griegos son muy conocidas y celebradas en España.”³⁶⁶

RETÓRICA PARA CONSTRUIR LOS SÍMBOLOS DE LAS NACIONES

Desde la década de los setenta del siglo XIX, España comenzaba a modificar su concepción sobre la cultura mexicana. El mismo gobierno de México se esforzaba por cambiar la imagen del país en el contexto internacional. Uno de los momentos propicios era la participación en el IV Centenario del Descubrimiento de América en 1892 que organizaba el gobierno español “Los principales periódicos madrileños comenzaron a presentar una imagen favorable del nuevo régimen [mexicano] y de sus intentos por

³⁶⁵ El Correo Catalán, “La Academia de la Juventud Católica de Barcelona”, *El Siglo Futuro*, a. XIII, núm. 3790 (27 de octubre de 1887), p. 1.

³⁶⁶ Sin firma, “Edición de la noche”, *La Correspondencia de España*, a. XLII, núm. 12140 (2 de julio de 1891), p. 3. Otro tanto puede leerse en: Sin firma, “Crónica literaria y artística”, *El Heraldo de Madrid*, a. II, núm. 243 (1 de julio de 1891), p. 2.

modernizar este país. Si bien, esto se tradujo a menudo en la adopción de criterios paternalistas y etnocentristas hacia el mismo.”³⁶⁷ La “actitud paternalista” de la prensa española destacaba las buenas notas de México obtenidas en las materias de ciencia y de cultura, al consolidar sus instituciones como la Universidad, la Biblioteca, la Escuela de Medicina, de Música y de Minas, el Observatorio y el Museo de Mineralogía; el Seminario, la Academia de Bellas Artes y de Agricultura; la Sociedad Geográfica y Estadística y la Imprenta Nacional. Aunque sus calificaciones no resultaban tan buenas, México se merecía un sobresaliente en los temas de la industria y las fábricas de todas clases. Pero más allá de los empeños en los estudios del país, era en las horas de receso, el descanso de la vida cotidiana, donde se percibía cierta apacibilidad seducida por el creciente rumor urbano de la capital del país:

Las calles son espaciosas y tiradas a cordel, siendo las principales las de San Francisco, Plateros, Profesa y Espíritu Santo, siempre muy frecuentadas, sobre todo las dos primeras donde se recrean la vista las *lagartijas*, nombre que se da a los desocupados que arrimándose a la pared, se entretienen en ver pasar al bello sexo, a semejanza de lo que en Madrid acontece en la Carrera de San Jerónimo por las inmediaciones de Lhardy. La plaza principal es de Armas, llamada vulgarmente el Zócalo. [...]

La vida se reduce, por lo general, a largos paseos a caballo que suelen darse por las mañanas en la Reforma y en el frondoso bosque de Chapultepec, donde lucen muchos jóvenes sus ricos y vistosos trajes de charro con sombrero jarano, todo adornado de oro o plata como la montura. Las primeras horas de la tarde se dedican casi siempre a las visitas, hasta que llegado el momento de volver al paseo de la Reforma, acude allí el mundo elegante en lujosos trenes, unos con libreas a la europea, y otros a estilo del país, pero es lástima que la mayor parte de estos coches vayan cerrados, cosa rara en verdad, en un país donde el frío no suele molestar.³⁶⁸

México, su política y su sociedad alcanzaban momentos de fama, pero sobre todo de consolidación de su imagen en España. A tal grado que en 1889 comenzaron a circular notas biográficas de Porfirio Díaz en los medios impresos españoles,

³⁶⁷ A. Sánchez Andrés, “De las relaciones entre España y México...”, *op. cit.*, pp. 744-745.

³⁶⁸ Ramón Piña y Millet, “Las residencia diplomática. México”, *Archivo Diplomático y Consular de España*, a. IV, núm. 217 (8 de mayo de 1888), pp. 6 y 7.

posicionado como uno de los grandes estadistas del siglo XIX. Los reportes abundaban en el cariño de don Porfirio hacia España, “la que fue madre de su patria”, por lo que su amor por la Península es casi igual que su amor por México, “todo el de su grande y magnánimo corazón, en el que no caben ni el rencor ni las bajas pasiones”.³⁶⁹

En ese sentido, fue aún más relevante la aparición de la obra *México contemporáneo* (1889), de Francisco de Prida y Arteaga y de Rafael Pérez Vento, en la nueva construcción de México en el imaginario español. El volumen se vendía al público acompañado con “más de 100 fotograbados de Laporta”, para mejorar la imagen que se tenía de México en Europa y destacar “los grandes ejemplos de patriotismo, las prodigiosas muestras de virilidad y de energía, las nobles pruebas de amor a su independencia que ha dado ese pueblo en medio de las convulsiones que le han agitado”.³⁷⁰ Los autores también situaban en una misma posición sociopolítica a las culturas española y mexicana, porque ambas naciones habían tenido “un periodo de transición violentísima, en el cual la sociedad parecía en completo desquiciamiento; en que aspiraciones y tendencias contrarias se disputaban el dominio de los espíritus y acometían insensatas batallas por el dominio del poder”.³⁷¹

Precisamente, como resultado de la disputas por dominar los espíritus, los autores veían los primeros avances de México en los terrenos de literatura, ciencia y bellas artes. En la presentación de la segunda parte del volumen, se ofrece una historia de la literatura mexicana sin demasiadas variantes a las ya expuestas por otros autores. Pero hay una curiosidad no anotada con anterioridad en los exámenes de las bellas artes mexicanas “la inspiración y el talento romperán, o mejor dicho, han empezado a romper

³⁶⁹ Sin firma, “El general Porfirio Díaz”, *Archivo Diplomático y Consular de España*, a. VII, núm. 259 (30 de marzo de 1889), pp. 7 y 8.

³⁷⁰ Francisco de Prida y Arteaga y Rafael Pérez Vento, *México contemporáneo*. Obra ilustrada con más de 100 fotograbados de Laporta. Madrid, Establecimiento tipográfico de Fortanet, 1889, p. XIII

³⁷¹ *Ibidem*, p. XIV.

los moldes estrechísimos en que la costumbre inveterada, la tradición y acaso el fanatismo religioso se obstinan en recluirlas”.³⁷²

Sin embargo, en opinión de los escritores españoles la poesía mexicana había logrado romper con los moldes del fanatismo religioso. En esta interpretación, la poesía no sólo se limitaba a reflejar el paisaje, era cultivada por

Inspirados poetas de estro vigoroso y de creadora imaginación, han enriquecido el parnaso mexicano ya con odas pindáricas, ya con lindísimos madrigales, ora con tristes elegías, ora con sentidas canciones amorosas. No existe, seguramente, género alguno de la poesía ya espontánea y selecta, ya culta y afiligranada de que no puedan hallarse en los poetas mexicanos excelentes modelos.

Claro es que en un pueblo de tales condiciones, no podía brillar solamente la poesía lírica. Inteligentes literatos, maestros estudiosos, observadores profundos, han cultivado también la novela y la crítica, el poema dramático y la comedia de género.³⁷³

¿Quiénes eran estos “inspirados poetas” con “estro” tan prolífico? Es interesante la acotación canónica de los autores que presenta *México contemporáneo*, integrada solamente por escritores cercanos a los grupos de élite del Porfiriato, y en la que están ausentes por completo los escritores que, o no eran liberales o que se manifestaban en contra de Porfirio Díaz. Así, la lista del canon del Porfiriato literario en Madrid, arrojaba los nombres de: Guillermo Prieto, José María Esteva, José María Roa Bárcena, José Tomás de Cuéllar, Vicente Riva Palacio, Alfredo Chavero, Manuel Acuña, Manuel M. Flores, Juan de Dios Peza, Rafael Zayas y Enriquez, Antonio Plaza, Irineo Paz, José Peón Contreras, Ramón Rodríguez Rivera, Agustín Cuenca y Javier Santa María.

En resumen, para comenzar con la última década del siglo XIX, había cierta imagen positiva de México sobre todo como residencia (¿una respuesta de los numerosos españoles avecindados desde la década de los cincuenta?), que contrastaba

³⁷² *Ibidem*, p. 86.

³⁷³ *Ibidem*, pp. 81 y 82.

con otros resquemores sobre la sensibilidad violenta de los mexicanos, como aquel suceso de susceptibilidades en el que se vio involucrado, en 1887, el Embajador Joaquín Becerra y Armesto durante una fiesta en el Casino Español. Al parecer, uno de los asistentes del ministro trató de defender a una mujer que asistía al lugar, violentada por un hombre mexicano, quien, olvidándose de la dama, se lió a golpes con el diplomático. Pero más allá de las discrepancias entre algunos españoles y mexicanos, que podrían motivar en España percepciones confusas sobre la sociedad mexicana, las palabras de Juan de Dios Peza en la presentación al público matritense de su antología *La lira mexicana* eran lo que, concerniente a cultura, animó el espíritu de los festejos del IV Centenario del Descubrimiento de América de 1892, la unidad del mundo hispánico por la raza, la religión y el lenguaje. Eran palabras que simpatizaban con el pensamiento de algunos intelectuales españoles y se convertían en los ejes en el diálogo común entre América y España, primeras manifestaciones del hispanoamericanismo.

LOS ENTRETRELONES DEL IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

También eran palabras recurrentes en los “discursos hispanoamericanistas” de Marcelino Menéndez Pelayo y de Juan Valera, por ejemplo, con todo y que el término *hispanoamericanismo* (que apareció en 1884 según la Real Academia Española) aún no era moneda corriente en las relaciones internacionales entre América Latina y España. Valera, secretario de la junta organizadora de los festejos del IV Centenario, no dudaba en exaltar el papel romántico de la lengua como el espíritu del español al enunciar una frase “si la lengua declina, declina la nación” que será un aforismo una década posterior. Para la generación del 98, la sentencia geométrica de Valera será la pauta moral de una vocación regeneracionista. Sin embargo, una lectura crítica sobre el papel de los

intelectuales españoles en la configuración del IV Centenario desvela cierta apatía generalizada en la sociedad española frente a las celebraciones, organizadas “más por compromiso que por amor.”³⁷⁴ Tal vez se debería entender el sentido de las palabras de Valera (que de algún modo sintetiza el ánimo del Congreso Literario, celebrado durante las fiestas) desde el punto de vista de la Regeneración que ya se perfilaba en España.³⁷⁵

En el difuso panorama previo a las celebraciones del IV Centenario predomina la sensación de una Torre de Babel del mundo hispánico, en especial si se observan los diferentes propósitos que animaban a hispanoamericanos y a españoles. Los intelectuales hispanoamericanos llegaron a España con la intención de viajar a París (en 1888, Francisco A. de Icaza, libro *Viaje a España* de Teófilo Gautier bajo el brazo, emprendió la huida momentánea a la ciudad luz) donde habían dibujado la patria ideal de su obra literaria. Para los intelectuales hispanoamericanos (Ricardo Palma y José Santos Chocano, de Perú; Soledad Acosta Samper, de Colombia; Rubén Darío, de Nicaragua; Juan Zorrilla de San Martín, de Uruguay; Enrique Gómez Carrillo, de Guatemala...) las celebraciones del IV Centenario se veían como una posibilidad de aventurarse en el mundo europeo. Ninguno de ellos, o muy pocos, pensaron en lazos comerciales, tratados políticos o en el escenario cultural internacional. Esperaban emigrar rápidamente a Francia para conocer alguno de los escritores de la *bohème* parisina.

Por su parte, los organizadores españoles del IV Centenario perfilaron el programa de actividades con conmemoraciones sobre Cristóbal Colón y Hernán Cortés,

³⁷⁴ Jean-François Botrel, “Juan Valera, directeur de *El Centenario*”, *Bulletin hispanique*, núm. 80 (1978), p. 72.

³⁷⁵ Sobre la dicotomía España/América y la relación de la lengua española, véase: E. Sánchez Alabarracín, *La convergence hispano-américaniste de 1892. Les rencontres du IV^e Centenaire de la découverte de l'Amérique*. París, Université III, 2006, pp. 68-81.

personajes principales en su definición del concepto “Descubrimiento de América”.³⁷⁶ Evidentemente se trataba de una festividad organizada por el centralismo español, a pesar de las colaboraciones de las dos orillas del Atlántico. Con estas discusiones de fondo acompañando el disimulado ambiente festivo, Cánovas del Castillo propició la primera Junta del Centenario, legislada por Reales Decretos del 28 de febrero de 1888 y firmados por Práxedes Sagasta.³⁷⁷ Esta junta logró pocos avances en la organización pero sirvió para dibujar el círculo de intelectuales que protagonizarían los planteamientos ideológicos de los festejos. Si por la parte española, Cánovas del Castillo, asesorado por los discursos de Menéndez Pelayo y de Valera, era el puntal de la estructura, sus similares hispanoamericanos eran Vicente Riva Palacio y Juan Zorrilla de San Martín, “esos dos genios problemáticos del Continente Americano”, como los calificaba el periódico satírico *Don Quijote*.³⁷⁸

Vicente Riva Palacio también comenzaba a concretar eslabones en la cadena de acontecimientos para preparar los festejos, y justo como se esperaba, en 1889 recibió la noticia de que en Barcelona ya se tenían los últimos volúmenes de *México a través de los siglos*, editados por Jaume Ballescà y Compañía y Espasa Compañía.³⁷⁹ La presentación oficial de los 25 volúmenes de la obra también formaría parte del programa de actividades mexicanas en las fiestas del IV Centenario. Desde Barcelona, Manuel Payno telegrafió las buenas nuevas a Porfirio Díaz.

³⁷⁶ Marcelino Menéndez Pelayo, que aparecerá como uno de los autores intelectuales de las festividades del IV Centenario, publicó en 1892 su artículo *De los historiadores de Colón*, como otra de sus aportaciones a la conmemoración.

³⁷⁷ Juana Martínez Gómez y Almudena Mejías Alonso. *Hispanoamericanas en Madrid (1800-1936)*. Madrid, Dirección General de la Mujer, Comunidad de Madrid, 1994, p. 61.

³⁷⁸ Sin firma, “Colón y San Pedro”, *Don Quijote*, a. I, núm. 41 (16 de octubre de 1892), p. 1.

³⁷⁹ Sobre la publicación de *México a través de los siglos*, véase: José Ortiz Monasterio Prieto, “*Patria*”, *tu ronca voz me repetía*. Vicente Riva Palacio. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas-Instituto José María Mora, 1999, pp. 305-312; y Phillipe Castellano, “México a través de los siglos. De la coedición a la autonomía editorial”, en *Centros y periferias: prensa, impresos y territorios en el mundo hispánico contemporáneo: homenaje a Jacqueline Covo-Maurice*. España, Pilar, 2004, pp.35-44.

Payno mantenía una comunicación fluida con los editores de Espasa, quienes lo apuraban para que escribiera nuevas obras. Por las mañanas, los editores mandaban a un criado a su casa para que pergeñara cualquier nota, anécdota o humorada. Al paso de los días, otro criado regresó a casa del escritor con el libro impreso *Barcelona y México en 1888 y 89* (1889). El público español recibió con asombro la obra, “libro de apuntes curiosísimo”, lo calificó *La Ilustración Ibérica*.³⁸⁰ Pero la mayor sorpresa fue encontrar apenas 70 páginas dedicadas a México, y que el autor no utilizara un lenguaje “americano” salvo para algunos chistes de mal gusto. De igual forma se criticó la falta de “un plan de trabajo” en la obra, que se evidenciaba en sus errores sobre la historia de España; reproche que se extendió al abordar (con más errores) la historia de Cataluña y su vínculo con el Descubrimiento de América. Aún así, se dijo que “entre los demás rellenos que forman el libro, hay no pocos en que abundan felices plumadas, y otros en que la falta de plan y el anhelo por salir del compromiso, dejan bastante malparado al escritor”.³⁸¹

En mayo de 1890 llegó, a bordo del vapor *María Cristina* de la Compañía Transatlántica Española,³⁸² el secretario de Relaciones Exteriores de México, Ignacio Mariscal, para inspeccionar las actividades de los diplomáticos mexicanos. Un mes después partió de Barcelona en tren rumbo a París.³⁸³ Durante su estancia en España, también se acercó a los ministerios españoles para informarse sobre la organización del IV Centenario pero le dieron poca información. España debía solucionar otras situaciones emergentes. Por eso, en 1891, Cánovas del Castillo convocó a otra junta

³⁸⁰ C. M., “Bibliografía”, *La Ilustración Ibérica*, a. VII, núm. 354 (12 de octubre de 1889), p. 3.

³⁸¹ V. Barrantes, “Sección Hispano-ultramarina”, *La España Moderna*, a. I, núm. X (Octubre de 1889), pp. 106-127.

³⁸² Sin firma, “Un ministro mexicano”, *El Día*, núm. 3650 (26 de junio de 1890), p. 1.

³⁸³ Sin firma, “Noticias Generales”, *La República*, a. VII, núm. 1985 (6 de junio de 1890), p. 3.

encargada de establecer los programas de los festejos, que sustituía a la fallida comisión conformada tres años atrás.

En enero de ese año, la reina regente nombró a Vicente Riva Palacio vocal de dicha junta, comisionado en la sección de negocios internacionales de la Exposición Histórica Hispanoamericana, subvencionada por el Ayuntamiento de Madrid. Además, se le pidió sumarse a la organización del Congreso de Americanistas. Vicente Riva Palacio era uno de los intelectuales más importantes del momento, y sin duda el escritor mexicano más influyente en España. Cuando la inteligencia de Rubén Darío captó el perfil de Riva Palacio, no dudó en calificarlo como “el alma de las delegaciones hispanoamericanas” y que debía instaurarse como epígono de los hombres que venían de América con rumbo a Europa, porque era un “varón activo, culto, simpático” que vivía en Madrid, “rodeado de amigos, principalmente funcionarios y hombres de letras”.³⁸⁴

Las responsabilidades de Riva Palacio para la organización de los festejos del IV Centenario pueden resumirse en tres incisos: 1) Responsable de la impresión del órgano de difusión oficial *El Centenario*, al lado de Valera, Juan de Dios de la Rada y Delgado, Gaspar Núñez de Arce y Alfredo Vicenti. 2) Comisionado en las mesas directivas de la Exposición Histórica Hispano-Americana y del Congreso de Americanistas, subvencionadas por el Ayuntamiento de Madrid; aunque también asistiría a la organización del Congreso Literario Hispano-Americano, propuesto por la Asociación de Artistas y Escritores de España, en las fiestas del Círculo de Bellas Artes y en el Congreso Pedagógico, del Instituto de Enseñanza Libre. 3) Responsable de Negocios Internacionales de la junta directiva.

³⁸⁴ R. Darío, *Autobiografía...*, op. cit., pp. 89-90.

Así, el “varón activo, culto y simpático” continuó con toda la fuerza que suponen sus adjetivos en las labores del Centenario. Al mediodía del 11 de enero de 1891 se realizó la primera reunión para los preparativos de los festejos, presidida por el presidente del Consejo de Ministros, Cánovas del Castillo. Ese día, mientras uno de los asistentes a la reunión, el representante oficial de Portugal, conde de Casal Riveiro, manifestó que requería de la autorización oficial de su gobierno para continuar como representante de su país ante la junta directiva del Centenario, Vicente Riva Palacio se apresuró a exponer que “tenía ya poderes del presidente de la República para cooperar a la celebración del Centenario, y por tanto que su intervención en la junta tenía desde un principio carácter oficial, de lo cual se congratulaba porque respondía a sus sentimientos y a las simpatías de su país por España.”³⁸⁵

Cinco días después, el 16 de enero, la siguiente reunión fue convocada por el presidente de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, el poeta Gaspar Núñez de Arce. La cita fue en la casa del escritor y asistieron los representantes oficiales de Hispanoamérica, en una comitiva en la que también se encontraba Riva Palacio. El motivo principal de la junta era comenzar la organización del Congreso Literario que sería sostenido por la Asociación. “En la Junta reinó el deseo de estrechar y fortalecer, por medio de la comunidad de sentimientos y relaciones en el terreno literario, los lazos que deben existir entre pueblos del mismo origen y de igual idioma.”³⁸⁶

El 23 de febrero, alrededor de las seis de la tarde, se realizó la segunda sesión preparativa de la junta directiva, a la que desde luego también asistió el embajador mexicano. En la extensa sesión que se prolongó por más de dos horas de minutos y

³⁸⁵ Sin firma, “Diario de avisos de Madrid”, *La Correspondencia de España*, a. XLII, núm. 11970 (12 de enero de 1891), p. 4.

³⁸⁶ Sin firma, “Centenario de Colón”, *La Iberia*, a. XXXVIII, núm. 12291 (17 de enero de 1891), p. 1. También Sin firma, “Centenario de Colón”, *El Heraldo de Madrid*, a. II, núm. 80 (17 de enero de 1891), p. 3.

minutas, Riva Palacio debía presentar avances sobre la encomienda de buscar la casa editora que publicaría el periódico *El Centenario* desde donde se difundirían los avances de las celebraciones, además serviría de órgano difusor de las reflexiones y las conferencias más importantes que aparecieran en los programas de las fiestas. Riva Palacio acudió a la casa tipográfica que ya conocía en Barcelona, con Jaume Ballescà y su compañía Espasa quien, anunció el diplomático ante el pleno de la junta, se comprometió a publicar un periódico ilustrado, “sin que la empresa solicite otra subvención que la propiedad de los artículos que se publiquen”.³⁸⁷ Asimismo, se acordó que la dirección quedaría constituida por el mismo Vicente Riva Palacio, Juan Valera, Juan de Dios de la Rada y Delgado, Gaspar Núñez de Arce y Alfredo Vicenti; y “que no se publique índice de colaboradores, y que se invite a los más ilustres publicistas españoles y extranjeros a que colaboren en dicha publicación.”³⁸⁸

Aún así, las labores del general para la ejecución del Centenario fueron más allá de las tareas que en principio se le habían confiado. Durante el mes de febrero escribió al gobierno de México para comunicarle la necesidad de organizar una Junta Colombina que diera prioridad a la formación de la delegación mexicana que participaría, principalmente, en la Exposición Histórica y, en la medida de las posibilidades, en todos los festejos del IV Centenario. Pero Riva Palacio también tenía la difícil encomienda de convencer al gobierno de Estados Unidos de Norteamérica para que se sumara a los festejos. La misión no era sencilla porque para entonces el gobierno norteamericano ya organizaba la World's Columbia Exposition of Chicago, que se celebraría en 1893.³⁸⁹

³⁸⁷ Sin firma, “Diario de avisos de Madrid”, *La Correspondencia de España*, a. XLII, núm. 12013 (24 de febrero de 1891), p. 4.

³⁸⁸ *Ibidem*.

³⁸⁹ De hecho, las gestiones de Riva Palacio fueron exitosas, primero porque Estados Unidos había argumentado en principio su posible no participación debido a la aparente desorganización del gobierno español y porque, en sí, el gobierno norteamericano ya preparaba los festejos de Chicago. No obstante, se envió una selecta colección de más cinco mil piezas arqueológicas, procedentes de diversas

La verdad es que las labores de Riva Palacio podrían calificarse de colosales si seguimos su empeño dirigido hacia todas las direcciones involucradas en las fiestas del Centenario. Obviamente estaba obligado a negociar con el gobierno y los intelectuales españoles, además del gobierno mexicano, pero también lo hacía con los norteamericanos. Y no faltó el tiempo en el que la organización de las fiestas también le solicitara atención especial para motivar la participación de las naciones hispanoamericanas. Para ello, laborioso como siempre, convocó a los representantes hispanoamericanos a una primera reunión en el hotel sede de su embajada, a mediados de abril, para “concertar una acción común para activar los trabajos de la Exposición [Histórico Hispano-Americana], promover la concurrencia de objetos y establecer relaciones entre los gobiernos, las comisiones y los citados representantes.”³⁹⁰

En México, apenas llegó la misiva de Riva Palacio donde solicitaba la organización de la Junta Colombina que participaría en la Exposición Histórica Hispano-Americana, asomaron los primeros nombres que pretendían sumarse a la comisión constituida de manera oficial el 9 de mayo,³⁹¹ y que sería la encargada de seleccionar las piezas prehispánicas mexicanas que se exhibirían en la Exposición de Madrid. La presidencia de la Junta fue ocupada por uno de los fundadores de la Academia Mexicana correspondiente a la Española, Joaquín García Icazbalceta, y como secretario fue designado Francisco Sosa, el gran confidente intelectual del embajador de México en España. Además, se sumaron a la junta los intelectuales: Alfredo Chavero,

colecciones de toda la Unión Americana. “Las colecciones enviadas por Estados Unidos a la Exposición Histórico-Americana resultaron ser testimonio de un cuidadoso y selecto trabajo en antropología, arqueología e historia.” (Dení Ramírez Losada, “La exposición histórico-americana de Madrid de 1892, y la ¿ausencia? de México”, *Revista de Indias*, vol. LXIX, núm. 246 (2009), p. 16).

³⁹⁰ Sin firma, “Centenario de Colón”, *La Iberia*, a. XXXVIII, núm. 12396 (25 de abril de 1891), p. 2.

³⁹¹ D. Ramírez Losada, “La exposición histórico americana...”, *op. cit.*, p. 4.

José María Agreda, José María Vigil, Francisco del Paso y Troncoso, Antonio Peñafiel, Francisco Pimentel y Crescencio Carrillo Ancona.³⁹²

La mayoría de ellos eran intelectuales historiadores más o menos conocidos en Madrid, ya que pertenecían a la Real Academia de la Historia a donde enviaban con regularidad sus obras y también con regularidad eran comentadas por los medios españoles. Por ejemplo, de Francisco Sosa, el *Archivo Diplomático y Consular* había reseñado su obra *Biografía de mexicanos distinguidos*, del que calificó como un cuadro perfecto “una galería donde resplandecen los altos hechos de los hijos más distinguidos de México, que si de una parte ilustra por manera principalísima la historia de aquel pueblo, sirve por otra de noble ejemplo a las futuras generaciones.”³⁹³ Sobre Alfredo Chavero, que ingresó a la Academia en 1884, se difundirán sus conocimientos como arqueólogo, que lo llevaron a descubrir la Piedra del Sol, y sus dotes de paleógrafo le permitieron interpretar los códices Aubín y Borgia.³⁹⁴ De Francisco Pimentel *La Ilustración Española y Americana* ya había publicado una semblanza en la que destacaba su “vasta erudición” unida a “una laboriosidad tanto más digna de elogio”, para luego nombrar la bibliografía del mexicano: *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*, *Memoria sobre la raza indígena de México*, *Economía política aplicada a la propiedad territorial*, *Diccionario de Historia y Geografía*, entre otros.³⁹⁵ El sitio de trabajo de la Junta fue el Museo Nacional, en el Paseo de la Reforma de la Ciudad de México, frente al Castillo de Chapultepec, donde

³⁹² J. Ortiz Monasterio. “Patria”, *tu ronca voz me repetía...*, op. cit., pp. 257-258.

³⁹³ Sin firma, “Bibliografía”, *Archivo Diplomático y Consular de España*, a VI, núm. 229 (8 de agosto de 1888), p. 7.

³⁹⁴ Sobre la recepción de la obra de Chavero en la Real Academia de Historia, véase: Sin firma, “Extranjero”, *La Iberia*, a. XXVIII, núm. 2050 (11 de septiembre de 1881), p. 2 y Adolfo Llanos, “Sahagún y su historia de Méjico”, *El Día*, núm. 926 (11 de diciembre de 1881), pp. 5 y 6.

³⁹⁵ Eusebio Martínez de Velasco, “D. Francisco Pimentel”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXIV, núm. XIV (15 de abril de 1880), p. 3.

se montaron talleres especiales de imprenta, dibujo, litografía, carpintería, fotografía y vaciado.³⁹⁶

Para cumplir con su cronograma de trabajo, en la mañana del 19 de diciembre de 1891, Riva Palacio convocó nuevamente a algunos embajadores de Hispanoamérica para sostener una reunión en el domicilio de la Embajada de México, y así continuar con las labores de organización de la Exposición Histórica Hispano-Americana. Al llamado acudieron los ministros de Argentina, Perú, Costa Rica, Uruguay, República Dominicana y Guatemala. El principal punto de la cita fue resolver lo relativo a las dificultades de financiamiento para la Exposición. Al respecto, el embajador mexicano apuntó que “su gobierno ha presentado al parlamento un proyecto de ley pidiendo un crédito de 500 mil pesetas” para destinarlos a la organización. Los representantes de Colombia, Costa Rica y de República Dominicana no permitieron que la solvencia mexicana los dejara fuera del protagonismo, y aseguraron que sus países trabajaban en el mismo procedimiento: solicitar dinero al poder legislativo para solventar los gastos que implicaban participar en la exposición.³⁹⁷

Otro hecho demuestra el ánimo desigual en el campo intelectual español, ante el IV Centenario del Descubrimiento de América. Ramón del Valle-Inclán, una de sus figuras más importantes y carismática, se embarcó rumbo a México el 12 de marzo de 1892, a bordo del trasatlántico francés *Le Havre*. Para el 8 de abril, “con un horizonte que ríe bajo el hermoso sol” --escribió en uno de sus artículos, para el periódico mexicano *El Universal*--³⁹⁸ ya deshacía maletas en el puerto de Veracruz, donde fue

³⁹⁶ D. Ramírez Losada, “La exposición histórico-americana...”, *op. cit.*, p. 7.

³⁹⁷ Sin firma, “Centenario del descubrimiento de América”, *Archivo Consular y Diplomático*, a. IX, núm. 386 (24 de diciembre de 1891), p. 4. También en Sin firma, “Centenario de Colón”, *La Iberia*, a. XXXVIII, núm. 12628 (19 de diciembre de 1891), p. 1.

³⁹⁸ William L. Fichter, *Publicaciones periodísticas de don Ramón Valle-Inclán anteriores a 1895*. México, El Colegio de México, 1952, p. 168. Además de éste libro, otra de las crónicas más detalladas de la presencia de Valle-Inclán en México se puede leer en: Luis Mario Schneider, *Todo Valle-*

cobijado por la colonia española que pronto le encontró trabajo en la prensa de la capital del país.³⁹⁹ Llevaba consigo cartas de recomendación de Emilio Castelar dirigidas a Telésforo García. La primera impresión de México sirve para confirmar sus prejuicios fundados del escritor: “Ráfagas venidas de las selvas vírgenes, tibias y acariciadoras como alientos de mujeres ardientes, juegan en las jarcias; y penetra y enlanguidece el alma, el perfume que se siente subir del oleaje casi muerto.” Más adelante el joven escritor buscará el recuerdo de sus lecturas de niño “narraciones medio históricas, medio novelescas”, sobre la fundación de la Nueva España a manos de Hernán Cortés, que se convertirá en el gran personaje de sus referencias mexicanas.⁴⁰⁰

En otro de sus textos escritos por esa época en México habló sobre las diferencias entre poesía europea y poesía americana, con tópicos meramente estéticos y apenas políticos o estéticos. La poesía europea le parece “poesía de inteligencias enloquecidas o desequilibradas; de hombres que sufren una exaltación mística, que muchas veces no está en el alma, sino en los nervios, y en el cerebro, vibrante por la lectura de algún moderno, sugestivo y maníaco”; mientras que la hispanoamericana, aunque sólo cita a autores mexicanos, dice que han asimilado mejor el espíritu helénico: “Quizá pudiera hallarse la explicación de esta influencia --de esta conexión, por mejor decir-- en la semejanza de los pueblos jóvenes de América, que viven bajo un cielo alto y azul, propicio al arte, con Grecia y Roma, en sus albores. Son libres y aman la libertad: son jóvenes y fuertes y sienten la alegría de vivir.”⁴⁰¹

Inclán en México. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Difusión Cultural, 1992.

³⁹⁹ *Ibidem*, pp. 11 y 12.

⁴⁰⁰ *Ibidem*, p. 168.

⁴⁰¹ *Ibidem*, pp. 210-211.

Con todo y la referencia directa a Díaz Mirón, y su permanencia en México que repetirá en 1922 por invitación del general Álvaro Obregón,⁴⁰² pareciera que en Madrid, Valle-Inclán solo mantuvo contacto fraternal con Alfonso Reyes, Genaro Estrada, Manuel Horta y Luis G. Urbina. Incluso, con el paso del tiempo, desconocerá su afición de juventud por el poeta de *Lascas*, y a pesar de que Amado Nervo le llegó a dedicar un cuento, no lo consideraba un poeta destacado.⁴⁰³ “Es preferible --decía Valle-Inclán-- conocer a los escritores a través de sus obras y a larga distancia.”⁴⁰⁴ Si bien existió esta reticencia, México será una presencia recurrente en su literatura como se demuestra en las novelas *Sonata de estío*, *Memorias del marqués de Bradomín*, *Cuento de abril* y *Voces de gesta*, además de las obras teatrales *La marquesa Rosalinda* y *Hernán Cortés*. En todas ellas existe, uno de los temas principales, es indagar sobre la presencia de la monarquía española y la propagación de la cultura española en América. México aparece como un motivo (además exótico) para confirmar la cultura hispana, ya que es una extensión de la monarquía y una prueba de la diseminación cultural de España.⁴⁰⁵

La figura de Hernán Cortés es la suma arquetípica del pensamiento de Valle-Inclán sobre la españolidad y su relación, nunca menos conflictiva, con América. De ahí la siguiente imagen de Valle-Inclán, su recuerdo del llamado “árbol de la noche triste”, el ahuehuete donde, supone la leyenda histórica, Hernán Cortés lloró luego de la muerte de la mitad de su ejército en una de las primeras batallas que libró antes de la Conquista de México. Parado frente a ese árbol colosal, dice el escritor español:

Jamás he sentido una emoción más aguda, más socarradora, más fiera y más tierna a la vez, que la que me invadió ante el coloso. Era por la tarde. En medio de la

⁴⁰² Valle-Inclán fue un admirador de la Revolución Mexicana, desde los caudillos del campo de batalla, como Pancho Villa o el mismo Álvaro Obregón, hasta los líderes políticos, como Plutarco Elías Calles y Lázaro Cárdenas. (Ramón María del Valle-Inclán, *Entrevistas, conferencias y cartas*. Valencia, Pre-Textos, 1994, pp. 381-383).

⁴⁰³ *Ibidem*, pp. 253 y 254.

⁴⁰⁴ L. M. Schneider, *Todo Valle-Inclán...*, *op. cit.*, p. 78.

⁴⁰⁵ Ramón María del Valle-Inclán, *Entrevistas...*, *op. cit.*, p. 79.

llanura verde, en la que los maizales cabecean, se alza el árbol, que es viejo, decrepito y que tiene carcomido el tronco y la cima tronchada por el rayo. Le llaman los indios ‘ahuehuate’, que significa ‘tambor de agua’, por el ruido sordo que al azotarle produce la lluvia. De las ramas, que son de un oscuro verde melancólico, lo mismo que las de los cipreses, le cuelgan unas a manera de telarañas, que hace el efecto de pobladísimas y sedosas barbas sucias. Ya estas telarañas le dicen los indios barbas de españoles. ¡Barbas de españoles!⁴⁰⁶

Es revelador el triple simbolismo de la imagen evocada por Valle-Inclán. La manera en que Cortés, el conquistador español, se apoya sobre el ahuehuate para continuar con su empresa, establece un paralelismo entre la visión cansina del mismo árbol, maltrecho y carcomido, creciendo sobre el suelo mexicano. En ese momento, pareciera que la pesadumbre de Cortés se mimetiza en el árbol. A pesar de que algunas de las opiniones de Valle-Inclán proyectan visos de una relación moderna entre España y México, prevalece la opinión de que España se apoya o se prolonga en México, como lo hace el ahuehuate de Hernán Cortés. La evocación de Valle-Inclán es dinámica: Al árbol cansino le crecen barbas de español y para propagarse sus sedimentos crecen en suelo mexicano.

⁴⁰⁶ *Ibidem*, pp. 185 y 186.

CAPÍTULO 4

LAS NACIONES Y SUS MODERNIDADES

LOS AMBIENTES DE LA ORGANIZACIÓN DEL CENTENARIO

En 1892 en la capital de España el ambiente que respiraban los organizadores del IV Centenario del Descubrimiento de América era de relativa tranquilidad y menos insidioso que el de México. O tal vez los pleitos entre los organizadores españoles se diluían bajo el vendaval tormentoso por el que cruzaba la nación: inundaciones en Toledo y Consuegra, incendios en Santander y una creciente crisis económica en la capital.⁴⁰⁷ Ante las catástrofes, de las que se tuvieron noticias en México, Carmen Romero Rubio, esposa del presidente Porfirio Díaz, a quien se le reconocían sus dotes filantrópicas, realizó una donación de la que la prensa no estimó cantidad pero que provocó la consideración de la Reina María Cristina para entregarle a la primera dama mexicana la Banda de la Dama Noble de María Luisa.⁴⁰⁸

Al acercarse las fechas de inicio oficial del Centenario, todas las instancias involucradas comenzaron a ajustar detalles. Durante el mes de abril de 1892 se alistaron las últimas mejoras del nuevo edificio de la Unión Iberoamericana, con estancias agradables para albergar a los numerosos delegados hispanoamericanos que venían llegando a Madrid desde un par de años atrás. El 17 de mayo de 1892, se celebró una reunión oficial, convocada por Núñez de Arce, en la que Riva Palacio fue electo vicepresidente de la junta organizadora de los festejos por parte de la Asociación de Artistas y Escritores Españoles.

A mediados del verano de 1892,⁴⁰⁹ sumando nombramientos, comisiones y representaciones, con una inabarcable agenda de trabajo, Riva Palacio debió mostrarse

⁴⁰⁷ José Álvarez Junco, “España en 1892”, *América del 92. Revista del V Centenario*, núm. 4. (abril-junio de 1990), p. 3.

⁴⁰⁸ Sin firma, “España y México”, *Archivo Diplomático y Consular de España*, a. X, núm. 396 (8 de marzo de 1892), p. 6.

⁴⁰⁹ A principios del verano, se daban noticias candentes sobre la sobrevivencia del periodismo mexicano en tiempos del Porfiriato. En *El Heraldo de Madrid*, luego de reseñar el duelo entre directivos

un tanto ansioso ante la cercanía de los festejos. La sección oficial del gobierno español convocó en agosto otra sesión preparativa en casa de Antonio Cánovas, adonde acudió el general. A los pocos días, Riva Palacio recibió otro memorándum donde le informaba la minuta de la próxima reunión de intelectuales en el Círculo de Bellas Artes. Allí fue, otra vez, el general.⁴¹⁰ Y las actividades aún no terminaban: el 20 de septiembre, como parte de los preparativos y los festejos, la Unión Iberoamericana inauguró su nuevo local en el número 65 de la calle Alcalá, donde también estuvo presente Riva Palacio.⁴¹¹ Luego, tomó aliento para esperar a la delegación de representantes de su patria, que ya anunciaba su llegada.

A grandes rasgos, la delegación mexicana se conformó con el propósito de ofrecer una nueva imagen del país de cara a las naciones europeas. México esperaba ser valorado como una nación armónica y progresista en contraposición a su pasado anárquico. Por el papel protagónico que se les encomendó a intelectuales como Riva Palacio, Francisco del Paso y Troncoso o Manuel Payno, además de sus trabajos histórico, sociales y antropológicos, la delegación mexicana en el Centenario trataba de exponer la configuración moderna de su identidad nacional, para “demostrar que la población mexicana era tan ‘normal’ como las poblaciones de otros países (léase europeos).”⁴¹²

Pero la delegación mexicana mostró fisuras en su organización, atribulada por las diferencias ideológicas de sus integrantes, como el liberal Francisco Sosa, nombrado

de dos periódicos del estado de Chihuahua, hablaban del periodista católico Victoriano Agüeros que supuestamente se habría batido en duelo con Ramón del Valle-Inclán. La nota no trascendió, ni se le dio seguimiento a la información. Sin firma, “De todas partes”, *El Heraldo de Madrid*, a. III, núm. 597 (21 de julio de 1892), p. 1.

⁴¹⁰ Sin firma, “Última Edición”, *La Correspondencia de España*, a. XLIII, núm. 12544 (10 de agosto de 1892), p. 3.

⁴¹¹ Sin firma, “La Unión Iberoamericana”, *El Heraldo de Madrid*, a. III, núm. 689 (21 de septiembre de 1892), p. 2. También véase: Sin firma, “La Unión Iberoamericana”, *El Liberal*, a. XIV, núm. 4840 (21 de septiembre de 1892), p. 2.

⁴¹² D. Ramírez Losada, “La exposición histórico-americana...”, *op. cit.*, p. 28.

secretario por Vicente Riva Palacio. En las cartas que Sosa dirigió al general, se quejó con amargura de las malas labores del arqueólogo Leopoldo Batres y del historiador José María Vigil, éste último tildado de “rémora” que no ayudaba a la organización de la junta colombina. Asimismo, señaló sus diferencias con el arqueólogo y antropólogo más destacado del equipo, Francisco del Paso y Troncoso, quien pretendía enviar a la Exposición Histórica la reimpresión de una serie de catálogos que Sosa consideraba apócrifos. A la postre, Del Paso y Troncoso será uno de los intelectuales más entusiastas de la Exposición Histórica Hispanoamericana, y sus documentos han sido validados por la antropología y la arqueología moderna. La última de las disputas de Sosa lo confrontó con Manuel Payno. Ambos aspiraban a la representación oficial de México durante la Exposición Histórica, sin embargo, el presidente de la nación, Porfirio Díaz, declinó por Manuel Payno. “El nombramiento del señor Payno fue acordado por el presidente, a solicitud del mismo Payno”, explicó Riva Palacio en otra epístola remitida a Sosa. En respuesta, Sosa atribuía las confrontaciones en la delegación porque en su convocatoria “se cuidó de buscar más bien *nombres conocidos* que hombres de trabajo”.⁴¹³

La junta directiva de la delegación mexicana (en cuya lista final no figuró el nombre de Sosa), integrada por Francisco del Paso y Troncoso, Jesús Galindo y Villa y Francisco Río de la Loza, arribó a la Villa y Corte el 28 de agosto de 1892 y se hospedó el Hotel de las Cuatro Naciones.⁴¹⁴ Colombia y México fueron los países latinoamericanos que enviaron el mayor número de delegados a las festividades, aunque México disputó con Uruguay el papel protagónico de las naciones hispanoamericanas. El protagonismo colombiano y uruguayo respondía a razones políticas. Tanto Colombia como Uruguay pugnaban por el beneplácito español que les favoreciera en la delimitación de sus fronteras nacionales con Venezuela y Argentina, respectivamente.

⁴¹³ J. Ortiz Monasterio, “*Patria*”, *tu ronca voz me repetía...*, *op. cit.*, p. 260.

⁴¹⁴ Sin firma, “Extranjero”, *El Día*, núm. 492 (29 de agosto de 1892), p. 2.

Pero si Colombia superó a México en número de representantes oficiales, con 24, México envió a 87 personas: 23 delegados oficiales más la banda militar del 8º Regimiento de Caballería de México, integrada por 64 miembros. Además, México había destinado varios agentes para cubrir casi todos los congresos a realizarse durante las festividades, incluidos los de orden jurídico, económico, masónico y literario. La prensa matritense terminó por distinguir la participación mexicana como una de las más interesantes en el Centenario, a pesar de que el tequila llegó a Madrid con un poco de retraso para las celebraciones inaugurales pero justo a tiempo para las fiestas de la clausura.⁴¹⁵

La delegación mexicana tenía la siguiente nómina:⁴¹⁶ Agapito Ortiz Jiménez, delegado; Francisco León de La Barra, diputado; Matías Romero, miembro de la legación de México en Estados Unidos de Norteamérica; Francisco del Río de la Loza, delegado; Francisco del Paso y Troncoso, director del Museo Nacional de Historia y Arqueología; Francisco Plancarte, presbítero de Tacubaya; Francisco Sosa, secretario de la Junta Colombina de México; Francisco A. Icaza, segundo secretario de la Legación de México en Madrid; Irineo Paz, director del periódico *La Patria*; José María Vigil, director de la Biblioteca Nacional; Jesús Galindo y Villa, historiador; José T. Viesca, director del periódico *El Coahuilense*; Luis Bretón y Vedra, cónsul general en Lisboa; Manuel Gómez Velasco, delegado; Manuel Payno, cónsul general en Barcelona; Prisciliano María Díaz y González, representante de la Prensa Asociada; Pedro Rincón Gallardo, embajador en Rusia; Fernando del Castillo, delegado; Rafael Rebollar, delegado de la Exposición Histórica; Mariano Escobedo, agregado de la legación en

⁴¹⁵ *Ibidem*, p. 261.

⁴¹⁶ Sin pertenecer de manera oficial a la delegación, por lo que su nombre no aparece en la nómina de la comisión, también cruzó por Madrid el virulento editor mexicano Gonzalo A. Esteva que se estrenaba como diplomático en Italia.

Madrid; Manuel Iturbe, agregado de la legación en Madrid; Antonia Ochoa de Miranda, cantante soprano, y 64 miembros de la Banda del Octavo Regimiento Militar.

A bordo de la fragata militar *Zaragoza*, adquirida de manera *ex profeso* para transportar a la delegación mexicana, a mediados del mes de septiembre llegaron a puerto español los 84 delegados en un desfile ornamentado por las casi tres mil piezas arqueológicas, obras de arte y los instrumentos musicales de la banda de guerra. La turba desembarcó en las costas de Cantabria, donde la Compañía Trasatlántica Española, propiedad del mutualista Claudio López Bru, marqués de Comillas, trazó la ruta de llegada de la expedición. Riva Palacio no tardó en convencer a la junta organizadora de las fiestas que girara cartas de agradecimientos al Marqués, reconociendo las atenciones especiales de su Compañía.⁴¹⁷ Luego la colorida comitiva abordó un ferrocarril que la llevó a la estación y las calles de Madrid.

La banda militar de México fue todo un suceso en la Villa y Corte,⁴¹⁸ y animó el programa de los festejos cuando parecía decaído. En la última semana de septiembre de 1892, el emocionado Vicente Riva Palacio, que tanto gustaba de las tertulias y los banquetes (ya eran proverbiales las fiestas de la Embajada de México, oficiadas

⁴¹⁷ Sin firma, “La Junta Directiva del centenario”, *Archivo Diplomático y Consular de España*, X, núm. 423 (30 de septiembre de 1892), pp. 5 y 6.

⁴¹⁸ Donde se presentaba la banda mexicana, recibía las mejores recepciones por parte del auditorio y de la prensa. Por ejemplo, el 7 de noviembre de 1892, en la inauguración del Congreso Jurídico Iberoamericano, se dijo: “la admirable banda de música mexicana dejó oír buena parte de su original repertorio, que cada vez se oye con más gusto y se aplaude con más entusiasmo. El efecto que producen los músicos al acompañar a los instrumentos con sus voces es realmente original. El *entrain* de estos mexicanos es sólo comparable al de esos artistas *tzinganos* que, al interpretar a los arrebatadores vales de Strauss, parecen comunicas a las cuerdas de sus violines todas las vibraciones de sus nervios y todos los latidos de su corazón”. (Sin firma, “La vida madrileña. Recepción en el hotel de los señores Cánovas”, *La Iberia*, a. XLIV, núm. 1424 (8 de noviembre de 1892), p. 1).

Al término de los festejos, el director de la banda mexicana, el capitán Payén, fue homenajeado por la Junta Directiva de la Sociedad de Compositores Españoles y Editores Propietarios de Obras Musicales. El evento se realizó en el restaurante Inglés, “en el que al destaparse el champagne se pronunciaron entusiastas y patrióticos brindis por México y España y la prosperidad del arte musical en ambos países”. Sin firma, “Exposición Histórico-Europea”, *La Correspondencia de España*, a. XLIII, núm. 12651 (25 de noviembre de 1892), p. 3.

religiosamente todos los sábados⁴¹⁹), preparó un festejo en la Embajada. *La Correspondencia de España* recogió una crónica colorida, de la que conviene citar algunos fragmentos para percibir el entusiasmo con el que se festinó a los mexicanos:

Guirnaldas de gas encerraban en diademas de luces al águila mexicana, y bajo el escudo de su patria y en el jardín de hotel se instaló la banda de música que ha venido de México, y que después de rendir homenaje a la Reina de España festejó anoche al representante de su país. [...]

Por los abiertos balcones del hotel penetraban las armonías de la orquesta y los recuerdos de México que ahí se guardaban parecían resucitar a los ecos belicosos del himno nacional de aquel país y ante los compases dulcísimos de sus danzas[...].

No sólo los invitados del general Riva Palacio escuchaban la serenata; un público numeroso llenaba la parte de la calle de Serrano, donde está el hotel y la calle de Recoletos, viéndose llenos de gente los balcones de las casas vecinas.

--¡Viva México! --exclamaban los oyentes entusiasmados.

--¡Viva España! --contestaban los músicos.⁴²⁰

Pero la fiesta incomodó al sector más mesurado de la prensa. *El Heraldo de Madrid* reportó “algunos alborotos” aunque los justificó debido al gran número de personas que asistieron al banquete.⁴²¹ El satírico *Don Quijote* no fue tan condescendiente en su columna “Lanzadas”, dedicada a dar traspies a los personajes de la vida social de Madrid, donde recordó las fiestas excesivas de Riva Palacio. Ironizando porque el embajador no cedió el honor de la primera serenata de la banda de la reina, *Don Quijote* señaló: “El general Riva Palacio no quiso que la primera tocata de la banda de música que ha venido de México sea para él. La cedió galantemente a la viuda de don Alfonso. ¡Qué fino es el representante mexicano! ¡Música!

⁴¹⁹ Sin firma, “Notas de sociedad”, *Actualidades* (enero-junio de 1893), p. 188.

⁴²⁰ No está por demás anotar algunos de los nombres de los asistentes registrados por el cronista: la familia de la duquesa de Tetuán, su hermana y sus hijas; las condesas de Encina y de Azmir; las señoras de Bosch y de Huescar, “y un grupo de peruanos formado por los ministros, sus hijas y la secretaria, que valía verdaderamente un Perú”. Entre los caballeros estaban el ministro de Guerra, el subsecretario de Hacienda, Navarro Reverter, los académicos Núñez de Arce y Menéndez Pelayo, el alcalde Bosch, los señores López Guijaro, Azmir, Huesca, Mata, Shartuo, marqués de Borges y una serie de ministros americanos. (Sin firma, “México en Madrid”, *La Correspondencia de España*, a. XLIII, núm. 12605 (10 de octubre de 1892), p. 3.)

⁴²¹ Sin firma, “Noticias”, *El Heraldo de Madrid*, a. VI, núm. 1950 (10 de octubre de 1892), p. 2.

¡Música!”⁴²² En respuesta a esta aparente descortesía mexicana, la banda preparó una serenata pública en la Plaza de la Armería. En la noche del 3 de octubre de 1892,⁴²³ los músicos se situaron debajo de las habitaciones reales y ofrecieron un concierto que atrajo a dos mil personas, que escucharon las interpretaciones de *La Carine*, de Ganne; *Guillermo Tell*, de Rossini; *Scenes napolitanes*, de Massonet; *Thenighalarm*, de Reaves; *Cádiz*, de Chueca; *Lohengrin*, de Wagner; *La Gioconda*, de Puchielli; y *María*, de García.⁴²⁴

FESTEJOS EN LA UNIÓN, EN EL ATENEO Y EN LA ASOCIACIÓN DE ESCRITORES

Si antes de 1892 España estaba preparada para el Centenario, al comenzar el año se organizaron los programas de un sinfín de eventos. Sobre todo congresos, donde Riva Palacio alcanzó siempre un rol protagónico: vicepresidente de organización del IX Congreso Internacional de Americanistas, orador oficial del Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano,⁴²⁵ participante del Congreso Jurídico Iberoamericano,⁴²⁶ representante (junto a Manuel Payno) de la Sociedad Mexicana de Geografía e Historia y miembro de la mesa de honor del Congreso Geográfico Hispano-Portugués,⁴²⁷ vicepresidente del Congreso Militar Hispano-Portugués-Americano, vicepresidente del Congreso Mercantil Hispano-Americano-Portugués, miembro de organización del Congreso Literario Hispanoamericano, y Congreso de Librepensadores, al que también se invitó a otros dos masones mexicanos, Manuel

⁴²² Sin firma, “Lanzadas”, *Don Quijote*, a. I, núm. 3 (9 de octubre de 1892), p. 3.

⁴²³ S, “La serenata”, *La Vanguardia*, a. XII, núm. 3379 (5 de octubre de 1892), p. 4.

⁴²⁴ Sin firma, “La música mexicana”, *El Heraldo de Madrid*, a. III, núm. 707 (9 de octubre de 1892), p. 2.

⁴²⁵ Sin firma, “Noticias generales”, en *Gaceta de Instrucción Pública*, a. V, núm. 135 (25 de enero de 1893), p. 7.

⁴²⁶ También se debería añadir la participación del delegado de la Academia de Jurisprudencia de México, Prisciliano María Díaz González.

⁴²⁷ Malatesta, “Centenario de Colón”, *España y América*, a. 1, núm. 40 (2 de octubre de 1892), pp. 7 y 8.

Payno e Ignacio Manuel Altamirano.⁴²⁸ Porque no fueron de su interés o porque era imposible asistir a todos los congresos, Riva Palacio no participó en el Congreso Católico, ni en el Congreso Africanista, ni en el Congreso Espiritista. En total, durante las celebraciones se llevaron a cabo once congresos internacionales, tres exposiciones de carácter internacional, amén de una vehemente actividad editorial que quedó recogida en los principales diarios y revistas de la época. Las exposiciones aludidas son: la Exposición Histórico-Americana, la Exposición Histórico-Europea [en la que los mexicanos Vicente Riva Palacio, Francisco Plancarte y Fernando del Paso y Troncoso participaron como jurados] y la exposición de Bellas Artes.⁴²⁹

En los primeros días de octubre se publicó el programa oficial de las celebraciones. Del 13 al 15, fiestas estudiantiles en el Retiro y fuegos artificiales en las plazas de Cibeles y de Alonso Martínez; el 18, inauguración del Congreso Geográfico Hispanoamericano; el 19, inauguración de la Exposición de la Escuela Modelo; el 21, inauguración de las Exposiciones Históricas Europea e Hispanoamericana; el 23, inauguración de la Exposición de Bellas Artes; el 25, arribo de los Reyes de Portugal; el 27, corrida de toros ofrecida por el Ateneo Hispano-Portugués; el 28, cabalgata de los gremios (que luego fue cambiada al día 3 de noviembre). Quedaron algunos eventos fuera de programa, porque a pesar de que estaban por comenzar las celebraciones, aún no se definía su organización.⁴³⁰

⁴²⁸ Sin firma, “Congreso universal de libre-pensadores”, *El Imparcial*, a. XXVI, núm. 9117 (4 de octubre de 1892), p. 3.

Aunque Altamirano se encontraba en la Embajada de México en Francia, nunca se sintió muy cómodo en España donde ocupó por un breve periodo el Consulado de Barcelona. Luego permutó el cargo con Manuel Payno, quien fue a París durante algunos meses de 1890. Sin firma, “Movimiento del personal”, *El Archivo Diplomático y Consular de España*, a. VIII, núm. 306 (8 de abril de 1890), p. 7.

⁴²⁹ D. Ramírez Losada, “La exposición histórico-americana”..., *op. cit.*, p. 2.

⁴³⁰ Así sucedió con el programa musical de la Compañía de conciertos en el Teatro Real y la presentación del Dispensario de Alfonso XIII, que aseguraban, a bomba y platillo, la participación de los oradores Segismundo Moret, Alejandro Pidal, Vicente Riva Palacio y Juan Zorrilla de San Martín, además de la lectura de poemas de José Zorrilla, Gaspar Núñez de Arce y Manuel del Palacio. Por eso, al asumir una voz oficialista, *El Heraldo de Madrid* advertía: “Prepárense otros muchos festejos; hállese de

A grandes rasgos, la aspiración romántica de la sección de Literatura y Lengua de los festejos --el gran sustento ideológico del IV Centenario-- era crear una defensa de la lengua española, por lo que se solicitó la participación de cuatro instituciones como organismos operativos de la organización: la Unión Iberoamericana, el Ateneo de Madrid, la Real Academia y la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, cuyas actividades se describen a continuación.

La Unión Iberoamericana

Encabezada por Jesús Pando y Valle, la Unión se dedicó plenamente al Centenario. Comenzó sus preparativos (muchas diatribas políticas y mucha retórica) en 1883 con la intención de glorificar al mundo hispano. Bajo esta hipérbole, declaraba que el Centenario es “la apoteosis que tributa un siglo al hombre de paz que la historia recuerda con mayor entusiasmo”.⁴³¹ Esta retórica confortó el diseño de un programa que exaltaba a las figuras de Cristóbal Colón y Hernán Cortés. Su primera propuesta fue una exposición universal. La Unión apelaba a los reales decretos de 1888, donde se acordó que un buque de guerra transportaría a una delegación oficial española en viaje por Hispanoamérica, invitando a los jefes de estado para participar en el Centenario. El proyecto no se realizó, y la iniciativa se sumó a la organización de la Exposición Histórica Hispanoamericana del Ayuntamiento de Madrid.

recepciones en el Casino de Madrid, en el Círculo de Bellas Artes y en el Ateneo; anúnciese un baile de máscaras en el Real y una velada originalísima en el Teatro de la Princesa; pero nada hay acordado en definitiva, y por esto en ello, como en todo lo demás, haremos las rectificaciones de detalle que sean menester.” (Sin firma, “Del Centenario. Las fiestas”, *El Heraldo de Madrid*, a. III, núm. 706 (8 de octubre de 1892), p. 3). Por cierto, la velada literaria recibió críticas negativas por parte del satírico *Don Quijote* que con sarcasmo se burlaba de “otra participación” de Riva Palacio. (Sin firma, “Lanzadas”, *Don Quijote*, a. 1, núm. 43, (30 de octubre de 1892), p. 3.)

⁴³¹ Jesús Pando y Valle, *El Centenario del Descubrimiento de América*. Madrid, Imprenta de Ricardo Rojas, 1892. p. 212.

También se planeaba edificar un Instituto Iberoamericano donde permanecería una exposición comercial. En ese local se construiría un monumento a Cristóbal Colón, cuyos restos deberían ser transportados a la Catedral de La Habana, donde se edificaría otro monumento. Un tercer émulo se erigiría en Valladolid, previa prueba de comprobación de que ahí yacían realmente los restos del genovés. De igual forma se convocó a un concurso para escribir una monografía sobre Cristóbal Colón, plan avalado por la Real Academia de Historia cuya directiva fungiría como jurado. Como último recordatorio de Colón, todas las naciones de habla hispana deberían reconocer al 12 de octubre como fiesta cívica nacional. Finalmente, se solicitaría a las naciones hispanoamericanas que el 12 de octubre enviaran un buque al Puerto de Palos, donde lanzarían cañonazos de salva para celebrar la fecha. La Unión añadió un último párrafo abierto: “Al par de estos actos de universal resonancia, se organizarán multitud de conciertos, veladas, congresos, representaciones teatrales, retretas militares, iluminaciones, cabalgatas históricas, procesiones cívicas, fuegos artificiales y otros festejos o parecida índole”.⁴³²

El Ateneo de Madrid

Sitio de diplomacia y de reconciliación, el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, “guiado por la necesidad de preparar e ilustrar la opinión del país”⁴³³ diseñó un programa de 55 conferencias agrupadas en cinco apartados: Precedentes, Descripción de América, Estudios colombinos, Descubrimientos y conquistas (donde José Gómez de Arteche abordó la conferencia “La conquista de México”) y Civilización (donde Enrique Aguilera y Gamboa, Marqués de Cerralbo, habló de “El Virreinato de

⁴³² *Ibidem*, pp. 215-218.

⁴³³ J. M. Gómez y A. Mejías Alonso, *Hispanoamericanas...*, *op. cit.*, p. 61.

México”).⁴³⁴ El único representante mexicano en la Mesa Efectiva del Ateneo fue el infaltable Vicente Riva Palacio.⁴³⁵

Para propiciar la participación de intelectuales hispanoamericanos, el Ateneo les dirigió invitaciones personalizadas. La pobre respuesta de los escritores tenía dos argumentos: que les era imposible participar debido a la saturación de trabajos, o que no podían asistir por no contar con los recursos económicos para costear el viaje. Como alternativa, el Ateneo propuso que enviaran sus conferencias y designaran un lector de su preferencia para que las expusiera. De acuerdo al historiador Antonio Sánchez Moguel, que participó en la organización de las conferencias, los hispanoamericanos respondieron con un silencio absoluto.⁴³⁶

El 11 de febrero de 1891, Antonio Cánovas del Castillo inauguró el extenso programa con la disertación “Criterio histórico con que las distintas personas que en el descubrimiento de América intervinieron han sido juzgadas”.⁴³⁷ El 18 de enero de 1892 Vicente Riva Palacio leyó *Establecimiento y propagación del cristianismo en Nueva España*, que posteriormente editó Sucesores de Rivadeneyra, donde exaltó el carácter mestizo de la nación mexicana, hipótesis que también expuso en la biografía sobre el

⁴³⁴ S. Bernabeu Albert, 1892: *el IV Centenario...*, *op.cit.*, pp. 62-64.

⁴³⁵ Además de Riva Palacio, otra escritora mexicana alcanzó un papel relevante en las festividades organizadas por el Ateneo. Por esas fechas, Refugio Barragán y Toscano publicó en *La Unión Iberoamericana*, un ensayo en cuatro entregas: “Sor Juana Inés de la Cruz (poetisa mexicana)”, 2ª época, a. VIII, núm. 4 (30 de agosto de 1890), pp. 38 y 39; “Sor Juana Inés de la Cruz (poetisa mexicana)”, 2ª época, a. VIII, núm. 5 (7 de septiembre de 1890), p. 56; “Sor Juana Inés de la Cruz (poetisa mexicana)”, 2ª época, a. VIII, núm. 6 (14 de septiembre de 1890), p. 64; y “Sor Juana Inés de la Cruz (poetisa mexicana)”, 2ª época, a. VIII, núm. 7 (22 de septiembre de 1890), p. 77. La poeta suscitó cierta polémica sobre la “nacionalidad” de su poesía, disputada entre México y España. Véase Hans-Otto Dill, “La recepción de Sor Juana en España”, en *América en España: influencias, intereses, imágenes*. Madrid, Iberoamericana, 2007. pp. 315-332.

⁴³⁶ Antonio Sánchez Moguel, *España y América. Estudios históricos y literarios*. Madrid, Imprenta y litografía del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, 1895, p. 248.

⁴³⁷ Rafael M. de Labra, *La cultura superior de España. El Ateneo. 1835-1905. Notas históricas*. Madrid, Tipografía de Alfredo Alonso, 1906, pp. 80-81.

padre Bartolomé de las Casas que publicó en ese año en *La Ilustración Española y Americana*.⁴³⁸

A los salones del Ateneo de Madrid donde se ofrecían las conferencias, asistieron “las damas más ilustres de la aristocracia, los políticos más caracterizados y los escritores más notables”.⁴³⁹ Pero aquella aristocracia debió hacer muecas en la conferencia de Riva Palacio, cuando escuchó la descripción de cómo los soldados españoles destruyeron los pueblos indígenas para fundar la cultura hispana en América, en nombre del catolicismo. Al concluir, Riva Palacio matizó su postura, porque, dijo, no se recuerda otra cultura que, como la española, sin desmembrar su territorio patrimonial, y sin perder la existencia social y política, “formase 16 nacionalidades enteramente nuevas sobre la faz de la tierra, a las que legó sus costumbres, sus idiomas, su literatura, su altivez, su indomable patriotismo y el celo exagerado por su autonomía”.⁴⁴⁰

El Congreso Literario Hispanoamericano

En su contribución a los festejos, la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, a través de su presidente, el poeta Gaspar Núñez Arce, inauguró el primero de marzo de 1892 el Congreso Literario Hispanoamericano (aunque sus actividades se intensificaron durante el mes de octubre) con el objetivo de mantener la pureza del idioma y afianzar las relaciones entre España e Hispanoamérica. Al igual que el Ateneo, el Congreso Literario programó actividades durante todo el año. La Mesa de Honor estaba integrada por Antonio Cánovas del Castillo, el Duque de Veragua y los Presidentes de las

⁴³⁸ Vicente Riva Palacio, “El padre de Las Casas”, *La Ilustración Española y Americana*, 2ª época, a. X, t. V, núm. 42 (15 de noviembre de 1892), pp. 330, 341 y 344.

⁴³⁹ Sin firma, “El centenario del descubrimiento de América en el Ateneo. Conferencia del General Riva Palacio”, *Archivo Diplomático y Consular de España*, a. X, núm. 390 (24 de enero de 1892), pp. 7 y 8.

⁴⁴⁰ *Ibidem*.

repúblicas hispanas. En la mesa efectiva, presidida por Gaspar Núñez Arce, se aposentaron José Echegaray, Miguel Colmeiro, José Carvajal, José Canalejas, además de los embajadores de las naciones hispanoamericanas. De la delegación mexicana, Vicente Riva Palacio ocupó una de las sillas de la vicepresidencia, electo por mayoría de los miembros de la Sociedad el 17 de mayo de 1892.⁴⁴¹ El programa se dividió en tres secciones: Filología, Relaciones Internacionales y Librería.

En términos generales, la sección de Filología destacó la historia común de España y los países hispanoamericanos, los intereses comerciales, la inmigración continua de españoles y americanos, además de la unidad originada por la lengua y la religión. La sección de Relaciones Internacionales destacó la necesidad de intensificar el intercambio de los centros de instrucción pública, ministerios, bibliotecas, museos y demás corporaciones oficiales, para lo que propuso la creación de un centro oficial encargado de las relaciones económico-literarias. En cuanto a la Librería, se habló de fomentar el comercio del libro español con una mayor participación de las sociedades artísticas de América.

CANONICIDAD CENTENARIA: LA *ANTOLOGÍA DE LA POESÍA HISPANOAMERICANA*

La Real Academia Española de la Lengua se sumó a las festividades con dos eventos con resultados desiguales. El primero fue la convocatoria de un concurso de poesía, en el que se presentaron 66 composiciones, pero fue declarado desierto debido a la calidad irregular de las obras. El segundo, más ambicioso, fue encargado a Marcelino

⁴⁴¹ Sin firma, “Congreso Literario e Hispanoamericano”, *Archivo Diplomático y Consular de España*, a. X, núm. 406 (24 de mayo de 1892), p. 6. También véase: Sin firma, “Actualidades”, *La Correspondencia de España*, a. XLIII, núm. 12460 (18 de mayo de 1892), p. 3.

Menéndez Pelayo: preparar la *Antología de la poesía hispanoamericana*,⁴⁴² que sería un hito en la recepción de la literatura de Hispanoamérica al diseñar el primer proyecto canónico de aquella región en Europa.

La *Antología* está conformada por XIII capítulos con el objetivo de reunir la tradición lírica de todos los países hispanohablantes del continente americano, desde la Conquista de América hasta el siglo XIX. El primer capítulo está dedicado a la poesía mexicana. Las dificultades del filólogo para elaborar dicha sección se pueden rastrear en los documentos de carácter epistolar que intercambiaron los miembros de la Academia Mexicana de la Lengua y los de la Real Academia Española. Para entonces, las desavenencias entre las dos corporaciones ya eran célebres, desde las negativas de la Española para aceptar las propuestas de nombramientos enviados desde México, hasta el rechazo de la Academia Mexicana por sumarse a las peticiones de homenajear a Hernán Cortés o a José Zorrilla.

Por eso, cuando Menéndez Pelayo comenzó a trabajar en el corpus de la *Antología* en 1890, y solicitó apoyo a sus congéneres mexicanos para conformar la nómina de autores y poemas de aquél país, también llegaron los primeros exabruptos contra la postura del filólogo español. Dos académicos mexicanos, José María Roa Bárcena y Casimiro del Collado fueron designados como informantes oficiales. Solícito, Roa Bárcena fue el primero en enviar su propuesta de poetas y poemas a Madrid, pero ésta fue totalmente desechada. Don Marcelino argumentó que las propuestas de Bárcena

⁴⁴² A lo largo de su vida, Marcelino Menéndez Pelayo publicó dos versiones de esta obra, “la menos conocida en España, donde el estudio formal de las cosas de América interesa a muy poca gente, a pesar de las vanas apariencias de discursos teatrales y banquetes de confraternidad. En América ha sido más leída, y no siempre rectamente juzgada”, escribió para su segunda versión, en el año de 1910 (Marcelino Menéndez Pelayo, *Obras completas. Historia de la poesía hispano-americana. Volumen 27 (con índice de autores, títulos y materias)*. Santander, Aldus, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948, p. 4.) La primera edición, en cuatro tomos, apareció entre 1892 y 1895, con el título *Antología de poetas hispanoamericanos*; la segunda, en dos tomos, en 1911, con el nombre de *Historia de la poesía hispanoamericana*, evidentemente, corregida y aumentada respecto a la primera.

tenían una gran cantidad de poetas vivos, primera alteración a los criterios adoptados por la Academia. Para olvidar el caso, dos años más tarde, Roa Bárcena publicó su propia recopilación, *Antología de poetas mexicanos publicada por la Academia Mexicana* (México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1894).⁴⁴³ A manera de disculpa tardía, en la edición de 1911 de la *Historia de la poesía hispanoamericana*, Menéndez Pelayo reconoció en una “Posdata” que “La Academia Mexicana, Correspondiente de la Real Española, había llevado su exquisita cortesía hasta el punto de imprimir, para mayor comodidad de la nuestra, una *Antología* de poetas de aquella República, en tirada de solos *seis* ejemplares (según mis noticias).”⁴⁴⁴ Después parafraseó la nómina de autores y algunos aspectos generales sobre la selección de poetas. Finalmente, reiteró que los criterios adoptados por la Academia Mexicana contravenían a los propósitos originales de la Real Academia.

Según Menéndez Pelayo, otro de los propósitos de la *Antología* era recordar la alianza de fraternidad entre la cultura hispanoamericana y España, al mismo tiempo que le daba “entrada oficial en el tesoro de la poesía española, al cual hace mucho tiempo que debieran estar incorporadas.” ¿Cuáles fueron los criterios para aceptar la “entrada oficial” de la poesía hispanoamericana al “tesoro de la poesía española”? El primero, el más polémico y comentado de todos, en el que insistirá Menéndez Pelayo en nombre de

⁴⁴³ Rafael Olea Franco, “José María Roa Bárcena. Literatura e ideología”, *La República de las Letras: asomos a la cultura escrita del México decimonónico. v. III. Galería de escritores*. México, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 265.

De hecho, la Academia Mexicana pospuso la aparición de su *Antología* para dar prioridad a la publicación española. Aún así, la *Antología* mexicana se difundió como una “segunda edición” aunque no existen ejemplares de la primera edición, que seguramente fue considerada como tal a partir de los documentos enviados a Menéndez Pelayo. Sobre las “Coincidencias y discrepancias” que la integración de la *Antología de la poesía hispanoamericana* suscitó entre los académicos mexicanos y Menéndez Pelayo, véase Francisco Monterde, *La literatura mexicana en la obra de Menéndez y Pelayo*. México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958.

⁴⁴⁴ M. Menéndez Pelayo, *Obras completas. Historia de la poesía hispano-americana...*, op. cit., p. 160.

la academia, fue incluir sólo poetas muertos.⁴⁴⁵ Aseguraba que no se guiaba por ninguna norma de “de escuela o secta literaria, sino por aquellos principios de buen gusto universalmente adaptados en la crítica moderna, por aquella especie de estética perenne que (salvo extravíos pasajeros) canoniza todo el tiempo lo bueno y execra lo malo, y por aquella doctrina técnica que, menos sujeta a error que las disquisiciones meramente metafísicas sobre el arte, conduce a resultados seguros, aunque modestos en lo que toca a la forma exterior de las composiciones, dentro de cada tiempo, de cada género, de cada lengua.”⁴⁴⁶ Desde luego, se omitió la poesía indígena, porque “si algo del americanismo primitivo llegó a infiltrarse a esta poesía (lo cual es muy dudoso), sólo en este sentido podrán tener cabida tales elementos bárbaros y exóticos en un cuadro de literatura hispanoamericana, la cual, por lo demás, ha seguido en todas las vicisitudes de la general literatura española”.⁴⁴⁷

Anticipando reproches de la recepción hispanoamericana, Menéndez Pelayo advirtió: “La Academia ni en esto ni en nada pretende imponer su fallo ni aspira a ningún género de autoridad no fundada en la razón, pero se atreve a esperar que los conocedores de la literatura americana han de rechazar muy pocos de sus juicios, y han de poner pocos reparos”.⁴⁴⁸ Y en caso de que la crítica hispanoamericana tuviera algún “reparo”, Menéndez Pelayo apunta tres apologías sobre la selección:

⁴⁴⁵ A los pocos años, Antonio de Valbuena, burlándose de la tarea de Menéndez Pelayo porque consideraba que nada bueno encontraría en la lírica hispanoamericana, y sobre el criterio de los poetas muertos dijo: “El pobre ex muchacho, al verse envuelto ya y medio ahogado entre ripios y amenazado todavía por la corriente que seguía viniéndose encima, tuvo otra idea salvadora: la de anunciar que sólo figurarían en la colección poetas muertos.

‘Idea feliz ciertamente, aunque poco caritativa, pues llevaba anejo el peligro de que algunos vates apelaran al suicidio, como medio de ocupar en la Antología el puesto deseado.’ (Antonio de Valbuena, *Ripios ultramarinos*. Madrid, Imprenta de Victoriano Suárez, 1896, pp. 255 y 256.)

⁴⁴⁶ M. Menéndez Pelayo, *Obras completas. Historia de la poesía hispano-americana...*, op. cit., pp. 7 y 8.

⁴⁴⁷ *Ibidem*, p. 10.

⁴⁴⁸ *Ibidem*, p. 8.

porque muchas de ellas son realmente famosas y de mérito por nadie controvertido, y las que no llegan a tanto, o se recomiendan por bellezas particulares, o presentan algún aspecto de originalidad americana, o, finalmente, son muestras las menos endebles que han podido encontrarse del desarrollo poético en algunos países que han sido menos favorecidos en esta parte”.⁴⁴⁹

Menéndez Pelayo revisó la historia de la literatura mexicana, desde la Colonia con la instauración de la Universidad y la imprenta en México, hasta la aparición del modernismo que reconoce como un “afrancesamiento literario.” Dado que no encuentra muestras originales de literatura mexicana durante el siglo XVI, comenta largamente las estancias en México de Francisco Cervantes de Salazar, Gutierre de Cetina, Eugenio Salazar de Alarcón, Juan de la Cueva y Mateo Alemán, a quienes considera eminentemente escritores españoles. Luego continúa con comentarios profusos sobre autores de los siglos XVI y XVII: Francisco de Terrazas, Antonio de Saavedra Guzmán, Fernán González de Eslava, Bernardo de Valbuena, Juan Ruiz de Alarcón y *Sor Juana Inés de la Cruz*. En ellos (salvo en Antonio Saavedra Guzmán), dice Menéndez Pelayo, predomina el estilo de la literatura española con cierta intención por apropiarse “del color americano”. Para los siglos XVIII y XIX, destaca a Miguel Reyna Zeballos, Francisco Ruiz de León, Diego José Abad, Francisco Javier Alegre, José Joaquín Fernández de Lizardi, José Manuel Sartorio, *Manuel de Navarrete*, *Andrés Quintana Roo*, *Francisco Ortega*, Manuel Sánchez Tagle, *Ramón Isaac Alcaraz*, *Francisco de P. Guzmán*, Joaquín del Castillo y Lanzas, Anastasio de Ochoa y Acuña, *Manuel Eduardo de Gorostiza*, Fernando Calderón, Ignacio Rodríguez Galván, José María Heredia, *José Joaquín Pesado*, *Manuel Carpio*, *Alejandro Arango y Escandón*, José María Vigil,

⁴⁴⁹ *Ibidem*.

*Ignacio Ramírez, José Rosas Moreno, Juan Valle, Guillermo Prieto, Ignacio Altamirano, Ignacio de la Puente y Azpechea, Manuel Acuña y Manuel M. Flores.*⁴⁵⁰

El historiador Rafael Altamira escribió un artículo (que luego incluyó en un volumen de ensayo) sobre la *Antología* de Menéndez Pelayo. Según el historiador, las antologías tradicionalmente se han construido a partir de dos criterios: uno histórico, que describe la evolución de una literatura, y otro crítico, que establece categorías sobre las que se realiza la selección de un corpus. En su lectura, Altamira señala que Menéndez Pelayo siguió ambos criterios: el histórico, situado en el prólogo de la obra, y el crítico, en la propia elección de autores incluidos en el proyecto. “Pero la intención flaquea a menudo --recrimina el historiador--.” Inmediatamente, Altamira argumenta su crítica en una intuición: “Sospecho que la Academia (más que su ilustre representante), se ha dejado vencer por esa cortesía diplomática que ha sido la nota característica, pero dañosa, de las fiestas del Centenario: la misma que aconsejó malamente al benévolo don Juan Valera para que ensalzase a tanta respetable medianía.”⁴⁵¹

La recepción de las letras mexicanas a la *Antología* de Menéndez Pelayo se sintetiza en la actitud de Francisco A. de Icaza, quien conservó celosamente sus críticas hasta 1922, cuando ya se preparaban en España el primer proyecto de las obras completas de Menéndez Pelayo, en un homenaje póstumo a una década de su muerte.⁴⁵²

⁴⁵⁰ De esta nómina, Menéndez Pelayo incluyó en su *Antología* a los poetas que aquí aparecen citados en cursiva, el resto fueron mencionados únicamente en los estudios preliminares. En su selección, la Academia Mexicana distinguió a poetas muertos de los poetas vivos. De los primeros, además de los ya mencionados por Menéndez Pelayo, recomendaba la incorporación de un anónimo del siglo XVI, Francisco de Terrazas, Fernán González de Eslava, Francisco Manuel Sánchez de Tagle, José Gómez de la Cortina, José María Heredia, Wenceslao Alpuche, Fernando Calderón, José de Jesús Díaz, Miguel Jerónimo Martínez, José Sebastián Segura y Agustín F. Cuenca.

⁴⁵¹ Rafael Altamira y Crevea, *De historia y de arte (estudios críticos)*. Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1898, pp 338 y 339.

⁴⁵² Para una visión panorámica de la recepción hispanoamericana de la *Antología*, de Menéndez Pelayo, véase: Leona Martin, “Entre *La antología de poetas hispanoamericanos* de Marcelino Menéndez Pelayo y *Los parnasos* de la Editorial Maucci: Reflejos del ocaso de la hegemonía colonial”, *Ciberletras*, núm. 15, v. 15 (julio de 2006), en <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v15.html>. (Consultada el 1 de febrero de 2011).

Aunque son varios los artículos donde Francisco A. Icaza enmienda los fallos de Menéndez Pelayo, tal vez sea en “Menéndez y Pelayo. Los errores y la *Historia de la poesía hispanoamericana*”, publicado en 1922, donde se sintetiza con claridad su postura. Al amparo de una máxima del filólogo español (“El primer deber de todo historiador honrado es ahondar en la investigación cuanto pueda, no desdeñar ningún documento y corregirse así mismo cuantas veces sea necesario”) el poeta mexicano critica que “en este libro no logran su simpatía sino los ultraconservadores, está en su derecho, pero no en negar su justicia –excepción hecha de Acuña, a quien alaba.”⁴⁵³

En reacción a las críticas hispanoamericanas contra la *Antología*, algunos intelectuales españoles, como Juan Valera o Leopoldo Alas *Clarín*, dirán que no era necesario que don Marcelino dedicara tantas horas y trabajo a aquella poesía, considerada menos importante que la española. Menéndez Pelayo le escribirá a Alas *Clarín* diciéndole que el proyecto tenía un gran valor histórico, y que más allá de los descubrimientos estéticos, “todas las antologías podrían reducirse a muy pocas páginas en cualquier nación y en cualquier tiempo. Pero a mi entender, aquí no se trataba de eso, sino de poner una especie de archivo o colección de documentos literarios en que no faltase ninguna de las regiones de América, donde se habla y se escribe español.”⁴⁵⁴

⁴⁵³ F. A. de Icaza, *Obras...*, *op. cit.*, pp. 172-176.

La *Antología* provocó otra crítica poco atendida por los comentaristas, “el registro de voces femeninas fue mínimo”, salvo el de Sor Juana Inés de la Cruz. (J. M. Gómez y A. Mejías Alonso, *Hispanoamericanas...*, *op. cit.*, p. 67). En efecto, en 1892 Manuel Ossorio y Bernard ya había publicado el anticipo de un diccionario de escritoras americanas (véase los siguientes artículos firmados por Manuel Ossorio y Bernard, en *La España Moderna*: “Apuntes para un diccionario de escritas españolas del siglo XIX”, a. I, núm. IX (septiembre de 1889), pp. 169-194; “Apuntes para un diccionario de escritas americanas del siglo XIX”, a. IV, núm. XXXVII (enero de 1892), p. 203; y “Apuntes para un diccionario de escritoras americanas del siglo XIX”, a. IV, núm. XXXVIII (febrero de 1892), pp. 168-171), en el que incluyó los nombres de las mexicanas: Dolores Guerrero, Ester Tapia de Castellanos, Mercedes Salazar de Cámara e Isabel Prieto de Landázuri. (H. Perea, *La rueda del tiempo*. México, Cal y Arena, 1996, p. 96). Además, la Baronesa de Wilson ya había publicado algunas notas sobre poetisas mexicanas (vivas y muertas) en la prensa española.

⁴⁵⁴ Marcelino Menéndez Pelayo y Leopoldo Alas *Clarín*, *Epistolario*. Madrid, Ediciones Escorial, 1943, p. 163.

Esta postura expresa la convicción de Menéndez Pelayo sobre la fraternidad entre España y América a partir del reconocimiento de una lengua común. Asimismo, reafirma los varios significados que alcanzó la figura de Menéndez Pelayo en las fiestas del Centenario. Como Cánovas del Castillo, el operador político de los festejos, Menéndez Pelayo era un conservador que en el diseño del programa ocupó el papel de autor intelectual al plantear la bases para fundar una gran nación hispanoamericana tradicional y católica unida por la lengua, por lo que su planteamiento ideológico para los festejos del Centenario deberán ser matizados por su espíritu integracionista.⁴⁵⁵

La *Antología* también aportó argumentos para que la filología española conociera a la literatura hispanoamericana, particularmente su poesía. Así, por ejemplo, manuales muy difundidos en los estudios filológicos universitarios de la época, como *La literatura española del siglo XIX* (1891-1893) de Francisco Blanco García, comenta en algunos de sus renglones aspectos de la literatura hispanoamericana con base en los trabajos de Menéndez Pelayo. A pesar de las duras críticas contra Blanco García (como las emitidas por Clarín, que lo consideraba un crítico parcial y religioso), Juan Valera calificaba sus trabajos como complementos de la *Antología* de don Marcelino. Valera añadía que con las investigaciones de ambos historiadores se podía comprender la literatura española, incluido su “florecimiento en las letras hispanoamericanas.”⁴⁵⁶

Algunos años después apareció otro manual literario, *Literatura hispanoamericana* (1896) del padre jesuita Manuel Poncelis. Las primeras líneas de este volumen tratan de defender el gentilicio “hispanoamericano” en contraposición a “latinoamericano”, que comenzaba a difundirse en el continente americano. El sacerdote considera que la literatura hispanoamericana es hija de la literatura castellana,

⁴⁵⁵ E. Sánchez Albarracín, *La convergence hispano-americaniste...*, op. cit., pp. 127-128.

⁴⁵⁶ J. Valera, *Ecos argentinos...*, op. cit., p. 9.

y aunque no alcanza la riqueza formal de su progenitora, “resaltan, no obstante, en sus obras otras cualidades no menos excelentes, que las dignas del más aprecio, mereciendo justa recomendación y elogio de novedad y elevación de los pensamientos en el hervor de la inspiración.”⁴⁵⁷ Poncelis consieraba que la literatura española y la hispanoamericana eran dos ramificaciones “de un mismo árbol, que es el idioma castellano”, que era el reflejo de la civilización cristiana. Sobre las virtudes del castellano, añadió: “ninguna lengua moderna ostenta tanta riqueza y variedad de creaciones tan excelentes y maravillosas como las que pasarán a la posteridad en la armoniosa lengua castellana.”⁴⁵⁸

A la manera que Menéndez Pelayo había subdividió su antología, Poncelis subtitula los capítulos de su libro según el nombre de cada una de las 19 naciones hispanoamericanas, comenzando por el norte del continente, es decir, por México, “el primero que en América dio frutos literarios, que todavía se saborean con especial fruición.”⁴⁵⁹ En líneas generales, Poncelis sigue el trayecto histórico ya trazado por Menéndez Pelayo en la cronología, comentarios y selección de autores. En todo caso, su trabajo destaca porque anota algunas noticias sobre género dramático, mencionando a autores como Manuel Gorostiza, Fernando Calderón, Ignacio Rodríguez Galván y José Peón y Contreras.

El manual recibió severas críticas de Antonio de Valbuena, que lo calificó de “libro de frivolidades y equivocaciones.” Además, Valbuena consideraba que la literatura contemporánea hispanoamericana --de la que Poncelis destacaba su capacidad de reflejar la belleza del mundo moderno-- “en sus relaciones, casi siempre ilícitas, con

⁴⁵⁷ Manuel Poncelis, *Literatura hispanoamericana*. Madrid, Ramón Angles, imprenta y cromotipia, 1896, p. 10.

⁴⁵⁸ *Ibidem*.

⁴⁵⁹ *Ibidem*, p. 17.

nuestra literatura, lejos de hermosearla y ennoblecerla, apenas han hecho más que envilecerla y afearla.”⁴⁶⁰ Por su parte, Poncelis había destacado la obra de algunos españoles que participaron en la conquista, como las primeras obras literarias de Hispanoamérica, como el caso de Alonso de Arcilla. A lo que respondió Valbuena, que aquellos hombres fueron “a conquistar aquellas regiones incultas para la corona de España y aquellas tribus salvajes para la fe de Cristo; fue[ron], como otros muchísimos españoles, a darramar su sangre generosa por extender la civilización cristiana.”⁴⁶¹

La prosa corrosiva de Valbuena siguió con otro artículo sobre la literatura mexicana, criticando la nómina expuesta por Poncelis en su manual: Roa Bárcena le parece un “crítico sin criterio y poeta sin numen, a quien yo calificué hace ya años de vice-Cañete”; Manuel M. de Navarrete, a quien Poncelis calificó como “la primera flor de Parnaso Mexicano”, Valbuena rebaja con un refrán: “Si esa es la flor, me... río de la primavera”; sobre José María Lanzas del Castillo y Andrés Quintana Roo declara: “son bastantes malos y aún de sobra, como don Manuel Carpio y don Joaquín Pesado (que ¡vaya si lo era!).”⁴⁶² En tono de burla, sobre Arango y Escandón opina: “‘poeta exquisito y de acendrado gusto’, por supuesto; un señor segura ‘eminente filólogo, según lo acreditan sus muchas poesías (¿?) originales y traducciones’.”⁴⁶³ Sobre Ignacio Montes de Oca: “rípioso autor de los *Ocios poéticos*, el traductor de los idilios de Teócrito, de Bien y de Mosco, con sus crudas obscenidades”; sobre José Peón y Contreras: “cultivo metodizado del despropósito”; de Guillermo Prieto: “tampoco sabe el castellano y que como versista es un mamarracho”; de Juan B. Híjar y Haro: “un

⁴⁶⁰ Antonio de Valbuena, *Des-Trozos literarios*. Madrid, Librería general de Victoriano Suárez, 1899, p. 113.

⁴⁶¹ *Ibidem*, p. 116.

⁴⁶² *Ibidem*, p. 118.

⁴⁶³ *Ibidem*, p. 130.

médico oscuro”; de Vicente Riva Palacio: “librepensador y mal escritor”; y de Ignacio Manuel Altamirano: “versista pedrestre, y masón de los peores.”⁴⁶⁴

LAS VITRINAS DE LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-AMERICANA

En la capital de España, las fiestas del Centenario se ajustaron al presupuesto oficial, mermado por la precariedad económica.⁴⁶⁵ Se había diseñado un programa de festividades con un costo original de millón y medio de pesetas, pero el Ayuntamiento apenas si autorizó 411 mil, “quedando los festejos reducidos a un concurso de orfeones, exposición de plantas de adorno, certamen y exposición de labores, bonos a los pobres, cabalgata y recepción”.⁴⁶⁶ Los políticos trataron de investir las fiestas con obras sociales: Se inauguró la Biblioteca Nacional y la Plaza de Colón, además se anunció la limpia de una trayectoria del río Manzanares, “pero los observadores destacaron que fueron escasos o deficientes los festejos populares.”⁴⁶⁷ El presidente del Consejo de Ministros, Antonio Cánovas del Castillo no tardará en reaccionar con algunos debates en prensa, hasta que por fin el 11 de septiembre de 1892 se vio el andar de caballos que anunciaba el inicio de la Cabalgata Histórica por la Puerta del Sol.

Las actividades de las fiestas fueron intermitentes. Un mes después del acto inaugural, el 12 de octubre de 1892 se celebró una diana con 17 bandas y hubo fuegos artificiales en la Plaza de Alonso Martínez. Dos semanas después, el 28 de octubre, la soprano mexicana Antonia Ochoa de Miranda cantó la romanza de *Aida*, de Giuseppe

⁴⁶⁴ *Ibidem*, pp. 130-133.

⁴⁶⁵ Las fiestas no sólo se desarrollaron en Madrid sino en toda España a lo largo del año de 1892. Las más importantes acontecieron en el Monasterio de La Rábida, en el Puerto de Palos de Moguer y en las ciudades de Sevilla, Granada y Cádiz.

⁴⁶⁶ Salvador Bernabeu Albert, *1892: el IV Centenario del descubrimiento de América*. Madrid, Centro de Estudios Históricos, Departamento de Historia de América, Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1987, p. 69.

⁴⁶⁷ C. Rama, *Las relaciones culturales...*, *op. cit.*, p. 190.

Verdi, “Oh patria mía”, en un programa que incluyó un discurso de José Zorilla de San Martín, así como la lectura de composiciones de Balaguer, Manuel del Palacio, Rubén Darío y José de Echegaray. Los halagos sobre la cantante mexicana no fueron pocos (“su exquisito gusto, a su excelente escuela de canto y a la hermosísima y limpia voz”) pero, como correspondía a la ocasión, el cronista de *La Ilustración Española y Americana*, Eusebio Martínez Velasco, seducido por una sinestesia patriótica, se ocupó de relacionar el nombre de la melodía, la melodía en sí y las cualidades físicas de la actriz mexicana, para dibujar el cuadro idílico de México en Madrid: “Parecía como si la dama ilustre mexicana, al pronunciar la conmovedora frase ‘¡Oh patria mía!’ recordase las ricas florestas, las hermosas campiñas, el ambiente embalsamado y puro de su país”.⁴⁶⁸

Para entonces, los 64 miembros de la delegación mexicana, la nutrida comisión compuesta por periodistas, presbíteros, músicos, políticos, poetas de ocasión, intelectuales y cronistas, caminaban por las calles de Madrid. Durante el periodo de trabajo, la comisión mexicana para la Exposición Histórica Hispanoamericana, se instaló en el Hotel de las Cuatro Naciones de la calle Arenal. Dicha comisión estaba integrada por Vicente Riva Palacio, jefe de la Comisión; Francisco del Paso y Troncoso, presidente de la Comisión; Francisco Sosa, secretario de la Junta Colombina de México, comisionado; Manuel Payno, comisionado; Francisco Plancarte, auxiliar; Francisco Río de la Loza, auxiliar; Fernando del Castillo, auxiliar; Jesús Galindo y Villa, auxiliar; Agapito Ortiz de Jiménez, secretario de la comisión.

El día 12 de octubre, en honor a la fecha, se realizó una inauguración anticipada de la Exposición Histórica (que permanecería abierta al público hasta el 3 de febrero de

⁴⁶⁸ Eusebio Martínez Velasco, “Crónica general. Doña Antonia Ochoa de Miranda, distinguida cantante mexicana”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXXVI, núm. XLIV (30 de noviembre de 1892), p. 367.

1893),⁴⁶⁹ reservada sólo para los delegados de las naciones participantes. El evento fue amenizado por la banda militar de México. La inauguración oficial estaba programada para el día 21, pero se retrasó más de una semana debido a que en esa fecha el mal clima impidió que la reina saliera de Sevilla donde descansaba. Los organizadores de la exposición se reunieron el día 20 para definir la nueva fecha de apertura. Vicente Riva Palacio propuso esperar a la reina, pero el delegado de Estados Unidos de Norteamérica dijo que se violentaba la disciplina militar que debía caracterizar a estos eventos. La moción de Riva Palacio fue aceptada por mayoría, y se fijó el 25 de octubre la fecha definitiva de inauguración con la presencia de la reina y los reyes de Portugal.⁴⁷⁰

En un acto de disculpa por la desorganización, unos días antes a la inauguración, la reina María Cristina se paseó por las salas de la Exposición Histórica. En la delegación mexicana no había ninguno de los representantes oficiales, salvo los auxiliares quienes recibieron la noticia de la llegada de su majestad. “La noticia para nosotros --recuerda Jesús Galindo y Villa--, sencillos republicanos, que jamás habíamos tratado hasta entonces con majestades, era alarmante.”⁴⁷¹ La Exposición fue situada en la parte inferior del nuevo Palacio de Bibliotecas y Museos, y fue dividida por pabellones.⁴⁷² El pabellón mexicano diseñado por Del Paso y Troncoso no se limitó en mostrar las culturas precolombinas más importantes del país.⁴⁷³ La suntuosa muestra de arte arqueológico mexicano ocupó cinco salas. Gran parte de la Exposición se conformó

⁴⁶⁹ Para difundir las bellezas históricas que presentaría el pabellón mexicano en dicha Exposición, Francisco A. de Icaza publicó el 22 de abril en *La Ilustración Española y Americana*, una descripción de una de las piezas más impactantes de la cultura maya, el ChacMooll o Rey Tigre, con una fotografía que acompañó a la reseña. (Sin firma, “Nuestros grabados. El Museo Nacional de México”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXXVI, núm. XV (22 de abril de 1892), p. 241).

⁴⁷⁰ Sin firma, “Exposición histórico-americana”, *El Heraldo de Madrid*, a. III, núm. 718 (20 de octubre de 1892), p. 3.

⁴⁷¹ Jesús Galindo y Villa, *Polvo de historia*. México, Editorial Patria, 1954, p. 58.

⁴⁷² Una crónica detalla de la exposición puede leerse en: Sin firma, “Exposición Histórico-Americana. Reseña general”, *El Liberal*, número especial de octubre de 1892. pp. 1-6.

⁴⁷³ Se puede consultar una descripción detallada tanto de la participación de la delegación mexicana como del catálogo de las piezas arqueológicas en la Exposición en: Dení Ramírez Losada, “La exposición histórico-americana de Madrid de 1892, y la ¿ausencia? de México”, *Revista de Indias*, vol. LXIX, núm. 246 (2009), pp. 273-306.

por la colección de Francisco Plancarte sobre el pueblo otomí, pero había otras culturas representadas como las de los huastecos, pames, totonacas, olmecas, mayas, mixtecos y zapotecas. En total, fueron enviadas 2 mil 800 piezas y más de 600 fotografías, de las cuales se realizaron cien impresiones de cada una.⁴⁷⁴

Pero, sin duda, especial atención obtuvo el pueblo náhuatl, presentándose un conjunto de modelos de monumentos, como el Templo de Jacona (Michoacán), el Templo Mayor de Campoala (Veracruz) [...] y el modelo del Templo de Xochicalco (Morelos) [...]. De las esculturas se expusieron vaciados y fotografías, como las del calendario azteca y de la piedra votiva del Dios Tizoc. También se pudo admirar varios ejemplos del arte plumario, diversas colecciones de esculturas y barros y reproducciones cromolitográficas de los códices Dehesa, Colombino, Porfirio Díaz y de los lienzos de Tlaxcala.⁴⁷⁵

Al término del evento, el gobierno de México donó las reproducciones y las fotografías al Museo Arqueológico Nacional de España.⁴⁷⁶ Francisco del Paso y Troncoso también preparó los dos tomos del *Catálogo de la sección de México*, editados en 1892 por Sucesores de Rivadeneyra. A partir de ese año se creó la Comisión Mexicana de Investigaciones y Estudios Históricos en Europa, que será presidida por Del Paso y Troncoso.

Al concluir las festividades, la organización oficial del Centenario reconoció las labores de la delegación mexicana en los congresos, las conferencias, las exposiciones y las serenatas de la banda militar. El 7 de noviembre de 1892, en casa de la familia Cánovas del Castillo se efectuó el primer homenaje de despedida a las misiones hispanoamericanas. En la mesa de honor, con la familia anfitriona, estaba Vicente Riva Palacio, justo al costado derecho de la esposa del presidente del Consejo de Ministros. “La fiesta alcanzó maravilloso esplendor de cuantos se celebran en aquella morada,

⁴⁷⁴ D. Ramírez Losada, “La exposición histórico-americana”..., *op. cit.*, p. 7.

⁴⁷⁵ S. Bernabeu Albert, *1892: el IV Centenario*..., *op. cit.*, pp. 98-99.

⁴⁷⁶ A. de Gorostizaga, “Museo Arqueológico Nacional. Sus aumentos desde la celebración de la exposiciones históricas”, *Boletín de Archivos, Bibliotecas y Museos*, a. 1, núm. 8 (15 de noviembre de 1896), pp. 143-149.

donde la opulencia y el buen gusto han realizado verdadero prodigios de belleza y arte”. Y si estaba Riva Palacio, la noche era amenizada por la banda militar mexicana, por lo que “no reinó durante la comida la frialdad propia de los banquetes oficiales”.⁴⁷⁷ Dos días después, el 9 de noviembre, las fiestas pasaron factura sobre Riva Palacio durante otra fiesta oficial celebrada en la Presidencia, ofrecida por Antonio Cánovas del Castillo a nombre del Consejo de Ministros; el festín también la amenizó la banda militar mexicana. Pero a diferencia de las otras ocasiones, poco antes de las dos de la madrugada, el general mexicano debió retirarse porque se sentía “ligeramente indispuesto”.⁴⁷⁸

No fueron siempre positivas las opiniones matritenses sobre la delegación mexicana. Irónicos, los editores de *Don Quijote* dedicaron algunos párrafos a Riva Palacio: “El día 10 [de diciembre] de este saldrá de Cádiz para su país los profesores de música que componen la banda mexicana. Insistimos en aconsejar al señor Riva Palacio, que se vaya con sus compatriotas a dar una vueltecita por México. ¡Por Dios! Pues ya tendrán deseos de verle sus amigos, y de tenerle entre ellos unos cuantos.”⁴⁷⁹

Independientemente de las opiniones de la prensa, la delegación mexicana recibió la distinción del Gran Diploma de Honor, otorgada por la junta oficial del Centenario. Se entregaron medallas de oro a las instituciones mexicanas involucradas en la organización: la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, el Gobierno del Estado de Yucatán, el Museo Nacional, el Museo Michoacano, el Museo Oaxaqueño, la Academia Nacional de Bellas Artes, el Instituto Campechano, la Junta Colombina y la

⁴⁷⁷ Sin firma, “Banquete en casa de los señores Cánovas”, *Archivo Diplomático y Consular*, a. X, núm. 429 (16 de noviembre de 1892), pp. 4 y 5. También véase: Sin firma, M. “La vida madrileña. Recepción en el hotel de los señores Cánovas del Castillo”, *La Época*, a. XLIV, núm. 14424 (8 de noviembre de 1892), p. 1.

⁴⁷⁸ Sin firma, “Recepción en la presidencia del Consejo de Ministros”, *Archivo Diplomático y Consular*, a. X, núm. 429 (16 de noviembre de 1892), pp. 4.

⁴⁷⁹ Sin firma, “Manejo de flores judiciales”, *Don Quijote*, a. I, núm. 48 (4 de diciembre de 1892), p. 3.

Comisión Científica de Zempoala. La misma distinción fue entregada a Porfirio Díaz, Joaquín García Icazbalceta,⁴⁸⁰ Alfredo Chavero, Francisco Plancarte, Teodoro Dehesa, Antonio Gutiérrez Victory, Eulogio Gillón, Antonio García Cubas, José María Velasco y Vicente Riva Palacio.⁴⁸¹ Francisco del Paso y Troncoso recibió premios especiales en su calidad de historiador, y a principios de 1893 será electo miembro de la Academia de Historia por votación unánime.⁴⁸²

OTRA MANERA DE ENTENDER A LAS NACIONES: EL OBJETIVISMO DE FIN DE SIGLO

La ansiedad de los organizadores del Centenario por exponer el conocimiento incipiente de las ciencias sociales, humanidades y artes, sobre las relaciones entre Hispanoamérica y España, generó una imagen sincrética y amorfa de las dos regiones y de sus vínculos. En el programa de los festejos predominaron los iconos de Hernán Cortés y Cristóbal Colón, patriarcas del Descubrimiento, quienes inspiraron lo mismo eventos musicales que lecturas arqueológicas, exposiciones históricas que poemas líricos. Pero la diseminación del conocimiento sobre la configuración de las naciones hispanoamericanas, y el propio proceso nacional español, modificó los modelos de conocimiento de las sociedades que integran al mundo hispánico. El horizonte cultural de la época ayudaba al giro epistemológico en la definición de las naciones. El positivismo en México y el krausismo en España se consolidaban como modelos objetivos y cientificistas para conocer la realidad, influyendo en los programas oficiales de educación pública de ambas naciones.

⁴⁸⁰ El bibliógrafo mexicano, a mediados de año, recibirá oro reconocimiento, la Cruz de la Orden Isabel Católica II, de manos de la Reina María Cristina. Sin firma, "Personal", *El Día*, núm. 4754 (18 de julio de 1893), p. 1.

⁴⁸¹ Sin firma, "Exposición Histórico-Americana", *Archivo Consular y Diplomático de España*, a. XLV, núm. 14504, (29 de enero de 1893), p. 2. También en Sin firma, "Exposición Histórico-Americana", *El Imparcial*, a. XXVII, núm. 9233 (19 de enero de 1893), p. 3.

⁴⁸² Sin firma, "Noticias generales", *La Época*, a. XLV, núm. 14511 (5 de febrero de 1893), p. 3.

En la última década del siglo XIX se planteó un conocimiento “objetivo” sobre la cultura de México, no sólo construido por la descripción retórica de los discursos literarios, generados lo mismo por periodista, poetas, profesores o meros aventureros de “la América hispánica”. México exigía ese reconocimiento para confirmarse como nación soberana. Esto produjo un nuevo caudal bibliográfico que intentaba generar otra comprensión social, objetiva y científica, sobre la realidad mexicana, alejada de la literatura de ficción, aunque aún no se definiera claramente la vocación española o hispanoamericana en sociología, etnografía, arqueología o antropología.⁴⁸³ Buena parte de esta bibliografía fue expuesta en las conferencias (luego publicadas en libros) que se ofrecieron en el Ateneo de Madrid durante el IV Centenario, donde se exploró la historia de América y los vínculos culturales con España, desde el conocimiento de aquella arqueología, su geografía y su historia hasta sus costumbres etnográficas.⁴⁸⁴

El giro científico proclamaba un conocimiento tal vez menos exótico y fantasioso sobre el pasado mexicano. En ello fue fundamental labor historicista de Vicente Riva Palacio que presentó en el Ateneo de Madrid la conferencia *Establecimiento y propagación de cristianismo en Nueva España*, lo mismo que la enciclopedia *México a través de los siglos...* La primera preocupación del historicismo revisionista fue separar la comprensión de la raza española de la identificación de las comunidades prehispánicas de México, razas que serían fundidas en la Conquista para

⁴⁸³ Al respecto, José Carlos Mainer, al revisar, desde la filología, los estudios científicistas que se desarrollaban en la época para conocer la identidad nacional española, anota: “El conocimiento estético fue inseparable del científico y quizá no sustancialmente diferente: los dos se nutrieron mutuamente y obedecieron a la misma predisposición de ánimo”. (J. C. Mainer. *Historia de la literatura española...*, op. cit., p. 60).

⁴⁸⁴ No obstante, en el Ateneo también hubo muestras de la interpretación histórica imaginativa, sobre todo al analizar las figuras de Cortés o Colón, principales representantes de la hispanidad, como sucedió en las conferencias del historiador español José Gómez de Arteche, *La conquista de México*, y la del mexicano Enrique de Aguilera y Gamboa, *El virreinato de México*. En ambos, prevalecen las ideas de una “madre patria española” generadora de la cultura americana, más como argumento retórico que como hipótesis de trabajo en un proyecto de historia.

proclamar la existencia de una sola cultura hispana. Eran expresiones que pretendían conocer más detalles del pasado original de los que fueron territorios conquistados.

De ahí que autores como Juan Facundo Riaño explore la arquitectura y el urbanismo de las civilizaciones indígenas en el ensayo *El arte monumental americano*, donde calificó de “perfecta” la ornamentación de los edificios prehispánicos mexicanos, comparándola con las ruinas de Egipto o de la India y anotando las diferencias entre las culturas. Destaca la intención de Riaño por reconocer la calidad estética de la cultura mexicana antes de la Conquista, y las suposiciones de que habrían llegado a América “hombres del Mediterráneo y de Oriente” antes de la Conquista y quienes fundarían originalmente aquellas culturas. En el ensayo *La iglesia en la América española*, el marqués de Lerma clasifica la raza indígena mexicana y su relación con el catolicismo. Según este autor en México la iglesia católica habría fundado un modelo cultural que después se reprodujo “en los demás países americanos.”⁴⁸⁵ También celebraban el proceso de aculturación de los indígenas mexicanos realizado por la iglesia católica, los trabajos del sabio Juan de Palafox y Mendoza, obispo de Puebla durante el siglo XVII y eventual virrey de la Nueva España en 1653. En 1893 se reeditó su obra *Virtudes del indio* donde establecía que los indígenas tendrían las mismas virtudes cristianas que un ciudadano europeo. La difusión de este ensayo concitó investigaciones para valorar la vida del obispo, como el volumen *El venerable Palafox* (1892) escrito por el historiador Florencio Jardiel y dictado como conferencia en el Ateneo de Madrid durante los festejos del Centenario.

En la órbita de los temas anteriores, Rafael Delorme Salto publicó en 1894 *Los aborígenes de América*, con un prólogo de Vicente Riva Palacio. A lo largo de su texto,

⁴⁸⁵ Marqués de Lerma, *La iglesia en la América española*. Madrid, Establecimiento tipográfico de Rivadeneyra, 1892, p. 15.

Riva Palacio insiste en plantear un conocimiento objetivo de la historia precolombina de América. Por su parte, Delorme Salto reseñó la bibliografía arqueológica de las culturas prehispánicas y aventuró interpretaciones generales sobre aquellas sociedades. Al final de su tratado, el autor declaró que es a través de la democracia como el mundo hispánico integraría una gran confederación Iberoamericana.

Por eso los hijos de la democracia, los que estamos amamantados con el generoso espíritu de la revolución del 89, somos los únicos llamados a realizar ideal tan sublime, a subsanar, en una palabra, los errores y las culpas de los gobiernos pasados, a echar las raíces de la gran confederación Iberoamericana, formada por todo los pueblos de allende y aquende el Océano.⁴⁸⁶

La misma intención de reinterpretar la historia común de Hispanoamérica con España es perceptible en los 16 tomos del jesuita Ricardo Cappa, *Estudios críticos acerca de la dominación española en América* (1891-1895), una de las primeras investigaciones históricas que juzgaba la participación de la iglesia católica en la Conquista de América a partir de documentos indígenas. En ese sentido, Rafael María de Labra publicó varios artículos sobre temas americanistas en la prensa española,⁴⁸⁷ que más tarde reunió en el volumen *La política hispanoamericana (1905-1906)*, discurso pronunciado en la Unión Iberoamericana en 1906. En este libro, Labra resumió la historia de las relaciones entre España y América desde una posición diplomática, reconociendo la soberanía y la autonomía de las naciones hispanoamericanas.

⁴⁸⁶ Rafael Delorme Salto, *Los aborígenes de América. Disquisiciones acerca del origen, historia y adelanto en la esfera científica de las sociedades precolombinas*. Madrid, Librería de Fernando Fe, 1894, pp. 229 y 230.

⁴⁸⁷ Además, fue un notable abolicionista, que en 1869 publicó una recopilación de sus artículos en el libro *La pérdida de las Américas (recordaciones históricas)*, donde culpó al clero español de provocar la independencia de Hispanoamérica. Sobre México, señaló que en ese país “se evidenció como en ninguna otra parte toda la inmoralidad de la administración colonial a fines del siglo XVIII y principios del corriente: en México el alto clero nadaba en la abundancia, mientras el bajo apenas si podía vivir, exprimido y maltratado.” (Rafael María de Labra, *La pérdida de las Américas (recordaciones históricas)*. Madrid, Imprenta de Francisco Roig, 1869, pp. 57-58).

En general, los temas predominantes de la nueva comprensión de la sociedad y la historia mexicana revaloraban la situación del mundo indígena, sancionaban la participación de la milicia y la iglesia en la Conquista y apoyaban las relaciones de España con América en la formulación de derechos internacionales. En su vertiente política, el nuevo purismo científico que reconocía las autonomías de los pueblos americanos combatía la propuesta del panamericanismo, la integración autónoma del continente americano que proponía Estados Unidos de Norteamérica. Autores como Luis Armiñán (director de la revista *Unión Iberoamericana*) se proclamaban contra estas propuestas, con el argumento de que la raza hispanoamericana integraba a todos los hablantes de la lengua española, y la “panamericanidad” excluía la herencia española de la identidad hispanoamericana. Uno de sus panfletos más célebres fue *El Panamericanismo. ¿Qué es? ¿Qué se propone? ¿Cómo contrarrestarlo?*, en el que destacaba la participación de México como la última frontera del español frente a la sociedad norteamericana, calificada de egoísta y ambiciosa.

Pero más allá de los adelantes científicos, históricos y políticos, que propuso el caudal de actividades del Centenario, simbólicamente, el reconocimiento objetivo sobre la cultura mexicana se puede observar en un artículo de la primera plana del periódico *El Globo*, publicado en 1898, donde se discute si la ortografía de México se escribe con “j” o con “x”, tema sobre el que años después Alfonso Reyes escribirá un célebre ensayo (“La X en la frente”, 1952): “La respuesta es sencilla: con x. Los fundamentos también son sencillos. Esta palabra no es castellana, para que su escritura se sujete a las reglas de este idioma [...]. Es, según su etimología, azteca.”⁴⁸⁸

⁴⁸⁸ Sin firma, “¿Méjico o México?”, *El Globo*, a. XXIV, núm. 8316 (4 de septiembre de 1898, p. 1.

DESDE BARCELONA, MANUEL PAYNO INFORMA A PORFIRIO DÍAZ⁴⁸⁹

La firma del Tratado de Propiedad Científica, Literaria y Artística entre México y España, acontecida en abril de 1892 y ratificado tres años más tarde, fue uno de los pocos logros concretos del Centenario. Sin embargo, la ausencia de otros acuerdos demuestra que el evento fue más importante para la biografía de los intelectuales que ahí participaron, que para las sociedades a las que representaban. La celebración de dicho convenio fue propuesta por Gaspar Núñez de Arce, molesto porque en México se reproducían sus obras sin su autorización, y sin que por ello devengara ningún beneficio. Núñez de Arce convenció a Riva Palacio, quien accedió a gestionar los trámites necesarios para conseguir el acuerdo.⁴⁹⁰ Por la falta de logros concretos, a pesar de los enormes esfuerzos de México en las celebraciones, el cónsul Manuel Payno tenía la sensación de que el evento fue un fracaso. Desde Barcelona, escribió a Porfirio Díaz para narrarle varios detalles de las festividades con el lapidario argumento de que “Ninguno de los congresos que se reunieron en Madrid, produjo ni sensación ni resultado alguno”.

Payno, antiguo ministro de Economía y Fomento de su nación, continúa con otro ataque: “Mi opinión es salvo la mejor de usted que no obteniendo ninguna ventaja práctica, ni aumentándose el nombre y gloria de México, es inútil mandar delegados, en lo sucesivo, a esta clase de reuniones que no tienen verdadera importancia.”

⁴⁸⁹ La siguiente paráfrasis se redactó a partir del documento: Manuel Payno, cónsul de México en Barcelona, *Informe respecto de las festividades españolas en ocasión del Cuarto Centenario del primer arribo de Cristóbal Colón al Continente Americano*, 15 de abril de 1893, México, Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 19-22-137; también citado en: E. Sánchez Albarracín, *Le convergence hispano-américaniste...*, op. cit., pp. 668-671; y José María Muriá, “El IV Centenario del Descubrimiento de América”, *Revista Secuencia*, núm. 3(diciembre 1985), pp. 131-136.

⁴⁹⁰ J. Dios Peza, *Memorias, reliquias...*, p. 327.

Payno observa que el fracaso de la representatividad mexicana en Madrid se debió a diversos factores, que parecen baladís. Durante el verano, asegura, los madrileños deben salir “aunque sea a Aranjuez”, por lo que en aquellos meses de agosto a octubre de 1892 la ciudad permanecía desolada.

Payno vio cómo Riva Palacio tenía que buscar de entre las otras delegaciones hispanoamericanas, gente que llenara el salón de la biblioteca donde se celebró la Exposición Histórica, para evitar “un pobre y ridículo aspecto” de la muestra.

Critica que no hubo inauguración oficial el día señalado en el programa, porque la reina regente viajó a Andalucía acompañada por el rey que se enfermó de gravedad en Sevilla, por lo que ni visitaron Granada, ni regresaron a Madrid para inaugurar la exposición.

Continúa: en las provincias nadie se enteró de los festejos, y los trenes de Francia, que suelen bajar los costos de sus boletos, ni siquiera ofertaron una promoción especial para invitar a los conciudadanos franceses a Madrid, “y el silencio de la prensa francesa fue tan absoluto, que sus muchos periódicos no escribieron ni un solo renglón para anunciar que en la nación vecina se celebraba la festividad de uno de los más asombrosos acontecimientos del Mundo.”

Se olvida de asuntos baladís y analiza que lo más grave era la situación política de Madrid, mientras se convocó a las fiestas de Iberoamérica:

A todo esto se añadía también las discordias entre el gobernador, el alcalde y el Ayuntamiento de Madrid. Una parte de los concejales estaban acusados de malversación, justa o injustamente y eran hasta cierto punto sostenidos por el señor Cánovas, mientras el pueblo y las gentes de influjo en Madrid, deseaban su separación; así las festividades que estaban ya determinadas para atraer la concurrencia y esparcir el regocijo en la ciudad, se aplazaron unas y otras no tuvieron efecto y el pueblo quemó una noche el tablado que el gobernador o el ayuntamiento habían dispuesto frente a la fuente de Cibeles, para una festividad y

el señor Bosch, que era el alcalde, la hubiera pasado mal, si el pueblo enfurecido le hubiese encontrado cuando salió del Palacio Municipal.

Nombrose entonces alcalde al señor marqués de Las Cubas, que comenzó a dictar disposiciones enérgicas que agradaron mucho al público y suspendió una recepción, por considerarla muy costosa, que se había preparado para los americanos.

Entre tanto pasaba todo esto, el Palacio de la exposición estaba casi solo, con excepción de los días en que fue visitado por la reina regente y por los reyes de Portugal.

No encontrándose sostenido el señor marqués de Las Cubas que deseaba la separación inmediata de los concejales, renunció su encargo y se marchó inmediatamente a San Sebastián. El disgusto y la alarma fue tan grande en Madrid, que las tiendas se cerraron inmediatamente, preparándose manifestaciones hostiles al señor Cánovas y al partido conservador.

Pocos días después la defección del señor Silvela, determinó la caída definitiva del partido conservador y de su jefe el Señor Cánovas, sustituyéndolo como tantas otras veces el señor Sagasta, jefe del partido liberal.

Tan graves acontecimientos políticos hicieron olvidar completamente las fiestas del Centenario y las preciosidades que encerraba la Biblioteca y todo quedó en un estado de indecisión y de dificultad, de que no se pudo salir sino con un banquete que los ministros americanos hicieron a escote, convidando a los ministros de estado y a algunas otras personas de distinción cuando como era natural y de esperarse, la clausura hubiera debido hacerse solemnemente por la reina, y el gobierno ofrecer un banquete regio de despedida a los americanos que habían venido contentos y presurosos al llamamiento de la que en otro tiempo fue Madre Patria. Los papeles se invirtieron por uno de esos fenómenos que repentinamente y sin intención determinada produce la política.

Aún no termina. Pasa lista a la delegación mexicana en la Exposición Histórica de Madrid, donde vio laboriosos a Francisco Plancarte y a Del Paso y Troncoso, que sólo abandonaron sus sitios en la Biblioteca en las horas precisas de comer. Luego adjetiva con cierto desdén que el pabellón mexicano tuviera, efectivamente, un aspecto “bastante agradable y vistoso”.

Remata:

Repito, todo esto, con solo unos cuantos curiosos que pasaban rápidamente de salón a salón sin darse cuenta ni de lo que veían. ¡Se caían las alas del corazón! Tanto gasto, tanto trabajo, tanto afán, para que todo esto reunido por la primera vez en Europa, quedase ignorado y como si esa exposición maravillosa se hubiese hecho en el lugar más lejano y más desierto del mundo.

Apuesta por la verosimilitud con un recurso retórico novelesco, el del narrador dubitativo: “Esto parece increíble, pero así pasó”. Sin menoscabos, mira con sorna la exposición colombina de su cultura:

Debajo de las vidrieras, se veían ídolos más o menos grandes, pero todos deformes, ollas y jarros de barro, máscaras de obsidiana, piedrecillas y figuras de serpentina y por ese estilo lo demás. Es necesario ser aficionado e instruido en la arqueología y en la Cerámica y además tener conocimientos en la historia de las razas antiguas del Nuevo Mundo y figurarse enseguida que todos esos objetos de barro, de serpentina o de oro y las grandes piedras e ídolos que se veían, principalmente en la instalación mexicana, eran obras de gentes que no usaban el fierro que no disponían de los medios que enseña la mecánica y que apartados del Mundo Antiguo fabricaban todo ello a su manera, con los escasos elementos que poseían, para labrar las piedras duras, fundir el oro y modelar su alfarería y transportar grandes piedras muy pesadas de un lugar a otro; pero todas estas reflexiones y estos conocimientos están concretados en el Mundo entre determinadas y muy pocas personas, y las mujeres y los hombres en lo general, aun los más instruidos y civilizados, dan muy poca importancia a todos estos objetos.

Recuerda que sí vio pasar por ahí a la reina regente, que agradeció el detalle de regar con flores el pabellón de México,

hizo dos o tres preguntas al Padre Plancarte y a Troncoso que la recibieron y pasó a continuar su visita que debía terminar en la misma tarde teniendo que andar para completarla más de dos mil metros. Lo mismo sucedió cuando los Reyes de Portugal hicieron a su vez la visita oficial. En resumen el gasto que ha hecho México en hacer modelar los grandes monumentos de piedra, el afán y dificultades para transportarlos, pues no cabían por los túneles y la importante labor de Troncoso y socios para colocar y formar un catálogo de todo ello, se puede considerar como perdido, quedando sólo la honra, de que México, llamado a concurrir a una fiesta en que se creyó que concurriría también la Europa entera, se portase de una manera espléndida, hasta el punto de enviar una Banda, compuesta de sesenta y cuatro personas que atravesó el Océano para venir a saludar a la antigua y noble nación Española, cosa que no ha tenido antecedente, ni aun en las grandes Exposiciones celebradas en Europa.

Después, se pone simpático: “A propósito de la música: fue, como se dice generalmente, la nota alegre entre las turbaciones de la política.” Aunque también declara el menosprecio con fue despedida la banda, sin recibir si quiera una banquete oficial de agradecimiento.

Lo mismo les sucedió a todos los delegados hispanoamericanos: ni fueron presentados oficialmente a alguna autoridad, ni mucho menos a los reyes. Entonces, Payno está por llegar al punto de su informe (¿un recelo por no ser él, el embajador de México en España?): que por fortuna él sólo era miembro de la legación mexicana, porque los ministros “tuvieron que reducirse a trabajar como unos mercaderes en sus instalaciones para dar explicaciones a los pocos que se las pedían. Me pareció esto muy extraño tratándose esencialmente de una fiesta popular y fraternal. Si yo no hubiese tenido diversos encargos del gobierno y el deseo de no desagradarlo, me hubiera marchado inmediatamente a Barcelona.” Habría querido remarcar el eco de su estilográfica: “Si yo hubiese tenido diversos cargos del gobierno”... Pero no los tenía, así es que de cualquier forma se regresó a Barcelona.

Y antes de firmar, presentando las honras que se merecía don Porfirio, Payno quería ver si encontraba luz en el “lugar oscuro” que ocupaba: “No sé lo que habrá dicho de la exposición y de su resultado el señor general Riva Palacio porque el carácter elevado de su misión está muy distante del oscuro lugar que yo ocupó, pero en mi calidad de comisionado y cónsul he creído necesario decir con entera verdad cómo las cosas han pasado”.

Realmente, ¿qué esperaba Payno de todo esto?

POLÉMICAS DEL MODERNISMO (PRIMERA PARTE): CON USTEDES, LA POESÍA JOVEN DE AMÉRICA

Entre el revuelo del Centenario ¿dónde estaba el mozalbete Francisco A. de Icaza? Tal vez la respuesta resulte confusa y nos lleve a una galantería poco común en el sobrio carácter de Icaza, porque alrededor de 1890 el joven poeta comenzó a flirtear con la

aristócrata granadina Beatriz de León Loinaz (“una mujer muy rica y muy guapa, que dicen que fue el amor de Alfonso XII”), hija y nieta de una estirpe de oficiales de Caballería, sobrina de la marquesa de Squilache, todos ellos maestrantes de Granada.⁴⁹¹ Aunque no será hasta noviembre de 1895 cuando Francisco A. de Icaza y Beatriz Loinaz celebren su matrimonio,⁴⁹² el joven poeta se encontraba más inspirado que nunca, al grado de escribir con enjundioso ripio los arrobadores versos fechados y firmados, precisamente en 1890 en Granada: “Bésame con tus labios carmesíes,/ Mientras tus ojos, como el cielo azules,/ Me miran entornados... ¿sí?, sonríes.../ ¿Qué me importan amores de zegríes,/ de muzas, de gomeles y gazules?”⁴⁹³ A favor de la relación entre la producción lírica de Icaza y Granada habría que decir que ocho años después, cuando la pareja de enamorados camine por la Alhambra, Icaza se inspirará nuevamente para escribir los versos que ahora están grabados a la entrada del monumento: “Dale limosna mujer/ que no hay en la vida nada/ como la pena de ser/ ciego en Granada.”

Precisamente, contra versos como estos, que ya proyectaban los ritmos del llamado modernismo, fue que algunos escritores españoles, como Emilio Bobadilla *Fray Candil*, reaccionaron de manera crítica. Sin embargo, su impresión de Francisco A. de Icaza fue positiva, en contra de su apreciación sobre los modernistas: “Hablamos buena pieza de literatura y en seguida comprendí que se trataba de un hombre culto, muy leído, de refinado temperamento artístico. A instancias del introductor me recitó unos versos suyos (de Icaza) que me gustaron”.⁴⁹⁴ Para entonces, Icaza aún no había

⁴⁹¹ Mercedes Sanz Bachiller, “La guerra civil 70 años después”, en *El Mundo*. http://www.elmundo.es/especiales/2006/07/espana/guerracivil/hist_sanzbachiller.html. (Consultada el 15 de marzo de 2010.)

⁴⁹² M., “Ecos madrileños”, *La Época*, a. XLVII, núm. 16303 (15 de octubre de 1895), p. 2.

⁴⁹³ Francisco A. de Icaza, “La leyenda del beso”, en *la Ilustración Española y Americana*, a. XXXIV, núm. XLIV, (30 de noviembre de 1892), p. 330.

⁴⁹⁴ Emilio Bobadilla (Fray Candil), *Capirotazos (sátiras y críticas)*. Madrid, Librería de Fernando Fé, 1890, p. 214

publicado su primer libro de poesía, pero ya era conocido en España por sus primeros poemas publicados en la prensa matritense: “Hay en ellas una tristeza vaga --decía Fray Candi--, candorosa, originada, más que en desengaños personales, de una exquisita sensibilidad artística saturada de elementos poéticos italianos y franceses.”⁴⁹⁵

Poco más puede apuntar Bobadilla sobre los poemas de Icaza. Dada la reticencia del crítico por calificar de moderna a la poesía del mexicano, reflexiona sobre la modernidad estética como una conjunción de tiempos culturales: la poesía de Icaza convoca sensaciones de toda la historia del arte, lo mismo la pulcritud del helenismo que los años eclécticos de finales del siglo XIX. Además, su sensibilidad le parece femenina (“pero no afeminada”), lo que lo confronta nuevamente con el simbolismo. A su favor, dirá Bobadilla, Icaza es más cercano a la poesía italiana que a la francesa, por entonces atiplada y afeminada, señalaban los críticos del simbolismo y el parnasianismo: “Por eso gusta del amor tranquilo, sin brusquedades ni gritos estridentes. Es un amor apacible, resignado, pudoros, en el sentido que se realiza equilibradamente, sin aberraciones a lo Baudelaire.”⁴⁹⁶

Mucho antes que Rubén Darío, Francisco A. de Icaza representó al poeta hispanoamericano en Madrid, rápidamente apreciado en la capital como el “mexicano español”.⁴⁹⁷ Independientemente de su galantería, el joven erudito (“tan pulcro, tan nervioso”, lo calificaría Azorín) también se mantenía ocupado en otros menesteres. Acudía al Ateneo de Madrid donde, además de impartir cátedra, conversaba con Antonio Cánovas y con Práxedes Sagasta, con Manuel Fernández y González y con Luis Taboada. Aprendió de Riva Palacio, entre otros avíos, el arte de la conversación.

⁴⁹⁵ *Ibidem*, p. 215.

⁴⁹⁶ *Ibidem*, p. 219.

⁴⁹⁷ Sin firma, “Un mexicano español”, *El Imparcial*, a. XXXIX, núm. 13610 (18 de febrero de 1905), p. 2.

Manuel Azaña lo recordaría como un péndulo oscilante entre el galante audaz y el estudiante diestro, que llegaba al Ateneo

procedente de alguna recepción, de algún baile y, entrándose en un corro, al punto se convertía sin esfuerzo en director del coloquio. Era su hablar pausado, con algún titubeo, escogiendo los vocablos, y se divertía en disparar tal cual malicia celebrada por él mismo, a par de sus oyentes, con risotadas alegres. Icaza gustaba de ser comprendido instantáneamente, con medias palabras: el pazguato, el provinciano que no cazaba en el vuelo sus alusiones, promovían su enfado: sobre ellos descargaba los ojos de Icaza un rayito vengador, no siempre mudo, fulminante.⁴⁹⁸

Por eso años, Francisco A. de Icaza comenzó a intensificar su lectura crítica sobre la literatura de Lope de Vega. Alonso Zamora Vicente parece recordarlo caminando por las calles de Madrid en busca de Lope, de quien escribirá la edición filológica de su obra, 33 años después. Así, pues, Icaza

llega a España enamorado del poeta máximo, del genio sembrador de estupores y alabanzas. Icaza llega a Madrid, a ese Madrid donde todo le habla de Lope: las calles, las iglesias, los nombres locales, la vida misma. Allí están en pie, envejeciendo, las iglesias de San Andrés y de San Sebastián, y el colegio de los jesuitas, y la casa de la calle de Francos, y el convento de las Trinitarias, y el Carmen descalzo, y el Prado, y sobreviven, transformados, los viejos teatros, y todavía el corto callejón del infante, donde vivía Marta de Nevares, lleva su mismo nombre, y quizá la Puerta de Guadalajara tenía todavía su aire rural, casi de extramuros, de barrio súbitamente encaramado a centro de ciudad. Sí, Lope andaba en el aire.⁴⁹⁹

Francisco A. Icaza sería el primer modernista mexicano en situarse en el campo literario de Madrid.⁵⁰⁰ Los escritores mexicanos no expresaron, ni en sus textos, ni en

⁴⁹⁸ F. A. Icaza, *Obras...* Tomo I. México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 33.

⁴⁹⁹ Alonso Zamora Vicente, *Lengua, literatura, intimidad. (Entre Lope de Vega y Azorín)*. Madrid, Taurus, 1966, p. 35.

⁵⁰⁰ Advierto que no se pretende analizar ni la aparición del modernismo de España, ni las polémicas que suscitó, tanto en la literatura española como en la hispanoamericana. Los temas del modernismo han sido de sumo interés para la filología hispánica, abordados de manera brillante por numerosos especialistas, de los cuales sólo remito a cuatro de ellos, fundamentales: Richard Caldwell, “‘La poesía moderna, modernísima, poesía, quizás, del futuro’. Los orígenes del simbolismo en España”, *Anales de Literatura Española*, núm. 15 (2002), Alicante, Universidad, Departamento de Literatura Española, pp. 27-54; Ricardo Gullón, *Direcciones del modernismo*. Madrid, Gredos, 1971; José Carlos Mainer, *Historia de la literatura española 6. Modernismo y nacionalismo 1900-1936*. Madrid, Crítica,

las tertulias matritenses, una posición definida sobre el modernismo como sí lo hacían en la prensa de México.⁵⁰¹ Icaza al frente del modernismo mexicano en Madrid difundió a otros escritores identificados con el movimiento estético en los medios impresos de la capital de España; ahí publicó poesía propia y envió, primero, poemas de Salvador Díaz Mirón y Manuel Gutiérrez Nájera. Díaz Mirón “fue probablemente el primero de los modernistas hispanoamericanos que se diera a conocer como poeta en España.”⁵⁰² En 1886 Icaza llegó a Madrid, y se habría encargado de difundir dos poemas de Díaz Mirón: “A Gloria”, que apareció en *La Discusión*, y “El desertor” que se publicó en *La Ilustración Española y Americana*.⁵⁰³

Aunque el filólogo Donald Fogelquist señala que la recepción sobre la poesía de Díaz Mirón no comenzó hasta 1894, los comentarios sobre su persona, y apenas acerca de su obra, ya descollaban incluso desde la década de los sesenta del siglo XIX. Es cierto que poco se le conocía como poeta (prácticamente sólo el mote) pero mucho como político y hombre de acción:⁵⁰⁴ que combatió en el campo de batalla como militar contra el ejército francés durante la ocupación de Maximiliano de Habsburgo en

2010; e Iván Schulman, *El proyecto inconcluso. La vigencia del modernismo*. México, Siglo XXI Editores, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2002.

⁵⁰¹ Sobre las diversas polémicas del modernismo en México, véase: Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala, *La construcción del modernismo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

⁵⁰² D. F. Fogelquist, *Espanoles de América...*, *op. cit.*, p. 228.

⁵⁰³ Salvador Díaz Mirón, “A Gloria”, *La Discusión*, a. XXXI, núm. 1997 (7 de enero de 1886), p. 3; y, Salvador Díaz Mirón, “El desertor”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXXII, núm. XXXV (22 de septiembre de 1888), p. 171.

⁵⁰⁴ Fogelquist matiza: “Favorecía a Díaz Mirón, además, la leyenda que se iba creando en torno a su vida desorbitada y tempestuosa. De temperamento volcánico, orgulloso y arrojado, estaba siempre dispuesto a batirse con cualquiera que le ofendiera, intencionada o inocentemente.” (D. F. Fogelquist, *Espanoles de América...*, *op. cit.*, p. 229). Todavía en 1910, *La Correspondencia de España* publicará una extensa semblanza sobre Díaz Mirón, en la que destaca el vigor de sus versos en concomitancia con sus acciones violentas contra un grupo de bandoleros que asolaban la sierra de Veracruz, su estado natal. (Sin firma, “El poeta y el bandido”, *La Correspondencia de España*, a. LXL, núm. 19145 (13 de julio de 1910), p. 2).

Con la misma personalidad era conocido su hermano, Manuel Díaz Mirón. Aunque se le conocía el carácter belicoso y patriótico en Madrid no se valoraban sus dotes literarias. (Sin firma, “Parte política”, *La Época*, a. XVI, núm. 4560 (5 de enero de 1864), p. 2).

México,⁵⁰⁵ que había participado en el gobierno de Benito Juárez como gobernador de Veracruz,⁵⁰⁶ y que era editor de la *Revista Vercruzana*.⁵⁰⁷

El escritor venezolano Miguel Eduardo Pardo fue el primero en comentar con prolijidad la obra de Díaz Mirón. No hay “en la lírica mexicana --decía Pardo-- quien lo sobrepuje en genio. Ha comprendido la verdadera misión de la poesía y profesa el apostolado en grande. Es grande en todo”.⁵⁰⁸ Además, el crítico lo distanció del llamado movimiento parnasiano, como se calificaba a los vislumbres de modernismo en las letras hispanoamericanas:

No es de los alistados en ese ejército de pálidos y tristes discípulos de Alfred de Musset. No sabe pintar bosques violáceos, ni palmares que columpian, ni violetas impregnadas de perfume. Tiene mucho de pagano, de ateo y patriota. Díaz Mirón comprende que ya no estamos en los tiempos de las canciones bucólicas, de los madrigales de los poemitas idílicos, de las trovas delicadas; sabe que desaparecen los bardos de cabello ensortijado, los románticos, los románticos, los que lloran con doña Inés y se emocionan con la pastora de Millevoye. Pinta a la sociedad y la insulta; y así, claro, la insulta por monstruosa; maldice a los tiranos; escupe a los traidores y abofetea a los miserables con mano omnipotente, con trato omnipotente, como que no conoce la adulación, ni sabe estarse de rodillas ante los déspotas.⁵⁰⁹

Esta intervención en las prensas matritenses habría definido la recepción positiva de la obra de Díaz Mirón. Sin embargo, Fogelquist comete un error al señalar que la principal virtud del ensayo de Eduardo Pardo es presentar un poema definitivo en la difusión de la obra poética del mexicano en España, y en toda Hispanoamérica: “A Gloria”, poema que ya se había publicado en 1886 en la preense matritense, gracias a la intervención de Francisco A. de Icaza (Juan de Dios Peza deja fuera a Díaz Mirón de su

⁵⁰⁵ Sin firma, “La Discusión”, *La Discusión*, a. VII, núm. 2210 (7 de marzo de 1863), p. 2.

⁵⁰⁶ Sin firma, “Correspondencias extranjeras”, *La Época*, a. XIV, núm. 4540 (5 de diciembre de 1862), p. 3.

⁵⁰⁷ Sin firma, “Libros presentados”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XXVII, núm. XLVI (15 de diciembre de 1883), p. 15.

⁵⁰⁸ Miguel Eduardo Pardo, “Poetas mexicanos”, *El Imparcial*, a. XVIII, núm. 9579 (15 de enero de 1894), pp. 6 y 7.

⁵⁰⁹ *Ibidem*.

ampulosa antología de 1878).⁵¹⁰ Habría algunas inconsistencias arqueológicas en la investigación de Fogelquist, señala varios elementos estéticos y retóricos del poema “A Gloria” (siguiendo la lectura de la versión de 1894) que habrían sido percibidos de manera positiva por los lectores españoles, lo cual es cierto: la afirmación del individualismo, el uso del serventesio y, sobre todo, “otro rasgo, castizo y clásico, que para muchos españoles demostraría fidelidad de Díaz Mirón a su prosapia. Se trata de su afición a la frase sentenciosa o proverbial, que pudo haberle llegado a través de la lectura de grandes maestros de la lengua, como Gracián y Quevedo”.⁵¹¹

El poema “Deseos”, no advertido por Fogelquist, también revela estas características, y fue difundido por el *Álbum Iberoamericano* en 1890. Fogelquist sugiere que hay estructuras poéticas más cercanas a las propuestas modernistas, una de ellas es el verso endecasílabo en homenaje a los orígenes de la lírica española. “Deseos” está escrito en endecasílabos propios, con acentos en la tercera, la sexta y la décima sílaba. El uso del yo lírico en primera persona recuerda a la poética de Bécquer, y confirma el uso de un “lenguaje relumbrante, brioso y varonil”:

*Yo quisiera ser lino y en tu lecho,
allá en la sombra, con ardor cubrirte,
temblar con los temblores de tu pecho
¡y morir de placer al comprimirte!*

*¡Oh, yo quisiera mucho más! ¡Quisiera
llevarte en mí como la nube al fuego,
mas no como la nube en su carrera
para estallar y separarse luego!*⁵¹²

⁵¹⁰ Debido a este error en su estudio, es difícil seguir el planteamiento de Fogelquist sobre la “evolución poética” de Díaz Mirón, ya que considera que el momento cumbre de Díaz Mirón sería la difusión de “A Gloria”, posterior, supone, a la aparición de otros poemas como “Redemptio”, lo cual también es un error.

⁵¹¹ D. F. Fogelquist, *Espanoles de América...*, op. cit., p. 231.

⁵¹² Salvador Díaz Mirón, *El Álbum Ibero-Americano*, 2ª época, a. VIII, núm. 17 (7 de diciembre de 1890), p. 201; la reproducción del poema confirma su éxito: “Deseos”, *El Álbum Ibero-Americano*, 2ª época, a. XIII, t. X, núm. 46 (14 de diciembre de 1895), p. 549.

El guiño a Bécquer pero sobre todo a Garcilaso de la Vega, uno de los introductores líricos del endecasílabo al castellano, favorece a lo que Fogelquist considera como las reminiscencias castizas que apoyaban la recepción de la poética del momento, como las frases sentenciosas de los siguientes versos: “Yo quisiera ser agua y que en mis olas,/ que en mis olas vinieras a bañarte”. Aún habría otros dos poemas, “Asonancias” y “Consonancias”,⁵¹³ que comparten estas características: endecasílabo propio (con acentos en la tercera, sexta y décima sílaba), yo lírico en primera persona, lenguaje relumbrante y varonil, además del uso de frases sentenciosas. Ambas composiciones fueron publicadas en España antes de 1895, el año que Fogelquist registra como el del gran reconocimiento de la madurez poética de Díaz Mirón.

Este mismo año de 1895, la aparición del poema “Redemptio”, en *La Correspondencia de España*,⁵¹⁴ ayudará a la recepción española para definir a Díaz Mirón como “una persona de acentuado individualismo” (lo que era valorado positivamente), a pesar de la marcada influencia del romanticismo francés. “Redemptio” servirá al crítico Francisco Navarro Ledesma para argumentar dos hipótesis sobre el poeta mexicano: su distanciamiento estético de la poesía decadentista, poética con poca identificación entre los lectores españoles y el uso de un yo lírico definido por una personalidad “castiza y clásica”, más seductora para el público español.⁵¹⁵ A diferencia de los comentarios que se hacían en México sobre Díaz Mirón,

⁵¹³ Salvador Díaz Mirón “Consonancias”, *El Álbum Ibero-Americano*, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 7 (22 de agosto de 1893), p. 182; y Salvador Díaz Mirón, “Asonancias”, *El Álbum Ibero-Americano*, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 18 (14 de noviembre de 1893), p. 212.

⁵¹⁴ Salvador Díaz Mirón, “Redemptio”, *La Correspondencia de España*, a. XLVI, núm. 13624 (26 de mayo de 1895), p. 4.

⁵¹⁵ Los poemas de Díaz Mirón se reprodujeron en diversos medios impresos, y pronto recibió más críticas que no siempre fueron positivas, como la lectura irónica de Ricardo Catarineu, quien acusaba a la poesía del mexicano, de “tener muchos rípios y ser rimbombante hasta la exageración”; aún así “no deja de haber compuesto poesías muy atractivas por lo sentidas y sinceras.” (Ricardo J. Catarineu, “Lecturas. Versos”, *La Correspondencia de España*, a. L, núm. 15216 (1 de octubre de 1899), p. 1). El texto está escrito con sarcasmo malogrado y comienza con una propuesta de clasificación de los poetas hispanoamericanos, aunque reconoce que conoce poco a los poetas de esa región: los *sinsones*, quienes siempre empiezan sus poemas con el siguiente verso: “atrevido las nubes cruza el cóndor...”; los

en el sentido de que su poética romántica devenía de la asimilación de las poéticas de Víctor Hugo o de Lord Byron,⁵¹⁶ Navarro Ledesma veía en el poeta mexicano una personalidad propia. “Por fortuna --escribió el crítico español--, esta admiración ciega [por Víctor Hugo y por Lord Byron] no ha logrado extraviar a Díaz Mirón, como a otros poetas americanos, porque en él había la estrofa de un verdadero poeta español, y tan español, que en algunas composiciones suyas se notan resabios de gongorismo”.⁵¹⁷

La dubitación con que la recepción española acogía la literatura de Díaz Mirón fue similar a la lectura de la obra dispersa y fragmentada de Manuel Gutiérrez Nájera, otro poeta que Francisco A. de Icaza comenzó a difundir apenas llegó a Madrid. La variedad de géneros practicada por Nájera complicaba aún más su lectura. Además de la poesía, a la que se sentía consagrado, ejercía de cronista y crítico literario, aunque nunca vio publicado durante su vida ningún libro de poesía propia. En 1887, cuando fue electo miembro de la Academia Mexicana de la Lengua correspondiente de la Real Española, aparecieron las primeras críticas en su contra.⁵¹⁸ Pero fue por su faceta de articulista que Antonio de Valbuena le atacó “con truculencia”, porque en México Nájera había escrito algunos textos periodísticos en contra del académico.⁵¹⁹

Salvador Rueda sería el primer poeta español encargado en resarcir la imagen de Gutiérrez Nájera, al grado de recuperar los ritmos y las figuras retóricas para sus

clasicotes, los que se dedican a la imitación servil de los clásicos “más laberínticos”; y los *caballeros del último figurín*, quienes imitan a lo más extravagante que se haya escrito en París.

⁵¹⁶ El crítico Julio Cejador y Frauca, ya entrado el siglo XX, seguirá considerando a Díaz Mirón poco más que un imitador de Víctor Hugo: “Es la liana de América que se enreda a todos los árboles de la selva tropical y no se detiene en ninguno”. (Julio Cejador, “Chocano y los demás poetas jóvenes de América”, *La Lectura*, a. VII, núm. 77 (mayo de 1907), pp. 240-248).

⁵¹⁷ Francisco Navarro Ledesma, “Poetas hispanoamericanos”, *Unión Ibero-Americana* (8 de enero de 1898), p. 243. (Citado en D. F. Foguelquist, *Espanoles de América...*, *op. cit.*, p. 234).

⁵¹⁸ Sin firma, “Ecos teatrales”, *La Época*, a. XXXIX, núm. 12442 (13 de marzo de 1887), p. 4.

⁵¹⁹ D. Foguelquist, *Espanoles de América...*, *op. cit.*, p. 245.

composiciones fechadas en 1888,⁵²⁰ aunque no será hasta la aparición del libro *El ritmo* (1894) donde Rueda hablaría de Gutiérrez Nájera como uno de los modernistas hispanoamericanos más importantes junto con Rubén Darío. En 1892 aparecería uno de los primeros poemas de Nájera en la prensa española, “To be”, en la revista *España y América*; dos años después, *La Ilustración Ibérica* publicará “Para el corpiño”; en 1899, *El Álbum de Madrid* dio a conocer “Mariposas”; y en 1907, *El Ateneo de Madrid* publicó “La duquesa Job”. Mientras fluía esta lenta difusión en España de la obra poética de Nájera, el poeta murió en 1895.⁵²¹

Sólo después de publicar los poemas de sus maestros, Icaza remitió dos de sus composiciones propias a *La Ilustración Española y Americana*: “Estancias” y “La leyenda del beso”.⁵²² La reproducción de estos poemas en otros impresos confirma la rápida popularidad de Icaza en la recepción matritense. Sobre el poema “Estancias”, Foguelquist destaca su escritura decasílabo, un metro que “sin ser precisamente nuevo, no es el de ocho ni de once --tan maltrechos por tanto uso y abuso--, sino el decasílabo, empleado ya en México por Gutiérrez Nájera y Justo Sierra. El poema completo consta de seis estrofas.”⁵²³

En los siguientes dos años, Icaza continuó publicando sus poemas. De corte amoroso, la mayoría de ellos comparten características discursivas, con ligeras variantes formales que pasaron desapercibidas a la crítica española, hasta que Fray Candil se ocupó de la poesía del mexicano y de inmediato encontró sus influencias: Henri Heine,

⁵²⁰ O así lo sugiera Foguelquist al comparar el poema “Primavera” de Rueda, con “De blanco” de Gutiérrez Nájera: “El metro empleado por los dos poetas es el mismo, el dodecasílabo (seis más seis); hay mucha semejanza en las imágenes y en cierto giros del lenguaje”. (*Ibidem*, p. 247).

⁵²¹ Nuevamente Foguelquist comete un ligero desliz en sus registros, porque refiere que es hasta 1902 cuando se dan noticias en la prensa española sobre Gutiérrez Nájera, cuando Francisco A. de Icaza publica su artículo “Poetas modernos de México” un año antes, y el mismo Icaza ya había hecho circular los poemas del Duque Job en la prensa de Madrid.

⁵²² Firmados por Francisco A. de Icaza, y publicados en *La Ilustración Española y Americana*, se publicaron: “Estancias”, a. XXXIV, núm. XXXIX (30 de octubre de 1890), p. 239 y “La leyenda del beso”, a. XXXIV, núm. XLIV (30 de noviembre de 1890), p. 330.

⁵²³ D. F. Fogelquist, *Españoles de América...*, op. cit., p. 207.

Albert Samain y Stecchetti, autores aún poco difundidos en España pero que en México ya se había traducido, tanto por el mismo Icaza como por Justo Sierra o Balbino Dávalos: “La primera impresión que producen sus poesías es de una vaga melancolía de *claire de lune*. Hay en ellas una tristeza vaga, candorosa, originada, más que de desengaños personales, de una exquisita sensibilidad artística saturada de elementos poéticos italianos y franceses”.⁵²⁴ Fray Candil añadía que en Icaza se leía cierto neohelenismo asimilado a las facultades de un poeta original, con lo que ya apuntaba dos características que luego serían rasgo de identidad del modernismo: el uso de métricas inusuales y las referencias a la cultura helénica.

En 1892 aparecerá el primer libro de poesía de Icaza, *Efímeras*, editado por Sucesores de Rivadeneyra. Rápidamente, el libro suscitó críticas cuya nota común era el desconcierto. Mientras que Salvador Rueda adjetivaba a la poesía de Icaza como “luminosa, simpática y certera”, el crítico de *La Época* prefería los calificativos de “sencillez, elegancia y naturalidad”; Lorena, en *El Globo*, compara estos poemas con “la ternura de Sully Prudhome y la parnasiana elegancia de Gautier”.⁵²⁵ Más optimista y descriptivo fue *El Imparcial*, periódico que a lo largo de los años será generoso con la obra del poeta mexicano: “Resplandecen en todas ellas suave perfume de verdadera poesía, realizada por una forma irreprochable”.⁵²⁶

La reseña más interesante fue la escrita por Salvador Rueda. Para 1892, a falta del mote modernista, que no llegará a la recepción literaria española hasta que el sonoro Darío arribe a Madrid, Rueda no sabe cómo definir la poética de Icaza, y lo habría de afiliar a la escuela “diamantista”: “Forma primorosa, sentimiento expresado con

⁵²⁴ Emilio Bobadilla (Fray Candil), *Capirotazos*. Madrid, Librería de Fernando Fé, 1890, p. 214.

⁵²⁵ Lorena, “Volanderas”, *El Globo*, a. XXV, núm. 8455 (22 de enero de 1899), p. 1.

⁵²⁶ Sin firma, “Los libros de la semana”, *El Imparcial*, a. XXV, núm. 8921 (21 de marzo de 1892), p. 3.

sobriedad y a veces con hermosa pompa lírica, y gusto al ejecutar arabescos al buril, son las notas características de Icaza, el cual aparece literariamente formado, y creo que no ha de evolucionarse con el tiempo ni dar paso atrás ni adelante”.⁵²⁷ Como se puede observar, también son algunas de las características que luego serán utilizadas para definir el membrete del modernismo. Fogelquist insiste en la confusión que debió producir, a los ojos Rueda la poesía de Icaza, “poesía que no era, en realidad, parnasiana, sino más bien una fusión de parnasianismo y simbolismo. Rueda habría podido llamarla *modernista*, sólo que la palabra era todavía casi desconocida en España, igual que en América”.⁵²⁸ En efecto, aunque la palabra ya había sido utilizada de manera temprana, y con el sentido de “nueva corriente poética” desde los ochenta, para calificar José Martí y a Manuel Gutiérrez Nájera, principalmente; pero no será hasta 1893 cuando Rubén Darío estandarice tanto su uso como su significado.⁵²⁹

Fue el redactor de *La Época* quien no duda en descartar a Icaza “como poeta moderno”. Según él, a diferencia de los simbolistas franceses, como Jean Richepin o Charles Baudelaire, Icaza no se queja de la vida cotidiana. *Efimeras* le parece un libro bien logrado y exquisito, a pesar de que “La forma es algunas veces incorrecta, no faltando esos ripios que son buscados por los críticos al uso moderno, como pieza en ojeo. Pero estos defectos no bastan a deslustrar el mérito del libro ni a desvanecer el poético ensueño en que nos envuelven las poesías de Icaza.”⁵³⁰ También Caldwell define a Icaza como un poeta moderno que plantea el ensimismamiento retórico como un recurso estético inusual, con antecedentes poéticos en Bécquer. El intimismo del autor de *Efimeras* precederá las “galerías del alma”, que luego retomará Antonio

⁵²⁷ Salvador Rueda, “Efimeras”, *El Heraldo de Madrid*, a. III, núm. 490 (5 de marzo de 1892), p. 1.

⁵²⁸ D. F. Fogelquist, *Españoles de América...*, op. cit., pp. 211 y 212.

⁵²⁹ Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 156.

⁵³⁰ S., “Autores y libros. Efimeras”, *La Época*, a. XLIV, núm. 14329 (31 de julio de 1892), p. 4.

Machado, quien, agradecido, le dedicó a Icaza los siguientes versos aforísticos: “No es profesor de energía,/ Francisco de Icaza,/ sino de melancolía.” El ensimismamiento retórico de Icaza es una metáfora de la autonomía del arte y de la independencia del escritor respecto a sus referentes contextuales, como en el poema “¿Para qué?”: “Yo soy en mis dominios soberano: déjame con mis sueños; soy cobarde,/ y dejo ociosa la robusta mano”.⁵³¹ Caldwell interpreta: “Allí encontramos el mismo tema del arte como baluarte y refugio de lo que el poeta llama ‘hastío’. Rechaza la vida con todos sus infortunios y la reemplaza por el mundo de la imaginación y los ensueños.”⁵³²

En el año de 1892 Icaza ya había definido las tendencias de su trabajo intelectual. Inmerso en las actividades académicas del Ateneo de Madrid, donde era secretario segundo de la sección de Literatura (cargo que refrendará hasta 1904⁵³³), del 20 de abril de 1892 al 4 de mayo de 1893 impartió la cátedra “La crítica en la literatura contemporánea”,⁵³⁴ programa que servirá como preliminar a su primer libro de ensayos, *Examen de críticos* (1894).⁵³⁵ Entonces se reconoció su vocación de crítico literario con formación en los preceptos del positivismo francés (representado por Hipólito Tayne y por el inglés Stuart Mill), modelo que se había incorporado a los programas de educación de México desde la década de los sesenta.⁵³⁶ *El Liberal* definió el programa académico de Icaza como la docencia de un “modernista fervoroso”, en la que “resplandecen la erudición selecta y abundante, los conceptos más profundos y la poesía

⁵³¹ Francisco A. de Icaza, *Efímeras. Confidencias. Paráfrasis. Poemas íntimos*. Madrid, Tipografía de los Sucesores de Rivadeneyra, 1892, p. 58.

⁵³² R. Caldwell, “La poesía moderna, modernísima...”, *op.cit.*, p. 30.

⁵³³ Sin firma, “En el Ateneo”, *El Imparcial*, a. XXXVIII, núm. 1835 (4 de junio de 1904), p. 3. También véase: Sin firma, “Elección en el Ateneo”, *La Correspondencia de España*, a. XLIII, núm. 12486 (13 de junio de 1892), p. 3.

⁵³⁴ Sin firma, “Noticias”, *El Liberal*, a. XV, núm. 5063 (4 de mayo de 1893), p. 3.

⁵³⁵ Sin firma, “Noticias”, *La Correspondencia de España*, a. XLIII, núm. 12502 (29 de junio de 1892), p. 3.

⁵³⁶ Leopoldo Zea, *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

más hermosa y sentida. El señor Icaza se muestra modernista fervoroso, y en su crítica ecléctica brillan sus conocimientos y sus simpatías por el arte contemporáneo.”⁵³⁷

En ese año también asistió con regularidad a las tertulias literarias que organizaba Concepción Jimeno de Flaquer, quien lo presentaba como uno de los poetas más importantes de Hispanoamérica.⁵³⁸ Además, su labor de promotor de las letras mexicanas tenía otra virtud en su selección. Los nombres de los poetas que difundía son una nómina fundacional de poetas modernistas mexicanos: primero, Salvador Díaz Mirón. Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel José Othón y Luis G. Urbina; después: Amado Nervo, José Juan Tablada y Balbino Dávalos.⁵³⁹ De 1889 a 1900, considerada su etapa de juventud, había comenzado a publicar con regularidad sus poemas en *El Álbum Iberoamericano*, *Apuntes*, *Revista Moderna*, *La Ilustración Española y Americana*, *La Unión Iberoamericana*, *Madrid Cómic*, *El Heraldo de Madrid*, *El País*, *Revista Nueva* y *El Imparcial*. Tanto por su poesía propia como por su crítica literaria y su capacidad de difusión de la literatura mexicana, Icaza personificaba las características del modernismo hispanoamericano: una acumulación de recursos estéticos de los varios romanticismos europeos (francés, inglés, alemán e italiano) con adaptaciones al lenguaje español. Todo ello se proyectaba en su obra personal, identificada por el entrecruzamiento literario, la búsqueda de belleza en cualquier referente cultural y la defensa inquebrantable de ese ideal de belleza, cualidades que fueron ejes estéticos del modernismo.

⁵³⁷ Sin firma, “Ateneo”, *El Liberal*, a. XV, núm. 5050 (21 de abril de 1893), p. 3.

⁵³⁸ Sin firma, “Noticias de sociedad”, *La Correspondencia de España*, a. XLIII, núm. 12469 (27 de mayo de 1892), p. 3.

⁵³⁹ Icaza se habría de vanagloriar de ser el responsable, “antes que nadie”, de publicar a los modernistas mexicanos en los siguientes periódicos y revistas: *El Nuevo Heraldo*, *Oro y Azul*, *Revista Nueva*, *Nuestro Tiempo*, *La Ilustración Española y Americana*, *Revista de Libros*, *Nuevo Mundo* y *Esfera*. “En suma --agrega Icaza--, hice con aquellos autores nuestros lo que con otros grandes escritores extranjeros --Verlaine, Hebbel, Liliencron, Dehmel, etcétera-- de quienes me cupo en suerte hablar el primero en España y en castellano.” (F. A. de Icaza, *Obras...*, *op. cit.*, pp. 387 y 388.)

Entre 1892 y 1900, en la prensa española también se difundieron varios poemas de escritores que, posteriormente, la tradición literaria consideraría como modernistas, ya sea porque su retórica apunta al uso del modernismo, o porque las ideas de su discurso estético pertenecen a dicho movimiento. Tal es el caso de Agustín F. de Cuenca, Carlos Díaz Dufoo, Manuel Díaz Mirón, Enrique Fernández Granados, Manuel María Flores, Laura Méndez de Cuenca, Luis G. Ortiz, Manuel José Othón, José Peón Contreras, Ignacio Pérez Salazar, Enrique Pérez Valencia, Efrén Rebolledo, José Juan Tablada, Luis G. Urbina y Jesús Urueta, quienes por entonces habrían publicado en alguno de los periódicos o revistas de España.

Azorín representa al escritor español reticente, en principio, en recibir a los escritores hispanoamericanos, sobre todo si estaban vinculados con el modernismo. Existe una copiosa bibliografía sobre las diferencias que Azorín guardó con los modernistas hispanoamericanos. Por lo demás, su impresión sobre las posibles relaciones literarias entre España y América siempre fue negativa. Así, cuando hable de Ramón Valle-Inclán en Hispanoamérica (en 1911), destacará las notas negativas del viaje del autor de las *Sonatas* por Argentina.⁵⁴⁰ Años después, cuando Azorín trate de definir las posibles “relaciones cordiales” entre España y América, dibujará la imagen de un español que visita “por primera vez alguno de esos pueblos donde se habla castellano. No se aloja en cómodo hotel de populosa ciudad; va a parar a casa de un labrador, en pleno campo, en contacto con la Naturaleza”.⁵⁴¹ Según Azorín, incluso esa imagen sencilla también es la hispanidad: el español es el urbanita que llega al campo del mundo hispano para llevar la verdadera cultura.

⁵⁴⁰ Azorín, *Tiempo y paisaje. Visión de España*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1968, p. 90.

⁵⁴¹ *Ibidem*, p. 1.

En noviembre del año de 1893, cuando Icaza ya tenía el mote de poeta modernista, debió hacer un alto en su fulgurante carrera al recibir la noticia de la muerte de su padre. Entonces se ausentó de sus labores en la Legación para acudir de emergencia a México durante las navidades de 1893, acompañado por Vicente Riva Palacio.⁵⁴² El 2 de mayo del año siguiente, los dos escritores regresaron a la Península a bordo del vapor *Navarre*.⁵⁴³ El viaje fue accidentado, porque durante la travesía, en la embarcación corrió la noticia de un posible brote de fiebre amarilla, lo que alarmó a los 500 viajeros del *Navarre*. En pleno ambiente de emergencia, una mañana se encontró un cadáver. Se creyó que era la primera víctima de la fiebre, pero luego se confirmó que el hombre de edad madura había sufrido un golpe accidental que le causó la muerte. Al descender a tierra firme, los pasajeros debieron esperar hasta una semana para cumplimentar las inspecciones sanitarias que se les impusieron. Pero los escritores mexicanos no lo hicieron, porque el general envió telegramas a algunas instancias oficiales para evitar el fastidio de las revisiones.⁵⁴⁴ En la mañana del tres de mayo, Icaza y Riva Palacio bajaban del tren en la Estación del Norte de Madrid. Los esperaban dos comitivas, una formada por ministros plenipotenciarios hispanoamericanos y otra por el personal del Círculo de Bellas Artes.⁵⁴⁵

A los pocos días, Icaza recibió una sorpresa de la imprenta, la edición de su libro de ensayos *Examen de críticos*, subvencionado por el Ateneo de Madrid. En este volumen, había revisado las genealogías intelectuales de la historia moderna de la crítica literaria, desde finales del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX. De ahí que algunos lectores encontraran *Examen de críticos* un tratado de filología sobre la génesis

⁵⁴² Sin firma, “Sección de noticias”, *El Imparcial*, a. XXVII, núm. 9532 (28 de noviembre de 1893), p. 3.

⁵⁴³ Sin firma, “Noticias varias”, *El Día*, núm. 5041 (4 de mayo de 1894), p. 2.

⁵⁴⁴ Sin firma, “El lazareto de Oza”, *El Día*, núm. 5044 (7 de mayo de 1894), p. 1.

⁵⁴⁵ Sin firma, “Noticias”, *El Liberal*, a. XVI, núm. 5326 (4 de mayo de 1894), p. 3.

del modernismo literario. “El señor Icaza tiene al dedillo el actual movimiento literario francés, sólidamente adquirido”, escribió el comentarista de *El País*, quien añadió que se trataba de un “libro científico” por sus constantes referencias psicológicas y médicas. Asimismo, el volumen fue celebrado por *La Correspondencia de España*: “el señor Icaza, que es un ingenio de superior cultura, de sano juicio y de honradas intenciones, ha estudiado concienzudamente las obras de los más ilustres contemporáneos, y los ha examinado con muy recto criterio”.⁵⁴⁶

La cláusula central de *Examen de críticos* sería plantear, como lo hace en el primer capítulo, el proceso de la comunicación literaria a partir de las relaciones entre el público, la crítica y la obra, resultado final de la expresión original de un individuo. Desde esa fórmula, Icaza estratifica varios modelos de interpretación sin distinguir claramente periodos históricos pero sí movimientos, escuelas o tendencias, como: romanticismo, naturalismo, clasicismo, moralismo..., y programas de interpretación, como el dogmatismo crítico, la impresión subjetiva, el sufragio popular y la docencia. En los capítulos finales clasificó los modelos de crítica con el criterio de las literaturas nacionales, según su lugar de procedencia, especialmente en Alemania, Francia, España e Hispanoamérica.

Sin embargo, los capítulos más polémicos de la obra son el XII y XIII, en los que explora la situación actual de la crítica española y su relación con Hispanoamérica. En el capítulo XII insiste en que la desatención de España hacia las letras hispanoamericanas provoca “incomprensibles equivocaciones” cuando los intelectuales

⁵⁴⁶ Sin firma, “*Examen de críticos*. Libro de don Francisco A. de Icaza”, *La Correspondencia de España*, a. XLV, núm. 1341 (29 de marzo de 1894), p. 4.

Enrique Gómez Carrillo, que no simpatizaba ni con Francisco A. de Icaza ni con Pardo Bazán, escribió burlándose de los dos autores: “La señora Pardo Bazán tiene, sin embargo, un medio de hacerse conocer y admirar; y es: publicar en francés su libro sobre la novela en Rusia. El vizconde de Vogué haría la traducción y Francisco Icaza el prólogo”. (Enrique Gómez Carrillo, “París: Día por día”, *La vida literaria*, a. 1. núm. 23 (15 de junio de 1899), pp. 11 y 12.)

se refieren al continente americano, “no ya los novelistas (desde los que emborronan entregas hasta alguno de los más ilustres maestros, hablo de Pereda), sino también los mismos historiadores”.⁵⁴⁷ Fundamenta este desconocimiento, en parte, a un problema sociológico, la incipiente industria del libro en América que muchas veces ni siquiera podía editar las obras de un literato destacado. Pero también identifica otro problema sociocultural que supera las limitantes técnicas de la industria del libro. La formación literaria hispanoamericana, al carecer de una tradición propia, debió fundar su práctica en la asimilación de varias literaturas para forjar un cosmopolitismo cultural. Este eclecticismo distancia a la literatura hispanoamericana de la crítica española, basada en el estudio de su propia tradición cultural. La principal diferencia entre la literatura española y las letras hispanoamericanas es que, la primera, depende de su propia historia para validar sus categorías estéticas; mientras que en Hispanoamérica no existe la presencia dominante de una tradición cultural, por lo que prevalece una libre asimilación de tendencias literarias.

Pero la verdadera polémica aparece en el capítulo XIII, donde, sin decirlo, califica de plagiaria a Emilia Pardo Bazán:

La inteligencia humana no es siempre andrógina: hay intelectos hembras que necesitan para concebir la fecundación extraña. Los libros de la señora Pardo Bazán, aunque sean hijos suyos, tienen padre.

La señora Pardo en *La cuestión palpitante* vulgariza las ideas y los juicios expresados por Zola en *Les romanciers naturalistes* y *Le roman experimental*. En *San Francisco de Asís* copia todo lo que es crítica literaria de Ozanam en su obra *Les poètes franciscaines en l'Italie du XIX siècle*, y, por último, en las lecturas que acerca de la Novela en Rusia dio en este Ateneo la misma señora, no sólo toma los juicios, las anécdotas y las notas de *Le roman russe*, del vizconde Melchor de Vogüe, sino que traduce línea por línea las palabras; de tal manera que, cuando no cita a Vogüe lo copia, y cuando no lo copia lo cita.

La diversidad de criterios que existe en estas obras se explica por los parecidos que tienen con sus padres; de otro modo no hay cerebro que se

⁵⁴⁷ Francisco A. de Icaza, *Examen de críticos*. Madrid, Tipografía de los Sucesores de Rivadeneyra, 1898, p. 65.

manifieste naturalista por la mañana, místico por la tarde e intelectualista por la noche.⁵⁴⁸

Los lectores se impresionaron, sobre todo, cuando leyeron que “el señor Icaza demuestra que la señora Pardo Bazán ha traducido, dándolo como suyo, todo un libro del escritor francés Melchor de Vogüe, acusación, en verdad muy grave pero apoyada en documentos fidedignos.”⁵⁴⁹ En *Examen de críticos* Icaza incluyó una sección de anexos donde cotejó, párrafo a párrafo, su traducción de la obra citada de Vogüe, con *La cuestión palpitante* de Pardo Bazán.

ÚLTIMOS LIBROS Y DESPEDIDAS DEL GENERAL

Francisco A. de Icaza abrió un paréntesis en el dominio absoluto de Riva Palacio del campo intelectual mexicano en Madrid. Pero el general seguía escribiendo. Y gestionando. No fueron pocos los aspavientos que había sorteado durante el IV Centenario, lo que le impidió dedicarse plenamente a la difusión de su literatura. Además, debía cumplir con las funciones de la cancillería. En 1890 el general ayudó a la construcción de la estatua de Hernán Cortés, en Medellín, Badajoz, y durante todo el año de 1892 publicó en *La Ilustración Española y Americana* su sección “Cuentos del general”, que cuatro años más tarde, casi en el lecho de muerte, reuniría en un libro con título homónimo. En pleno reconocimiento de su labor intelectual y cultural, y tal vez motivado por la efervescencia hispanoamericanista suscitada por el Centenario, la

⁵⁴⁸ *Ibidem*, pp. 90-91.

En 1924, De Icaza de nuevo arremeterá contra Pardo Bazán en el artículo “Doña Emilia Pardo Bazán. Ahí escribió, apenas iniciar el texto, el siguiente párrafo refiriéndose a la escritora: “En la vida literaria como en el mundo de los negocios se dan a veces casos de especuladores hábiles y activos —útiles a la riqueza común— que sin caudal propio ponen en movimiento el ajeno, pasan por opulentos a los ojos de los inadvertidos, alguna vez restan grandes sumas y otras —las más— mueren en quiebra o bancarrota.” (F. A. de Icaza, *Obras*, tomo II. México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 624).

⁵⁴⁹ Sin firma, “Examen de críticos”, *El País*, a. VIII, núm. 2462 (21 de marzo de 1894), p. 3.

Asociación de Escritores y Artistas de Madrid distinguió a Riva Palacio nombrándolo vicepresidente. La intensificación de la actividad literaria de Francisco A. de Icaza y las labores culturales de Riva Palacio parecían abrir una competencia entre los dos escritores por ocupar el campo cultural de Madrid, y con ello el sitio de escritor mexicano en la plaza.

Para 1893 el general ya era una figura conocida en Madrid. Incluso para don Marcelino Menéndez Pelayo, con quien no congeniaba en ideas políticas, era un indiscutible en la sociedad literaria de la capital de España. Por ello le giró una invitación especial para que participara en la edificación del Monumento a José Zorrilla, que recién había fallecido en ese año.⁵⁵⁰ La misma invitación recibió en México el escritor José María Vigil, que respondió de manera diplomática la negativa de su país por mostrar cualquier honra a Zorrilla (la participación mexicana a la suscripción “fue un fracaso”), quien había dejado mal sabor de boca a su salida de México: “las circunstancias en que se encuentra hoy la República --escribió Vigil--, a consecuencia de la actual crisis económica, son poco favorables y que tal vez el resultado no sea cual debiera esperarse.”⁵⁵¹

Joaquín García Icazbalceta será menos diplomático y más determinante:

Lamento la necesidad en que me veo de manifestar a usted que, a mi juicio, esa suscripción no puede alcanzar aquí éxito. Sin dejar de estimar al señor Zorrilla en lo que vale, como poeta, nadie ha olvidado que después de haber pasado aquí dicho señor unos diez años, hospedado y mantenido todo a todo por un mexicano, y sin ocuparse de nada, se despidió con *El drama del alma* (que se imprimió en ésta), donde lanzó atroces injurias contra la nación, desándole las mayores calamidades.⁵⁵²

⁵⁵⁰ Sin firma, “Monumento a Zorrilla”, *El Heraldo de Madrid*, a. IV, núm. 851 (3 de marzo de 1893), p. 1.

⁵⁵¹ *Junta Central del Centenario...*, op. cit., p. 4.

⁵⁵² *Ibidem*, p. 21.

Sin embargo, independientemente del descontento de los escritores mexicanos, en España se construyó una estatua en honor a Zorrilla, obra de Aurelio Rodríguez, y en 1895 se inauguró en Valladolid una plaza con su nombre.

Sin ocuparse de las discrepancias entre mexicanos y españoles, Riva Palacio mantenía el membrete de mexicano distinguido en Madrid. Cuando se ofrecían funciones especiales en el Teatro del Príncipe Alfonso, el general era uno de los invitados habituales al lado de los personajes distinguidos de la sociedad matritense.⁵⁵³ En 1893 resultó electo presidente del Círculo de Bellas Artes, acompañado por el secretario general, Carlos Franquelo; el tesorero, Antonio Martínez, y los vocales Francisco Maura, Federico Urrecha, Tomás Bretón y Juan Samsó.⁵⁵⁴ Aunque su periodo directivo apenas duró un año, su gestión destacó porque ayudó a comprar el inmueble sede del Círculo en la calle del Barquillo y apuró la construcción de las salas de Museo y de Biblioteca, donde organizó dos exposiciones nacionales y un homenaje a Velázquez;⁵⁵⁵ aportó también una cuantiosa cantidad económica para la instalación de la estatua del pintor en la entrada principal del Museo del Prado.⁵⁵⁶

En suma, Riva Palacio llevaba siete años viviendo intensamente la capital española, desde todos los ángulos que puede explorar la curiosidad intelectual de un escritor: la vida social y la bohemia, la actividad política de las villas y de las cortes, la publicación en la prensa y la asistencia a los teatros, las cartas cruzadas, los debates.... Incluso habrá quien pensara que

⁵⁵³ Sin firma, "Príncipe Alfonso", *La Iberia* (21 de septiembre de 1893), a. XL, núm. 13262, p. 3.

⁵⁵⁴ Sin firma, "Academias, ateneos y sociedades", *La Época*, a. XLV, núm. 14800 (26 de noviembre de 1893), p. 3.

⁵⁵⁵ Sin firma, "Exposición de Bellas Artes", *El Liberal*, a. XVI, núm. 5341 (19 de mayo de 1894), p. 1.

⁵⁵⁶ Sin firma, "Servicio telegráfico", *La Correspondencia de España*, a. XLV, núm. 13187 (14 de mayo de 1894), p. 2.

Don Vicente fue un clásico madrileño. Con Ducazal recorría todas las verbenas, almorzaba en Botín y comía en La Peña. Era el mejor Cicerón del Museo del Prado, jamás faltó a los populares festejos del 2 de mayo y llegaba a sus oídos gratamente las flores de picardía que cual madrigales salen de labios castizos [...]. Fue un romántico sentimental. Con frecuencia visitaba el Museo de Artillería para cuadrarse respetuosamente ante el uniforme de Morelos. Su representación diplomática le llevó a los salones ducales de Alba Méndez Núñez, a la casa aristocrática de Esquilache, a donde fue de la mano de don Francisco de Icaza, a los privados de la duquesa de Nájera, delicioso parnaso de artistas y escritores.⁵⁵⁷

En el año de 1893, Riva Palacio reeditó el libro de poesía *Mis versos*, publicado originalmente en 1885 en México. La revista cosmopolita *La Gran Vía* aplaudió los poemas del embajador mexicano: “versos que le acreditan de inspirado poeta, es decir, de verdadero poeta. No son muchas las composiciones reunidas en el libro del señor Riva Palacio; pero ellas bastan para demostrar lo bien que piensa y siente el autor, y lo bellamente que lo expresa.”⁵⁵⁸ El libro es una recopilación de poemas, la mayoría de ellos publicados originalmente en la prensa mexicana. De tono bucólico, en los poemas no hay grandes ornamentaciones retóricas, ni en su composición estrófica: su lenguaje directo describe sensaciones sobre el paisaje, reflexiones sobre el paso de tiempo o algunos cuadros con intención moral, en estrofas de versos de ocho sílabas y sonetos clásicos.

Con motivo de la aparición de *Mis versos*, Manuel de Palacio le escribió al general una humorada a manera de reclamo:

*O ausente me suponías,
o de mí no te acordabas,
cuando un libro publicabas
y no me lo remitías.
Le he visto en las librerías,
y todo me encanta en él,
versos, grabados, papel...
pero, hablando francamente,
siendo el libro de Vicente,*

⁵⁵⁷ P. Serrano, “El General”..., *op. cit.*, p. 57-70.

⁵⁵⁸ Carlos Fornatura, “Lo del día”, *La Gran Vía*, núm. 7 (22 de octubre de 1893), p. 1.

*¿debe comprarlo --Manuel?*⁵⁵⁹

A lo que Riva Palacio respondió:

*Manuel: Con mucha razón
me echas en cara mi olvido,
pero juro que no ha sido
por falta de estimación.
Para obtener tu perdón
y que no estés iracundo,
un libro tomo, lo enfundo
y escribo en el cartapacio:
“A don Manuel del Palacio,
Ayala, cinco, segundo”.*⁵⁶⁰

Por su parte, en 1894, Francisco A. de Icaza estrenaba el nombramiento de primer secretario de la Embajada. Asimismo, a principios de ese año, regresó momentáneamente el embajador de México en Italia, Juan B. Hjar y Haro a la Villa y Corte. Era el único escritor mexicano invitado al homenaje dedicado a Gaspar Núñez de Arce promovido por la Asociación de Escritores y Artistas de Madrid. En su intervención, Hjar y Haro expresó que honrar a Núñez de Arce era celebrar a toda la lengua castellana. En este sentido, añadió, el mayor homenaje para uno de los patriarcas de la lírica española era editar antologías de las poesías nacionales de Iberoamérica.⁵⁶¹ La propuesta pasó completamente desapercibida. Será la última vez que el doctor Hjar y Haro se encuentre en Madrid, porque meses más adelante ocupará un cargo en el Senado de México.

A principios del año de 1895 se difundió en Madrid la noticia de la muerte de Joaquín García Icazbalceta, tan admirado por los círculos intelectuales conservadores de la Villa y Corte. Icazbalceta murió el 26 de noviembre de 1894, aunque siguieron un par

⁵⁵⁹ Manuel del Palacio y Vicente Riva Palacio, “Dos Cartas”, *Almanaque del Madrid Cómic* (1894), p. 19.

⁵⁶⁰ *Ibidem*.

⁵⁶¹ Sin firma, “Homenaje a Núñez de Arce”, *La Época*, a. XLVI, núm. 14849 (6 de enero de 1894), p. 3.

de meses para que la prensa ibérica informara de su deceso. Las reales academias, tanto la de la Lengua como la de Historia, prepararon homenajes en memoria del primer director de la Academia Mexicana. Tello Téllez, cronista de *El Liberal*, publicó una semblanza sobre Icazbalceta basada en la biografía que Victoriano Agüeros había difundido, años atrás, en *La Ilustración Española y Americana*. Habló “de un sabio distinguido” que nutrió “los interesantes anales de la América, ora enriqueciéndolos con primorosos descubrimientos, ora trayendo noticias enteramente desconocidas y curiosas, ya aclarando puntos oscuros y difíciles de la bibliografía, ya presentando a la admiración de muchos hombres sucesos y circunstancias.”⁵⁶² La vacante dejada por Icazbalceta como correspondiente de la Real Academia de la Historia fue propuesta por Fabié para Ignacio Montes de Oca.⁵⁶³

En 1895 también murió Ignacio Manuel Altamirano. Algunos medios impresos recordaron la nota biográfica del escritor mexicano, pero ninguna fue tan emotiva y elocuente como la semblanza que escribió Emilia Serrano, *Baronesa de Wilson*, quien conoció personalmente a Altamirano en la década de los ochenta durante su estancia en México.⁵⁶⁴ La Baronesa recordará su encuentro con Altamirano para comparar los rasgos de su literatura con sus rasgos físicos que “revelaban la pureza de la raza india”. Incluso, la fisonomía de Altamirano era transpuesta a su talento intelectual: “Lo virulento de aquellos escritos, que pudiéramos calificar como expansiones de ideas, se desarrollaba firme y resueltamente, con brillo y forma notable, reflejando al pensador de elevada intelectualidad, pero con garras y rugidos de león.”⁵⁶⁵

⁵⁶² Tello Téllez, “El año profano”, *El Liberal*, a. XXI, núm. 7358 (26 de noviembre de 1899), p. 2

⁵⁶³ Sin firma, “Sociedades y conferencias”, *El Día*, núm. 492 (20 de abril de 1895), p. 2.

⁵⁶⁴ R. Charques Gámez, “La baronesa de Wilson...”, *op. cit.*, pp. 105-118.

⁵⁶⁵ Baronesa de Wilson, “Semblanza. Ignacio Manuel Altamirano”, *La Ilustración Artística*, a. XIV, núm. 695 (22 de abril de 1895), p. 3.

En contraste a las notas fúnebres que llegaban de México a España, Vicente Riva Palacio y Francisco A. de Icaza continuaban con sus labores culturales y diplomáticas. En 1895 la delegación mexicana logró un acuerdo de propiedad científica, literaria y artística, de su país con España. Ya en respetada ancianidad, Riva Palacio seguía con la inquietud vitalista de sus años mozos, compartiendo anécdotas con las figuras intelectuales de Madrid. A tal grado llegaba su confianza con Menéndez Pelayo que en su última carta, fechada el 27 de abril de 1895, le informó de las muertes de los escritores y académicos mexicanos, Manuel Payno y José Tomás de Cuéllar. Para sustituirlos no tuvo dificultad para estimar sus recomendaciones: Juan Mateos, Guillermo Prieto y Juan de Dios Peza?. Tal vez por el exceso del general, tal vez porque Menéndez Pelayo midió con temple la petición, ninguno de los escritores sugeridos alcanzaría, antes de la muerte del general, el escaño de miembro correspondiente.

Una última noticia cerraba el año de 1895. En diciembre, Francisco A. de Icaza recibió la comisión oficial de cónsul de México en Portugal. Pero no será hasta el 22 de noviembre de noviembre de 1896, cuando traslade su domicilio a Lisboa, el cual mantendrá hasta el 31 de diciembre de 1903 con traslados intermitentes entre España y Portugal. Pero independientemente de los nombramientos oficiales, Icaza conservará su casa de Madrid, lo que le permitiría regresar a la Villa y Corte cuando fuese necesario.

El año de 1896 comenzó con dificultades en las relaciones diplomáticas entre México y España, porque se gestaba con más intensidad la independencia de Cuba. El gobierno de Estados Unidos de Norteamérica presionaba a México para que permitiera que los cubanos independentistas permanecieran en las costas del estado de Yucatán, situado a unos kilómetros de las costas cubanas. España, en cambio, pedía una posición más férrea de la política mexicana en defensa de los intereses españoles. Riva Palacio deslindó al gobierno mexicano de la situación. Enfatizó la posición neutral de México,

aún cuando había insinuaciones de que Cuba se anexara a la República Mexicana. “Mi gobierno jamás se ha mezclado --declaraba el embajador-- en el movimiento entusiasta que se ha iniciado en la colonia española residente en México a favor de la madre patria”.⁵⁶⁶

El ministro argumentó que probablemente eran los mismos Estados Unidos de Norteamérica quienes fomentaban el separatismo cubano, sin atreverse ni a asegurarlo ni, mucho menos, a comprobarlo. “Encuentro extraño que salgan de los Estados Unidos con tanta facilidad expediciones para Cuba, y se fomenten asambleas separatistas, y se ayude a la insurrección, como parece que ocurre”,⁵⁶⁷ explicaba al reportero de *La Época*, Felipe Rizzo y Almela, en palabras que después reprodujeron varios impresos. El periodista describió, para confirmar la posición de Riva Palacio y del gobierno mexicano, el acento mezclado, entre mexicano y español, del general: “Pero sus palabras, más que las del representante de la Nueva España, parecen las del español rancio que siente y piensa como nosotros, que se agita en la atmósfera presente de odio hacia la insurrección de Cuba”.⁵⁶⁸ Los aspavientos por el problema de Cuba tensarán las relaciones entre México y España durante otros dos años, al menos hasta 1898 cuando se produzca la separación definitiva de las últimas colonias americanas de España.

Alejado de los problemas políticos, en 1896 Riva Palacio ofrecerá su última gran tertulia en la Embajada de México dedicada a los compositores españoles de zarzuelas, en particular a Federico Chueca. Agasajado por el convite, el dramaturgo Ricardo de la

⁵⁶⁶ F. Rizzo y Almela, “España y la América Latina. En la legación de México”, *La Época*, a. XLVIII, núm. 16549 (29 de junio de 1896), p. 3.

⁵⁶⁷ Sin firma, “México y la insurrección. Lo que dice el general Riva Palacio”, *El Imparcial*, a. XXX, núm. 10472 (30 de junio de 1896), p. 2.

⁵⁶⁸ F. Rizzo y Almela, “España y la América Latina. En la legación de México”, *La Época*, a. XLVIII, núm. 16549 (29 de junio de 1896), p. 3.

Vega compuso estrofas festivas para agradecer al general. En los siguientes versos ya se escuchan melodías de despedida al entusiasmo vigoroso y festivo del general:

*¡Oh señor general Riva Palacio!
¡El banquete del jueves fue soberbio!
Chueca, y sus libretistas, los autores
del género pequeño,
comimos con placer de los manjares
que usted nos ofreció, sin merecerlos;
porque ya sabe usted que los autores
no comen más que el clásico puchero.
Usted, mi general, cual Marco Antonio
puede decir, copiando aquellos versos:
“¡Gran banquete! Si todos los romanos
aquí se juntan, para todos tengo.”
(Si todos los autores se juntaran
había que gastar mucho dinero.)
Repitamos por medio del fonógrafo:
¡Viva Riva Palacio! ¡Viva México!*⁵⁶⁹

Los cruces literarios entre México y España continuaba al margen de los aspavientos políticos. En el último trimestre de 1896, Ignacio Montes de Oca contaba en misiva breve a Menéndez Pelayo, de la enfermedad que lo aquejó durante su viaje por el Norte de Europa, el cual había emprendido meses atrás. En cambio, al robusto sacerdote lo reanimaba caminar por las calles del barrio de Salamanca, o perderse en el rumor del gentío de Arenal y la Ópera. Por eso le anunciaba a don Marcelino que pronto encontraría sitio para hospedarse en San Ginés. Todo fuera para mejorar su salud. Luego iría a recoger, en las galerías de la Tipográfica de Sucesores de Rivadeneyra, su último volumen de poesía, *Ocios poéticos de Ipandro Acaico*, que será recibido con mutismo en la prensa matritense. A los pocos días insistirá en verse con Menéndez Pelayo, a quien le recrimina no encontrarlo ni en la Real Academia Española.⁵⁷⁰ Montes

⁵⁶⁹ Sin firma, “Diversiones públicas”, *La Época*, a. XLVIII, núm. 16480 (19 de abril de 1896), p. 3.

⁵⁷⁰ Cartas de Ignacio Montes de Oca a Marcelino Menéndez Pelayo, febrero de 1889, *Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo*, vol. 22, p. 8-10, en www.cervantesvirtual.com (Consultada el 17 de marzo de 2010).

de Oca comenzaba a sentirse cómodo en Madrid, a donde irá periódicamente en los años que le quedan al siglo XIX y durante las primeras tres décadas del siglo XX.

En 1896 Riva Palacio dio a conocer su colección de relatos *Cuentos del general*. A diferencia de su penúltimo libro publicado, el libro de poesía *Mis poemas* (1893), donde el intimismo evocativo y las impresiones líricas superan cualquier proposición sobre las relaciones entre México y España, las narraciones de *Cuentos del general* podrían leerse como la propuesta estético cultural de Riva Palacio sobre la hispanidad, una idea literaria sobre las relaciones socioculturales entre España e Hispanoamérica. Compuesto por fábulas, moralejas, crónicas y fantasías, las narraciones del libro tiene como marco geográfico a México y a España; latitudes, por cierto, que aparecen intercaladas en el ordenamiento de los cuentos del libro. Cuando se refiere a México, la mayoría de las veces informa narraciones históricas de la Nueva España y las tribulaciones de los españoles al llegar al Nuevo Mundo, quienes dudan en asumirse como ciudadanos de una nueva delimitación política, mestizos o conquistadores.

Algunas de estas narraciones mexicanas hablan de la comunicación entre la monarquía española, las órdenes católicas y el mundo indígena mexicano en el siglo XVI (como aparece en “El nido de los jilgueros”, “Las mulas de su excelencia”, “Las honras de Carlos V”, “Ciento por uno”, “La leyenda de un santo” y “El voto del soldado”); y otras abordan leyendas y acontecidos de las provincias de México, como el actual Estado de México, Michoacán, Jalisco, Nayarit, Guerrero, Monterrey y Coyoacán (como se lee en “Las mulas de su excelencia”, “Las honras de Carlos V”, “Ciento por uno”, “El buen ejemplo”, “La leyenda de un santo”, “La limosna”, “El voto del soldado” y “Un Stradivarius”). Cuando los cuentos ocurren en España, las narraciones se sitúan de manera atemporal, aunque se infiere que se desarrollan dentro de un contexto temporal contemporáneo. Los personajes recorren la traza urbana de Madrid,

visitando sitios emblemáticos para la sociedad española, como la Puerta del Sol, el Club Veloz, el Hotel Roma o los teatros, Apolo, Felipe, Recoletos, Príncipe Alfonso, Tívoli y Real (según narra en “La horma del zapato”, “La máquina de coser”, “La gata coja”, “Por si acaso...”, “Las cuatro esquinas” y “El abanico”); también puede ser que los personajes caminen por las calles destacadas del urbanismo matritense, como Caballero de Gracia, Alcalá, Tribulete, Montera y Barquillo (como en “La horma del zapato” y “La máquina de coser”); o visitan el paisaje provincial de la Península Ibérica: Santander, Barcelona, Segovia, Sevilla, Galicia y Covadonga (lugares mencionados en “La máquina de coser”, “La gato coja”, “Problema irresoluble”, “Un matrimonio desigual” y “La visita de los marqueses”).

La composición del libro mostraría el conocimiento de Riva Palacio sobre la cultura general de las dos orillas del Atlántico. El general cruza mares y cronologías, calles y personas, episodios y anécdotas del mundo hispano, lo que plantea una idea más pragmática sobre las relaciones culturales entre España y México, que las sugerencias poéticas de Juan de Dios Peza cuando afincó en Madrid la patria imaginada de la lengua española. Al igual que Peza, a Riva Palacio le gusta recorrer España con la imaginación, como lo hace al figurarse a alguno de sus personajes:

Sentíamos la fiebre de la impaciencia por conocer aquel lugar histórico, y revivíamos las tradiciones y las crónicas en nuestro cerebro, y multiplicábamos las leyendas que brotan de cada uno de los cantos que han inspirado aquellas rocas, sagradas de los españoles. Así es que, al llegar y penetrar la cañada en aquella hora tan misteriosa, nuestra imaginación se exaltaba.⁵⁷¹

Pero, por la diversidad de referentes (históricos, sociales, culturales y económicos), estos cuentos no se sitúan en un espacio en particular sino en una peculiaridad, la del desplazamiento imaginario entre las dos orillas del Atlántico; y en

⁵⁷¹ Vicente Riva Palacio, *Cuentos del general*, Madrid, Tipografía de los Sucesores de Rivadeneyra, 1896, pp. 205-206.

dos temporalidades, los siglos XVI y XIX. Este sitio de tránsito, el cruce diacrónico y sincrónico del México conquistado por España y la fundación del mundo hispánico en la modernidad, delimita, precisamente, los ejes de la hispanidad. Sitio que sólo es habitable al conocer las formas estéticas, culturales y literarias de la lengua española fundacional; no la lengua española del siglo XVI, sino la que da origen a la hispanidad del siglo XIX, que dibuja por igual la historia de América que el urbanismo de España. La imaginación hispanista de Riva Palacio se figura un mundo donde un profesor imparte clases de cultura general en la sierra de Michoacán, una duquesa camina sobre la calle Alcalá con rumbo al teatro Apolo, o dos intelectuales --uno mexicano y otro español-- discuten de literatura en el Club Veloz. La patria de la lengua española sería un mundo dibujado a partir de la fundación de la lengua, trazado por ella misma y significada también por ella misma. Los cuentos de Riva Palacio superan los postulados de fe, raza y religión, propuestos a mediados del siglo XIX, para sintetizar que es la lengua la gran integradora de la hispanidad.

En ninguna de las narraciones de *Cuentos del general*, Riva Palacio se refiere al mundo español o al mundo indígena anteriores al siglo XVI, fecha en que el autor situaría el nacimiento del mundo hispánico. Ese mundo, sostenido por su valor histórico que es el mundo real (antes advertido en la poéticas y en las crónicas de Juan de Dios Peza), también es criticado en algunos de los cuentos cuando los personajes extranjeros llegan a México con ínfulas de grandeza y poder, o motivados por la ambición (no todos son españoles, también los hay franceses) por acrecentar sus riquezas. En uno de los textos de *Cuentos del general*, “El abanico”, el personaje principal, el marqués un “hombre de buena inteligencia y de no escasa lectura, determinó sentar sus reales definitivamente, buscando una mujer como él la soñaba”.⁵⁷² Como lo había hecho Juan

⁵⁷² *Ibidem*, p. 182.

de Dios Peza al recorrer las geografías imaginarias de España, el protagonista de “El abanico” persigue un sueño: unirse en matrimonio con una mujer soñada.

¿Cómo debería ser la mujer soñada del Marqués? “Un axioma, fruto de sus lecturas y su mundanal experiencia, que a los hombres, y quien dice a los hombres dice también a las mujeres, no debe medírseles por formar juicio acerca de ellos por las grandes acciones, por los grandes hechos, sino por las acciones insignificantes y familiares.”⁵⁷³ La idealización no pretendía que una mujer representara las hazañas épicas de una historia extraordinaria, sino que sus hechos diarios revelaran su capacidad para vivir en la realidad cotidiana. La idea debería encontrarse en la realidad diaria. Este ideologema es corpóreo en la condesa de Valle de Oro, una huérfana de madre, que vive con su padre, quien simbolizaría los ideales del Marqués. En una de las acciones del cuento, durante un baile en la Embajada de Inglaterra, ella muestra un magnífico abanico que describe cuidadosamente al Marqués. Junto a ellos pasa un criado que, al tropezarse con los otros personajes, quiebra el abanico. Lejos de enfadarse, la condesa se disculpa por estorbar al individuo. Los gestos de la condesa conquistan el corazón del Marqués, quien le propone matrimonio.

La interpretación simbólica del cuento explicaría los ideologemas de Riva Palacio sobre la hispanidad. En este caso, se trata del matrimonio de un hombre cosmopolita con una mujer sencilla (y, por su contenido icónico, habría que enfatizar en el hecho de que es huérfana de madre, pero que vive con su padre), quien destaca por ser observadora, discreta y noble. El motivo, el objeto mágico que permite el encuentro entre los dos personajes, un abanico que es quebrado torpemente por un criado. Al concentrarse la atención en este hecho (un abanico quebrado) es cuando surge el verdadero encuentro entre las dos personas, cuando el Marqués reconoce las cualidades

⁵⁷³ *Ibidem*, p. 184

de la condesa. Es decir, la inteligencia cede a la nobleza, porque ella perdona el rompimiento de su posesión más valiosa; hay una aceptación de esa cultura de la nobleza a los valores culturales de la experiencia. Sin importar la connotación de los signos, el cuento denotaría el encuentro de las dos culturas para fundar otra experiencia de mundo.

Al comenzar noviembre de 1896, el libro *Cuentos del general* era un extraño preludio mortuario de Riva Palacio, cuando comenzó a padecer un intenso dolor en su laringe que ya no cesará hasta su muerte. Los médicos diagnosticaron cáncer en la garganta. Mientras el mes pasaba, se acrecentaba el dolor que se volvió insoportable para la primera quincena, cuando su hijo Federico ya se había embarcado de México a España. Más que cumplir con el nombramiento político con que lo habían investido, el joven político llegó a la Villa y Corte para acompañar a su padre en sus últimos días de vida.⁵⁷⁴ La hora fatal llegaría a las cinco y cuarenta cinco de la mañana, del domingo 22 de noviembre. Vicente Riva Palacio había cumplido con todas sus tareas diplomáticas, y las dimensiones de su literatura para la lengua española aún se siguen valorando. Su obra, en el bicentenario de Independencia de la nación mexicana, continúa absolutamente vigente.

La dramática crónica de su muerte fue difundida en los periódicos más importantes de Madrid, los mismos que dieron noticias de sus actividades durante toda su estancia madrileña.⁵⁷⁵ Así lo hizo lo recoge la investigadora María Isabel Prieto Hernández:

⁵⁷⁴ Sin firma, “Noticias útiles”, *La Época*, a. XLVIII, núm. 16691 (20 de noviembre de 1896), p. 3.

⁵⁷⁵ También hubo florilegios de la prensa sobre la personalidad de Riva Palacio. *La Época*, que fue el primer periódico en difundir la noticia: “procuró siempre que reinara la mayor armonía entre las dos naciones [México y España], favoreciendo en gran manera las transacciones mercantiles de una a otro, pues no ignoraba el general, como experto diplomático que era, cuánto contribuye hoy a la buena

La conducción del cadáver se hace el lunes 23 a las once de la mañana, desde la casa mortuoria, Serrano 3 --en donde la florista del Veloz Club regó de flores la capilla ardiente-- al cementerio de la Sacramental de San Justo y Pastor, pasando por aquellas calles que tanto frecuentó nuestro general, vale decir: Alcalá, Puerta del Sol, Mayor y Cuesta de la Vega... [...]

La reina regente dispone que se tributen al cadáver de Riva Palacio, al ser conducido al cementerio, los honores de teniente general, deseosa de dar a la memoria del ilustre difunto y a la nación mexicana, una señalada muestra de consideración. Para ello se promulga una nota del Ministerio del Estado, en la cual se estipula un brillante y minucioso protocolo en la ceremonia del entierro.⁵⁷⁶

Dramatismo similar al que el cronista de *Nuevo Mundo*, utilizó en el comienzo de su crónica:

Desfiló por las calles céntricas de Madrid el lujoso entierro, en el que figuraba brillante séquito oficial y apenados amigos del difunto; bajaron a la fosa el ataúd que guardaba los restos de aquel hombre ilustre, sobre las labores de bronce y ébano, que realzaban con alegorías de la muerte la triste caja, cayeron las paletadas de tierra húmeda, como si tuviera lágrimas, y entre la que se mezclaba las hojas secas que la Naturaleza, despojada ya de sus galas, enviaba a la tumba del poeta

Y allí en la soledad del cementerio, y a la sombra bendita de la cruz, quedó el cadáver del que vino a España como extranjero y en España encontró una segunda patria, en la que fue querido.⁵⁷⁷

Acostumbrado al debate, tampoco faltaron polémicas en la muerte del embajador. En principio se dijo que el general era ateo dada su filiación masónica liberal. Francisco A. de Icaza tuvo que salir al frente a estas acusaciones, cuando

amistad de los países el éxito de sus negocios comerciales”. (Sin firma, “Muertos ilustres. El general Riva Palacio”, *La Época*, a. XLVIII, núm. 16693 (22 de noviembre de 1896), p. 1). *La Correspondencia de España*: “una personalidad brillante, afable en su trato, perfecto caballero, militar valiente, escritor de altos vuelos y merecedor por todos conceptos de la alta estimación que gozaba entre nosotros”. (Sin firma, “El general Riva Palacio”, *La Correspondencia de España*, a. XLVII, núm. 14171 (23 de noviembre de 1896), p. 2). *El Liberal*: “por la bondad de su corazón y la franqueza de su carácter, que unidas a lo agradable de su trato a la viveza de su ingenio a la solidez de su cultura y la amenidad de su conversación, le conquistaron entre nosotros generales simpatías”. (Sin firma, “El general Riva Palacio”, *El Liberal*, a. XVIII, núm. 6261 (23 de noviembre de 1896), p. 1). *El País*: “uno de los más bravos defensores de la integridad de un país tan rico y floreciente como México, que era uno de los hombres más eminentes de aquella República, era un sabio ilustre, un escritor brillante y un orador elocuente.” (Sin firma, “El General Riva Palacio”, *El País*, a. X, núm. 3433 (23 de noviembre de 1896), p. 1). *La Iberia*: “era un poeta muy inspirado y correcto novelista, y en gran número de periódicos de Madrid y revista se han publicado trabajos muy notables de su pluma.” (Sin firma, “El general Riva Palacio”, *La Iberia*, a. XLIII, núm. 14608 (23 de noviembre de 1886), p. 1).

⁵⁷⁶ M. I. Prieto Hernández, “El escritor mexicano...”, *op. cit.*, p. 113.

⁵⁷⁷ Kasabal, “Conversaciones”, *Nuevo Mundo*, a. III, núm. 152 (3 de diciembre de 1896), p. 4.

explicó que la legislación mexicana impedía que un funcionario participara en algún culto religioso en particular, para evitar tendencias ideológicas en la ejecución de las leyes. Añadió que, independientemente de sus vínculos masones, el general fue católico, bautizado y practicante, a lo largo de su vida. Las misas fúnebres, encabezadas por el mismo Icaza y por Antonio Cánovas del Castillo,⁵⁷⁸ se oficiaron en San Jerónimo por el obispo de Acalá-Madrid. Luego se habló de llevar los restos mortales del escritor a México, pero eso no sucederá hasta la exhumación de su cadáver en 1936, cuando fue trasladado a la Rotonda de los Hombres Ilustres de su país. Años antes, en 1920, la Embajada de México en España le rindió un homenaje en el Cementerio de San Justo y Pastor, donde el personal de la legación develó un busto en su honor.⁵⁷⁹

Francisco A. de Icaza fue el heredero natural del capital político cultural de Riva Palacio. El general había practicado una diplomacia abierta a las diferentes tendencias ideológicas de España, y estableció comunicación lo mismo con liberales que con conservadores, con el propósito de posicionar la cultura mexicana en diálogo con la cultura española. Icaza, en cambio, será más condescendiente con los grupos conservadores españoles. Cuando lograba escaparse de Portugal, como en 1897, invitaba a comer Marcelino Menéndez Pelayo (entonces bibliotecario de la Academia de Historia), y con ello confirmó el testamento literario del general.

De igual forma, motivado por su interés por la cultura española, el periodista católico Victoriano Agüeros escribió --siempre toda devoción-- a Menéndez Pelayo. El intercambio epistolar comenzó el 10 de agosto de 1897, cuando el periodista mexicano envió el primer volumen de sus *Obras literarias*, conformado por sus *Artículos sueltos* en los que, con benevolencia, Pelayo advierte “la sana doctrina, el delicado sentimiento

⁵⁷⁸ Sin firma, “Noticias”, *La Iberia*, a. XLIII, núm. 14707 (2 de diciembre de 1896), p. 3.

⁵⁷⁹ Alonso, “Temas fugaces”, *El Imparcial*, a. LIV, núm. 19281 (2 de diciembre de 1920), p. 7.

y la corrección literaria que luego ha mostrado usted en obras de más empeño”. A partir de entonces, Agüeros le enviará a Menéndez Pelayo cada uno de los 86 volúmenes de la Biblioteca de Autores Mexicanos, aunque no faltarán problemas en el envío, como le hizo saber Menéndez Pelayo el 21 de diciembre de 1898.⁵⁸⁰ Estos problemas de distribución de los libros de Agüeros, también aquejarán a Juan Valera, quien sólo recibió cuatro volúmenes de la Biblioteca de Autores Mexicanos.⁵⁸¹ Por lo demás, es relevante anotar que a partir de entonces, Menéndez Pelayo tendrá en sus manos una de las más importantes colecciones de autores mexicanos de finales del siglo XIX. El asunto cobrará mayor relevancia en 1911, cuando Agüeros llegue a tierras peninsulares, donde murió. Era, en efecto, el fin de una época.

⁵⁸⁰ Cartas de Ignacio Montes de Oca a Marcelino Menéndez Pelayo, *Epistolarios de Menéndez Pelayo*, v. 14, carta núm. 463, p. 20 y v. 15, carta núm. 76, p. 31, respectivamente. En www.cervantesvirtual.com. (Consultada el 12 de marzo de 2010).

Las cartas cruzadas entre Menéndez Pelayo y Agüeros continuarán hasta la muerte del periodista mexicano, en 1912, sin embargo, aportan datos poco relevantes al proyecto. Además de los autores ya mencionados, Menéndez Pelayo mantuvo diálogos epistolares con otros autores mexicanos, como: Dámaso Sotomayor, Luis González Obregón, Balbino Dávalos, Arcadio Pagaza, Manuel Payno, Joaquín García Icazbalceta, Francisco Sosa y Amado Nervo, entre otros.

⁵⁸¹ Valera, emocionado con los volúmenes, escribirá: “Don Victoriano Agüeros, director de un periódico muy acreditado y escritor él mismo de no corto mérito, como lo demuestran sus biografías de muchos de sus más notables compatriotas, se ha hecho editor y ha acometido una empresa en extremo meritoria y que debiera darle provecho si en los países de lengua española hubiese mayor afición a la lectura. En perfecta imitación de la Colección de autores castellanos, que publica en Madrid D. Mariano Catalina, ha empezado el Sr. Agüeros a publicar en México una Colección de autores mejicanos.” (J. Valera, *Ecos argentinos...*, *op. cit.*, pp. 108-109).

CAPÍTULO 5

LA PROPIA CULTURA, LA CULTURA PROPIA

LAS DECADENCIAS DEL SIGLO XIX

Pasado el entusiasmo retórico del IV Centenario del Descubrimiento, la calma del final de fiesta condenó al olvido las motivaciones del hispanoamericano decimonónico, que proponían una nueva relación cultural entre España y México. En los años siguientes, ni siquiera se consideró “necesario seguir celebrando el aniversario del Descubrimiento, ni en España ni en América”.⁵⁸² En menos de un lustro, el hispanoamericanismo terminó fugazmente con la celeridad que se sucedían los últimos años del siglo XIX. A las sociedades de España y de México si ya no las acercaba el interés por las fiestas centenarias, compartían el sentimiento de descontento social. En España, la política alcanzaría matices mortuorios con el fallecimiento de Antonio Cánovas del Castillo, líder del partido conservador, asesinado en 1897 a manos de un anarquista. Práxedes Sagasta, su contraparte liberal, que ocupó la presidencia brevemente en 1901, morirá en 1903. La desaparición de los epígonos del conservadurismo y el liberalismo español de finales del siglo XIX supondría un cambio radical en la política nacional.⁵⁸³

En México, la muerte de Cánovas provocará encomiados discursos en honor del político español incluso por parte de intelectuales de extremos ideológicos opuestos, como los que representaban el sacerdote católico Ignacio Montes de Oca y el “científico” Justo Sierra. Conservador y liberal, respectivamente, mostraron honras al estadista del Partido Monárquico de España aunque son evidentes los contrastes en ambos discursos. Con humildad retórica, a Justo Sierra le parecía inmerecido recordar a Cánovas del Castillo, porque, decía, no alcanzaba su alto nivel intelectual. En cambio,

⁵⁸² Miguel Rodríguez, “V. El 12 de octubre...”, *op. cit.*, p. 127.

⁵⁸³ A lo largo del capítulo utilizaré conceptos “conflictivos” en las historias literarias, tanto españolas como americanas, de principios del siglo XIX. No es propósito de la tesis detenerse en las disquisiciones filológicas sobre estos paradigmas. Sobre ellos, utilizaré términos como “Desastre del 98”, “Generación del 98”, “Regeneracionismo”, “Deacadentismo” y “Modernismo”, por ser los “membretes” más usuales en los manuales de historiografía literaria (José Carlos Mainer, “De nuevo sobre la invención del 98”, *La ira y la quimera. Actas del Coloquio Internacional Centenario de la Generación del 98. España y América*. Perú, Pontifica Universidad Católica del Perú-Facultad de Letras y Ciencias Humanas-Instituto Riva-Agüero-Departamento de Humanidades-Fondo Editorial, 2001, pp. 13-24).

Ignacio Montes de Oca reclamaba el asesinato de Cánovas de Castillo a manos del anarquismo como movimiento social: “¿En qué te había ofendido esta noble raza, hijo tenebroso del anarquismo, para que así salieras de tus antros a sumergirla en hondo duelo? ¿Qué agravios tenías que vengar en ese hombre, viva encarnación de la España, que te dio el asilo y el pan, que tu propia Italia te negaba?”⁵⁸⁴

Luego del inicio dramático de su discurso, Montes de Oca alentaría la instauración de la monarquía absoluta en España y, quizás por extensión, en México:

Desde que empezó la lucha titánica en defensa de las últimas posesiones españolas en América y en el extremo Oriente, personificaba el grande hombre de Estado los intereses de toda la raza española en ambos hemisferios, el elemento panhispánico, si me permitís esta expresión. Y no es esto todo. Al caer herido de muerte por un asesino que ningún resentimiento personal abrigaba contra su víctima, se elevó a la categoría de autoridad, de esa autoridad que emana de Dios mismo y que todos estamos obligados a obedecer.⁵⁸⁵

Montes de Oca había utilizado el término “panhispánico” en el sentido que lo hacían los grupos intelectuales estadounidenses: el movimiento de integración de las naciones hispanohablantes de América Latina para distanciarse de cualquier influencia europea. Curiosamente, los intelectuales españoles, sobre todo los conservadores, preferían utilizar la expresión “hispanoamericanismo” que se oponía al panamericanismo o panhispanismo promovido por Estados Unidos de Norteamérica.

Los términos “panamericano”, “panhispánico” y, sobre todo, “panlatino” eran más usuales, y por ello más elaborados, en los discursos de Justo Sierra. Para él, lo panlatino eran una superación a la supuesta dominación, ideológica y material, de Estados Unidos de Norteamérica sobre el centro y sur del continente americano, y a las limitantes etnocentrista del hispanoamericanismo propuesto por España. La raza

⁵⁸⁴ Ignacio Montes de Oca, “Elogio fúnebre de don Antonio Cánovas del Castillo”, *La Época*, a. XLIX, núm. 17005 (7 de octubre de 1897), p. 5.

⁵⁸⁵ *Ibidem*.

panlatina, reclamaba Sierra, integraría a todos los países de origen latino en una misma idea de progreso bajo los valores liberales establecidos por la Revolución francesa, el último eslabón histórico del avance de la latinidad: igualdad, fraternidad y libertad.

Otra diferencia entre el discurso de Sierra y el de Montes de Oca era que el primero prefería destacar a Cánovas del Castillo como un simpatizante de la monarquía parlamentaria, mientras que el segundo lo definía como un fiel del absolutismo. Según Sierra, esta fidelidad de Cánovas al pensamiento conservador lo ceñía a la tradición latina y no a la ética del catolicismo dogmático.

La creencia de que el Estado --añadía el intelectual mexicano--, verdadera providencia social, limita por sus funciones genuinas los derechos individuales y, o impulsa, o crea, la vida nacional, era el terreno de empalme entre su credo religioso y su filosofía política. Esta teoría, precisa confesarlo, está plenamente conforme con la tradición latina; por ella, tanto como por el idioma, somos, no étnica, pero sí espiritualmente latinos los pueblos hijos de España por la sangre y de Francia por el pensamiento.⁵⁸⁶

Los conceptos de panlatinidad y de panhispanismo serán recuperados por Justo Sierra algunos años después. Pero en este discurso de 1897 ensayaba las similitudes sociales entre México y España y las vicisitudes políticas que debían enfrentar en su constitución como estados modernos en el horizonte del siglo XX. Por ejemplo, la crisis del “infierno político español” como calificaba Sierra las fuertes tensiones entre grupos ideológicos opuestos que participaban en la política de España, era similar al infierno de la política mexicana que estaba por gestar una revolución.

En España se propagó la sensación de crisis al perder las últimas colonias hispanoamericanas. El episodio se bautizó como el “Desastre del 98” que significaba la

⁵⁸⁶ Justo Sierra, “Don Antonio Cánovas del castillo. Discurso leído en la sesión dedicada por el Concurso Científico Nacional a la memoria del señor don Antonio Cánovas del castillo, el 17 de agosto de 1897”. *Obras completas del maestro Justo Sierra*. Tomo V. *Discursos*. Edición preparada por Manuel Maestre Ghigliazza. Revisada y ordenada por Agustín Yáñez. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades, 1948, pp. 227-236.

sustitución violenta del imperialismo español por el de Estados Unidos, lo que quedó asentado al firmarse el Tratado de Paz de París. Se produjo toda una corriente de pesimismo intelectual que generó el fenómeno conocido con la etiqueta de Regeneracionismo, “que no deja de tener conexiones tanto con el tradicionalismo como con el institucionismo. Se trata, en todo caso, de una tendencia contradictoria y confusa, bien reveladora de las propias contradicciones de una burguesía consciente de las situación del país y que manifiesta así su disconformidad con su marcha histórica”.⁵⁸⁷

Una nueva generación de escritores españoles (que la historia literaria llamará la Generación del 98) postulará formas distintas de relacionarse con Hispanoamérica como parte de un programa de “reestructuración nacional” aunque “no contemplaba entre sus objetivos la consecución de ningún tipo de unión política con las repúblicas latinoamericanas, ya fuera en forma de confederación de países, de superestado, o de imperio. Su consigna era la fraternidad y el respeto a las independencias nacionales.”⁵⁸⁸ En ese contexto, por extraño que pareciera, al comenzar el siglo XX algunas de las noticias que aparecían en la prensa matritense sobre la vida cultural mexicana eran

⁵⁸⁷ Carlos Blanco Aguinaga, Julio Rodríguez Puértolas, Iris M. Zavala (coords.), *Historia social de la literatura española*. Tomo II. España, Editorial Castalia, 1978, pp. 176-177.

En las prensas españolas y mexicanas fue imposible no comparar la pérdida de las colonias españolas con la situación que sufrió México en 1848 en la Guerra de México-Estados Unidos de Norteamérica, también conocida como la Primera Intervención Norteamericana, que culminó con la apropiación del gobierno norteamericano de los territorios de Texas y Nuevo México, además de una parte de los estados mexicanos de Chihuahua, Coahuila y Tamaulipas, pactados en el Tratado Guadalupe-Hidalgo. Cincuenta años después, la opinión pública de Iberoamérica comparó ambos sucesos, las guerras de 1848 en México y la de 1898 en las antiguas colonias españolas, uniendo la impotencia de las dos naciones frente al expansionismo norteamericano. “Las dos derrotas marcaron sensiblemente las críticas de los intelectuales, las respuestas políticas de la élites y la consideración que éstas tenían de sí mismas y su lugar entre las naciones civilizadas, justo en el momento en el que se trataba de definir aquello que constituía la nación, y cuáles eran los símbolos e identidades que harían que esta nación fuera homogénea y sólida.” María del Rosario Peludo Gómez, “México y España ante las pérdidas territoriales de 1848 y 1898”, *Redes intelectuales... loc. cit.*, pp. 355 y 356.

⁵⁸⁸ Antonio Niño Rodríguez, “Capítulo primero. Hispanoamericano, regeneración y defensa del prestigio nacional (1898-1931)”, *España/ América Latina: un siglo de políticas culturales*. Madrid, Asociación de Investigación y Especialización sobre Temas Iberoamericanos-Síntesis-Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1993, p. 19.

relativas al teatro.⁵⁸⁹ En ese año, la actriz María Guerrero regresaba a España después de una gira artística por el continente americano donde algún sector de la prensa la criticó al negarse a interpretar dramas de autores mexicanos. “Las quejas de la prensa mexicana no son justas --se defendió Guerrero--. México no tiene aún formado su teatro nacional, como no lo tiene formado ninguna de las otras Repúblicas de nuestra sangre, como no lo tiene formado tampoco la ya extensa y viril literatura de Estados Unidos.”⁵⁹⁰ Esta declaración sirvió de argumento a Juan Pérez de Guzmán para opinar sobre la oposición entre la tradición española y la “supuesta modernidad hispanoamericana”. En México se criticaba el “tétrico romanticismo póstumo” de algunos dramaturgos españoles que supuestamente no encajaban “bien en el alegre espíritu de las sociedades jóvenes, que quieren investirse de una fisonomía propia en el regazo de la vida práctica y moderna de todo el fardo secular de sus pasadas tradiciones”.⁵⁹¹

Pérez de Guzmán consideraba que las sociedades hispanoamericanas querían generar su propia cultura, pero que, incluso al renegar de su tradición histórica y referirse a otras literaturas románticas, como la inglesa o la francesa, inevitablemente sus alusiones atañían a la cultura española que habría nutrido a las otras dos. Lejos de cuestionar a los “jóvenes” dramaturgos mexicanos, Pérez de Guzmán destacó a Manuel Acuña, Gustavo Baz, Adolfo Bianchi, Alfredo Chavero, A. Cisneros, Rafael Delgado, Roberto Esteva, Ramón Manterola, Juan Antonio Mateos, José Monroy, Adolfo

⁵⁸⁹ Sin embargo, a pesar de estas notas con las que iniciaba el siglo XX, poco más se dirá en la prensa española del teatro mexicano. En 1904, se presentó en el Teatro Princesa de Madrid, la compañía de Emilio Thuillier en la que participaron los siguientes actores mexicanos: Guadalupe del Castillo, Carmen Segarra, Francisco Cardona, Eucario Mutio, quienes presentaron, entre otras obras teatrales, *La princesa bebé* de Jacinto Benavente, *Un voluntario realista* de Benito Pérez Galdós, *El monstruo...* *Los celos* de Francos Rodríguez y *La tumba* de Luis y Agustín Millares. (Sin firma, “Balance teatral”, *El Globo*, a. XXX, núm. 10591 (22 de septiembre de 1904), p. 3). Además se puso en escena una “obra original de autor mexicano, a cuyo efecto se cuenta con trajes, armas y atavíos traídos de México.” (Sin firma, “La temporada del Princesa”, *La Época*, a. LVI, núm. 19517 (23 de septiembre de 1904), p. 4).

⁵⁹⁰ Juan Pérez de Guzmán, “Teatro hispanoamericano”, *La España Moderna*, a. 12, núm. 141 (septiembre de 1900), pp. 115-135.

⁵⁹¹ *Ibidem*.

Obregón, José Peón Contreras, Manuel Peredo, Juan de Dios Peza, Isabel Prieto de Landázuri, José Rosas Moreno y José Sebastián Segura.⁵⁹²

POLÉMICAS DEL MODERNISMO (SEGUNDA PARTE): EL AFRANCESAMIENTO HISPANO⁵⁹³

Simbólicamente, como no podía ser de otra manera en terrenos literarios, España también veía declinar su influencia cultural sobre la literatura hispanoamericana que desde varias décadas antes de que terminara el siglo XIX había vuelto su mirada a la luminaria intelectual de París, “la ciudad de las consagraciones, pero también donde el arte y los artistas, los pensadores y sus obras, eran apreciados como parte fundamental de la vida moderna”, consideraban, asimismo, los jóvenes escritores españoles.⁵⁹⁴ Francisco A. de Icaza, que por entonces ya era reconocido como el escritor mexicano-español por excelencia, pensaba que París era la ciudad de los poetas, “no sólo el de los

⁵⁹² *Ibidem.*

⁵⁹³ Aunque en el primer lustro del siglo XX la principal polémica expuesta por la crítica española era la recepción del modernismo hispanoamericano, ya que a través de este movimiento se filtraba la “influencia permisiva de la literatura francesa” en las letras castellanas. También comenzó a gestarse una discusión temprana sobre el origen del modernismo literario en las letras hispánicas. El debate fue encabezado por Rubén Darío y por Salvador Rueda, quienes reclamaban, cada cual para sí, el título de fundador del movimiento. Ningún escritor mexicano apareció en la polémica --al menos no en el campo literario matritense-- salvo de manera tangencial, como en los comentarios que se publicaron entre 1903 y 1904 en la *Revista Moderna de México*, dirigida por Jesús E. Valenzuela y Amado Nervo, donde se indagaba acerca de la génesis del modernismo. Al leer dichos textos, Darío le escribió a Juan Ramón Jiménez para quejarse: “En la revista de Nervo, el poeta Tablada, al hacer un medallón de J. A. Silva, repite una inexactitud afirmada en un número pasado del *Mercure de France* por un señor Bengoechea, de Bogotá. Y es, que, para alabar al exquisito y gran poeta que fue Silva, se dice, erróneamente, que el movimiento ‘moderno’ de América se debió a él. Yo no reclamo nada para mi talento, ni para mi corta obra; pero sí para la verdad en la historia de nuestras letras castellanas. Es cuestión de fechas. Cuando yo publiqué mi *Canción del Oro* y todo lo que constituye *Azul*, no se conocían en absoluto ni el nombre ni los trabajos de Silva. Más aún, en ciertas prosas de Silva, un entendido, ve la influencia de *Azul*. Bengoechea no dirá la verdad por patriotismo... Y Tablada por algún otro motivo. Pero en América y España (Valera) tengo yo testigos del origen del movimiento. Y en ciertas palabras escritas, mucho tiempo después, por el mismo Rueda, encabezando el prólogo lírico que hice par su ‘*En tropel*’, se puede hallar algo... En cuanto a Francia, saben bien desde cuándo comenzaron mis trabajos personas como madame Rachilde, Remy de Gourmont, Richepin, José María de Heredia. Verdad y justicia no están de más cuando se piensa y se siente de buena voluntad...” (Juan Ramón Jiménez, *Mi Rubén Darío (1900-1956)*. Reconstrucción estudio y notas críticas de Antonio Sánchez Romeralo. España, Ediciones de la Fundación Juan Ramón Jiménez, 1990, pp. 103-104.)

⁵⁹⁴ J. C. Mainer, *Historia de la literatura...*, op. cit., pp. 96-97.

poetas parisienses, sino el de los poetas del mundo entero, que, naturalizados espiritualmente en él, lo supieron pintar mejor.”⁵⁹⁵

Durante los años de transición entre los siglos XIX y XX, en la prensa matritense comenzaron a circular artículos de reproche hacia la juventud literaria, sobre todo hispanoamericana, a quienes se les reclamaba que buscaran “ingenio” en culturas ajenas al español: “No es de extrañar, en rigor, que los literatos americanos se afrancesen, cuando aquí, poco o mucho la inmensa mayoría de nuestros escritores se han afrancesado también”,⁵⁹⁶ escribía entre atónito y rabioso el filósofo José Verde Montenegro. Más punzantes eran los reproches del periodista Manuel Bueno quien aseguraba que “ninguna región de América --la española, se entiende-- tiene literatura propia. Se vive de prestado, a expensas de sugerencias intelectuales ajenas, y no se escribe sobre las maravillas de nuestros clásicos, sino con el prurito de imitar en francés, adicionándole un vocabulario de modismo que asusta.”⁵⁹⁷

Desde *El Imparcial*, Manuel Bueno polemizó con otro periodista, dramaturgo y poeta ocasional, Ricardo Catarineu, que colaboraba en *La Correspondencia de España*. Catarineu fue uno de los receptores más agudos del modernismo hispanoamericano, al que también Bueno llegó a tildar de aberración lírica que avergonzaba a la lengua española por su amaneramiento afrancesado. “Hoy los hispanoamericanos se orientan literariamente hacia París --respondía Bueno--, adoptan la estética de los escritores franceses, leen sus libros, se los asimilan y procuran imitarlos.”⁵⁹⁸ Como ejemplos positivos de “escritores modernistas” citó a autores mexicanos como Díaz Mirón,

⁵⁹⁵ F. A. de Icaza, *Obras...*, *op. cit.*, p. 564.

⁵⁹⁶ José Verde Montenegro, “Nuestra literatura en América”, *La Correspondencia de España*, a. L, núm. 15187 (2 de septiembre de 1899), p. 1.

⁵⁹⁷ Lorena, “Volanderas. Para los literatos periodistas”, *El Globo*, a. XXVI, núm. 9046 (10 de septiembre de 1900), p.1.

⁵⁹⁸ Manuel Bueno, “Estrofas de un poeta”, *El Imparcial*, a. XLI, núm. 14406 (29 de abril de 1907), pp. 3 y 4.

Francisco de Icaza y Gutiérrez Nájera, quienes “habrán acomodado su léxico a la ortodoxia castellana --Icaza sobre todo---, pero sus almas no nos son enteramente extrañas. El fondo español de su sensibilidad de poetas aparece tan mitigado que apenas puede notarse como indicio de atavismo.”⁵⁹⁹

A diferencia de las últimas décadas del siglo XIX, cuando la literatura hispanoamericana era menospreciada por la prensa española, la recepción matritense de principios del siglo XX atendía, aunque fuera de manera polémica, la producción de las letras hispanoamericanas. En ese sentido, los escritores “llegaban en un momento muy oportuno, pues el ambiente era el más cordial de las relaciones hispanoamericanas. La inquietud que ellos sentían era la misma que había comenzado a manifestarse entre los escritores jóvenes de España”.⁶⁰⁰ Para 1898, en la cultura literaria española, “jóvenes autores” como Salvador Rueda, Miguel de Unamuno (de 34 años), Ángel Ganivet (de 33), Ramón Valle-Inclán (de 29), Pío Baroja (de 26), Azorín (de 25), Ramiro de Maeztu (de 24), Antonio Machado (de 23) y Francisco Villaespesa (de 21),⁶⁰¹ comenzaban a suplir los nombres de los escritores canónicos, quienes, con sus necrológicas, se sumaban al parnaso de los escritores del pasado, como Pedro Antonio de Alarcón (muerto en 1891), José Zorrilla (en 1893), Gaspar Núñez de Arce (en 1903), Juan Valera (en 1905), Leopoldo Alas Clarín (en 1905) y Ramón de Campoamor (en 1901). De estos escritores consagrados, quienes seguían vivos eran continuamente interpelados por los intelectuales jóvenes.⁶⁰² Los valores decimonónicos entraron en descrédito por

⁵⁹⁹ *Ibidem.*

⁶⁰⁰ D. F. Foguelquist, *Espanoles de América...*, op. cit., pp. 33-37.

⁶⁰¹ Juan Ramón Jiménez contaba sólo con 17 años y le quedaban todavía tres para llegar a Madrid para “luchar por el modernismo”. (José Luis Abellán, “La regeneración como proyecto y su vinculación a América Latina”, *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina (1890-1940)*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2004, p. 17).

⁶⁰² J. C. Mainer, *Historia de la literatura...*, op. cit., pp. 97 y 98.

oposición a los plenos poderes de modernismo.⁶⁰³ Este grupo de escritores, a diferencia de la generación inmediatamente anterior, mostró un mayor interés por temas americanos. América como tema aparecerá constantemente, sobre todo en su obra de madurez, en Salvador Rueda, Ramón Valle-Inclán, Ramiro de Maeztu, Francisco Villaespesa o Azorín. Al mismo tiempo, esta actitud empataba con el interés de los jóvenes escritores españoles por la poesía modernista hispanoamericana, aceptada como una superación de los valores decimonónicos.

En el campo literario matritense, la generación del 98 será la receptora del modernismo mexicano. Con ese marbete fueron presentados por Francisco A. de Icaza en las prensas matritenses los poetas Manuel Gutiérrez Nájera y Salvador Díaz Mirón, de quienes el autor de *Efímeras* ya había dado noticias y difundido algunos poemas desde su llegada a Madrid en 1886. Habría que señalar una peculiaridad sobre la labor de difusor de la literatura de México en Madrid emprendida por Francisco A. de Icaza, y los vínculos que estableció entre las culturas mexicanas y españolas. En su obra literaria no aparece una comunidad intelectual diferenciada por regionalismos o nacionalismos, aunque reconoce que las distinciones culturales de las dos naciones provocarán la incomunicación entre su intelectuales. En los artículos literarios donde Icaza mostraba al público español la obra de otros escritores mexicanos, diluía las fronteras culturales y nacionales. Desde luego, distinguía a la Villa y Corte como el centro de la patria imaginada de la lengua española entre los intelectuales miembros de la comunidad imaginada no habría diferencias, ni estéticas, ni ideológicas, ni políticas, ni nacionales, porque a todos los unía la lengua española. Habría una especie de selección natural

⁶⁰³ Existe una numerosa bibliografía sobre la compleja relación de la Generación del 98 y el modernismo hispanoamericano. Remito a la que, en esencia, fue utilizada como guía durante el desarrollo de la tesis: Ricardo Gullón, *Direcciones del modernismo*. Madrid, Gredos, 1963; Donald Leslie Shaw, *La generación del 98*. Madrid, Ediciones Cátedra, 1977; José Carlos Mainer, *La Edad de Plata (1902-1939): Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. Madrid, Cátedra, 1986; y Germán Gullón, *El jardín interior de la burguesía española*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

ocupándose de “lo bueno y lo bello”, encargada de determinar los participantes del campo cultural. En los textos donde reflexionó sobre su actividad de difusor de las letras mexicanas en Madrid, como centro de una comunidad intelectual, reconoció su “hispanoamericanismo inconsciente”.

Sus primeras reflexiones sobre este americanismo ingenuo aparecieron en 1901, cuando publicó el ensayo “Poetas modernos de México (antología íntima)” para presentar al público español los poemas de Gutiérrez Nájera y de Díaz Mirón y caracterizar al modernismo a partir de la oposición entre arte antiguo y arte moderno. En las galerías, los museos y las antologías del arte antiguo se exhiben “reliquias de lo pasado [...] cuyo único mérito es la antigüedad”, en tanto que “para conocer el arte contemporáneo hay que estudiarlo en las galerías privadas.”⁶⁰⁴ Icaza confirma que su definición sobre la modernidad literaria se basa en la comprensión de la vida íntima (descrita por el arte moderno) en oposición a la vida pública (que describió el arte antiguo). Además, al destacar el “preciosismo literario” de Nájera y de Mirón señaló otra cualidad del modernismo en la minuciosa construcción retórica de los poemas, lo que explicó en los siguientes términos: “mientras Gutiérrez Nájera, cuando acierta, funde bronce sin lacra y esculpe mármoles tersos, Díaz Mirón hace mosaicos, joyas bizantinas y vidrieras de colores.”⁶⁰⁵

En suma, para Icaza la poesía modernista mexicana (plena de piedras preciosas, joyas y colores), representada originalmente por Gutiérrez Nájera y Díaz Mirón, mostraría tres características discursivas: el intimismo literario (“museo íntimo” llama a

⁶⁰⁴ Francisco A. de Icaza, “Literatura americana. Poetas modernos de México (antología íntima). Manuel Gutiérrez Nájera y Salvador Díaz Mirón”, *Nuestro Tiempo*, a.1, núm. 1 (enero a junio de 1901), pp. 34-42. El mismo artículo fue publicado en 1923 con el título “Letras mexicanas”, en *Revista de Libros*. La variante más relevante respecto al texto original fue la inclusión de comentarios sobre otros dos poetas mexicanos, Manuel José Othón y Luis G. Urbina, quienes para entonces ya se conocían en Madrid, por lo que el texto perdió sus cualidades de novedad.

⁶⁰⁵ *Ibidem*.

su selección, exposición y comentarios), la fugacidad del tiempo (como en la poética de Gutiérrez Nájera) y la exaltación del yo lírico (como en Díaz Mirón). Estas características serían bien recibidas por los intelectuales de la generación del 98. “No hay, pues, duda con respecto al hecho de que los llamados modernistas y los llamados noventayochistas --divididos por continentes o en sí mismos, como por ejemplo Valle-Inclán-- son escritores de una misma época en la cual, al parecer, comparten los mismo problemas y la misma actitud frente a los valores heredados.”⁶⁰⁶ Una misma época para España y para Hispanoamérica que, incluso en términos sociales, unificaba los valores culturales de las dos regiones, lo que permite reconocer que la interpretación sobre el modernismo fue compartida por las nuevas generaciones intelectuales de las dos orillas del Atlántico.

La lectura de Icaza sobre Salvador Díaz Mirón y Manuel Gutiérrez Nájera, los situó en plena polémica sobre el modernismo. En 1901 Díaz Mirón, publicó en México su libro de poesía *Lascas*, del que la prensa española extraerá algunos poemas para reproducirlos en sus prensa periódicas, como “¿Qué es poesía?”, “La poesía”, “Cleopatra”, “A Byron” y “Gorjeos”,⁶⁰⁷ los cuales concitarán una recepción igual de problemática que sus primeros poemas publicados en la Villa y Corte. El periódico conservador *La Época* dirá que *Lascas* es un libro equivocado: “Nimios los asuntos, indecorosos alguna vez, alguna vez también disparatados, no hay en el fondo de las composiciones mucho que admirar. Hasta en la forma, para que sea la mayor equivocación, parece que huye Díaz Mirón de la que fue su poesía.”⁶⁰⁸ En cambio, el liberal *El Globo* apuntará que Díaz Mirón es un hombre de genio y un admirable poeta: “es tan humano cuanto aparece reflejado en aquellas páginas, que no es posible leerlas

⁶⁰⁶ C. Blanco Aguinaga..., *loc. cit.*, pp. 198-199.

⁶⁰⁷ Para su ubicación, remito al anexo “Colaboraciones de escritores mexicanos en periódicos y revistas españolas”.

⁶⁰⁸ Sin firma, “Libros nuevos”, *La Época*, a. LII, núm. 18409 (11 de septiembre de 1901), p. 3.

sin experimentar intensa emoción y decidida simpatía por quien de manera tan maravillosa nos habla de ideas y de pensamientos que todos abrigamos.”⁶⁰⁹

Pero incluso *La Ilustración Española y Americana*, que solía emitir opiniones más bien objetivas, se sumó a las críticas contra *Lascas* por considerarlo un volumen “modernista”, “mejor dicho, de los afrancesados, que en escabrosidades de mal gusto, en simbolismos extraños y en formas raras e inarmónicas buscan notoriedad y relieve.”⁶¹⁰ Y por extraño que parezca, el rotativo *Madrid Cómico*, tan dado a repudiar con sarcasmo todo lo que olera a “modernismo”, se limitó a anunciar que había recibido el “tomo elegante” de *Lascas*.⁶¹¹ Los comentarios de *El Imparcial* fueron, en efecto, acaso los más ecuanímenes: “pueden señalarse muchos defectos y extravagancias. Pero el más severo censor tendrá que conceder a estas composiciones una inspiración tumultuosa y arrebatada que deja aquí y allá rasgos de belleza y chispas de verdadera poesía”.⁶¹² Con todo, para la primera década del siglo XX, será incuestionable el nombre de Salvador Díaz Mirón como uno de los poetas más importantes de la lírica del mundo hispano. Para entonces, *El Globo* lo definió con las siguientes palabras elogiosas: “el poeta de más grandes vuelos en América; su estro lo abarco todo, y es ya el Prometeo encadenado lanzando su apóstrofe, que fustiga y mata, o el trovador de sonoro bandolín, que canta el amor y la belleza con la ternura del que tiene un corazón todo lirismo”.⁶¹³

En 1902 en Madrid también se hablará de Manuel Gutiérrez Nájera. En ese año, el crítico Emilio Gallegos del Campo escribió una breve semblanza sobre el poeta en la

⁶⁰⁹ Sin firma, “Índice de libros”, *El Globo*, a. XXVII, núm. 9450 (23 de octubre de 1901), p. 3.

⁶¹⁰ Sin firma, “Libros presentados”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XLV, núm. XXXIII (8 de septiembre de 1901), p. 15.

⁶¹¹ Sin firma, “Libros recibidos”, *Madrid Cómico*, a. XXI, núm. 43 (26 de octubre de 1901), p. 7.

⁶¹² E. Gómez de Baquero, “Revista literaria”, *El Imparcial*, a. XXXVI, núm. 12512 (7 de febrero de 1901), p. 4.

⁶¹³ Sin firma, “Índice de libros”, *El Globo*, a. XXVII, núm. 9450 (23 de octubre de 1901), p. 3.

revista *La España Moderna*, lo que supone que la vida y la obra de Nájera ya era conocida en uno de los medios canónicos de la nueva literatura española.⁶¹⁴ Ahí su nombre era asignado al de los fundadores del modernismo de la literatura hispanoamericana, apelativo que en 1907 confirmarán tanto Francisco Villaespesa, en el prólogo del libro *Versos de abril* (firmado por el seudónimo Leonardo Sheriff, de Cipriano Rivas Cheriff⁶¹⁵), como por el crítico Julio Cejador y Frauca, que añadirá: “Gutiérrez Nájera es el Catulle Mendes de ultramar, preciosistas con dejos de Coppée y, por supuesto, menos aristocráticos y menos terso.”⁶¹⁶

Pero si Francisco A. de Icaza presentó a la primera generación de modernistas mexicanos, también se dio a la tarea de mostrar la obra literaria de otros autores jóvenes. Icaza se encargó de difundir en Madrid las letras de poetas como Efrén Rebolledo, “poeta parnasiano, de forma impecable, apasionado de orientalismo, persigue lo pintoresco a todo trance, y para conseguirlo, no vacila en emplear, a veces sin la preparación necesaria para que no detonen, muchas palabras exóticas. Su manera de ver es neta y precisa”.⁶¹⁷ Luego mostró al polivalente José Juan Tablada, que en España alcanzará más reconocimientos por sus haikús, sus ideogramas y su presunta vinculación con el movimiento ultraísta, durante las vanguardias del siglo XX, que con sus antecedentes modernistas de finales del siglo XIX. En España, Tablada era definido como “un artista que, después de haber realizado una obra considerable, universalmente admirada, dentro de las escuelas que se llamaron modernistas, decadentistas, simbolistas, parnasianas, se le revela el misterio atractivo e inquietante del arte

⁶¹⁴ Emilio Gallegos del Campo, “Manuel Gutiérrez Nájera”, *La España Moderna*, a. 14, núm. 157 (enero de 1902), p. 65.

⁶¹⁵ Francisco Villaespesa, “Versos de abril”, *El País*, a. XXI, núm. 7365 (5 de agosto de 1907), p. 3.

⁶¹⁶ Julio Cejador y Frauca, *Cabos sueltos. Literatura y lingüística*. Madrid, Perlado, Páez y Compañía-Sucesores de Hernando, 1907, p. 352.

⁶¹⁷ Enrique Díez-Canedo, “Rimas japonesas, por Efrén Hernández”, *La Lectura*, a. VIII, t. I (febrero de 1908), p. 440.

novísimo y hacia él evoluciona y adapta su espíritu flexible y sutil”.⁶¹⁸ Por mediación de Icaza también se publicó la obra de Jesús Urueta, “un hombre de cultura y de buen gusto”.⁶¹⁹ De igual forma, el autor de *Lejanías* divulgó la poesía de Manuel José Othón, en la que “hay arpegios de selvas --escribió el crítico César E. Arroyo--, como arpas eólicas; lamentos de ríos, como órganos clamorosos; bramar de olas y tronar de volcanes, toda, en fin, la magna sinfonía orquestal del universo”.⁶²⁰ Jesús Valenzuela, “que ha hecho tanto en favor de las letras mexicanas, y que es uno de los espíritus más altos y más generosos de América.”⁶²¹

Además, Icaza publicó la obra de otros poetas mexicanos, como: Amado Nervo, Balbino Dávalos, Enrique González Martínez y Luis G. Urbina... En general, en la nómina de autores presentados por Icaza en Madrid, prevalece la presencia de poetas. Incluso cuando algunos de estos escritores, como Efrén Rebolledo o Jesús Urueta, también practiquen géneros en prosa, los comentarios en los medios impresos se refieren a ellos como poetas, con la excepción de Rafal Zayas Enríquez, de quien se habló por su novela *El teniente de los gavilanes* (1902). En una nota aparecida en el periódico *La Época* se calificó a esta novela como “histórica, que a lo dramático de sus aventuras y a lo interesante de su fábula une el encanto de una narración pintoresca”.⁶²²

Adalberto A. Esteva fue quien difundió en conjunto la segunda generación modernista, conocida como “los decadentistas” o “decadentes”.⁶²³ Esteva difundió el marbete en la antología *Parnaso mexicano* (1900) (que circuló en España por mediación

⁶¹⁸ César E. Arroyo, “La nueva poesía en América. La evolución de un gran poeta”, *Cervantes* (agosto de 1919), pp. 105-113.

⁶¹⁹ Miguel de Unamuno, “Literatura hispano-Americana. Tres obras de estudios clásicos”, *La Lectura*, a. IV, t. III, núm. 45 (septiembre de 1904), pp. 453-456.

⁶²⁰ César E. Arroyo, “Modernos poetas mexicanos. Manuel José Othón”, *Cervantes* (octubre de 1918), pp. 113-117.

⁶²¹ M. Ugarte, “Crónica americana...”, *op. cit.*, p. 42.

⁶²² Sin firma, “Libros nuevos”, *La Época*, a. LIII, núm. 18672 (7 de junio de 1902), p. 3.

⁶²³ Sobre el decadentismo mexicano véase el subtítulo “Polémicas del modernismo (primera parte): con ustedes, la poesía joven de América”, en el capítulo 4 de esta tesis.

de la editorial barcelonesa Maucci⁶²⁴) donde apuntó en la nota biográfica de uno de los autores incluidos en la antología, Rubén M. Campos: “forma con [Jesús E.] Valenzuela, [Balbino] Dávalos, [Amado] Nervo, [José Juan] Tablada y Olaguíbel (Francisco), el brillante escuadrón que sostiene en el estadio de la prensa de México la causa de la poesía decadente.”⁶²⁵ Este volumen servirá de base para la publicación de *Los trovadores de México. Poesías líricas de autores contemporáneos* (1900) que abre sus páginas con un epígrafe de versos estridentes, escritos por el poeta uruguayo Alejandro Magariños Cervantes: “Al gigante clamor que en torno suena,/ que despierte la lira americana”.⁶²⁶ Al énfasis de esta dedicatoria le sigue un párrafo no menos impulsivo: “A los trovadores americanos: a esa pléyade de soñadores vírgenes, que así afilan la espada en la lira, para defender su independencia, como lloran, o ríen o cantan con el alma, reproduciendo en sus versos cuanto de sublime encierra el Nuevo Mundo.”⁶²⁷

El volumen incluyó a los siguientes poetas: Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Acuña, Alberto G. Bianchi, Gustavo A. Baz, Agustín F. Cuenca, Francisco Cosmes, Manuel Carpio, Manuel Caballero, Salvador Díaz Mirón, José Tomás de Cuéllar, Juan

⁶²⁴ Asentada en Barcelona, la Casa Editorial Maucci merece más atención para comprender las relaciones literarias entre México y España, porque se dedicó a imprimir, comentar y difundir en la Península Ibérica las letras hispanoamericanas, particularmente de México y de Argentina, países donde llegó a disponer de oficinas comerciales. La Editorial fue fundada por Manuel Maucci, un empresario catalán, originario de Parana, Italia, que viajó por varias regiones del continente americano para hacer fortuna con sus trabajos de impresión. Hecho que consumó en la última década del siglo XIX en México, a través de subvenciones gubernamentales para imprimir y difundir discursos literarios y políticos mexicanos en España. Además, desde finales del siglo XIX, la editorial reprodujo antologías literarias, con el nombre de Parnasos, de todos los países de Hispanoamérica, “algunos se imprimieron en papel de alta calidad y con pequeños retratos de los poetas y orlas decorativas que enmarcaban los textos. Al otro extremo se presentaban ‘parnasos’ de estilo sencillísimo, impresos en papel periódico. La mayoría están encuadrados en rústica con bucólicos diseños a colores en sus portadas. Casi todos llevan el nombre del compilador y se incluye, por lo general, algún tipo de prólogo.” (Leona Martín, “Entre *La antología de poetas...*”, *op. cit.*). Además del ya mencionado Parnaso, en su catálogo de 1900 la editorial anunciaba la colección El Parnaso Mexicano, con los títulos: *Poesías escogidas*, de Juan de Dios Peza; *Obras*, de Manuel Acuña; *Poesías*, de Antonio Plaza; *Amor sublime. Novela de costumbres mexicanas*, de Pablo Zayas Guarneros; *Leyendas históricas nacionales*, de Heriberto Frías; y *Tomochic. La voluntad de un pueblo*, de Humberto Robles; y *Amalia, páginas del primer amor*, de José Rafael Guadalajara.

⁶²⁵ Adalberto A. Esteva, *México poético. Colección de poesías escogidas de autores mexicanos*. México, Tipografía de la oficina impresora del Timbre-Palacio Nacional, 1900, p. 178.

⁶²⁶ Adalberto A. Esteva, *Los trovadores de México. Poesías líricas de autores contemporáneos*. Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1900, p. 1.

⁶²⁷ *Ibidem.*

Díaz Covarrubias, Alberto G. Bianchi, Agustín F. Cuenca, Francisco Cosmes, Manuel Carpio, Manuel Caballero, Ricardo Domínguez, Jesús Echaiz, Rosa Espino, José Fernández, Manuel M. Flores, Aurelio Luis Gallardo, Juan B. Garza, Manuel Gutiérrez Nájera, Juan B. Hajar y Haro, Ricardo Ituarte, Francisco de A. Lerdo, Manuel Lizarriturri, José Monroy, Juan A. Mateos, Francisco de P. Ortiz, Luis G. Ortiz, Manuel Olaguibel, Juan de Dios Peza, Guillermo Prieto, José Peón Contreras, Manuel Peredo, Antonio Plaza, Ignacio Ramírez, José María Roa Barcena, José María Rodríguez y Cos, Ramón Rodríguez Rivera, José Rosas, Manuel E. Rincón, Vicente Riva Palacio, José Sebastián Segura, Javier Santa María, Justo Sierra, Santiago Sierra, Agapito Silva, Francisco Sosa, Joaquín Téllez, Joaquín Trejo, Juan Valle, José María Vigil, Juan Villalón, Eduardo E. Zárate, Antonio Zaragoza, Rafael Zayas Enríquez, Fernando Luna y Drusina, José M. Pino S., Balbino Dávalos, Adalberto A. Esteva, Amado Nervo, José I. Novelo, Ignacio M. Luchichí, Francisco M. de Olaguíbel, José Juan Tablada y Manuel José Othón.

Para finales del siglo XIX, Amado Nervo era el poeta decadente mexicano más leído en el campo literario matritense. A diferencia de otros intelectuales que estaban por arribar, o que habían arribado a la Villa y Corte, ningún antecedente vinculaba al autor de *En voz baja* con el campo cultural de Madrid. Para finales del siglo XIX, en la trayectoria de Nervo no existían ni acercamientos a través de la política exterior mexicana, ni vínculos con grupos ideológicos, establecidos en la capital de España;⁶²⁸ solo un mote, su definición de “alma contemplativa y serena”.

Antes de que culminara el siglo XIX, Nervo ya había entregado a la imprenta una novela, *El Bachiller*, y dos libros de poesía *Perlas negras* y *Místicas*, pero no existe

⁶²⁸ Años después, Nervo se enterará que con Miguel de Unamuno lo unía el estado mexicano de Nayarit, porque era su provincia natal, y fue el sitio donde vivió durante un periodo el padre del escritor salmantino.

la certeza de que estas obras se leyeron por un gran número de lectores en Madrid. Por sus constantes referencias a la poesía francesa y a la universalidad de la cultura latina, que algunos críticos como Julio Cejador y Frauca le recriminarán que sueñe fuera de casa; es decir, que sus referentes culturales provengan de la literatura francesa de fin de siglo y no desde el hogar materno de la tradición cultural española. Con ello --explica Cejador y Frauca-- “hace a veces un pisto tan extravagante como sabroso de ideas católicas y panteístas, rebujándolo después con cierta melancolía religiosa de las razas indígenas de América. *Místicas* es lo mejor que ha escrito. Anda entre Luis Cardonell y Baubille, sin ser místico francés del todo, pero mucho menos español.”⁶²⁹

Sin embargo, por el contenido de sus poemas (guiños al espiritismo, autoafirmaciones de “neo misticismo”, imágenes paganas de satanismo y alabanzas a Cristo como superhombre moderno), Nervo debió ser leído con dificultad por la mayor parte del público español, como lo había sido para los lectores mexicanos desde mediados de la última década del siglo XIX. En Madrid, sus primeros poemas fueron publicados en 1899 en *Revista Nueva*, uno de los medios emblemáticos del modernismo ibérico, y poco después en *La Ilustración Española y Americana*. Pero al paso del tiempo, su literatura fue publicada en más de una veintena de medios impresos españoles. Si en sus dos primeros poemas entregados a la prensa matritense (“Tenue” y “Triste”),⁶³⁰ Nervo manifestó su cercanía a los procedimientos retóricos y al uso de temas del decadentismo (la sinestesia de estados de ánimo negativos en concatenación con objetos de enunciación también negativos), en “El metro de doce”, su siguiente composición, reveló la destreza rítmica y métrica que ensayaban los modernistas, generando modelos de versificación similares a los que ya había expuesto Darío: las adaptaciones de las métricas extranjeras a la lengua española y las actualizaciones

⁶²⁹ Julio Cejador y Frauca. *Cabos sueltos...*, *op. cit.*, p. 354.

⁶³⁰ Amado Nervo, “Triste. Tenue”, *Revista Nueva*, v. I, núm. 10 (15 de febrero de 1899), p. 441.

estróficas del castellano antiguo. “El metro de doce” es una pieza de alejandrinos con versos tetradecasílabos, divididos por dos hemistiquios iguales (isostiquios), como refiere en su primera estrofa: “El metro de doce son cuatro donceles,/ donceles latinos de rítmica tropa;/ son cuatro hijosdalgo con cuatro corceles,/ el metro de doce galopa, galopa.”⁶³¹

Esta versatilidad rítmica acompañará a la capacidad de Amado Nervo para generar distintas atmósferas, lo que también lo caracterizará a su literatura. Como el espacio lúbrico y fantástico generado en “Tritoniada”, otro de sus poemas de 1899, donde la voz lírica encarna a un Tritón enamorado de una “océánide ojiverde”. El ambiente de sutil erotismo, intensificado por los signos primitivos con los que se describe el mar (“sus cabellos algas eran, verdinegras, que de iodo/ y de ozono, los perfumes embriagantes despedían”⁶³²), contrasta con el trágico final de la historia: el Tritón encuentra “en flagrante delito” a la océánide con un delfín. Iracundo, el protagonista del poema asesina con su tridente a los amantes. Además de las representaciones simbólicas que aparecen en los poemas de Nervo, en estos ambientes el poeta eludiría cualquier referente geográfico, político o histórico, en la composición de sus versos (como ya lo había expuesto en el discurso del poema anterior, “El metro de doce”). Las piezas se sitúan en un sitio indefinido sólo comprensible para las almas sensibles, como predicaban los valores de la poesía finisecular.

Pero serán sus publicaciones en *La Ilustración Española y Americana*, difundidas en 1900, las que lo acercarán de manera más inmediata al público español.

⁶³¹ Amado Nervo, “El metro de doce”, *Revista Nueva*, v. I, núm. 15 (1 de mayo de 1899), p. 680. La destreza rítmica del poeta mexicano será expuesta en otra dos composiciones: “A Heredia”, *Revista Nueva*, vol. II, núm. 20 (15 de julio de 1899), p. 83 y “En Flandes”, *Revista Nueva*, vol. II, núm. 22 (1 de agosto de 1899), p. 152.

⁶³² Amado Nervo, “Tritoniada”, *Revista Nueva*, v. I, núm. 18 (15 de junio de 1899), p. 844. El tema, el estilo y hasta la métrica será muy similar en su siguiente entrega a la prensa: “El viejo sátiro”, *Revista Nueva*, v. II, núm. 19 (1 de julio de 1899), p. 20.

“A Felipe II”, su soneto clásico (endecasílabo) dedicado al Rey Prudente, mostraría otra preocupación de Nervo: comparar las virtudes del “alma española” a las del “espíritu mexicano”: “Ignoro qué corriente de ascetismo,/ qué relación, qué afinidad impura/ enlazó tu tristura y mi tristura/ y adunó tu idealismo y mi idealismo.”⁶³³ Además de esta “corriente de ascetismo” y la “afinidad impura” que unió las tristezas y los idealismos del Rey con las sensaciones del poeta, en el discurso se enuncian varios *topoi* de la historia de la literatura española (como “la noche oscura” del poeta granadino Fray Luis de León; o la tormentosa disquisición de “la altura entre el bien y el mal” de San Juan de la Cruz) que sirven de referentes para hermanar a los dos personajes. Al concluir el soneto, alma española y espíritu mexicano son fatalmente unidos por “el cáncer implacable que me muerde”. Nervo recupera la idea de la unión entre las culturas españolas y mexicanas a través de la lengua, pero su reflexión es aún más profunda porque advertiría que entre ambas culturas, más que la lengua, las aupa una historia cultural, aquella que les permite comunicarse como iguales, que las aflige y las enorgullece al mismo tiempo.

Su siguiente colaboración fue un texto sobre el “alma española”, una interpretación en la que Nervo habla sobre la diseminación del carácter español por toda Europa, dispersión que pareciera criticar al supuesto aletargamiento del desarrollo cultural de España señalado por los jóvenes intelectuales finiseculares de España. A lo que Nervo respondió: “Dormía, es cierto, pero ceñida la frente por una aureola de eternidad. Empero despierta está ya de nuevo, y su ideal y su estela de arte y de gracia parece como que se enciende y se ilumina y se irisa más aún después del desastre.”⁶³⁴ Nervo había viajado por Europa en 1898. Al parecer, no realizó ninguna estancia en

⁶³³ Amado Nervo, “Sonetos. A Felipe II. A Heredia”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XLIV, núm. XXX (15 de agosto de 1900), p. 14.

⁶³⁴ Amado Nervo, “El alma eterna de España”, *La Ilustración Española y Americana*, XLIV, núm. XXXIII (8 de septiembre de 1900), p. 146.

España pero se encontró con el alma española en todos los sitios que cruzaba. Como en París, “no sólo en ese pabellón de vieja severidad castellana, hermoso entre los más hermosos, a quien alguien ha llamado palacio con alma de ciudadela, y en cuyos salones luce la gloria de los tapices reales y las bravas armaduras de antaño”; o en Alemania, “en la música de una orquesta impecable que hacía reír con brío aragonés”; o en Italia, “va prendida esa alma a los mantones románticos de las venecianas que cruzan el Gran Canal, y tiembla en las aguas del golfo de Nápoles, adonde parece asomarse aún la apoteosis de Gonzalo de Córdoba”; o en Marruecos: “se pasea, con los ondulantes jaiques de los beduinos, por la tórrida inmensidad del desierto.”⁶³⁵

El planteamiento de Amado Nervo de la diversidad del “alma española” que pervive en toda la cultura europea (o latina), supera la comprensión de la imagen decrépita de España que exponían la mayoría de los intelectuales españoles a finales del siglo XIX y principios del XX. Para Nervo, la cultura española no sería una consecuencia histórica: un pasado glorioso durante la Alta Edad Media con un final decadente en el siglo XIX. En su construcción del “alma eterna de España”, Nervo no recurre a fijaciones cronohistóricas, sino a representaciones vivas del horizonte cultural de la época (como ya lo había hecho en su poema “A Felipe II”): en la exposición parisina de 1898, en la música más alegre que se escucha en Alemania, en la ropa que utilizan como última moda en Italia y hasta en el exotismo oriental, aparecen rasgos españoles. Desde luego, esta comprensión de la identidad española es planteada por Nervo desde su posición de intelectual mexicano, situación que reconoce al final de su texto. Ahí, el poeta concluye con una pregunta retórica, que al mismo tiempo zanja la polémica entre el creciente panamericanismo impulsado por los Estados Unidos de Norteamérica, la pervivencia del hispanoamericanismo en la tradición española y la

⁶³⁵ *Ibidem.*

defensa de la panlatinidad impulsada por Justo Sierra, además de aludir a la igualdad entre las culturas mexicanas y española: “Nací muy cerca del pabellón de las estrellas; pero contempla mi faz: ¿no ves en ella todas las palideces de los olivos latinos?”⁶³⁶

Por su consumación retórica y discursiva, que coincide con el avance de su cronología biográfica, esta etapa literaria de Amado Nervo (donde predominan los valores del modernismo) culminará de manera brillante con la aparición de su libro de poemas *La hermana agua*, publicado por la editorial madrileña de Hijos de M. G. Hernández, en 1901, y del que ofreció anticipos en *La Ilustración Española y Americana*. El poema-ensayo es un diálogo entre el yo lírico y el personaje del “agua”, que reflexiona sobre las formas que adquiere según las circunstancias en las que se encuentra, ya sea como bruma o hielo, torrente o lluvia. El agua, que connotaría el ser de la poesía, explicaría metafóricamente las formas que adopta la poesía dentro de las composiciones de los poemas. En “La hermana agua”, Nervo, que ya lo había adelantado en poemas anteriores, escribe una literatura abiertamente metaliteraria que abandona por completo cualquier referente histórico, para ensimismarse en una experiencia estética sobre la poesía misma, una conducta (y un discurso) poco explorado por la lírica en castellano.

La misma recepción española que cuestionaba los discursos literarios de los poetas jóvenes, dirigió sus críticas contra los escritores mexicanos que manifestaran algún indicio modernista. Antonio de Valbuena fue uno de los críticos más constantes en atacar al modernismo. En su volumen *Ripios ultramarinos* (1896) se ocupó de dos poetas mexicanos que calificó de modernistas: Juan de Dios Peza y José Juan Tablada. Sobre el primero comentó: “creo que le tienen allá en México por un poeta de primer

⁶³⁶ *Ibidem*.

orden; pero ¡ay!, no está exento de ripios ni con mucho”.⁶³⁷ Aunque le reconoció que en algunos poemas “hay imágenes adecuadas y pensamientos agradables”, criticó la presencia en su obra de otros ripiosos españoles, como Manuel Cañete, Aureliano Fernández Guerra y Ramón Campoamor, y del mexicano Vicente Riva Palacio. Pero su lectura de José Juan Tablada fue aún más conflictiva. Valbuena leyó algunos de los poemas de Tablada en la *Revista Azul* (reconocida como uno de los medios fundacionales del modernismo mexicano, dirigida por Carlos Díaz Dufóo y Manuel Gutiérrez Nájera) de la que tenía noticias desde su número inaugural. Según Valbuena, a Tablada le sobran versos, epítetos y ritmos, además de imágenes escatológicas, como las de su poema “Japón”: “Tú eres el opio que narcotiza,/ y al ver que aduermes todas mis penas/ mi sangre --roja sacerdotisa--/ tus alabanzas canta en mis venas.”⁶³⁸ Versos frente a los que el crítico exclamó: “Me parece que ni entre las locuras de Rubén Darío he leído mayor extravagancia que ésta de llamar a la propia sangre sacerdotisa roja...”⁶³⁹

Aún así, mientras el siglo XX avanzaba, la recepción del modernismo era menos polémica. En 1903, la Baronesa de Wilson publicó otro tomo de difusión de la cultura hispanoamericana: *El mundo literario americano. Escritores contemporáneos. Semblanzas. Poesías. Apreciaciones. Pinceladas*, una antología, con breves notas biográficas donde recopiló, organizó y amplió sus impresiones sobre la cultura de la América hispana.⁶⁴⁰ En la introducción del volumen la autora afirmó su “deseo de dar a conocer en general el movimiento literario contemporáneo” y ofrendar “a una gran parte de los que, con entusiasmo y varonil empuje, enarbolan muy alto la bandera de la

⁶³⁷ Antonio de Valbuena, *Ripios ultramarinos*. Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1896, p. 117.

⁶³⁸ José Juan Tablada, *El florilegio*. México, Editorial Escalante, 1889, p.17.

⁶³⁹ A. de Valbuena, *Ripios ultramarinos...*, *op. cit.*, p. 181.

⁶⁴⁰ Sobre los antecedentes de la Baronesa de Wilson como comentarista de la cultura hispanoamericana, véase el subtítulo “Intelectuales españoles saludan a las letras mexicanas”, en el capítulo 3 de esta tesis.

inteligencia”.⁶⁴¹ Como lo habrían hecho los autores del siglo anterior, la escritora observa que la naturaleza del continente americano “ha sido la Musa más prodigiosa para inspirar a los poetas”, aunque más adelante reconoce que “las retozonas y alegres musas se codean con las idealistas y románticas: las graves y severas que immortalizan batallas y proezas, con otras que en fuentes orientales bebieron la originalidad, o que alardea de clasicismo imaginativo.”⁶⁴² La baronesa se limita a presentar descripciones sobre los autores antologados, sin analizar sus vínculos con temas polémicos, como el modernismo, las disputas de los nacionalismos, el latinoamericanismo o el hispanoamericanismo, que por entonces aparecían en las prensas de las dos orillas del Atlántico. Sobre México, refiere que “en pocas de las naciones americanas ha alcanzado el cultivo de las letras un vuelo tan ancho y alto espacio”,⁶⁴³ e incluye poemas de Manuel Acuña, Ignacio Manuel Altamirano, Sor Juana Inés de la Cruz, Laura Méndez de Cuenca, Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, José López portillo y Rojas, Amado Nervo, Manuel Payno, Juan de Dios Peza, Antonio Plaza, Guillermo Prieto y Rafael Téllez Girón.

LA AVANZADA CONSERVADORA EN LA VILLA Y CORTE, III

El conservadurismo mexicano,⁶⁴⁴ unido por su filiación católica, gestó en 1898 su propio proyecto de lecturas canónicas, promovido por el voluntarioso Victoriano Agüeros al fundar la Biblioteca de Autores Mexicanos. El diseño de este programa

⁶⁴¹ Baronesa de Wilson, *El mundo literario americano. Escritores contemporáneos. Semblanzas. Poesías. Apreciaciones. Pinceladas*. Tomo I. Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1903, p. 8.

⁶⁴² *Ibidem*, pp. 8 y 9.

⁶⁴³ *Ibidem*, tomo III, p. 81.

⁶⁴⁴ También habrá reacciones de las nuevas generaciones del viejo estilo, como la del historiador católico Luis García Pimentel, hijo de Francisco Pimentel, que en 1900 irá a Madrid a recibir su diploma como miembro de la Real Academia de Historia. (Sin firma, “Real Academia de la Historia”, *La Correspondencia de España*, a. LI, núm. 15443 (21 de mayo de 1900), p. 3).

editorial imitaba a la Colección de Escritores Castellanos publicada en Madrid por Mariano Catalina entre 1880 y 1929. Desde luego, la Colección se nutría con autores conservadores: *Obras* de Joaquín García Icazbalceta, tomos I y II, *Opúsculo varios*; tomos III y IV, *Biografías*; tomo V, *Biografía de Fray Juan de Zumárraga*; *Obras* de José Peón Contreras, tomo I y II, *Teatro*; *Obras* de Alejandro Villaseñor y Villaseñor, tomo I, *Estudios históricos*; *Obras literarias* de Victoriano Agüeros, tomo I, *Artículos sueltos*; *Obras* de José María Roa Bárcena, tomo I, *Cuentos*; *Obras* de José López Portillo y Rojas, tomo I, *Novelas*... El volumen XXIX de la colección fue *Obras*, de Joaquín Baranda, político, poeta y escritor, a quien Agüeros trató de incorporar al campo literario de Madrid, al introducir una nota biográfica con un grabado de color en las páginas de *Álbum Salón*.⁶⁴⁵ En suma, la nómina de escritores proviene de los Liceos y las Academias del romanticismo mexicano.

Las obras de estos autores comenzaba a desaparecer de las planas de la prensa periódica, por lo que el proyecto editorial pretendía mantenerlos vigentes en los campos literarios tanto de México como de España. La propuesta fue vista con beneplácito en ambos extremos del Atlántico. En México, porque estos intelectuales todavía conservaban su influencia en las instituciones culturales, y en España porque sus obras eran más afines con los valores decimonónicos aún vigentes en el campo intelectual. Por eso, sin demasiados argumentos, el periódico *El Liberal* celebró la aparición de la Biblioteca de Agüeros porque unía las culturas española y mexicana: “Como en todo lo que se refiere a la literatura, la República mexicana y la nación española, teniendo el lazo del común idioma, deben mantenerse unidas”.⁶⁴⁶

⁶⁴⁵ Sin firma, “Licenciado don Joaquín Baranda”, *Álbum Salón* (1901), pp. 43 y 44.

⁶⁴⁶ Sin firma, “Biblioteca de autores mexicanos”, *El Liberal*, a. XX, núm. 6698 (3 de febrero de 1898), p. 3.

Pero la Biblioteca de Autores Mexicanos llegó a destiempo al campo literario de la patria imaginada de la lengua española. Muy tarde para celebrar lo más original de la literatura mexicana, y muy pronto para presentar a las nuevas generaciones. Por eso no recibió más elogios que las cartas privadas que Menéndez Pelayo le escribió a Agüeros, el comentario ocasional de *El Liberal* y los dos o tres números de *La Ilustración Española y Americana* donde se anunció la suscripción a la Biblioteca. Sin embargo, la importancia del proyecto editorial de Agüeros fue propiciar un cambio en la recepción crítica de la literatura mexicana. Gracias a la intención enciclopédica del proyecto, la tradición de las letras mexicanas podía ser leída en un mismo conjunto, como un discurso amplio y continuo, y no en los fragmentos de volúmenes aislados publicados por cada autor mexicano o en la dispersión publicada por la prensa periódica. La Biblioteca de Autores Mexicanos impulsada por Victoriano Agüeros fue otro elemento fundamental para que el horizonte cultural de Madrid en el que se leía la literatura mexicana cambiara sus tópicos (estética mexicana como reproducción de la naturaleza, o la extrañeza de la recepción ante “los mexicanos que escriben”, o la confirmación de la identidad nacional a través de la cultura mexicana como herencia de España) a una lectura más cercana a comprender la estética con la que los escritores mexicanos elaboraban sus novelas, crónicas, cuentas, poemas y piezas teatrales.

Esta giro en la percepción de la literatura mexicana se evidenció en la lectura de los libros de José López Portilla, tanto de sus *Obras* como de *Novelas cortas* (1900) y de *Sucesos y novelas cortas* (1903), todos incluidos en la Biblioteca de Agüero, que fueron recibidos con beneplácito por la crítica española. Fue una de las ocasiones en las que la recepción matritense se ocupó de un escritor mexicano sin recurrir a la idealización descriptiva del paisaje que ambienta las narraciones, a pesar de que algunos de los textos incluidos en los volúmenes son cuadros de costumbres. Por el contrario,

los críticos destacaban la erudición y el talento de Portilla y Rojas, que se observaban en las cualidades de su prosa: “el interés del argumento, el lógico desarrollo de la acción, el espíritu de la observación con que han sido estudiados los asuntos y la verdad con que están expuestos, y de otra la sencillez y lo castizo del lenguaje.”⁶⁴⁷

También en 1899, Ignacio Montes de Oca se consolidaba como el intelectual conservador más influyente de México en España. Al comenzar el verano preparó maletas para su viaje anual a Europa. En junio de ese año asistió al Concilio Plenario de las Iglesias Iberoamericanas, celebrado en el Colegio Pío del Prado del Castillo de Roma. Como acostumbraba siempre que viajaba a Europa (que era más o menos una vez cada dos años), antes de cerrar definitivamente las maletas de regreso a México, hacía una estancia en España.

En 1899, la Iglesia Católica de la Península Ibérica con sede en Burgos, convocó a un Congreso para fijar la postura que seguiría el catolicismo ante la inestabilidad política de España. Allí, Montes de Oca llegó como representante del Continente Americano y, frente a las discrepancias que expresaban los sacerdotes peninsulares, su discurso ofreció la claridad objetiva de quien observa el problema a la distancia. Así, los comentaristas consideraron que Montes de Oca llevó a Burgos “un pensamiento más fértil y más profundo que el de las nimias cuestiones que se han tratado en el mayor número de los discursos leídos o pronunciados en Burgos, cuando estos discursos no han sido el reflejo de las pasiones fanáticas y sectarias”.⁶⁴⁸

⁶⁴⁷ Sin firma, “Libros enviados a esta redacción”, *La Ilustración Artística*, a. XXII, núm. 1140 (2 de noviembre de 1903), p. 15.

⁶⁴⁸ Juan Pérez de Guzmán, “El voto de América en el Congreso Católico de Burgos”, *La Época*, a. LI, núm. 17692 (7 de septiembre de 1899), pp. 2 y 3.

Aunque no toda la prensa española se mostró agradecida por las palabras de Montes de Oca, ni con sus intervenciones en los modos de la política de España. Al celebrarse el siguiente Congreso Católico en Santiago de Compostela, en 1902, donde también participará Montes de Oca, el periódico *El*

En síntesis, el prelado mexicano arengó un nuevo pacto de unión entre los españoles católicos, fraternidad que también incorporaría al Continente Americano. “Es preciso pensar, lo mismo en Europa que en América, en la rehabilitación de la raza latina, y para ello es indispensable, además de la unión de los americano entre sí, la unión estrecha y apretada de la patria con sus antiguas colonias”,⁶⁴⁹ expuso Montes de Oca. Al menos, su discurso habrá ayudado para que al concluir el Congreso Católico de Burgos se aprobaran las “Bases para la unión de los católicos”, que básicamente reafirmaba la postura de que las cuestiones político-religiosas se orientarían hacia el absolutismo y no a la monarquía democrática.⁶⁵⁰

Después de salir airoso del Congreso Católico de Burgos, Montes de Oca pasó unos días en Santander, al lado de Menéndez Pelayo. Días después, el filólogo español llevó al sacerdote a la Real Academia de Historia para rendirle un homenaje discreto durante su presentación como nuevo miembro de la institución. Frente a todos los numerarios y corresponsales reunidos en el recinto, Menéndez Pelayo leyó un esbozo biográfico de Montes de Oca, mientras que Fabié expuso los valores intelectuales del sacerdote.⁶⁵¹

Finalmente, perteneciente a las actividades de los grupos conservadores mexicanos, en 1901 en Barcelona, el mexicano Alberto G. Bianchi publicó, sin mayor trascendencia, el libro de viajes *De México a Roma y de Roma a Barcelona. Memorias de la peregrinación mexicana de 1900*, editado por L. González y Compañía Editores

País exclamaría: “¿quién meterá en nuestras cosas a estos extranjeros? ¿No podían estarse en su casa?” (Sin firma, “Congreso católico”, *El País*, a. XVI, núm. 5465 (20 de julio de 1902), p.2).

⁶⁴⁹ *Ibidem*.

⁶⁵⁰ Pedro Cuesta Escudero, *La escuela en la reestructuración de la sociedad española (1900-1923)*. España, Siglo Veintiuno Editores, 1994, p. 224.

⁶⁵¹ Sin firma, “Academia de la Historia”, *La Correspondencia de España*, a. L, núm. 15224 (9 de octubre de 1899), p. 3.

Pontificios, en el que se da cuenta de la andanzas y vicisitudes de la tercera peregrinación nacional mexicana al Vaticano, emprendida a principios del siglo XX.

FRANCISCO A. DE ICAZA EN EL CAMPO LITERARIO DE MADRID

A finales del siglo XIX, además de participar en la construcción del campo literario mexicano en Madrid, Francisco A. de Icaza resolvía situaciones familiares. Tras ocho años de noviazgo, en 1898 el poeta celebró nupcias con Beatriz León Loinaz en la Iglesia de San Francisco el Grande.⁶⁵² Después de las fiestas matrimoniales en Madrid, la pareja viajó a Granada, de donde era oriunda Beatriz León y donde las leyendas populares de Andalucía cuentan una anécdota sobre los recién casados. En una de las mañanas posteriores a la boda, cuando caminaban cerca de la Alhambra, un ciego les pidió limosna, a lo que el poeta conminó a su mujer: “Dale limosna mujer. Que no hay en la vida nada, como la pena de ser ciego, en Granada”, versos que el alcalde granadino, Antonio Gallego y Burín (uno de los principales difusores de la historieta) mandó grabar a la entrada de la Catedral, cuando ocupó el Gobierno Civil de la Provincia entre 1940 y 1941.

En Madrid, el matrimonio afincó su domicilio en la calle de Claudio Coello, número 17, en el barrio de Salamanca según impuso la tradición de Riva Palacio para los intelectuales mexicanos en la Villa y Corte. Icaza labró lentamente su puesto de

⁶⁵² El matrimonio tuvo seis hijos: Beatriz, Carmen, Ana María, María de la Luz, Francisco, y Sonsoles. En: http://estrada.bz/mariano_icaza_iraeta.htm, (Consultada el 1 de marzo de 2010). La segunda hija del matrimonio, Carmen de Icaza, nacida el 17 de mayo de 1899 y muerta en 1979, sería una escritora de novela romántica muy popular en España. Inició su carrera como periodista y narradora colaborando en distintas publicaciones, como *ABC*, *Blanco y Negro*, *El Sol* y *Ya*. En 1935 publicó su primera novela, *Cristina Guzmán, profesora de idiomas*, que alcanzó una extraordinaria repercusión. Al concluir la Guerra Civil siguió ocupándose de una intensa labor social y escribiendo novelas de gran éxito, como *¡Quién sabe!*, *Soñar la vida*, *Vestida de tul*, *El tiempo vuelve* y *La fuente enterrada*. En diciembre de 1945, el gremio de librerías de Madrid la proclamó “la novelista más leída del año”. (Sonia Núñez Puente, “Novela rosa y cultura popular: Carmen de Icaza y Concha Linares Becerra”, *Sincronía* (primavera de 2007), pp. 25-29).

escritor en el campo literario, a diferencia del general que, desde su llegada a Madrid, debió trazar varias rutas (en la diplomacia, en los ateneos, en las tertulias, en las imprentas...) para afianzar su presencia en la patria imaginada de la lengua española. Icaza heredó tanto el capital simbólico de Riva Palacio (su conocimiento literario e histórico) como sus valiosas relaciones sociales con editores, periodistas, libreros, políticos y escritores. Al continuar con la genealogía intelectual de los escritores mexicanos de Madrid y desarrollar su propio talento literario, Icaza se situaría como un residente definitivo de la patria imaginada de la lengua española, a través de sus libros y de los fragmentos de literatura que publicó en los distintos impresos donde colaboró: *La España Moderna*, *Vida Nueva*, *Bolívar*, *Cervantes*, *Cosmópolis*, *Grecia*, *Índice*, *España y Madrid Cómico*, entre otras.

Según lo aprendido de la experiencia del general, Icaza estableció tres vínculos intelectuales: la prensa, la Academia y el Ateneo de Madrid, instituciones que a principios del siglo XX eran desprestigiadas por los escritores españoles más jóvenes, que las consideraban anquilosadas: a las burlas veras de Miguel de Unamuno y Azorín se sumarían las de los hispanoamericanos Rubén Darío y Ricardo Palma, quienes polemizaban continuamente con los intelectuales académicos. Por esas fechas, evocativo, Icaza escribió de sus maestros:

Nadie más correcto y sencillo que los grandes españoles posrománticos: lo fue [Marcelino] Menéndez Pelayo en su llaneza estudiantil; [Juan] Valera en su elegancia diplomática, y [Manuel] Pereda en su hidalga y señoril franqueza; [José] Echegaray en su mansedumbre, que le permitía oír observaciones hasta de los teloneros; y [Benito] Pérez Galdós en su socarronería maliciosa, indiferente en apariencias. Pero lo que distinguía a [Ramón de] Campoamor entre todos, era aquella bondad que le formaba aureola de simpatía, y que atenuaba el amargor de su humorismo con las inflexiones suaves de su voz.⁶⁵³

⁶⁵³ Francisco A. de Icaza, *Obras...*, tomo. I, p. 32.

Como ningún otro escritor mexicano (probablemente como tampoco ningún otro autor hispanoamericano), Icaza logró vincularse con el pasado y el futuro de las letras de España, ganándose en las dos generaciones el puesto de escritor dentro del campo literario matritense. En el mes de noviembre de 1899 publicó su segundo libro de poesía *Lejanías*, que el filólogo Richard Caldwell considera el volumen fundador del “simbolismo español”.⁶⁵⁴ Era el segundo poemario de Icaza con clara intención modernista y tuvo una amplia recepción entre los comentaristas de Madrid.

Blanca de los Ríos le dedicó algunas páginas de su revista *Raza Española*, donde abundará sobre el intimismo de Icaza, un señalamiento parecido al que le hará *El Globo*: “Todo lo que en horas de recogimiento espiritual se nos muestra confuso y como velado por la bruma del tiempo, las alegrías remotas, los pesares cultos, la esperanzas malogradas, oscuros embriones de nuestra vida sentimental, cobran relieve y se hacen visibles al conjuro del poeta.”⁶⁵⁵ Comentarios que coinciden con los de Andrés Ovejero, en la *Revista Nueva*: “No son versos esculturales de inerte expresión ni versos coloristas de exangüe belleza los de Icaza, en cuyos ‘estados de alma’ hay un interesante psicología experimental, de un realismo vivido con intensidad y expresado con sencillez.”⁶⁵⁶

La construcción retórica y los discursos de los poemas de *Lejanías* son composiciones similares a los de su primer libro de poesía *Efimeras*. En ambos títulos sobresalen las dos características de la poesía de Icaza que serían dos de sus aportes al modernismo. La primera son las variantes en la composición estrófica, como en el

⁶⁵⁴ R. Caldwell, “‘La poesía moderna, modernísima ...’”, *op. cit.*, p. 13.

⁶⁵⁵ Lorena, “Volanderas”, *El Globo*, a. XXV, núm. 8560 (7 de mayo de 1899), p. 1.

⁶⁵⁶ Andrés Ovejero, “*Lejanías* (de F. A. de Icaza)”, *Revista Nueva*, v. I (15 de febrero a 5 de agosto de 1899), pp. 565-569.

poema “Y la nave...” donde coloca versos de 14 sílabas, ritmados con una compleja acentuación, poco leída en la lírica de la lengua castellana:

*Y la nave, cubierta cual semidiós guerrero
con bruñida coraza de impenetrable acero,
apercibida al odio, forjada por la muerte,
ante el amor se rinde, y el amor la convierte
en la barca velera que saliendo de Jonia
por el mar del ensueño con rumbo a Poseidonia,
al desplegar al viento su triángulo escarlata,
con la quilla de oro forma surcos de plata.*⁶⁵⁷

Por otra parte, destaca su poética de lo íntimo (como se anotó párrafos arriba) que aparece en poemas como en “Minuetto”: “Que los recite en público quien pueda:/ yo te diré mis versos en secreto,/ y en un ritmo que imite el de la seda/ que cruje cuando bailas el minueto”.⁶⁵⁸ Al mismo tiempo, esas cualidades fueron celebradas por la recepción española. Sólo Ricardo J. Catarineu reclamó: “yo hubiera querido más aire libre, más naturaleza salvaje, más lucha de pasiones...”; para luego aceptar que Icaza era “un escritor elegante, que se deja leer siempre con encanto, que logra fácilmente, sin rebuscamiento, hablar en lenguaje selecto, y que si no siente, por lo general, con gran intensidad, ni piensa muy hondo, por lo menos lo que siente y piensa, poco o mucho, lo dice muy bien.”⁶⁵⁹

A principios de 1900, Icaza continuaba trabajando en otros proyectos literarios. El 7 de marzo le escribió a Miguel de Unamuno para compartirle con él la recepción positiva de *Lejanías*. También le expuso al escritor bilbaíno que trabajaba en un cuadro crítico de la literatura mexicana, resultado de sus esfuerzos por difundir en Madrid las

⁶⁵⁷ Francisco A. de Icaza, *Lejanías*. Madrid, Tipografía de los Sucesores de Rivadeneyra, 1895, p. 29.

⁶⁵⁸ *Ibidem*, p. 34.

⁶⁵⁹ Ricardo J. Catarineu, “Lecturas. Versos”, *La Correspondencia de España*, a. L, núm. 15216 (1 de octubre de 1899), p. 1.

letras de su patria, de las que ya había realizado una labor de divulgación editorial.⁶⁶⁰ Para terminar, comentó que tiene las galeras de un libro de ensayos, pero no se atreve a revelar el título del ejemplar.⁶⁶¹ ¿Qué libro misteriosamente presume Icaza, del que no dice argumento, ni siquiera título, a su corresponsal? En la primavera de 1900, asolado por una molesta gripe, Icaza le envió a don Marcelino las galeras de su nuevo libro *Novelas ejemplares de Cervantes*, con cual, un año más tarde, ganará un cuestionable certamen literario convocado por el Ateneo de Madrid.⁶⁶² Don Marcelino le habrá pedido que esperara los días finales de 1900 y que el trabajo fuera presentado en el certamen literario dedicado a temas cervantinos que convocó el Ateneo, en el que apenas participaron dos memorias: además de la escrita por Icaza, la del escritor cervantista Julián Apráiz.

Ya que existía un anticipo de la edición, la obra de Icaza era conocida por un sector de la tertulia cultural matritense. En el dictamen del Ateneo, Menéndez Pelayo dio su voto favorable a Icaza. Sin embargo, los otros miembros del jurado, Emilio Cotarelo y Ramón Menéndez Pidal, mostraron discrepancias puesto que la obra no conservaba el carácter de inédita como estipulaban las bases del concurso. En principio, para dar santa paz al asunto, el Ateneo determinó un receso en las deliberaciones del certamen, aplazadas para después de 1900 considerando las vacaciones decembrinas de fin de año. Consternado, el mexicano le escribió a Menéndez Pelayo con el pretexto de enviarle algunos ejemplares del libro *México. Su evolución social* de Justo Sierra, recién

⁶⁶⁰ Seguramente debe tratarse de las primeras versiones de “Literatura americana. Poetas modernos de México (antología íntima). Manuel Gutiérrez Nájera y Salvador Díaz Mirón”, que posteriormente Icaza publicó en la revista *Nuestro Tiempo*, de la que Unamuno era un colaborador habitual.

⁶⁶¹ Carta de Francisco A. de Icaza a Miguel de Unamuno, en <http://hdl.handle.net/10366/21303>. (Consultada el 12 de marzo de 2010).

⁶⁶² Junta Central del Centenario de Menéndez Pelayo, *Menéndez Pelayo y la hispanidad...*, op. cit., p. 12.

publicado en 1901. Pero el tema en el que Icaza se extiende con más detalle, es en el asunto del concurso, aunque reitera que no le interesa la fama sino aclarar la situación.

Leámosle:

Se afirma en el fallo del certamen del Ateneo que el trabajo que presento ahora es el mismo de antes; y es un hecho, no una opinión, que la parte presentada al certamen anterior sólo ocupa tres pliegos de los catorce que tiene usted en su poder, en los que no están incluidos los apéndices. En el primer fallo decía usted que mi trabajo inicial, era la introducción de un libro que yo no sólo podía sino debía escribir, para honra propia y bien de las letras. Habré o no habré desmentido la halagadora profecía de usted; pero el libro está escrito, y esto no puede negarse teniendo a la vista cientos de páginas impresas.

No hablaría a usted de nada de esto sino se me acabara de comunicar que la junta directiva del Ateneo había acordado devolver a usted el fallo, por entender que no se ajustaba a las bases de la fundación y de la convocatoria, en las que expresamente se declara que la comisión dirá cual de las memorias presentadas es la mejor.

Con ese nuevo giro se demora otra vez la solución del asunto, y como yo debo ir urgentemente a México, y regresar en marzo para volver á encargarme de la legación en ausencia del ministro; y me es imposible retrasar mi viaje, o suspender la publicación de una obra costosa en la que he puesto todo mi empeño —no sólo en busca de la distinción ofrecida; sino por mi deseo de hacer un estudio crítico sobre un tema netamente español— le suplico, en nombre de nuestra buena amistad, que sea cual fuere la resolución de usted, me la comunique a fin de retirarme del concurso, si usted lo juzga indispensable, y que no se me sigan más perjuicios.

Doy a usted anticipadas gracias; y no he de terminar mi carta, sin recordarle a usted que el mismo día que, en la Academia, me hablaba con elogio de lo que llevaba leído de mi trabajo, me decía que el señor Apraiz era muy apreciable como caballero y muy poco estimable como escritor.⁶⁶³

Sin permitir que pase el tiempo, el 5 de enero de 1901 Icaza le volverá a escribir a Menéndez Pelayo para continuar con las deliberaciones del Ateneo. Emilio Cotarelo y Ramón Menéndez Pidal insistían en darle el triunfo del Certamen a Julián Apraiz, pero reservaban el voto definitivo a la opinión de Menéndez Pelayo. Además, el mismo Apraiz se encargó de hacer pública la polémica, por lo que, al enterarse Icaza de las

⁶⁶³ [Carta de Francisco A. de Icaza a Menéndez Pelayo], *Epistolario de Menéndez Pelayo*. V. 15, carta núm. 897, pp. 3 y 4

indiscreciones del cervantista vasco, volvió a escribirle, francamente desesperado, a don Marcelino.

Sigamos leyéndole:

Me duele mucho la molestia que le infiero; pero yo no tengo la culpa de lo que pasa. En lo que toca en lo fundamental nada de eso sucedería si el señor Apráiz no hubiera roto de antemano el incógnito; porque usted entonces, habría tenido que escoger entre dos obras y no entre dos nombres. Me doy cabal cuenta de la situación; sabía la amistad que dispensa usted al Señor Apráiz cuando le supliqué que no renunciara su puesto por esta consideración, pues creía y creo que por encima de esa amistad está la honradez literaria de usted y su rectitud moral en la cual he confiado y confío.

Lo único que temía era que usted, que lo lee todo, no hubiera leído más que las primeras páginas de mi libro; y lo único que esperaba es que usted hiciera esa comparación en la que no quiere entrar y que necesariamente es la base del certamen pues conociendo del modo que conozco el trabajo del Señor Apráiz publicado casi en su totalidad no temía que le parecieran a usted cosa seria páginas como las que le adjunto.⁶⁶⁴

En su resolución, el Ateneo no seguirá los planteamientos originales de la convocatoria. La institución determinó una salida singular al entregar un triunfo compartido para Icaza y para Apráiz. Curado en salud, el Ateneo argumentó que ninguna de las dos memorias presentadas tuvieron el mérito suficiente para llevarse el primer lugar y que, no obstante a ello, debido a su esfuerzo, ambas obras merecían ser editadas.⁶⁶⁵ Así, finalmente en 1901 verá la luz *Novelas ejemplares de Cervantes. Sus críticos, su modelos literarios, sus modelos vivos y su influencia en el arte*, de Icaza, y *Estudio crítico histórico sobre Novelas ejemplares de Cervantes*, de Apraiz.⁶⁶⁶

⁶⁶⁴ [Carta de Francisco A. de Icaza a Marcelino Menéndez Pelayo], *Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo*, v. 15, carta núm. 909, p. 16.

⁶⁶⁵ R. M. de Labra, *La cultura superior de España. El Ateneo. 1835-1905. Notas históricas*, p. 93.

⁶⁶⁶ Años después, desde la Real Academia de Historia, el intelectual José María Asensio reseñó y avaló los argumentos del Ateneo para justificar la publicación de ambas obras “que, aun cuando no alcanzaron a llenar completamente los deseos de los doctos jueces del Ateneo, fueron consideradas de mérito bastante para que entre ambas se dividiera el premio y las dos se hayan dado á la estampa.” (J. M.

Con todo, la recepción de *Novelas ejemplares*, escrita por Icaza, tuvo una buena acogida en los comentarios literarios de Madrid que celebraron la minuciosidad filológica del ensayo. En plena polémica por el “afrancesamiento” de la literatura española, la aparición de este estudio sobre Cervantes, escrito por un poeta mexicano identificado como modernista, permitió a la crítica española una reacción contra las posiciones discursivas de los escritores jóvenes, españoles e hispanoamericanos, que hacían la asimilación de la literatura francesa a la lengua castellana. Icaza, escribieron los comentaristas, es un ejemplo de que se puede escribir literatura moderna sin traicionar a la lengua española.⁶⁶⁷ En *La Época* se precisó que “el estudio del escritor americano se juntan la erudición con la amenidad, el sentido crítico con el entusiasmo por lo bello, la riqueza y variedad del fondo con la sobriedad elegancia de la forma.”⁶⁶⁸ Algo similar a lo que escribió el crítico Antonio Palomero, que dijo que Icaza era un escritor “de amplia y serena mirada, de juicio sagaz y penetrante.”

Pero las tribulaciones intelectuales no serán los únicos problemas que deba resolver Icaza a principios del siglo XX. En 1900, el matrimonio Icaza Loinaz debió preparar las honras fúnebres de la pequeña Beatriz. Para aliviar el luto, Icaza propuso un viaje a México que también sirviera para aclarar su situación en la Secretaría de Relaciones Exteriores, que esperaba le otorgara la cartera del ministerio de México en España, cargo que ocupaba de manera extra oficial desde la muerte de Riva Palacio. La incertidumbre administrativa de Icaza no culminará hasta 1899, cuando se nombró embajador a Manuel Iturbe y del Villar,⁶⁶⁹ un agregado de la Legación desde 1892 que llegó a Madrid con la comitiva mexicana de las celebraciones del IV Centenario, y que

Asensio, “El Loaysa del Celoso extremeño”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, cuaderno IV (junio de 1903), pp. 442-445).

⁶⁶⁷ Antonio Palomero, “Las novelas ejemplares de Cervantes”, *El Liberal*, a. XIII, núm. 7580 (15 de abril de 1901), p. 2.

⁶⁶⁸ Zeda, “Lecturas de la semana”, *La Época*, a. LII, núm. 18257 (8 de abril de 1901), p. 1.

⁶⁶⁹ Más información sobre las actividades culturales de Manuel Iturbe, véase el subtítulo “La vanguardia social pide un paréntesis a la cultura”, en el capítulo 6 de esta tesis.

había viajado con membrete de representante de México por Italia, Francia y Alemania. Francisco A. de Icaza pedía el nombramiento de embajador en España, apelando a su larga trayectoria en la Villa y Corte, además de las gestiones diplomáticas, culturales y políticas que había realizado a favor de México y de su relación con España y con Portugal.

Frente a la situación, Icaza continuó con las lecciones de Vicente Riva Palacio en la inmersión al campo cultural matritense. Además de establecer vínculos con las instituciones oficiales (prensas, academias y ateneos), frecuentó algunos de los sitios de reunión compartida entre el modernismo hispanoamericano y la generación del 98, como la Cervecería Inglesa de la Plaza de Santa Ana. Cuando el poeta cubano Julián del Casal conoció a Icaza en ese sitio, no dejó de recordarlo como “un tipo verdaderamente parisiense”, apelativo que, en la imaginería del momento, era un gesto de admiración. Esta Cervecería, pues, como otros lugares de la bohemia de fin de siglo, era sitio de reunión lo mismo de escritores de la generación del 98 como de modernistas hispanoamericanos, como Rubén Darío, Salvador Rueda, los hermanos Machado, Juan Ramón Jiménez y Julián del Casal.

JUSTO SIERRA Y EL CONGRESO SOCIAL Y ECONÓMICO HISPANOAMERICANO

El 16 de abril de 1900, Francisco A. de Icaza recibió la orden de participar como delegado de México en el Congreso Social y Económico Hispanoamericano organizado por la Unión Iberoamericana, a realizarse en Madrid durante el mes de noviembre, donde también participarían por México, Justo Sierra, Manuel Iturbe y Pablo Macedo, quienes aparecieron retratados el 30 de noviembre en *La Ilustración Española y Americana*.

A pesar de su trayectoria en el servicio público, don Justo debió gestionar minuciosamente su salida de México hacia Europa desde septiembre de 1900. Primero solicitó permiso a Ezequiel A. Chávez, director de la Escuela Nacional Preparatoria, donde era profesor. Luego tuvo que convencer al presidente de la República, Porfirio Díaz, que agregara su nombre a los delegados que ya habían sido designados para participar en el Congreso Económico y Social Hispanoamericano (Pablo Macedo, Manuel Iturbe y Francisco A. de Icaza), y autorizara los gastos de viáticos por dos mil quinientos pesos oro, que le serán entregados por la Tesorería General.⁶⁷⁰

Justo Sierra se confiaba a su trayectoria intelectual y sus gestiones políticas. Para finales de septiembre, alistaba las cartas de presentación firmadas por intelectuales mexicanos que ya habían establecido vínculos con el campo intelectual matritense. El “maestro” Sierra, o también “doctor”, como era llamado incluso por sus condiscípulos de generación (así lo recordaba también Rubén Darío), habría pensado que si la misivas del santanderino Casimiro del Collado a Menéndez Pelayo ayudaron a Riva Palacio, las palabras de otro paisano de ambos escritores españoles, Telésforo García (“el español más influyente en México”, calificaba *La Ilustración Española y Americana*), también servirían para introducirlo al campo intelectual matritense a través del filólogo.⁶⁷¹ Telésforo García actuó según los deseos del escritor mexicano. Siete días después de que Justo Sierra abordara el tren rumbo a Nueva York, el 10 de octubre de 1900 García estampó sellos postales en una carta destinada a don Marcelino, donde pidió las mejores

⁶⁷⁰ Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, pp. 28-29.

⁶⁷¹ G. Reparaz. “Nuestros grabados. Excmo. Sr. D. Telésforo García”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XL, núm. XXXIII, (8 de setiembre de 1896), p. 131.

Otro académico mexicano, Francisco Sosa, en 1888 ya había escrito a Menéndez Pelayo sobre la poesía de Justo Sierra. En esa carta, Sosa adjuntó una epístola poética de Sierra dedicada a don Marcelino. El filólogo respondió con gratitud, celebrando la inspiración poética de Sierra, pero recriminó el uso de latinismos y neologismos, recursos que don Marcelino veía cercanos al modernismo que, advirtió, no requiere un poeta clásico como Sierra. (Carta de Francisco Sosa a Marcelino Menéndez Pelayo. *Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo*. v. 9, carta núm. 334, p. 48.)

recepciones para su amigo --en su elocuencia lo definió como “la cabeza más luminosa y nutrida de este país”-- quien, continúa la carta, iría a Madrid para estrechar los lazos entre México y España, además de participar en el Congreso Social y Económico Hispanoamericano.⁶⁷²

Para seguir el itinerario que Vicente Riva Palacio estableció para los escritores diplomáticos catorce años atrás, Sierra partió de la Ciudad de México el 3 de octubre, en el tren que debía llevarlo a Nueva York, “donde tomaría el barco hacia Europa. Su partida dio lugar, en el andén de la Estación Central, a adioses muy conmovedores y oficiales”. Luego de un penoso recorrido por tren, cruzando la mitad de México y casi todo Estados Unidos de Norteamérica, el 11 de octubre se estableció “a bordo del *Victoria Augusta*, vapor de la compañía alemana *Amerika Linie*, de Hamburgo, para un viaje de siete días”.⁶⁷³ Pero las penurias de la aventura apenas comenzaban. Entre el 14 y el 15 de octubre, una tempestad asoló a la tripulación del *Augusta*, y una de las víctimas, siquiera morales, fue el malhumorado Justo Sierra que (“gordo de mí”, anotó en su diario) dio un traspie y se golpeó las costillas. Adolorido, desembarcó en el Puerto de Cherburgo, Francia, el día 18 de octubre, y de inmediato viajó en tren hacia París, a donde llegó con dos días de retraso debido a un problema técnico en el motor de la locomotora.⁶⁷⁴

A diferencia del periplo burocrático que significaba el viaje y el permiso de Justo Sierra, la situación fue más sencilla para Pablo Macedo, hijo del subsecretario de Gobernación de México, Manuel Macedo. Investido por la representación oficial de su país y por la Academia de Jurisprudencia, representación que durante el Congreso

⁶⁷² Carta de Telésforo García a Marcelino Menéndez Pelayo. *Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo*, v. 15, carta núm. 827, p. 4.

⁶⁷³ C. Dumas, *Justo Sierra y el México...*, op. cit., pp. 30-32.

⁶⁷⁴ *Ibidem*.

también ostentó Reynaldo Deffis, el abogado tomó un vapor de la Compañía Transatlántica Española en Veracruz que lo llevó directamente a La Coruña. Así, los dos abogados llegaron a Madrid a finales de octubre, donde fueron recibidos por miembros de la legación mexicana. Con los abogados también llegó la noticia de que el presidente de México, Porfirio Díaz, permitía a Federico Gamboa (escritor del que luego se hablará de largo en la Villa y Corte), encargado de negocios de su nación en Centroamérica, y a Luis Ricoy, segundo secretario de dicha legación, aceptar las condecoraciones de comendador y caballero, respectivamente, de la Orden de Carlos III otorgadas por el gobierno de España.⁶⁷⁵

La lista de enviados especiales de México al Congreso Social y Económico Hispanoamericano fue, como en otros eventos de este tipo, la más numerosa de las naciones hispanoamericanas. Pero en esta ocasión, para evitar los ostentosos gastos de agentes enviados desde México, se contrataron algunos intelectuales españoles como delegados. Como representantes oficiales asistieron Justo Sierra, Pablo Macedo, Francisco A. de Icaza y Manuel Iturbe. Luego siguió el caudal de representaciones: por el periódico *La Evolución*, de Durango, el periodista español Luis Armiñán; por el periódico *El Correo Español*, de México, los historiadores españoles León Vega, Rafael María de Labra y Gumersindo Azcárate; por la Sociedad Económica Mexicana de Geografía y Estadística, Francisco A. de Icaza y Justo Sierra; por la Asociación de Arquitectos Mexicanos, el arquitecto catalán Luis M. Cabello y Lapiedra; por la Comisión Geodésica Mexicana, el astrónomo mexicano Ángel Anguiano; por el periódico *Arte y Ciencia*, de México, el economista español J. A. Galvaniato; por la Sociedad Agrícola Mexicana y de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística,

⁶⁷⁵ Sin firma, "Noticias americanas", *La Época*, a. LII, núm. 18097 (27 de octubre de 1900), p. 2.

Francisco A. de Icaza. Tres mexicanos llegaron de improvisto, sin un respaldo oficial visible: Salvador y Manuel Díaz Mirón y Enrique Fernández Granados.

El 20 de octubre, don Justo llegó a París para conocer la Exposición Universal de 1900. Como le sucedió a la mayoría de los escritores hispanoamericanos en su primera impresión de la Ciudad Luz, la capital cultural de Europa le resultó decepcionante, según describió en las cartas dirigidas a su esposa. En París, don Justo hizo vida social en un trayecto bien definido: el que lo llevaba de la Exposición a algunos restaurantes, donde degustó diversos platillos parisinos con otros intelectuales de Hispanoamérica, como con Rubén Darío y con Amado Nervo, con quienes conversó desde una posición fraternal. Nervo había seguido la inusual ruta de Nueva York-Dublín-Liverpool-Londres-París para cumplir las funciones de corresponsal del periódico mexicano *El Imparcial* en la Exposición Universal de París. En este entonces, el poeta mexicano de treinta años llegó a la capital francesa para compartir domicilio con Rubén Darío y Enrique Gómez Carrillo, en el número 29 de la avenida Faubourg Montmartre,⁶⁷⁶ en los “tiempos en que los tres hacían profesión de bohemismo y juraban por Verlaine.”⁶⁷⁷ En las varias semblanzas y comentarios que Darío dejó sobre Nervo, siempre lo recordará con “cara de israelita y aire de nazareno”;⁶⁷⁸ impresión que en los ojos del escritor José Vargas Vila se resuelve en la silueta de “un hombre alto, esquelético, sucio y bohemio”. Años después, cuando Vargas Vila se encuentre otra vez

⁶⁷⁶ Darío, que escribirá varias páginas sobre Nervo, dibujó la siguiente etopeya del poeta mexicano recién llegado a París: “Buen artista, buen monje de la belleza, buen muchacho, lleva su nombre con toda seguridad: se le conoce, y al llamársele, no se miente. Sensitivo, verleniano, virtuoso en la ejecución del verso, y sobre todo, sincero y de conciencia, que en esto como en todo es lo principal, tiene su triunfo seguro.” (Rubén Darío, *La caravana pasa*. Libro tercero. Edición crítica, introducción y notas de Günther Schmigalle. Berlín, Edition Tranvía-Verlag Walter Frey-Academia Nicaragüense de la Lengua, 2001, p. 88.)

⁶⁷⁷ José Vargas Vila, *Diario secreto*. Selección, introducción y notas de Consuelo Treviño. Prólogo de Rafael Conte. Bogotá, Arango Editores-El Áncora Editores, 1989, p. 103.

⁶⁷⁸ Rubén Darío, *Todo al vuelo*. Madrid, Renacimiento, 1912. p. 70. Para una primera versión de este texto, véase: Rubén Darío, “Los diplomáticos poetas. Amado Nervo”, *Ateneo*, t. VIII (julio-diciembre de 1909), pp. 129-136.

con el poeta, ahora en la Villa y Corte, se sorprenderá de verlo “transformado y estilizado, en un traje impecable y con un aire muy chic. Tanto había cambiado que ya no lo conocía.”⁶⁷⁹ Cuando Nervo llegó a Europa en 1900 era un bohemio treintañero, y en 1905 volvió convertido en diplomático chic.

Durante su conversación, los poetas le pidieron ayuda a Sierra para allegarse un modo de obtener remuneraciones por su escritura. Con el paso del tiempo, Sierra trató de gestionar un viaje fallido de Rubén Darío a México. Luego buscará los medios para que el poeta ocupe posiciones consulares de alguna nación hispanoamericana, y que de ese modo se gane la vida a través de la diplomacia. Lo mismo hará con Nervo, a quien, años más tarde, colocará como secretario segundo de la Legación de México en Madrid.

El jueves primero de noviembre, Sierra le escribió a su esposa para comentarle que el lunes seis partiría hacia el Congreso de Madrid; además manifestó su temor, ya que no había preparado nada para el evento, o casi nada, porque le resultaba imposible escribir en París.⁶⁸⁰ El día 7 de noviembre de 1900, don Justo fue recibido en la Estación del Norte por el embajador de México en España, Manuel Iturbe, y su secretario (primero, de negocios, cónsul en Berlín, etc, etc, etc...) Francisco A. de Icaza.⁶⁸¹ Luego de una comida opípara con la legación de su país, por la tarde, Sierra al fin caminaba por las calles de Madrid. Se alojó en un hotel que colinda con la Puerta del Sol, en la calle de Alcalá y la carrera de San Jerónimo, cerca del restaurante Lhardy. “La primera impresión de Madrid está muy mitigada --dijo Sierra--: la capital se parece a una ciudad de provincia francesa y, a la vez, a París; desde cierta perspectiva parece

⁶⁷⁹ J. Vargas Vila, *Diario secreto...*, op. cit., p. 103.

⁶⁸⁰ C. Dumas, *Justo Sierra y el México...*, op. cit, p. 35.

⁶⁸¹ Sin firma, “Congreso Iberoamericano”, *El Día*, a. XXI, núm. 7256 (9 de noviembre de 1900), p. 1.

inferior a México, desde otra tiene mayor sociabilidad, arte y cultura; las calles fuera del centro son a menudo sórdidas y miserables, más aún que en México.”⁶⁸²

La inmersión de Sierra al campo cultura matritense tuvo algunos imprevistos. Con todo y la elogiosa carta de Telésforo García, su contacto con Menéndez Pelayo fue casi nulo. Don Marcelino prácticamente no asistió al Congreso, porque prefirió pasar con mayor comodidad sus vacaciones de fin de año en Santander. Don Justo debió escribirle una carta donde lamentó la falta de coincidencia entre ambos, siquiera en las reuniones del Congreso.⁶⁸³ El caso es extraño porque, sin contar la retórica ampulosa con que lo describió Telésforo García, para esos años Justo Sierra era uno de los escritores más admirados de México y de toda Hispanoamérica. Era un intelectual liberal, que asistió a las tertulias que Manuel Payno o Ignacio Manuel Altamirano ofrecían en sus casas de la Ciudad de México, a las que también acudían otros escritores conocidos en Madrid, como Vicente Riva Palacio, Juan de Dios Peza o Francisco A. de Icaza, entre otros. Fiel al régimen de Porfirio Díaz, para el que trabajó como miembro del grupo de Los Científicos,⁶⁸⁴ impulsó la educación gratuita en la primaria y alcanzó la presidencia de la Suprema Corte de Justicia en 1894. A su llegada a Madrid ya había publicado algunos de sus libros más célebres: *Compendio de historia general* (1878), *Compendio de la historia de la antigüedad* (1880), *Confesiones de un pianista* (1882), *Historia general* (1891) y *Cuentos románticos* (1896). Además, tenía numerosas colaboraciones en revistas y periódicos (algunas de los cuales dirigió) con poesía, cuentos y traducciones, que más adelante reunió en formato de libros de literatura

⁶⁸² C. Dumas, *Justo Sierra y el México...*, op. cit, pp. 35 y 36.

⁶⁸³ [Carta de Justo Sierra a Marcelino Menéndez Pelayo]. *Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo*, v. 22, carta núm. 1213, p. 13.

⁶⁸⁴ Fue un grupo de intelectuales de diferentes áreas de conocimiento que, instalados en la Cámara de Diputados, en la de Senadores o en el gabinete presidencial, apoyaban de manera incuestionable las decisiones del general Díaz. Entre ellos se encontraban: José Yves Limantour, Ignacio Mariscal, Joaquín D. Casasús, Francisco Bulnes, Miguel y Pablo Macedo y Rosendo Pineda, entre otros.

propia. En síntesis, don Marcelino tenía noticias de Justo Sierra al menos desde 1890, cuando Casimiro del Collado y Francisco Sosa comenzaron a enviarle parte de su producción poética.

En el programa del Congreso Social e Hispanoamericano, diseñado por Luis de Armiñán, sonaban como eco lejano las celebraciones y congresos de 1892, por lo que se siguieron discutiendo los asuntos referentes a las relaciones internacionales, comercio de libros y educación. “Las cuestiones propias de la lengua también ocuparon un lugar destacado, y no sólo por lo que se refería a la enseñanza y a la literatura, sino por el espacio concedido, por primera vez, a los problemas de la ciencia.”⁶⁸⁵ En los días previos a la inauguración se realizó una sesión preparativa que no estuvo exenta de polémicas, principalmente al elegir las presidencias y las secretarías de las mesas de trabajo. Cuando el ánimo había llegado a climas álgidos, intervino el presidente del Consejo de Ministros, Práxedes Sagasta, quien recordó que el propósito del Congreso era estrechar amistades y no el de abismar diferencias.⁶⁸⁶ Además, al ser el primer Congreso que se celebraba, no convenía abonar discusiones.

De la tensa situación, Sagasta logró un par de acuerdos inmediatos: que sólo se celebrarían dos sesiones públicas, la de la inauguración y la de clausura, y que los debates que pudieran propiciarse en las mesas de trabajo habrían de resolverse al finalizar cada reunión. De igual forma, Sagasta recomendó que en la sesión de clausura se hablara sólo de los acuerdos positivos arrojados por las mesas de trabajo de Congreso, olvidando en el tintero las posibles desavenencias entre los congresistas, y asentar con ello que se estrecharan los lazos entre los miembros de una misma familia.

⁶⁸⁵ Juan Gutiérrez Cuadrado y José A. Pascual Rodríguez, “A propósito de las actas del Congreso Literario Hispano-Americano de 1892”, *Edición Facsímil de las Actas del Congreso Literario Hispanoamericano*. Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas-Instituto Cervantes de Madrid, 1992, p. XX.

⁶⁸⁶ Sin firma, “Congreso Hispano-Americano”, *El Globo*, a. XXVI, núm. 9107 (10 de noviembre de 1900), p. 1.

Aún así no tardó en llegar otro aluvión de dudas de corte político más peliagudo que cuestionaba la capacidad de gestión de los anfitriones: ¿Qué sucedería con las determinaciones de orden federal para cada nación? ¿Los delegados tendrían la investidura para firmar convenios entre naciones? De nuevo privó la retórica, aunque en principio serían válidos estos convenios deberían ser ratificados por las cámaras, congresos o parlamentos de cada nación. Para ello, el gobierno y la monarquía española darían su aval para comprometerse a coadyuvar en las negociaciones entre los países involucrados.⁶⁸⁷

Al fin se determinó que ocuparía la presidencia honoraria del Congreso Justo Sierra, Pi y Magrall, Echegaray, Criado y Menéndez Pelayo. Los otros delegados mexicanos se situaron en posiciones secundarias dentro del organigrama. Pablo Macedo se presentó a una de las vicepresidencias y Francisco A. de Icaza fungió como secretario. Al terminar esta sesión preparativa, el presidente de la Unión Iberoamericana, Rodríguez San Pedro, para aliviar los desaguisados, invitó a los delegados hispanoamericanos a uno de los salones de la Unión Iberoamericana. Sin embargo, ahí continuaron las discusiones, ahora para elegir a un representante de todas las delegaciones de Hispanoamérica o enviar un representante por cada entidad, para que respondiera a la alocución del presidente del Consejo de Ministros en la sesión inaugural. Después de varias horas de debate, los delegados oficiales de Chile, Ecuador, Perú, Nicaragua, Honduras, Colombia, Venezuela, Paraguay y Costa Rica, determinaron que el delegado de México, Justo Sierra, correspondiera al saludo del ministro de estado.⁶⁸⁸ La moción fue aceptada por los demás asistentes.

⁶⁸⁷ Sin firma, “Congreso Hispano-Americano”, *El Imparcial*, a. XXXIV, núm. 12061 (10 de noviembre de 1900), p. 2.

⁶⁸⁸ C. Dumas, *Justo Sierra y el México...*, *op. cit.*, pp. 36 y 38

“NOSOTROS, LOS LATINOS DE AMÉRICA”

Todavía la noche del 9 de noviembre, los operarios del Palacio de Bibliotecas y Museos (la actual Biblioteca Nacional) trabajaron intensamente para que no faltara ningún detalle en la inauguración del Congreso, programado, para el día siguiente. En la mañana del 10 de noviembre, los congresistas fueron invitados a la develación de la estatua de Claudio Moyano, con lo que comenzó la apretadísima agenda del Congreso Hispanoamericano.⁶⁸⁹ La marcha de delegados partió de las instalaciones de la Unión Iberoamericana, en el número 65 de Alcalá, a la Glorieta de Carlos V donde se ubicó el monumento.

En la noche del mismo día 10 de noviembre se celebró la sesión inaugural en el salón de la dirección del Palacio de Bibliotecas y Museos, que lució, además de una decoración suntuosa, un lleno total con dos mil asistentes. En la mesa de honor aparecieron el marqués de Aguilar de Campóo, Francisco Silvela, Pablo Macedo, Práxedes Sagasta, Sánchez de Roca, marqués de la Vega de Armijo, marqués de Vadillo, López Domínguez, García Alix, Justo Sierra, Carreras, Vicente Quesada, Gaspar Núñez de Arce y Rodríguez San Pedro. Los primeros discursos fueron dirigidos por Silvela y por Sagasta. De parte de las delegaciones hispanoamericanas, Justo Sierra “pronunció un elocuentísimo discurso, interrumpido frecuentemente por entusiásticos aplausos.”⁶⁹⁰ Sierra aludió a la pérdida de las últimas colonias del imperio español, dibujando un país adolorido: España, “la gran vencida de la moderna historia”, que creó la cultura hispana gracias al pensamiento de intelectuales como Emilio Castelar, Gaspar

⁶⁸⁹ Sin firma, “Congreso Hispano-Americano”, *El Globo*, a. XXVI, núm. 9107 (10 de noviembre de 1900), p. 1.

⁶⁹⁰ Carlos Luis de Cuenca, “Nuestros grabados”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XLIV, núm. XLII (15 de noviembre de 1900), pp. 279-282.

Núñez de Arce, Echegaray, Marcelino Menéndez Pelayo, Benito Pérez Galdós y Ramón Campoamor.⁶⁹¹

Pero el principal argumento del discurso de Sierra fue definir al nuevo pensamiento de América gestado a partir de las independencias nacionales. En los países de la América libre, decía Justo Sierra, se pensaba como latinos más que como hispanos, porque era el pensamiento francés, cuna del liberalismo, el que propició la modernidad a partir de la raza latina que habría logrado la el mestizaje del conocimiento humano, “y convocar en torno de ese hacinamiento infinito, todos los esfuerzos y todas las lenguas, y hacer la luz en ese caos, y hacer el orden en esa confusión, y resultar más estupenda que la congregación de todas las expresiones del genio humano”.⁶⁹²

La patria intelectual diseñada por Justo Sierra es aún más compleja (y más amplia) que las delimitaciones de otros intelectuales mexicanos. Juan de Dios Peza imaginó una comunidad que unía a México y a España a través de la lengua, la religión y la raza; Vicente Riva Palacio eliminó variables, y exaltó las cualidades de la lengua (como forjadora cultural) para construir los pilares de esa patria imaginada, fomentada por los valores romántico-nacionales del hispanismo: el eurocentrismo, la lealtad a la monarquía, la aceptación de la cultura española como fundacional de los países hispanoamericanos... En ello coincidía Francisco A. de Icaza, aunque su discurso se nutría vigorosamente de las fuentes literarias del simbolismo francés. Pero en su posición diplomática, Icaza fue incapaz de romper con la tradición hispánica de su propia genealogía intelectual. Sin embargo, Sierra sí proponía que en el momento que los países americanos habían alcanzado su libertad, forjaron su pensamiento (y con ello su personalidad) a partir de las ideas del liberalismo francés. Añadía que el lenguaje

⁶⁹¹ C. Dumas, *Justo Sierra y el México...*, *op. cit.*, pp. 17-19.

⁶⁹² J. Sierra, *Obras completas del maestro Justo Sierra. Discursos...*, *op. cit.*, p. 279.

(para Sierra, el español era una derivación del latín), como articulación del pensamiento, era el principal integrador de la comunidad latina. A los ciudadanos libres de América, hablantes del español, los llamó: “Nosotros, los latinos de América”:

Mucho se ha dicho y es cierto: no existe la raza latina; pero la familia latina, que comprende grupos de razas distintas, no es un concepto abstracto, es una realidad que todos nos empeñamos en hacer vivir y que resulta por ende, ya que no de la naturaleza, obra de la idea y de la historia, operando por un medio de estupendo alcance: la lengua; la que así como el lenguaje articulado es la característica antropológica de nuestra especie, así la lengua latina ha sido la autora suprema y el sello imborrable de nuestra constitución mental.⁶⁹³

Hubo diversas reacciones al discurso de Sierra, que luego se imprimió en un folleto, en el que --dijeron los comentaristas españoles-- “la serenidad del hombre de estado y la independencia del artista, se funden en ellos amablemente, dando nacimiento a un producto que reúne las cualidades y evita los defectos”.⁶⁹⁴ De manera oficial, en España el Congreso Hispanoamericano de 1900 también era visto como una reorientación de las relaciones político-comerciales de la Península Ibérica con Hispanoamérica, luego de la pérdida de las últimas colonias americanas. El periódico *El Globo* (en una opinión edulcorada por la retórica del momento: “vertiendo con sus saluciones consuelo sobre el alma dolorida de la patria”; “el corazón español, venero de ternuras”; “desvaneciéronse los espejismos de gloria y de poder que durante mucho tiempo mantuvieron secuestrados nuestros amores”...) señalaba que cuando la Madre

⁶⁹³ *Ibidem.*

⁶⁹⁴ El historiador Claude Dumas recogió diversas reacciones de la prensa al discurso de Sierra. Además de *La Ilustración Española y Americana*, tres periódicos cubrieron con entusiasmo la inauguración del Congreso, y destacaron con elogios el discurso de Sierra. En *La Correspondencia de España*, se hizo hincapié en la “declaración de amor sincero por España; el delegado mexicano afirmó la independencia de todas las naciones americanas y cantó un himno a la raza latina”. El momento culminante vino cuando Sierra afirmó que la siguiente gran conferencia panamericana se realizará en México, al año siguiente. Por su parte, *El Liberal* señaló que algunos “podrán encontrar un sabor agri dulce” en las declaraciones del delegado mexicano, pero “para nosotros no lo es, puesto que creemos que la verdad es la mejor base para construir una obra estable y anudar lazos indisolubles”. Mientras que *El Correo* manifestó “sin ambages su escepticismo sobre los probables resultados de ese Congreso”, y respecto al discurso de Sierra subrayó “la afirmación de que los hispanoamericanos sólo se salvarán si saben conservar los caracteres dominantes de sus personalidades.” En especial, entusiasmaban los conceptos de Sierra sobre la “nación hispana” reforzar la “nación hispana”, decía el mexicano, para hacer frente a la influencia anglosajona. (C. Dumas, *Justo Sierra y el México...*, op. cit., pp. 18 y 19). A continuación se consignan y se comentan los periódicos no citados por Dumas.

Patria se encontraba desconsolada, en alusión a la crisis política y económica por la que atravesaba el país, llegaban “sus hijos más preciados” a reconfortarla: “La desgracia ha trocado nuestra locura en razón. El pesar de nuestra derrota, la vergüenza de nuestra incapacidad, tantos y tanto dolores como han caído sobre este pueblo infeliz, en una hora de suprema congoja, nos devuelve el amor de los nuestros”.⁶⁹⁵

Esta reorientación de la diplomacia española debía reconocer la autonomía de las naciones hispanoamericanas para generar lazos económicos que fortalecieran las finanzas de España. Desde el pensamiento español, la retórica con la que se reconstruían estos lazos aceptaba la soberanía de Hispanoamérica ya no como “una prolongación del alma española”, como se pensaba a mediados del siglo XIX, sino como estados con sus propias estructuras de gobierno, como añadía *El Globo*: “No brilla ya en la América latina con reflejos nuestro existir; no es una prolongación de nuestro espíritu; es otra alma gemela de la nuestra; pero separada, aparte, cuya unión con la nuestra no integra el espíritu español, sino que lo robustece, lo duplica; porque no son, no, hijos nuestros, sino hermanos”.⁶⁹⁶

Por su parte, el periódico *La Época* reconocía con modestia que sus comentarios estaban lejos de formular una argumentación profunda sobre las actividades del Congreso. Celebraba la intención de unión y de concordia entre los países participantes, para planificar un futuro más esperanzador entre hispanoamericanos y españoles. *La Época* consideraba que México era el país que necesitaba un mayor cobijo de los países hispanoamericanos y de España, porque era la última frontera del mundo hispánico y debía enfrentarse, siquiera culturalmente, con Estados Unidos de Norteamérica, percibido como una amenaza. Admiraba la modernización de México: “los grandes

⁶⁹⁵ Sin firma, “Fraternidad”, *El Globo*, a. XXVI, núm. 9107 (10 de noviembre de 1900), p. 1.

⁶⁹⁶ Al respecto el subtítulo “El liberalismo literario y la prolongación del alma española”, en el capítulo 2 de esta tesis.

progresos materiales e intelectuales que desde hace veinte años verifica la mexicana república; mas sorprende agradablemente esa noble confianza en sus destinos y en su vitalidad que en ocasión tan solemne muestra uno de sus preclaros hijos.”⁶⁹⁷

También aparecieron reclamos contra el discurso de Sierra. El periódico *El Día* expresó su molestia por la dubitación del intelectual mexicano al denominar a las naciones de América lo mismo “hispanoamericanas” que “latinoamericanas”. Recriminó las expresiones de Sierra por “independentistas y antiespañolas” (como las profesadas por algunos intelectuales mexicanos a mediados del siglo XIX), y recordó que sentencias similares habían exacerbado a la prensa hispanoamericana durante las independencias de Cuba y Puerto Rico. Y si el intelectual mexicano destacó la unión entre escritores españoles e hispanoamericanos, *El Día* respondió:

Lo que hace falta a los latinoamericanos, sin excluir a los latinos americanos españoles --pues no todos los latinos son españoles-- es un corazón como el de la madre patria, grande, nobilísimo generoso y franco, corazón que cuando lleno de puñaladas por los mismos que a él deben la existencia, antes como hoy y hoy como antes, dentro y fuera de la metrópoli, palpita como ha palpitado, anegado en piedad maternal que hace desaparecer el mar de sangre e ingratitudes de que se le ha rodeado y se le rodea.⁶⁹⁸

Los grupos católicos fueron más críticos con Sierra. El semanario *La Lectura Dominical* lo calificó como una muestra de intereses liberales-masónicos. A los redactores del medio les molestaba que, a pesar de la extensión del discurso, nunca se mencionara la palabra Dios, aún cuando la religión era uno de los motivos centrales de la unión entre Hispanoamérica y España. “Dejando aparte lo pretencioso e hinchado de la forma --añadía el impreso--, hay en el fondo de ese discurso un hervor tan perceptible

⁶⁹⁷ Sin firma, “Congreso hispanoamericano. La sesión inaugural”, *La Época*, a. LII, núm. 18112 (11 de noviembre de 1900), p. 1.

⁶⁹⁸ Bernardino Martín Mínguez, “Congreso iberoamericano. Discurso de don Justo Sierra”, *El Día*, a. XXI, núm. 7259 (12 de noviembre de 1900), p. 1. Para otra versión del mismo artículo, véase: Sin firma, “Congreso Ibero-Americano”, *Nuevo Mundo*, a. VII, núm. 359 (21 de noviembre de 1900), pp. 8 y 9.

de masonería, que milagro será que no salga de ahí alguna plancha de las más monumentales que se usan en las logias”.⁶⁹⁹

Sierra respondió rápidamente a las críticas contra su discurso. Al terminar el segundo día de actividades del Congreso, los delegados hispanoamericanos y los anfitriones españoles se dirigieron hacia el Café Inglés donde se celebró un encuentro entre periodistas (al que asistieron cerca de 800 comensales) presidido por Manuel Llano y Persi. Antes de concluir la reunión, Justo Sierra pronunció otro discurso en el que agradeció la gentileza de la prensa española. Desmintió que fueran poco amistosas sus palabras de la sesión inaugural, porque “América sigue con interés y simpatía el movimiento regenerador con que esta nación generosa trata de mejorar su condición social y política.”⁷⁰⁰

El programa agitado del Congreso mantuvo ocupado al escritor mexicano casi todo el mes de noviembre. El jueves 14, en el Teatro Español, el Ayuntamiento de Madrid organizó una velada de gala en honor de los congresistas, que fue particularmente brillante, en la que la reina y los infantes honraron la ceremonia con su presencia.⁷⁰¹ El viernes 15, a partir de las diez de la mañana, los congresistas fueron invitados a una recepción ofrecida por el presidente del Consejo de Ministros. El sábado 16, los representantes de la prensa americana fueron convidados por la casa editora Hernando a un banquete en el restaurante Niza. Justo Sierra fue uno de los 12 oradores del evento, y en esta ocasión sus palabras debieron ser tan breves que quedaron olvidadas por los cronistas de la ocasión.⁷⁰² Después de una semana de actividades

⁶⁹⁹ Minimus, “Sección de polémica”, *La Lectura Dominical*, a. VII, núm. 359 (18 de noviembre de 1900), p. 728.

⁷⁰⁰ C Dumas. *Justo Sierra y el México...*, *op. cit.*, p. 41.

⁷⁰¹ Sin firma, “Función de gala en el Español”, *La Época*, a. LII, núm. 18116 (15 de noviembre de 1900), p. 1.

⁷⁰² Sin firma, “Noticias generales”, *Gaceta de Instrucción Pública*, a. XII, núm. 478 (23 de noviembre de 1900), p. 6.

diarias, el cansancio comenzaba a ser notorio entre los congresistas. El 17 de noviembre, en el banquete ofrecido por Gaspar Núñez de Arce vendrá nuevamente la oratoria lírico-reflexiva de Sierra. El poeta español agradeció la participación de los delegados hispanoamericanos en el Congreso, y habló de manera profusa sobre los vínculos entre España e Hispanoamericana aludiendo a las injusticias y los errores cometidos por el Imperio durante la Conquista de América. Vendrán tiempos mejores en las relaciones de ambos continentes, auguró. La homilía y mea culpa de Núñez de Arce congració a los delegados pero luego de las viandas y las bebidas espirituosas, los sumergió en tal aletargamiento que ninguno parecía capaz de responder la alocución. Entonces

Justo Sierra se puso de pie y osó improvisar una respuesta. Lentas, majestuosas, nacieron de labios del poeta mexicano los sonoros períodos que cantaron la gloria del poeta español: "... yo sé –recuerdo que dijo- cómo la musa americana se inclina en estos momentos sobre mi copa y deja caer en ella los pétalos de nuestras rosas para ofrendárselas." Un rayo de luz entró por el balcón, cuenta el cronista César Zumeta, y destacó sobre el claroscuro reinante el perfil venerable del orador, su noble rostro, la nevada aureola de sus blancos cabellos; entonces entendimos los versos de Dante, con los que Renán había aclamado en otro tiempo a Víctor Hugo, y que Justo Sierra aplicó a Núñez de Arce, con los que el poeta italiano aclama a Virgilio, el emocionante *Onorate l'altissimo poeta*.⁷⁰³

Pero no fue suficiente para la cortesía mexicana. Francisco A. de Icaza acompañó el entusiasmo del maestro Sierra, cuando pidió la palabra para proponer que la Unión Iberoamericana entregara cada año la Medalla Gaspar Núñez de Arce a un escritor ameritado de la lengua hispanoamericana. Los comensales aplaudieron la propuesta que fue seguida por otro discurso de Pablo Macedo, reafirmando la proposición de Icaza.⁷⁰⁴

⁷⁰³ C. Dumas, *Justo Sierra y el México...*, op. cit., p. 44.

⁷⁰⁴ Sin firma, "América y Núñez de Arce", *El Imparcial*, a. XXXV, núm. 12431 (17 de noviembre de 1900), p. 1.

El lunes 18 tuvo lugar la sesión de clausura del Congreso, que revistió una solemnidad y un brillo extraordinario. El martes 19, la Asociación de Prensa organizó una velada en honor de los periodistas americanos, en la que Justo Sierra leyó un ensayo sobre Castelar “que fue escuchado, admirado y aplaudido con entusiasmo”,⁷⁰⁵ que el cronista del periódico *El Liberal* calificó de “inapreciable por la originalidad de su pensamiento, de sus puntos de vista, de sus imágenes exuberantes”.⁷⁰⁶ Al término de la velada, la Asociación propuso al Ayuntamiento de Madrid llamar Emilio Castelar al Paseo de los Recoletos. Sierra redactó un documento petitorio oficial que permaneció durante algunos días en las oficinas de la Asociación, para ser firmado por los simpatizantes del proyecto. El 20 de noviembre, como última actividad del Congreso, los participantes fueron invitados a una recepción ofrecida por los reyes de España en el Palacio Real.⁷⁰⁷

En sus cartas íntimas Justo Sierra reveló que, a pesar del papel protagónico que desempeñó durante el Congreso, paseó rápidamente por la ciudad y apenas convivió con algunos intelectuales españoles fuera del programa oficial. Caminó frente a la Iglesia de San Francisco el Grande y el Palacio Real, desde donde vio el Campo del Moro y el río Manzanares. La noche del 21 de noviembre fue el invitado principal en un banquete organizado por Francisco A. de Icaza. De los asistentes especiales sólo faltó Marcelino Menéndez Pelayo, pero estuvo Benito Pérez Galdós, con quien Sierra sostuvo una conversación agradable. También Juan Valera, “achacoso, anciano y casi ciego, llegó mucho después de la hora de la comida, y mostró sus conocimientos de teología”, acompañado por Gaspar Núñez de Arce, “vejete fino, bajito, cano, cara amarillenta y

⁷⁰⁵ C. Dumas. *Justo Sierra y el México...*, op. cit., pp. 41-46.

⁷⁰⁶ *Ibidem*.

⁷⁰⁷ *Ibidem*, p. 40.

desteñida, exquisito de cortesía”,⁷⁰⁸ con quienes Sierra hizo buenas migas. Y el marqués Aguilar de Campóo, “Un buen hombre, un pobre hombre... pobre como la mayor parte de los ministros españoles, su casa modestísima y decente; él así”.⁷⁰⁹ De igual forma llegaron José Echegaray y Eugenio Selles, con quienes apenas pudo intercambiar algunas palabras.⁷¹⁰

En un momento de la tertulia, Sierra dijo a los comensales que daría “una conferencia en el Ateneo” porque no se pudo “resistir a los ruegos de Moret y a toda la plana mayor de allí.” Los ruegos fueron confirmados hasta por la prensa, que informó el evento en los siguientes términos: “Accediendo a los ruegos de la junta de gobierno del Ateneo de Madrid, el señor don Justo Sierra, representante de México en el Congreso, dará una conferencia cuyo tema será ‘Una lección de historia mexicana’.”⁷¹¹ Desde algunos meses atrás, Sierra ya se había comprometido con Segismundo Moret para impartir cátedra en el Ateneo el 27 de noviembre de 1900.

Apenas terminaron sus actividades en el Ateneo, realizó un viaje por Andalucía (tal vez por sugestión de Icaza) para visitar Granada y Sevilla. Después se dirigió a La Coruña, donde el Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofías y Letras y en Ciencias obsequió con una sesión pública extraordinaria a los delegados mexicanos del Congreso. El acto fue presidido por el decano del colegio, Santiago Mundi, quien lamentó el descuido del Estado hacia la enseñanza pública. El poeta Guillermo Díaz Plaza leyó dos composiciones ensalzando la raza hispánica. Finalmente, Justo Sierra manifestó su gratitud y prometió acrecentar el cariño de México a España, para que a

⁷⁰⁸ *Ibidem*, p. 36.

⁷⁰⁹ *Ibidem*.

⁷¹⁰ Sin firma, “Noticias”, *La Correspondencia de España*, a. LI, núm. 15632 (22 de noviembre de 1900), p. 3.

⁷¹¹ Sin firma, “Noticias”, *La Correspondencia de España*, a. LI, núm. 15635 (25 de noviembre de 1900), p. 4.

través de la educación pública, como la que gozaba España, se generase la energía para el renacimiento de la raza latina.

Para concluir su travesía en la Península, a finales de diciembre de 1900, Justo Sierra se trasladó a Italia, llevándose de Madrid sensaciones divergentes, una certeza, el inicio de otro libro, y una intuición. Le extrañaba la actitud de Menéndez Pelayo, ¿el distanciamiento se debía a su posición liberal, contraria al catolicismo conservador del filólogo? Los intelectuales liberales lo recibieron gustosos, como Segismundo Moret (jefe de gobierno avalado por la masonería) y Práxedes Sagasta (otro mandatario reconocido por la Gran Logia del Oriente Español). Sierra estaba seguro que su experiencia debía ser vivida por otros intelectuales mexicanos, así es que apenas llegue a su país propondrá que el gobierno subvencione estancias en Europa para profesores destacados, becas que aprovecharán Francisco del Paso y Troncoso, Francisco Goitia, Roberto Montenegro, Diego Rivera, Ángel Zárraga y Julio Ruelas, entre otros.⁷¹² Cuando reflexionaba sobre todo lo anterior, comenzó a pergeñar en una hoja en blanco los primeros párrafos de su nueva obra. Pero en aquellos silencios de despedida de España, su hiperestesia creativa aún no daba sosiego. Antes de que el buque partiera de regreso, dejó divagar su intuición que le decía --al fin romántico declarado-- que volvería a Madrid.

⁷¹² Fueron particularmente trascendentes las estancias tanto de Diego Rivera (habitante de Madrid entre 1908 y 1910) como de Roberto Montenegro, primo de Amado Nervo, quien vivió en Madrid en 1910, cuando “fue el ilustrador obligado de cuanto libro de poesías importante vio la luz en la real villa.” (Alejandro Sux, *La juventud intelectual de la América hispana*. Buenos Aires, Tipografía el anuario de la exportación, 1911, pp. 91-92.)

NUEVAS IMÁGENES DEL MÉXICO NUEVO

Acorde a los discursos de Sierra que proponía nuevas relaciones entre México y España en el contexto de una revaloración de las estructuras nacionales de ambos estados, los intelectuales de las dos orillas comenzaron a registrar formas diferentes para comprender la patria imaginada de la lengua española. Era la composición de nuevas fisonomías a partir de la propia definición y la identidad nacional lo que generaría otros modos de establecer vínculos entre los dos países. La convicción de la panlatinidad expuesta en el escenario político por discursos como los de Justo Sierra, tenía su equivalente (y tal vez su origen) simbólico en el modernismo hispanoamericano y su apropiación de la literatura francesa. Con ello, los intelectuales mexicanos comenzaron a dibujar a su nación en términos cada vez más lejanos del dominio central del pensamiento español. El pensamiento mexicano intentaba independizarse de España a través de sus lecturas francesas.

Uno de estos documentos fue escrito por Nicolás León, con el título *Compendio de la historia general de México* que apareció en 1901 en Madrid. Se trata de un detallado estudio no sólo histórico sino arqueológico, geográfico y antropológico del México precolombino y algunas hipótesis sobre las modificaciones que habría sufrido la cultura mexicana a partir de la Conquista. Otro libro que causó polémica fue *Carácter de la conquista española en América y en México, según los textos de los historiadores primitivos*, de Genaro García, publicado en 1901 en México que provocará distintas reacciones entre los historiadores españoles. La obra fue ampliamente debatida en la Real Academia de Historia. García exploraba las condiciones ideológicas sobre las que se generó la conquista de América y cómo influyeron en la gestación de un posible “ser americano”. Así, Genaro García se propuso explorar

tres o cuatro sentimientos que destacan con bastante nitidez: la fe en la grandeza futura del país, el pundonor criollo, el culto nacional del coraje, el desprecio de la ley, que han sido los motivos de la voluntad social en esa época [...]. He tratado de marcar la huella del factor económico que influyen de una manera tan activa en todas las manifestaciones de la vida social; en cierto momentos, soporta solo el peso de la Historia.⁷¹³

La principal hipótesis de Genaro García es que la coyuntura provocada por los sentimientos que animaron a la Conquista (el momento histórico en la construcción de la nacionalidad española y las condiciones de los pueblos indígenas) derivaría en la gestación peculiar de la personalidad hispanoamericana. De ahí su interés por clasificar en tres grupos a los españoles que llegaron a América durante los siglos de dominación: 1) los acompañantes de Colón --a quien ni siquiera considera español-- pertenecían a la “plebe de España”; 2) los conquistadores que llegaron con Hernán Cortés eran presidiarios que llegaron a América condicionados por su experiencia carcelaria; y 3) los otros personajes europeos que llegaron al Nuevo Mundo (caudillos, sacerdotes, soldados...) tenían más sed de oro y necesidad de continuar con sus tropelías, que construir una civilización en América. García fue uno de los primeros historiadores en utilizar en sus argumentos, referencias a historiadores indígenas. Con base en esos testimonios aseguró que los españoles no sólo llevaron letras y fe a la Nueva España, también enseñaron la cultura de la violencia. Esta propuesta audaz, y previsiblemente discutible, provocó el resquemor entre los historiadores más ortodoxos de la Real Academia, tanto en México (con Pablo Macedo y, más tenue, Francisco Sosa) como en España.

El historiador español Cesáreo Fernández Duro respondió de manera tajante, consideró que Genaro García ni siquiera hablaba de los pueblos americanos, ya que desconocía la vida de estas poblaciones. En cambio, se explayaba en el pueblo español,

⁷¹³ Genaro García, *Carácter de la conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos*. México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1901, p. 14.

al que estudia desde los tiempos de la dominación romana. “Trata, pues de fallar pleito como abogado de una de las partes sin oír los alegatos de la contraria, que a tanto equivale el plan constantemente seguido, de elegir, trincar y coser con hilo de su fábrica --nada fino por cierto-- textos de determinados escritores”,⁷¹⁴ añade Fernández Duro. También Rafael Altamira leerá cuidadosamente la obra de García, con un juicio que coincide de Fernández Duro: “En ese libro la exactitud histórica ha sido sacrificada a una tesis preconcebida, y que por esto debe ser leído y aprovechado con gran precaución, incluso en los datos ciertos que contiene.”

En efecto, a partir de la interpretación histórica empleada por Genaro García se generaron nuevas corrientes de interpretación sobre la llegada de los españoles a América, corrientes teóricas que fueron promovidas con interés especial en las universidades de Estados Unidos de Norteamérica. Pero también en México se comenzaron a escuchar las versiones de los indígenas sobre el periodo de la Conquista, versiones que desde luego fueron matizadas por la Real Academia de la Historia. De ahí que se leyera con desconfianza la obra de otros historiadores mexicanos que pertenecían a la “breve corriente literaria”, como la calificó Altamira, generada por la polémica del libro de García, como: Francisco Sosa, que publicó *Conquistadores antiguos y modernos* (1901), los artículos de Pablo Macedo en la revista *La Revista Positiva* y varios textos del *Boletín Histórico-Mexicano*, fundado y dirigido por el mismo Genaro García, donde se abordaron temas relativos a su libro.⁷¹⁵

⁷¹⁴ Cesáreo Fernández Duro, “Carácter de la conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. 39, c. V (octubre de 1901), pp. 399-411.

⁷¹⁵ Rafael Altamira, “Literatura histórica hispanoamericana”, *Nuestro Tiempo*, a. IV, núm. 42 (junio 1904), p. 349. Antes de este artículo, Altamira ya había dado a conocer, parcialmente, su discrepancia a la tesis del mexicano en 1902. (Rafael Altamira, “Nota bibliográficas. Carácter de la Conquista Española en América y en México, según los textos de los historiadores primitivos”, *La Lectura*, a. II, núm. 17 (mayo de 1902), pp. 245-248).

La aparición de estos textos durante un momento peculiar de las relaciones entre México y España (justo después de la pérdida de las últimas colonias) generaba nuevas imágenes sobre la sociedad mexicana. Este movimiento cultural mexicano de afirmación de su identidad nacional expuesto en sus textos históricos, contrastaba con el periodo de depresión por el que cruzaba la sociedad española. Se trataba de la construcción de nuevas imágenes de un México nuevo, que los intelectuales mexicanos exploraban desde varios ángulos. En este sentido, Justo Sierra era un personaje central, tanto por el capital simbólico gestado en su país como por su acercamiento al campo cultural matritense. Construía las imágenes del México nuevo al mismo tiempo que diseñaba mapas novedosos de la patria imaginada de la lengua española extendida a toda la cultura latina. En el cruce de ambos bocetos, entre la nueva nación y la ampliación de la geografía imaginada, se situaba el campo cultural de la lengua española.

Por eso se deben revisar cuatro casos concretos sobre la difusión del México nuevo ideado por Sierra, y posicionado en el campo cultural español:

- I. La constitución de la Academia Mexicana de la Historia, que llevaba una decena de años construyéndose en el aire, dará uno de los pasos más importantes (aunque no definitivos, porque le faltarán aún otros diez años de gestión) en 1901, cuando Sierra encabece los nombres de posibles miembros fundadores, acompañado por Ignacio Mariscal, Alfredo Chavero, José María Roa Bárcena, José María Vigil, Francisco del Paso y Troncoso, Francisco Plancarte, entre otros, que llegarán a sesionar en México enviando la minuta de trabajo a Madrid, pero que no consolidarán el proyecto que desaparecerá poco tiempo después.

II. La creación del Ateneo Científico Literario de México, también impulsado por Justo Sierra a su regreso de la experiencia madrileña de 1901. Este primer Ateneo mexicano, presidido por Juan de Dios Peza, sería una presunta corresponsalía con el Ateneo de Madrid.⁷¹⁶ Los medios españoles interpretaron el hecho como un gesto mexicano de filiación por los valores ibéricos en los siguientes términos:

México ha comprendido que no sólo en la esfera de la inteligencia aquellas repúblicas emancipadas deben guardar con la noble madre a quien deben los gérmenes de su civilización y los caracteres de su fisonomía nacional, el vínculo del habla, cuyas artísticas producciones constituyen el símbolo de toda cultura que tiene por fundamento orígenes seculares tan ilustres como lo son los de nuestra literatura nacional.⁷¹⁷

Además, decía *La Ilustración Española y Americana*, con este hecho se reconocía los lazos de “sangre” y “raza” que unían a México y a España que, a través de organismos como el Ateneo, asentaba políticamente la unidad biológica entre las dos naciones.

III. Los artículos y reportajes que Amado Nervo publicó en *La Ilustración Artística*, de Barcelona, durante casi un año, entre el 27 de octubre de 1902 y el 3 de octubre de 1903.⁷¹⁸ El nombre de Amado Nervo estaba precedido por la recepción de su poesía, mezcla de neomisitismo y modernismo, como la calificaban la mayoría de su comentaristas. En *La Ilustración Artística*, Nervo

⁷¹⁶ La historia del Ateneo derivará en la formación de llamado Ateneo de la Juventud, en 1909, una de las agrupaciones más importantes de la historia intelectual del siglo XX mexicano. Entre sus miembros más importantes, conviene destacar a Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Ricardo Gómez Robelo y José Vasconcelos. Sobre la historia del Ateneo, véase: Álvaro Matute, *El Ateneo de México*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999; Fernando Curiel Defossé, *La Revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1999; Enrique Krauze, *Caudillos culturales de la Revolución mexicana*. México, Siglo XXI, 2000; y Fernando Curiel Defossé, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas, 2001.

⁷¹⁷ Juan Pérez de Guzmán, “El Ateneo Científico-Literario de México”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XLVI, núm. XXIII (22 de julio de 1901), pp. 390-391.

⁷¹⁸ Esta serie de artículos-reportajes de Amado Nervo donde difunde el desarrollo de México, será publicada nuevamente en la *Revista del Ateneo* a partir de 1906 y culminará en 1910.

creó la columna “Gentes y cosas de México” donde difundió el desarrollo alcanzado por México en áreas de cultura, educación e industria. Su primer texto fue una semblanza de Justo Sierra.⁷¹⁹ El poeta tenía varios motivos para inaugurar su columna con un retrato del doctor Sierra: en parte porque era un personaje conocido en España, aún recordado por su intervención en el Congreso Hispanoamericano de 1900; en parte porque Sierra mismo personificaba los progresos de México; en parte porque Sierra había gestionado, primero, que esos artículos también se le pagaran a Nervo por cuenta del erario mexicano; y porque había promovido al poeta para que se incorporara al Servicio Exterior Mexicano.

En su artículo, Nervo destacó la varias facetas de Sierra: como escritor, como historiador, como profesor y como tribuno. Además, uno de sus reportajes más interesantes fue el titulado “México nuevo”, que apareció acompañado con varias fotografías que demostraban, si quiera visualmente, las afirmaciones de Nervo: “La vieja ciudad colonial, la perla de la corona española en América, la secular metrópoli azteca, llamada por Humboldt en un momento de buen humor ‘ciudad de los palacios’, aspira ya a mercer este nombre.”⁷²⁰ En la mayor parte del texto, se destacan los avances urbanos de la capital del país y la construcción de “edificios modernos”. Ante el temor del poeta de que el fenómeno urbano desborde la capacidad demográfica de la ciudad, optimista, señala que “la migración europea” resolverá el problema con sus conocimientos.

⁷¹⁹ Amado Nervo, “Gentes y cosas de México. Justo Sierra”, *La Ilustración Artística*, a. XXI, núm. 1087 (27 de octubre de 1902), p. 6.

⁷²⁰ Amado Nervo, “Gentes y cosas de México. México nuevo”, *La Ilustración Artística*, a. XXII, núm. 1108 (23 de marzo de 1903), pp. 200-206.

IV. En este proceso de difusión de las imágenes del nuevo México a principios del siglo XX, el proyecto más importante fue emprendido y coordinado por el mismo Justo Sierra, con la publicación de los dos tomos y tres volúmenes de la enciclopedia *México: su evolución social. Síntesis de la historia política, de la organización administrativa y militar y del estado económico de la Federación mexicana, de sus adelantos en el orden intelectual, de su estructura territorial y del desarrollo de su población y de los medios de comunicación nacionales e internacionales, de sus conquistas en el campo industrial, agrícola, minero, mercantil, etc.* (1900-1902). Como se puede observar, el libro trataba de dar una imagen completa de México de cara al siglo XX. Para ello, Sierra invitó a colaborar a los investigadores y científicos mexicanos más importantes del momento: Agustín Arango, Porfirio Parra (responsable de los apartados dedicados a ciencia y literatura), Ezequiel Chávez, Manuel Sánchez Mármol, Carlos Díaz Dufoó, Bernardo Reyes, Julio Zárate, Jorge Vera Estañol, Gilberto Crespo y Martínez, Miguel Macedo, Pablo Macedo y Genaro Raigosa, quienes escribieron la historia y evolución de distintas áreas de la vida social, cultural, industrial y económica del país.

Para coronar el esfuerzo intelectual dedicado a la obra, Sierra gestionó con el gobierno mexicano que se contratara al editor Santiago Balleescá,⁷²¹ el mismo editor que más una década atrás había publicado la enciclopedia de historia nacional *México a través de los siglos*, coordinada por Vicente Riva Palacio. Los Balleescá buscaron la imprenta de Salvat e Hijos para imprimir el millar de ejemplares que les pedía el gobierno de México. Además, contrataron los servicios de la casa de grabados Thomas para diseñar las planchas de la

⁷²¹ Laura A. Moya López, “México: su evolución social. 1900-1902. Aspectos teóricos fundamentales”, *Sociológica*, a. 14, núm. 41 (septiembre-diciembre de 1999), pp. 127-156.

impresión de las tipografías y se encargó el diseño gráfico, incluido la ilustración con imágenes, a artistas como Apeles Mestres, Cabrinety, Cusach Pascó, Pellicer, Riquer y Utrillo, entre otros.

En España, el libro fue recibido con beneplácito porque se reconoció que los escritores participantes eran algunos de los intelectuales más distinguidos de México, y porque se consideraba a este país una de las naciones más importantes de Hispanoamérica. Además, “la numerosísima colonia española que en ella vive, y las muestras de viva simpatía que nuestra patria ha recibido del pueblo mexicano en tiempos recientes, redoblan ese interés, que siempre mercería de suyo un cuadro tan completo del estado actual y la historia novísima de México.”⁷²²

Con este tipo de acciones de difusión en España de las nuevas imágenes de México, también comenzaban a institucionalizarse los vínculos entre los dos países. En 1903 caducó el acuerdo de propiedad intelectual que se había pactado, originalmente, en 1892 y que de manera periódica habían refrendado tanto Vicente Riva Palacio como Francisco A. De Icaza, en calidad de diplomáticos mexicanos, con las instituciones culturales de España. En ese año, la prensa recordó la necesidad de refrendar dicho tratado, “en cuya virtud los autores españoles, que son los que pueden decirse que surten los teatros de aquella república, cobrarán, aunque escasos, algunos derechos.”⁷²³

Mientras tanto, en el último trimestre de 1904, Francisco A. de Icaza recibió un nuevo nombramiento de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México al investirlo como Ministro Plenipotenciario en Alemania. El poeta ya conocía la sociedad alemana,

⁷²² Hispanus, “Lecturas americanas”, *La España Moderna*, a. 15, núm. 179 (noviembre de 1903), p. 144.

⁷²³ Sin firma, “La propiedad literaria en México”, *El Día*, a. XXIV, núm. 7952 (6 de marzo de 1903), p. 3.

porque había asistido a algunos centros educativos de aquel país con la misión oficial de conocer el sistema pedagógico teutón para elaborar informes destinados al Ministerio de Educación de México, donde Justo Sierra comenzaba a elaborar la renovación educativa que culminaría con la construcción de la Universidad Nacional.

Además, Francisco A. de Icaza había vacacionado en tierras germanas al menos en un par de ocasiones. Entonces expresó su entusiasmo por el paisaje que ofrecían los márgenes y los afluentes del río Rhin,⁷²⁴ sus bosques oscuros y la irregularidad de sus campiñas curvadas por las montañas, por lo que tal vez le animaron las noticias de regresar allá ahora con cargo diplomático. Pero desde que recibió las noticias de su salida de Madrid hasta que finalmente tomó la decisión de abandonar la capital de España, irá y vendrá de Berlín a Madrid y de Madrid a Berlín, en varias ocasiones: debido a la venta de una propiedad, por el nacimiento de un hijo, por una visita familiar, para dictar una conferencia en el Ateneo, por su presencia obligada (por sus conocimientos y hallazgos) en los homenajes a Cervantes, por la situación de la embajada mexicana de la que siempre estaba al tanto, para veranear en las playas del Mediterráneo español, invitado a una tertulia intelectual, llamado por la aristocracia que comenzaba a seducirlo...⁷²⁵ De ahí que en 1904, con su previsible salida de Madrid, el poeta mexicano considerara un recuento necesario, aún breve y sintético, de los 18 años de sus actividades en España que también consolidaban el campo cultural mexicano, recuento que ya hacía la prensa: “En España constituye su familia: las Academias españolas de la Lengua, de Bellas Artes y de la Historia le nombraron miembro correspondiente; la sección de Literatura del Ateneo le dio una vicepresidencia”.⁷²⁶

⁷²⁴ Sin firma, “El veraneo”, *El Imparcial*, a. XXX, núm. 10488 (16 de julio de 1896), p. 2.

⁷²⁵ Sin firma, “De sociedad”, *El Liberal*, a. XXVI, núm. 8875 (30 de enero de 1904), p. 3.

⁷²⁶ Sin firma, “Francisco A. de Icaza”, *El Heraldo de Madrid*, a. XVI, núm. 5303 (19 de febrero de 1905), p. 2.

CAPÍTULO 6

LA LITERATURA, EL ESPACIO MENTAL DE LA LENGUA

LA VANGUARDIA SOCIAL PIDE UN MOMENTO A LA CULTURA

En el año de 1902, Alfonso XIII, al cumplir su mayoría de edad, fue declarado rey de España en sustitución de la reina regente María Cristina. Las celebraciones, tanto del cumpleaños del joven Alfonso como de su coronación, se realizaron en el Teatro Real donde se ofreció una función de gala. En el programa destacaba la presentación de la ópera *Don Giovanni*, de Mozart, interpretada por la compañía oficial del teatro.⁷²⁷ Dentro de la lista de invitados figuraban los nombres de Francisco A. de Icaza y de Beatriz Loinaz. Pero el poeta mexicano, ensimismado en sus propios contratiempos, miraba distante el comportamiento de la realidad sociopolítica española. Ese año, las clases conservadoras, que habían logrado imponer a Antonio Maura en la presidencia del Consejo de Ministros, se confrontaban a la naciente Unión General de Trabajadores que convocó a 20,000 obreros a una declaración nacional de huelga. En los dos extremos ideológicos que dominaban la cultura española, mediaba un exacerbado sentimiento nacional motivado por la obtención de José Echegaray del Premio Nobel de Literatura en 1904. Era el mismo año que Icaza, desde su posición de aristócrata en ascenso, se despedía de un largo primer periodo de sus varias estancias en España, al aceptar, en el último trimestre, el cargo de embajador de México en Alemania, aunque regresará al Occidente de Europa de manera constante, ya fuera a España (en especial a San Sebastián, Avilés o Ibiza⁷²⁸) o a Francia (sobre todo a Biarritz y Cannes⁷²⁹) donde gustaba veranear.

Como le había enseñado su padrino, Vicente Riva Palacio, el poeta Francisco A. de Icaza se movía con soltura en el mundo de aristocracia española. Desde su boda con

⁷²⁷ Sin firma, "Función de gala en el Teatro Real", *La Época*, a. LIII, núm. 18653 (19 de mayo de 1902), p. 1.

⁷²⁸ Sin firma, "Noticias de sociedad", *La Época*, a. LIV, núm. 19066 (10 de julio de 1903), p. 1.

⁷²⁹ Sin firma, "El veraneo", *La Época*, a. LIV, núm. 19089 (4 de agosto de 1903), p. 2.

Beatriz Loinaz, en 1895, era un asistente conspicuo a las fiestas de los viernes organizados en Madrid por los marqueses de Squilache en alguno de sus palacios.⁷³⁰ Estas relaciones íntimas parecían requerimientos de la diplomacia mexicana para estimular intercambios comerciales con España, pero era también la continuidad de una tradición inaugurada desde la década de los setenta del siglo XIX por Ramón Corona y prolongada por Riva Palacio. Icaza se había formado en esa genealogía intelectual del diplomático mexicano finisecular: un escritor que, como el modelo del dandy francés, sabe convivir con la vanguardia social constituida por las élites culturales y burguesas. Por eso, en el círculo cercano de Icaza figuraban personajes de alta sociedad matritense, como la marquesa de Squilache, los condes de Casa-Valencia, el marqués de Cerralbo, la marquesa de Corquilla, el marqués de Luna, los condes de Romanones, la casa de los Fernán Núñez, los condes de Tovar, la condesa de Muguiro, las temporadas de gala del Teatro Real, las fiestas del Ayuntamiento de Madrid, o incluso el Palacio Real (fue el enviado oficial de Porfirio Díaz a la boda del Rey Alfonso XIII con la Princesa Victoria Eugenia⁷³¹), donde doña Beatriz Loinaz entraba luciendo “un elegantísimo traje blanco. En la cabeza llevaba corona cerrada de esmeraldas y brillantes, al cuello una verdadera cascada de perlas y un collar de gruesos chatones de brillantes.”⁷³²

A principios del siglo XX, la actitud de Icaza manifestará más preocupación por sus relaciones con la alta sociedad que por su propia producción literaria. Este cambio en sus prioridades profesionales significaron otro episodio en la configuración social de la inteligencia mexicana en Madrid. Era el momento de la aristocracia en el escenario sociocultural de la Villa y Corte, cuando los empresarios Manuel Iturbe y Juan Antonio

⁷³⁰ Sin firma, “Noticias de sociedad”, *La Correspondencia de España*, a. XLVII, núm. 14030 (5 de julio de 1896), p. 1.

⁷³¹ Sin firma, “La boda del rey”, *La Época*, a. LVIII, núm. 20022 (7 de mayo de 1906), p. 2.

⁷³² Sin firma, “Fiesta panlatina. Recepción en el Real Alcázar”, *La Época*, a. LIII, núm. 18654 (20 de mayo de 1902), pp. 1 y 2.

Beistegui ocuparon los cargos diplomáticos más importantes de México en España, desplazando la presencia de los intelectuales. Eran las fiestas de la aristocracia, como aquella celebración que los empresarios diplomáticos ofrecieron en junio de 1903, “una fiesta muy original precedida de suntuoso banquete”, a la que asistieron la duquesa de Fernán-Núñez, Antonia Murala duquesa de Sotomayor, la duquesa de Arión, el duque y la duquesa de Aliaga, la condesa y el conde de Torre-Arias, el príncipe Pío de Saboya, el marqués de Santa Cruz, el conde Pío de Concha, además de los embajadores de Italia, de Francia, de Holanda y de Japón, entre otras personalidades de la vida cultural y sociopolítica de la Villa y Corte.⁷³³

Si abandonó momentáneamente su obra personal, Icaza trabajó en materia cultural con el modelo aristócrata de promoción de la cultura mexicana. Era miembro de la Sociedad de Conciertos de Madrid, que fomentaba la popularización de la música culta,⁷³⁴ y seleccionó a los artistas plásticos españoles que participaron en la XII Exposición Internacional de Pintura y Escultura de la Escuela Nacional de Bellas Artes de México en 1899.⁷³⁵ En 1902 la Unión Iberoamericana se apropió de la propuesta expuesta por los intelectuales mexicanos Pablo Macedo y Telésforo García (e ideada por Icaza), para servir como mediadora del intercambio comercial entre México y España. Para ello, la corporación difundió entre los periódicos más importantes de la Península Ibérica, un comunicado en el que sentaban las bases legales para llevar a cabo dicho intercambio.⁷³⁶ Sin embargo, la iniciativa no obtuvo la respuesta esperada por los intelectuales.

⁷³³ Monte-Cristo, “De sociedad”, *El Imparcial*, a. XLI, núm. 14735 (4 de junio de 1903), p. 4.

⁷³⁴ C. Roda, “Sociedad de conciertos”, *La Época*, a. XLIX, núm. 17049 (21 de noviembre de 1897), p. 2.

⁷³⁵ Sin firma, “España en México. Exposición de Bellas Artes en México”, *El Globo*, a. XXV, núm. 8463 (30 de enero de 1899), p. 1.

⁷³⁶ Sin firma, “Comercio hispanoamericano”, *La Época*, a. LIII, núm. 18630 (25 de abril de 1902), p. 3.

Como filántropo de las artes, la gestión más notable de Icaza fue organizar en la sede de la Legación de México un espectáculo de danza durante la primavera 1902. En la mansión mexicana de la calle Serrano se representaron cuadros vivos de bailes españoles bajo el título *Historia de la danza desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*.⁷³⁷ La producción del evento corrió a cuenta del mismo matrimonio Icaza-Loinaz, mientras que la dirección y ejecución de las piezas fue realizada por el pintor Moreno Carbonero, auxiliado por los artistas plásticos Emilio Sala, Ricardo Madrazo y Mateo Silvela, quienes diseñaron los ocho cuadros del programa: I. Gades romana; II. La leyenda de santa Casilda; III. Consistorio del gay saber; IV. Corte de Felipe III; V. Los seises de Sevilla; VI. La Vicaría, y VII. Pepita Jiménez (homenaje a Juan Valera), en los que intervinieron más de 140 personas que portaban trajes que reproducían distintas épocas de la historia de la danza española.⁷³⁸

A principios de 1904 la salida de Icaza con destino a Alemania como representante oficial de México determinó el dominio --al menos durante un par de años-- de la aristocracia en la embajada de la calle Serrano.⁷³⁹ Manuel Iturbe y Juan Antonio Beistegui fueron empresarios descendientes de familias españolas (el primero cantabro, el segundo vasco) que recibieron las canonjías del gobierno mexicano en agradecimiento por su apoyo económico a la federación, pero distaban de involucrarse en la producción y promoción cultural México en Europa, salvo, a caso, como mecenas.

De hecho, los réditos de la Unión iban en declive a tal grado que cinco años después, en 1907, el político español Baldomero Argente lanzó un dura diatriba en su contra, en la páginas de la *Revista de El Ateneo*: “¿Han oído ustedes hablar de la Unión Iberoamericana? Es un centro organizado en Madrid con el propósito de fomentar las relaciones entre los pueblos hermanos. Yo sé que existe, pero no sé que sirva para nada; y la inmensa mayoría del pueblo español ignora la eficacia y la utilizada, acaso hasta la existencia de tal organismo.” (Baldomero Argente, “Páginas sin nombre”, *El Ateneo*, t. V, julio de 1907, p. 378.)

⁷³⁷ Sin firma, “Fiesta artística aristocrática. En la legación de México”, *El Heraldo de Madrid*, a. XIII, núm. 4150 (28 de marzo de 1902), p. 2.

⁷³⁸ Sin firma, “En la legación de México. Función de cuadros vivos”, *El Globo*, a. XXVIII, núm. 9609 (1 de abril de 1902), p. 1.

⁷³⁹ C. L. de Cuenca, “Nuestros grabados”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XLIV, núm. XLV (8 de diciembre de 1900), p. 327.

Pero los empresarios estaban aún menos dispuestos a codearse con asuntos de trascendencia política, lo que dejaba tranquilo y satisfecho a Porfirio Díaz.

Manuel Iturbe y del Villar había llegado a la Embajada de España con las festividades del IV Centenario, en 1892. Su vínculo con las artes y la literatura era como benefactor no siempre preocupado por el arte y la cultura mexicana, sino por establecer vínculos con la aristocracia europea. De él, *La Ilustración Española y Americana* atinó a decir que “es un hispanoamericano convencido y propagandista de hecho, y en sus salones parisienses y madrileños, en sus viajes, en todas partes se le ve rodeado de lo más selecto de la intelectualidad literaria y artística”.⁷⁴⁰ Sólo desde esa posición, se percibe la participación de Iturbe en el campo intelectual mexicano. Por ejemplo, junto con su esposa, María de la Trinidad von Scholtz und Hermensdorff, hermana de la marquesa de Ivanrey, se dedicaron a participar en fiestas de caridad en las que a veces tomaron partida también escritores, músicos, artistas plásticos o dramaturgos.⁷⁴¹ “Los salones de la embajada de México en Madrid --decía la prensa-- fueron el sitio predilecto de reunión de la aristocracia española y del Cuerpo diplomático extranjero. Célebres fueron las suntuosas y artísticas fiestas que se celebraron en el palacio árabe de Xifré, donde residió primeramente, y en el que fue de Guadalcázar”.⁷⁴²

La hermana de Manuel Iturbe, que firmaba ostentosamente como María Dolores de Yturbe, estaba casada con Juan Antonio de Beistegui quien presentó credenciales oficiales al rey Alfonso XIII el 18 de febrero de 1905. Al menos, se incorporó a la Real Academia de la Historia donde se dedicó a promover algunos trabajos de escritores mexicanos, como el regalo a la Biblioteca de la Academia de Historia de los dos

⁷⁴¹ Incluso después de la muerte del diplomático, su mujer continuará con la labor de mecenazgo, apoyando al menos a dos organismos dedicados al fomento artístico y cultural: la Asociación de Amigos del Arte y la Sociedad Obrera del Fomento de las Artes.

⁷⁴² C. L. de Cuenca, “Don Manuel Iturbe”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XLVIII, núm. XXXVII (8 de octubre de 1904), p. 6.

volúmenes elegantes de *El México desconocido* escritos por Carl Lumholtz y traducidos por el poeta Balbino Dávalos. Además participó en la fallida Liga Hispanoamericana de Instrucción Popular y Propaganda Comercial, convocada por Santiago Ramón y Cajal, que pretendía brindar protección a los residentes hispanoamericanos en Madrid para facilitar su incorporación a la educación pública y a la comercialización de sus productos.⁷⁴³

El 25 de septiembre de 1904 Icaza representó a su país como ministro Plenipotenciario en España al asistir a los funerales del diplomático mexicano Manuel Iturbe, que se efectuaron “con gran pompa” dijo la prensa matritense.⁷⁴⁴ Ocupados en la descripción de los detalles de la ornamentación fúnebre, los periodistas narraron la muerte del diplomático mexicano que se encontraba en París consultando con médicos sobre “la enfermedad que le aquejaba, y pasó el verano en su magnífica quinta de Compiègne, rodeado de su distinguida familia, y de regreso en París, le ha sorprendido la muerte en su espléndida residencia de la avenida del Bosque de Bolonia”.⁷⁴⁵

En esa ocasión, luego de asistir a las honras fúnebre de Iturbe, Icaza impartió la conferencia “El público y la crítica” (la misma conferencia, corregida y ampliada, que ofreció en la década final del siglo XIX) en los salones de la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid.⁷⁴⁶ Pero el nombramiento de Icaza como embajador apenas fue una ilusión: recibido de manera extraordinaria durante el mes de septiembre, apenas acaeció Manuel Iturbe, debió renunciar a dicho nombramiento antes del 6 de

⁷⁴³ Sin firma, “Liga hispano-americana de instrucción popular”, *La Época*, a. LVIII, núm. 19634 (7 de febrero de 1905), p. 2.

⁷⁴⁴ Sin firma, “Funerales del señor Iturbe”, *El Imparcial*, a. XXXVIII, núm. 13471 (29 de septiembre de 1904), p.2.

⁷⁴⁵ Carlos Luis de Cuenca, “Don Manuel Iturbe”, *La Ilustración Española y Americana*, a. XLVIII, núm. XXXVII (8 de octubre de 1904), p. 6.

⁷⁴⁶ Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, *Escuela de estudios superiores. Curso de 1904 a 1905. Lista de profesores y asignaturas. Programas*. Madrid, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1905, p. 44.

febrero de 1905, cuando dejó el nombramiento en manos de Juan Antonio de Beistegui que ocupará el puesto hasta 1910. Antes de abandonar el cargo, Icaza alcanzó a ejecutar un negocio personal al convencer a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México que adquiriera el inmueble de la Cuesta de San Vicente número 20, propiedad de su familia política, para situar el nuevo domicilio de la Embajada de México, mientras el nuevo embajador realizaba reformas al inmueble de Serrano.

Luego de la desaparición de Manuel Iturbe, Juan Antonio Beistegui siguió en solitario la vida del *jetset* decimonónico español. Participó en los desfiles y carreras de automóvil organizados por el rey Alfonso XIII;⁷⁴⁷ invirtió en competencias hípcas y realizó constantes apuestas en el hipódromo;⁷⁴⁸ asistió a concursos de tiro de pichón y participaba en las cacerías a campo abierto a las que sólo asistía la realeza europea;⁷⁴⁹ adquirió bonos especiales, incluso acciones, en teatros matritenses como Princesa, el Real, el Apolo y la Comedia;⁷⁵⁰ colaboró en la realización de exhibiciones de aviones en el aeródromo de Madrid;⁷⁵¹ viajó por Alemania, Italia, Francia, Austria, Inglaterra y México, todas las veces que quiso; y, por supuesto, asistió a cuanta boda, festejo, convite, ceremonia y aniversario, fue invitado por la aristocracia española, por embajadores o por los soberanos de Europa. Así fue hasta su muerte, el 12 de julio de 1925.

⁷⁴⁷ Mascarilla, “Un convite con el rey. Excursión automovilística”, *La Época*, a. LVII, núm. 19757 (3 de julio de 1905), p. 1.

⁷⁴⁸ Monte-Amor, “Carreras de caballos en Madrid”, *La Época*, a. LVII, núm. 19712 (10 de mayo de 1905), p. 5.

⁷⁴⁹ Sin firma, “Noticias de sociedad”, *La Época*, a. LVII, núm. 19724 (24 de mayo de 1905), p. 2.

⁷⁵⁰ Sin firma, “El nuevo Templo de la Paloma. Fiesta benéfica en el jardín de Montellano”, *La Época*, a. LXI, núm. 21062 (15 de junio de 1909), pp. 2 y 3.

⁷⁵¹ Sin firma, “Un salto gigantesco de Vedrines”, *La Correspondencia de España*, a. LXII, núm. 19462 (26 de mayo de 1911), pp. 1 y 2.

PRIMERA DESPEDIDA DE FRANCISCO A. DE ICAZA

Francisco A. de Icaza era un ejemplo arquetípico del intelectual mexicano del modernismo. Ocupado, como estaba desde principios del siglo XX, en sus relaciones públicas con aristócratas, políticos y empresarios españoles, además de atender sus cada vez más asfixiantes compromisos laborales con la Secretaría de Relaciones Exteriores de su país, apenas asistía a los sitios donde se practicaba la gestación intelectual de la literatura en Madrid (cafetines, tertulias, restaurantes, teatros, redacciones...), más allá de las instituciones oficiales. Así, aún más discreto que en otras ocasiones, en marzo de 1904 al poeta mexicano acaso se le vio entrar en el Café Fornos, donde se rindió homenaje a Benito Pérez Galdós.⁷⁵² Pasaron varios meses cuando asistió a otra reunión literaria en el Restaurante Lhardy (tan amado por su querido Vicente Riva Palacio), donde el joven dramaturgo Manuel Rivas Linares ofreció un banquete a sus amigos escritores de Madrid.⁷⁵³ Allá fue Icaza, otra vez, como una sombra de la que dieron cuenta, casi sin querer hacerlo, casi sin hacerlo, los cronistas de la época.⁷⁵⁴

Aunque había recibido su nombramiento a finales de 1904, lentamente Icaza dejaba la capital de España y con ello se desarticulaba el campo intelectual mexicano de Madrid.⁷⁵⁵ Pasó enero,⁷⁵⁶ llegó la primera quincena de febrero y no fue hasta el 18 de febrero de 1905 cuando por fin se decidió a tomar el tren expreso que lo llevó a Berlín

⁷⁵² Sin firma, "Homenaje a Galdós", *El País*, a. XVIII, núm. 6071 (17 de marzo de 1904), p. 1.

⁷⁵³ Sin firma, "Borrás y Rusiñol. Banquete en Lhardy", *La Correspondencia de España*, a. LV, núm. 16926 (11 de junio de 1904), p. 3.

⁷⁵⁴ Sin firma, "El santo del rey. Recepción en el Palacio", *La Época*, a. LVII, núm. 19621 (23 de enero de 1905), p. 5.

⁷⁵⁵ Como si fuera un breve intento por sostener la configuración del campo literario, en 1904 apareció la edición española del libro *Hojas de Margarita*, de Juan de Dios Peza, bajo el sello de Salvat y Compañía. Sin embargo, a diferencia de otras ocasiones, no hubo opiniones sobre la obra de Peza. En el mismo sentido, el 21 de mayo de 1905 el rey Alfonso XIII otorgó la Cruz de Isabel Católica al prelado Ignacio Montes de Oca, sin que esta noticia tampoco tuviera mayor trascendencia (Sin firma, "Noticias de última hora", *La Época*, a. LVII, núm. 19723, 23 de mayo de 1905, p. 3).

⁷⁵⁶ Sin firma, "Noticias de sociedad", *La Época*, a. LVIII, núm. 19628 (31 de enero de 1905), p. 2.

mientras la prensa lo despedía.⁷⁵⁷ “Icaza era un amable conversador, cuyas frases, un poco benévolas y un poco sarcásticas, oíamos nosotros con hondo deleite, comentándolas en todo momento, y haciéndole gustar su ironía a aquellos de nuestros amigos que se las habían escuchado.”⁷⁵⁸ Aunque el poeta seguía pensando en Madrid: ahí había dejado a su mujer y sus hijos, así que, al escuchar la marcha de la locomotora, en sus adentros sabía que pronto volvería a caminar por las calles de la Villa y Corte.

En Alemania, Icaza apenas alcanzó a arreglar algunos asuntos, ordenar la oficina, situar su domicilio personal, presentar credenciales oficiales, conocer otros diplomáticos y convivir con la realeza alemana.⁷⁵⁹ Pocos meses después, el 14 de abril de 1905,⁷⁶⁰ regresó a Madrid para recoger a su familia. Ya juntos se dirigieron a Sevilla a pasar unos días de descanso con la marquesa de Squilache,⁷⁶¹ tras un par de semanas de vacaciones en Andalucía volverán a Madrid donde Icaza se integrará en las celebraciones del III Centenario de la publicación del *Quijote*. No será hasta finales de mayo cuando Icaza viaje a Berlín acompañado por su familia, para reincorporarse a sus labores diplomáticas en la capital de Alemania.⁷⁶²

En Madrid, el ajuste del campo literario mexicano comenzó a vislumbrarse a partir de la ejecución de algunos eventos culturales que se realizaron a lo largo del año de 1905, que todavía tendrán como protagonista a Icaza. Los festejos del III Centenario de la publicación del *Quijote* comenzaron a finales de abril, mes en el que el autor de *Efímeras* recibió el nombramiento oficial de representante de México.⁷⁶³ Desde dos

⁷⁵⁷ Sin firma, “Francisco A. de Icaza”, *El Heraldo de Madrid*, a. XVI, núm. 5303 (19 de febrero de 1905), p. 2.

⁷⁵⁸ Sin firma, “Francisco A. de Icaza”, *El País*, a. XIX, núm. 6410 (20 de febrero de 1905), p. 1.

⁷⁵⁹ Sin firma, “Banquetes”, *La Época*, a. LVII, núm. 19638 (11 de febrero de 1905), p. 2.

⁷⁶⁰ Cadenas, “Desde Berlín. Capítulo de viajes”, *La Correspondencia de España*, a. LVI, núm. 17229 (12 de abril de 1905), p. 2.

⁷⁶¹ Sin firma, “Noticias varias”, *La Época*, a. LVII, núm. 19684 (6 de abril de 1905), p. 2.

⁷⁶² Sin firma, “Viajes”, *La Época*, a. LVII, núm. 19717 (16 de mayo de 1905), p. 2.

⁷⁶³ Sin firma, “Otras noticias”, *El Imparcial*, a. XXXIX, núm. 13680 (28 de abril de 1905), p. 3.

años atrás, las referencias a la obra literaria de Icaza eran habituales en las festividades anuales en honor a Cervantes en Madrid, particularmente en el Ateneo donde se leían los poemas y los ensayos que el mexicano había escrito para honrar al autor del *Quijote*.⁷⁶⁴ Pero las celebraciones cervantinas de 1905 son singulares porque se establecieron como referencia generacional para la literatura española, ya que el evento cohesionaría las ideas estéticas y sociales de las revistas *Nuevo Mundo*, *Nuestro Tiempo* y *Helios*, publicaciones en las que participaron Juan Ramón Jiménez, Ramiro de Maeztu y Miguel de Unamuno, entre otros escritores pertenecientes a la llamada Generación del 14.⁷⁶⁵

Para estos festejos, Marcelino Menéndez Pelayo desempeñó su ineludible papel de autor intelectual,⁷⁶⁶ acompañado por el periodista Mariano de Cavia quien había publicado en 1903 un exordio exigiendo la constitución del comité organizador. Un año después se convocó la primera reunión de la Junta Oficial del evento,⁷⁶⁷ que firmó sus primeros acuerdos durante la primavera. Al mismo tiempo, en Alcalá de Henares, cuna de Cervantes, se creó una Junta Local que operaba según los acuerdos de la Junta Oficial. Los principales objetivos fueron reimprimir el *Quijote* en tres ediciones: una popular, otra abreviada para los institutos de segunda enseñanza y una última adaptada para la instrucción primaria. También se convocó un concurso de edición crítica de las obras menores de Cervantes y se solicitaron representaciones de la obra cervantina para el Teatro Español. De igual forma, se restauró la Capilla del Oidor de la Parroquia de Santa María de Alcalá de Henares, donde estuvo la pila bautismal Cervantes, y se creó

⁷⁶⁴ Sin firma, "Ateneo de Madrid", *El Liberal*, a. XXVII, núm. 9339 (13 de mayo de 1903), p. 3.

⁷⁶⁵ Pedro Pascual, "El 98 de don Quijote", *Actas del VIII Coloquio Internacional de Cervantistas*. España, Ayuntamiento de El Toboso, 1999, p. 145.

⁷⁶⁶ Germán Vega García-Luengos, "El *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* y el IV Centenario de la aparición del *Quijote*: un homenaje ineludible", *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, núm. LXXXI (2005), pp. 15.24.

⁷⁶⁷ Francisco J. Flores Arroyuelo, *1905. Tercer Centenario del Quijote*. Madrid, Nausicaä, 2006, p. 12.

el Museo Biblioteca dedicado a temas cervantinos. Finalmente se constituyó el Instituto Cervantes, auspiciado por la Asociación de Escritores y Artistas Españoles. Icaza tuvo una participación destacada en el plan del programa y en la ejecución de los eventos, y se pidió su asesoría para la formulación de los acuerdos finales de la Junta Oficial.⁷⁶⁸ En la primera semana de mayo, en el Ayuntamiento de Madrid, leyó el poema “Don Quijote” al lado de Rubén Darío quien declamó “Letanías de nuestro señor El Quijote”, y una semana después, el 13 de mayo, en el Ateneo de Madrid dio lectura a algunos párrafos de su ensayo *Novelas ejemplares de El Quijote*. En la misma velada, el actor Ricardo Calvo leyó poemas del autor mexicano.⁷⁶⁹

Además de su participación en los festejos cervantinos de 1905, Icaza difundió otra novedad bibliográfica, la colección de poemas *La canción del camino* publicada por la editorial Sucesores de Rivadeneyra. La mayoría de los comentaristas destacaron las notas de tristeza de los nuevos poemas de Icaza, a quien calificaban como un “sabio artífice de la rima [que] teje sus canciones en difícilísimas combinaciones métricas tan gentilmente cristalizadas, que al lector descuidado parecen colmo de la sencillez”,⁷⁷⁰ al que se le respetaban sus giros idiomáticos del francés, del alemán y del inglés, como lo hacían los poetas modernistas grupo con el que no identificaban al poeta mexicano, “un poeta moderno, que nada tiene de modernista”, porque “el estado de su alma es como el de todos los espíritus superiores de nuestro tiempo, más influido por la tristeza que por

⁷⁶⁸ Sin firma, “El centenario del *Quijote*. La biblioteca cervantina en Alcalá de Henares”, *La Época*, a. LVII, núm. 19695 (19 de abril de 1905), p. 2.

Por lo demás, el cervantismo de Icaza producirá otros dos volúmenes: *De cómo y por qué La tía fingida no es de Cervantes, y otros estudios cervantinos* (Madrid, Imprenta Clásica Española, 1916) y *Supercherías y errores cervantinos puestos en claro* (Madrid, Renacimiento, 1917).

⁷⁶⁹ Sin firma, “Velada en el Ateneo”, *La Época*, a. LVII, núm. 19714 (12 de mayo de 1905), p. 2.

⁷⁷⁰ O., “La canción del camino”, *El Imparcial*, a. XL, núm. 14107 (8 de julio de 1906), p. 3.

la alegría, más propenso a la desilusión y al desencanto que al entusiasmo y a la fe, pero sin caer en el escepticismo y el tedio que sienten o fingen sentir los modernos”.⁷⁷¹

Después de estas actividades literarias en Madrid, Francisco A. de Icaza se concentrará en sus labores diplomáticas en Alemania, para alejarse, con la discreción que siempre lo caracterizó, del campo intelectual mexicano en la capital de España. Pero sus cartas de recomendación serán fundamentales para la continuidad de la genealogía intelectual mexicana en Madrid, porque será el encargado de presentar a otros escritores como Amado Nervo, Justo Sierra, Luis G. Urbina y Alfonso Reyes, al campo intelectual español. Sin embargo, a partir de la caída de Porfirio Díaz en 1910, será visible su desaparición del protagonismo de la embajada mexicana en España. Incluso deberá sobrevivir a varios contratiempos (como una destitución de la Secretaría de Relaciones Exteriores) que mermarán su posición privilegiada dentro de las vanguardias sociales y culturales mexicanas en España. Alrededor de 1915, su desavenencia con Amado Nervo y la fría relación con Alfonso Reyes terminarán por apartarlo de los nuevos protagonistas de la literatura mexicana en España.⁷⁷² Aunque en 1912 volverá a aparecer en sitios estelares en la comunicación literaria entre México y España (con la publicación de algunos libros), lo cierto es que para entonces los valores de sus poemas y ensayos parecían anquilosados frente a la estética de las nuevas letras de las dos orillas del Atlántico.

En la primera década del siglo XX también comenzaron los estudios del filólogo Ramón Menéndez Pidal, quien investigó los romances populares de América por

⁷⁷¹ Zeda, “Lecturas de la semana”, *La Época*, a. LVIII, núm. 20126 (3 de septiembre de 1906), p. 1.

⁷⁷² En una carta enviada en 1919 por Pedro Henríquez Ureña a Julio Torri, se puede leer entre líneas el posible desencuentro entre Nervo e Icaza, “el cual, dicho sea contra la propaganda que contra él hizo Nervo, es un hombre muy bueno; Nervo y él --buenos ambos-- tuvieron cada uno parte de culpa en su *mal entendu*” (Julio Torri, *Epistolarios*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 282). Por su parte, Alfonso Reyes, que presumirá gustoso de su amistad con Icaza, también dejó entrever que prefería no depender laboralmente de él, cuando ambos escritores coincidieron en España al servicio del gobierno mexicano (*Ibidem*, p. 137).

insistencia de su tío, Marcelino Menéndez Pelayo, que intuía la llegada al continente americano de algunas versiones del romancero español desde la época de la Conquista. Siguiendo esta hipótesis, Menéndez Pidal viajó al continente americano en 1905, y recogió material oral en Uruguay, Argentina, Perú y Chile. A partir de ese año, el filólogo español pidió a sus similares hispanoamericanos que le enviaran registros de las zonas donde residían. Con los resultados de estas primeras investigaciones, Menéndez Pidal publicó en 1906 el artículo “Los romances tradicionales de América” en algunas revistas hispanoamericanas,⁷⁷³ donde ofrece una panorámica del romancero que llegó a América siguiendo el argumento que aparece a continuación:

Nunca pude hallar creíble en principio, que el romance traído al Nuevo Mundo por los conquistadores y colonos se hubiese perdido en la América española, cuando se conservaba en la portuguesa; así en un viaje que hice por algunas repúblicas sudamericanas en 1905, traté de averiguar lo que hubiese de cierto en este olvido.⁷⁷⁴

Opiniones como las de Pidal modificaban la antigua percepción de que la literatura mexicana era un reflejo menor de la literatura española. Sus hipótesis sobre la evolución de la lírica española suponía la existencia de otra lírica en América, distinta a la castellana. Esta tendencia se reafirmará cuando Menéndez Pidal se incorpore, en 1910, a la sección de “Orígenes del español” --que posteriormente cambiará su nombre a Filología--, del recién fundado Centro de Estudios Históricos (1909), donde después colaborarán algunos escritores mexicanos, como Francisco A. de Icaza y Alfonso Reyes. La intensificación de los estudios relativos al castellano de América, impulsará, hasta 1932, la creación de la sección de Hispanoamérica en dicho Centro.

⁷⁷³ Daniel Devoto, “Merlo E. Simmons. A Bibliography of the Romance and relates forms in Spanish America”, *Bulletin Hispanique*, vol. 67, núm. 67 (1965), pp. 183-193.

⁷⁷⁴ Ramón Menéndez Pidal, *El Romancero Español. Conferencias dadas en la Columbia University de Nueva York, los días 5 y 7 de abril de 1909*. Nueva York, The Hispanic Society of America, 1910, p. 97.

ESCENAS SOCIALES DE AMADO NERVO

El silencio de la literatura mexicana en Madrid terminará con el arribo del poeta Amado Nervo a la ciudad en 1905, cuyo nombre ya aparecía, desde años atrás, en las prensas madrileñas gracias a las intervenciones periodísticas de Francisco A. de Icaza, donde publicaba sus poemas. Era la segunda ocasión que Nervo se establecía en Europa.⁷⁷⁵ En los ámbitos oficiales del gobierno mexicano, Nervo se benefició de las gestiones de Justo Sierra, titular de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, que en junio de 1905 lo comisionó para analizar los métodos españoles de enseñanza de lengua y literatura. Estos informes posteriormente serán recopilados en el libro de ensayos *La lengua y la literatura* (1928). Además, Sierra giró recomendaciones para que, a finales del mismo año, Nervo se incorporara como secretario segundo de la Legación de México en Madrid, nombramiento que recibió el primero de julio. El primer encuentro de Amado Nervo con España se dará el 29 de agosto de 1905, en San Sebastián. “El ministro mexicano Juan Antonio Beistegui se encargaría de presentar al nuevo segundo secretario de la Legación en la Corte, al día siguiente en Burgos, día en el que se presentaría el ‘inefable drama’ de los cielos con un eclipse total de sol”.⁷⁷⁶

Pocos días después, el 2 de septiembre, tomó posesión de su cargo diplomático, y escribió así su primera impresión de las calles de Madrid para el periódico mexicano *El Mundo*:

Imagínese usted una ciudad de calles estrechas y populosas, que no contentas con su exigüidad, se permiten aún el lujo de dos líneas de tranvías, una ascendente y otra descendente. Luego imagínese usted que, en cada casa, hay un gran andamio, que de las alturas caen cal y arena (una de cal y otra de arena). Que este andamio

⁷⁷⁵ Sobre la primera estancia de Nervo en Europa, véase el subtítulo “Justo Sierra y el Congreso Social y Económico Hispanoamericano”, en el capítulo 5 de esta tesis.

⁷⁷⁶ Y. Cruz Mendoza. “Desde los balcones. La crónica de Amado Nervo en Madrid”, en www.amadonervo.net (Consultada el 2 de mayo de 2010).

inutiliza toda la acera que puede, y que no queda a la disposición del transeúnte más que el arroyo proceloso, donde en inextricable confusión, se cruzan coches y carros, por donde van y vienen los tranvías y por donde, en consecuencia, hay que pasar entre razonamientos, codazos, apabullos, pisotones, etcétera, sorteando toda clase de sirtes [...].

De la Puerta del Sol, donde en esta vez era cierto que no cabía ni un alfiler, subía de continuo un clamor capaz de ensordecir a las nubes y de espantar las aves del cielo... Sí, esto era Madrid, esto fue durante un mes, ha dejado de ser. *Te Deum laudamus!*⁷⁷⁷

Con cartas de recomendación del mismo Justo Sierra, Nervo se presentó al presidente del Consejo de Ministros de España, Segismundo Moret, “dignísimo discípulo de Castelar”.⁷⁷⁸ Moret sostuvo una conversación con Nervo sobre Justo Sierra, y ambos coincidieron en la capacidad oratoria del maestro mexicano. El político español recordó la estancia del ministro de Educación de México, cinco años atrás, cuando Sierra sorprendió con sus discursos durante el Congreso Hispanoamericano. También hablaron de política española y del separatismo catalán, del progreso mexicano y de Porfirio Díaz. Era la presentación oficial de Nervo en las cortes españolas.

En sus primeras obligaciones de secretariado, al poeta le correspondió colaborar en el cambio provisional de domicilio de la Legación de la Embajada de México a la calle de Bailén número 15, en un edificio donde el poeta también situó su dirección particular (segundo piso, izquierda), acompañado por Ana Cecilia Dailliez; además, la pareja podía presumir de teléfono: 8026. Juan Antonio Béstegui se decía cansado de pagar el alquiler de la casona de la Cuesta de San Vicente, propiedad de la familia Icaza-Loinaz, por lo que situaron las oficinas provisionales de la Legación en el mismo domicilio de Nervo, en tanto se construía el palacio de la Embajada en el Paseo de la

⁷⁷⁷ Amado Nervo, *Obras completas*. Tomo I. Madrid, Aguilar, 1951, p. 1170.

⁷⁷⁸ *Ibidem*, p. 1159.

Castellana aún más suntuoso que el que Vicente Riva Palacio había construido en la misma zona.

Precisamente, en la misma tradición inaugurada por Ramón Correa, Juan de Dios Peza y Vicente Riva Palacio, y continuada por Francisco A. de Icaza, Amado Nervo también acudirá a varias fiestas de sociedad, a reuniones políticas y a la gestación de proyectos en las instituciones culturales hispanoamericanas y españolas situadas en Madrid.⁷⁷⁹ Era la continuidad de la genealogía intelectual, que imponía cumplir con las condiciones de mantenerse al día en las vanguardia burguesa y cultura. En el caso de Nervo sus actividades sociales fueron determinadas por los proyectos personales del embajador mexicano Juan Antonio Béstegui, que gustaba de organizar fiestas en el palacio de la Legación ubicado en el Paseo de la Castellana cuando el inmueble estuvo terminado a finales de 1906. Ese edificio fue remodelado con una gran inversión por parte del diplomático mexicano, y había encontrado en la figura de Nervo, como poeta, un atractivo más para los programas de sus fiestas.

En ese palacio de la Castellana, que alcanzó fama entre la sociedad finisecular de España, el matrimonio Béistegui construyó ambientes especiales para sus recepciones sociales, sitios como el jardín diseñado por “uno de esos arquitectos que se dedican exclusivamente a hacer trazados de jardines, como otros hacen planos de casas

⁷⁷⁹ Sobre los varios banquetes y recepciones a los que asistió Nervo, donde también leía sus poemas, véase: Sin firma, “En el hotel de los condes de Vilana”, *El Liberal*, a. XXVIII, núm. 9730 (10 de junio de 1906), p. 2. También véase: Sin firma, “En casa de los condes de Vilana. La corona de los poetas”, *La Época*, a. LVIII, núm. 2053 (9 de junio de 1906), p. 3; Sin firma, “Fiesta literaria. En el hotel de los condes de Vilana”, *El Imparcial*, a. XL, núm. 14085 (10 de junio de 1906), p. 1; Sin firma, “Fiesta literaria”, *El Globo*, a. XXXII, núm. 11125 (12 de junio de 1906), p. 2. Sin firma, “Banquete en la Legación argentina. En honor de don Belisario Roldán”, *La Época*, a. LXII, núm. 21292 (1 de febrero de 1910), p. 1; Sin firma, “La Independencia de Venezuela”, *El Imparcial*, a. XLIV, núm. 15687 (20 de abril de 1910), p. 2; Sin firma, “El arte y la aristocracia. En honor de la infanta Isabel”, *Heraldo de Madrid*, a. XXII, núm. 7490 (2 de junio de 1911), p. 3; Rubaryk, “De sociedad. En la legación japonesa”, *Heraldo de Madrid*, a. XXII, núm. 7364 (27 de enero de 1911), p. 3; Sin firma, “El centenario de Venezuela. Comida en el Hotel Ritz”, *El Imparcial*, a. XLV, núm. 15592 (1 de junio de 1912), p. 3; Monte Cristo, “En la terraza del Palais”, *El Imparcial*, a. XLVI, núm. 16345 (28 de agosto de 1912), p. 1, y Sin firma, “Un banquete. En honor del señor Barilari”, *La Época*, a. LXIV, núm. 22283 (11 de noviembre de 1912), p. 2

(sabido es que en Alemania y en Francia hay ya arquitectos que cultivan aquella especialidad), había hecho surgir allí con arte exquisito un trozo de jardín de Versalles.” Los Béistegui también edificaron un salón especial para el comedor, “de clara entonación, copia en su decorado de una de las más sobrias estancias del pequeño Trianon.”⁷⁸⁰ Además del salón principal de la residencia, los Béistegui construyeron el salón Imperio, adonde, poco antes de la cena, los anfitriones guiaban a la concurrencia para que escuchara la lectura de los poemas de Amado Nervo en voz del mismo autor,⁷⁸¹ situado en una “mesa adornada por candelabros y centros de bronce dorado [...] que formaban artístico conjunto.”⁷⁸² En memoria de las muchas fiestas que organizaban los Béistegui, Nervo escribió que la gente que no hacía nada, “tan abundante en Madrid como en México”, era quien asistía a los banquetes tomándose “algunas semanitas salteadas, de juerga y de honorabilísimos pretextos para no hacer nada.”⁷⁸³

Así, guiado por el embajador de México, Nervo acudió a varios espectáculos y eventos exclusivos de la aristocracia, como exhibiciones de automovilismo (el embajador mexicano presumía poseer uno de los automóviles más veloces del momento), la fiesta brava de los toros, ejercicios de caza en el Real Sitio de San Ildefonso, el tiro de pichón..., eventos de los que escribió varias crónicas y artículos,

⁷⁸⁰ Sin firma, “Banquete diplomático. En la legación de México”, *La Época*, a. LXII, núm. 21315 (24 de febrero de 1910), p. 1.

⁷⁸¹ Monte Cristo, “De sociedad. En la legación de México”, *El Imparcial*, a. XLI, núm. 14360 (13 de marzo de 1907), p. 2. También véase: Sin firma, “En la legación de México”, *El Imparcial*, a. XLIII, núm. 15081 (7 de marzo de 1909), p. 2, y Mascarilla, “En la Legación de México. Una fiesta en el jardín”, *La Época*, a. LXI, núm. 21050 (2 de junio de 1909), p. 1.

⁷⁸² Monte Cristo, “De sociedad”, *El Imparcial*, a. XLIV, núm. 15535 (10 de junio de 1910), p. 3.

En este rejuego de compromisos sociales mediados por su situación de diplomático, el poeta recibió invitación personal del arzobispo de Zaragoza para participar en *El álbum de la virgen del Pilar*, en el que colaboró gran parte de la élite social y conservadora de España, como la infanta doña Paz o el duque de Rivas, además de intelectuales como Alejandro Pidal, Juan Pérez de Guzmán, Carlos Luis de Cuenca, Ricardo de la Vega y los hermanos Joaquín y Serafín Álvarez Quintero. Los comentaristas del volumen lo calificaron como una “especie de antología de los comienzos del siglo XX”, sin que la aseveración fuera refutada o apoyada por ningún otro comentarista. (Monte Cristo, “Crónicas madrileñas. *El Álbum del Pilar*”, *El Imparcial*, a. XLII, núm. 14751 (9 de abril de 1908), p. 4).

⁷⁸³ A. Nervo, *Obras...* Tomo I, *op. cit.*, p. 1164.

que luego desperdigó en las muchas colaboraciones del escritor en las dos orillas del Atlántico.

Sin embargo, según le comentó a uno de sus corresponsales, el poeta Luis G. Urbina, más allá de la vida de dandy madrileño, Nervo prefería la vida tranquila de su piso de Bailén, donde gustaba escribir “frente a una deliciosa ventana desde donde veo el Palacio Real, el Campo del Moro, el Valle del Manzanares y, a lo lejos, la sinuosidad azul del Guadarrama.” Por las tardes, se dirigía hacia el Paseo de la Castellana hasta llegar a la Embajada de México, “donde a veces la tarea es tediosa, pero no más que cualquier otra oficina”; y por las noches volvía a casa “para leer un poco”.⁷⁸⁴

Como dictaba la genealogía del intelectual mexicano finisecular, Nervo también creó su propia ruta bohemia por restaurantes y tabernas, para alejarse del mundo social y político que imponían las paredes de la Legación. En el restaurante La Huerta, ocupó un sitio privilegiado en el homenaje que la cultura española le rindió al escultor Agustín Querol y Subirats, en el que participaron los intelectuales más importantes del campo literario español del momento, como Joaquín Dicenta, Juan Ramón Jiménez, José Santos Chocano, Benito Pérez Galdós, Marcelino Menéndez Pelayo y Carlos Fernández Shaw. El poeta mexicano no perdió oportunidad de leer algunos de sus poemas y recibió el aplauso de la concurrencia, además la pieza se reprodujo en varios periódicos.⁷⁸⁵ Ahí mismo, durante el evento, entabló amistad con Pérez Galdós y con Juan Ramón Jiménez, con quienes inició un intercambio epistolar. Luego, en el restaurante La Bombilla, al lado de Enrique Díez Canedo, Andrés González Blanco y Alberto Insúa,

⁷⁸⁴ *Ibidem*, p. 1173.

⁷⁸⁵ Sin firma, “Banquete a Querol”, *La Correspondencia de España*, a. XLVI, núm. 17687 (26 de junio de 1906), p. 2. También véase: Sin firma, “Fiesta artística. En honor de Querol”, *Heraldo de Madrid*, a. XVII, núm. 5691 (25 de junio de 1906), p. 3; Sin firma, “Homenaje a Querol”, *El Liberal*, a. XXVIII, núm. 9746 (28 de junio de 1906), p. 1, y Sin firma, “El banquete a Querol”, *La Vanguardia*, a. XXV, núm. 12066 (26 de junio de 1906), p. 6.

entre otros, participó en el homenaje que se le rindió a Felipe Trigo.⁷⁸⁶ También fue habitual de la dramaturgia española: en el teatro Español se deleitó con los actores María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza; en el teatro Real con Regina Pacini, Elena Lucci, Florencio Constantino y Antonio Baldelli;⁷⁸⁷ en el teatro de la Comedia con Tina di Lorenzo y con Carini;⁷⁸⁸ y en el teatro Apolo con Roberto Chapí y José González.⁷⁸⁹

Como señaló en alguno de sus artículos, el poeta mexicano sostuvo amistad con los escritores españoles “del último barco, que son los que naturalmente están más cerca de espíritu y que se llaman Azorín, Pío Baroja, Valle-Inclán, Luis Bello, los Machado, Palomero, Villaespesa.”⁷⁹⁰ En cambio, fue cordial en su distanciamiento con los autores de las generaciones del 98 o anteriores a ella, como Emilia Pardo Bazán, Marcelino Menéndez Pelayo, Antonio Grilo o Emilio Ferrari, porque --dijo Nervo-- “me disgusta profundamente ese papel de admirador hispanoamericano que viene a prodigar adjetivos, a rendir parias y a dar la lata”.⁷⁹¹ Además, admiraba a los “poetas modernos” por ese “retumbar de octosílabos y endecasílabos, de sonetos y décimas oratorias que deleita los oídos infantiles como una murga que pasa por la calle.”⁷⁹² De aquella generación, sólo convivió con Benito Pérez Galdós, “grande como un águila y sencillo como una paloma. Tiene un cerebro genial y un corazón de niño.”⁷⁹³

⁷⁸⁶ Sin firma, “Banquete a Felipe Trigo”, *El Liberal*, a. XXIX, núm. 10010 (18 de marzo de 1907), p. 2.

⁷⁸⁷ A. Nervo, *Obras...* Tomo I, *op. cit.*, pp. 1160-1161.

⁷⁸⁸ *Ibidem*, pp. 1224 y 1225.

⁷⁸⁹ *Ibidem*, p. 1235.

⁷⁹⁰ *Ibidem*, p. 1339.

⁷⁹¹ *Ibidem*.

⁷⁹² *Ibidem*.

⁷⁹³ *Ibidem*, p. 1341.

Su círculo social se cerraba con instituciones académico culturales, como el Instituto Cardenal Cisneros,⁷⁹⁴ la Asociación de Publicistas⁷⁹⁵ y el Centro Cultural Hispanoamericano.⁷⁹⁶ Pero si estas fueron instituciones donde Nervo se presentó de manera esporádica, hubo otras donde participó con ahínco como en el Ateneo de Madrid donde se sumó a los proyectos inconclusos de un Congreso y una Academia de la Poesía. Además asistió a la Unión Iberoamericana donde también celebró otra empresa malograda, la del Ateneo Iberoamericano. En estas últimas instancias, el denominador común era la influyente presencia del poeta Mariano Miguel de Val, que participaba en la mesa directiva de ambas corporaciones. De Val se había convertido en el embajador español de las letras mexicanas, siguiendo la tradición que su tío, Emilio Castelar, había comenzado a finales del siglo XIX, cuando fue el principal promotor de Juan B. Hjar y Haro y Juan de Dios Peza.

De Val impulsaría un activo hispanoamericanismo fundado en valores eurocéntricos, siguiendo la fórmula de España como madre patria e Hispanoamérica imagen de los valores culturales de la tradición española. El ensayo “Reflejo de la vida regional española en América” es uno de los textos donde de Val expuso con más claridad sus ideas sobre el hispanoamericanismo.⁷⁹⁷ Como lo habría hecho Emilio Castelar (casi como cita textual, sin referencias), de Val defiende que “no se ha dado otro caso en el mundo de un pueblo como España que, sin desquiciarse física, social, ni

⁷⁹⁴ Sin firma, “Noticias”, *El Liberal*, a. XXIX, núm. 10404 (11 de julio de 1907), p. 2. También véase: Sin firma, “Instituto Científico”, *ABC* (14 de julio de 1907), p. 11.

⁷⁹⁵ Sin firma, “Asociación de publicistas”, *Heraldo de Madrid*, a. XXII, núm. 7421 (25 de marzo de 1911), p. 2. También véase: Sin firma, “Asociación de publicistas”, *La Correspondencia de España*, a. LXII, núm. 19398 (23 de marzo de 1911), p. 6, y Sin firma, “Asociación de publicistas”, *La Época*, a. LXIII, núm. 21694 (24 de marzo de 1911), p. 3.)

⁷⁹⁶ Sin firma, “Centro de cultura hispanoamericano. Conferencias para el presente curso”, *El Liberal*, a. XXXIII, núm. 11432 (18 de febrero de 1911), p. 1. También véase: Sin firma, “Centros y sociedades”, *La Correspondencia de España*, a. LXII, núm. 19369 (22 de febrero de 1911), p. 6; Sin firma, “Academias y sociedades”, *Heraldo de Madrid*, a. XXII, núm. 7390 (22 de febrero de 1911), p. 2, y Sin firma, “Asociación de publicistas”, *El Liberal*, a. XXXIII, núm. 11487 (25 de marzo de 1911), p. 2.

⁷⁹⁷ Mariano Miguel de Val, “Horizontes de España. Reflejo de la vida regional española en América”, *Ateneo*, t. XI (enero-junio de 1911), pp. 224-236. Con título homónimo, el texto fue leído a manera de conferencia en el Centro Cultural Hispanoamericano el 23 de abril de 1911.

políticamente, haya formado, completando la geografía del globo, tantas nacionalidades nuevas, legándolas sus costumbres, su idioma, sus ideales, sus tradiciones y glorias, su literatura....”

NUEVA MODERNIDAD: OTROS ATENEOS, OTROS CONGRESOS, OTRAS REVISTAS

En noviembre de 1905, Amado Nervo asistió por primera vez al Ateneo de Madrid,⁷⁹⁸ “en el que se han ejercitado todos o casi todos los muchachos que aprenden a pensar en Madrid”, le dijo a Justo Sierra en sus informes.⁷⁹⁹ Ahí participó en el homenaje luctuoso a Francisco Navarro Ledesma con la lectura de un poema, y acordó con Mariano Miguel de Val su participación en el programa oficial de conferencias para el curso de 1906. Desde entonces el Ateneo será una de las plataformas más importantes para la difusión de la literatura nerviana. En la primera semana de febrero de 1906, la prensa española anunciaba próximas lecturas de poesía propia y conferencias de Amado Nervo en la institución,⁸⁰⁰ las cuales comenzaron el 10 de febrero y continuaron de manera intermitente hasta el 28 de abril del mismo año.⁸⁰¹ A lo largo de sus conferencias, Nervo habló sobre la vida y obra de varios poetas mexicanos, como Sor Juana Inés de la Cruz, Francisco Terrazas, José Rosas Moreno Pantaleón Tovar, Joaquín Arcadio Pagaza, Justo

⁷⁹⁸ Alberto Insúa recordó a Amado Nervo en el Ateneo de Madrid, de la siguiente manera: “por su carácter retraído, por su discreción y timidez, su hablar siempre en voz baja y su mirar de persona afligida por tristezas recónditas. Advertíanse asimismo en su semblante facciones indianas, pero en su caso de ídolo azteca. Representaba en Madrid, como ministro diplomático, a su patria. Era el mexicano Amado Nervo, el de las *Perlas negras*, de quien fui muy amigo y de quien supe --o más bien adiviné-- dolorosos secretos. ¡Noble figura la de Amado Nervo! ¡Con qué suavidad se producía siempre! Nunca le escuché una diatriba contra nadie. No recuerdo persona que atesorase más humildad, que apareciera más ajena al diabólico orgullo, que pasara por el mundo como una sombra de sí mismo. Rubén ¿quién lo duda?, era teatral, simulador. Nervo, todo vida íntima y oculta, hombre de una sola y adorada mujer. Y con esto, en sus poemas, ¡qué iluminado panteísmo! No recuerdo que jamás subiese a la tribuna de la Docta Casa (Alberto Insúa. *Memorias. Mi tiempo y yo*. Madrid, Editorial Tesoro, 1952, pp. 495-496).

⁷⁹⁹ A. Nervo, *Obras...* Tomo II, *op. cit.*, p. 57.

⁸⁰⁰ Sin firma, “Ateneo”, *El Liberal*, a. XXVIII, núm. 9606 (5 de febrero de 1906), p. 2.

⁸⁰¹ Sin firma, “Academias y sociedades”, *El Globo*, a. XXXII, núm. 11021 (10 de febrero de 1906), p. 2. También véase: Sin firma, “Las noches del Ateneo”, *La Correspondencia de España*, a. LVII, núm. 17533 (12 de febrero de 1906), p. 2, y Sin firma, “Croquis cosmopolita”, *El Liberal*, a. XXVIII, núm. 9612 (10 de febrero de 1906), p. 4.

Sierra, Manuel Acuña, Agustín Cuenca, Joaquín Casasús, Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel M. Flores, Jesús E. Valenzuela, Balbino Dávalos, Luis G. Urbina, Manuel José Othón, Efrén Rebolledo, José Juan Tablada y Salvador Díaz Mirón, con lo que estableció una nueva lista canónica de la literatura mexicana en Madrid. Al finalizar el ciclo de conferencias declamó el poema “Epitalamio. A Su Majestad el Rey”,⁸⁰² que posteriormente fue publicado en la *Revista Moderna de México* y en *Nuestro Tiempo* de Madrid.

La prensa festinó la lectura del poeta, porque mostraba los avances de la literatura mexicana y la evolución de la lengua española en América: “la velada de anoche ha sido, más que una lectura de poesías, un precioso estudio acerca de los poetas mexicanos. Por medio de someras noticias bibliográficas, de anécdotas, de recuerdos íntimos, Nervo nos dio una idea precisa de cada poeta”.⁸⁰³ Pero otro significado de la presencia de Nervo en el Ateneo puede observarse en la permanencia de sus poemas dentro de la estética de los escritores asistentes a las conferencias, como el poeta Marcos Rafael Blanco Belmonte que, el 26 de mayo del mismo año, durante su cátedra en el Ateneo, leyó la composición “La hermana lluvia” inspirada, dijo, en “La hermana agua”, poema que Nervo habría leído durante sus conferencias de principio de año.⁸⁰⁴ Lo mismo sucedió con José Nogales quien le dedicó al poeta mexicano el texto “La oración del hombre”,⁸⁰⁵ una composición en prosa poética que recuerda los versos nervianos de *Místicas* y *Perlas negras*, con visiones apocalípticas e imágenes alegóricas

⁸⁰² Sin firma, “Los poetas mexicanos”, *La Correspondencia de España*, a. LVII, núm. 17609 (29 de abril de 1906), p. 3. También véase: Sin firma, “Ateneo de Madrid”, *El Imparcial*, a. XL, núm. 14042 (29 de abril de 1906), p. 2.

⁸⁰³ Sin firma, “La poesía mexicana en el Ateneo”, *El País*, a. XX, núm. 6841 (29 de abril de 1906), p. 1.

⁸⁰⁴ Sin firma, “En el Ateneo”, *El Liberal*, a. XXVIII, núm. 9716 (27 de mayo de 1906), p. 1.

⁸⁰⁵ José Nogales, “La oración del hombre”, *El Liberal*, a. XXIX, núm. 10054 (2 de mayo de 1907), p. 1.

a la religión católica, con cristos agonizantes, estoicismo ante las desgracias, dubitación entre el bien y el mal...

El poeta mexicano volverá a presentarse en el Ateneo de Madrid como conferencista para el curso de 1907. El 14 de enero inauguró las actividades de la institución con una lectura sobre la vida y obra de Manuel Gutiérrez Nájera, aunque al finalizar el acto el público le pidió que leyera las composiciones de su libro en preparación *En voz baja*...⁸⁰⁶ La petición llegó luego que la gente se impacientara un poco con la obra de Nájera, como Nervo le confesó a Rubén Darío: “El Duque Job [Gutiérrez Nájera] no gustó. Lo aplaudieron gracias a mi manera de leerlo, en la que puse todos mis esfuerzos mejores. Salió, pues, airoso y con decoro... Pero yo mismo desconfiaba, yo mismo lo hallaba un poco viejo.”⁸⁰⁷ Al año siguiente, en 1908, la misma corporación lo invitaría a sumarse al homenaje a Espronceda, donde fungió como declamador principal al lado de Emilia Pardo Bazán, José Canalejas, Adolfo Bonilla San Martín, Gregorio Martínez Sierra y Juan Ramón Jiménez.⁸⁰⁸ Y el 28 de

⁸⁰⁶ Sin firma, “Los poetas mexicanos”, *El Liberal*, a. XXIX, núm. 9948, (15 de enero de 1907), p. 1. También véase: Sin firma, “Noticias”, *La Correspondencia de España*, a. LVIII, núm. 17868 (13 de enero de 1907), p. 3; Sin firma, “Velada en el Ateneo”, *La Época*, a. LIX, núm. 20240 (15 de enero de 1907), p. 2; Sin firma, “Las noches del Ateneo”, *La Correspondencia de España*, a. LVIII, núm. 17871 (16 de enero de 1907), p. 2; Sin firma, “Conferencia de Amado Nervo”, *El Imparcial*, a. XLI, núm. 14301 (13 de enero de 1907), p. 2, y Sin firma, “En honor de un poeta”, *El Globo*, a. XXXIII, núm. 11311 (13 de enero de 1907), p. 1.

⁸⁰⁷ A. Nervo, *Obras...* Tomo II, *op. cit.*, p. 1132.

Sin embargo, la lectura de Nervo sobre Gutiérrez Nájera será sumamente significativa para la recepción del autor de *Místicas* entre los intelectuales españoles. En 1918, Eduardo de Ory publicó el libro *Amado Nervo (estudio crítico)*, en el que comienza su lectura de la obra nerviana comparándola con la poética de Gutiérrez Nájera: “la aristocracia del estilo, lo escogido de los pensamientos, la novedad en el desarrollo de todos los temas, los matices, en fin, que daba al verso, que lo hacía inconfundible.” (Eduardo de Ory, *Amado Nervo (estudio crítico)*. Cádiz, Editorial España y América, 1918. p. 9).

⁸⁰⁸ Sin firma, “En el Ateneo”, *El Globo*, a. XXXIV, núm. 11695 (9 de abril de 1908), p. 1. También véase: Sin firma, “Las fiestas del Ateneo. Homenaje a Espronceda”, *La Correspondencia de España*, a. LIX, núm. 18820 (9 de abril de 1908); Sin firma, “En el Ateneo. Homenaje a Espronceda”, *La Época*, a. LX, núm. 20639 (8 de abril de 1908), p. 3, y Sin firma, “Del centenario de Espronceda. La velada del Ateneo”, a. XXII, núm. 7553 (9 de abril de 1908), p. 2, y Sin firma, “Homenaje a Espronceda”, *ABC*, 9 de abril de 1908, p. 7.)

abril de 1909 volverá al Ateneo como conferenciante, donde repitió su cátedra sobre poesía mexicana.⁸⁰⁹

La mayoría de las reseñas sobre las lecturas de Amado Nervo en el Ateneo aludían a la “poesía mexicana” en conjunto, y no sólo a las actividades que el autor de *En voz baja...* realizaba en Madrid. De hecho, a partir de lo expuesto por Nervo se hablaba de que “el castellano, en efecto, está evolucionando de un modo distinto en España y en las repúblicas americanas de habla española, y esto se debe, principalmente, a la falta de comunicación intelectual entre la América latina y su antigua metrópoli.”⁸¹⁰ Para entonces, en la percepción de los medios de comunicación y en los círculos intelectuales matritenses se consolidaba la imagen de un grupo colectivo mexicano creador siquiera categorizado en el género de la poesía. De esta manera, como intelectuales mexicanos, como escritores mexicanos o como poetas mexicanos, se reconocía a un modo peculiar (distinto al que se practicaba en España) de escribir literatura.

De ahí que la editorial catalana Casa Maucchi reeditó en 1906 el *Parnaso Mexicano* de Adalberto A. Esteva que ahora compartía créditos de coautoría con José Pablo Rivas. Ese mismo año, el escritor argentino Manuel Ugarte publicó una antología para presentar a los jóvenes escritores de América con el título de *La joven literatura hispanoamericana. Antología de prosistas y poetas*. Uno de sus criterios, apenas alterado por alguna excepción, fue seleccionar autores menores de cuarenta años, “que son quizá los únicos que merecen una atención especial, porque la verdadera actividad

⁸⁰⁹ Sin firma, “Ateneo de Madrid. Los poetas mexicanos”, *El Liberal*, a. XXVIII, núm. 9688 (29 de abril de 1909), p. 2.

⁸¹⁰ Sin firma, “La poesía mexicana en el Ateneo”, *El País*, a. XX, núm. 6841 (29 de abril de 1906), p. 1.

de las letras en la América Española data de ellos.”⁸¹¹ Ugarte contrapone a los jóvenes escritores identificados con el modernismo que practicaban su literatura en París, Londres o Madrid con los escritores decimonónicos que nunca establecieron contactos reales con intelectuales de Europa. Los autores mexicanos antologados por Ugarte, son: Rubén M. Campos, Ciro B. Ceballos, Amado Nervo, José Juan Tablada, Luis G. Urbina y Ángel Zárraga.

Un par de años después, en 1908, el mismo Ugarte, en su libro *Burbujas de la vida*, escribió un capítulo dedicado a la categoría de los “intelectuales mexicanos”. Como lo había hecho Nervo (y como anticipó la difusión de la literatura mexicana de finales del siglo XIX) el escritor argentino actualiza al grupo canónico de escritores mexicanos al describir una cofradía que incluye tanto a autores modernistas como a periodistas que participarían en la gestación de la Revolución Mexicana de 1910. Por eso, en términos generales, el tipo de intelectual mexicano identificado por Ugarte es el parisino revolucionario de Hispanoamérica. Por su obra y por su personalidad, José Juan Tablada es descrito como “un Banville de los primeros tiempos; al oírle, reconstituía el Mendés juvenil y locuaz”; Jesús E. Valenzuela “es el bohemio genial, lleno de sinceridades y confianzas, que se deja llevar por la existencia, sin inquietudes, con la placidez de un niño en una barca que arrastra la corriente”; Rubén Campos es el “campeón de la frase perezosa, el que ve correr la vida con desdén”; Ciro B. Ceballos “es un escritor forjado para la lucha”; Bernardo Couto Castillo, “el más joven del grupo, el más inquieto, el más vicioso y el que escribe más hermosas fábulas increíbles y encantadoras”.⁸¹² En una nota a pie, Ugarte se disculpa por no incluir en sus comentarios a Amado Nervo, a Luis G. Urbina y a Carlos Díaz Dufoo, y apenas dedicar

⁸¹¹ Manuel Ugarte, *La joven literatura hispanoamericana. Antología de prosistas y poetas*. París, Librería de Armand Colin, 1906, p. 17

⁸¹² Manuel Ugarte, *Burbujas de la vida*. París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, Librería de Paul Ollendorff, 1908, pp. 196-204.

un par de palabras a los pintores Julio Ruelas y Leandro Izaguirre. En el mismo tenor, ese año de 1908, Enrique Díez Canedo al comentar la obra de Efrén Rebolledo caracterizó a los jóvenes poetas mexicanos jóvenes como parnasianos, “de forma impecable, apasionado[s] del orientalismo, persigue[n] lo pintoresco a todo trance, y para conseguirlo, no vacila[n] en emplear, a veces sin la preparación necesaria para que no detonen, muchas palabras exóticas.”⁸¹³

La aparición, en México, de *Revista Moderna* (1898-1903) y de su secuela inmediata *Revista Moderna de México* (1903-1911), habría alimentado el nuevo imaginario español sobre el conjunto de los escritores mexicanos. Con una clara aspiración cosmopolita (que en los valores epocales significaba que en sus propuestas fundacionales se definían por su ánimo urbano e internacionalista), ambas publicaciones nominaban a los escritores modernistas del mundo hispánico. Era uno de los primeros proyectos estéticos mexicanos que lograba trascender la circulación de sus fronteras, para alcanzar tiradas especiales en España. Las publicaciones, dirigidas en diferentes etapas por Jesús E. Valenzuela, Jesús Luján, Carlos Días Dufoo y Amado Nervo, se convirtieron en una de las capitales estéticas (no geográficas, ni políticas) del modernismo en habla hispana. Así lo reconocían los escritores españoles agrupados en la revista *Nuestro Tiempo*, entre quienes descollaba Miguel de Unamuno: “Allá por tierras de América parece ser que florece el noble arte literario con más vigor que aquende los mares. Prueba de esto que afirmo es el número de la *Revista Moderna*.”⁸¹⁴

El modernismo proyectó una carta de presentación oficial del campo literario mexicano en Madrid. Este movimiento estético había logrado que “la influencia de

⁸¹³ Enrique Díez Canedo, “Poesía”, *La Lectura*, a. VIII, t. I (febrero de 1908), p. 434-440.

⁸¹⁴ Miguel de Unamuno, “Revista Bibliográfica”, *Nuestro Tiempo*, a. VIII, (diciembre de 1908), p. 127.

escritores americanos sobre escritores jóvenes de la Península” fuera visible,⁸¹⁵ en palabras de otro de sus próceres, el poeta venezolano, Rufino Blanco Fombona. En la *Revista Moderna*, a la que aludía Unamuno, colaboraban los autores más importantes de la cofradía modernista mexicana, muchos de ellos presentados, en distintos momentos y con algunas variantes por Francisco A. de Icaza, Adalberto A. Esteva, Amado Nervo, Rufino Blanco Fombona o Manuel Ugarte, ya fuera en antologías, comentarios o ensayos. Así, como “poetas modernistas mexicanos” fueron presentados Salvador Díaz Mirón, Juan de Dios Peza, Francisco A. de Icaza y Amado Nervo en la antología *La corte de los poetas. Florilegio de rimas modernas* (1906),⁸¹⁶ uno de los primeros proyectos literarios del siglo XX que trataba de integrar la modernidad de la cultura hispánica en un mismo tomo. Según el antologador, el escritor español Emilio Carrere, se eligió a los escritores (sin importar su origen) que lustraban la lírica de la lengua castellana. Superadas las fronteras nacionales, a los poetas los unirían sus vocaciones líricas representadas por el modernismo.

El proyecto era similar a los impulsados por Mariano Miguel de Val, el cual creaba una encrucijada dentro de la vida sociopolítica española y su relación con Hispanoamérica. Liberal modernizado (pero cercano a la aristocracia), de Val impulsaba las autonomías culturales a partir de su credo radical sobre la poesía como el logro estético más importante de la cultura, de ahí su noción de la poesía como institución y sus gestiones a favor de los poetas como individuos activos dentro de la sociedad. Estas ideas confluían con la idea tradicional de la relación de España con

⁸¹⁵ Rufino Blanco Fombona. *Diarios de mi vida*. Selección y prólogo de Ángel Rama. Caracas, Monte Ávila Editores, 1991, p. 42.

⁸¹⁶ Una lectura filológica a este volumen puede leerse en el “Prólogo”, de Marta Palenque, en la edición facsimilar del volumen: Emilio Carrere, *La corte de los poetas. Florilegio de rimas modernas*. Edición y prólogo de Marta Palenque. Sevilla, Renacimiento, 2009; también se pueden leer las polémicas que suscitó en el artículo Marta Palenque, “Una última batalla por el Modernismo: las reseñas en torno a *La corte de los poetas* (1906)”, *Magazine Modernista* 15 (2009) noviembre de 2009. <http://magazinmodernista.com/2009/11/15/una-ultima-batalla-por-el-modernismo-las-resenas-en-torno-a-%E2%80%99La-corte-de-los-poetas%E2%80%9D-1906/> (Consultada el 5 de septiembre de 2011).

Hispanoamérica (la madre patria eurocéntrica), en la medida que de Val reconocía a la poesía hispanoamericana modernista los principales aportes estéticos para la continuidad de la tradición de la lírica castellana. Pero este reconocimiento implicaría aceptar la autonomía cultural de Hispanoamérica y su independencia de la tradición literaria española, porque el modernismo sería una contribución hispanoamericana a la literatura en lengua española a través del cruzamiento con la tradición francesa.

Debido a la complejidad del sistema ideológico sobre el que de Val basaba sus proyectos, muchas veces estos se dirigían al fracaso. Tal fue el caso de la Academia de la Poesía y su derivación, el Congreso de la Poesía. Entre 1908 y 1910, de Val trató de proyectar la conformación de la Academia Española de la Poesía, para darle un carácter institucional y político a la poesía. Los esbozos de sus primeras ideas se publicaron en artículos,⁸¹⁷ a los que siguieron reuniones de trabajo con los intelectuales agrupados en el Ateneo de Madrid, como José Francisco Rodríguez, José Joaquín Herrero, José Antonio Cavestanyu, Amado Nervo, Cristóbal de Castro y Enrique Díez Canedo, entre otros. A la distancia, se adhirieron al proyecto Rubén Darío, Salvador Rueda, Francisco Rodríguez Marín, los hermanos Álvarez Quintero, Pérez de Ayala y Carlos Fernández Shaw. El motivo principal para la conformación de dicha Academia --argumentaba De Val--, era que los poetas españoles construyeran mecanismos para afirmarse como depositarios legítimos de la institucionalidad poética del castellano, porque había que “poner la poesía, ‘cuyo influjo sobre las conciencias supera al que ejercen las otras artes’, al servicio de la patria y de los valores clásicos.”⁸¹⁸

⁸¹⁷ Mariano Miguel de Val, “El Congreso de la Poesía en Valencia”, *Ateneo*, t. VII (enero-junio de 1909), pp. 185-190. También véase: Mariano Miguel de Val, “El Congreso de la Poesía en Valencia”, *Ateneo*, t. VII (enero-junio de 1909), pp. 246-248, y Mariano Miguel de Val, “En Valencia. El Congreso de la Poesía”, *El Heraldo de Madrid*, a. XX, núm. 6685 (19 de marzo de 1909), p. 2.

⁸¹⁸ Beatriz de Val Arruebo, “La Academia de la poesía española, un capítulo olvidado”, *Abel Martín*, revista de estudios sobre Antonio Machado, <http://www.abelmartin.com/critica/val.html> (Consultada el 10 de marzo de 2009).

En las primeras reuniones, se creó una comisión encabezada por el mismo Mariano Miguel de Val, y a la que se incorporaron Amado Nervo, Antonio de Zayas, Gregorio Martínez Sierra y Manuel Machado, quienes darían seguimiento al plan de la Academia.⁸¹⁹ Ellos acordaron efectuar un Congreso de Poesía durante el mes de octubre de 1908, cuya comisión organizadora sería encabezada por Marcelino Menéndez Pelayo.⁸²⁰ Amado Nervo también tuvo un papel destacado dentro de la comisión organizadora, al lado de Francos Rodríguez, Gregorio Martínez Sierra y Manuel Machado. A pesar del fracaso del Congreso, la Academia de la Poesía Española fue inaugurada el 22 de noviembre de 1910 con la presencia de los reyes y la infanta María de la Paz Borbón. En el estatuto oficial figuraban como presidente Salvador Rueda, y como secretario Mariano Miguel de Val. En el organigrama aparecían varios poetas españoles y sólo un hispanoamericano, Amado Nervo, que ocupaba sitio en la comisión editorial.⁸²¹ Las cláusulas de la Academia se podrían sintetizar en la protección económica y social de los poetas jóvenes, la defensa de los derechos de autor y la difusión de la poesía. También se especificaba que habría cinco categorías de socios: numerarios, honorarios, protectores, correspondientes y colaboradores.⁸²² Estas distinciones entre los miembros molestaron a Amado Nervo, que increpó la intención de “academizar” a la poesía y confrontó el menosprecio a los poetas hispanoamericanos:

Ni un solo nombre de poeta hispanoamericano en esa lista de 33 académicos.

¿Por qué? Porque los señores [Manuel] Machado, [Eduardo] Marquina y [Gregorio] Martínez Sierra (tres emes... meticulosas) se opusieron terminantemente a que se nos considerase a los poetas hispanoamericanos como poetas españoles.

¿Acaso porque escribimos en un dialecto especial?

Puede ser, por más que en ese dialecto hayan pensado Díaz Mirón, Rubén Darío, Justo Sierra, Luis G. Urbina y Leopoldo Lugones, poniendo en sus versos la totalidad del ritmo y de la magia del español.

⁸¹⁹ *Ibidem.*

⁸²⁰ *Ibidem.*

⁸²¹ Sin firma, “La academia de la poesía”, *El Liberal*, a. XXXII, núm. 11359 (24 de noviembre de 1910), p. 1.

⁸²² B. De Val Arruebo, “La Academia...”, *op. cit.*

El criterio reciente no era ese, sin embargo, en España.⁸²³

Pero las dudas nervianas sobre la posibilidad de establecer una Academia de la Poesía superaban el simple desdén de no incorporar entre sus filas a poetas hispanoamericanos. Eran, sobre todo, críticas que planteaban el siguiente problema:

O el poeta desempeña una función social, o es un ser inútil. Si lo segundo, tengamos la franqueza de decirlo, de pregonarlo, y en vez de juzgarla representativa de la mentalidad del mundo, y en vez de creerla civilizadora [...] combatamos desde la escuela, desde el hogar mismo, vigorosamente, toda tendencia hacia ella; no toleremos su intrusión ni su manifestación en ninguna parte; afirmemos de una vez que es cosa vitanda, o siquiera baladí. Si, por el contrario, entendemos que es una función social, que ayuda la vida mental y a la economía misma de las sociedades, ayudemos a vivir a los poetas.⁸²⁴

Por otra parte, el canon poético impuesto por la Academia podría definirse a partir de una de sus propias expresiones: “la estética académica”. De Val proponía recuperar el sentimiento de la identidad española a través de un exacerbado nacionalismo que lentamente declinó en muestras de afecto al ejército español, lo que puede evidenciarse en la lectura del poema “La poesía de la raza”, de Francisco de Villaespesa, escrito especialmente para la velada inaugural de la Academia: “Hundir mi hacha en el primer turbante/ y en tanto que quedase un tripulante/ herir sin treguas y matar con saña./ Y entre el sangriento estruendo del asalto/ izar al sol sobre el mástil más alto/ la cruz de Cristo y el pendón de España.”⁸²⁵

En este sentido, uno de los primeros actos de la Academia se celebró en el Centro del Ejército y la Armada de Madrid, donde de Val leyó un estudio sobre los poetas

⁸²³ A. Nervo, *Obras...* Tomo II, *op. cit.*, p. 278.

En una respuesta breve, el periódico *El Liberal* señaló: “Entre los correspondientes americanos que por su ausencia o por su residencia accidental en Madrid no pueden ser incluidos en la clase de numerarios, figuran nombres tan prestigiosos como Rubén Darío, [Amado] Nervo, [José María] Pichardo, [Leopoldo] Lugones, [Francisco A.] de Icaza, [Balbino] Dávalos, etcétera, con quienes la Academia se entenderá para la formación de las Sociedades americanas correspondientes”. (Sin firma, “La academia de la poesía”, *El Liberal*, A. XXXII, núm. 11359, 24 de noviembre de 1910, p. 1).

⁸²⁴ A. Nervo, *Obras...* Tomo II, *op. cit.*, pp. 185-186.

⁸²⁵ B. de Val Arruebo, *op. cit.*

militares. “El acto terminó con la cesión por parte del jefe del gobierno de un amplio y lujoso salón y un despacho amueblados en la Presidencia del Consejo de Ministros para domiciliar oficialmente la Academia de la Poesía.”⁸²⁶ La velada continuó en su tono de milicia y nacionalismo: Serafín Álvarez Quintero leyó el poema que escribió en compañía de su hermano Juan, “La musa de Juan Soldado”; para su momento declamatorio, el actor Pedro Granada eligió un repertorio en el mismo tenor “El Cid”, de Manuel Machado y “La marcha triunfal”, de Rubén Darío; finalmente, Alberto Valero Martín leyó “Castilla”, Sofía Casanova cantó “La mujer y la patria”,⁸²⁷ y el mexicano Balbino Dávalos que había llegado desde Portugal convocado *ex profeso* al evento, leyó su composición “Las glorias del poeta” tal vez pensando en lo que sucedía en su patria tras la Revolución:⁸²⁸ “Sobre estos campos de horror cubiertos/ que el son guerrero ya nunca vibre/ llamando vivos, dejando muertos./ El himno inmenso que ahora se escucha/ celebra á un pueblo que se levanta./ La patria es libre, cesó la lucha;/ poeta: ¡canta!”⁸²⁹

Con relación a Hispanoamérica, el discurso expuesto por de Val manifestaba las glorias de España, el idioma, la fe y la cultura, deudas que las antiguas colonias debían a la Corona Española. La Academia irá lentamente en declive a partir de la muerte de su principal promotor, el 7 de agosto de 1912. Antes de culminar sus actividades, Amado Nervo colaboró como jurado de un concurso de poesía dramática convocado por la institución a principios de 1912,⁸³⁰ al lado de Manuel Machado, José María Ortega Morejón, Antonio Palomero, Manuel S. Pichardo, Pedro de Répide, Mariano Miguel de

⁸²⁶ *Ibidem*.

⁸²⁷ Sin firma, “Fiesta poética. En el Centro del Ejército y de la Armada”, *La Correspondencia de España*, a. LXII, núm. 19738 (3 de marzo de 1911), p. 5.

⁸²⁸ Sin firma, “Noticias de sociedad”, *La Época*, a. LXIII, núm. 21655 (23 de febrero de 1911), p. 2

⁸²⁹ Sin firma, “La academia de la poesía. En el Centro Militar”, *El Liberal*, a. XXXIII, núm. 11446 (4 de marzo de 1911), p. 2.

⁸³⁰ Sin firma, “Academia de la poesía española”, *El Liberal*, a. XXXIV, núm. 11778 (2 de febrero de 1912), p. 3.

Val y Francisco Villaespesa, y debieron declarar “que no habiendo encontrado, entre las obras presentadas al concurso, ninguna con méritos suficientes para los ofrecidos premios, entienden que deben estos quedar desiertos”.⁸³¹

Otra de las empresas auspiciada por de Val fue la creación del Ateneo Iberoamericano. El 25 de enero de 1907 Amado Nervo leyó sus poemas en la Unión Iberoamericana, versos que a los lectores parecieron “lentos de finuras, de elegancia y de intención.”⁸³² A la reunión asistió Mariano Miguel de Val, quien se había mostrado receloso de las actividades de la Unión Iberoamericana. Desde algunos meses atrás, en las páginas de la revista del *Ateneo*, dirigida por de Val, ya se habían lanzado críticas contra la Unión Iberoamericana, cuestionada por su inamovilidad y anquilosamiento. Cuatro días después del recital de Nervo, en la prensa se anunció la creación del Ateneo Iberoamericano en cuya lista fundacional también figuraba el nombre del poeta mexicano.⁸³³ La propuesta de De Val era la creación del Ateneo Iberoamericano, a ejemplo del Ateneo Científico y Literario que ya se había fundado en México por mediación de Justo Sierra. No obstante, el Ateneo no pudo sostener sus actividades por lo que se sumó a las labores de la Unión Iberoamericana. Incluso su directiva fue compartida y ambas corporaciones fueron encabezadas por Jesús Pando y Valle y Francisco Rodríguez de San Pedro, antiguos promotores de la Unión.

⁸³¹ Sin firma, “Academia de la poesía española”, *El País*, a. XXVI, núm. 9092 (22 de mayo de 1912), p. 3.

⁸³² Sin firma, “Amado Nervo”, *La Correspondencia de España*, a. LVIII, núm. 17881 (26 de enero de 1907), p. 2. También véase: Sin firma, “Noticias generales”, *El Globo*, a. XXXIII, núm. 11317 (24 de enero de 1907), p. 3.

El 19 de abril de 1908, Nervo volverá a leer sus poemas en el Ateneo Iberoamericano, al lado de Rubén Darío y José Vargas Vila (Sin firma, “Noticias generales”, *La Época*, a. LX, núm. 20650, 20 de abril de 1908, p. 3. También véase: Sin firma, “Círculos y sociedades”, *El País*, a. XXII, núm. 7564, 20 de abril de 1908, p. 5.) Y el 28 de marzo de 1912, en el mismo sitio participará en un homenaje para Teodoro Llorente (Sin firma, “En honor de Llorente”, *La Vanguardia*, a. XXI, núm. 14121, 29 de marzo de 1912, p. 8).

⁸³³ Sin firma, “Ateneo Iberoamericano”, *El Día*, a. XXVIII, núm. 9105 (31 de enero de 1907), p. 1. También véase: Sin firma, “Círculos y sociedades”, *El País*, a. XXI, núm. 7113 (31 de enero de 1907), p. 3, y Sin firma, “Reuniones y sociedades”, *El Imparcial*, a. XLI, núm. 14312 (24 de enero de 1907), p. 2.

Antes de que desapareciera la institución, Nervo le escribió a Justo Sierra para informarle de la organización del proyecto: “Se compondrá el Ateneo Iberoamericano de varias secciones, científicas y artísticas, y de una Sección literaria”, que presidiría él mismo; Andrés Ovejero, como primer vicepresidente; Felipe Trigo, segundo vicepresidente; José Pérez Bojart, primer secretario; Manuel Núñez Arena, primer secretario; José Rodríguez Villamil, primer vocal, y Leopoldo Alas, segundo vocal.⁸³⁴ Según los informes de Nervo, el principal objetivo de dicha sección era estrechar los intereses de los pensadores de España y de Hispanoamérica, “a los pensadores jóvenes sobre todo, porque estos tienen ideales más amalgamables, más identificables.”⁸³⁵ Sobre todo, Nervo identificaba que a pesar de la existencia de algunas instituciones, como la Real Academia Española de la Lengua, que pretendía establecer bases de unión entre España e Hispanoamérica, “el escritor americano ha encontrado hasta ahora poca acogida en España; ni se nos conocía ni se nos tenía en cuenta. Por su parte, los jóvenes escritores españoles han sido poco leídos del otro lado del mar y han encontrado sólo un mercado bastante raquítico para su libros.”⁸³⁶

CONSTELACIONES LITERARIAS DEL NUEVO SIGLO

A pesar del proyecto frustrado del Ateneo Iberoamericano (si existió la corporación y realizó alguna sesión, la prensa ni siquiera lo registró en sus páginas), la denominación directa del proyecto de crear “un espacio mental” para la lengua española evolucionó de las propuestas de los escritores decimonónicos sobre la comunicación intelectual entre Hispanoamérica y España. Pero al probarse la imposibilidad de crear un espacio real para la literatura, se entendió que la ubicación del espacio común para los literatos de

⁸³⁴ A. Nervo, *Obras...* Tomo II, *op. cit.*, p. 104.

⁸³⁵ *Ibidem*, p. 105.

⁸³⁶ *Ibidem*.

las dos orillas de la Atlántico debería permanecer en un plano más intangible que concreto. La literatura se habría entendido como la verdadera institución integradora de las naciones hispanohablantes, donde era posible “el intercambio de ideas entre la España mental y la América pensadora”, un sitio para el “comercio mental”, en palabras de Amado Nervo.⁸³⁷

Alrededor de estas ideas, Nervo dialogó con Miguel de Unamuno, quien apreciaba al poeta nayarita como “un alma gemela” debido a su pasado americano.⁸³⁸ Su padre, Félix Unamuno, había nacido en Nayarit, el mismo estado mexicano de donde era oriundo el autor de *Místicas*. Para expresarle este cariño por México, cuando Nervo llegó a Madrid, Unamuno le escribió diciéndole que “México creo está más cerca de Salamanca y de mí que Madrid.”⁸³⁹ Como otros autores españoles de la época, la noción de Hispanoamérica planteada por la literatura de Unamuno dependía de su propia concepción de hispanidad como hecho constitutivo de la identidad española.⁸⁴⁰ En ese sentido, el *ser* español, la relación España-Hispanoamérica y la hispanidad, se convierten en un problema histórico: el pasado colonial y prestigioso de la cultura española se explica en la fundación cultural de Hispanoamérica; pero también era un

⁸³⁷ *Ibidem*.

⁸³⁸ Además de las muestras de admiración en el rico intercambio epistolar entre los dos escritores, con el paso del tiempo, el aprecio de Unamuno por Amado Nervo llegó al grado de escribir al menos dos artículos sobre su poesía, ambos publicados originalmente en el periódico *La Nación*, de Buenos Aires: el primero en 1909 y el siguiente en 1919. En 1920, cuando Alfonso Reyes preparaba la edición de las *Obras completas* de Amado Nervo, le pidió a Unamuno los textos para colocarlos como prólogo al tomo VII del proyecto editorial: *Los jardines interiores. En voz baja*.

⁸³⁹ Miguel de Unamuno, *Epistolario americano (189-1936)*. Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1996. p. 271.

⁸⁴⁰ Debido al interés de Unamuno por Hispanoamérica, expreso a lo largo de su obra intelectual, existen varios estudios sobre la relación entre el escritor vizcaíno y el continente americano. Para mayores referencias sobre el tema, véase: Miguel García Blanco, *América y Unamuno*. Madrid, Editorial Gredos, 1964; Claudio Maíz, *Constelaciones unamunianas. Enlaces entre España y América (1898-1920)*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 2006; Virginia Santos-Rivero, *Unamuno y el sueño colonial*. Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2005; José Ignacio Tellechea Indígoras, *Desde nuestras sendas soledades. Amado Nervo y Unamuno. Epistolario*. Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 2000; y Miguel de Unamuno, *Epistolario americano (1890-1936)*. Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1996.

problema político, en la medida que se mantiene la posición eurocéntrica en el diálogo de España con América.⁸⁴¹

Para Unamuno la lengua española fundamenta la identidad de los individuos del mundo hispánico, no sólo como valor instrumental --porque permite la comunicación entre iguales--, es un rasgo cultural definitivo por su valor metafísico que se traspone en sentencia política: todo lo que hable español se debe culturalmente a España.⁸⁴² Pero, mientras Nervo adjudica ese valor ontológico a una función estética al comprender la lengua española como la identidad del escritor en lengua española, Unamuno considera que en la lengua también hay una representación sociopolítica anterior a la construcción literaria, porque implica un proceso histórico. Es decir, independientemente de sus valores estéticos, la lengua española demuestra que España es el centro del dominio cultural del mundo hispánico, porque fue el país responsable de llevar la cultura occidental a América.

Esta diferencia entre la literatura como máxima expresión de la lengua y último valor estético que también identifica a la comunidad intelectual, en oposición al dominio lengua y literatura como representación sociocultural y política de una nación, podría sintetizarse, en lo que Unamuno refiere como “voz baja” (la poesía) y “voz pública” (la política), en uno de los artículos que escribió sobre la poesía de Amado Nervo:

En voz baja, al oído y en recato. En voz baja, de uno en otro, dejándolo caer del oído al corazón; en voz baja. La voz alta, la voz pública, es para hablar a las muchedumbres, en el mercado o en la asamblea, pregonando géneros de comercio

⁸⁴¹ Virginia Santos-Rivero, *Unamuno y el sueño colonial*. Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2005, p. 19.

⁸⁴² Tras revisar la evolución del concepto “hispanidad” en la obra de Unamuno (desde sus primeros textos de 1898 hasta los posteriores a 1936), Santos Rivera asegura: “En efecto, según Unamuno, todo el que hable español, esté donde esté, es miembro de la misma comunidad internacional, de la ‘Hispanidad’. Esto permite el que la mayoría de los componentes de ‘Hispanidad’, no sean habitantes de España: tanto los indígenas americanos, como los mestizos, como los emigrantes americanos procedentes de otros países europeos son de la misma raza espiritual.” (*Ibidem*, p. 109).

o pregonando ideas, ideas de comercio también. Pero lo lírico, lo verdaderamente lírico, lo íntimo, lo personal, lo que es de cada uno y no de todos, esto, en voz baja. En voz baja, como nos da Amado Nervo el alma de su alma.⁸⁴³

Aquí, Unamuno evidencia su idea de distinguir entre la poesía (la voz baja) y la política (la voz pública), que se mantienen distantes e incommunicables; incluso si los poetas quisieran hablar en los espacios públicos deberían hacerlo a través de la política. Esta reticencia a situar la lengua como el principal rasgo identitario de una comunidad exclusiva de poetas, distancia el discurso literario de los dos escritores porque Unamuno prefiere situar el problema en un plano histórico-político, plano que Nervo constantemente elude y sólo ataja de manera oblicua.

Sin embargo, Unamuno será uno de los escritores españoles que reciba con mayor simpatía a los intelectuales mexicanos. Si su apreciación de la Hispanidad está completamente situada en un plano político, su relación con México aparece matizada debido al pasado de su padre, quien murió cuando el escritor era un niño. Entonces, su madre se encargaba de narrar el pasado mexicano del padre, a partir del cual Unamuno se creó una imagen personal de México, lo que es conocido como el “protoamericanismo de Unamuno”.⁸⁴⁴ Unamuno aseguraba que esas historias sobre México, contadas durante su infancia por su madre, encendieron “su imaginación infantil”: “Y aún se guarda en mi casa un precioso zarape, que hacía sobremesa, y cuyos vivos colores son como el símbolo de los vivos colores --como de flores-- que revisten el tejido de aquellos mis recuerdos infantiles de la tradición mexicana paternal.”⁸⁴⁵ La compleja construcción mnemotécnica de Unamuno (escrita en 1935, cuando envió una carta a la Biblioteca Nacional de México para solicitar unos documentos que le servirían

⁸⁴³ Miguel de Unamuno, *Americanidad*. Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 2002, p. 134.

⁸⁴⁴ Manuel García Blanco, *América y Unamuno*. Madrid, Editorial Gredos, 1964, p. 10.

⁸⁴⁵ *Ibidem*.

para escribir un texto autobiográfico) podría ilustrar su propia concepción de México como espacio privilegiado de la fundación de la cultura española, no sólo en América sino también en España: el padre que va a América y regresa a España para educar a su madre con historias sobre un país exótico, representado sobre la mesa con un colorido singular. Es decir, la figura materna es ilustrada en la medida que escucha la historia del padre de familia que vivió en un espacio extranjero. Y esa estructura formativa se transmitió al hijo.

No todas las experiencias de Nervo con los intelectuales españoles resultaron positivas, como con Unamuno. Discutió con Julio Cejador y Frauca, quien opinaba que en Hispanoamérica se empleaba mal la lengua española. Nervo se oponía a ese prejuicio y añadió que incluso en las diversas regiones de España se realizaban adaptaciones propias al idioma. Y refutaba la presunción de que en México las ideas provenían de los pensadores españoles.⁸⁴⁶ Una de las peroratas de Cejador y Frauca, publicada en 1907, comienza afirmando que dado que literatura hispanoamericana se había nutrido de la literatura extranjera, “se halla, hoy, iba a decir en embrión, pero ni a eso llega, que el embrión ya encierra en sí lo que será el organismo, y la poesía americana todavía no sabemos que sabemos lo que será ni ofrece siquiera muestras de organización distinta caracterizada.”⁸⁴⁷ Más adelante se contradice cuando afirma (“con rubor en la frente y tristeza en el alma”) que España no conoce “en conjunto la literatura americana y que, parcialmente, en detalle, el núcleo más selecto de los escritores hispanos apenas si tiene noticia de la labor de media docena de escritores, que, por haber residido en Madrid, crearon aquí vínculos de amistad y lograron atención y aplauso a sus libros.”⁸⁴⁸

⁸⁴⁶ A. Nervo, *Obras...* Tomo II, *op. cit.*, p. 95.

⁸⁴⁷ Julio Cejador y Frauca, *Cabos sueltos...*, *op. cit.*, p. 351.

⁸⁴⁸ *Ibidem*, p. 371.

Planteamientos como los de Frauca confrontaban la renovación de las letras mexicanas que llegaba a Madrid a través de los escritores del modernismo. Los modernistas suplían a los escritores decimonónicos que habían dominado el campo cultural mexicano en la Villa y Corte, como Ignacio Mariscal y Juan de Dios Peza, muertos en 1909, y de quienes la prensa escribió extensas necrológicas.⁸⁴⁹ Particularmente sobre Peza, recordado “después de haber gozado las caricias de la gloria aún más en el extranjero que en su patria. Siendo secretario de la Legación de Méjico en Madrid recitó los primeros versos, que le acreditaron poeta rotundo, fácil, musical, delicado.”⁸⁵⁰

OTROS MODERNISTAS MEXICANOS EN LA VILLA Y CORTE

En 1907, don Justo Sierra regresó al campo intelectual matritense a través del ensayo *Don Justo Sierra, historiador*, del historiador Luis González y Obregón. El ensayo fue adquirido y reseñado por la Real Academia de la Historia Española, el mismo año que se publicó en México.⁸⁵¹ El libro también fue inmediatamente enviado por su autor a Marcelino Menéndez Pelayo, en espera de comentarios y de su aprobación que al menos no llegaron por epístola.⁸⁵²

⁸⁴⁹ Sin firma, “Panorama universal”, *Hojas Selectas*, a. IX, núm. 102 (junio de 1910), pp. 546 y 547.

⁸⁵⁰ Sin firma, “Muerte de un poeta”, *El Heraldo de Madrid*, a. XXI, núm. 7070 (8 de abril de 1910), p. 1.

⁸⁵¹ Sin firma, “Adquisiciones”, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*. t. LI, c. II y III (agosto y septiembre de 1907), p. 106.

⁸⁵² En 1908 llegó otro historiador mexicano, Alfredo Chavero a la Real Academia de la Historia, quien ya había visitado la Villa y Corte durante la Exposición Histórica de 1892. Chavero leyó su disertación *Calendario Palenque* en una de las sesiones de la Academia, presidida por el marqués de la Vega de Armijo, y a la que también asistieron: José Gómez de Arteche, Cesáreo Fernández Duro, Padre Fita y Gil, Francisco Valverde y Morales y Miguel Sánchez Moguel. (Sin firma, “Academia de la Historia”, *El Siglo Futuro*, a. XXIX, núm. 8501, 24 de abril de 1908, p. 2.)

Por esas fechas también era habitual la presencia del prelado Ignacio Montes de Oca en la Villa y Corte, quien no alcanzó ni el protagonismo de Nervo, ni el que había gozado en España a finales del siglo XIX. En julio de 1909, el canónigo llegó a Valladolid para un veraneo por la Península. El 14 de

Dos años después, como parte del proyecto de difusión de las nuevas letras americanas, la Editorial Maucci editó en 1909 nuevamente *El parnaso mexicano*, una compilación realizada por José León Pagano. Manuel Maucci, propietario de la editorial, señala otras características del proceso de comunicación de la literatura, al criticar en su presentación editorial los problemas de distribución de los libros en Hispanoamérica: “Hablo del libro americano --decía Maucci--. En la mayoría de los casos, el autor costea la edición de sus obras, edición que, además de ser exigua, no sale de la región en que se imprime.”⁸⁵³ En la antología predominan autores identificados con el modernismo como: Manuel Acuña, Anselmo Alfaro, Ignacio Manuel Altamirano, Gustavo A. Baz, Alberto G. Bianchi, Manuel Caballero, Manuel Carpio, Francisco Cosmes, Juan Díaz Covarrubias, José Tomás de Cuéllas, Agustín F. Cuenca, Balbino Dávalos, Salvador Díaz Mirón, Ricardo Domínguez, Jesús Echaiz, Vicente Riva Palacio, Adalberto A. Esteva, José Fernández, Manuel M. Flores, Aurelio Luis Gallardo, Juan B. Garza, Francisco González Fernández, Manuel Gutiérrez Nájera, Juan B. Hjar y Haro, Francisco A. de Icaza, Sor Juana Inés de la Cruz, Ricardo Ituarte, Francisco de A. Lerdo, Manuel Lizarriturri, Ignacio M. Luchichí, Fernando Luna y Drusina, Juan A. Mateos, José Monroy, Amado Nervo, José J. Novelo, Manuel Olaguíbel, Francisco de P. Ortiz, Luis G. Ortiz, Manuel José Othón, José Peón Contreras, Manuel Peredo, Juan de Dios Peza, José M. Pino S., Antonio Plaza, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Manuel E. Rincón, José María Roa Bárcena, José María Rodríguez y Cos, José Rosas, Javier Santa María, José Sebastián Segura, Justo Sierra, Santiago Sierra, Agapito Silva, Francisco Sosa, José Juan Tablada, Joaquín

julio abordó un tren que lo llevó a San Sebastián, donde se imprimió alguno de sus libros y donde conservaba buenas amistades. Montes de Oca sospechaba cambios políticos en México. Para él, como para todos los católicos, sólo había algo peor que la caída del gobierno masónico de Porfirio Díaz, el advenimiento de una revolución socialista. Para no caer en complicaciones políticas en su país, Montes de Oca se quedará por una larga temporada en Europa. (Sin firma, “Noticias por telégrafo”, *El Imparcial*, a. XLIII, núm. 15208, 11 de julio de 1909, p. 3)

⁸⁵³ José León Pagano, *El parnaso mexicano. Antología completa de sus mejores poetas*. Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1909, p. 8.

Téllez, Luis G. Urbina, Juan Valle, Jose María Vigil, Antonio Zaragoza y Rafael Zayas Enriquez.

Precisamente, Rafael Zayas Enríquez dio a conocer en 1907 la traducción del libro *España en América*, del historiador Eduard Gaylord Bourne, de la Universidad de Yale. El tomo formaba parte de la Biblioteca Nación Americana auspiciada por la Universidad de Harvard y dirigida por el profesor Albert Bushnell. La Biblioteca, que comenzó en 1901 para concluir en 1918, constaba de 28 volúmenes y el tercero estaba destinado a historiar la presencia de España en América. En Madrid, el libro *España y América (1450-158)* fue considerado

un homenaje a la verdad histórica y un elocuente alegato de bien probado en favor de los extraordinarios y gigantescos servicios hechos a la civilización por nuestra raza en el Nuevo Mundo. *Tarde piache*, escribiría el glorioso Manco de Lepanto (que también quiso pasar a Indias); pero más vale tarde que nunca, y será bien que nos felicitemos --siquiera sea con amargos dejos de melancolía-- de que rinda tal tributo a España un americano, descendiente compatriota de los exterminadores de la población indígena, así como también haya traducido el libro yanqui al habla de Hernán Cortés un distinguido escritor que se ufana de pertenecer a la raza de aquellos aztecas, cuya sangre se mezcló con la de los conquistadores.⁸⁵⁴

Esta nota breve no sólo difunde el hecho de que una universidad norteamericana rindiese tributo a España por los “extraordinario y gigantescos servicios hechos a la civilización”. Desde luego (y esta necesidad de homenaje lo anticipa) también revela, como la mayoría de los comentarios decimononos, la posición hegemónica desde la que la cultura española se situaba respecto a la cultura americana y a la estadounidense. Si el autor de esta reseña se siente halagado porque la historia norteamericana reconoce las aportaciones culturales españolas al Nuevo Mundo, le parece natural que sea “un distinguido escritor que se ufana de pertenecer a la raza de aquellos aztecas” quien se

⁸⁵⁴ Manuel Cavia, “Actualidad”, *El Imparcial*, a. XLI, núm. 14315 (27 de enero de 1907), p. 1.

muestre obligado a emprender la noble tarea de trasladar al castellano el homenaje tributo en lengua yanqui.

En su papel de promotor de las letras mexicanas, Nervo le enviará a Marcelino Menéndez Pelayo algunos tomos literarios de Luis G. Urbina, otro poeta pronto a llegar a la Villa y Corte, de quien se hablaba en las prensas desde principios del siglo XX, aunque no siempre de manera positiva por asociarlo con el decadentismo mexicano. El satírico *Madrid Cómico*, por ejemplo, no perdió oportunidad de burlarse de las composiciones de Urbina. Si su poesía era sensual, el calificativo era tildado de obviedad porque “no escriben otra cosa los poetas”, recordaba Enrique de Ocón; y si por dolientes, los versos eran calificados de demasiado lastimeros y llorosos.⁸⁵⁵ En suma, la poesía de Urbina parecía el resultado de la acumulación de lugares comunes y de la imitación de otros modernistas.

En eso días también apareció otro decadentista en Madrid, Balbino Dávalos. Igual que Amado Nervo, Dávalos trabajaba para la Secretaría de Relaciones Exteriores de México y había colaborado en la gestación del modernismo mexicano al escribir y traducir poemas simbolistas del francés. En 1909, ocupó el nombramiento de encargado de negocios *ad interim* en la legación mexicana de Portugal que dependía de la embajada en España, lo que le permitió pasar algunos días de bohemia madrileña al lado de Amado Nervo. Al llegar a Lisboa, Dávalos le escribió a su amigo que “apenas nos separa una mala noche” lo que dura el tren en trasladarse de la capital de Portugal a la capital de España.⁸⁵⁶ Dávalos solía escaparse de las obligaciones diplomáticas para departir en el Café Gijón, donde los poetas se encontraron con el escritor guatemalteco

⁸⁵⁵ Enrique de Ocón, “Zoo literario”, *Madrid Cómico*, a. XXX, núm. 16 (4 de junio de 1910), pp. 10 y 11.

⁸⁵⁶ Balbino Dávalos, *Digresiones de un pasado lejano. Memorias*. México, Universidad de Colima, 2010, p. 125.

Enrique Gómez Carrillo, despreocupado de las obligaciones diplomáticas con su país, lo que erizaba la sensibilidad mexicana. También vieron a Felipe Trigo, quien “acercóse bien presto --recordaría Balbino Dávalos-- y, sin saludar a nadie, con voz y aspecto serios, me habló directamente a mí, diciendo: ‘—Perdone usted. ¿Usted es el traductor de *Afrodita*?’.”⁸⁵⁷

Pero no terminaron ahí las andanadas del nuevo campo literario mexicano en Madrid. Nervo presentó a Dávalos al influyente Mariano Miguel de Val para que leyera sus composiciones en el Ateneo de Madrid. Así, a las nueve y media de la noche del 22 de marzo de 1909,⁸⁵⁸ el poeta mexicano leyó las traducciones de las piezas “Sinfonía en blanco mayor” y “El arte”, de Théophile Gautier, “Los gatos”, de Raoul Gineste y “Sagesse”, de Paul Verlaine; además de los poemas de creación personal “Las rocas y los árboles hablaron”, “Aura espírita”, “El último poeta” y “María Guerrero”. El periódico *El Imparcial* reseñó la velada del Ateneo en la que se escucharon “cálidos y entusiastas aplausos” por las magníficas composiciones del diplomático mexicano, de quien se dijo: “Es una de las personalidades literarias y poéticas más distinguidas y apreciadas en México, por su cultura, por la intensidad y singularidad de su inspiración y por la suma pericia con que ha sabido verter al castellano las joyas más admirables de la lírica extranjera.”⁸⁵⁹

Parte de los poemas de Dávalos fueron recogidos en su libro *Las ofrendas* que editó ese mismo año de 1909 la Tipografía de la Revista de Archivos, también dirigida

⁸⁵⁷ *Ibidem*, p. 124.

⁸⁵⁸ Sin firma, “Reuniones y sociedades”, *El Imparcial*, a. XLIII, núm. 15098 (22 de marzo de 1909), p. 5.

⁸⁵⁹ “[Fragmento del periódico *El Imparcial* de Madrid]”, ubicado en Fondo Balbino Dávalos del Archivo Histórico del Municipio de Colima, caja 2, exp. 59, 2 f.

por Mariano Miguel de Val.⁸⁶⁰ Rubén Darío publicó en *Mundial Magazine* una reseña crítica sobre el volumen, en el que encontró la confluencia de varias corrientes literarias: “La cultura de este poeta es tan firme como variada. Posee un vocabulario rico y una airosa elegancia de composición. Es múltiple y, sin embargo, personal. Es clásico, es romántico, es parnasiano, es simbólico a veces.”⁸⁶¹

Las cartas de felicitación siguieron. Enrique Díez Canedo escribió en nombre del Ateneo de Madrid, y además de extender sus congratulaciones a Dávalos, lo presentó al director de la revista *La Lectura*, Francisco Acebal.⁸⁶² Díez Canedo escribió una reseña sobre *Las ofrendas*, en la que situó al poeta mexicano entre los escritores que habían logrado una renovación literaria en la lengua castellana. “No ha sido ajeno a él Balbino Dávalos, y en su libro se advierte de modo incontestable; en sus composiciones recientes, los metros que emplean los poetas nuevos empléalos él con un alto sentido de ritmo y de cadencia.”⁸⁶³ También escribió la poeta Blanca de los Ríos, titular de la sección de arte de la revista *Cultura Española*, para manifestarle a Dávalos que estaba ocupada con su libro de poesía *Las ofrendas* “cuya lectura saboreo con frutiva delectación”, ya que sus versos son “clásicamente perfectos, nítidos y luminosos, como una estatua de Fidias”; además le comunicó las palabras de Emilia Pardo Bazán, quien “hizo grandes elogios del encanto musical que usted solía dar a sus versos al leerlos”.⁸⁶⁴

⁸⁶⁰ Balbino Dávalos, *Discursos leídos ante la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española en la sesión solemne con motivo de la recepción pública de Balbino Dávalos el 23 de julio de 1930 en la Barra Mexicana de Abogados*. México, Labor, 1930, p. 15.

⁸⁶¹ “[Los diplomáticos poetas...]”, mecanoescrito ubicado en el Fondo Balbino Dávalos del Archivo Histórico del Municipio de Colima, caja 5, exp. 37, f. 11.

⁸⁶² “[Carta de Enrique-Diez Canedo a Balbino Dávalos]”, ubicada en el Fondo Balbino Dávalos del Archivo Histórico del Municipio de Colima, caja 3, exp. 6, 1 f.

⁸⁶³ Enrique Díez-Canedo, “Poesía”, *La Lectura*, a. IX, t. II (mayo de 1909), pp. 60-63.

⁸⁶⁴ “[Carta de Blanca de los Ríos a Balbino Dávalos]”, ubicada en el Fondo Balbino Dávalos del Archivo Histórico del Municipio de Colima, caja 4, exp. 65, 1 f.

Confiado por todas estas muestras de admiración, el poeta Mariano Miguel de Val comenzó a gestionar ante su gobierno que le otorgaran a Balbino Dávalos la Medalla Alfonso XIII, por sus aportes culturales a la lengua española. La medalla y el diploma correspondiente, le fueron entregados a don Balbino en junio de ese año.

Amado Nervo también le entregó a Mariano Miguel de Val la novela *Reconquista* (1908), del escritor mexicano Federico Gamboa, quien planeaba adjudicarse un cargo diplomático en la legación de México en Madrid. La recepción crítica de *Reconquista*, es interesante, toda vez que el argumento general de la novela es la urbanización de la Ciudad de México. Al comentar la novela de Gamboa, de Val mostró que en el horizonte cultural de la intelectualidad matritense aún permanecía la imagen de la cultura mexicana como un escenario tropical domeñado por “hombres a caballo”. De ahí su sorpresa: *Reconquista* habla de ciudades y del arte. Mejor aún, a la manera de las ilusiones perdidas del novelista inglés Charles Dickens, Gamboa actualiza el tema de la iniciación artística para presentar la moral de un pintor (el arte por el arte, el amor ciego a los valores del humanismo clásico, la honestidad, la disciplina y la perseverancia) devorada por la desmesura de las tentaciones de una ciudad (el urbanismo, las mujeres, la tecnología, los excesos, la sociedad...). Por eso, de Val agradeció el que Nervo le regalara el libro de Gamboa, “y es que en él hallé --dijo el español-- algo que anhelaba encontrar en los libros americanos: ambiente de América, cuadros de América, gentes de América, amores de América y almas de América; es decir, espontáneos sentimientos e ideas propias, en vez de inspiraciones ajenas.”⁸⁶⁵

En febrero de 1910, Balbino Dávalos había insistido a Amado Nervo que gestionara la edición de *Poesías de Ignacio Mariscal*, una compilación realizada para la Tipografía de Archivos. Dávalos realizó toda la labor editorial pero, debido a que sus labores diplomáticas le exigían regresar a Portugal, encomendó a Nervo que concluyera las labores de gestión con Mariano Miguel de Val y su editorial. Sin embargo, Dávalos reclamó la falta de atención de Nervo para acabar las negociaciones con la editorial, saturada de trabajo. Mientras aumentaba la despreocupación del autor de *Perlas negras*

⁸⁶⁵ M. M. V., “Bibliografía”, *Ateneo*, t. VII, (enero a junio de 1909), pp. 255 y 256.

y se acumulaban los compromisos de la editorial, vino la muerte de Ignacio Mariscal (para quien, por cierto, no faltaron las esquelas de honor impresas en *El Boletín Oficial y Revista Masónica del Grande Oriente Español*) que ya no pudo ver concluida la edición de sus versos.⁸⁶⁶ Dávalos se dirigió apenado al hijo del secretario de Relaciones Exteriores de México, Alonso Mariscal, en la carta fechada el 19 de abril de 1910 en la que parafraseó una carta de Nervo, en la que se leen, entre líneas, ciertos desaguisados entre los dos escritores, diferencias que distanciarían a Dávalos del campo literario mexicano en Madrid.⁸⁶⁷

Sin embargo, a pesar de esta nota discordante, Nervo seguía construyendo el campo literario mexicano en Madrid. A principios de abril de 1910, se encargó de recibir en la capital al diplomático y escritor mexicano Victoriano Salado Álvarez. El 28 de abril, Nervo organizó una lectura de la obra literaria de su compatriota en la Unión Iberoamericana (para su presentación en la Villa y Corte, Salado Álvarez eligió el tema de José Zorrilla en México), a la que invitó a varios intelectuales matritenses, entre ellos --cómo no-- a Marcelino Menéndez Pelayo.⁸⁶⁸ Ahí mismo, el poeta leyó fragmentos de su libro *Juana de Asbaje* que se publicaría por la Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández. El 13 de mayo de 1910 Nervo y Salado Álvarez repetirían presentaciones en la Unión Iberoamericana. En esta ocasión, el poeta leyó una segunda parte de su monografía sobre Juana de Asbaje, mientras que Victoriano Salado dictó una conferencia sobre *La emancipación de Texas y la esclavitud de los negros*.⁸⁶⁹

⁸⁶⁶ Balbino Dávalos, "Don Ignacio Mariscal y *El Dómine*", en t. VI, año XXX, núm. 10741 (27 de noviembre de 1946), pp. 4 y 15.

⁸⁶⁷ Balbino Dávalos, "A guisa de proemio", *Poesías de Ignacio Mariscal*. Coleccionadas por Balbino Dávalos. Madrid, Tipografía de la Revista Archivos, 1911, p. [7]

⁸⁶⁸ Sin firma, "Academias, ateneos y sociedades", *La Época*, a. LXII, núm. 21375 (25 de abril de 1910), p. 3. También véase: Sin firma, "Círculos y sociedades", *El País*, a. XXIV, núm. 8290 (27 de abril de 1910), p. 3.

⁸⁶⁹ Sin firma, "Academias, Ateneos y Sociedad", *La Época*, a. LXII, núm. 21393 (14 de mayo de 1910), p. 2. También véase: Sin firma, "Academias y centros", *ABC* (15 de mayo de 1910), p. 11.

En ese año de 1910 se habló de otro poeta joven, también identificado con la segunda generación modernista de poetas hispanoamericanos, Enrique González Martínez, que años después residiría en Madrid. Enrique Díez Canedo, atento a la literatura hispanoamericana, destacará de este poeta la erótica del discurso a través de la clara expresividad de los sentimientos, matizados por una elaborada construcción formal. Explica Díez Canedo:

No, no busqueis en toda la obra de Enrique González Martínez clamores desaforados, desesperaciones profundas y negras, indignaciones ásperas: alegría, sí, pero sin exaltación; tristeza también, pero sin abatimiento. ¿Y sin profundidad? *That is the question!* Para mí hay más profundidad en este sentimiento contenido y dueño de sí que en el interjeccionismo gárrulo que hace las delicias de la muchedumbre, muchedumbre que comienza en algunos críticos sesudos y termina en la masa frívola de los lectores irreflexivos: la palabra frialdad será la clave de su juicio.⁸⁷⁰

González Martínez había manejado otro modelo de modernismo, distante de la imaginería rítmica del primer Darío o de Gutiérrez Nájera, más cercano a la poesía de Francisco A. de Icaza o del último Amado Nervo, una poética, además, del gusto de los lectores españoles. Para 1909 ya había publicado tres volúmenes líricos: *Preludios* (1903), *Lirismos* (1907) y *Silenter* (1909).

Al año siguiente, el 29 de abril de 1910, Nervo volvió a presentarse en la Unión Iberoamericana para dictar otra vez la misma conferencia sobre Juana de Asbaje (Sin firma, “Reuniones y sociedades”, *El Imparcial*, a. XLIV, núm. 15495 (29 de abril de 1910), p. 3. También véase: Sin firma, “En la Unión Iberoamericana. Sor Juana Inés de la Cruz”, *El Liberal*, a. XXXII, núm. 11187 (29 de abril de 1910), p. 2; Sin firma, “Conferencias en la Unión Iberoamericana”, *El Día*, a. III, núm. 856 (24 de noviembre de 1910), p. 2, y Sin firma, “Academias y centros”, *ABC* (27 de abril de 1910), p. 11). Ese mismo año, en el Ateneo, también participará como orador del programa en honor del centenario de la independencia de Argentina (Sin firma, “El centenario de la Argentina. En la Unión Iberoamericana”, *La Correspondencia de España*, a. LXI, núm. 19107 (5 de junio de 1910), p. 5). En 1913, Nervo volverá a presentarse en el Ateneo para leer la misma monografía sobre Juana de Asbaje (Sin firma, “Ateneo. Florilegio de poetas”, *El País*, a. XXVII, núm. 9339 (24 de enero de 1913), p. 2).

⁸⁷⁰ Enrique Díez-Canedo, “Silenter”, *La Lectura*, a. X, núm. 117 (septiembre de 1910), pp. 445-447.

Pero, sin lugar a duda, Amado Nervo fue el poeta modernista mexicano más trascendente en Madrid. Durante toda la primera década del siglo XX, Nervo colaboró, por lo menos, en 26 periódicos y revista españoles: *La Ilustración Española y Americana*, *La Correspondencia de España*, *La Época*, *La Ilustración Artística*, *El Heraldo de Madrid*, *Hispania*, *Revista Nueva*, *El Imparcial*, *Vida Moderna*, *Por Esos Mundos*, *El Liberal*, *Vida Intelectual*, *Renacimiento*, *Gente Vieja*, *El Nuevo Mundo*, *Prometeo*, *Lo Maravilloso*, *República de las Letras*, *Nuevo Mercurio*, *Revista Crítica*, *Ateneo*, *Elegancias*, *La Monarquía*, *Nuestro Tiempo*, *Cervantes*, *La Semana*, *Summa*, *Hojas Selectas* y *Mundo Gráfico*. En la mayoría de dichos impresos publicó anticipos de los 11 libros que editó también en España hasta antes de su muerte en 1917: *Otras vidas*, *Almas que pasan*, *Un sueño (Mencia)*, *Juana de Asbaje*, *Mis filosofías*, *Serenidad*, *Elevación*, *El diamante de la inquietud*, *Una mentira*, *Amnesia* y *Plenitud*.⁸⁷¹

La presentación literaria de Nervo en Europa fue la novela *Orgiène* (1900), publicada en París por Leon Vanier, el “famoso editor de Verlaine”.⁸⁷² En España, *El bachiller* será publicado en el volumen *Otras vidas* (1905), junto con las novelas *Pascual Aguilera* y *El donador de almas*,⁸⁷³ por la editorial catalana Ballescá. El libro

⁸⁷¹ En 1906, el crítico y periodista Julio Camba, refiere la siguiente anécdota sobre un hipotético libro proyectado por Amado Nervo, con el título de *Polifonario*, libro que jamás vio las prensas: “un libro religioso con tapas de marfil y broches de plata, para poner la aprobación eclesiástica y los días de indulgencia al principio y comenzar todas las oraciones con mayúsculas de carácter gótico impresas en tinta roja [...]. Lo que él quiere es imaginarse a esas muchachas religiosas de los pueblos con sus versos en los labios, floreciendo en una media voz fervorosa, bajo la paz solemne de las iglesias. Quiere que esos versos, de intención impura, expresen los más puros sentimientos de las vírgenes provincianas; que estas los pronuncien de noche, en la soledad de sus dormitorios, mientras van despojando sus cuerpos de vestiduras, y que se duerman santamente a la mitad de la estrofa que les había de dar indulgencia por los pequeños pecados del día.” Tal vez ese *Polifonario* habrá de convertirse definitivamente en *En voz baja*... (Julio Camba, “Crónica. Polifonario”, *El País*, a. XX, núm. 6853 (11 de mayo de 1906), p. 1).

⁸⁷² Amado Nervo, *Tres estancias narrativas (1890-1899)*. Editores, Yólotl Curz Mendoza, Gustavo Jiménez Aguirre y Claudia Cabeza de Vaca. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Editorial Océano, 2006, p. 309.

⁸⁷³ A la aparición de la edición mexicana de la novela, en 1899, Rubén Darío publicó una breve reseña sobre el volumen. (R. D. “El donador de almas, por Amado Nervo”, *Revista Nueva*, a. II, núm. 19 (agosto a diciembre de 1899), p. 45.)

será recibido tímidamente y sus reseñistas se mostrarán más preocupados por distanciar al autor de “decadentismos” y “naturalismos” que por comentar los temas y argumentos de la narrativa. En concreto, sobre *El bachiller* destacaron que se trata de una novela “de gran interés psicológico, que revela en Amado Nervo, aparte de sus ya conocidos dotes brillantes de estilo, una utilísima percepción de almas”, sin detallar las descripciones naturalistas y las citas a poetas decadentes que abundan en el libro.⁸⁷⁴ En 1905 también apareció en México el poemario *Los jardines interiores* de Nervo, reseñado en España por el escritor José Sánchez Rojas, quien destacará al poeta mexicano como un autor “apasionadamente modernista” que escribe “impresiones personales, sueños de artista a media luz, y son ya claros, ya de una tonalidad rabiosa.”⁸⁷⁵

Pero la recepción de Nervo en España había comenzado, seriamente, en 1902, cuando publicó *El éxodo y las flores del camino* en México. Los críticos españoles cuestionaron entonces el sistema métrico empleado por el poeta, como lo hace Miguel de Unamuno para la revista *La Lectura*, que calificó de prosaísmos a la mayoría de los versos nervianos. Unamuno atribuye al influjo de la versificación en francés el mal empleo de los versos del mexicano: “buscar la reforma del verso castellano, o su modernización, por vías francesas y con oído habituado a las cadencias del francés, como si fuese lo mismo ambos idiomas y, sobre todo, como si no difiriesen todo lo que entre sí difieren sus prosodias respectivas.”⁸⁷⁶ Además criticó que el autor mexicano se explayase sobre París como “la ciudad divina” y exaltase a la cultura francesa. Aún así, Unamuno reconocía la necesidad de “flexibilizar al castellano”, no coincide que sea a

⁸⁷⁴ Sin firma, “Origène (El bachiller)”, *Nuestro Tiempo*, a. I, núm. 10 (octubre de 1901), p. 554.

⁸⁷⁵ José Sánchez Rojas, “Literatura hispanoamericana. *Los jardines interiores*”, *Vida intelectual*, a. I, núm. I (mayo de 1907), pp. 77-81.

⁸⁷⁶ Miguel de Unamuno, “El libro del mes. Literatura hispanoamericana”, *La Lectura*, a. III, t. III (febrero de 1903), pp. 96-101.

través de la influencia idiomática del francés. Un crítica similar se publicó en la revista *Nuestro Tiempo*, que se quejó del “sistema métrico” del poeta mexicano: “Pero lo que no puede discutirse es el gran talento y el irresistible encanto de su literatura.”⁸⁷⁷

Publicado originalmente con viñetas y grabados trazados por los punzones decadentistas de los pintores mexicanos Julio Ruelas y Roberto Montenegro, *El éxodo y las flores del camino* es una suerte de álbum iconoclasta, integrado por crónicas de viaje, descripciones de sitios, poemas dedicados a artistas, reyes e intelectuales y notas líricas sobre sensaciones generadas en el poeta a su paso por la geografía de su primer viaje a Europa. Los cuadros son potenciados por la capacidad estética de Nervo para proyectar sus impresiones en diferentes formatos literarios. Como lo había hecho en sus colaboraciones periodísticas posteriores a 1898, tras esta primera estancia europea, los trasuntos sociopolíticos de las nacionalidades (las fronteras geográficas, las costumbres culturales o la historia de los pueblos) son superados en el sincretismo lírico de sus letras.

Para Nervo, la lengua española es capaz de incorporar a sus dominios la extensión del mundo con lo que se pierde el origen nacional o ideológico de los escritores: hay un escritor de la lengua española nombrando el universo, incorporando las imágenes del mundo a la lengua española. La declaración más explícita de la pugna entre la ciudad real, afincada por la política, la sociedad y la historia, contra la ciudad estética de lengua diseñada por la literatura, aparece en su cuadro apologético “La ciudad literaria”, donde escribe:

⁸⁷⁷ E. M., “Lecturas americanas”, *La España Moderna*, a. 16, núm. 181 (enero de 1904), p. 155.

La polémica arrojó varias páginas de notables autores. Rufino Blanco Fombona escribió en 1904 un texto sobre lo que él llamo el “neo español”, es decir, la adaptación que se hacía de la modulación retórica francesa a la lengua española, impulsada por varios autores, entre los que destacó a los mexicanos Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo y Francisco A. de Icaza. (Rufino Blanco Fombona, *Letras y letrados de Hispanoamérica*. París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, Librería Paul Ollendorf, 1908, pp. 129-133.)

Esta ciudad apedrea a los profetas y el destino se alía con ella. Aun cuando estés nutrido con el tuétano del león de la ciencia; aun cuando el amor te haya fortificado con la roja fuerza de sus viñas; aun cuando tu alma esté hecha de la substancia misma de los sueños; aun cuando el arte haya purificado tus labios como lo fueron los de Isaías con un carbón encendido, pasa de prisa.⁸⁷⁸

Tras la aparición del libro *Otras vidas* (1905) (ya comentado en párrafos anteriores), el escritor mexicano publicó en 1906 *Almas que pasan* (“un bonito y elegante tomo conteniendo una colección de las mejores prosas de este autor”⁸⁷⁹), publicado por *Revista de Archivos*.⁸⁸⁰ Mariano Miguel de Val, editor del volumen, comentó: “Si *Almas que pasan* fuese la primera producción literaria de Amado Nervo, hubiera hecho ruido, como se dice vulgarmente. Pero que un talento acreditado ya y reconocido, de a luz una nueva obra de mérito, no es una novedad aunque sea un acontecimiento.”⁸⁸¹ De Val destaca ciertos ideologemas que le parecen fundamentales en la narrativa nerviana, valores estético contrapuestos que van de una semántica del esfuerzo --infelicidad, sacrificio y abnegación-- a la esperanza de modificar la realidad, esperanza alentada por una fantasía positiva. En este sistema de valores en evolución, se proyectan los deseos de los personajes de superar sus propias limitaciones físicas, morales o sociales.

Otro comentarista que admiraba a Nervo, Andrés González Blanco escribió un largo ensayo sobre *Almas que pasan*, dedicado al tema de los movimientos literarios de fin de siglo: decadentismo, parnasianismo, simbolismo, modernismo... El escritor español consideraba que estos movimientos tratan de iluminar los cambios culturales que habrían acontecido hacia finales del siglo XIX y que modificarían el horizonte

⁸⁷⁸ Amado Nervo, *El éxodo y las flores del camino*. México, Tipografía de la Oficina Impresora de Estampillas, Palacio Nacional, 1902, p. 159.

⁸⁷⁹ Sin firma, “Publicaciones”, *El Imparcial*, a. XL, núm. 14083 (8 de junio de 1906), p. 2.

⁸⁸⁰ Al mismo tiempo, en ese año, la Librería viuda de Charles Bouret dio a conocer, en París, otro volumen de Nervo: *Lecturas mexicanas graduadas*, destinado a texto escolar de la materia de literatura en la educación primaria de México.

⁸⁸¹ Mariano Miguel de Val, “Últimas prosas de Amado Nervo”, *Ateneo*, a. I, núm. VII (julio de 1906), p. 95

social de la siguiente centuria. En su opinión, escritores como Nervo, identificado por la mayoría de los críticos como un autor cercano a los ismos finiseculares, eran las “almas sensibles” que percibían dichas modificaciones. “Nuestra época --escribió González Blanco-- se encuentra más bien en un estado de inconsciencia que quiere ser consciente [...]. Así lo ha sentido este gran poeta (a quien algunos han llamado decadente simplemente por ser de su época) Amado Nervo.”⁸⁸²

Después, el 27 de abril de 1907, comenzó a circular la novela *Un sueño* (*Mencia*) dentro de la colección El Cuento Semanal de la Biblioteca Calleja, propiedad de Saturnino Calleja que pretendía crear un conjunto canónico de cuentos de la lengua española. La Biblioteca tenía una amplia circulación (3000 ejemplares por tiro) y se ofertaba a un precio popular.⁸⁸³ En el capítulo III de la noveleta, Nervo presenta una descripción de Madrid muy parecida a la que ya había mostrado en sus artículos (y en sus cartas personales), particularmente por su idea de la capital de España como un lugar laberíntico, agitado y tumultuoso: “Era Madrid frecuentado por innumerables forasteros, y en su calle Mayor, siempre animada, y en sus muchas callejuelas, se codeaban, en las taifas y en los corros del mentidero, los soldados que había mojado la lluvia pertinaz de Flandes y los que había tostado el sol de Nueva España.”⁸⁸⁴ Esta idea de conglomeración urbana muestra a la capital de España como un aglutinador de culturas. En la línea de pensamiento que los propios intelectuales españoles establecían para referirse a la cultura hispana como diseminadora de cultura en las civilizaciones del mundo, para Nervo Madrid es el centro político de las capitales hispanas.

⁸⁸² Andrés González Blanco, “Revista bibliográfica”, *Nuestro Tiempo*, a. VI, núm. 83 (10 de septiembre de 1906), pp. 468 y 469.

⁸⁸³ Sin firma, “Publicaciones de actualidad”, *La Correspondencia de España*, a. LVIII, núm. 17972 (27 de abril de 1907), p. 3.

⁸⁸⁴ Amado Nervo, *Obras...* Tomo I, *op. cit.*, p. 331.

Sin embargo, Nervo no califica Madrid como una ciudad propiamente cosmopolita, como sí llegó a describir a ciudades como Nueva York, Londres o París. Uno de los ejercicios recurrentes de la retórica nerviana para situar a sus lectores mexicanos (a quienes están originariamente destinadas sus letras), es presentar la capital de España como un lugar parecido a la capital de México. Si bien puede parecer un recurso baladí, esta comparación sencilla le sirve al autor para mostrar la empatía en los espacios sociales de las dos capitales. Para Nervo, Madrid es una ciudad de calles estrechas, irregulares y populares, recorrida por una masa de personas con alegre aire urbano, pero no cosmopolita. De ahí que en una de sus crónicas sobre la capital de España describa con humor las terrazas matritenses, “esas simpáticas terrazas de quita y pon de la calle de Alcalá, que añaden una viva y alegre nota al perenne bullicio de la arteria principal de Madrid”,⁸⁸⁵ o le parezca singular la cantidad de banquetes sociales, verbenas populares y fiestas patronales a las que asisten los madrileños durante el año.

Para 1907, el poeta mexicano ya era considerado uno de los paladines del modernismo en el campo literario español. Los epítetos con los que la prensa lo describía eran más o menos los mismos que se utilizaban para otros autores jóvenes españoles o hispanoamericanos: “erudito, filosófico y altamente estético”,⁸⁸⁶ o “poeta decadente, cantor de las finiseculares inquietudes”,⁸⁸⁷ o “poeta elegantísimo, inspirado y genial”,⁸⁸⁸ o “poeta espiritual y sublime”,⁸⁸⁹ o “poeta exquisito, que a pesar de su vigor cerebral y de su universal cultura sabe mostrarse inspirado por un hada ligera y

⁸⁸⁵ *Ibidem*, p. 1219.

⁸⁸⁶ Alberto Insúa Escobar, “Revista bibliográfica”, *Nuestro Tiempo*, a. VI, núm. 75 (10 de mayo de 1906), p. 265.

⁸⁸⁷ Andrés González Blanco, “Movimiento literario reciente”, *Nuestro Tiempo*, a. VII, núm. 108 (diciembre de 1907), pp. 327-335.

⁸⁸⁸ Mariano Miguel de Val, “Últimas prosas de Amado Nervo”, *Ateneo*, a. I, núm. VII (julio de 1906), p. 95.

⁸⁸⁹ E. Barriobero y Herrán, “La vuelta de los poetas”, *El País*, a. XXI, núm. 7303 (3 de agosto de 1907), p. 3.

amable”.⁸⁹⁰ En 1908 el periódico *El Liberal* creó la columna “Poetas del día”, con el subtítulo “auto semblanzas y retratos”, para que las nuevas generaciones de escritores se presentaran ante el público español, porque el periódico creía que “hay en la actualidad una generación brillante de poetas nuevos.”⁸⁹¹ La columna fue inaugurada por Amado Nervo el 30 de enero de 1908, lo que habría de confirmar la identificación del escritor mexicano como baluarte de la nueva poesía hispanoamericana.

Nervo aparecerá como una de las figuras centrales del modernismo y comenzó a ser blanco de las críticas de los intelectuales conservadores, como aquellos que publicaban en los periódicos *La Época* y *El País*, quienes no sólo tildaban de afrancesados a los modernistas, también les atribuían “el alejar a la poesía de las masas” a través de la elucubración de sus composiciones poéticas.⁸⁹² El principal recurso argumentativo de este tipo de críticas era trasladar el nivel del lenguaje metafórico al lenguaje literal. Así, por ejemplo, si el poeta hablaba de su hermandad con los lobos, por su gusto por la noche, los críticos tildaban al poeta de poseer cualidades de animalidad.⁸⁹³ Tal vez por estas críticas, Nervo publicó sus libros de poesía fuera de España, y prefirió difundirlos en México y en Francia. En España sólo publicó volúmenes de novelas, noveletas y cuentos.

Al comenzar 1909, la agenda cultural y literaria de Amado Nervo tenía sus días llenos de eventos. El día 8 recibió el nombramiento de Comendador Ordinario de la Orden Civil de Alfonso XIII.⁸⁹⁴ El 22 de febrero, la Secretaría de Relaciones Exteriores promovió su ascenso a primer secretario de la Legación de México en España y

⁸⁹⁰ Sin firma, “Gacetilla literaria”, *El Imparcial*, a. XL, núm. 14233 (5 de noviembre de 1906), p. 3.

⁸⁹¹ Sin firma, “Poetas del día”, *El Liberal*, a. XXX, núm. 10923 (30 de enero de 1908), p. 1.

⁸⁹² Ramiro Merino, “Crónicas madrileñas. Lira en riestre”, *El País*, a. XXII, núm. 7485 (1 de febrero de 1908), p. 3.

⁸⁹³ Zeda, “Crónicas contemporáneas. Conferencia literaria”, *La Época*, a. LX, núm. 20714 (24 de junio de 1908), p. 1.

⁸⁹⁴ Sin firma, “Amado Nervo”, *El Liberal*, a. XXXI, núm. 10709 (22 de febrero de 1909), p. 3.

Portugal,⁸⁹⁵ al mismo tiempo que en París aparecía por la Casa Ollendorff *En voz baja...*, con la inclusión de los poemas de *El éxodo* y *las flores del camino*. A diferencia de la recepción que había recibido el sistema métrico de los poemas de *El éxodo* y *las flores del camino*, Nervo corrigió algunos de los versos de *En voz baja...* donde continuó explorando metros de más de 14 sílabas y cortes inusuales en la versificación, que rompían con los moldes sinfónicos de su libro anterior para ensayar versos de música suave y encabalgamientos armoniosos.

Así lo entendió Enrique Díez Canedo, quien añadió que la de Nervo era “una poesía refinada, en la que caben todo atrevimiento gala, toda sutil ironía, todo ensueño vago, toda evocación incorpórea, de la que están desterrados la violencia del apóstrofe, la exaltación del himno, la hinchazón rotunda y vacía de la oda.”⁸⁹⁶ Pero lo que más atrajo la atención de la crítica, fue la intención de Nervo por tratar los llamados “temas de la modernidad”, como las dudas presentes en el horizonte cultural durante el fin de siglo, la crisis en los sistemas filosóficos de la época, incluidos los dogmas religiosos, o la aparición de las máquinas en las ciudades y los vislumbres de guerra entre las naciones más poderosas del mundo industrial. Por ello, una vez leído *En voz baja...* Vicente Almela lo calificó como “un poeta hijo de su tiempo. Gravitan sobre su espíritu las pesadumbres de la actual civilización. Atravesamos una época de dudas, de rectificación de errores, de crisis religiosas, de avances científicos, de negaciones filosóficas.”⁸⁹⁷

Sin embargo, no todos los lectores de Nervo fueron tan complacientes con su último libro de poesía. La publicación satírica *Madrid Cómico* se burló de los poemas

⁸⁹⁵ Sin firma, “Noticias de sociedad”, *La Época*, a. LXI, núm. 20951 (21 de febrero de 1909), p. 2. También véase: Rubryk, “Consideraciones mundanas”, *Heraldo de Madrid*, a. XX, núm. 660 (22 de febrero de 1909), p. 1.

⁸⁹⁶ Enrique Díez-Canedo, “Poesía”, *La Lectura*, a. IX, t. II (1909), pp. 61 y 62.

⁸⁹⁷ Vicente Almela, “Plática. En voz baja, por Amado Nervo”, *Heraldo de Madrid*, a. XX, núm. 6838 (19 de agosto de 1909), p. 3.

que Nervo tituló “Canto a España” (reproducidos por el periódico *Heraldo de Madrid*), parodiados como “canción de ingesta” y al autor se le llamó “percepta y desvergonzado ripiepta.”⁸⁹⁸ El conjunto “Canto a España” (que le daría cierta fama al poeta de cantor mexicano de Castilla) es una selección de composiciones sustraídas de *En voz baja...* en los que se exalta, principalmente, la geografía castellana. Como lo había hecho Juan de Dios Peza, Nervo evoca Madrid con las recreaciones mnemotécnicas de los paisajes de Castilla y La Mancha.

*¡Oh!, las cúbricas torres en la paz de la villa.
¡Oh!, las áridas lomas y el panzudo batán.
¡Oh!, severo paisaje del solar de Castilla,
con tus diáfanos cielos y tu tierra amarilla
y semblante inmenso, como para un inmenso afán.*⁸⁹⁹

Y al igual que Peza, seducido por el aire medieval de los poblados de Castilla-La Mancha, Nervo también se siente subyugado con “Las historias viejas”, como se titula el segundo poema del conjunto. En el tercero, “Por qué vine a Castilla”, responde que lo hizo en busca de esas “historias viejas”.

*Por estas viejas historias
y en pos de tus santas glorias,
de tus áureas tradiciones
vine, madre, a tu regazo,
trayendo versos, que es lazo
que ata bien los corazones.*

*En mi alma sólo tenía
esencia de poesía,
que fue tuya, pues en ti,
con un ímpetu filial,
la redema de cristal
de mis sueño vertí.*⁹⁰⁰

⁸⁹⁸ Enrique Ocón, “Zoo literario”, *Madrid Cómic*, a. XXX núm. 20 (6 de julio de 1910), p. 11.

⁸⁹⁹ Amado Nervo, “Poetas conocidos. Canto a España”, *Heraldo de Madrid*, a. XXI, núm. 7129 (6 de junio de 1910), p. 3.

⁹⁰⁰ *Ibidem*.

En estos versos, Nervo coloca en el mismo nivel de significación los *topoi* poesía, memoria y recreación de Castilla que, evidentemente, no se trata de la Castilla de la realidad geográfica o histórica de España, sino de la fantasía evocada por el poeta. Nervo encuentra en ese lugar fundado por su fantasía poética, el lugar de la poesía. El conjunto de “Canto a España” se cierra con el poema “Visión” que describe brevemente a Hispanoamérica como una región enamorada de España.

También en París, por la Casa Ollendorf, en 1909 apareció el libro de cuentos y ensayos *Ellos* de Nervo, reseñado por la revista española *Lo Maravilloso* dedicada al psiquismo y al espiritismo, en una mezcla compleja de ideas originadas en el conocimiento enciclopédico de las bellas artes, la ciencia y la cultura en general. De alguna forma, las prosas que conforman el libro *Ellos* son una miscelánea que expresa la emoción del autor por las novedades del siglo XX. Entre sus páginas se habla del automóvil y la locomotora, con breves recreaciones fantásticas sobre una hipotética aparición del Cid en el siglo XIX. *Ellos* fue calificado de “espiritismo materialista [...] producto de la destilación en el entendimiento y en el corazón del hombre, de todas las cosas que le rodean: el espíritu no es ya el mito omnipotente: es el aroma de la tierra y de los seres que la pueblan”.⁹⁰¹ De temática similar, en 1911 también por la Casa Ollendorf, publicó *Mis filosofías*, “artículos breves de periódico, escritos con soltura y que tienen el tono de una conversación amena y culta.”⁹⁰²

Entre la aparición de estos libros misceláneos, *Ellos* y *Mis filosofías*, media la publicación, en 1910, del ensayo *Juana de Asbaje*, que atrajo la curiosidad de los lectores españoles. En su primera versión, este ensayo fue una conferencia leída por

⁹⁰¹ Villasol, “Ellos”, *Lo Maravilloso*, a. II, núm. 20 y 21 (30 de enero y 15 de febrero de 1910), pp. 20 y 21.

⁹⁰² E. Gómez de Baquero, “Revista literaria”, *El Imparcial*, a. XLV, núm. 16043 (30 de octubre de 1911), p. 3.

Nervo en la Unión Iberoamericana,⁹⁰³ que recibió elogios y fue descrito como un “libro documentado y serio [...], obra de un artista emotivo que por un instante se ha querido sentir erudito.”⁹⁰⁴ La intención principal del volumen era recordar en el año del Centenario de la Independencia de México las aportaciones de la poetisa que habría ayudado a la “individualidad” del alma y el espíritu mexicano,.

En suma, la mayoría de los comentaristas españoles sobre la obra de Nervo se sentían atraídos por sus ideas respecto a la modernidad, ya fuera definida por factores de desarrollo sociocultural, como la aparición de nuevas tecnologías, representada por la locomotora, los aeroplanos o los automóviles; por factores espirituales o místicos, que aparecen en la exacerbación del libre albedrío, el sentimiento de culpa frente al Apocalipsis que culminaba un periodo de la historia y la crisis de los valores dogmáticos del cristianismo; o los nuevos escenarios en el contexto mundial, que Nervo situó en la hegemonía de Estados Unidos de Norteamérica sobre el mundo. De esa manera, el escritor superó los dogmatismo que solían trivializar la obra literaria de los escritores mexicanos, reducida a una mimesis del paisaje y su correspondencia con el estado de ánimo del yo lírico.

RAFAEL ALTAMIRA EN EL PAÍS DE LA REVOLUCIÓN

Desde finales de 1908, el profesor de la Universidad de Oviedo, Rafael Altamira, organizaba su viaje a Hispanoamérica. Antes de abandonar Oviedo, la comunidad académica de su universidad lo despidió con un homenaje, durante el cual expresó que

⁹⁰³ Sin firma, “Conferencia de Amado Nervo. Sor Juana Inés de la Cruz”, *La Época*, a. LXII, núm. 21378 (29 de abril de 1910), p. 1.

⁹⁰⁴ Sin firma, “En el Ateneo de Madrid. El Plutarco de los poetas”, *Heraldo de Madrid*, a. XXIV, núm. 8089 (23 de enero de 1913), p. 1. El artículo en extenso, se publicó como: Andrés González Blanco, “Sor Juana Inés de la Cruz”, *Nuestro Tiempo*, a. XIII, núm. 174 (junio de 1913), pp. 310-319.

acudía América porque veía en su viaje una forma de alentar las relaciones con los antiguos dominios españoles, sitios donde podría encontrarse la esencia del espíritu español y las muestras de esperanza de que habría de resurgir pronto, “ese espíritu grande y generoso que tanto se distingue por su amor a la justicia, y que reverdece vigoroso en América”.⁹⁰⁵

Desde el “año del desastre” de 1898, cuando dio a conocer *Psicología del pueblo español*, Altamira se había familiarizado con temas de la cultura hispanoamericana, como lo demostró en sus conocimientos sobre la *Antología de la poesía hispanoamericana*, de Marcelino Menéndez Pelayo, al describir los criterios adoptados por el filólogo y discrepar con su interpretación histórica. Aunque, al parecer, las palabras de Altamira no habrían tenido mayor trascendencia, fueron el inicio de su exhaustiva labor para estudiar los vínculos entre España e Hispanoamérica. Dos años más tarde, en 1900, publicó una miscelánea de aquéllos asuntos con el título *Cuestiones hispanoamericanas* en el que trataba, a grandes líneas, sobre las relaciones culturales de España con Hispanoamérica (educación, política, derecho, lengua...), líneas que debían interpretarse como la continuidad de la gran patria ibérica, fundada, expandida y solventada por la cultura española y sus instituciones educativas, particularmente la Universidad. En este sentido, otras dos preocupaciones sustentarán las ideas de Altamira: mejorar las políticas de las relaciones culturales entre las dos regiones y estudiar la evolución del idioma castellano en América. Las dos acciones estarían dirigidas a defender la cultura española del crecimiento permisivo de Estados Unidos de Norteamérica en todo el continente americano, lo que atentaría contra la cultura fundada por España en el siglo XVI.

⁹⁰⁵ A. Nervo, *Obras...* Tomo II, *op. cit.*, p. 211.

Posteriormente, el ideario de Altamira será conducido hacia el proyecto de la consolidación de la cultura española a través de su estudio histórico desde la perspectiva de una nación generadora de culturas. En esta perspectiva, cercana al liberalismo decimonónico, Altamira consideraría que la vigencia de la cultura española se manifiesta en su herencia cultural en Hispanoamérica, por lo que el pensamiento español se habría de expresar en la lengua con la que se comunican los hispanoamericanos. Su siguiente volumen, *España en América* (1908), es una extensión de estas ideas. Ahí, Altamira afina sus conceptos y propone que la cultura española continuará vigente en la medida que se reproduce en América, compitiendo con las culturas anglosajonas y francesa.⁹⁰⁶

Con ese programa ideológico, Altamira llegó a México el 11 de diciembre de 1909 luego de casi un año de viajar por todo el continente americano. El profesor había dividido su estancia mexicana en dos periodos de trabajo: del 12 al 20 de diciembre de 1909 y del 12 de enero al 12 de febrero de 1910, tiempo en el que recorrió las instituciones culturales más importantes del país, además de los estados de Veracruz, Yucatán y Campeche: la Escuela Nacional de Jurisprudencia, la Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela de Artes y Oficios, la Escuela Normal de Maestros, el Museo

⁹⁰⁶ Estas notas apenas esbozan la construcción del pensamiento de Rafael Altamira sobre las relaciones culturales de España con Hispanoamérica, proyecto que el profesor de Oviedo desarrollaría a lo largo de su vida y su carrera intelectual. En 1914, su protagonismo en el desarrollo del americanismo español de principios del siglo XX se extendió a los medios universitarios con la creación de una cátedra de Historia de las instituciones públicas y civiles de América en la Universidad Central (Salvador Bernabéu Albert, “Los americanistas y el pasado de América: tendencias e instituciones en Vísperas de la Guerra Civil”, *Revista de Indias*, vol. LXVIII, núm. 239 (2007). p. 256). Como se sabe, Altamira escribió más de dos decenas de libros para abordar el tema del americanismo y su relación con España. Para una lectura más amplia sobre la obra americanista de Altamira, véase: José Luis Abellán, “Rafael Altamira y el americanismo: un eslabón de la revolución modernista”, *Rafael Altamira: historia, literatura y derecho. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de Alicante*. Alicante, Universidad de Alicante, 2004, pp. 17-21; Pilar Altamira, *Diálogos con Rafael Altamira*. Murcia, Universidad de Oviedo, Universidad de Murcia, 2009; Gustavo Hernán Prado, *Rafael Altamira en América (1909-1910)*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008; Javier Malagón Barceló, *Rafael Altamira y Crevea: el historiador y el hombre*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, y Eva María Valero Juan, *Rafael Altamira y la reconquista espiritual de América*. Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, el Colegio Nacional de Abogados, el Colegio Militar, la Academia Central Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, el Ateneo de la Juventud, la Academia Nacional de Ingenieros y Arquitectos, el Casino Español, la Biblioteca Nacional y el Liceo Mexicano, entre otros, donde convivió con intelectuales como Rodolfo Reyes, Roberto A. Esteva, Alfonso Reyes, Jesús Flores Magón, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Agustín Aragón, Telésforo García, Ezequiel A. Chávez, Joaquín D. Casasús, quienes lo acompañaron en algunas de sus conferencias, ya fuera como presentadores o como asistentes.⁹⁰⁷

El 3 de marzo de 1910, la revista española *Actualidades* publicó un reportaje gráfico sobre la estancia de Altamira en México, en el que mostró imágenes y fotografías de distintos edificios modernos del país, y algunos de los paseos que realizó Altamira acompañado por personalidades del mundo intelectual.⁹⁰⁸ Pero en México la prensa no siempre fue condescendiente con la visita del intelectual, y también se manifestó según el ambiente ríspido de la nación. Altamira era visto como un invitado especial del grupo de Los Científicos (la élite cultura que apoyaba al Porfiriato) por lo que los medios de comunicación opositores (los periódicos antiliberales, conservadores y católicos) no perdieron oportunidad de recriminar el hecho de que el gobierno mexicano invitara a un intelectual “que no es Menéndez Pelayo”. Todo ello, porque Altamira llegaba a México como figura de avanzada de los festejos del Centenario de la Independencia de México que se realizarían durante el año de 1910, y cuyo principal promotor era Justo Sierra.

Para los festejos del Centenario, Justo Sierra también invitó a Miguel de Unamuno. En la carta invitación que el intelectual mexicano le escribió al rector de

⁹⁰⁷ Rafael Altamira, *Mi viaje a América (libro de documentos)*. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1911, pp. 348-350.

⁹⁰⁸ Sin firma, “Altamira en México”, *Actualidades*, a. III, núm. 107 (3 de marzo de 1910), p. 1.

Salamanca, Sierra también respondió a los cuestionamientos ya expresados por Unamuno sobre la galofilia del pensamiento mexicano. Como era sabido, Sierra se formó en la interpretación mexicana del positivismo comtiano, y era uno de los promotores de la cultura y literatura francófona en las que se habían formado las nuevas generaciones de escritores mexicanos. “En francés se ha educado a la generación a que pertenezco... Deficiente y todo, nuestra educación literaria y científica del francés viene, en francés, leí los griegos, sin intentar traducirlos porque nadie nos enseñó el griego...”, escribía Sierra a Unamuno para luego cuestionarle que si su acusada galofobia no correspondía a una herencia negada del carlismo.⁹⁰⁹ En respuesta, Unamuno no asistió a las fiestas mexicanas.

Rafael Altamira sí participó en uno de los principales proyectos impulsados por Justo Sierra como parte de los festejos del centenario: la creación de la Universidad Nacional. Ahí, el profesor español se comprometió a impartir cátedra de Historia del Derecho, lo que formalizará un programa de intercambio académico entre México y España, diseñado por ambos profesores.⁹¹⁰ De manera implícita, el acto implicaba un segundo objetivo: “despertar la confianza en los medios intelectuales hacia la ciencia española, y presentar así a la España nueva”.⁹¹¹ Pero el viaje de Altamira en Hispanoamérica no concluiría hasta que el intelectual ovetense regrese de ese país, donde se dedicó a difundir conferencias sobre vida y cultura hispanoamericana. Por su parte, apenas partió Altamira rumbo a España, Justo Sierra se apresuró a escribir una misiva dirigida al presidente del Consejo de Ministros de España, Segismundo Moret, para informarle de las exitosas labores del ovetense en México: “El profesor Altamira (¡qué nombre tan bien llevado!) ha tratado de temas jurídicos e históricos. El historiador

⁹⁰⁹ Claude Dumas, *Justo Sierra...*, *op. cit.*, pp. 397-399.

⁹¹⁰ R. Altamira, *Mi viaje...*, *op. cit.*, p. 351.

⁹¹¹ Josefina Mac Gregor, *México y España: del Porfiriato a la Revolución*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Secretaría de Gobernación, 1992, p. 73.

y sabio se han revelado potentemente. Otros Altamiras españoles son los que necesitamos aquí”.⁹¹² La experiencia sumaría votos en el deseo de Sierra por regresar a España, ahora con un cargo diplomático.

Con todo, el entonces embajador de España en México, Bernardo Jacinto Cologan y Cologan, matizó los vínculos positivos que significaba el intercambio cultural propiciado por Altamira. Si el profesor había enfatizado su interés por las razas indígenas y la historia de México, en un informe arrebolado de hispanismo, el embajador consideraba que “en ello no está la civilización y promesa del porvenir”, sino en la “convivencia con una España culta y vigorosa” para fortalecer su propio ser y su sentimiento de la patria.⁹¹³ De acuerdo a esta versión oficial, aún permanecía en el ánimo del gobierno español el impulsar una cultura hispánica que, desde esta perspectiva, podría dedicarse al estudio del pasado precolombino de Hispanoamérica.

Eran los días previos a la celebración del Centenario de la Independencia de México, y eran las vísperas de la Revolución. Durante el mes de septiembre de 1910, las actividades deslucidas del primer evento vislumbraron el horizonte fáustico del segundo. De cualquier forma, el gobierno español envió una comitiva especial para el festejo nombrando embajador extraordinario al marqués de Polavieja, Camilio García del Polavieja y del Castillo, cuya madre era mexicana.⁹¹⁴ Porfirio Díaz, aún en la silla presidencial, celebró la inauguración oficial de las fiestas en la Ciudad de México, y enfatizó la presencia y el apoyo del gobierno español, que había enviado a México la

⁹¹² *Ibidem*, p. 76.

⁹¹³ Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación. P-58-2 448.

⁹¹⁴ A la distancia, Blanca de los Ríos se sumó a las festividades no sólo mexicanas, sino de la independencia de todas las naciones hispanoamericanas, cuando el 10 de febrero de 1910 leyó su conferencia “Afirmación de la raza” en el Ateneo de Madrid, que posteriormente sería editada por la misma institución. Sobre el concepto de hispanidad de Blanca de los Ríos, véase: “Manuel Guerrero Cabrera, “El americanismo de Blanca de los Ríos (breves notas bibliográficas)”, *Saigón*, núm. 1 pp. 34-35.

delegación más celebrada por la población.⁹¹⁵ En su discurso, el estadista conservó el prurito de dirigirse a España como la madre patria y se vanaglorió de su pasado español: “Si España ufánase de habernos dado vida, México se enorgullece de reconocerlo y proclamarlo”.⁹¹⁶ Dos actos coronaron la participación política de España en las fiestas, la entrega del uniforme militar de José María Morelos y Pavón, que había participado en la guerra de la independencia mexicana, y la entrega de la medalla Carlos III a Porfirio Díaz. México correspondió colocando una imagen de Carlos III en el Palacio Nacional, y erigiendo un monumento a Isabel la Católica en el bosque de Chapultepec.⁹¹⁷

Con todo y los festejos, desde mediados de 1910 se habían intensificado las protestas contra el gobierno de Díaz en todo el territorio mexicano, y la fecha fatal del Porfirismo se aproximaba. Poco antes de las elecciones presidenciales que se efectuarían ese mismo año, Francisco I. Madero acudió al Palacio Nacional para entrevistarse con Porfirio Díaz a quien le expuso los planes del Partido Antirreleccionista, que él dirigía, y que se sintetizaban en una cláusula: respeto al voto popular. El presidente aceptó la propuesta de Madero y lo despidió amablemente. Días después, el político opositor fue aprehendido y trasladado a la ciudad de San Luis Potosí. Sólo entonces se verificaron las elecciones primarias para presidente y vicepresidente de la República.

⁹¹⁵ J. Mac Gregor, *México y España...*, *op. cit.*, p. 81.

⁹¹⁶ *Ibidem*, p. 82.

⁹¹⁷ Las fiestas mexicanas también fueron motivo de exotismo entre los círculos intelectuales de Madrid. El periodista Nicolás Rivero publicó en el libro *Recuerdos de México, 1910* (1911) la crónica de su estancia en aquel país, al que asistió para informar en España sobre las fiestas del Centenario de la Independencia. “Pero lo que principalmente hablaremos en estas páginas --escribió el periodista en su prólogo--, escritas entre el tráfico y las nerviosidades de la lucha diaria --no lo olviden nuestros lectores-- será de la naturaleza mexicana, de sus montañas imponentes; de sus valles fertilísimos; de sus habitantes blancos, mestizos e indios puros; de las colonias extranjeras, y con más cariño, claro está, de la española; de las costumbres y los gustos rarísimos de aquel país de climas tan variados, que en pocas horas se puede pasar en él de la tierra caliente a la región de las nieves eternas.” (Nicolás Rivero, *Recuerdos de México, 1910*. Habana, Imprenta y papelería de Rambla y Bouza, 1911, p. X).

Durante el calor del verano las cosas se pusieron aún más tensas en México. Mientras Porfirio Díaz trataba de festejar, con bombo y platillo, el esplendoroso Centenario de la Independencia de México, Francisco I. Madero logró escapar de la prisión de San Luis y se internó en Texas, Estados Unidos. Una semana más tarde, el autor de *La sucesión presidencial* promulgó el Plan de San Luis, en el cual desconoció el gobierno del general Porfirio Díaz y llamó al levantamiento en armas en el país. En Madrid, el embajador Juan Antonio Beistegui debió declarar a la prensa que en su país la vida cotidiana se mantenía tranquila y que en la provincia sureña de Yucatán sí hubo un alzamiento de “indios mayos”, pero que ya estaba controlado. “El resto de la república reina completa tranquilidad”, cerraba su escueto comunicado informativo.⁹¹⁸

Todavía en la primera quincena de noviembre, el llamado embajador de México en Europa, Juan Sánchez Azcona difundió largas entrevistas en los periódicos de la Villa y Corte para desmentir que hubiera una revolución, sino “un periodo de convulsión social” en el que el país se ajustaba para continuar en la senda “de la justicia y el progreso”. Además, señaló que las noticias distorsionadas que presentaban un México bárbaro en la prensa europea eran producto de las agencias informativas norteamericanas.

Pedimos solamente, en nombre de la verdad que se nos juzgue sin apasionamiento, que se considere nuestra situación, que se nos compare con otros ejemplos idénticos de la historia humana y que se nos dé derecho a rechazar la opinión de que somos el “Méjico bárbaro” de que habla el sajón. Fuimos, hemos sido, el “México revolucionario”. Nuestra situación presente es el resultado ineludible de antecedentes sociológicos. Combatimos por ascender. Tengo la plena seguridad de que estamos logrando nuestro propósito de mejoramiento. Los medios han tenido, por el ímpetu de las circunstancias, que ser rudos.⁹¹⁹

⁹¹⁸ Sin firma, “Notas políticas”, *La Época*, a. LXII, núm. 21420 (11 de junio de 1910), p. 3.

⁹¹⁹ Juan Sánchez Azcona, “El ministro de México en Europa expone a los lectores de *El Liberal* la verdadera situación de su país”, *El Liberal*, a. XXXVIII, núm. 18612 (16 de noviembre de 1910), p. 1.

Juan Sánchez Azcona era un diplomático conocido, principalmente, en Italia, en Francia y en España, y debía negociar con estos países el apoyo a Porfirio Díaz. Pero cuando el viejo oligarca oaxaqueño perdió el rumbo de México, o perdió su rumbo en México y se exilió en Europa, Sánchez Azcona comenzó a realizar operativos políticos a favor de Francisco I. Madero, claro triunfador de las elecciones posteriores al inicio de la Revolución Mexicana. Amado Nervo fue uno de los primeros escritores diplomáticos en presentarse a las órdenes de Sánchez Azcona, en términos de “la Revolución, dirigida por intelectuales, había de ayudar a los intelectuales...”.⁹²⁰

Nervo, en su calidad de encargado de negocios de México, envió una carta a la redacción de los periódicos señalando que la revuelta estaba conformada por “25 revoltosos”, que ya habían sido controlados por el ejército federal mexicano.⁹²¹ A partir de entonces, al poeta redirigió a la prensa española los informes que le enviaban desde México las autoridades oficiales sobre los acontecimientos de la Revolución.⁹²² Nervo se sentía “solo en la Legación mientras llega el nuevo Ministro (probablemente Justo Sierra), tengo que desplegar durante todo el día una actividad continua.”⁹²³ Por su parte, el ministro de España en México, Bernado Cologan y Cologan también informaba de la situación en el país.⁹²⁴ En su opinión, la revuelta sería momentánea y sería controlada inmediatamente. Sin embargo, al paso de los días, y sin solucionar los problemas, Cologan tuvo que desmentir su pronóstico y recomendó al gobierno español fijar una

⁹²⁰ A. Nervo, *Obras...* Tomo II, *op. cit.*, p. 1157.

⁹²¹ Amado Nervo, “Lo de Puebla”, *La Correspondencia de España*, a. LXI, núm. 19276 (21 de noviembre de 1910), p. 5. También véase: Sin firma, “Los desórdenes de México”, *El Liberal*, a. XXXII, núm. 11343 (21 de noviembre de 1910), p. 2.

⁹²² Sin firma, “La situación de México”, *El Liberal*, a. XXXIX, núm. 13568 (7 de enero de 1911), p. 1.

⁹²³ A. Nervo, *Obras...* Tomo II, *op. cit.*, p. 1159.

⁹²⁴ La constante intervención de Cologan y Cologan en la política mexicana provocará un recrudecimiento de “la cuestión antiespañola” en México, donde se le acusó de participar, como coautor intelectual, en el asesinato del presidente Francisco I. Madero en 1913. (Almudena Delgado Larios, “Entre el miedo y la fascinación: la Revolución mexicana en la prensa española”, *Revista de Occidente*, núm. 358 (noviembre de 2010), pp. 27-48).

posición de defensa de los intereses españoles, particularmente en las empresas de sus connacionales afincada en México.⁹²⁵

Probablemente porque muchas industrias y empresarios españoles había crecido en México durante el Porfirato, en España existía una profunda afinidad hacia el general Díaz, simpatía que se acrecentó gracias a las labores de sus intelectuales diplomáticos en la Villa y Corte. De ahí que periodistas como Julio Sesto afirmara, “no sólo *tirano*. Era enérgico porque necesitaba serlo; pero era también sabio, era patriota y era trabajador”.⁹²⁶ El periodista opinó que Porfirio Díaz, el gran fundador del México moderno, había terminado por no comprender su obra que, en un progreso constante, superó al patriarca. En su confusión, el general Díaz había “despechado” a las figuras que representaban la pujanza de ese México moderno y, en respuesta, la fortaleza de los jóvenes que forjaban esa nueva patria, terminaron por destronarlo.

En términos generales, la prensa española mostró una visión exotista sobre lo acontecido en México, opiniones de igual forma divididas por las tendencias ideológicas dominantes.⁹²⁷ Por un lado, la prensa monárquica señalaba el caos, la anarquía y la decadencia mexicana, con la caída de Porfirio Díaz y la irrupción revolucionaria, y dicha prensa se caracterizó “por su etnofobia hacia los indígenas, su

⁹²⁵ Josefina Mac Gregor, “México y España: de la representación diplomática oficial a los agentes confidenciales, 1910-1915”, *Historia Mexicana*, a. L, vol. L, núm. 2 octubre-diciembre (2000), pp. 309-330.

⁹²⁶ Julio Sesto, “¿Cómo está México?”, *Nuevo Mundo*, a. XVIII, núm. 919 (17 de agosto de 1911), p. 3.

⁹²⁷ Uno de los informantes españoles más activos sobre el acontecer de México durante 1910 fue el periodista Vicente Gay, quien cubrió para *La España Moderna* las fiestas del Centenario. Sus reportes se iniciaron con la muerte de Juan de Dios Peza, siguieron con la creación de la Universidad Nacional, luego recordó la Independencia de México y, finalmente, poco antes de salir del país, habló sobre la Revolución Mexicana (véanse las siguientes colaboraciones, todas firmadas por Vicente Gay y publicadas en *La España Moderna*: “La América moderna”, a. XXII, núm. 263 (noviembre de 1910), pp. 155-176; “La América moderna”, a. XXIII, núm. 272 (agosto de 1911), pp. 130-156; “La América moderna”, a. XXIII, núm. 274 (octubre de 1911), pp. 158-176; “La América moderna”, a. XXIII, núm. 276 (diciembre de 1911), pp. 105-122; “La América moderna”, a. XXIV, núm. 282 (junio de 1912), pp. 148-172; y “La América moderna”, a. XXIV, núm. 285 (septiembre de 1912), pp. 156-172.)

eurocentrismo cultural y su aversión al imperialismo de Estados Unidos en México”;⁹²⁸ en tanto que para la prensa obrero anarquista, México se había convertido en el modelo de revolución progresista, “servía como modelo y, además, permitía discernir quiénes eran los auténticos reformistas en España”.⁹²⁹ Sin embargo, ambas tendencias coincidían al reprobar los hechos que afectaban “a las personas o propiedades de los españoles en México.”⁹³⁰ La confusión sobre los sucesos de México empañados por los lentes ideológicos con los que observaban los medios de comunicación, expandía la imagen amorfa de la realidad del país, percepción que se propagó rápidamente por el panorama internacional. “Cundía pues el pánico entre las burguesías europeas y americanas y, como consecuencia de ello, la imagen de la Revolución mexicana adoptó inmediatamente rasgos tremendistas.”⁹³¹ En sus cartas íntimas, Nervo compartía la misma sensación de incertidumbre: “La situación en México es, en efecto, angustiosa. Ojalá que no nos toque a nosotros ver la amputación de la nacionalidad. Todos los mexicanos debíamos apoyar al gobierno constituido, con el solo noble fin de salvar a la patria..., ¡pero hay un desencadenamiento de ambiciones!”⁹³²

⁹²⁸ Joaquín Beltrán Dengra, *La Revolución Mexicana a través de la prensa española (1911-1924)*. México, Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León, 2008, p. 224.

⁹²⁹ Almudena Delgado Larios, “Entre el miedo y la fascinación: la Revolución mexicana en la prensa española”, *Revista de Occidente*, núm. 358 (noviembre de 2010), pp. 27-48.

⁹³⁰ J. Beltrán Dengra, *La Revolución Mexicana...*, *op. cit.*, p. 77.

⁹³¹ A. Delgado Larios, “Entre el miedo...”, *op. cit.*, p. 29.

⁹³² A. Nervo, *Obras...* Tomo II, *op. cit.*, p. 1160.

Aún así, en la Legación de México en España, Juan Antonio Béistegui continuaba ofreciendo banquetes y recepciones cuyos programas eran clausurados por la declamatoria lírica de Amado Nervo (Monte Cristo, “De sociedad”, *El Imparcial*, a. XLIV, núm. 15438 (1 de marzo de 1910), p. 3; también véase: Sin firma, “Noticias de sociedad”, *La Época*, a. LXII, núm. 21418 (9 de junio de 1910), p. 1, y Sin firma, “De sociedad”, *El Liberal*, a. XXXII, núm. 11178 (9 de junio de 1910), p. 3.)

En las primeras semanas de junio de 1911, todos los diplomáticos mexicanos, incluidos los poetas, recibieron cuatro noticias fundamentales sobre el acontecer de su patria: la primera era que la paz se restablecía lentamente; la segunda, que don Porfirio Díaz se encontraba bien de salud, aunque en exilio; la tercera, que la nación era gobernada de manera provisional por Francisco León de la Barra; y la última (la más grave) que, dado que Estados Unidos de Norteamérica había brindado apoyo, siquiera moral y político a Francisco I. Madero, el instigador de la Revolución, cabía la posibilidad de una intervención militar norteamericana.⁹³⁴ Pero a Nervo le llegó una buena noticia: el día 4 de junio de 1911 la Secretaría de Relaciones Exteriores extendió su nombramiento como primer secretario de la Legación en España.

Si durante la Revolución y los primeros años posteriores a la revuelta, Nervo se ocupaba de informar sobre los acontecimientos de su país a la prensa española, también trató de incentivar el intercambio cultural entre las dos naciones. Para ello, generó un convenio para que el gobierno mexicano pagase a las compañías de teatro español que hicieran temporadas en México, y que el gobierno español correspondiera de la misma manera con las compañías mexicanas. El convenio incluía toda actividad artística que fuera registrada como espectáculo, desde teatro u ópera hasta hipnotismo o funciones de cabaret.⁹³⁵ Pero las notas trágicas que veía Amado Nervo se extendían al plano personal.

⁹³³ Los cambios planteados por la revolución en todas las estructuras del gobierno de México, llevaron a la capital de España a otro intelectual, el filólogo Manuel G. Revilla, que arribó en 1910 a Madrid con el nombramiento de vice cónsul. Amado Nervo explicó a Revilla que, como miembro de la Academia Mexicana correspondiente a la Real Española, el primer punto obligado del itinerario cultural de un hispanoamericano en Madrid, apenas presentara las credenciales oficiales de la diplomacia, era dirigirse a casa de don Marcelino Menéndez Pelayo. Revilla llevaba consigo una carta de recomendación de Francisco Sosa para entregársela a don Marcelino. Allí irán los mexicanos en los primeros días de abril de 1910 (Junta Central del Centenario de Menéndez Pelayo, *Menéndez Pelayo...*, *op. cit.*, p. 11).

⁹³⁴ Sin firma, "Noticias oficiales de México", *El Liberal*, a. XXXIII, núm. 11452 (10 de marzo de 1911), p. 1.

⁹³⁵ Sin firma, "Contratos para México", *Eco Artístico*, a. II, núm. 8 (5 de enero de 1910), p. 14.

El 18 de diciembre de 1911, Ana Cecilia Deilliez, su pareja sentimental, enfermó gravemente de tifoidea. El 6 de enero de 1912 agonizó y falleció al día siguiente, en el piso número 15 de la calle Bailén. “Hacía once años que vivíamos juntos en la más perfecta comunión de almas”, escribió Nervo, acongojado.⁹³⁶ El 8 de enero Ana Cecilia fue sepultada en el cementerio de San Lorenzo, en Madrid.

Como si el luto se propagara hasta la Legación de México, durante el primer semestre de 1911 la embajada era una incógnita sobre la que especulaban las prensas de las dos orillas del Atlántico. Era un sitio estratégico para el nuevo gobierno revolucionario de México, porque tradicionalmente Madrid se había convertido en la ruta de presentación del país ante Europa. Nervo, que figuraba como candidato a ocupar la representación oficial, lejos de recibir el nombramiento oficial de embajador fue enviado a misiones en Inglaterra y en Francia, para agradecer sus participaciones en los festejos del Centenario de la Independencia de México en 1910.⁹³⁷

Precisamente con el argumento de agradecer las simpatías españolas durante los atribulados festejos, el gobierno mexicano envió al escritor Federico Gamboa como embajador extraordinario en España. Acompañado por su familia se embarcó en Veracruz en un vapor de la Compañía Trasatlántica Francesa.⁹³⁸ El 20 de febrero de 1911, a bordo del tren sudexpreso proveniente de París, el novelista, acompañado por su familia, llegó a la Estación de Atocha de Madrid donde lo esperaba una orquesta militar que interpretó la Marcha Real. Por parte del gobierno español, la recepción oficial estuvo presidida por una compañía del batallón de Cazadores de Llerena, además del marqués de Torrecilla, los marqueses de Alhucemas y Ramón Piña. Por parte de la

⁹³⁶ A. Nervo, *Obras...* Tomo II, *op. cit.*, p. 1159.

⁹³⁷ Sin firma, “Noticias de sociedad”, *La Época*, a. LXIII, núm. 21641 (30 de enero de 1911), p. 2, y León-Boyd, “De sociedad”, *Heraldo de Madrid*, a. XXII, núm. 7491 (3 de junio de 1911), p. 3.

⁹³⁸ Sin firma, “El embajador especial de México”, *La Época*, a. LXIII, núm. 21634 (23 de enero de 1911), p. 3.

legación mexicana asistieron Juan Antonio de Béistegui, Amado Nervo y el secretario Waldo Rascón. El escritor mexicano estaba acompañado por su esposa, María Sagaseta de Gamboa, su hijo, Miguel Gamboa, y las señoras Estela y Nelly Larralde; además del nuevo personal de la embajada: Emilio Palacio, Antonio González Hontoria, Manuel Castillo y Negrete, Francisco Glaxiola y Alfredo y Heriberto Barrón. Con la llegada a Madrid del nuevo personal se especuló sobre la salida de Nervo de la embajada,⁹³⁹ noticia que nunca pudo confirmarse: el poeta permanecería otros años antes de partir a su próximo destino en Uruguay.

De inmediato Gamboa y su familia se dirigieron a su domicilio en la calle de Tutor.⁹⁴⁰ A las seis de la tarde, el nuevo embajador de México ya tenía en agenda una entrevista con el presidente del Consejo de Ministros para acordar la recepción oficial con el rey, al día siguiente. El 21 de febrero, presentó las credenciales oficiales a Alfonso XIII que lo acreditaban como embajador de México en España.⁹⁴¹ El escritor mexicano le agradeció al rey la participación de la delegación española durante las fiestas del centenario de México y le pidió que elevara en grado de embajada a la Legación de España. Sin embargo, el rey esgrimió que para realizar el cambio debía otorgar el mismo grado a sus embajadas en Japón y en Estados Unidos de Norteamérica, por lo que aceptaría la propuesta con la condición de que México hiciera lo propio con sus representaciones en dichos países. Si bien, en principio, no había problemas con las legaciones de España y de Estados Unidos de Norteamérica, donde ya existían las

⁹³⁹ Sin firma, “Ecos y noticas. De sociedad”, *ABC* (31 de enero de 1911), p. 8.

⁹⁴⁰ Sin firma, “De ayer. La embajada de México”, *ABC* (21 de febrero de 1911), p. 6.

⁹⁴¹ En una carta dirigida al director Alfonso Camín, Federico Gamboa expresó su cariño a España, en las siguientes palabras: “mi acendrado culto a España y a la católica majestad de don Alfonso XIII, lo que me ufano de que mis antepasados de allá vinieran; lo que me enorgullece su pasado, siendo cual soy, por dicha mía, tan mexicano como el que más; lo que confío que ha de perdurar en el tiempo y en la historia, para su propia satisfacción y beneficio, y para los de esta América nuestra, por forzosa añadidura” (Pablo Mora y Ángel Miguel, *Barco en tierra. España en México...*, *op. cit.*, p. 35).

embajadas, la modificación en Japón, dado el complejo horizonte por el que atravesaba México, parecía complicada.⁹⁴²

Ese mismo día 21 de febrero por la tarde, el gobierno español ofreció otro banquete en honor a la nueva legación mexicana. El 23 de febrero por la tarde, el Círculo Literario de Madrid organizó un evento cultural para darle la bienvenida al campo intelectual, en el que participaron Emilio Carrere, Mariano de Cavia, Manuel Machado y Enrique de Mesa, entre otros, quienes hablaron sobre la fisonomía urbana de Madrid.⁹⁴³ Por la noche los reyes ofrecieron un banquete en el regio Alcázar y un concierto de la compañía de música del Teatro Real, en la cámara de Gasparini, para festinar al embajador mexicano.⁹⁴⁴ En la recepción, Gamboa hizo buenas migas con el *jet set* mexicano (los Béistegui y los Iturbe) que se encontraba en Madrid, quienes no tardaron en presentarlo a la aristocracia española: comenzaron los banquetes en honor de la representación mexicana en casa de la familia Polevieja (uno de sus miembros distinguidos, Camilio García de Polavieja y del Castillo, ostentó el cargo de embajador de España en México⁹⁴⁵), en la de la marquesa de Squilache, en el Casino Español, con los Duques de Montellano...,⁹⁴⁶ incluso con doña Emilia Pardo Bazán, que fue renuente a establecer rápida amistad con los intelectuales hispanoamericanos.⁹⁴⁷ Así fue durante todo el mes de febrero, semanas en las que Federico Gamboa y su esposa fueron y

⁹⁴² J. Mac Gregor, *México y España...*, *op. cit.*, pp. 82-83.

⁹⁴³ Sin firma, "Academias y sociedades", *Heraldo de Madrid*, a. XXII, núm. 7390 (22 de febrero de 1911), p. 2.

⁹⁴⁴ Sin firma, "La embajada extraordinaria de México", *La Época*, a. LXIII, núm. 21665 (23 de febrero de 1911), p. 3. También véase: Sin firma, "La misión mexicana", *Heraldo de Madrid*, a. XXII, núm. 7391 (23 de febrero de 1911), p. 2, y Sin firma, "La embajada extraordinaria de México", *El Imparcial*, a. XLV, núm. 15796 (24 de febrero de 1911), p. 1.

⁹⁴⁵ Por cierto, a su llegada a México, en 1910, durante las fiestas del centenario, Camilo García de Polavieja se hospedó en casa de Federico Gamboa, por instrucciones directas de Porfirio Díaz. (J. Mac Gregor, *México y España...*, *op. cit.*, pp. 79-82.)

⁹⁴⁶ Sin firma, "La embajada extraordinaria de México", *La Época*, a. LXIII, núm. 21668 (26 de febrero de 1911), p. 2.

⁹⁴⁷ En uno de sus artículos de opinión, Pardo Bazán escribió: "La Embajada [de México] venía presidida por un novelista eminente, don Federico Gamboa, a quien desde hace tiempo conozco y estimo. Lo acompañaba su esposa, una dama muy bella y fina." (Emilia Pardo Bazán. *La vida contemporánea*. Madrid, Hemeroteca Municipal de Madrid, Ayuntamiento de Madrid, Área de las Artes, 2005, p. 379.)

vinieron de los palacetes de la realeza, hasta que a principios de marzo decidió ocupar el consulado de México en Barcelona, a donde llegó en tren exprés la mañana del día 8 de marzo recibido por representantes oficiales.⁹⁴⁸

La recepción de Gamboa en España fue prolífica. Comenzó hacia finales del siglo XIX, con una revisión rápida de su novela *Apariencias*,⁹⁴⁹ siguió hacia 1900 con las lecturas impresionistas de Gómez de Baquero, quien escribió breves reseñas sobre las novelas *Suprema ley* y *Metamorfosis*.⁹⁵⁰ La prensa también destacó sus piezas teatrales: *La venganza de la gleba* y *La última campaña*, así como los libros *Metamorfosis*, *Reconquista*, *Apariencias*, *Suprema ley*, *Mi diario*, *Impresiones y recuerdos*, *Del natural* y *Santa*, de las que se decía que mostraban la filiación del autor al naturalismo. Su novela más importante, *Santa*, era descrita como “una de las novelas americanas que más han logrado popularizarse en repetidas ediciones [...]. *Santa* es una narración de impurezas y de dolores y es también un termocauterio aplicado sobre una llaga social.”⁹⁵¹ Aún así, también se consideró a *Santa* como una novela anquilosada que debió publicarse veinte años atrás, en pleno auge del naturalismo: “Lástima es que así sea, porque Gamboa tiene condiciones excelentes de novelista, tanto en la expresión de los caracteres y el ahondar en las profundidades psicológicas de cada uno --y no con discursos empachosos, sino en acción vívida y real-- como en la composición misma de los hechos que forman el relato.”⁹⁵²

⁹⁴⁸ Sin firma, “Desde Barcelona”, *El Heraldo de Madrid*, a. XXII, núm. 7404 (8 de marzo de 1911), p. 1.

⁹⁴⁹ Francisco F. Villegas, “Impresiones literarias”, *La España Moderna*, a. IV, núm. XLVI, (octubre de 1892), pp. 192-200.

⁹⁵⁰ E. Gómez de Baquero, “Crónica literaria”, *La España Moderna*, a. IX, núm. 98 (febrero de 1897), pp. 135-148; y E. Gómez de Baquero, “Crónica literaria”, *La España Moderna*, a. XII, núm. 135 (marzo de 1900), pp. 123-133.

⁹⁵¹ *Ibidem*.

⁹⁵² E. M., “Lecturas americanas”, *La España Moderna*, a. 16, núm. 181 (enero de 1904), p. 155.

En 1911 también apareció en la editorial Revista de Archivos, el libro *Poesías de Ignacio Mariscal*, por el que tanto había discutido Balbino Dávalos con Amado Nervo. En cuanto a la propia producción literaria de Dávalos — aún residente en Portugal—, preparó un segundo tomo, con el que intentó mantenerse vigente en el campo literario: *Musas de Francia*. El poeta deseaba que este volumen tuviera una mayor difusión, como le comentó en una carta fechada el 31 de julio a Nervo: “Mucho te agradecería, si te fuese posible, que me encuentres en París un editor, [Paul] Ollendorff, por ejemplo, para el libro de mis versiones. No me vendrán mal algunos francos, pero más que todo deseo la utilidad de la propaganda.”⁹⁵³

Pero antes de que apareciera *Musas de Francia*, Dávalos se enteró por la prensa portuguesa y española del exilio de don Porfirio Díaz a bordo del Ipiranga, el barco que zarpó de Veracruz rumbo a Francia. El 16 de junio de 1911, la travesía descansó brevemente en las costas de Vigo, y Dávalos no pudo resistir la obligación moral y la devoción política que profesaba al ex presidente, por lo que acudió a saludarlo. Sin pedir un permiso formal, salvo el escueto telegrama que le dirigió a la Secretaría de Relaciones Exteriores, salió en tren, al lado de su hija Emma, rumbo a las costas españolas, a esperar el arribo del Ipiranga.⁹⁵⁴ Dávalos no fue el único intelectual mexicano residente en la Península Ibérica que visitó a Porfirio Díaz. El paso del ex presidente atrajo a los escritores que le habían sido fieles, y que habían ocupado algún puesto diplomático en España, aunque sólo Balbino Dávalos argumentó que había asistido a las costas peninsulares para rendir honores al presidente caído. Amado Nervo señaló que estaba por ahí porque le correspondía como diplomático; y Francisco A. de

⁹⁵³ [Carta de Balbino Dávalos a Amado Nervo] (Lisboa, julio 31 de 1911); recogida en Gustavo Jiménez Aguirre y Santiago Cortés Hernández, “Amado Nervo y Balbino Dávalos, distantes simetrías”, *Literatura Mexicana* (1999), vol. XI, núm. 2. México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 273.

⁹⁵⁴ Balbino Dávalos, “Don Porfirio Díaz en el Ipiranga. II”, *Excelsior*, t. IV, año XXXI, núm. 10923 (8 de julio de 1947), pp. 4 y 19.

Icaza, embajador de México en Alemania, dijo que había ido a Andalucía a vacacionar y ajustar algunos compromisos culturales.⁹⁵⁵

El 18 de junio, el Ipiranga realizó otra parada en Santander, uno de los consulados mexicanos más desarrollados durante el gobierno del general Díaz. Allí fue Juan Antonio Beistegui, aún embajador de México en España, y Arce y Castillo, cónsul de Barcelona y San Sebastián. Avistado el vapor alrededor de las cinco de la mañana, en los muelles se aglomeró “un enorme gentío ávido de presenciar la llegada del trasatlántico”, y allí fue la antigua colonia de españoles avecinados en México “que deseaban testimoniar a Porfirio Díaz su gratitud imperecedera por la protección que, siendo presidente de la República, dispensó siempre a los elementos españoles”. A partir de la siete y media de la mañana, don Porfirio Díaz subió a cubierta. Saludó a los vaporetos que estaban atracados alrededor del Ipiranga y recibió una comisión que subió al trasatlántico para saludarlo personalmente. Entre ellos iban algunos periodistas con quienes habló afectuosamente, en los siguientes términos: “en los últimos días de su vida había recibido de su país dolorosos desengaños y decepciones; pero que, no obstante no sería él quien osase a hablar mal de su patria, pues la patria está sobre las personas”.⁹⁵⁶

Dávalos también fue uno de los pocos autores mexicanos en mantener una buena comunicación con Emilia Pardo Bazán. Como en Valle Inclán, la gran referencia de Emilia Pardo Bazán sobre México es Hernán Cortés. De alguna manera, si quiera alegórica, su propia obra literaria está enmarcada en su conocimiento sobre el conquistador español. Así, la inspiración de su carrera literaria fue *Historia de la Conquista de la Nueva España*, de Solís, entrevisto en las estanterías de la biblioteca

⁹⁵⁵ Monte-Cristo, “De sociedad”, *El Imparcial*, a. XLIV, núm. 15531 (3 de junio de 1910), p. 2.

⁹⁵⁶ Sin firma, “El ex presidente de México. Porfirio Díaz en Santander”, *La Correspondencia de España*, a. LXII, núm. 19486 (19 de junio de 1911), p. 3.

paterna. Aquello le inspiró su primer poema, una celebración a Cortés,⁹⁵⁷ “y su último proyecto literario inacabado fue un estudio sobre el célebre conquistador.”⁹⁵⁸ En efecto, para 1911 Pardo Bazán trabajaba en una obra literaria sobre Hernán Cortés como le hizo saber a Dávalos, quien por entonces la visitó en su casa por recomendación de Mariano Miguel de Val. A pesar de las aparentes reticencias de Dávalos, el poeta se citó con doña Emilia con quien mantuvo una conversación sobre el tema de Cortés. El mexicano reconoció su poco dominio sobre la historia de su patria, por lo que la recomendó al historiador Luis González Obregón, director del Museo Nacional de Antropología e Historia de México, quien más tarde se quejaría a Dávalos de la persistencia de doña Emilia.⁹⁵⁹

Sin embargo, parece que Pardo Bazán no alcanzó a concluir su ansiado proyecto sobre Hernán Cortés, pero su literatura, sobre todo cuando se refiere directamente a temas hispanoamericanos, evoca la configuración imaginaria del México precolombino, donde asegura le habría gustado habitar: “No en el México de ahora --reitera Pardo Bazán--, que podrá encerrar grandezas (las que lleven el sello de lo actual, no me atraen): no tampoco solamente en el México de la Conquista, sino en el de antes que el pie de nuestra gente hollase aquel suelo, para rendirlo.”⁹⁶⁰ Así, uno de sus primeros textos, “La leyenda de la codicia”,⁹⁶¹ publicado en 1892, se encuentra ambientado en el México prehispánico, del que describe un paisaje idílico que permanecerá a lo largo de todas sus referencias literarias a México. Por cierto, esta celebración a la naturaleza

⁹⁵⁷ Emilia Pardo Bazán, “Apuntes autobiográficos”, Prólogo a *Los pazos de Ulloa*. Barcelona, Cortezo, 1886, p. 703. Sobre el tema volverá más tarde, en 1911: “No contaba yo arriba de ocho años, cuando mi padre me dio a leer la *Historia de la Conquista de la Nueva España*, por Solís. Guardadas todas las distancias en lo que a mí respecta, me produjo una impresión análoga a la que *Los mártires*, de Chateaubriand, produjeron a Agustín Thierry” (Emilia Pardo Bazán, *Cartas de la condesa...*, *op. cit.*, p. 123).

⁹⁵⁸ *Ibidem*, p. 17.

⁹⁵⁹ Balbino Dávalos, *Digresiones...*, *op. cit.*, pp. 232- 241.

⁹⁶⁰ E. Pardo Bazán, *Cartas de la condesa...*, *op. cit.*, p. 122.

⁹⁶¹ Emilia Pardo Bazán, “La leyenda de la codicia”, *Nuevo Teatro Crítico*, núm. 24 (diciembre de 1892), pp. 14-18.

mexicana concuerda con su trato cortante con los intelectuales y sus críticas hacia la cultura mexicana del siglo XIX. De México prefería el recuerdo de su estado salvaje domeñado por la cultura española, antes que su progreso cultural autónomo.

Para ella, Hernán Cortés representa al gran hombre del renacimiento. En virtud de que ese “superhombre” conquistó a México, este país le debe estar profundamente agradecido: “México debe amar más a España, porque quiso la suerte que realizara su Conquista el superhombre entre aquellos superhombres que eran (vistos en conjunto), los conquistadores. De aquellas águilas caudales, Hernán Cortés fue la de alas más vastas y un vuelo más alto.”⁹⁶² En ese sentido, Cortés es la representación sublime de la españolidad, diseminada en la cultura mexicana anterior al siglo XIX: “cada día traerá en este particular mayor conciencia de lo claro y noble de los orígenes de la población blanca de las naciones americanas, y día llegará en que negar a alguno su abolengo español sea ofenderle.”⁹⁶³ Pardo Bazán recrimina a los intelectuales mexicanos que han escrito en contra del reconocimiento de la “herencia española”, y argumenta que los españoles nunca dudaron en “mezclar las más ilustres de las sangres españolas”, con la del linaje de los emperadores aztecas aunque los considera caníbales.⁹⁶⁴

Seguramente el reconocimiento simbólico de la cultura hispanoamericana como antropófaga tendría otras lecturas más metafóricas, es decir, la representación de sincretismo, hibridación, mestizaje y apropiación de otras culturas para fundar la propia. Pardo Bazán califica a la cultura mexicana como una gran “devoradora” de culturas,

⁹⁶² Emilia Pardo Bazán, *La vida contemporánea*. Madrid, Hemeroteca Municipal de Madrid, Ayuntamiento de Madrid, Área de las Artes, 2005, p. 379.

⁹⁶³ E. Pardo Bazán, *Cartas de la condesa...*, *op. cit.*, pp. 124-125.

⁹⁶⁴ La paradójica aceptación de la escritora de la cultura precolombina, también se observa en otro comentario: “Sostuve, un día, en encarnizada discusión, que todos los dioses son bellos, hasta el terrible Huitzilopoztli con sus dos franjas azules que le cruzaban el rostro, porque en los dioses ha cifrado la humanidad tanta suma de esperanza, de fe, de sentir que no es posible dar por feo a un dios, siquiera sea un ídolo.” (E. Pardo Bazán. *La vida contemporánea...*, *op. cit.*, p. 437). Luego, también sobre Huitzilopoztli, tendrá el siguiente epítome: “El gran dios feroz” (*Ibidem*, p. 523).

representada por sus dioses feroces y sus emperadores caníbales, dominados por el “superhombre español” del Renacimiento: “Nosotros fuimos los civilizadores, al estilo europeo más adelantado que entonces se conocía”, señaló en otro momento.⁹⁶⁵ La escritora adujo que en esa mezcla, el resultado es un hipérbaton cultural: la naturaleza fantástica domesticada por el pensamiento más alto. Este es uno de los puntos medulares de la concepción de la hispanidad de Pardo Bazán, una aristocracia de raza. La verdadera hispanidad es la aristocracia de la raza española, cuyo modelo son los valores renacentistas, acrecentada por su dominio sobre el paisaje mexicano, un paisaje que --como lo fue en Zorrilla-- le apasiona al mismo tiempo que le provoca terror. Por ello también le seduce “el modelo fuerte, pintoresco y viril”, que resulta de esa mezcla.⁹⁶⁶ En otra descripción, ilustra esta mezcla entre América y España: “Hemos derretido los amuletos, las elegantes placas repujadas con que se adornaba Moctezuma; hemos arrancado de la morena garganta de la virgen azteca el collar de escarabajos, y de su cabellera el largo punzón; hemos cargado de barras de plata a los ventrudos galeones, y hemos trasladado a España las riquezas del continente nuevo...”⁹⁶⁷

JUSTO SIERRA, EL PANLATINO MUERTO

El Ateneo de México fue el nuevo grupo intelectual que encabezaba las gestiones culturales del país durante la Revolución. La agrupación era una asociación civil que había convocado a intelectuales jóvenes bajo la proclama de cuestionar la imposición del positivismo comtiano que predominaba en los programas de estudio del país, y criticar, al mismo tiempo, a los intelectuales del Porfirismo. Entre los ateneístas

⁹⁶⁵ *Ibidem*.

⁹⁶⁶ E. Pardo Bazán, *Cartas de la condesa...*, *op. cit.*, pp. 124-125.

⁹⁶⁷ E. Pardo Bazán, *La vida contemporánea...*, *op. cit.*, p. 23.

destacaban Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Ricardo Gómez Robelo y José Vasconcelos. Esta generación pronto fue conocida en España, donde se difundió el libro *Conferencias del Ateneo de la Juventud* (1910) que reunía los primeros trabajos de reflexión escritos por “algunos de los más altos espíritus de la nueva generación mexicana”.⁹⁶⁸

Por otra parte, la caída de Díaz de la silla presidencial de México permitió que sus enemigos más acérrimos fueran premiados con algunas prebendas y distinciones políticas. Tal fue el caso del periodista Victoriano Agüeros, que desde 1878 había colaborado en algunos periódicos de Madrid, particularmente en *La Ilustración Española y Americana*. Gracias a su empeño en las críticas contra el Porfiriato, y al ascenso al poder político mexicano de grupos católicos cercanos a Francisco I. Madero, a los que pertenecía el mismo periodista, Agüeros fue investido como representante diplomático de México en Europa. En 1911 llegó a Inglaterra como representante de la Prensa Asociada de México para la coronación de los reyes. Estuvo por poco tiempo en España donde pidió entrevistarse con Menéndez Pelayo a quien sólo conocía por letras, de cartas y de libros. Y viajó a Roma para realizar el sueño católico de la Basílica de San Pedro y presentar sus homenajes a su santidad.

El grupo de intelectuales conservadores salía de México o bien por temor a que se instaurase un gobierno socialista, o bien porque recibían los agradecimientos de los grupos revolucionarios. Eso facilitó una nueva escapada de Ignacio Montes de Oca para participar en el XXII Congreso Eucarístico, durante el verano de 1911. Montes de Oca fue “el primer prelado extranjero en llegar a Madrid” en la primera semana de junio.⁹⁶⁹

⁹⁶⁸ Sin firma, “Letras Hispano-Americanas”, *Nuestro Tiempo*, a. XI, núm. 152 (agosto de 1911), pp. 3 y 4.

⁹⁶⁹ Sin firma, “Congreso Eucarístico Internacional”, *El Imparcial*, a. XLV, núm. 909, (18 de junio de 1911), p. 3.

Al sacerdote lo recibió la noble aristocracia: los marqueses de Pidal y Comilla y don José Joaquín de Eliazaga, quienes lo condujeron a casa de don Narciso García Loigorry, duque de Vistahermosa, donde el sacerdote se hospedó.⁹⁷⁰

El evento principal del Congreso Eucarístico se realizó el 25 de junio, cuando se efectuó la Asamblea General en el Templo de San Francisco El Grande, a la que asistieron sacerdotes de todo el mundo. Ignacio Montes de Oca fue uno de los oradores del programa, y durante su discurso, titulado “Sobre la Sagrada Eucaristía como lazo de unión de las naciones católicas del Viejo y del Nuevo Mundo”, el prelado señaló que en el segundo viaje de Colón no sólo fueron “aventureros ávidos de gloria y de dinero, sino fieles creyentes, que llevaron a tan apartados tierras el germen de la religión, germen que fructificó bien pronto y se extendió por toda la América del Sur”. De hecho, fue el “fervor religioso de los creyentes de América” lo que permitió la civilización y el “florecimiento” del catolicismo, a través de su expansión en todo el Continente Americano.⁹⁷¹

En el terreno oficial, dentro del nuevo gabinete del gobierno mexicano apareció Manuel Calero, yerno de Justo Sierra, como titular de la cartera de Relaciones Exteriores, quien encomendó a su suegro la Embajada de México en Madrid. El 18 de enero de 1912 el periódico mexicano *Imparcial* afirmaba en sus páginas editoriales que las representaciones más importantes de su país en Europa, concretamente la de Madrid, estarían ocupadas por tres escritores. Según el diario, en Madrid se situaría como Embajador a Justo Sierra, como secretario primero a Amado Nervo, y como secretario

⁹⁷⁰ Sin firma, “Viajeros ilustres”, *La Correspondencia de España*, a. LXII, núm. 19487 (20 de junio de 1911), p. 4.

⁹⁷¹ Sin firma, “El Congreso Eucarístico. Asamblea General en San Francisco El Grande”, *El Heraldo de Madrid*, a. XXII, núm. 7514 (26 de junio de 1911), p. 1.

segundo a Luis G. Urbina,⁹⁷² quien habrá de llegar a la Villa y Corte pero no en este momento. Urbina cubrirá toda una época en el campo literario mexicano en Madrid: de 1916 cuando arribe como enviado del gobierno mexicano y como corresponsal de *El Heraldo de La Habana*. Ahí vivirá durante 18 años, hasta la fecha de su muerte el 18 de noviembre de 1934.⁹⁷³

Era el momento de Justo Sierra. Los rumores periodísticos comenzaron a tomar forma el 13 de enero de 1912, al envío de un telegrama de Relaciones Exteriores preguntando a las autoridades españolas si el nombramiento de Justo Sierra era oportuno. Otro telegrama, enviado el 18, pedía con premura que se confirmara urgentemente la respuesta. Seis días después, Amado Nervo, entonces responsable de la Embajada de México en Madrid, envió una carta al secretario de Relaciones Exteriores de México, Manuel Calero, en la que le informaba que el día 22 se entrevistó con el ministro de Estado de España, García Prieto, quien había decidido que, considerando la personalidad eminente de Justo Sierra, resultaba inútil acudir al rey.⁹⁷⁴ Así, el día 27, Sierra con 64 años de edad fue nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en España y Portugal, con lo que regresó brevemente a los escenarios de la Villa y Corte.

En principio, Sierra vio “cierta amplitud económica” en su nuevo cargo, como le comunicó a su viejo amigo Telésforo García, aquél empresario español que había enviado recomendaciones a Sierra con Manéñdez Pelayo, cuando don Justo estuvo en Madrid. Sierra devengó de las arcas nacionales la cantidad de 7.855,46 pesos para

⁹⁷² C. Dumas, *Justo Sierra...*, op. cit., p. 479

⁹⁷³ Sin firma, “Mesa revuelta”, *El Siglo Futuro*, a. LIX, núm. 18157 (20 de noviembre de 1934), p. 2.

⁹⁷⁴ C. Dumas, *Justo Sierra...*, op. cit. p. 480.

instalar las oficinas de la Embajada del nuevo gobierno revolucionario de México.⁹⁷⁵ A diferencia de su estancia más de 10 años atrás cuando debió sortear una larguísima travesía, cruzando Estados Unidos y parte de Europa Central antes de llegar a Madrid, en esta ocasión el presidente Francisco I. Madero preparó un viaje vía Veracruz y Santander. Pero esta nueva ruta no impidió las molestias de Sierra, que había comenzado a aquejar problemas de salud desde los meses finales de 1910.⁹⁷⁶

El 30 de abril, don Justo, acompañado por su esposa y sus dos hijos, se embarcó rumbo a Madrid en el vapor mixto *Corcovado* de la *Hamburg Amerika*. “En Madrid la prensa ya había anunciado el viaje y la llegada próxima del representante de México; *El Liberal* del 11 de mayo, por ejemplo, terminó un artículo muy elogioso diciendo que con Justo Sierra la República Mexicana enviaba ‘lo mejor que tiene’.” El barco llegó a las costas de Vigo el 19 de mayo a las seis de la mañana, donde lo esperaba Amado Nervo.⁹⁷⁷ “Justo Sierra no se encontraba mejor; estaba en un estado tal de debilidad que, habiendo subido a cubierta, tropezó y cayó pesadamente, causándose ligera herida en la frente.”⁹⁷⁸ El accidente llevó a Sierra a París, donde pretendió ser atendido, lo que impidió que presentara credenciales al rey durante el mes de junio como estaba previsto, pero se comprometió a asumir desde la distancia la responsabilidad de todos los asuntos convenientes de la legación.

⁹⁷⁵ *Ibidem*.

⁹⁷⁶ Antes de que Sierra llegara a ocupar la embajada de México en España, Porfirio Díaz llegó a la Villa y Corte para pasar las vacaciones de Semana Santa. Los reyes organizaron un banquete al que fuera presidente de México el día 3 de abril de 1912. (Sin firma, “Casa real”, *La Correspondencia de España*, a. LXIII, núm. 19775 (3 de abril de 1912), p. 8). Ese mismo día, por la noche, Juan Antonio Béstegui organizó para don Porfirio Díaz una recepción en su residencia personal, en un evento en el que también participó Amado Nervo.⁹⁷⁶ Al día siguiente, el 4 de abril, la Unión Iberoamericana también ofreció un banquete en honor al ex presidente mexicano, quien habló sobre el cariño de España a México, “porque en sus empresas americanas no fue un tirano, sino una madre.” (León Boyd, “Don Porfirio Díaz y la Unión Iberoamericana”, *Heraldo de Madrid*, a. XXIII, núm. 7797 (4 de abril de 1912), p. 4).

⁹⁷⁷ A. Nervo, *Obras...* Tomo II, *op. cit.*, p. 1133.

⁹⁷⁸ C. Dumas, *Justo Sierra...*, *op. cit.*, pp. 502-503.

Amado Nervo quedó otra vez en el mando operativo de la Embajada de México en España. El 20 de junio de 1912, al poeta le correspondió recibir al joven abogado Benjamín Barrios, recién licenciado por la Universidad de Londres. El jurisconsulto llegó a Madrid proveniente de París, donde representó a México en el Congreso Internacional de Derecho, y donde conoció al subsecretario de Gracia y Justicia de España, Avelino Montero Villegas, quien lo invitó a Madrid para incorporarse a la Academia de Jurisprudencia. Los abogados negociaban la sede en Madrid del Congreso Internacional de Derecho a celebrarse en septiembre de 1913.⁹⁷⁹ En la mañana del 26 de junio, Montero Villegas ofreció un banquete para el abogado mexicano, quien asistió gustoso y agradecido. El abogado conversó largamente con personalidades de la política y la cultura española, a quienes expuso la conveniencia de que Madrid fuera la sede del Congreso Internacional de Derecho del siguiente año.⁹⁸⁰ El 28 de junio, Barrios fue nombrado miembro numerario de la Academia de Jurisprudencia, luego de leer su disertación *La justicia en Inglaterra*.⁹⁸¹

Pero la ansiedad del abogado mexicano por presentarse en Madrid evidenció la improvisación del viaje y la buena disposición de Nervo para salvar la situación y ayudarlo en la promoción del Congreso de Derecho. El 28 de junio, ante un auditorio lleno en el que destacaba la presencia de Rodríguez de San Pedro y Rafael Labra, Benjamín Barrios disertó la conferencia “La administración de justicia en Inglaterra”, tema al que dedicó la mitad de su presentación, y reservó la otra mitad para promover el susodicho Congreso Internacional de Derecho que, anunció, convocaría a más de 500 profesionales de todo el mundo. Los abogados españoles aplaudieron con mayor fervor,

⁹⁷⁹ Sin firma, “Benjamín Barrios”, *La Correspondencia de España*, a. LXIII, núm. 19853 (25 de junio de 1912), p. 1.

⁹⁸⁰ Sin firma, “México y España”, *La Correspondencia de España*, a. LXIII, núm. 19859 (26 de junio de 1912), p. 1. También véase: Sin firma, “Noticias generales”, *La Época*, a. LXIV, núm. 22148 (27 de junio de 1912), p. 3.

⁹⁸¹ Sin firma, “En la Academia de Jurisprudencia. Conferencia del Sr. Barrios”, *La Correspondencia de España*, a. LXIII, núm. 19863 (30 de junio de 1912), p. 4.

luego de que el licenciado Barrios alagara la agradable recepción con que lo habían acogido los políticos españoles.⁹⁸²

La Embajada de México, donde habitaba Nervo, seguía en la calle de Bailén. Era también el sitio que le correspondía habitar a Justo Sierra pero el maestro prefirió el inmueble de Tutor, donde vivió Federico Gamboa. El 2 de agosto, el poeta informó que Sierra mejoraba de salud y que veraneaba en las cosas de San Sebastián, adonde también había ido de descanso el rey Alfonso XIII. Dado que ninguno de ellos se encontraba en la capital, continuaba Nervo, sería imposible la presentación oficial de credenciales. Sin embargo, el 16 de agosto, a las tres de la tarde, Sierra presentó sus credenciales ante el rey en el Palacio de Miramar, “por inusitada distinción”, dijo Nervo.⁹⁸³

El 30 de agosto Sierra recibió la encomienda de realizar su primera presentación oficial como embajador al acudir (en compañía de Juan B. Delgado y Rodolfo A. Nervo) a las celebraciones del Primer Centenario de las Cortes de Cádiz, que se efectuarían durante los meses de septiembre y de octubre, y en los que Sierra participó como orador el día 7 de septiembre. A ellos se sumó Francisco A. de Icaza, quien arribó a Madrid, viniendo de Alemania, a principios de septiembre.⁹⁸⁴ En las fiestas también participaron los poetas mexicanos Adalberto Esteva, Gregorio Mendizábal y Salvador Díaz Mirón, además del publicista Jenaro García Alas-Ureña (hermano de Leopoldo Alas *Clarín*) quienes representaban a Cuba, aunque subvencionados por el gobierno

⁹⁸² Sin firma, “En la Academia de Jurisprudencia. Conferencia del Sr. Barrios”, *La Correspondencia de España*, a. LXIII, núm. 19863 (30 de junio de 1912), p. 4.

⁹⁸³ Sin firma, “San Sebastián al día”, *La Correspondencia de España*, a. LXIII, núm. 19909 (15 de agosto de 1912), p. 3.

⁹⁸⁴ Sin firma, “Banquete hispano-americano”, *El Liberal*, a. XXXIV, núm. 12022 (4 de octubre de 1912), p. 1.

mexicano.⁹⁸⁵ Días después, el 11 de septiembre, acompañado por su hijo Justo, el maestro Sierra realizó una excursión a El Escorial, donde nuevamente comenzó a aquejarlo su debilitada salud. Luego fue la noche del 12 al 13 de septiembre y una violenta tormenta se abatió sobre la capital de España y había llegado el momento de su muerte. “El 13 de septiembre, en México, la Cámara de Diputados estaba en sesión; de repente, el diputado Nemesio García Naranjo entró en el recinto y anunció que, según una noticia telefónica, don Justo Sierra, embajador de México en España, acababa de morir en Madrid”.⁹⁸⁶

El campo literario de Madrid dedicó los días siguientes a hablar de la muerte repentina de Sierra, palabras que sonaban como eco en la prensa.⁹⁸⁷ En Barcelona, *La Ilustración Artística* dijo que Sierra “había sido acogido con gran satisfacción en toda España, no sólo por tratarse de una personalidad de verdadero mérito y rodeada de toda clase de prestigios, sino también y muy particularmente porque el señor Sierra había dado siempre pruebas de caluroso afecto y de sincera admiración a la nación española”.⁹⁸⁸ *La Vanguardia*: “Don Justo Sierra, como Andrés Bello, como Eugenio M. Hostos, como José Enrique Rodó, ha sido de aquellos grandes hombres nacidos en la

⁹⁸⁵ Sin firma, “El centenario de las cortes de Cádiz. Las misiones americanas”, *La Época*, a. LXIV, núm. 22218 (6 de septiembre de 1912), p. 3. También véase: Sin firma, “Las cortes de Cádiz”, *El Globo*, a. XXXVIII, núm. 12732 (8 de agosto de 1912), p. 1. Este grupo de intelectuales mexicanos, durante el mes de diciembre dictarán conferencias sobre México en la Casa América (Sin firma, sin título, *La Vanguardia*, a. XXI, núm. 14369 (3 de diciembre de 1912), p. 5).

⁹⁸⁶ *Ibidem*, pp. 509-510.

⁹⁸⁷ También véase: Sin firma, “Muerte de un diplomático”, *La Vanguardia*, a. XXI, núm. 14289 (14 de septiembre de 1912), p. 8; Sin firma, “Notas de última hora”, *La Época*, a. LXIV, núm. 22239 (28 de septiembre de 1912), p. 3; Sin firma, “Entierro del ministro de México”, *El Globo*, a. XXXVIII, núm. 12768 (16 de septiembre de 1912), p. 3; Sin firma, “Funerales por el ministro de México”, *El Imparcial*, a. XLVI, núm. 16376 (29 de septiembre de 1912), p. 4, y Sin firma, “El entierro del embajador de México”, *El País*, a. XXV, núm. 9208 (15 de septiembre de 1912), p. 3.

⁹⁸⁸ Sin firma, “El fallecimiento del ministro plenipotenciario de México don Justo Sierra”, *La Ilustración Artística*, a. XXXI, núm. 1604 (23 de septiembre de 1912), p. 634.

América española que continuaron o continúan la magna labor de civilización iniciada por nuestros antepasados, conquistadores de aquel continente.”⁹⁸⁹

El 14 de septiembre de 1912, el Consejo de Ministros y el Palacio Real se ocuparon de las honras fúnebres de Sierra, con las distinciones de un teniente general. A las cinco de la tarde,⁹⁹⁰ el cuerpo embalsamado del ministro fue llevado en carroza fúnebre del velatorio a la capilla de San Francisco El Grande, donde se ofició una misa en su memoria, a la que asistieron, entre otras personalidades del mundo político y cultural de España, el alcalde de Madrid, Ruíz Jiménez, el director general de Enseñanza, Rafael Altamira, el segundo introductor de embajadores, Emilio Heredia, el marqués de Prado Alegre y el vizconde de Gracia Real.⁹⁹¹ Alrededor de las seis, el cortejo fúnebre, adornado por coronas florales, marchó detrás de seis caballos empenachados por las calles de Tutor, Rey Francisco, Ferraz y Bailén y la Cuesta de la Vega rumbo al cementerio.⁹⁹² Media hora más tarde, el cortejo arribó a la sacramental de San Justo, donde el personal de la legación de México, Miguel Sierra, Amado Nervo y Luis Pérez Figueroa, descendió el féretro (“de ébano y terciopelo negro”) para un homenaje público. Ahí, el cuerpo de Sierra reposaría unos días más, hasta que el día 19 de septiembre, el cuerpo fue trasladado en tren hacia Santander. El día 22 los restos mortales de Sierra fueron arribados al trasatlántico *Espagne* que lo llevaría rumbo a México.⁹⁹³

⁹⁸⁹ Sin firma, “Muertos ilustres. Justo Sierra”, *La Vanguardia*, a. XXI, núm. 14292 (17 de septiembre de 1912), p. 7.

⁹⁹⁰ Sin firma, “Funerales”, *La Vanguardia*, a. XXI, núm. 14304 (29 de septiembre de 1912), p. 7.

⁹⁹¹ Sin firma, “El cadáver del ministro de México”, *La Época*, a. LXIV, núm. 22235 (14 de septiembre de 1912), p. 2.

⁹⁹² Sin firma, “Entierro del ministro de México”, *El Día*, a. V, núm. 1295 (16 de septiembre de 1912), p. 1.

⁹⁹³ Tejeda, “Crónica telegráfica en provincias”, *La Vanguardia*, a. XXXI, núm. 14299 (24 de septiembre de 1912), p. 8.

El nombramiento de Ministro Plenipotenciario de México en España recayó en manos de Francisco A. de Icaza, quien regresará a habitar el número 5 de la Cuesta de Santo Domingo.⁹⁹⁴ Los corrillos políticos, sociales y culturales, donde Icaza se había granjeado simpatías (además ciertas discusiones), celebraron el regreso del escritor mexicano, quien “se connaturalizó de tal manera con Madrid --decía la prensa-- y con nuestra vida literaria, que a veces nos era preciso recordar que tenía en la corte la alta representación de una República hispanoamericana para creerle un madrileño más.”⁹⁹⁵

Con la muerte de Justo Sierra se cerraba el extensísimo ciclo que intentó asentar un campo intelectual mexicano en Madrid, bajo el planteamiento de gestar una patria intelectual común para los escritores de la lengua española. En ese sentido, las ideas de Sierra sobre la panlatinidad suponían una superación a las categorías de la hispanidad como integradora de esa patria exclusiva para los “pensantes en español”, porque pretendía expandir el territorio de la comunidad intelectual imaginada a quienes descendieran de la cultura latina. De hecho, este posicionamiento fue fundamental para el desarrollo y configuración del modernismo, último movimiento literario que situaba en la misma posición cultural a los escritores de las dos orillas del Atlántico. La desaparición de Sierra en 1912, en los años previos a la Primera Guerra Mundial, representa el fin de una época en este proyecto que asentó las bases para el rico intercambio cultural entre México y España.

⁹⁹⁴ Sin firma, “Noticias de sociedad”, *La Época*, a. LXIV, núm. 22238 (27 de septiembre de 1912), p. 2.

⁹⁹⁵ Sin firma, “Francisco A. de Icaza”, *El Imparcial*, a. XLVI, núm. 16734 (27 de septiembre de 1912), p. 3.

CONCLUSIONES

A finales del siglo XIX, la comunicación literaria entre México y España se generó en el contexto de establecer una comunidad intelectual integrada por todos los países de habla hispana. El escenario de la patria imaginada de la lengua española tuvo como principal referente a Madrid, la representación urbana del mito moderno de la Madre Patria. Vivir en Madrid se convirtió en un requisito para que un intelectual mexicano ocupara el puesto de escritor tanto en su literatura nacional como en la comunidad literaria de la lengua española. Con el devenir de este proyecto intelectual, en España se leyó con más detenimiento la producción literaria mexicana, y México, que comenzaba a construir sus propias estructuras sociopolíticas de soberanía estatal, envió a varios de sus personajes más eminentes (en su mayoría intelectuales) a Madrid, para que difundieran la imagen del progreso cultural del país.

Enmarcado en estos procesos, se construyó un sistema que abarcaba a todos los elementos de la comunicación literaria: emisor, mensaje, canal, contexto y receptor. Para los propósitos de la tesis, la revisión de dichos elementos permitió la descripción del sistema, y al observar la interacción de cada uno de ellos fue posible describir la evolución del campo intelectual. Sin embargo, debido a la especificidad de cada uno de los componentes, los elementos de la comunicación literaria no evolucionaron de igual forma, ni al mismo tiempo. Esta irregularidad es perceptible, por ejemplo, al revisar los mensajes del sistema literario que generaban más significados a los que, en su momento, podía aceptar la recepción del horizonte cultural. De ahí que el comportamiento del sistema no fuera estable, sino irregular. Una breve observación de cada elemento de la comunicación literaria conformaría pautas más estables para dibujar la configuración del campo intelectual mexicano y su relación con la construcción de la patria imaginada de la lengua española.

Durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX, México y España compartieron similitudes históricas a pesar de la supuesta separación diplomática generada en el periodo de la Independencia de México. Los antecedentes simbólicos de estos vínculos culturales generaron el ideologema de México como un país salvaje, cuyas expresiones literarias correspondían a la idealización exótica de su naturaleza. Las descripciones aparecieron en la literatura paisajista que los autores mexicanos les mostraron a los escritores románticos españoles, quienes divulgaron este tópico en el horizonte cultural de la época: la literatura de México es tan salvaje como su naturaleza, prejuicio con el que se recibió a la literatura mexicana en la recepción cultural de España.

España y México pasaban por un proceso de configuración nacional como estados hegemónicos modernos, lo que los situaba en una compleja transición socio-cultural. La retórica del naciente hispanoamericanismo tendría un momento álgido en su gestación durante las celebraciones del IV Centenario del descubrimiento de América en 1892, evento que impulsará un nuevo reconocimiento cultural entre las dos naciones y que generará otros congresos, más formas de asociación y nuevos canales de comunicación. Las festividades motivaron un nuevo imaginario en la posible conformación de una comunidad intelectual común para todos los países de habla hispana. Pero los festejos estaban diseñados con lineamientos eurocéntricos, desde un diálogo inconcluso, porque respondían más a los proyectos para legitimar la identidad española que al reconocimiento de la soberanía cultural de Hispanoamérica y, en su caso, de México.

Desde México, el diálogo cultural y literario con España se afincó a partir de las circunstancias propias de la extensa historia compartida por ambas naciones. A pesar del distanciamiento diplomático con España en la primera mitad del siglo XIX, la antigua metrópoli aún era el principal influencia cultural en aquél país hispanoamericano. Pero, a pesar de que en México existía una estructura social similar a la española, con el advenimiento de la modernidad a finales del siglo XIX, dichas estructuras se concibieron a partir de la adaptación del pensamiento francés (evidente en la cultural liberal practicada en la segunda mitad del siglo XIX y la incorporación del positivismo a los programas de estudio del país), como insistirán los llamados escritores modernistas.

Debido a que la comunicación literaria, particularmente en este periodo, se vinculaba con otras condiciones socioculturales (o tal vez habría derivado de dichas condiciones) propias de cada país, se trataba de una serie de acciones estéticas y políticas difíciles de distinguir entre sí. ¿La fundación de esta comunidad imaginada dependió de un proceso histórico o fue consecuencia de un proyecto estético? El programa para constituir una patria intelectual estaba sujeto a la condición política de los intelectuales que participaban en el desarrollo de su sociedad, y sus discursos literarios podrían tener (inclusive en una obra) una misma intención estética y política. Su literatura privilegió las reflexiones sobre esa comunidad imaginada de manera oblicua, porque la definición de la comunidad implicaba la caracterización de su propia literatura y de la personalidad de su nación-estado. Este sincretismo estético y político (más evidente durante el romanticismo) dificulta la interpretación de su literatura, cuyos sentidos oscilaban entre política, cultura, sociedad y estética.

Fue la aparición del modernismo lo que permitió una nueva comprensión cultural entre las dos naciones. En ese momento, los programas literarios se deslindaron

de las responsabilidades de los proyectos políticos, adquiriendo una autonomía metaestética. La aparición de esta propuesta de literatura basada en su propia tradición creó un nuevo paradigma histórico: la comunidad intelectual estaba lista para consolidarse, porque en su estructura no sólo aparecían sus habitantes (los escritores), ellos tenían la capacidad de hablar una código común, el del lenguaje estético (la tradición literaria).

El emisor, el escritor

El intelectual mexicano en Madrid modificó su presencia en esa doble comunidad (política y literaria) en virtud a la tradición de su propia genealogía. Dicho intelectual comenzó como una figura determinante en la concepción identitaria de su país (como poseedor de los valores metafísicos de la nación), y posteriormente, al afianzarse el campo literario mexicano en Madrid, encarnó valores particulares que lo convirtieron en una figura pública dentro de la sociedad española, asociado con el sustrato de la vanguardia social.

El intelectual se convirtió en un participante distinguido en banquetes, inauguraciones y recepciones galantes. Esta aceptación de ciudadano con las mismas condiciones culturales que sus anfitriones de España (cumplía de manera inmanente con la función de interpretar la identidad de su patria), le permitió ahondar en la constitución ontológica de la literatura. Y a pesar de que ocupaba puestos de representación cultural, el escritor superaba las denominaciones políticas para representarse a sí mismo y a su oficio literario, cualidades que intensificó durante el proyecto estético del modernismo.

Las figuras protagonistas del campo literario mexicano en Madrid convocaron a su alrededor a más intelectuales, quienes conformarían una constelación muchas veces

sobrepuesta a otras, durante los varios ciclos del proceso. Para distinguir la figura del intelectual de las constelaciones y de los periodos, se podrían plantear una serie de tipificaciones sólo aplicables en la medida de la relación del escritor con las condiciones de su contexto histórico-social.

Durante los últimos años del romanticismo, el intelectual era una figura secular poseedora de los valores patrios. Luego, durante un periodo de transición hacia el modernismo, adquirió las características del dandy como un personaje con una definición social urbanita y vanguardista, cualidades que habrán de distinguirlo hasta entrado el siglo XX con la llegada de las vanguardias literarias, periodo en el que su personalidad adquiriría al menos dos modos de representación, ya ensayadas desde el siglo XIX: la figura del bohemio y la del intelectual mismo. Ambos se distinguen de la vanguardia burguesa por el espacio social donde realizaban sus actividades: el primero en la vida galante (los cafés, los restaurantes, los teatros...) y el segundo en la construcción nacional (la instituciones).

Estos tipos, genéricos para toda la comunidad imaginada, fueron moldeados por el campo literario mexicano en Madrid. Pero, independientemente de su tipificación, el proceso de inserción de los escritores al sistema literario español se podría seguir a través de los siguientes puntos:

- 1) Llegar a Madrid a través de alguna de las siguientes rutas: la política, la academia o la religión. En ese sentido, las instituciones más importantes fueron la Secretaría de Relaciones Exteriores, las reales academias de la Lengua y de la Historia, el Ateneo de Madrid, la Unión Iberoamericana y la Iglesia Católica.

- 2) Establecer un diálogo directo con alguno de los escritores hispanistas españoles: antes del siglo XX con Emilio Castelar, Juan Valera o con Marcelino Menéndez Pelayo; durante el siglo XX con Miguel de Unamuno, con Ramiro de Maeztu o con Mariano Miguel de Val.
- 3) Publicar en los rotativos más importantes de la época, desde *La Ilustración Española y Americana* hasta *Cervantes*.
- 4) Publicar un libro en alguna de las editoriales canónicas de España, sobre todo en Sucesores de Rivadeneyra o Maucci, pero también en M. G. Hernández o Calleja.
- 5) Suscitar algún artículo de recepción positiva, firmado por alguno de los escritores canónicos del momento.

A partir de esta ruta --no siempre estable-- de la participación del intelectual mexicano en el campo cultural español (y con ello en el asentamiento del campo cultural mexicano) se trazaron los vínculos para fomentar una comunicación literaria real entre las dos naciones.

El mensaje, el texto literario

El programa literario de la hispanidad fue fomentado particularmente a finales del romanticismo en su vertiente nacionalista, y se proyectó en textos bucólico-descriptivos que se correspondían con los tópicos literarios esperados por la lectura exotista de la recepción española. Dicho programa diseñó una semántica de la hispanidad, con semas como la fe, la raza, la lengua o la historia, que se suponía eran valores comunes para españoles e hispanoamericanos. Con este programa, los escritores mexicanos cifraron

una literatura que, según su cercanía a la semántica de la hispanidad, tenía más posibilidades de ser aceptada por el horizonte cultural de la época.

La estética romántico-nacionalista también forjaba imágenes diversas para definir a México como una nación soberana, por lo que aprovechó los recursos simbólicos del paisajismo (al menos así se expresaba una parte de la fisonomía nacional), pero también generó una exacerbada introspección sentimental de la comunidad. En una síntesis ideológica, se podría decir que la literatura fue leída como la portadora de las expresiones nobles del paisaje humano: lo noble, lo bueno y lo bondadoso, epítetos que no siempre compartieron los lectores españoles al leer las letras mexicanas.

Evidentemente, en este sentido destacaron los “románticos mexicanos”, como Guillermo Prieto o Ignacio Manuel Altamirano, criticados por la recepción por la inconsistencia de su lenguaje, a veces aquejado por barbarismos, a veces carente de la retórica neoclásica que gustaban a la crítica española del momento. Otros autores más beligerantes, como Ignacio Ramírez o Antonio Plaza, entendieron el espíritu romántico-nacionalista como sinónimo de oposición contra “lo español”, por lo que su recepción en Madrid fue aún más problemática.

El agotamiento del romanticismo permitió que la pasión por lo real y por lo objetivo (nuevos tópicos alentados por el positivismo francés adaptado al pensamiento mexicano), produjera nuevas imágenes de México en Madrid. Así, al mismo tiempo que la historia, la etnografía y la arqueología revelaban en España imágenes inéditas de la cultura mexicana, Federico Gamboa ensayó la novela urbana, con ciertas reminiscencias del naturalismo, y Amado Nervo escribió crónicas sobre las calles y los edificios del México y de Madrid del siglo XX. Los escritores ya no nombraban sus sentimientos

reflejados en el paisaje, era el paisaje el que se integraban a su sentimentalidad. La semántica de la hispanidad retrospectiva trastocó su significado en valores externos, y todo lo que era nombrado por la lengua española pertenecía a la comunidad intelectual.

Debido a su diversidad discursiva, el modernismo construyó una estética que superaba los límites políticos impulsados por el romanticismo, lo que trascendía la visión monocéntrica del eurocentrismo. El entrecruzamiento literario de Manuel Gutiérrez Nájera, la exaltación del individualismo de Salvador Díaz Mirón y el intimismo de Francisco A. Icaza (por mencionar, en líneas generales, los aportes culturales de escritores modernistas mexicanos), serían cualidades estéticas para comprender a la lengua española como una comunidad no exclusiva de autores españoles, sino de quien apreciara los valores de la modernidad. El centro de identificación para la comunidad intelectual ya no era el pasado histórico de cada nación, sino su posición respecto a la proyección histórico cultural de la lengua española. Por primera vez la comunidad intelectual nombraba su mundo en la gramática que le correspondía, la de su propia tradición literaria, sin pedir palabras prestadas a la política o a la ciencia.

En las letras del modernismo mexicano (como el practicado por Amado Nervo), la lengua española no sólo era diversa: convocaba a las culturas del mundo a sus dominios, a través de su imaginación. El sitio mental del español es su imaginación literaria donde se nombran, se convocan y conviven las culturas del mundo. El mundo era pensable en español y era expresable en la misma lengua.

En cierto sentido, era la búsqueda de expresión de la literatura escrita en lengua española durante los años de la modernidad. Por eso la aparición de la literatura denominada modernismo (una posible interpretación en lengua española de los ismos

culturales europeos de fin de siglo: simbolismo, parnasianismo y decadentismo, principalmente) fue compleja y paradigmática. Y su irrupción no sólo actualizó los temas (en general, “todo era literatura”), estos discursos literarios llevaron consigo a nuevos habitantes mexicanos a la comunidad imaginada: Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Francisco A. de Icaza, Amado Nervo, José Juan Tablada, Balbino Dávalos y Adalberto A. Esteva, entre otros.

Los canales, las instituciones

Antes de llegar a España, el escritor mexicano debía gestionar en su país de origen una infraestructura cultural propia para comunicarse con el campo literario español. Algunos valores de dicha infraestructura, agenciada en instituciones mexicanas, eran replicables en organismos españoles. Así, el capital simbólico-cultural del escritor mexicano generado en su país podía ser aplicado en Madrid. En ese sentido, tres instituciones fueron los canales primigenios de la comunicación cultural de México con España:

I. La Secretaría de Relaciones Exteriores, que representaba la ruta oficial de incorporación del intelectual al mundo madrileño. Al interior este camino tenía otras dos vías, trazadas según el tipo de nombramiento otorgado a los intelectuales: a) podían gozar con el reconocimiento público cuando llegaron a Madrid, investidos por un nombramiento oficial; b) o podían haber llegado a la Villa y Corte como enviados personales del presidente de México, Porfirio Díaz.

II. La segunda ruta para llegar a Madrid se marcó a partir de las Academias o la institución del conocimiento. El camino conducía a la Academia Mexicana de la Lengua correspondiente a la Real Española y a la Academia Mexicana de la Historia, o alguna otra organización dedicada a las ciencias. Asimismo, esta ruta era seguida por aquellos

que participaban en congresos, reuniones, cátedras o centenarios, entre otros eventos dedicados al fomento y difusión del conocimiento.

III. El trayecto de la religión que, en apariencia, sería el menos frecuentado, es tal vez el más fecundo porque se establecía a partir de normas personales y no sólo institucionales. Particularmente durante el siglo XIX, muchos intelectuales de ambas naciones sostenían que la identidad panhispánica no sólo se sostenía por el dominio de una lengua común, sino de una religión (o fe) común. El intercambio literario con base en esta experiencia produjo vínculos fundamentales entre los escritores mexicanos y los escritores españoles practicantes del catolicismo.

A partir de la identificación de estas tres instituciones también se puede trazar la genealogía ideológica de los participantes, según el trayecto que hayan seguido para llegar a Madrid. Si lo hicieron a través de la andanada diplomática, dependiente del gobierno de Porfirio Díaz (sin importar si era un enviado oficial o extraordinario), es clara su filiación al liberalismo (y por ende a la masonería) que en España tenía una presencia identificada con un sector político determinado. Lo mismo se puede decir de su contraparte, el pensamiento conservador que corresponde claramente a los vínculos del catolicismo mexicano con el español. En terreno parcial se sitúa la institución más vinculada a temas de la cultura, la Academia con sus variantes institucionales.

Sin embargo, más allá de estas rutas institucionales, para llegar a Madrid también era fundamental el *hábitus* del escritor: sus modos de sociabilidad en tertulias, restaurantes o cafés; sus contactos con agentes editoriales en periódicos y revistas; y, en general, su pericia para allegarse de medios de comunicación y difusión en el campo literario español. En este sentido, Vicente Riva Palacio determinó el *hábitus* de los

escritores mexicanos en Madrid, en la doble función de figura pública y de escritor como generador de discursos simbólicos.

Como figura pública estableció la ruta física de llegada de los escritores de México a Madrid vía Francia. De igual forma, asentó que el intelectual debía representar valores ontológicos de su patria. Y, finalmente, definió a los organismos donde el intelectual mexicano debía incorporarse para generar un campo literario en Madrid: el Círculo de Bellas Artes, las reales academias de la Lengua y de la Historia, el Ateneo de Madrid, la Unión Iberoamericana, la prensa y los restaurantes, cafés y teatros, espacios donde también debía difundir la literatura de sus compatriotas. Desde ahí se generaba un discurso simbólico dirigido a fomentar la creación de una patria común para la inteligencia hispánica.

Por otra parte, cada ruta y cada institución establecía sus propios medios de comunicación, muchas veces controlados por los mismos escritores quienes impulsaron la creación de periódicos, revistas, proyectos editoriales, foros, congresos y tertulias, con ánimo hispanoamericanista (la mayoría de las veces impulsados por intelectuales españoles) o con una clara vocación de difusores de la literatura mexicana (casi siempre gestionados por escritores mexicanos). En el romanticismo, estos canales integraban a todas las ramas del conocimiento, pero en la medida que el modernismo generó la especificidad de la literatura aparecieron canales exclusivos para las letras.

Habría que añadir la posición privilegiada que siempre ocuparon los representantes y las representaciones de la inteligencia mexicana en Madrid, dentro del centro histórico de la Villa y Corte. No sólo se trataba de insertarse en el espacio urbano que pretendía fijar México en el imaginario de España, también permitía que los intelectuales se movieran con facilidad en la ciudad letrada para activar todas las

capacidades el campo literario, y participar sin muchas dificultades en la diplomacia, la cultura y la sociedad. Desde esta posición privilegiada en el centro urbano de Madrid, los intelectuales mexicanos podían entrevistarse con los políticos españoles, visitar los recintos culturales y asistir a las reuniones de la aristocracia madrileña.

El receptor, los lectores

El discurso de la semántica de la hispanidad (fe, lengua y raza) será ampliamente analizado y difundido por Marcelino Menéndez Pelayo, uno de los principales receptores de la literatura hispanoamericana a finales del siglo XIX, que veía a México como uno de los países ejemplares en la propagación de la hispanidad. Menéndez Pelayo ejemplifica al último lector romántico de la literatura hispanoamericana, y veía en las letras mexicanas, sobre todo de reminiscencia neoclásica, una prolongación del “alma española” en Hispanoamérica.

Otros dos hechos ayudarán a caracterizar a la literatura mexicana en el campo literario español. El primero fue el creciente interés de las editoriales españolas por difundir antologías o parnasos hispanoamericanos (particularmente la Casa Maucci de Barcelona), incluidos los de poesía mexicana. El segundo fue que la recepción literaria española, de manera gradual, distinguió las características particulares de los escritores mexicanos como un tipo singular de intelectual hispanoamericano. Las dos acciones adquirieron una mayor relevancia en la medida que el romanticismo se acercaba al modernismo, es decir, en la transición de los siglos XIX y XX.

Reconocida y tipificada la categoría de “escritores mexicanos” o “literatura mexicana”, primero se le calificó de paisajista, llana y burda, pero sentimental, emotiva y clara. Durante el periodo estudiado, difícilmente algún escritor mexicano pudo superar

estos calificativos expresados por la recepción española, pero los adjetivos serían atenuados y reinterpretados durante el modernismo, cuando se aludió a los temas urbanos de las piezas de Gutiérrez Nájera, y se dijo que nada tenían que ver con el contexto mexicano; se atacó el individualismo de Salvador Díaz Mirón, como gesto poco generoso con la tradición española de versificación; se criticó los temas fantásticos de Amado Nervo, considerados ajenos a la realidad; se reprocharon los modelos de composición de José Juan Tablada, porque no seguía los moldes clásicos; y en general, se dijo que, como todo el modernismo, la joven literatura mexicana estaba afectada de voces extranjerizantes.

Si bien la mayoría de aquellas críticas estaban expresadas por autores españoles de la última generación romántica, algunos poetas jóvenes de España aceptaron los discursos modernistas de los intelectuales hispanoamericanos, incluidos los escritos por los mexicanos. Estos jóvenes reconocieron el esfuerzo de la literatura de Hispanoamérica por extender las formas de composición métrica, la diversidad temática y la libertad expresiva. Con esta perspectiva, los jóvenes autores de España trataron de definir a la poesía mexicana por dos cualidades: su capacidad imaginativa y por su contenido intimista.

Entrado el siglo XX, la recepción se ocupó directamente del problema literario del modernismo, por lo que abandonó la visión meramente exotista de las letras mexicanas. Por primera vez se leían y se criticaban los modelos de composición, sin que ello afectara la presencia o no de la naturaleza en el discurso literario. Por el contrario, a nivel discursivo también se aceptó que dichos escritores no sólo podían escribir sobre los sentimientos que inspiraba el paisaje, sino que eran capaces de escribir acerca de cualquier referente. Así, las letras mexicanas después del modernismo eran calificadas

por el colorido de sus imágenes, por los varios referentes de sus discursos y por las melodías tenues de sus versos.

El largo trayecto que comenzó con Juan de Dios Peza y concluyó con la muerte de Justo Sierra, habría dejado un campo cultural mexicano estructurado por tres elementos reconocibles por la cultura española: una literatura propiamente mexicana, el perfil de un tipo singular de escritor mexicano y los espacios de sociabilización de los elementos anteriores. El trazo de las rutas de llegada a Madrid y la fijación de los elementos del campo literario mexicano, consintieron una inserción estable de las siguientes generaciones de escritores que arribaran a la Villa y Corte.

A nivel literario, los discursos de las letras mexicanas habrían de generar nuevos modelos de recepción de su literatura, impulsando lecturas distintas a las que limitaban a las letras mexicanas a la mimesis de la naturaleza salvaje de aquel país. Después del trayecto de estos escritores se ampliaba el significado del dominio “lengua-literatura” con un discurso metaestético que también será practicado por las siguientes generaciones de intelectuales mexicanos en Madrid.

De esa manera, guiadas por las expectativas de una lengua común y una historia compartida, ambas sociedades intelectuales gestaron una patria imaginada para la lengua española. Para lograrlo, fue fundamental consolidar al campo literario mexicano en Madrid. Ello implicó un diálogo entre escritores mexicanos y españoles como una utopía más compleja que la de difundir las letras nacionales en un contexto ajeno al propio. Los discursos literarios se modificaron y al alejarse de los discursos nacionales cerrados, establecieron una tendencia hacia un proyecto metaestético que se profundizará durante el periodo de las vanguardias literarias. Mientras que la figura del

intelectual mexicano, que había explorado los tipos del bohemio y el dandy, tendrá que añadir a su genealogía la figura del revolucionario.

HEMEROBIBLIOGRAFÍA⁹⁹⁶

I. GENERAL

XVII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. III Tomos. Madrid, Universidad Complutense de Madrid-Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1978.

ABELLÁN, José Luis, “La regeneración como proyecto y su vinculación a América Latina”, en CASASÚS ARZÚ, Marta E. y PÉREZ LEDESMA, Manuel (coords.). *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina 1890-1940*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2004. [Colección de Estudios, 101].

ADAMS FERNÁNDEZ, Carmen, “Cuba y su cultura durante el último cuarto del siglo XIX a través de *La Ilustración Española y Americana*”, en CRUZ MORALES Y SARO, María; y LLORDÉN MIÑAMBRES, Moisés (eds.). *Arte, cultura y sociedad en la emigración española a América*. Oviedo, Universidad de Oviedo-Servicio de Publicaciones, 1992. [Colección Ethos].

AILLÓN SORIA, Esther, “La política cultural de Francia en la génesis y difusión del concepto *L’Amerique Latina*; 1860-1930”, en *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual. Siglos XIX y XX*. México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 2004.

ÁLVAREZ JUNCO, José, “España en 1892”, *América del 92. Revista del V Centenario* núm. 4 (abril-junio de 1990), pp. 1-3.

ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Traducción de Eduardo L. Suárez. México, Fondo de Cultura Económica, 1993. [Colección Popular, 498].

ANGENOT, Marc, BESSIÉRE, Jean, KUSHNER, Eva y FOKKEMA, Douwe (coords.). *Teoría literaria*. Madrid, Siglo XXI Editores, Ministerio Francés de la Cultura, 1993.

ARIAS COELLO, Alicia y MEJÍAS ALONSO, Almudea, “La prensa del siglo XIX como medio de difusión de la literatura hispanoamericana”, *Revista General de Información y Documentación*, v. 8, núm. 2 (1998), pp. 241-257.

⁹⁹⁶ Para su mejor ubicación y consulta, he dividido la sección Hemerobibliografía en los siguientes apartados: “I. General”, donde se incorporan todas las fuentes y materiales revisados, sin importar la época en la que fueron escritos o establecidos; “II. Bibliografía de la época”, donde se registran tanto ediciones antiguas como ediciones modernas sobre textos escritos durante el periodo de estudio de la tesis, además de otros instrumentos bibliográficos similares (epistolarios, diarios, dietarios, etc...); “III. Hemerografía de la época e instrumentos filológicos”, donde se recoge todo el material hemerográfico perteneciente al periodo de estudio de la tesis; y “IV. Sitios electrónicos”, donde se incluyen las bases de datos electrónicas, páginas de internet y bibliotecas digitales consuladas.

ARROYO CABELLO, María. *Arte moderno y revistas españolas, 1898-1936*. Madrid, Museo de Arte Reina Sofía, 1997.

ASÚN, Raquel, “La editorial de *La España Moderna*”, *Archivum*, vols. 31-32 (1981-82), pp. 133-199.

AZUELA DE LA CUEVA, Alicia y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Carmen (eds.). *México y España: huellas contemporáneas*. Murcia, Ediciones de la Universidad de Murcia-Servicio de Publicaciones-Red Columnaria, 2010 [Vestigios de un mismo mundo, v. 3].

BARRERA, Carlos (ed.). *El periodismo español en su historia*. Barcelona, Ariel, 2000.

BAQUERO, Gastón. *Ensayo*. Edición de ORTEGA CARMONA, Alfonso y PÉREZ ALENCART, Alfredo. Madrid, Universidad de Salamanca-Fundación Central Hispano, 1995 [Obra fundamental].

BASSNER, Frank, ACERO YUS, Francisco y GEHRIG, Sussane. *Doscientos críticos literarios en la España del siglo XIX. Diccionario Biobibliográfico*. Traducción de Miguel Ángel Garrido Gallardo. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007. [Anejos *Revista Literatura*].

BEIGEL, Fernanda, “Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana”, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, vol. 8, núm. 20 (enero-marzo de 2003), pp. 105-115.

BELTRÁN ALMERÍA, Luis y ESCRIG, José Antonio (coords.). *Teorías de la historia literaria*. Madrid, Arco/libros, 2005.

BELTRÁN DENGRA, Joaquín. *La Revolución Mexicana a través de la prensa española (1911-1924)*. México, Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León, 2008. [Investigación].

BERNABEU, Salvador, “Los americanistas y el pasado de América: tendencias e instituciones en Vísperas de la Guerra Civil”, *Revista de Indias*, vol. LXVIII, núm. 239 (2007), pp. 251-282.

_____. *El IV Centenario del descubrimiento de América*. Madrid, Centro de Estudios Históricos-Departamento de Historia de América-Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1987. [Colección Tierra nueva e cielo nuevo, 20].

BLANCO AGUINAGA, Carlos, RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio y ZAVALA, Iris M. (coords.). *Historia social de la literatura española*. 3 tomos. España, Editorial Castalia, 1978.

BLANCARTE, Roberto (comp.). *Cultura e identidad nacional*. México, Fondo de Cultura Económica-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994. [Sección de Obras de historia].

BLANQUEL, Eduardo, “V. La Revolución mexicana”, en BERNAL, Ignacio, MORENO TOSCANO, Alejandra, GONZÁLEZ, Luis, BLANQUEL, Eduardo y MEYER, Lorenzo (colaboradores). *Historia mínima de México*. México, El Colegio de México, 1974.

BLEIBERG, Germán (dir.). *Diccionario de Historia de España*. III volúmenes. Madrid, Alianza, 1979.

BOTREL, Jean-François. “Juan Valera, directeur de *El Centenario*”, en *Bulletin hispanique*, núm. 80 (1978), pp. 71-87.

BOURDIEU, Pierre. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Traducción de María del Carmen Ruiz de Elvira. México, Taurus, 2002.

_____. *Las reglas del arte: génesis y estructura de la obra de arte literaria*. Traducción de Thomas Kauf. Barcelona, Anagrama, 1997. [Colección Argumentos, 167].

_____. *Cosas dichas*. Traducción de Margarita N. Mizraji. México, Gedisa, 1988. [Colección el mamífero parlante. Serie mayor].

CABRERA QUINTERO, Conrado Gilberto. *La creación del imaginario del indio en la literatura mexicana del siglo XIX*. México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2005.

CAGIAO VILA, Pilar y REY TRISTÁN, Eduardo. *Aproximaciones al americanismo entre 1892 y 2004*. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela-Servizo de Publicaciones e Intercambio Científico, 2006.

_____. *De ida y vuelta. América y España: los caminos de la cultura*. España, Universidad de Santiago de Compostela, Publicacións, 2005. [Simposio Internacional de la Asociación Española de Americanistas].

_____. REY TRISTÁN, Eduardo y PÉREZ-SANTOS, Raquel, “Contribuciones intelectuales latinoamericanas en la *Revista de Cultura Hispánica* de Madrid: Carlos Pereyra”, en CAGIAO VILA, Pilar y REY TRISTÁN, Eduardo (eds.). *De ida y vuelta. América y España: los caminos de la cultura..* España, Universidad de Santiago de Compostela-Publicacións, 2005, pp. 309-320.

CALDERÓN QUIJANO, José Antonio. *El IV Centenario del descubrimiento en La Ilustración Española y Americana y en el Ateneo de Madrid*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1986.

CALDWELL, Richard, “‘La poesía moderna, modernísima, poesía, quizás, del futuro’. Los orígenes del simbolismo en España”, *Anales de Literatura Española*, núm. 15 (2002), pp. 27-54.

CANCINO, Hugo. *Los intelectuales latinoamericanos. Entre la modernidad y la tradición*. Madrid, Iberoamericana, 2004.

CÁNDIDO, Antonio. *Formação de la literatura brasileira: momentos decisivos*. 2 vols. São Paulo, Martins, 1959.

CARTER, Boyd G. *Las revistas literarias de Hispanoamérica: Breve historia y contenido*. México, Ediciones De Andrea, 1959.

CASASÚS ARZÚ, Marta E., y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.). *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina 1899-1940*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2004. [Colección de Estudios, 101].

CASTELLANO, Phillipe. “México a través de los siglos. De la coedición a la autonomía editorial”, en LUDEC, Nathalie y DUBOSQUET LAIRYS, Françoise (coords.). *Centros y periferias: prensa, impresos y territorios en el mundo hispánico contemporáneo: homenaje a Jacqueline Covo-Maurice*. España, Pilar, 2004.

CHANTRAINE-BRILLON, Cécile, GIRALDI DE CAS, Norah y IDMHAND, Faitha (eds.). *El escritor y el intelectual entre dos mundos. Lugares y figuras del desplazamiento*. Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2010.

CHARQUES GÁMEZ, Rocío, “La baronesa de Wilson. Colaboraciones en La Ilustración Artística de Barcelona”, *Anales de Literatura Española*, núm. 20 (2008), pp. 105-118.

CHEN SHAM, Jorge. *Actas del simposio hacia la comprensión del 98: Representaciones finiseculares en España e Hispanoamérica*. Madrid, Universidad de Costa Rica-Agencia Española de Cooperación Internacional-Centro Cultural España, 2001.

CLARK DE LARA, Belem. *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Coordinación de Humanidades, 1998. [Ediciones especiales, 9].

_____. y ZAVALA, Ana Laura. *La construcción del modernismo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002. [Biblioteca del Estudiante Universitario, 137].

CLARK DE LARA, Belem, y GUERRA, Elisa (coords.). *La República de las Letras: asomos a la cultura escrita del México decimonónico*. Volumen I. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios; volumen II. Publicaciones periódicas y otros impresos; volumen III. Galería de escritores. México, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005. [Al siglo XIX. Ida y regreso].

COLOMBÍ, Beatriz, “Camino a la meca: escritores hispanoamericanos en París (1900-1920)”, en ALTAMIRANO, Carlos (director), *Historia de los intelectuales en América Latina*. Volumen I. *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Editor del volumen Jorge Myers (editor del volumen). pp. 544-565. Buenos Aires, Katz, 2008. [Conocimiento].

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS. *1892: El IV Centenario del Descubrimiento de América en España*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1987.

CONTE CORTI, Egon Caesar. *Maximilano y Carlota*. México, Fondo de Cultura Económica, 1971.

COSSÍO VILLEGAS, Daniel (coord.). *Historia general de México*. 2 tomos.. México, HARLA-El Colegio de México, 1988.

_____. BERNAL, Ignacio, MORENO TOSCANO, Alejandra, GONZÁLEZ, Luis BLANQUEL, Eduardo y MEYER, Lorenzo. *Historia mínima de México*. México, El Colegio de México, 1974.

_____. *Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida política exterior. Primera parte*. México, editorial Hermes, Colegio de México, 1960.

CRUZ MENDOZA, Yólotl. “Desde los balcones. La crónica de Amado Nervo en Madrid”, en <http://www.amadonervo.net/ciudades/espana/presentesp1.html>.

CUESTA ESCUDERO, Pedro. *La escuela en la reestructuración de la sociedad española (1900-1923)*. España, Siglo Veintiuno, 1994.

CURIEL, Fernando, “Vivir en Madrid (ateneístas mexicanos en Madrid)”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 549-550. Madrid, 1996.

CURIEL, Guadalupe y CASTRO, Miguel Ángel (coords.). *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX. 1822-1855 Fondo Antiguo de la Hemeroteca Nacional de México: parte I*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2003. [Al siglo XIX. Ida y regreso].

_____. *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX. 1856-1876. Fondo Antiguo de la Hemeroteca Nacional de México: parte I*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2003. [Al siglo XIX. Ida y regreso].

DARÍO, Rubén. *Autobiografía. España Contemporánea (crónicas y relatos literarios)*. México, Porrúa, 1999. [Colección Sepan cuánto..., núm. 714].

DE ICAZA, Francisco A. *Obras*. 2 tomos. México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

DE VAL ARRUEBO, Beatriz, “La Academia de la poesía española, un capítulo olvidado”, *Abel Martín*, revista de estudios sobre Antonio Machado, <http://www.abelmartin.com/critica/val.html>, marzo 2009.

DELGADO, Jaime, “Los bandidos de Río Frío, reconstrucción de un mundo histórico”, en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, t. I, (1972), pp. 177-194.

_____. *España y México en el siglo XIX*. III Tomos. Prólogo de C. Pérez Bustamante. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1950.

DELGADO LARIOS, Almudena, “Entre el miedo y la fascinación: la Revolución mexicana en la prensa española”, *Revista de Occidente*, núm. 358 (noviembre de 2010), pp. 27-48.

DERRIDA, Jacques. *The Post Card. From Socrates to Freud and Beyond*. Traducción de Alan Bass. Chicago, University of Chicago Press, 1987.

DEVOTO, Daniel, “Merlo E. Simmons. A Bibliography of the Romance and relates forms in Spanish America”, *Bulletin Hispanique*, vol. 67, núm. 67 (1965), pp. 183-193.

DÍAZ, Simón, “Algunas peculiaridades del libro barroco mexicano”, en *XVII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid-Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1978, pp. 71-87.

_____. *Bibliografía de la literatura hispánica*. Madrid, Consejo Superior de Investigación Científica, 1976.

DÍAZ DE OVANDO, Clementina. *Un enigma de los Ceros: Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza*. México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1994. [Al siglo XIX. Ida y regreso].

Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México. México, Porrúa, 1995.

DILL, Hans-Otto. “La recepción de Sor Juana en España”, en SIMON, Ingrid (ed.), *América en España: influencias, intereses, imágenes*. Madrid, Iberoamericana, 2007.

DOWLING, John, “José Zorrilla en el Parnaso mexicano”, en *IX Actas de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Madrid, AIH, 1986.

DUMAS, Claude. *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912*. 2 tomos. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

ESPEL VALLEJÓ, Manuel A. y GARCÍA OCHÓA, María Luisa, “La juventud del 98 en las revistas de la época”, *SEECI 2000*, núm. 3 (junio de 1998), pp. 52-56.

_____. “En torno a las revistas de la generación del 98”, *Historia y Comunicación Social*, núm. 3 (1998), pp. 41-63.

ESTEBAN, José. *Viajeros hispanoamericanos en Madrid*. Madrid, Sílex, 2004.

FLORES ARROYUELO, Francisco J. 1905. *Tercer Centenario del Quijote*. Madrid, Nausicaä, 2006. [La rosa profunda].

FOGELQUIST, Donald F. *Espanoles de América y americanos de España*. Madrid, Gredos, 1968. [Biblioteca Románica Hispánica, Estudios y Ensayos, 109].

FOKKEMA, Douwe, “Cuestiones epistemológicas”, en ANGENOT, Marc, BESSIÉRE, Jean, KUSHNER, Eva y FOKKEMA, Douwe (cords.). *Teoría literaria*. Madrid, Siglo XXI Editores-Ministerio Francés de la Cultura, 1993..

FELIU, Joan, ORTELLS, Vicent y SORIANO, Javier (eds.). *Caminos encontrados. Itinerarios históricos, culturales y comerciales en América Latina*. España, Centro de Investigaciones de América Latina-Universitat Jaume I, 2009.

FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor. *Literatura y política. Epistolario. (1918-1940)*. Madrid: Diputación provincial de Granada, 1996.

_____. *Sinesio Delgado en su tiempo*. Madrid, Sociedad General de Autores de España, 1960.

_____. *En torno al 98: política y literatura*. Madrid, Jordán, 1948.

FERNÁNDEZ DE CANO y MARTÍN. José Ramón (coord.). *Actas del VIII Coloquio Internacional de Cervantistas*. España, Ayuntamiento de El Tobos, 1999.

FERRER BENIMELI, José Antonio. *Jefes de gobierno masones. España 1868-1936*. Madrid, La esfera de los libros, 2007.

FICHTER L., William. *Publicaciones periodísticas de don Ramón Valle Inclán anteriores a 1895*. Presentación de Alfonso Reyes. México, El Colegio de México, 1952.

FUENTES, Juan Francisco y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier. *Historia del periodismo español*. Madrid, Síntesis, 1998.

GALINDO Y VILLA, Jesús. *Polvo de Historia*. México, Editorial Patria, 1954. [Sección Cultura para todos].

GANTÚS, Fausta, “Justo Sierra: el proyecto de una identidad integradora”, en *Construcción de las identidades latinoamericanas*. México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 2004.

GARCÍA, Genaro. *Carácter de la conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos*. México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1901.

GARCÍA BEDOYA-MAGUIÑA Carlos. *Para una periodización de la literatura peruana*. Perú, Centro de Producción Fondo Editorial-Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2004.

GARCÍA BLANCO, Miguel. *América y Unamuno*. Madrid, Editorial Gredos, 1964. [Biblioteca Románica Hispánica].

GARCÍA VELASCO, José, “Valle-Inclán en su camino de Damasco. El primer viaje a México”, en SANTOS ZAS, Margarita (ed.), *Valle Inclán (1898-1998): Escenarios*. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2000.

GARRIDO, Luis. *El tiempo de mi vida*. México, Porrúa, 1974.

_____. *Carlos Pereyra*. México, Porrúa, 1969.

_____. *Días y hombres de España*. México: Porrúa, 1966.

GEA ORTIGAS, María Isabel. *Salamanca*. Madrid, Ediciones La Librería, 2000. [Historia de los distritos de Madrid].

GOFFMAN, Erving. *Los momentos y sus hombres*. Textos seleccionados y presentados por Yves Winkin. Traducción de Eloy Fuente Herrero. Barcelona, Paidós, 1991.

GONZÁLEZ-MILLÁN, Xoán, “Menéndez Pelayo y su proyecto historiográfico de una ‘nacionalidad literaria’ española plurilingüe”, *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, a. 2006, núm. 82, pp. 393-428.

GRANADOS, Aimer y MARICHAL, Carlos (comps.). *Construcción de las identidades latinoamericanas*. México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 2004.

GRISMER, Raymond Leonard. *Índice de doce mil autores hispanoamericanos. Una guía a la literatura de la América española*. Nueva York, H. W. Wilson Cía, 1939.

GUERRERO, Gustavo, “Nueva narrativa del extremo Occidente: la encrucijada de la recepción internacional”, *Letras Libres* (enero de 2007), pp. 23-28.

GUILLÉN, Claudio, “On the Edge of Literariness: The Writing of Letters”, *Comparative Literature Studies*, núm. 31 (1994), pp. 1-24.

GULLÓN, Ricardo. *Direcciones del modernismo*. Madrid, Gredos, 1971.

GULLÓN, Germán. *El jardín interior de la burguesía española*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

GUTIÉRREZ CUADRADO, Juan y PASCUAL RODRÍGUEZ, José A., “A propósito de las actas del Congreso Literario Hispano-Americano”, *Edición Facsímil de las Actas del Congreso Literario Hispanoamericano*. Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas-Instituto Cervantes de Madrid, 1992.

HALE, Charles A., “Emilio Castelar y México”, *Letras Libres*, a. 1, núm. 12 (1999), pp. 50-55.

HENRÍQUEZ UREÑA, Max. *Breve historia del modernismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

HERNÁNDEZ PRIETO, María Isabel, “Escritores hispanoamericanos en la revista *América Latina* (1915-1918)”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 28 (1999), pp. 120-134.

_____, “Escritores hispanoamericanos en *La Ilustración Española y Americana* (1869-1899)”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 24 (1995), pp. 205-223.

_____, “El escritor mexicano Vicente Riva Palacio en el Madrid del siglo XIX”, *Anales de la literatura hispanoamericana*, núm. 22 (1993), pp. 27-44.

_____, “Escritores hispanoamericanos en *El Álbum Ibero-Americano* (1890-1899)”, *Documentación de las Ciencias de la Información*, núm. 6 (1993), pp. 115-153.

_____, “Escritores hispanoamericanos en *La América* (1857-1886). Primera parte”, *Anales de literatura hispanoamericana*, núm. 19 (1990), pp. 13-27.

_____, “Prologuistas españoles de libros hispanoamericanos”, *Varia Bibliographica. Homenaje a José Simón Díaz*. Madrid, Edition Reichnberger, 1987. pp. 349-354.

_____, “Cinco cartas inéditas de Vicente Riva Palacio a Pérez Galdós y Menéndez Pelayo”, *Revista de Indias*, vol. XLIV (1984), núm. 174, pp. 567-172.

_____, “Héctor Florencia Varela en Madrid (1881-1885). Aportación a la historia del americanismo en España”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, v. IX, núm. 10. (1981). pp. 127-139.

_____. *Relaciones culturales entre Madrid e Hispanoamérica de 1881 a 1892*. Madrid, Departamento de Literatura Hispanoamericana, Facultad de Filología, Universidad Complutense de Madrid, 1981.

HENRÍQUEZ UREÑA, Max. *El retorno de los galeones (bocetos hispánicos)*. Madrid, Editorial Renacimiento, 1930.

HOPKINS, Eduardo (ed.). *La ira y la quimera. Actas del Coloquio Internacional Centenario de la Generación del 98. España y América*. Perú, Pontifica Universidad Católica del Perú-Facultad de Letras y Ciencias Humanas-Instituto Riva-Agüero-Departamento de Humanidades-Fondo Editorial, 2001.

INSÚA, Alberto. *Memorias. Mi tiempo y yo*. 2 tomos. Madrid, Editorial Tesoro, 1952.

JAKOBSON, Roman. *El marco del lenguaje*. Traducción de Tomás Segovia. México, Fondo de Cultura Económico, 1988.

JAUSS, Hans Robert. *Experiencia estética y hermenéutica literaria ensayos en el campo de la experiencia estética*. Traducción de Jaime Siles y Ela María Fernández-Palacios. Madrid, Taurus, 1992. [Humanidades. Teoría y crítica literaria, 336].

JIMÉNEZ AGUIRRE, Gustavo y CORTÉS HERNÁNDEZ, Santiago, “Amado Nervo y Balbino Dávalos, distantes simetrías”, *Literatura Mexicana* (1999), vol. XI, núm. 2, pp. 200-257

KARAGEORGOU-BASTEA, Christina, “Panorama y panóptico en México y los mexicanos de José Zorrilla”, *Revista Hispánica Moderna*, v. 62, núm. 2 (diciembre de 2009), pp. 137-177.

KUSHNER, Eva. “Articulación histórica de la literatura”, en PERUS, François (ed.). *Historia y literatura*. México, Instituto Dr. José María Mora, 1994.

LABANDEIRA FERNÁNDEZ, Amancio, “Adiciones a un diccionario de seudónimos literarios españoles”, *Dicenda. Cuadernos de filología hispánica*, núm. 2 (1983), pp. 175-184.

LADA FERRERAS, Ulpiano; y ARIAS-CACHER Cabal, Álvaro (coords.). *La literatura hispanoamericana más allá de sus fronteras*. España, Gobierno del Principado de Asturias, 2005.

LEAL, Edith. *Francisco Díaz de León y Santiago Ballescá: su labor editorial y su contribución a la cultura mexicana*. Tesis para obtener el grado de maestra en Letras mexicanas. Director, Pablo Mora. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.

_____. *Los lectores de Enrique de Olavarría: la recepción de tres obras vista a través de su Archivo Personal*. Tesis para obtener el grado de licenciada en Lengua y literaturas hispánicas. 2005. Director, Pablo Mora. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.

LETONA, René. *Ocho poetas hispanoamericanos en Madrid*. Madrid, Playor-Centro de Estudios Poéticos Hispánicos, 1987.

LIDA, Raimundo. *Letras hispánicas: estudios, esquemas*. México, Colegio de México, 1981.

LLOPESA, Ricardo, “Rubén Darío y el Congreso de la poesía en Valencia”, *El Nuevo Diario. Nuevo Amanecer Cultural*, septiembre de 2009, en <http://impreso.elnuevodiario.com.ni/impimir/2009-09-26/suplemento/11667>.

LÓPEZ-OCÓN CABRERA, Leoncio, “La América. Crónica hispanoamericana. Génesis y significación de una empresa americanista del liberalismo democrático español”, *Quinto Centenario*, núm. 4 (1982), pp. 137-174.

LUDEC, Nathalie y DUBOSQUET LAIRYS, Françoise (coords.). *Centros y periferias: prensa, impresos y territorios en el mundo hispánico contemporáneo: homenaje a Jacqueline Covo-Mauric*. España, PILAR, 2004.

MAC GREGOR, Josefina. “México y España: de la representación diplomática oficial a los agentes confidenciales, 1910-1915”, *Historia Mexicana*, a. L, vol. L, núm. 2 octubre-diciembre (2000), pp. 309-330.

_____. *México y España: del Porfiriato a la Revolución*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Secretaría de Gobernación, 1992. [Colección sociedad].

MACIONIS, Jhon, y PLUMMER, Ken. *Sociología*. Traducción de Roberto Garvia. México, Prentice Hall, 1999.

MAINER, José Carlos. *Historia de la literatura española 6. Modernismo y nacionalismos 1900-1936*. Madrid, Crítica, 2010.

_____, “De nuevo sobre la invención del 98”, en HOPKINS, Eduardo. *La ira y la quimera. Actas del Coloquio Internacional Centenario de la Generación del 98. España y América*. Perú, Pontifica Universidad Católica del Perú-Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Instituto Riva-Agüero-Departamento de Humanidades-Fondo Editorial, 2001, pp. 13-24.

_____. *Modernismo y 98*, en RICO, Francisco. *Historia y crítica de la literatura española*. Barcelona, Crítica, 1994.

_____. *La Edad de Plata (1902-1939): Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. Madrid, Cátedra, 1986.

MAINER, José Carlos, NAVARRO, Rosa y ALVAR, Carlos. *Breve historia de la literatura española*. Madrid, Alianza, 2002. [El libro de bolsillo].

MARÍAS, Julián. *Generaciones y constelaciones*. Madrid, Alianza, 1989.

MARICHAL, Carlos (coord.). *México y las Conferencias Panamericanas*. México, Dirección General del Acervo Histórico Diplomático-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2002.

MARISTANY, Luis, “La recepción de Los Contemporáneos en España”, en OLEA FRANCO, Rafael y STANTON, Anthony Stanton (coords.). *Los contemporáneos en el laberinto de la crítica*. México, Colegio de México, 1994.

MÁRQUEZ, Miguel B., “D. Abelardo de Carlos y La Ilustración Española y Americana”, *Ámbitos*, núm. 13-14 (2005), pp. 185-209.

MARTIN, Leona, “Emilia Serrano, Baronesa de Wilson (¿1834?-1922): intrépida viajera española; olvidada ‘cantora de las Américas’”, *Ciberletras: revista de crítica literaria y de cultura*, v. 8, núm. 5 (julio de 2002), en <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/index.html>.

_____, “Entre *La antología de poetas hispanoamericanos* de Marcelino Menéndez Pelayo y *Los parnasos* de la Editorial Maucci: Reflejos del ocaso de la hegemonía colonial”, *Ciberletras*, núm. 15, v. 15 (julio de 2006), en <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v15.html>.

MARTÍNEZ GÓMEZ, Juana, “Escritores hispanoamericanos en la botillería de Pombo”, *Anales de la literatura hispanoamericana*, núm. 22 (1993), pp. 187-202.

_____, y MEJÍAS ALONSO, Almudena. *Hispanoamericanas en Madrid (1800-1936)*. Madrid, Dirección General de la Mujer, Comunidad de Madrid, 1994.

MATUTE, Álvaro. *Historiografía española y norteamericana sobre México. (Coloquios de análisis historiográfico)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1992. [Serie Historia Moderna y Contemporánea, 24].

MAZÍN GÓMEZ, Óscar (ed.), *México en el mundo hispánico*. II volúmenes. Michoacán, El Colegio de Michoacán, Embajada de España en México, 2000.

MEJÍAS ALONSO, Almudena. “Algunos pseudónimos de escritores mexicanos del siglo XIX”, *Anales de la literatura hispanoamericana*, núm. 28 (1999), pp. 1399-1412.

_____, “El final del siglo XIX: relaciones culturales entre España e Hispanoamérica”, *Revista General de Información y Documentación*, v. 9, núm. 2 (1999), pp. 197-223

_____, “Hispanoamericanos en *El Álbum de Madrid*. Variantes rubendarianas y otros comentarios”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 26 (1997), pp. 94-110.

MEYER, Rosa María, “Los Béistegui, especuladores y mineros”, en CARDOSO, Ciro (coord.). *Formación y burguesía en México siglo XIX*. México, Siglo XXI Editores, 1978.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino y CLARÍN, Leopoldo Alas. *Epistolario*. Prólogo de Gregorio Marañón. Notas de Adolfo Alas. Madrid, Ediciones Escorial, 1943.

MOLLOY, Sylvia, “La diffusion de la littérature hispano-américaine en France au XX siècle”, en PUF, París, 1972, pp. 36-72.

MONTERDE, Francisco. *La literatura mexicana en la obra de Menéndez y Pelayo*. México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958.

MONTES DE OCA, Ignacio. *Epistolario de Ipandro Acaico*. Introducción, transcripción y notas, Joaquín Antonio Peñalosa. México, Editorial Estilo, 1952.

MORA, Pablo y MIQUEL, Ángel (comp., textos y notas). *Barco en tierra. España en México. Imágenes, reflexiones y testimonios de vida en el siglo XX*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Fundación Pablo Iglesias, Agencia Española de Cooperación Internacional, 2006.

_____, (comp. y ed.). *Espanoles en el periodismo mexicano. Siglos XIX y XX*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma del Estado de Morelos-Fundación Carolina de España, 2008.

MORENO ALONSO, Manuel. *Las ilusiones americanas de don Juan Valera y otros estudios sobre España y América*. Sevilla, Ediciones Alfar, 2003. [Colección El Mapa y el Calendario, 18].

MOYA LÓPEZ, Laura A., “México: su evolución social. 1900-1902. Aspectos teóricos fundamentales”, *Sociológica*, a. 14, núm. 41 (septiembre-diciembre de 1999), pp. 127-156.

MUKAROVSKY, Jan. *Arte y semiología*. Edición de S. Marchán Fiz. Traducción de I. P. Hloznik. Madrid, Alberto Corazón, 1971.

MURIÁ, José María. “El IV Centenario del Descubrimiento de América”, en *Revista Secuencia*, núm. 3 (diciembre 1985), pp. 131-136.

MYERS, Jorge, “Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta inicios del siglo XX”, en ALTAMIRANO, Carlos (dir.). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Volumen I. *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Edición de Jorge Myers. Buenos Aires, Katz, 2008. [Conocimiento].

NIEMAYER, Katharina. *La poesía del premodernismo español*. Madrid, Consejo Superior de Investigación Científica-Biblioteca de Filología Hispánica, 1992.

NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio, “Capítulo primero. Hispanoamericano, regeneración y defensa del prestigio nacional (1898-1931)”, en PÉREZ HERRERO, Pedro y TABANERA, Nuria (coords.), *España/ América Latina: un siglo de políticas culturales*. Madrid, Asociación de Investigación y Especialización sobre Temas Iberoamericanos-Síntesis-Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1993. [Monografías, 2].

NOMBELA, Julio. *Impresiones y recuerdos*. Madrid, Giner, 1976.

NÚÑEZ PUENTE, Sonia, “Novela rosa y cultura popular: Carmen de Icaza y Concha Linares Becerra”, *Sincronía* (primavera de 2007), pp. 25-29.

OLEA FRANCO, Rafael, “José María Roa Bárcena. Literatura e ideología”, en CLARK DE LARA, Belem y GUERRA, Elisa (coords.). *La República de las Letras: asomos a la cultura escrita del México decimonónico. v. 3. Galería de escritores México*, Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2005. [Al siglo XIX. Ida y regreso].

ORTEGA, Jorge. *Nuevos hispanismos interdisciplinarios y trasatlánticos*. Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2010.

ORTÍZ MONASTERIO, José. “*Patria*”, *tu ronca voz me repetía*. Vicente Riva Palacio. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto José María Mora, 1999.

ORTÍZ MONASTERIO PRIETO, José Alejandro. *La obra historiográfica de Vicente Riva Palacio*. Tesis doctoral. Dirección, Álvaro Matute. México, Departamento de Historia-Universidad Iberoamericana, 1999.

OVILO Y OTERO, Manuel. *Manual de Biografía y de bibliografía de los escritores españoles del siglo XIX*. 2 tomos. París, Librería de Rosa y Bouret, 1859.

PACHECO, José Emilio, “Infierno y paraíso de Zorrilla”, *Letras Libres* (1 de marzo de 2001), pp. 34 y 36.

PALENQUE, Marta “Una última batalla por el Modernismo: las reseñas en torno a *La corte de los poetas* (1906)”, *Magazine Modernista* 15 (2009) noviembre de 2009. <http://magazinmodernista.com/2009/11/15/una-ultima-batalla-por-el-modernismo-las-resenas-en-torno-a-%E2%80%99Cla-corte-de-los-poetas%E2%80%9D-1906/>

PANI, Erika. *Para mexicanizar el Segundo Imperio: el imaginario político de los imperialistas*. México, Instituto Dr. José María Mora-Colegio de México, 2001.

PASCUAL, Pedro, “El 98 de don Quijote”, en FERNÁNDEZ DE CANO Y MARTÍN, José Ramón (coord.). *Actas del VIII Coloquio Internacional de Cervantistas*. España, Ayuntamiento de El Toboso, 1999.

PAYNO, Manuel. *Obras completas IX-X. Los bandidos de Río Frío*. Tomos I y II. Edición filológica de Manuel Sol. Prólogo de Margo Glantz. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000.

PELUDO GÓMEZ, María del Rosario, “México y España ante las pérdidas territoriales de 1848 y 1898”, en CASASÚS ARZÚ, Marta E., y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.). *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina 1890-1940*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2004. [Colección de Estudios, 101].

PERALES OJEDA, Alicia. *Las asociaciones literarias mexicanas*. Tomos I y II. México, Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2000. [Al siglo XIX. Ida y regreso].

PEREA, Héctor. *Los respectivos alientos*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 2006. [Letras del siglo XXI].

_____. *La rueda del tiempo*. México, Cal y Arena, 1996.

PÉREZ HERRERO, Pedro y TABANERA, Nuria (coords.). *España/ América Latina: un siglo de políticas culturales*. Madrid, Asociación de Investigación y Especialización sobre Temas Iberoamericanos-Síntesis-Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1993. [Monografías, 2].

PÉREZ VEJO, Tomás, “El imaginario de la Revolución mexicana en torno a España, lo español y los españoles”, *Revista de Occidente*, núm. 354 (noviembre de 2010), pp. 7-25.

PERUS, François (ed.). *Historia y literatura*. México, Instituto Dr. José María Mora, 1994.

PI-SUÑER, Antonia, “El acercamiento entre dos pueblos: la historiografía, la prensa y las conmemoraciones”, en MAZÍN GÓMEZ, Óscar (ed.). *México en el mundo hispánico*. Volumen I. Michoacán, El Colegio de Michoacán-Embajada de España en México, 2000.

_____. *El general Prim y la cuestión de México*. México, Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México-Secretaría de Relaciones Exteriores, 1996.

_____. “Niceto de Zamacois y su anhelo de reconciliación de la sociedad mexicana”. Introducción, edición e índice, MATUTE, Álvaro. *Historiografía española y norteamericana sobre México. (Coloquios de análisis historiográfico)*. México,

Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1992.

_____. *México y España durante la República Restaurada*. México, Archivo Histórico Diplomático Mexicano-Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985.

POWELL, Philip W. *La leyenda negra. Un invento contra España*. Barcelona, Áltera, 2005.

RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*. Prólogo de Carlos Monsiváis. Chile, Tajamar Ediciones, 2004.

RAMA, Carlos. *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1982.

RAMÍREZ LOSADA, Dení. “La exposición histórico-americana de Madrid de 1892, y la ¿ausencia? de México”, *Revista de Indias*, vol. LXIX, núm. 246 (2009), pp. 273-306.

REYES, Alfonso. *Visión de Anáhuac (1519)*. México, El Colegio de México, 1953.

RICO, Francisco (dir.). *Historia y crítica de la literatura española*. IX Volúmenes. Madrid, Crítica, 1979-2000.

RODRÍGUEZ, Miguel. “V. El 12 de octubre: entre el IV y el V Centenario”, en BLANCARTE, Roberto (comp.). *Cultura e identidad nacional*. México, Fondo de Cultura Económica-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994. [Sección de Obras de Historia].

RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge, “Alfonso Reyes y el Madrid posible”, *Anales de la Literatura Hispanoamericana*, núm. 22 (1993), pp. 203-218

ROGERS, Paul Patrick y LAPUENTE, Felipe-Antonio. *Diccionario de seudónimos literarios españoles, con iniciales*. Madrid, Gredos, 1977.

ROMERO LUQUE, Manuel. “La teoría estética de Cánovas del Castillo”, en *Emilio Castelar y su época. Actas del I Seminario Emilio Castelar y su época. Ideología, retórica y poética*. Cádiz, Universidad de Cádiz, 2001.

ROMERO TOBAR, Leonardo. *La literatura en su historia*. Madrid, Arco/Libros-Dirección General del Libro-Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, 2006. [Colección Instrumenta Bibliologica].

ROSENZWEIG, Gabriel. *Un liberal español en el México porfiriano. Cartas de Telesforo García a Emilio Castelar, 1888-1889*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2003. [Memorias mexicanas].

_____. *Catálogo de libros mexicanos, o que tratan de América y de algunos otros impresos en España*. México, Porrúa, 1949.

RUEDAS DE LA SERNA, Jorge. *Arcadia: tradición y mudanza*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006. [Colección de Cultura iberoamericana colonial].

_____. *Misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Dirección General de Publicaciones, 1996. [Al siglo XIX. Ida y regreso].

_____. *Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación General de Estudios de Posgrado, 1987. [Colección Posgrado, 1].

SÁNCHEZ ALBARRACÍN, Enrique. *La convergence hispano-americaniste de 1892. Les rencontres du IVe Centenaire de la découverte de l'Amérique*. Tesis doctoral, 2006. París, Univesité III.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás, “La emigración española a Iberoamérica en los siglos XIX y XX. De la cantidad a la calidad: flujos y reflujos”, en MAZÍN GÓMEZ, Óscar (ed.), *México en el mundo hispánico*. II volúmenes. Michoacán, El Colegio de Michoacán-Embajada de España en México, 2000.

SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín, “De las relaciones entre España y México durante el Porfiriato (1876-1910)”, en *HMex*, v. XLVIII, núm. 4 (1999), pp. 731-746.

SÁNCHEZ VIGIL, Juan Miguel. *Revistas ilustradas en España. Del Romanticismo a la guerra civil*. Madrid, Ediciones Trea, 2008.

SANZ BACHILLER, Mercedes, “La guerra civil 70 años después”, en *El Mundo*. http://www.elmundo.es/especiales/2006/07/espana/guerracivil/hist_sanzbachiller.html.

SAINZ DE MEDRANO, Luis, “Significación de Madrid en las letras americanas”, *Anales de literatura hispanoamericana*, núm. 22 (1993), pp. 1-15.

SÁNCHEZ PÉREZ, Enrique, “Menéndez Pelayo y la Hispanidad. Correspondencia entre Menéndez Pelayo y escritores hispano-americanos”, *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, núm. XXVII (1951), pp. 24-25.

SANTOS-RIVERO, Virginia. *Unamuno y el sueño colonial*. Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2005. [La casa de la riqueza].

SAWA, Miguel y BECERRA, Pablo (dirs.). *Crónica del Centenario del Don Quijote*. Madrid, Antonio Marzo, 1905.

SCHMIDT-WELLE, Friedhelm (ed.). *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*. Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2003.

SCHNEIDER, Luis Mario. *Todo Valle-Inclán en México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Difusión Cultural, 1992.

SCHULMAN, Iván. *El proyecto inconcluso. La vigencia del modernismo*. México, Siglo XXI Editores-Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas, 2002.

SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro. *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid, Fundación Carolina-Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos-Marcial Pons Historia, 2005.

_____, “Medio siglo de asociacionismo americanista español 1885-1936”, en *Espacio, tiempo y forma, S. V. Historia Contemporánea*. t. IV (1999), pp. 271-290.

SERRANO SERRANO, Joaquín, “Polémicas de Antonio de Valbuena con sus contemporáneos sobre la corrección gramatical y los defectos del Diccionario de la Academia”, *Estudios humanísticos. Filología*, núm. 28 (2006), pp. 185-220.

SERRANO, Pedro. “*El General*”. *Siluetas del excelentísimo señor don Vicente Riva Palacio con varias anotaciones*. México, s. p. i., 1934.

SEVILLA SOLER, Rosario, “Carranza y los Estados Unidos. Unas relaciones difíciles vistas desde España”, en *Anuario de Estudios Americanos*, v. 1, núm. 65 (enero-junio 2008), pp. 227-255.

SHAW, Donald Leslie. *La generación del 98*. Madrid, Ediciones Cátedra, 1977.

SILVA HERZOG, Jesús. *Semblanzas de académicos*. México, Ediciones del Centenario de la Academia Mexicana, 1975.

SIMSON, Ingrid (ed.). *América en España: influencias, intereses, imágenes*. Madrid, Iberoamericana, 2007.

TAMAMES, Ramón, y QUESADA, Sebastián. *Imágenes de España*. Madrid, Edelsa-Grupo Didascalia, 2007.

TANODI, Aurelio. *Manual de Archivología Hispanoamericana: Teorías y principios*. Córdoba, Universidad de Córdoba, 1961.

TRENC, Eliseo. *La prensa ilustrada en España. Las Ilustraciones (1850-1920)*. Montpellier, Université Paul Valéry, 1996.

TUSELL, Javier. *Historia de España en el siglo XX*. IV tomos. Madrid, Alfaguara, 1998. [Taurus Bolsillo].

VALBUENA PRAT, Ángel. *Historia de la literatura española*. IV tomos. Barcelona, Editorial Gustavo Gil, 1968.

VEGA GARCÍA-LUENGOS, Germán, “El Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo y el IV Centenario de la aparición del *Quijote*: un homenaje ineludible”, *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, núm. LXXXI (2005), pp. 15-24.

VIEYRA SÁNCHEZ, Lilia, “Adolfo de Llanos y Alcaraz: entre la polémica y el nacionalismo”, en MORA, Pablo y MIQUEL, Ángel (comp. y ed.). *Espanoles en el periodismo mexicano. Siglos XIX y XX*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma de Morelos-Fundación Carolina de España, 2008.

VILLALOBOS, Juan Manuel, “Alfonso Reyes vuelve a Europa”, *Letras Libres* (junio de 2007), pp. 67-69.

ZAMORA VICENTE, Alonso. *Lengua, literatura, intimidad. (Entre Lope de Vega y Azorín)*. Madrid, Taurus, 1966.

ZEÁ, Leopoldo. *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

ZULUETA, Jesús Manuel. *Viajeros hispanoamericanos por la España de fin de siglo (1890-1904)*. Cádiz, Universidad de Cádiz, Ayuntamiento de Cádiz, 2002.

II. BIBLIOGRAFÍA DE LA ÉPOCA E INSTRUMENTOS FILOLÓGICOS

AGUILERA Y GAMBOA, Enrique de. *El virreinato de México*. Madrid, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1892.

ALARCÓN, Pedro Antonio de. *Juicios literarios y artísticos*. Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1883 [Obras de Pedro Antonio de Alarcón].

_____. *Cosas que fueron. Cuadros de costumbres*. Madrid, Imprenta y Fundición de M. Tello, Impresora de Cámara, 1882.

ALAS Clarín, Leopoldo. *Nueva Campaña (1885-1886)*. Madrid, Librería de Fernando Fé, 1887

ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael. *Mi viaje a América (libro de documentos)*. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1911.

_____. *España en América*. Valencia, Editores F. Siempre y Compañía, 1908.

_____. *Cuestiones hispanoamericanas*. Madrid, Editor E. Rodríguez Serra, 1900.

_____. *De historia y de arte (estudios críticos)*. Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1898.

ANDRADE, Luis. *México en España. Hombres y hechos de la Revolución constitucionalista, en la República Mexicana*. Prólogo de Salvador Rueda. Madrid, Editorial hispánica, [1919]. [Biblioteca de Escritores de la Raza].

ARAUJO-COSTA, Luis. *El cultivo de las humanidades como lazo de unión ibero-americana*. Madrid, Publicaciones de la Revista de las España, s. f. i. [número 8].

ARMIÑÁN, Luis de. *El panamericanismo. ¿Qué es? ¿Qué se propone? ¿Cómo contrarrestarlo?* Madrid, Papelería de Enrique de Odriozola, 1900.

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID. *Escuela de estudios superiores. Curso de 1904 a 1905. Lista de profesores y asignaturas. Programas.* Madrid, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1905.

AZORÍN. *Tiempo y paisaje. Visión de España.* Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1968.

BAZ, Gustavo. *Cartas sobre Portugal. Precedidas de "Dos palabras" por Héctor F. Varela.* Madrid, Imprenta de Moreno y Rojas, 1885.

BIANCHI, Alberto G. *De México a Roma y de Roma a Barcelona. Memorias de la peregrinación mexicana de 1900.* Barcelona, L. González y Ca. Editores Pontificios, 1901.

BLANCO GARCÍA, Francisco. *La literatura española en el siglo XIX.* 3 tomos. Madrid, Saénz de Rubera, 1891-1893.

BLANCO FOMBONA, Rufino. *Diarios de mi vida.* Selección y prólogo de Ángel Rama. Caracas, Monte Ávila Editores, 1991.

_____. *Letras y letrados de Hispanoamérica.* París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, Librería Paul Ollendorf, 1908.

_____. *Autores americanos juzgados por españoles.* Madrid, Casa Editorial Hispanoamericana, 1902.

BOBADILLA, Emilio (Fray Candil). *Capirotazos.* Madrid, Librería de Fernando Fé, 1890.

CAMPOAMOR, Ramón. *Colón (Poema).* Valencia, Imp. José Ferrer de Orga, 1853.

CAÑETE, Manuel. *Escritores españoles e hispanoamericanos.* Madrid, Imprenta y fundación de M. Tello, 1884. [Colección Escritores Castellanos].

CAPPA, Ricardo. *Estudios críticos acerca de la dominación española en América.* 16 tomos. Madrid, Librería Católica de Gregorio del Amo, 1889-1895.

CARRERE, Emilio. *La corte de los poetas. Florilegio de rimas modernas.* Edición y prólogo de Marta Palenque. Sevilla, Renacimiento, 2009. [Edición facsimilar de la impresa por Librería Pueyo en 1906].

CASTELAR, Emilio. *Correspondencia de Emilio Castelar. 1868-1898. Seguida de un apéndice.* Madrid, Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra. Impresores de la Real Casa, 1908.

_____. *Historia del descubrimiento de América.* Madrid, Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1892.

_____. *Ensayos literarios*. Madrid, A. de San Martín, 1880.

CEBALLOS DOSAMANTES, Jesús. *Ciencia y religión del porvenir. Solución a los grandes problemas*. México, Eduardo Dublan, 1897.

_____. *Fariseos y saduceos modernos (místicos y materialistas)*. México, Tipografía de Dublan, 1889.

CEJADOR Y FRAUCA, Julio. *Cabos sueltos. Literatura y lingüística*. Madrid, Perlado, Páez y Compañía-Sucesores de Hernando, 1907.

COLLADO, Casimiro del. *Últimas poesías (1852-1894)*. México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1895.

_____. *Poesías*. Madrid, Imprenta de Fortanet, 1880.

CORONA, Ramón. *Breves consideraciones sobre el comercio entre España y México*. Estudio preliminar de José María Muriá. Guadalajara, Cámara Nacional del Comercio de Guadalajara, 1978.

_____. *Breves consideraciones sobre el comercio entre España y México*. Madrid, Imprenta, stereotipia y galvanoplastia de Aribau y C^a, 1880.

DARÍO, Rubén. *La caravana pasa*. Libro tercero. Edición crítica, introducción y notas de Günther Schmigalle. Berlín, Edition Tranvía-Verlag Walter Frey-Academia Nicaragüense de la Lengua, 2001.

_____. *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. Barcelona, Casa Editorial Maucci, [1915].

_____. *Todo al vuelo*. Madrid, Renacimiento, 1912.

DÁVALOS, Balbino, *Digresiones de un pasado lejano. Memorias*. Edición crítica y estudio preliminar, Carlos Ramírez Vuelvas. México, Universidad de Colima, 2010.

_____. *Discursos leídos ante la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española en la sesión solemne con motivo de la recepción pública de Balbino Dávalos el 23 de julio de 1930 en la Barra Mexicana de Abogados. Respuesta Ezequiel A. Chávez*. México, Labor, 1930.

_____. *Poesías de Ignacio Mariscal*. Coleccionadas por Balbino Dávalos. Madrid, Tipografía de la Revista Archivos, 1911.

DELORME SALTO, Rafael. *Los aborígenes de América. Disquisiciones acerca del origen, historia y adelanto en la esfera científica de las sociedades precolombinas*. Prólogo de Vicente Riva Palacio. Madrid, Librería de Fernando Fe, 1894.

ELICES MONTES, Ramón. *Cuatro años en México. Memorias íntimas de un periodista español*. Prólogo de Emilio Castelar. Madrid, Imprenta de la viuda de J. M. Pérez, 1885.

_____. *El patriotismo español: apuntes para un libro recordando las glorias patrias, dedicado a los españoles residentes en América*. México, s. p. i., 1881.

ESTEVA, Adalberto A., *México poético. Colección de poesías escogidas de autores mexicanos*. México, Tipografía de la oficina impresora del Timbre-Palacio Nacional, 1900.

_____. *Los trovadores de México. Poesías líricas de autores contemporáneos*. Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1900.

FERNÁNDEZ MERINO, A. *Poetas americanos. México. Flores, Hjar, Prieto, Riva Palacio, Peza, Carpio, Altamirano*. Barcelona, Tipografía La Academia, de E. Ullastres, 1886.

GARCÍA, Telesforo. *España y los españoles en México*. México, Santiago Sierra, tipógrafo, 1877.

GÓMEZ DE ARTECHE, José. *La conquista de México*. Madrid, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1892.

HIJAR Y HARO, Juan B. *Sombras de ayer*. Prológo de Ramón Miravete. Roma, Tip. d'l Institut Gould, 1888.

ICAZA, Francisco A. de. *Novelas ejemplares de Cervantes. Sus críticos, su modelos literarios, sus modelos vivos y su influencia en el arte*. Madrid, Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1901.

_____. *Efímeras. Confidencias. Paráfrasis. Poemas íntimos*. Madrid, Tipografía de los Sucesores de Rivadeneyra, 1892.

_____. *Examen de críticos*. Madrid, Ateneo de Madrid, 1894.

_____. *Lejanías*. Madrid, Tipografía de los Sucesores de Rivadeneyra, 1895, p. 34.

JARDIEL, Florencio. *El venerable Palafox*. Madrid, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyro, 1892.

JIMÉNEZ, Juan Ramón. *Mi Rubén Darío (1900-1956)*. Reconstrucción estudio y notas críticas de Antonio Sánchez Romeralo. España, Ediciones de la Fundación Juan Ramón Jiménez, 1990.

JUNTA CENTRAL DEL CENTENARIO DE MENÉNDEZ PELAYO. *Menéndez Pelayo y la hispanidad. Epistolario. (Segunda edición aumentada con nuevas cartas, notas e índices)*. Santander, Taller de Artes Gráficas de los Hermanos Bedia, 1955.

LABRA, Rafael María de. *La cultura superior de España. El Ateneo. 1835-1905. Notas históricas*. Madrid, Tipografía de Alfredo Alonso, 1906. pp. 80-81.

_____. *La política hispanoamericana. 1905-1906*. Madrid, Imprenta de los hijos de M. G. Hernández, 1906.

_____. *La pérdida de las Américas (recordaciones históricas)*. Madrid, Imprenta de Francisco Roig, 1869.

LEÓN, Nicolás. *Compendio de la historia general de México*. Madrid, Victoriano Suárez-Establecimiento tipográfico Casa Sucesores de Rivadeneyra, 1901.

MARQUÉS DE LEMA. *La iglesia en la América española*. Madrid, Establecimiento tipográfico de Rivadeneyra, 1892.

MASCARÓ Y SOSA, Pedro. *El emperador Nezahuacóyotl considerado como poeta elegíaco*. Prólogo de Antonio Balbín de Unquera. Madrid, Universidad Central de Madrid, 1878.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. *Antología de poetas hispanoamericanos*. Barcelona, Factoría Ediciones, 2000.

_____. *Obras completas. Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*. Volumen 6. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1949. [Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo].

_____. *Obras completas. Historia de la poesía hispano-americana (con índice de autores, títulos y materias)*. Volumen 27 Edición preparada por Enrique Sánchez Reyes. Santander, Aldus-Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948.

_____. *Obras completas. Historia de los heterodoxos españoles*. Volumen 8. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948. [Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo].

_____. *Obras Completas. Antología de poetas líricos*. Volumen 10. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1944. [Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo].

_____. y Lepoldo Alas *Clarín. Epistolario*. Prólogo de Gregorio Marañón. Notas de Adolfo Alas. Madrid, Ediciones Escorial, 1943.

_____. *Obras completas. Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*. Volumen 7. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942. [Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo].

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *El Romancero Española. Conferencias dadas en la Columbia University de Nueva York, los días 5 y 7 de abril de 1909*. Nueva York, The Hispanic Society of America, 1910.

NAVARRO Y RODRIGO, Carlos. *Itúrbide*. Madrid. Impr. y Librería universal de Crespo, Martín y C^a, 1869.

NERVO, Amado. *Tres estancias narrativas (1890-1899)*. Edición de Yólotl Cruz Mendoza, Gustavo Jiménez Aguirre y Claudia Cabeza de Vaca. México, Universidad

Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Editorial Océano, 2006 [Obras 2. Amado Nervo].

_____. *Obras completas*. Tomo I. Edición, estudios y notas de Francisco González Guerrero (prosas) y Alfonso Méndez Plancarte (poesías). Madrid, Aguilar, 1967.

_____. *El éxodo y las flores del camino*. México, Tipografía de la Oficina Impresora de Estampillas, Palacio Nacional, 1902.

OLAVARRÍA y FERRARI, Enrique. *El arte literario en México. Noticias biográficas y críticas de sus más notables escritores*. Málaga, Imprenta de la revista *Andalucía*, 1877.

_____. *Poesías líricas mexicanas*. Madrid, Impr., Est. y Galv. de Aribau y Co., 1878.

ORY, Eduardo de. *Amado Nervo (estudio crítico)*. Cádiz, Editorial España y América, 1918.

PAGANO, José León. *El parnaso mexicano. Antología completa de sus mejores poetas*. Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1909.

PALAFox y MENDOZA, Juan de. *Las virtudes del indio*. Madrid, Imprenta de Tomás Minuesa de los Ríos, 1893.

PANDO Y VALLE, Jesús. *El Centenario del Descubrimiento de América*. Carta prólogo de Alejandro Pidal y Mon. Madrid, Imprenta de Ricardo Rojas, 1892.

PARDO BAZÁN, Emilia. *La vida contemporánea*. Edición al cuidado de Carlos Dorado. Madrid, Hemeroteca Municipal de Madrid-Ayuntamiento de Madrid-Área de las Artes, 2005. [Testimonios de prensa, 5]

_____. *Cartas de la condesa en el Diario de la Marina. La Habana (1909-1915)*. Edición de Cecilia Heydl-Cortínez. Madrid, Editorial Pliegos, 2002.

_____. “Apuntes autobiográficos”, Prólogo a *Los pazos de Ulloa*. Barcelona, Cortezo, 1886.

PAYNO, Manuel. *Barcelona y México en 1888 y 1889*. Barcelona, Espasa y Compañía, 1889.

_____. *Informe respecto de las festividades españolas en ocasión del Cuarto Centenario del primer arribo de Cristóbal Colón al Continente Americano*, 15 de abril de 1893, México, Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 19-22-137.

PEZA, Juan de Dios. *Memorias, reliquias y relatos*. México, Editora Nacional, 1966.

_____. *Recuerdos de España*. México, E. Gómez de la Puente editor, 1922.

_____. *Recuerdos de vida. Cuentos, diálogos y narraciones anecdóticos e históricos*. México, Herreros hermanos, sucesores, 1907.

_____. *De la gaveta íntima: memorias, reliquias y relatos*. París, Viuda de Ch. Bouret, 1900.

_____. *Poesía completa*. París, Imprenta de la Viuda de Ch. Bouret, 1890.

_____. *La lira mexicana. Colección de poesías de autores contemporáneos*. Madrid, R. Velasco Impresor, 1879.

PLAZA, Antonio. *Álbum del corazón. Poesías de Antonio Plaza*. Prólogo de Juan de Dios Peza. Barcelona, Casa Maucci, 1899.

_____. *Álbum del corazón. Poesías de Antonio Plaza*. París, Imprenta de Crète, 1885.

PONCELIS, Manuel. *Literatura hispanoamericana*. Madrid, Ramón Angles, imprenta y cromotipia, 1896.

PORTILLA, Anselmo de la. *España en México. Cuestiones históricas y sociales*. México. Edición de *La Iberia*-Imprenta de I. Escalante y C^a. 1871.

_____. *México en 1856 y 1857. Gobierno del general Comonfort*. Nueva York, Imprenta de S. Hallet, 1858.

PRIDA Y ARTEAGA, Francisco de y PÉREZ VENTO, Rafael. *Méjico contemporáneo*. Obra ilustrada con más de 100 grabados de Laporta. Madrid, Establecimiento tipográfico de Fortanet, 1889.

QUEVEDO Y ZUBIETA, Salvador. *México. Recuerdos de un emigrado*. Prólogo de Emilio Castelar. Madrid, Est. Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, 1883.

RAMÍREZ, Ignacio. “La desespañolización”, en RUEDAS DE LA SERNA. Jorge (ed.). *Misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Dirección General de Publicaciones, 1996. [Al siglo XIX. Ida y regreso].

RIAÑO, Juan Facundo. *El arte monumental americano*. Madrid, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1892.

RIVA PALACIO, Vicente. *Parnaso Mexicano. Primera serie I*. Edición, introducción e índices, Manuel Sol. Coordinación de la obra, José Ortiz Monasterio. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Dirección General de Publicaciones-Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades-Instituto Mexiquense de Cultura-Instituto Dr. José María Mora, 2006. [Obras escogidas].

_____. *Parnaso Mexicano. Segunda serie II*. Edición, introducción e índices, Manuel Sol. Coordinación de la obra, José Ortiz Monasterio. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Dirección General de Publicaciones-Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades-Instituto Mexiquense de Cultura-Instituto de Investigaciones Dr. José María Mora, 2006. [Obras escogidas].

_____. *I. Los ceros. Galería de contemporáneos*. Coordinador de la obra, José Ortiz Monasterio. México, Instituto de Investigaciones Dr. José Luis María Mora-Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Dirección General de Publicaciones-Instituto Mexiquense de Cultura, 1996. [Obras escogidas].

_____. *Cuentos del general*. Madrid, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1896.

_____. *Mis versos*. Madrid, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1893.

_____. *Establecimiento y propagación del cristianismo en Nueva España*. Madrid, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1892.

RIVERO, Nicolás. *Recuerdos de México, 1910*. Habana, Imprenta y papelería de Rambla y Bouza, 1911.

SALADO ÁLVAREZ, Victoriano. *Memorias: tiempo viejo, tiempo nuevo*. Nota preliminar de José Emilio Pacheco. Prólogo de Carlos González Peña. México, Porrúa, 1985 [Colección Sepan cuántos..., núm. 177].

SÁNCHEZ MOGUEL, Antonio. *España y América. Estudios históricos y literarios*. Madrid, Imprenta y litografía del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, 1895.

SEGOVIA, Ángel María. *Figuras y figurones. Biografías de los hombres que más figuran actualmente así en la política como en las armas, ciencias, artes, magistratura, alta banca, etc, etc, etc*. Madrid, Imprenta de figuras y figurones, 1882.

SIERRA, Justo. *Obras completas del maestro Justo Sierra. Tomo XIV. Epistolario y papeles privados*. Edición de Catalina Sierra de Peimbert. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades, 1949.

_____. *Obras completas del maestro Justo Sierra. Tomo VI. Viajes. En la tierra yankee. En la Europa Latina*. Edición, notas e índice de José Luis Martínez. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades, 1948.

_____. *Obras completas del maestro Justo Sierra. Tomo V. Discursos*. Edición preparada por Manuel Maestre Ghigliazza. Revisada y ordenada por Agustín Yáñez. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades, 1948.

_____. *Obras completas del maestro Justo Sierra. Tomo II. Prosa literaria*. Edición ordenada y anotada por Francisco Monterde. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades, 1948.

_____. *et al. México: su evolución social. Síntesis de la historia política, de la organización administrativa y militar y del estado económico de la Federación mexicana, de sus adelantos en el orden intelectual, de su estructura territorial y del*

desarrollo de su población y de los medios de comunicación nacionales e internacionales, de sus conquistas en el campo industrial, agrícola, minero, mercantil, etc. III tomos, II volúmenes. México, Balescá y Compañía, 1900-1902.

SOCIEDAD MENÉNDEZ PELAYO. *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*. Introducción de Miguel Artigas Fernando y Pedro Sáinz Rodríguez. Madrid, Espasa-Calpe, 1946.

Sonetos varios de la musa mexicana. Colección dedicada al insigne poeta español. México, Imprenta de Vicente segura, 1855.

SOSA, Francisco. *Rectificaciones al libro "Nuestra América"*. México, edición de autor, 1903.

_____. *Biografías de mexicanos distinguidos*. México, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1884.

SUX, Alejandro. *La juventud intelectual de la América hispana*. Prólogo de Rubén Darío. Buenos Aires, Tipografía el anuario de la exportación, 1911. [Biblioteca Científico-literaria].

TABLADA, José Juan. *El florilegio*. México, Editorial Escalante, 1889.

TELLECHEA INDÍGORAS, José Ignacio, *Desde nuestras sendas soledades. Amado Nervo y Unamuno. Epistolario*. Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 2000.

UGARTE, Manuel. *La joven literatura hispanoamericana. Antología de prosistas y poetas*. París, Librería de Armand Colín, 1906.

_____. *Burbujas de la vida*. París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, Librería de Paul Ollendorff, 1908.

UNAMUNO, Miguel. *Americanidad*. Selección y prólogo de Nelson R. Orringer. Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 2002. [La expresión americana].

_____. *Epistolario americano (1890-1936)*. Edición, introducción y notas de Laureano Robles. Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1996.

VALBUENA, Antonio de. *Ripios ultramarinos*. Madrid, Imprenta de Victoriano Suárez, 1896.

_____. *Des-Trozos literarios*. Madrid, Librería general de Victoriano Suárez, 1899.

VALERA, Juan. *Ecos argentinos*. Buenos Aires, Bibliolyfe, 2009.

_____. *Correspondencia (1888-1894)*. Volumen V. Edición de Leonardo Romero Tobar (dir.). España, Editorial Castalia-Ayuntamiento de Cabra-Ayuntamiento de Córdoba-Diputación de Córdoba, 2006.

_____. *Obras completas. Correspondencia. Historia y política. Discursos académicos. Miscelánea*. Tomo III. Estudio preliminar de Luis Araujo Costa. Madrid, Aguilar, 1958.

_____. *Ecos argentinos. Apuntes para la historia literaria de España en los últimos años del siglo XIX*. Buenos Aires, Emecé, 1943. [Horreo. Serie blanca].

_____. *Nuevas cartas americanas*. Madrid, Librería de Fernando Fe, 1890.

_____. *Obras de don Juan Valera.. Canciones, romances y poemas*. Volumen 1. Madrid, Imprenta y fundición de M. Tello, 1885.

VALLE-INCLÁN, Ramón María del. *Entrevistas, conferencias y cartas*. Edición de Joaquín y Javier del Valle-Inclán. Valencia, Pre-Textos, 1994.

VARGAS VILA, José. *Diario secreto*. Selección, introducción y notas de Consuelo Treviño. Prólogo de Rafael Conte. Bogotá, Arango Editores-El Áncora Editores, 1989.

WILSON, Baronesa de (Emilia Serrano). *El mundo literario americano. Escritores contemporáneos. Semblanzas. Poesías. Apreciaciones. Pinceladas*. III tomos. Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1903.

_____. *América y sus mujeres*. Barcelona, Fidel Giro, 1890.

ZAMACOIS, Niceto. *Historia de Méjico desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita en vista de lo que de irrecusable han dado a luz los más caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las bibliotecas públicas y de los preciosos manuscritos que, hasta hace poco, existían en los conventos de aquel país*. XX tomos. Barcelona, J. F. Parrés y C^a, 1876-1882.

ZORRILLA, José. *Memorias del tiempo mexicano*. Edición de Pablo Mora y Silvia Salgado. Prólogo de Pablo Mora. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998. [Memorias mexicanas].

_____. *Drama del alma. Algo sobre México y Maximiliano. Poesía en dos partes. Con notas en presa y comentarios de un loco*. Burgos, Imprenta de D. T. Arnaiz, 1867.

_____. *México y los mexicanos*. México, Ediciones de Andrea, 1955. [Colección Studium, 9].

_____. *Obras completas*. 2 tomos. Edición de Narciso Alonso Cortés. Valladolid, Santarén, 1943.

_____. *Lecturas públicas hechas en el Ateneo Científico y Literario de Madrid y en el Teatro de Jovellanos en 1877*. Madrid, Carlos Bailli-Bailliere, 1877.

III. HEMEROGRAFÍA DE LA ÉPOCA⁹⁹⁷

ABC

- Sin firma, "Instituto Científico", 14 de julio de 1907, p. 11.
_____, "Homenaje a Espronceda", 9 de abril de 1908, p. 7.
_____, "Academias y centros", 27 de abril de 1910, p. 11.
_____, "Academias y centros", 15 de mayo de 1910, p. 11.
_____, "Ecos y noticias. De sociedad", 31 de enero de 1911, p. 8.
_____, "De ayer. La embajada de México", 21 de febrero de 1911, p. 6.

Actualidades

- Sin firma, "Notas de sociedad" (enero-junio de 1893), p. 188.
_____, "Altamira en México", a. III, núm. 107 (3 de marzo de 1910), p. 1.
Rodolfo Gil, "Menéndez Pelayo", a. III, núm. 112 (7 de abril de 1910), p. 6.

Álbum Salón

- Sin firma, "Licenciado don Joaquín Baranda" (1901), pp. 43 y 44.

La América

- Emilio Castelar, "América", a. I, núm. 1 (8 de marzo de 1857), p. 1.
Manuel Cañete, "Dictamen del famoso crítico Villemain sobre la crítica española y mexicana", a. XVI, núm. 11 (sin fecha), pp. 7-8.
Gabriel Rodríguez, "Revista económica", a. XVI, núm. 9 (13 de mayo de 1872), pp. 3-4.
Varios americanos, "Los Estados Unidos y las naciones hispanoamericanas", a. XX, núm. 16 (28 de septiembre de 1879), pp. 4-6.
_____, "La república mexicana", a. XXI, núm. 6 (28 de marzo de 1880), pp. 8-10.
Nicolás Díaz y Pérez, "Hernán Cortés y Pizarro", a. XXV, núm. 19 (13 de octubre de 1884), pp. 4-5.
Héctor F. Varela, "Gustavo Baz. Poeta y escritor mexicano", a. XXV, núm. 20 (28 de octubre de 1884), pp. 9-10.

Archivo Diplomático y Consular de España

- Sin firma, "Crónica", a. XXXVII, núm. 10153 (8 de enero de 1886), p. 1.
Francisco de la Fuente y Ruiz, "La legación de México en España", a. IV, núm. 141 (24 de junio de 1886), pp. 3-4.
Sin firma, "Crónica diplomática y consular", a. IV, núm. 143 (8 de julio de 1886), p. 7.
Sin firma, "Crónica", a. IV, núm. 154 (9 de octubre de 1886), p. 4.
_____, "Crónica diplomática y consular", a. IV, núm. 156 (24 de octubre de 1886), p. 8.
_____, "Recepción del nuevo ministro de México", a. IV, núm. 158 (16 de noviembre de 1886), pp. 4-5.

⁹⁹⁷ Dado que la mayoría de las notas no llevan firmas, para su registro he optado por establecer un orden cronológico según fueron publicadas en los medios impresos, comenzando en las fechas más antiguas.

_____, “Unión Ibero-Americana”, a. IV, núm. 162 (27 de diciembre de 1886), pp. 3-6.

Ramón Piña y Millet, “Las residencias diplomáticas. México”, a. VI, núm. 217 (8 de mayo de 1888), pp. 6-7.

Sin firma, “Bibliografía”, a. VI, núm. 229 (8 de agosto de 1888), p. 7.

_____, “Cumpleaños del Rey en el extranjero”, a. V, núm. 185 (30 de julio de 1887), pp. 7 y 8.

_____, “Crónica general”, a. V, núm. 190, (8 de octubre de 1887), p. 6.

_____, “Academias hispano-americanas”, a. VI, núm. 241 (8 de noviembre de 1888), p. 3.

_____, “El general Porfirio Díaz”, a. VII, núm. 259 (30 de marzo de 1889), pp. 7-8.

_____, “Conversaciones políticas”, a. XLI, núm. 13372 (13 de noviembre de 1889), p. 2.

_____, “Ecos y noticias”, VII, núm. 288 (16 de noviembre de 1889), p. 7.

_____, “Movimiento del personal”, a. VIII, núm. 306 (8 de abril de 1890), p. 7.

_____, “Centenario del descubrimiento de América”, a. IX, núm. 386 (24 de diciembre de 1891), p. 4.

_____, “El centenario del descubrimiento de América en el Ateneo. Conferencia del General Riva Palacio”, a. X, núm. 390 (24 de enero de 1892), pp. 7-8.

_____, “España y México”, a. X, núm. 396 (8 de marzo de 1892), p. 6.

_____, “Congreso Literario e Hispanoamericano”, a. X, núm. 406 (24 de mayo de 1892), p. 6.

_____, “La Junta Directiva del centenario”, a. X, núm. 423, (30 de septiembre de 1892), pp. 5 y 6.

_____, “Banquete en casa de los señores Cánovas”, a. X, núm. 429 (16 de noviembre de 1892), pp. 4 y 5.

_____, “Recepción en la presidencia del Consejo de Ministros”, a. X, núm. 429 (16 de noviembre de 1892), pp. 4.

_____, “Exposición Histórico-Americana”, a. XLV, núm. 14504, (29 de enero de 1893), p. 2.

Ateneo

Luis Montoto y Raustentranch, “Real Academia Sevillana de Buenas Letras”, t. I, (1888), pp. 451-458.

Mariano Miguel de Val, “Últimas prosas de Amado Nervo”, a. I, núm. VII (julio de 1906), p. 95.

Baldomero Argente, “Páginas sin nombre”, t. V (julio de 1907), p. 378.

Mariano Miguel de Val, “El Congreso de la Poesía en Valencia”, t. VII (enero-junio de 1909), pp. 185-190.

_____, “El Congreso de la Poesía en Valencia”, t. VII (enero-junio de 1909), pp. 246-248.

_____, “Bibliografía”, t. VII, (enero-junio de 1909), pp. 255-256.

Rubén Darío, “Los diplomáticos poetas. Amado Nervo”, t. VIII (julio-diciembre de 1909), pp. 129-136.

Mariano Miguel de Val, “Horizontes de España. Reflejo de la vida regional española en América”, t. XI (enero-junio de 1911), pp. 224-236.

El Bibliófilo

Sin firma, "Sombras de ayer, poesía del Doctor don Juan B. Hjar y Haro.- Roma, 1889", a. 1, núm. 11 (diciembre de 1889), p. 1.

Boletín de Bibliotecas, Archivos y Museos

A. de Gorostizaga, "Museo Arqueológico Nacional. Sus aumentos desde la celebración de la exposiciones históricas", a. 1, núm. 8 (15 de noviembre de 1896), pp. 143-149.

Boletín de la Junta Local. III Centenario del Quijote. Tres números. 1 de marzo de 1905 a 1 de mayo de 1905. Alcalá de Henares, Imprenta de J. Lobo.

Boletín de la Real Academia de la Historia

Cesáreo Fernández Duro, "Carácter de la conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos", t. 39, c. V (octubre de 1901), pp. 399-411.

José María Asensio. "El Loaysa del Celoso extremeño", c. IV (junio de 1903), pp. 442-445.

Sin firma, "Adquisiciones", t. LI, c. II y c. III (agosto y septiembre de 1907), p. 106.

Cervantes

César E. Arroyo, "Modernos poetas mexicanos. Manuel José Othón" (octubre de 1918), pp. 113-117.

_____, "La nueva poesía en América. La evolución de un gran poeta" (agosto de 1919), pp. 105-113.

La Correspondencia de España

Sin firma, "Primera edición", a. XXVI, núm. 6415 (25 de junio de 1875), p. 1.

_____, "Edición de la noche", a. XXVII, núm. 10340 (14 de julio de 1886), p. 3.

_____, "Edición de la mañana", a. XXXVII, núm. 10437 (19 de octubre de 1886), p. 2.

_____, "Edición de la mañana", a. XXXVII, núm. 10440 (22 de octubre de 1886), p. 3.

_____, "Crónica diplomática y consular", a. IV, núm. 157 (4 de noviembre de 1886), p. 5.

_____, "Edición de la mañana", a. XXXVII, núm. 10459 (10 de noviembre de 1886), p. 3.

_____, "A las seis de la mañana", a. XXXVII, núm. 10476 (27 de noviembre de 1886), p. 3.

_____, "La correspondencia de España", a. XL, núm. 11544 (10 de noviembre de 1889), p. 1.

_____, "Diario de avisos de Madrid", a. XLII, núm. 11970 (12 de enero de 1891), p. 4.

_____, "Diario de avisos de Madrid", a. XLII, núm. 12013 (24 de febrero de 1891), p. 4.

- _____, “Edición de la noche”, a. XLII, núm. 12140 (2 de julio de 1891), p. 3.
- _____, “Actualidades”, a. XLIII, núm. 12460 (18 de mayo de 1892), p. 3.
- _____, “Noticias de sociedad”, a. XLIII, núm. 12469 (27 de mayo de 1892), p. 3.
- _____, “Elección en el Ateneo”, a. XLIII, núm. 12486 (13 de junio de 1892), p. 3.
- _____, “Última Edición”, a. XLIII, núm. 12544 (10 de agosto de 1892), p. 3.
- _____, “México en Madrid”, a. XLIII, núm. 12605 (10 de octubre de 1892), p. 3.
- _____, “Españoles y americanos”, a. XLIII, núm. 12635 (9 de noviembre de 1892), p. 2.
- _____, “Exposición Histórico-Europea”, a. XLIII, núm. 12651 (25 de noviembre de 1892), p. 3.
- _____, “Examen de críticos. Libro de don Francisco A. de Icaza”, a. XLV, núm. 1341 (29 de marzo de 1894), p. 4.
- _____, “Servicio telegráfico”, a. XLV, núm. 13187 (14 de mayo de 1894), p. 2.
- _____, “Noticias de sociedad”, a. XLVII, núm. 14030 (5 de julio de 1896), p. 1.
- _____, “El general Riva Palacio”, a. XLVII, núm. 14171 (23 de noviembre de 1896), p. 2.
- José Verdes Montenegro, “Nuestra literatura en América”, a. L, núm. 15187 (2 de septiembre de 1899), p. 1.
- Ricardo J. Catarineu, “Lecturas. Versos”, a. L, núm. 15216 (1 de octubre de 1899), p. 1.
- Sin firma, “Academia de la Historia”, a. L, núm. 15224 (9 de octubre de 1899), p. 3.
- _____, “Real Academia de la Historia”, a. LI, núm. 15443 (21 de mayo de 1900), p. 3.
- _____, “Noticias”, a. LI, núm. 15632 (22 de noviembre de 1900), p. 3.
- _____, “Noticias”, a. LI, núm. 15635 (25 de noviembre de 1900), p. 4.
- _____, “Borrás y Rusiñol. Banquete en Lhardy”, a. LV, núm. 16926 (11 de junio de 1904), p. 3.
- Cadenas, “Desde Berlín. Capítulo de viajes”, a. LVI, núm. 17229 (12 de abril de 1905), p. 2.
- Sin firma, “Las noches del Ateneo”, a. LVII, núm. 17533 (12 de febrero de 1906), p. 2.
- _____, “Los poetas mexicanos”, a. LVII, núm. 17609 (29 de abril de 1906), p. 3.
- _____, “Banquete a Querol”, a. XLVI, núm. 17687 (26 de junio de 1906), p. 2.
- _____, “Noticias”, a. LVIII, núm. 17868 (13 de enero de 1907), p. 3.
- _____, “Las noches del Ateneo”, a. LVIII, núm. 17871 (16 de enero de 1907), p. 2.
- _____, “Amado Nervo”, a. LVIII, núm. 17881 (26 de enero de 1907), p. 2.
- _____, “Publicaciones de actualidad”, a. LVIII, núm. 17972 (27 de abril de 1907), p. 3.
- _____, “Las fiestas del Ateneo. Homenaje a Espronceda”, a. LIX, núm. 18820 (9 de abril de 1908), p. 3.
- _____, “El centenario de la Argentina. En la Unión Iberoamericana”, a. LXI, núm. 19107 (5 de junio de 1910), p. 5.
- _____, “El poeta y el bandido”, a. LXL, núm. 19145 (13 de julio de 1910), p. 2.
- Amado Nervo, “Lo de Puebla”, *La Correspondencia de España*, a. LXI, núm. 19276 (21 de noviembre de 1910), p. 5.
- Sin firma, “Centros y sociedades”, a. LXII, núm. 19369 (22 de febrero de 1911), p. 6.
- Sin firma, “Fiesta poética. En el Centro del Ejército y de la Armada”, a. LXII, núm. 19738 (3 de marzo de 1911), p. 5.
- _____, “Asociación de publicistas”, a. LXII, núm. 19398, 23 de marzo de 1911, p. 6.
- _____, “Un salto gigantesco de Vedrines”, a. LXII, núm. 19462 (26 de mayo de 1911), pp. 1-2.

- _____, “El ex presidente de México. Porfirio Díaz en Santander”, a. LXII, núm. 19486 (19 de junio de 1911), p. 3.
- _____, “Viajeros ilustres”, a. LXII, núm. 19487 (20 de junio de 1911), p. 4.
- _____, “Benjamín Barrios”, a. LXIII, núm. 19853 (25 de junio de 1912), p. 1.
- _____, “México y España”, a. LXIII, núm. 19859 (26 de junio de 1912), p. 1.
- _____, “En la Academia de Jurisprudencia. Conferencia del Sr. Barrios”, a. LXIII, núm. 19863 (30 de junio de 1912), p. 4.
- _____, “San Sebastián al día”, a. LXIII, núm. 19909 (15 de agosto de 1912), p. 3.
- _____, “Academia de la Historia”, a. LXV, núm. 2071 (26 de octubre de 1914), p. 6.
- _____, “Enfermos”, a. LXXIII, núm. 22820 (14 de septiembre de 1920), p. 10.

El Día

Adolfo Llanos, “Sahagún y su historia de Méjico”, núm. 926 (11 de diciembre de 1881), pp. 5-6.

- Sin firma, “Bibliografía”, núm. 1035 (2 de abril de 1883), p. 7.
- _____, “América española”, núm. 1578 (2 de octubre de 1884), p. 1.
- _____, “Cónsules y vicecónsules”, núm. 1909 (10 de octubre de 1886), p. 2.
- _____, “Noticias varias”, núm. 2317 (18 de octubre de 1886), p. 2.
- _____, “Noticias varias”, núm. 2321 (22 de octubre de 1886), p. 2.
- _____, “Noticias de sociedad”, núm. 2491 (12 de abril de 1887), p. 3.
- _____, “Un ministro mexicano”, núm. 3650 (26 de junio de 1890), p. 1.
- _____, “Extranjero”, núm. 3492 (29 de agosto de 1892), p. 2.
- _____, “Personal”, núm. 4754 (18 de julio de 1893), p. 1.
- _____, “Noticias varias”, núm. 5041 (4 de mayo de 1894), p. 2.
- _____, “El lazareto de Oza”, núm. 5044 (7 de mayo de 1894), p. 1.
- _____, “Sociedades y conferencias”, núm. 5492 (20 de abril de 1895), p. 2.
- _____, “Congreso Iberoamericano”, a. XXI, núm. 7256 (9 de noviembre de 1900), p. 1.

Bernardino Martín Mínguez, “Congreso iberoamericano. Discurso de don Justo Sierra”, a. XXI, núm. 7259 (12 de noviembre de 1900), p. 1.

- Sin firma, “La propiedad literaria en México”, a. XXIV, núm. 7952 (6 de marzo de 1903), p. 3.
- _____, “Ateneo Iberoamericano”, a. XXVIII, núm. 9105 (31 de enero de 1907), p. 1.
- _____, “Conferencias en la Unión Iberoamericana”, a. III, núm. 856 (24 de noviembre de 1910), p. 2.
- _____, “Entierro del ministro de México”, a. V, núm. 1295 (16 de septiembre de 1912), p. 1.

La Discusión

- Sin firma, “La Discusión”, a. VII, núm. 2210 (7 de marzo de 1863), p. 2.
- _____, “Congreso de Americanistas”, a. XXV, núm. 752 (26 de septiembre de 1881), p. 1.

Don Quijote

- Sin firma, “Lanzadas”, a. I, núm. 3 (9 de octubre de 1892), p. 3.
- _____, “Colón y San Pedro”, a. I, núm. 41 (16 de octubre de 1892), p. 1.
- _____, “Lanzadas”, a. 1, núm. 43, (30 de octubre de 1892), p. 3.

_____, “Manejo de flores judiciales”, a. I, núm. 48 (4 de diciembre de 1892), p. 3.

Eco Artístico

Sin firma, “Contratos para México”, a. II, núm. 8 (5 de enero de 1910), p. 14.

La Época

Sin firma, “Correspondencias extranjeras”, a. XIV, núm. 4540 (5 de diciembre de 1862), p. 3.

_____, “Parte política”, a. XVI, núm. 4560 (5 de enero de 1864), p. 2.

_____, “Literatura y ciencia”, a. XXVIII, núm. 8749 (20 de octubre de 1876), p. 1.

_____, “Ecos del día”, a. XXXVIII, núm. 12205 (9 de julio de 1886), p. 1.

F. de Arrangoie, “Rectificación histórica”, a. XXXVIII, núm. 12226 (6 de agosto de 1886), p. 2.

Sin firma, “Edición de Madrid”, a. XXXVIII, núm. 12321 (9 de noviembre de 1886), p. 3.

_____, “Ecos teatrales”, a. XXXIX, núm. 12442 (13 de marzo de 1887), p. 4.

_____, “Noticias de última hora”, a. XXXIX, núm. 12621 (14 de septiembre de 1887), p. 3.

_____, “Noticias generales”, a. XLI, núm. 13357 (28 de octubre de 1889), p. 3.

S., “Autores y libros. *Efímeras*”, a. XLIV, núm. 14329 (31 de julio de 1892), p. 4.

Sin firma, “La vida madrileña. Recepción en el hotel de los señores Cánovas del Castillo”, a. XLIV, núm. 14424 (8 de noviembre de 1892), p. 1.

_____, “Noticias generales”, a. XLV, núm. 14511 (5 de febrero de 1893), p. 3.

_____, “Academias, ateneos y sociedades”, a. XLV, núm. 14800 (26 de noviembre de 1893), p. 3.

_____, “Homenaje a Núñez de Arce”, a. XLVI, núm. 14849 (6 de enero de 1894), p. 3.

M., “Ecos madrileños”, a. XLVII, núm. 16303 (15 de octubre de 1895), p. 2.

_____, “Ecos madrileños”, a. XLVII, núm. 16305 (17 de octubre de 1895), p. 1.

Sin firma, “Diversiones públicas”, a. XLVIII, núm. 16480 (19 de abril de 1896), p. 3.

F. Rizzo y Almela, “España y la América Latina. En la legación de México”, a. XLVIII, núm. 16549 (29 de junio de 1896), p. 1.

Sin firma, “Noticias útiles”, a. XLVIII, núm. 16691 (20 de noviembre de 1896), p. 3.

_____, “Muertos ilustres. El general Riva Palacio”, a. XLVIII, núm. 16693 (22 de noviembre de 1896), p. 1.

C. Roda, “Sociedad de conciertos”, a. XLIX, núm. 17049 (21 de noviembre de 1897), p. 2.

Ignacio Montes de Oca, “Elogio fúnebre de don Antonio Cánovas del Castillo”, a. XLIX, núm. 17005 (7 de octubre de 1897), p. 5.

Sin firma, “Un almuerzo”, a. L, núm. 17435 (20 de diciembre de 1898), p. 2.

Juan Pérez de Guzmán, “El voto de América en el Congreso Católico de Burgos”, a. LI, núm. 17692 (7 de septiembre de 1899), pp. 2-3.

Sin firma, “Los grandes accionistas del banco”, a. LII, núm. 17868 (7 de marzo de 1900), p. 2.

_____, “Noticias americanas”, a. LII, núm. 18097 (27 de octubre de 1900), p. 2.

_____, “Congreso hispanoamericano. La sesión inaugural”, a. LII, núm. 18112 (11 de noviembre de 1900), p. 1.

_____, "Función de gala en el Español", a. LII, núm. 18116 (15 de noviembre de 1900), p. 1.

Zeda, "Lecturas de la semana", a. LII, núm. 18257 (8 de abril de 1901), p. 1.

_____, "Libros nuevos", a. LII, núm. 18409 (11 de septiembre de 1901), p. 3.

_____, "Comercio hispanoamericano", a. LIII, núm. 18630 (25 de abril de 1902), p. 3.

_____, "Función de gala en el Teatro Real", a. LIII, núm. 18653 (19 de mayo de 1902), p. 1.

_____, "Fiesta palatina. Recepción en el Real Alcázar", a. LIII, núm. 18654 (20 de mayo de 1902), pp. 1-2.

_____, "Libros nuevos", a. LIII, núm. 18672 (7 de junio de 1902), p. 3.

Duredura, "Biarritz", a. LIII, núm. 18765 (7 de septiembre de 1902), p. 2.

D., "Biarritz", a. LIII, núm. 18775 (18 de septiembre de 1902), p. 2.

Sin firma, "Noticias de sociedad", a. LIV, núm. 19066 (10 de julio de 1903), p. 1.

_____, "El veraneo", a. LIV, núm. 19089 (4 de agosto de 1903), p. 2.

_____, "La temporada de la Princesa", a. LVI, núm. 19517 (23 de septiembre de 1904), p. 4.

_____, "El santo del rey. Recepción en el Palacio", a. LVII, núm. 19621 (23 de enero de 1905), p. 5.

_____, "Banquetes", a. LVII, núm. 19638 (11 de febrero de 1905), p. 2.

_____, "Noticias de sociedad", a. LVII, núm. 19628 (31 de enero de 1905), p. 2.

_____, "El centenario del Quijote. La biblioteca cervantina en Alcalá de Henares", a. LVII, núm. 19695 (19 de abril de 1905), p. 2.

_____, "Velada en el Ateneo", a. LVII, núm. 19714 (12 de mayo de 1905), p. 2.

_____, "Viajes", a. LVII, núm. 19717 (16 de mayo de 1905), p. 2.

_____, "Noticias varias", a. LVII, núm. 19684 (6 de abril de 1905), p. 2.

_____, "Liga hispano-americana de instrucción popular", a. LVIII, núm. 19634 (7 de febrero de 1905), p. 2.

Monte-Amor, "Carreras de caballos en Madrid", a. LVII, núm. 19712 (10 de mayo de 1905), p. 5.

Sin firma, "Noticias de última hora", a. LVII, núm. 19723 (23 de mayo de 1905), p. 3.

_____, "Noticias de sociedad", a. LVII, núm. 19724 (24 de mayo de 1905), p. 2.

_____, "La boda del rey", a. LVIII, núm. 20022 (7 de mayo de 1906), p. 2.

_____, "En casa de los condes de Vilana. La corona de los poetas", a. LVIII, núm. 2053 (9 de junio de 1906), p. 3.

Zeda, "Lecturas de la semana", a. LVIII, núm. 20126 (3 de septiembre de 1906), p. 1.

Sin firma, "Velada en el Ateneo", a. LIX, núm. 20240 (15 de enero de 1907), p. 2.

Sin firma, "En el Ateneo. Homenaje a Espronceda", a. LX, núm. 20639 (8 de abril de 1908), p. 2.

Sin firma, "Noticias generales", a. LX, núm. 20650 (20 de abril de 1908), p. 3.

Zeda, "Crónicas contemporáneas. Conferencia literaria", a. LX, núm. 20714 (24 de junio de 1908), p. 1.

Sin firma, "Noticias de sociedad", a. LXI, núm. 20951 (21 de febrero de 1909), p. 2.

Mascarilla, "En la legación de México. Una fiesta en el jardín", a. LXI, núm. 21050 (2 de junio de 1909), p. 1.

Sin firma, "El nuevo Templo de la Paloma. Fiesta benéfica en el jardín de Montellano", a. LXI, núm. 21062 (15 de junio de 1909), pp. 2 y 3.

_____, "Banquete en la Legación argentina. En honor de don Belisario Roldán", a. LXII, núm. 21292 (1 de febrero de 1910), p. 1.

- _____, “Banquete diplomático. En la legación de México”, a. LXII, núm. 21315 (24 de febrero de 1910), p. 1.
- _____, “Academias, ateneos y sociedades”, a. LXII, núm. 21375 (25 de abril de 1910), p. 3.
- _____, “Conferencia de Amado Nervo. Sor Juana Inés de la Cruz”, a. LXII, núm. 21378 (29 de abril de 1910), p. 1.
- _____, “Academias, Ateneos y Sociedad”, a. LXII, núm. 21393 (14 de mayo de 1910), p. 2.
- _____, “Noticias de sociedad”, a. LXII, núm. 21418 (9 de junio de 1910), p. 1.
- _____, “Notas políticas”, a. LXII, núm. 21420 (11 de junio de 1910), p. 3.
- _____, “El embajador especial de México”, a. LXIII, núm. 21634 (23 de enero de 1911), p. 3.
- _____, “Noticias de sociedad”, a. LXIII, núm. 21641 (30 de enero de 1911), p. 2.
- _____, “Noticias de sociedad”, a. LXIII, núm. 21655 (23 de febrero de 1911), p. 2.
- _____, “Asociación de publicistas”, a. LXIII, núm. 21694 (24 de marzo de 1911), p. 3.
- _____, “Noticias de sociedad”, a. LXIII, núm. 21904 (25 de octubre de 1911), p. 1.
- _____, “Noticias generales”, a. LXIV, núm. 22148 (27 de junio de 1912), p. 3.
- _____, “El centenario de las cortes de Cádiz. Las misiones americanas”, a. LXIV, núm. 22218 (6 de septiembre de 1912), p. 3.
- _____, “El cadáver del ministro de México”, a. LXIV, núm. 22235 (14 de septiembre de 1912), p. 2.
- _____, “Noticias de sociedad”, a. LXIV, núm. 22238 (27 de septiembre de 1912), p. 2.
- _____, “Notas de última hora”, a. LXIV, núm. 22239 (28 de septiembre de 1912), p. 3.
- _____, “Un banquete. En honor del señor Barilari”, a. LXIV, núm. 22283 (11 de noviembre de 1912), p. 2.
- _____, “Noticias de sociedad”, a. LXV, núm. 22628 (25 de octubre de 1913), p. 1.
- _____, “Academia de Historia”, a. LXXII, núm. 24891 (4 de febrero de 1920), p. 2.
- Alonso, “Temas fugaces”, a. LIV, núm. 19281 (2 de diciembre de 1920), p. 7.
- _____, “Informaciones”, a. LXIII, núm. 25401 (28 de mayo de 1921), p. 3.
- _____, “Muerte de un prelado ilustre. El obispo de San Luis Potosí”, a. LXXIII, núm. 25473 (20 de agosto de 1921), p. 3.
- José María de Ortega y Morejón, “Mis almuerzos”, a. 84, núm. 28928 (24 de agosto de 1932), p. 3.

España y América

Malatesta, “Centenario de Colón”, a. 1, núm. 40 (2 de octubre de 1892), pp. 7-8.

La España Moderna

- Juan Valera, “Novela parisiense mejicana”, a. I, núm. IV (mayo de 1889), pp. 141-149.
- Iob, “Revista hispanoamericana”, a. II, t. núm. VI (julio de 1899), pp. 185-201.
- Manuel Ossorio y Bernard, “Apuntes para un diccionario de escritoras españolas del siglo XIX”, a. I, núm. IX (septiembre de 1889), pp. 169-194.
- V. Barrantes, “Sección Hispano-ultramarina”, a. II, núm. X (octubre de 1889), pp. 106-127.

Manuel Ossorio y Bernard, "Apuntes para un diccionario de escritoras americanas del siglo XIX", a. IV, núm. XXXVII (enero de 1892), p. 203
 _____, "Apuntes para un diccionario de escritoras americanas del siglo XIX", a. IV, núm. XXXVIII (febrero de 1892), pp. 168-171
 Francisco F. Villegas, "Impresiones literarias", a. IV, núm. XLVI, (octubre de 1892), pp. 192-200.
 E. Gómez de Baquero, "Crónica literaria", a. IX, núm. 98 (febrero de 1897), pp. 135-148.
 _____, "Crónica literaria", a. XII, núm. 135 (marzo de 1900), pp. 123-133.
 Juan Pérez de Guzmán, "Teatro hispanoamericano", a. 12, núm. 141 (septiembre de 1900), pp. 115-135.
 Emilio Gallegos del Campo, "Manuel Gutiérrez Nájera", a. 14, núm. 157 (enero de 1902), p. 65.
 Hispanus, "Lecturas americanas", a. 15, núm. 179 (noviembre de 1903), p. 144.
 E. M., "Lecturas americanas", a. 16, núm. 181 (enero de 1904), p. 155.
 Vicente Gay, "La América moderna", a. XXII, núm. 263 (noviembre de 1910), pp. 155-176
 _____, "La América moderna", a. XXIII, núm. 272 (agosto de 1911), pp. 130-156.
 _____, "La América moderna", a. XXIII, núm. 274 (octubre de 1911), pp. 158-176.
 _____, "La América moderna", a. XXIII, núm. 276 (diciembre de 1911), pp. 105-122.
 _____, "La América moderna", a. XXIV, núm. 282 (junio de 1912), pp. 148-172.
 _____, "La América moderna", a. XXIV, núm. 285 (septiembre de 1912), pp. 156-172.

Excelsior [México]

Balbino Dávalos, "Don Porfirio Díaz en el Ipiranga. II", t. IV, año XXXI, núm. 10923 (8 de julio de 1947), pp. 4-19.
 _____, "Don Ignacio Mariscal y... 'El Dómine'", en *Excelsior*, t. VI, año XXX, núm. 10741 (27 de noviembre de 1946), pp. 4-15.

Gaceta de Instrucción Pública

Sin firma, "Noticias generales", a. V, núm. 135 (25 de enero de 1893), p. 7.
 _____, "Noticias generales", a. XII, núm. 478 (23 de noviembre de 1900), p. 6.

El Globo

Sin firma, "Velada literaria", a. IV, núm. 1122 (9 de noviembre de 1878), p. 3.
 _____, "Nuestro grabado", a. V, núm. 1854 (1 de julio de 1879), p. 1.
 _____, "Revista bibliográfica", a. V, núm. 1869 (16 de julio de 1879), p. 1.
 _____, "¿Méjico o México?", a. XXIV, núm. 8316 (4 de septiembre de 1898), p. 1.
 Lorena, "Volanderas", a. XXV, núm. 8455 (22 de enero de 1899), p. 1.
 Sin firma, "España en México. Exposición de Bellas Artes en México", a. XXV, núm. 8463 (30 de enero de 1899), p. 1.
 Lorena, "Volanderas", a. XXV, núm. 8560 (7 de mayo de 1899), p. 1.
 _____, "Volanderas. Para los literatos periodistas", a. XXVI, núm. 9046 (10 de septiembre de 1900), p. 1.

Sin firma, "Fraternidad", a. XXVI, núm. 9107 (10 de noviembre de 1900), p. 1.
 _____, "Congreso Hispano-Americano", a. XXVI, núm. 9107 (10 de noviembre de 1900), p. 1.
 _____, "Índice de libros", a. XXVII, núm. 9450 (23 de octubre de 1901), p. 3.
 _____, "En la legación de México. Función de cuadros vivos", a. XXVIII, núm. 9609 (1 de abril de 1902), p. 1.
 _____, "Balance teatral", a. XXX, núm. 10591 (22 de septiembre de 1904), p. 3.
 _____, "Academias y sociedades", a. XXXII, núm. 11021 (10 de febrero de 1906), p. 2.
 _____, "Fiesta literaria", a. XXXII, núm. 11125 (12 de junio de 1906), p. 2.
 _____, "En honor de un poeta", a. XXXIII, núm. 11311 (13 de enero de 1907), p. 1.
 _____, "Noticias generales", a. XXXIII, núm. 11317 (24 de enero de 1907), p. 3.
 _____, "Las cortes de Cádiz", a. XXXVIII, núm. 12732 (8 de agosto de 1912), p. 1.
 _____, "Entierro del ministro de México", a. XXXVIII, núm. 12768 (16 de septiembre de 1912), p. 3.

La Gran Vía

Carlos Fornatura, "Lo del día", núm. 7 (22 de octubre de 1893), p. 1.

Heraldo de Madrid

Sin firma, "Centenario de Colón", a. II, núm. 80 (17 de enero de 1891), p. 3.
 _____, "Crónica literaria y artística", a. II, núm. 243 (1 de julio de 1891), p. 2.
 Salvador Rueda, "Efímeras", a. III, núm. 490 (5 de marzo de 1892), p. 1.
 Sin firma, "De todas partes", a. III, núm. 597 (21 de julio de 1892), p. 1.
 _____, "La Unión Ibero-americana", a. III, núm. 689 (21 de septiembre de 1892), p. 2.
 _____, "Del Centenario. Las fiestas", a. III, núm. 706 (8 de octubre de 1892), p. 3.
 _____, "La música mexicana", a. III, núm. 707 (9 de octubre de 1892), p. 2.
 _____, "Noticias", a. VI, núm. 1950 (10 de octubre de 1892), p. 2.
 _____, "Exposición histórico-americana", a. III, núm. 718 (20 de octubre de 1892), p. 3.
 _____, "Monumento a Zorrilla", a. IV, núm. 851 (3 de marzo de 1893), p. 1.
 _____, "Fiesta artística aristocrática. En la legación de México", a. XIII, núm. 4150 (28 de marzo de 1902), p. 2.
 _____, "Francisco A. de Icaza", a. XVI, núm. 5303 (19 de febrero de 1905), p. 2.
 Sin firma, "Fiesta artística. En honor de Querol", a. XVII, núm. 5691 (25 de junio de 1906), p. 3.
 Rubryk, "Consideraciones mundanas", a. XX, núm. 660, (22 de febrero de 1909), p. 1.
 Mariano Miguel de Val, "En Valencia. El Congreso de la Poesía", a. XX, núm. 6685 (19 de marzo de 1909), p. 2.
 Vicente Almela, "Plática. En voz baja, por Amado Nervo", a. XX, núm. 6838 (19 de agosto de 1909), p. 3.
 Sin firma, "Muerte de un poeta", a. XXI, núm. 7070 (8 de abril de 1910), p. 1.
 _____, "Desde Barcelona", a. XXII, núm. 7404 (8 de marzo de 1911), p. 1.
 _____, "Asociación de publicistas", a. XXII, núm. 7421 (25 de marzo de 1911), p. 2.
 _____, "El arte y la aristocracia. En honor de la infanta Isabel", a. XXII, núm. 7490 (2 de junio de 1911), p. 3.

_____, "El Congreso Eucarístico. Asamblea General en San Francisco El Grande", a. XXII, núm. 7514 (26 de junio de 1911), p. 1.
 Rubaryk, "De sociedad. En la legación japonesa", a. XXII, núm. 7364 (27 de enero de 1911), p. 3.
 Sin firma, "Academias y sociedades", a. XXII, núm. 7390 (22 de febrero de 1911), p. 2.
 _____, "La misión mexicana", a. XXII, núm. 7391 (23 de febrero de 1911), p. 2.
 León-Boyd, "Otro banquete. En el hotel de los señores Béstegui", a. XXIII, núm. 7797 (4 de abril de 1912), p. 1.
 _____, "Don Porfirio Díaz y la Unión Iberoamericana", a. XXIII, núm. 7797 (4 de abril de 1912), p. 4.
 _____, "De sociedad", a. XXII, núm. 7491 (3 de junio de 1911), p. 3)
 Sin firma, "En el Ateneo de Madrid. El Plutarco de los poetas", a. XXIV, núm. 8089 (23 de enero de 1913), p. 1.

Hojas Selectas

Sin firma, "Panorama universal", a. IX, núm. 102 (junio de 1910), pp. 546-547.

La Iberia

Sin firma, "Extranjero", a. XXVIII, núm. 2050 (11 de septiembre de 1881), p. 2.
 _____, "El general Riva Palacio", a. XLIII, núm. 14608 (23 de noviembre de 1886), p. 1.
 _____, "Noticias generales", a. XXXIII, núm. 9832 (6 de diciembre de 1886), p. 2.
 _____, "Noticias generales", a. XXXIV, núm. 3884 (30 de enero de 1887), pp. 2-3.
 _____, "Banquete en honor de Bretón", a. XXXVI, núm. 11529 (26 de febrero de 1889), p. 2.
 _____, "Centenario de Colón", a. XXXVIII, núm. 12291 (17 de enero de 1891), p. 1.
 _____, "Centenario de Colón", a. XXXVIII, núm. 12396 (25 de abril de 1891), p. 2.
 _____, "Centenario de Colón", a. XXXVIII, núm. 12628 (19 de diciembre de 1891), p. 1.
 _____, "La vida madrileña. Recepción en el hotel de los señores Cánovas", a. XLIV, núm. 1424 (8 de noviembre de 1892), p. 1.
 _____, "Un banquete de literatos", a. XLIV, núm. 1424 (8 de noviembre de 1892), p. 3.
 _____, "Príncipe Alfonso", a. XL, (21 de septiembre de 1893), núm. 13262, p. 3.
 _____, "Noticias", a. XLIII, núm. 14707 (2 de diciembre de 1896), p. 3.

La Ilustración Artística

Baronesa de Wilson, "Semblanza. Ignacio Manuel Altamirano", a. XIV, núm. 695 (22 de abril de 1895), p. 3.
 Sin firma, "Libros enviados a esta redacción", a. XXII, núm. 1140 (2 de noviembre de 1903), p. 15.
 Amado Nervo, "Gentes y cosas de México. Justo Sierra", a. XXI, núm. 1087 (27 de octubre de 1902), p. 6.
 _____, "Gentes y cosas de México. México nuevo", a. XXII, núm. 1108 (23 de marzo de 1903), pp. 200-206.
 Sin firma, "El fallecimiento del ministro plenipotenciario de México don Justo Sierra", a. XXXI, núm. 1604 (23 de septiembre de 1912), p. 634.

La Ilustración Católica

M. Pérez Villamil, "Biografía. Ilustrísimo señor don Ignacio Montes de Oca y Obregón. Obispo de Linares (México)", a. IV, t. III, núm. 44 (28 de mayo de 1880), pp. 6-7.

Antonio Balbín de Unquera, "Poesía mexicana. I", a. XV, t. XIII núm. 7 (5 de marzo de 1890), pp. 78-80.

_____, "Poesía mejicana. II", a. XV, t. XIII, núm. 8 (5 de marzo de 1890), pp. 64-65.

_____, "Poesía mejicana. III", a. XV, t. XIII, núm. 9 (25 de marzo de 1890), pp. 103-105.

_____, "Poesía mejicana", a. XV, t. XIII, núm. 10 (5 de abril de 1890), pp. 111-112.

_____, "Poesía mejicana", a. XV, t. XIII, núm. 11 (15 de abril de 1890), pp. 128-129.

_____, "Poesía mejicana", a. XV, t. XIII, núm. 12 (25 de abril de 1890), p. 137.

La Ilustración Española y Americana

Victoriano Agüeros, "Correspondencia literaria de México", a. XXII, núm. XXI (8 de junio de 1878), pp. 370-374.

_____, "Correspondencia literaria de México", a. XXII, núm. XXVII (22 de julio de 1878), pp. 47-50.

Eusebio Martínez Velasco, "El general Vicente Riva Palacio", a. XXII, núm. XXXV (22 de septiembre de 1878), pp. 167 y 169.

_____, "Nuestros grabados", a. XXII, núm. XLIV (30 de noviembre de 1878), p. 3.

Victoriano Agüeros, "Escritores mexicanos contemporáneos", a. XXII, núm. XLVII (22 de diciembre de 1878), pp. 375-378.

_____, "Escritores mejicanos contemporáneos", a. XXII, núm. XLVII (22 de diciembre de 1878), pp. 875-878.

_____, "Escritores mexicanos contemporáneos. Correspondencia literaria de México: Apuntes biográficos de D. Joaquín García Icazbalceta", a. XXIII, núm. V (febrero de 1879), pp. 127-135 [suplemento literario].

_____, "Escritores mexicanos contemporáneos. Correspondencia literaria de México: Apuntes biográficos de D. Joaquín García Icazbalceta. I. Continuación", a. XXIII, núm. VII (22 de febrero de 1879), pp. 131, 133 y 134.

_____, "Escritores mexicanos contemporáneos (correspondencia literaria de México): Apuntes biográficos de D. Joaquín García Icazbalceta y D. José Sebastián Segura", en a. XXIII, núm. IX (8 de marzo de 1879), pp. [¿?].

_____, "Escritores mexicanos contemporáneos (correspondencia literaria de México): Apuntes biográficos de los Sres. D. Anselmo de la Portilla y D. Ignacio Cumplido", a. XXIII, núm. XXVI (15 de julio de 1879), pp. 135-138.

Guillermo Graell, "La lírica mexicana", *La Ilustración Española y Americana*, a. XXIII, núm. XXVII (22 de julio de 1879), pp. 11-14.

_____, "La lírica mexicana", a. XXIII, núm. XXVIII (30 de julio de 1879), pp. 9 y 10.

Manuel Bosch, "Nuestros Grabados", a. XXIII, núm. XXVIII (30 de julio de 1879), pp. 2-5.

Guillermo Graell, "Sucesos de la América Española", a. XXIII, núm. XLI (8 de noviembre de 1879), p. 290.

Eusebio Martínez de Velasco, "Nuestros grabados", a. XXIV, núm. XIV (15 de abril de 1880), p. 3.

Juan Pérez Guzmán, “Cervantes Salazar, Salazar de Alarcón, Gutierre de Cetina. Los tres patriarcas de la poesía castellana en México”, a. XXXIV, núm. XXXIII (8 de septiembre de 1890), p. 11.

Eusebio Martínez de Velasco, “Crónica general”, a. XXIV, núm. XXXVIII (15 de octubre de 1880), p. 230.

Sin firma, “Ecos”, a. XXVII, núm. XLIV (30 de noviembre de 1883), p. 23.

_____, “Libros presentados”, a. XXVII, núm. XLVI (15 de diciembre de 1883), p. 15.

V., “Libros presentados a esta redacción por autores o editores”, a. XXX, núm. IV (30 de enero de 1886), p. 13.

Eusebio Martínez de Velasco, “Nuestros grabados. Excelentísimo señor don Vicente Riva Palacio”, a. XXX, núm. XLI (8 de noviembre de 1886), pp. 2-3.

_____, “Nuestros grabados”, a. XXXI, núm. XXXII (30 de agosto de 1887), p. 113.

_____, “Nuestros grabados”, a. XXXI, núm. XXXIX (22 de octubre de 1887), p. 236.

Sin firma, “Taide”, a. XXXI, núm. XL (30 de octubre de 1887), p. 15.

Refugio Barragán y Toscano, “Sor Juana Inés de la Cruz (poetisa mexicana)”, 2ª época, a. VIII, núm. 4. (30 de agosto de 1890), pp. 38-39.

_____, “Sor Juana Inés de la Cruz (poetisa mexicana)”, 2ª época, a. VIII, núm. 5 (7 de septiembre de 1890), p. 56.

_____, “Sor Juana Inés de la Cruz (poetisa mexicana)”, 2ª época, a. VIII, núm. 6 (14 de septiembre de 1890), p. 64.

_____, “Sor Juana Inés de la Cruz (poetisa mexicana)”, 2ª época, a. VIII, núm. 7 (22 de septiembre de 1890), p. 77.

Ricardo Becerra de Bengoa, “Por ambos mundos. El cabecilla Garza, el coronel Nieves; beneficios de la paz”, núm. 10 (15 de marzo de 1892), pp. 167-168.

Eusebio Martínez Velasco, “Nuestros grabados. El Museo Nacional de México”, a. XXXVI, núm. XV (22 de abril de 1892), p. 241.

Vicente Riva Palacio, “El padre de Las Casas”, 2ª época, a. X, t. V, núm. 42 (15 de noviembre de 1892), pp. 330-344.

Eusebio Martínez Velasco, “Crónica general. Doña Antonia Ochoa de Miranda, distinguida cantante mexicana”, a. XXXVI, núm. XLIV (30 de noviembre de 1892), p. 367.

Francisco A. de Icaza, “La leyenda del beso”, a. XXXIV, núm. XLIV, (30 de noviembre de 1892), p. 330.

G. Reparaz, “Nuestros grabados. Excmo. Sr. D. Telésforo García”, a. XL, núm. XXXIII, (8 de setiembre de 1896), p. 131.

Carlos Luis de Cuenca, “El Ldo. D. Justo Sierra. El Ldo. D. Victoriano Agüeros”, a. XLII, núm. XXVIII (30 de julio de 1898), p. 51.

_____, “D. Juan de Dios Peza”, a. XLII, núm. XXVIII (22 de julio de 1899), pp. 3 y 4.

Amado Nervo, “Sonetos. A Felipe II. A Heredia”, a. XLIV, núm. XXX (15 de agosto de 1900), p. 14.

_____, “El alma eterna de España”, *La Ilustración Española y Americana*, XLIV, núm. XXXIII (8 de septiembre de 1900), p. 146.

Carlos Luis de Cuenca, “Nuestros grabados”, a. XLIV, núm. XLII (15 de noviembre de 1900), pp. 279-282.

José Fernández Bremón, “Crónica general”, núm. XLIII, (22 de noviembre de 1900), pp. 294-295.

Carlos Luis de Cuenca, "Nuestros grabados", a. XLIV, núm. XLV (8 de diciembre de 1900), p. 327.

Juan Pérez de Guzmán, "El Ateneo Científico-Literario de México", a. XLVI, núm. XXIII (22 de julio de 1901), pp. 390-391.

Sin firma, "Libros presentados", a. XLV, núm. XXXIII (8 de septiembre de 1901), p. 15.

Juan Pérez Zúñiga, "El Ateneo Científico-Literario de Méjico", a. XLVI, núm. XXII (23 de junio de 1902), pp. 9-10.

Carlos Luis de Cuenca, "Don Manuel Iturbe", a. XLVIII, núm. XXXVII (8 de octubre de 1904), p. 6.

La dirección y redacción, "México y España. Misión de fraternidad", a. LV, núm. VIII (28 de febrero de 1911), p. 2.

Sin firma, "Crónica", a. LXV, núms. XXXI y XXXII (22 y 30 de agosto de 1921), p. 2.

La Ilustración Ibérica

C. M., "Bibliografía", a. VII, núm. 354 (12 de octubre de 1889), p. 3.

El Imparcial

Sin firma, "Sección de noticias", a. XV, núm. 5137 (25 de septiembre de 1881), p. 3.

_____, "[Hasta septiembre llegará...]" (30 de agosto de 1886), p. 4.

_____, "Libros nuevos", a. XXIII, núm. 8001 (25 de noviembre de 1889), p. 4.

_____, "Los libros de la semana", a. XXV, núm. 8921 (21 de marzo de 1892), p. 3.

_____, "Congreso universal de libre-pensadores", a. XXVI, núm. 9117 (4 de octubre de 1892), p. 3.

_____, "Exposición Histórico-Americana", a. XXVII, núm. 9233 (19 de enero de 1893), p. 3.

_____, "Sección de noticias", a. XXVII, núm. 9532 (28 de noviembre de 1893), p. 3.

_____, "México y la insurrección. Lo que dice el general Riva Palacio", a. XXX, núm. 10472 (30 de junio de 1896), p. 2.

_____, "El veraneo", a. XXX, núm. 10488 (16 de julio de 1896), p. 2.

_____, "Congreso Hispano-Americano", a. XXXIV, núm. 12061 (10 de noviembre de 1900), p. 2.

_____, "América y Núñez de Arce", a. XXXV, núm. 12431 (17 de noviembre de 1900), p. 1.

E. Gómez de Baquero, "Revista literaria", a. XXXVI, núm. 12512 (7 de febrero de 1901), p. 4.

Monte-Cristo, "De sociedad", a. XLI, núm. 14735 (4 de junio de 1903), p. 4.

Sin firma, "En el Ateneo", a. XXXVIII, núm. 15354 (4 de junio de 1904), p. 3.

_____, "Funerales del señor Iturbe", a. XXXVIII, núm. 13471 (29 de septiembre de 1904), p. 2.

_____, "Un mexicano español", a. XXXIX, núm. 13610 (18 de febrero de 1905), p. 2.

_____, "Otras noticias", a. XXXIX, núm. 13680 (28 de abril de 1905), p. 3.

_____, "Fiesta literaria. En el hotel de los condes de Vilana", a. XL, núm. 14085 (10 de junio de 1906), p. 1.

O., "La canción del camino", a. XL, núm. 14107 (8 de julio de 1906), p. 3.

Sin firma, "Publicaciones", a. XL, núm. 14083 (8 de junio de 1906), p. 2.

_____, "Ateneo de Madrid", a. XL, núm. 14042 (29 de abril de 1906), p. 2.

_____, "Gacetilla literaria", a. XL, núm. 14233 (5 de noviembre de 1906), p. 3.
 Manuel Cavia, "Actualidad", a. XLI, núm. 14315 (27 de enero de 1907), p. 1.
 Sin firma, "Conferencia de Amado Nervo", a. XLI, núm. 14301 (13 de enero de 1907), p. 2.
 Sin firma, "Reuniones y sociedades", a. XLI, núm. 14312 (24 de enero de 1907), p. 2.
 Monte Cristo, "De sociedad. En la legación de México", a. XLI, núm. 14360 (13 de marzo de 1907), p. 2.
 Manuel Bueno, "Estrofas de un poeta", a. XLI, núm. 14406 (29 de abril de 1907), pp. 3-4.
 Monte Cristo, "Crónicas madrileñas. *El Álbum del Pilar*", a. XLII, núm. 14751 (9 de abril de 1908), p. 4.
 _____, "En la legación de México", a. XLIII, núm. 15081 (7 de marzo de 1909), p. 2.
 _____, "Reuniones y sociedades", a. XLIII, núm. 15098 (22 de marzo de 1909), p. 5.
 _____, "Noticias por telégrafo", a. XLIII, núm. 15208 (11 de julio de 1909), p. 3.
 Monte Cristo, "De sociedad", a. XLIV, núm. 15438 (1 de marzo de 1910), p. 3.
 Sin firma, "La Independencia de Venezuela", a. XLIV, núm. 15687 (20 de abril de 1910), p. 2.
 _____, "Reuniones y sociedades", a. XLIV, núm. 15495 (29 de abril de 1910), p. 3.
 Monte-Cristo, "De sociedad", a. XLIV, núm. 15531 (3 de junio de 1910), p. 2.
 _____, "De sociedad", a. XLIV, núm. 15535 (10 de junio de 1910), p. 3.
 _____, "Congreso Eucarístico Internacional", a. XLV, núm. 909, (18 de junio de 1911), p. 3.
 E. Gómez de Baquero, "Revista literaria", a. XLV, núm. 16043 (30 de octubre de 1911), p. 3.
 _____, "En la terraza del Palai", a. XLVI, núm. 16345 (28 de agosto de 1912), p. 1.
 Sin firma, "Funerales por el ministro de México", a. XLVI, núm. 16376 (29 de septiembre de 1912), p. 4.

El Liberal

Sin firma, "Cartera de Madrid", a. III, núm. 696 (30 de mayo de 1881), p. 3.
 _____, "Cartera de Madrid", a. VIII, núm. 2692 (19 de octubre de 1886), p. 3.
 _____, "La gaceta de ayer", a. VIII, núm. 2721 (17 de noviembre de 1886), p. 2.
 _____, "Teatro Ventura", a. IX, núm. 2901 (8 de mayo de 1887), p. 3.
 _____, "La Unión Ibero-Americana", a. XIV, núm. 4840 (21 de septiembre de 1892), p. 2.
 _____, "Exposición Histórico-Americana. Reseña general", número especial de octubre de 1892, pp. 1-6.
 _____, "Ateneo", a. XV, núm. 5050 (21 de abril de 1893), p. 3.
 _____, "Noticias", a. XV, núm. 5063 (4 de mayo de 1893), p. 3.
 _____, "Noticias", a. XVI, núm. 5326 (4 de mayo de 1894), p. 3.
 _____, "Exposición de Bellas Artes", a. XVI, núm. 5341 (19 de mayo de 1894), p. 1.
 _____, "El general Riva Palacio", a. XVIII, núm. 6261 (23 de noviembre de 1896), p. 1. [Texto escrito por Tello Téllez]
 _____, "Biblioteca de autores mexicanos", a. XX, núm. 6698 (3 de febrero de 1898), p. 3.
 Tello Téllez, "El año profano", a. XXI, núm. 7358 (26 de noviembre de 1899), p. 2.
 Antonio Palomero, "Las novelas ejemplares de Cervantes", a. XXIII, núm. 7580 (15 de abril de 1901), p. 2.
 _____, "Ateneo de Madrid", a. XXV, núm. 8339 (13 de mayo de 1903), p. 3.

_____, “De sociedad”, a. XXVI, núm. 8875 (30 de enero de 1904), p. 3.

_____, “Ateneo”, a. XXVIII, núm. 9606 (5 de febrero de 1906), p. 2.

_____, “Croquis cosmopolita”, a. XXVIII, núm. 9612 (10 de febrero de 1906), p. 4.

_____, “En el Ateneo”, a. XXVIII, núm. 9716 (27 de mayo de 1906), p. 1.

_____, “En el hotel de los condes de Vilana”, a. XXVIII, núm. 9730 (10 de junio de 1906), p. 2.

_____, “Homenaje a Querol”, a. XXVIII, núm. 9746 (28 de junio de 1906), p. 1.

Sin firma, “Los poetas mexicanos”, a. XXIX, núm. 9948 (15 de enero de 1907), p. 2.

Sin firma, “Banquete a Felipe Trigo”, a. XXIX, núm. 10010 (18 de marzo de 1907), p. 1.

José Nogales, “La oración del hombre”, a. XXIX, núm. 10054 (2 de mayo de 1907), p. 1.

Sin firma, “Noticias”, a. XXIX, núm. 10404 (11 de julio de 1907), p. 2.

_____, “Poetas del día”, a. XXX, núm. 10923 (30 de enero de 1908), p. 1.

_____, “Amado Nervo”, a. XXXI, núm. 10709 (22 de febrero de 1909), p. 3.

_____, “Ateneo de Madrid. Los poetas mexicanos”, a. XXXI, núm. 9688 (29 de abril de 1909), p. 2.

_____, “Congreso Universal de Poesía”, a. XXXI, núm. 18132 (4 de octubre de 1909), p. 3.

_____, “En la Unión Iberoamericana. Sor Juana Inés de la Cruz”, a. XXXII, núm. 11187 (29 de abril de 1910), p. 2.

Sin firma, “De sociedad”, a. XXXII, núm. 11178 (9 de junio de 1910), p. 3.

Juan Sánchez Azcona, “El ministro de México en Europa expone a los lectores de *El Liberal* la verdadera situación de su país”, a. XXXII, núm. 18612 (16 de noviembre de 1910), p. 1.

Sin firma, “Los desórdenes de México”, a. XXXII, núm. 11343 (21 de noviembre de 1910), p. 2.

_____, “La academia de la poesía”, a. XXXII, núm. 11359 (24 de noviembre de 1910), p. 1.

_____, “La situación de México”, a. XXXIII, núm. 13568 (7 de enero de 1911), p. 1.

Sin firma, “Centro de cultura hispanoamericano. Conferencias para el presente curso”, a. XXXIII, núm. 11432 (18 de febrero de 1911), p. 1.

_____, “La embajada extraordinaria de México”, a. XXXIII, núm. 15796 (24 de febrero de 1911), p. 1.

_____, “La academia de la poesía. En el Centro Militar”, a. XXXIII, núm. 11446 (4 de marzo de 1911), p. 2.

_____, “Noticias oficiales de México”, a. XXXIII, núm. 11452 (10 de marzo de 1911), p. 1.

_____, “Asociación de publicistas”, a. XXXIII, núm. 11487 (25 de marzo de 1911), p. 2.

_____, “Academia de la poesía española”, a. XXXIV, núm. 11778 (2 de febrero de 1912), p. 3.

_____, “El centenario de Venezuela. Comida en el Hotel Ritz”, a. XXXIV, núm. 15592 (1 de junio de 1912), p. 3.

_____, “Francisco A. de Icaza”, a. XXXIV, núm. 16734 (27 de septiembre de 1912), p. 3.

_____, “Banquete hispano-americano”, a. XXXIV, núm. 12022 (4 de octubre de 1912), p. 1.

L. F. A. “En el Ateneo. La poesía mexicana”, a. XXXVI, núm. 12447 (16 de marzo de 1914), p. 3.

La Lectura

Rafael Altamira, "Nota bibliográficas. Carácter de la Conquista Española en América y en México, según los textos de los historiadores primitivos", a. II, núm. 17 (mayo de 1902), pp. 245-248.

Miguel de Unamuno, "El libro del mes. Literatura hispanoamericana", a. III (febrero de 1903), pp. 96-101.

_____, "Literatura hispano-Americana. Tres obras de estudios clásicos", a. IV núm. 45 (septiembre de 1904), pp. 453-456.

Julio Cejador, "Chocano y los demás poetas jóvenes de América", a. VII, núm. 77 (mayo de 1907), pp. 240-248.

Manuel Ugarte, "Crónica americana", a. VII, núm. 81 (septiembre de 1907) pp. 42-46.

Enrique Díez-Canedo, "Rimas japonesas, por Efrén Hernández", a. VIII (febrero de 1908), p. 440.

_____, "Poesía", a. IX (mayo de 1909), pp. 60-63.

_____, "Silenter", a. X, núm. 117 (septiembre de 1910), pp. 445-447.

La Lectura Dominical

Minimus, "Sección de polémica", a. VII, núm. 359 (18 de noviembre de 1900), p. 728.

Madrid Cómic

Clarín, "Palique", a. VII, núm. 203 (8 de enero de 1887), pp. 3-5.

Manuel del Palacio y Vicente Riva Palacio, "Dos Cartas", (1894), p. 19. [Almanaque del Madrid Cómic].

Clarín, "Palique", a. XX, núm. 57 (3 de noviembre de 1900), p. 6.

Sin firma, "Libros recibidos", a. XXI, núm. 43 (26 de octubre de 1901), p. 7.

Enrique de Ocón, "Zoo literario", a. XXX, núm. 16 (4 de junio de 1910), pp. 10-11.

_____, "Zoo literario", a. XXX núm. 20 (6 de julio de 1910) p. 11.

Nuevo Mundo

Kasabal, "Conversaciones", a. III, núm. 152 (3 de diciembre de 1896), p. 4.

Sin firma, "Congreso Ibero-Americano", a. VII, núm. 359 (21 de noviembre de 1900), pp. 8-9.

Julio Sesto, "¿Cómo está México?", a. XVIII, núm. 919 (17 de agosto de 1911), p. 3.

Nuevo Teatro Crítico

Emilia Pardo Bazán, "La leyenda de la codicia", núm. 24 (diciembre de 1892), pp. 14-18.

Nuestro Tiempo

Francisco A. de Icaza, "Literatura americana. Poetas modernos de México (antología íntima). Manuel Gutiérrez Nájera y Salvador Díaz Mirón", a.1, núm. 1 (enero de 1901), pp. 34-42.

Sin firma, "Origène (*El bachiller*)", a. I, núm. 10 (octubre de 1901), p. 554.

Alberto Insúa Escobar, "Revista bibliográfica", a. VI, núm. 75 (10 de mayo de 1906), p. 265.

Andrés González Blanco, "Revista bibliográfica", a. VI, núm. 83 (10 de septiembre de 1906), pp. 468-469.

Andrés González Blanco, "Movimiento literario reciente", a. VII, núm. 108 (diciembre de 1907), pp. 327-335.

Miguel de Unamuno, "Revista Bibliográfica", a. VIII, (diciembre de 1908), p. 127.

Sin firma, "Letras Hispano-Americanas", a. XI, núm. 152 (agosto de 1911), pp. 3-4.

Andrés González Blanco, "Sor Juana Inés de la Cruz", a. XIII, núm. 174 (junio de 1913), pp. 310-319.

El País

Sin firma, "Examen de críticos", a. VIII, núm. 2462 (21 de marzo de 1894), p. 3.

_____, "El General Riva Palacio", a. X, núm. 3433 (23 de noviembre de 1896), p. 1.

_____, "Congreso católico", a. XVI, núm. 5465 (20 de julio de 1902), p. 2.

_____, "Homenaje a Galdós", a. XVIII, núm. 6071 (17 de marzo de 1904), p. 1.

_____, "Francisco A. de Icaza", a. XIX, núm. 6410 (20 de febrero de 1905), p. 1.

Julio Camba, "Crónica. Polifonario", a. XX, núm. 6853 (11 de mayo de 1906), p. 1.

Sin firma, "La poesía mexicana en el Ateneo", a. XX, núm. 6841 (29 de abril de 1906), p. 1.

_____, "Círculos y sociedades", a. XXI, núm. 7113 (31 de enero de 1907), p. 3.

E. Barriobero y Herrán, "La vuelta de los poetas", a. XXI, núm. 7303 (3 de agosto de 1907), p. 3.

Francisco Villaespesa, "Versos de abril", a. XXI, núm. 7365 (5 de agosto de 1907), p. 3.

Sin firma, "Del centenario de Espronceda. La velada del Ateneo", a. XXII, núm. 7553 (9 de abril de 1908), p. 2.

_____, "Círculos y sociedades", a. XXII, núm. 7564 (20 de abril de 1908), p. 5.

_____, "Círculos y sociedades", a. XXIV, núm. 8290 (27 de abril de 1910), p. 3.

_____, "Academia de la poesía española", a. XXVI, núm. 9092 (22 de mayo de 1912), p. 3.

_____, "El entierro del embajador de México", a. XXV, núm. 9208 (15 de septiembre de 1912), p. 3.

_____, "Ateneo. Florilegio de poetas", a. XXVII, núm. 9339 (24 de enero de 1913), p. 2.

La República

Sin firma, "Noticias extranjeras", a. III, núm. 815 (16 de noviembre de 1886), p. 3.

_____, "Unión Ibero-Americana", a. III, núm. 903 (21 de diciembre de 1886), pp. 2-3.

_____, "Noticias Generales", a. VII, núm. 1985 (6 de junio de 1890), p. 3.

Revista Contemporánea

Agustín Fernández Merino, "Poetas americanos. Ignacio Manuel Altamirano", a. VII (enero-febrero de 1881), pp. 55-78.

Sin firma, "Victoriano Agüeros", a. VI (septiembre-octubre 1880), pp. 227-229.

Agustín Fernández Merino, "Poetas americanos. Juan B. Hajar y Haro", a. VI (septiembre-octubre de 1880), pp. 385-410.

_____, "Poetas americanos. Guillermo Prieto", a. VII (julio-agosto de 1881), pp. 129-150.

M. Gutiérrez, "La Oda. Esbozo histórico crítico", a. IX (septiembre-octubre de 1883), pp. 39-51.

Revista de España

Eduardo de Cortázar, "Noticias literarias", a. XIII (marzo-abril de 1880), pp. 420-432.

Antonio María Fabié, "Don Fray Juan de Zumárraga", a. XV (septiembre-octubre 1882), pp. 289-305.

Adolfo Llanos, "Estado actual de la cultura literaria en México", a. XVI (enero y febrero de 1883), pp. 43-73.

Revista Nueva

Andrés Ovejero, "Lejanías (de F. A. de Icaza)", v. I (15 de febrero a 5 de agosto de 1899), pp. 565-569.

Amado Nervo, "Triste. Tenue", *Revista Nueva*, v. I, núm. 10 (15 de febrero de 1899), p. 441.

_____, "El metro de doce", v. I, núm. 15 (1 de mayo de 1899), p. 680.

_____, "Tritoniada", *Revista Nueva*, v. I, núm. 18 (15 de junio de 1899), p. 844.

_____, "El viejo sátiro", *Revista Nueva*, v. II, núm. 19 (1 de julio de 1899), p. 20.

_____, "A Heredia", vol. II, núm. 20 (15 de julio de 1899), p. 83

_____, "En Flandes", *Revista Nueva*, vol. II, núm. 22 (1 de agosto de 1899), p. 152

El Siglo Futuro

Sin firma, "Noticias", a. X, núm. 2775 (21 de junio de 1884), p. 3.

_____, "La Unión y Fray Luis de León", a. X, núm. 2863 (4 de octubre de 1884), p. 1.

El Correo Catalán, "La Academia de la Juventud Católica de Barcelona", a. XIII, núm. 3790 (27 de octubre de 1887), p. 1.

Sin firma, "Academia de la Historia", a. XXIX, núm. 8501 (24 de abril de 1908), p. 2.

_____, "Bodas de oro de un prelado", a. XIV, núm. 4287 (14 de marzo de 1921), p. 1.

_____, "Mesa revuelta", a. LIX, núm. 18157 (20 de noviembre de 1934), p. 2.

La Unión Iberoamericana en México. 12 de octubre de 1887. Publicación oficial. México, Tipografía de la Revista Latino-Americana, 1887.

La Vanguardia

Sin firma, "Correspondencias", a. VII, núm. 159 (7 de abril de 1887), p. 6.

S, "La serenata", a. XII, núm. 3379, 5 de octubre de 1892, p. 4.

Sin firma, "Correspondencias", a. VII, núm. 476 (11 de octubre de 1887), p. 5.

_____, "Correspondencias", a. VII, núm. 487 (17 de octubre de 1887), p. 9.

_____, "España en América", a. XII, núm. 3162, 1 de marzo de 1892, p. 4.

La Vida Literaria

Enrique Gómez Carrillo, "París: Día por día", a. 1. núm. 23 (15 de junio de 1899), pp. 11-12.

Sin firma, "El banquete a Querol", a. XXV, núm. 12066 (26 de junio de 1906), p. 6.

_____, "En honor de Llorente", a. XXI, núm. 14121 (29 de marzo de 1912), p. 8.

_____, "Muerte de un diplomático", a. XXI, núm. 14289 (14 de septiembre de 1892), p. 8.

_____, "Muertos ilustres. Justo Sierra", a. XXI, núm. 14292 (17 de septiembre de 1912), p. 7.

Tejeda, "Crónica telegráfica en provincias", a. XXXI, núm. 14299 (24 de septiembre de 1912), p. 8.

Sin firma, "Funerales", a. XXI, núm. 14304 (29 de septiembre de 1912), p. 7.

Sin firma, sin título, a. XXI, núm. 14369 (3 de diciembre de 1912), p. 5.

Vida Intelectual

José Sánchez Rojas, "Literatura hispanoamericana. *Los jardines interiores*", a. I, núm. I (mayo de 1907), pp. 77-81

IV. SITIOS ELECTRÓNICOS

Amado Nervo: lecturas de una obra en el tiempo. www.amadonervo.net

Archivo digital México-España. www.oocities.org/perea28/pres/entrada.html

Biblioteca virtual Miguel de Cervantes Saavedra. www.cervantesvirtual.com

Colección digital de la Universidad Nacional Autónoma de Nuevo León. http://cd.dgb.uanl.mx/form_b_basica.php

Colecciones mexicanas. www.coleccionesmexicanas.unam.mx

Edad de plata. www.edaddeplata.org

Fundación Práxedes Mateo Sagasta. www.fundacionsagasta.org

Hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional de España. www.bne.es/es/Catalogos/HemerotecaDigital

Internet Archive: Digital library. www.archive.org

Sociedad Menéndez Pelayo. www.sociedadmenendezpelayo.es

ANEXOS

COLABORACIONES DE ESCRITORES MEXICANOS EN PERIÓDICOS Y REVISTAS ESPAÑOLAS⁹⁹⁸

Manuel Acuña

El Álbum Iberoamericano

“Historia de un pensamiento”, 2ª época, a. X, t. V, núm. 10 (14 de setiembre de 1892), p. 118.

España y América

“Rima”, a. 1, núm. 26 (26 de junio de 1892), p. 286.

“La felicidad”, 2ª época, a. XI, t. VI, núm. 3 (22 de enero de 1893), p. 34.

Victoriano Agüeros

La Ilustración Española y Americana

“Correspondencia literaria de México”, a. XXII, núm. XXI (8 de junio de 1878), pp. 370-374.

“Correspondencia literaria de México”, a. XXII, núm. XXVII (22 de julio de 1878), pp. 47-50.

“Escritores mejicanos contemporáneos”, a. XXII, núm. XLVII (22 de diciembre de 1878), p. 875-878.

“Escritores mexicanos contemporáneos. Correspondencia literaria de México: Apuntes biográficos de D. Joaquín García Icazbalceta” a. XXIII, núm. V (8 de febrero de 1879), pp. 127-135.

“Escritores mexicanos contemporáneos. Correspondencia literaria de México: Apuntes biográficos de D. Joaquín García Icazbalceta. I. Continuación”, a. XXIII, núm. VII (22 de febrero de 1879), pp. 131-134.

“Escritores mexicanos contemporáneos (correspondencia literaria de México): Apuntes biográficos de D. Joaquín García Icazbalceta y D. José Sebastián Segura”, a. XXIII, núm. IX (8 de marzo de 1879), pp. [¿?].

⁹⁹⁸ El siguiente listado hemerográfico pretende mostrar las colaboraciones de los escritores mexicanos en impresos periódicos de Madrid y Barcelona. Tiene como antecedentes los siguientes trabajos: María Isabel Hernández Prieto: “Escritores hispanoamericanos en *La Ilustración Española y Americana* (1869-1899)”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 24 (1995), pp. 205-223, María Isabel Hernández Prieto, “Escritores hispanoamericanos en *El Álbum Ibero-Americano* (1890-1899)”, *Documentación de las Ciencias de la Información*, núm. 6 (1993), pp. 115-153, María Isabel Hernández Prieto, “Escritores hispanoamericanos en *La América* (1857-1886). Primera parte”, *Anales de literatura hispanoamericana*, núm. 19 (1990), pp. 13-27 y Almudena Mejías Alonso, “Hispanoamericanos en *El Álbum de Madrid*. Variantes rubendarianas y otros comentarios”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 26 (1997), pp. 94-110.

Sólo se documentaron aquellos títulos firmados con el nombre del autor, por lo que on se incluyeron los signados por algún seudónimo. En el caso particular de Ipandro Acaico, el nombre utilizado por el sacerdote Ignacio Montes de Oca en la *Arcadia Mexicana*, se consideró dentro de este fichero porque dicha institución exigía a sus miembros el uso en clave de un nombre latino, no porque la intención de Montes de Oca fuera la de suplantar su personalidad con un nombre distintivo.

“Escritores mexicanos contemporáneos (correspondencia literaria de México): Apuntes biográficos de los Sres. D. Anselmo de la Portilla y D. Ignacio Cumplido”, a. XXIII, núm. XXVI (15 de julio de 1879), pp. 135-138.

“El artista mexicano, D. Félix Parra”, a. XXVIII, núm. XXIV (30 de junio de 1884), p. 402.

El Liberal

“Escritores mexicanos”, a. XX, núm. 6698 (2 de febrero de 1898), p. 2.

Ignacio Manuel Altamirano

El Álbum Iberoamericano

“Las amapolas”, 2ª época, a. VIII, núm. 4 (30 de agosto de 1890), p. 46.

“La Semana Santa en mi pueblo”, 2ª época, a. XI, t. VI, núm. 12 (30 de marzo de 1890), pp. 135-136.

“Los inmortales”, 2ª época, a. XI, t. VI, núm. 15 (22 de abril de 1893), pp. 170-172.

“La Semana Santa en mi pueblo. (Fragmento)”, 2ª época, a. XII, t. VIII, núm. 11 (22 de marzo de 1894), pp. 122-124.

“Al Atoyac”, en a. XVII, núm. 33 (7 de septiembre de 1899), p. 394.

España y América

“Plegaria en la montaña”, número especial (15 de noviembre de 1884), p. 15.

Alejandro Arango y Escandón

La Ilustración Española y Americana

“Rosaura”, a. XXII, núm. XLV (8 de diciembre de 1878), p. 346.

“El paje”, a. XXI, núm. XLVII (22 de diciembre de 1878), p. 387.

“Oda”, a. XXIII, núm. V (8 de febrero de 1879), p. 91.

Joaquín Baranda

El Álbum Iberoamericano

“Oración fúnebre. Ante el cadáver del general González”, a. XI, t. VI, núm. 22 (14 de junio de 1893), pp. 255-257.

“Concurso científico”, 2ª época, a. XIII, t. X, núm. 30 (14 de agosto de 1895), pp. 350-352.

Pedro Bariga

El Álbum Iberoamericano

“El soldado mexicano”, 2ª época, a. IX, t. III, núm. 22 (14 de diciembre de 1891), p. 261.

Refugio Barragán y Toscano

El Álbum Iberoamericano

“Dios”, 2ª época, a. XIII, t. X, núm. 13 (7 de abril de 1895), pp. 153-154.

“Sor Juana Inés de la Cruz (poetisa mexicana)”, 2ª época, a. VIII, núm. 4 (30 de agosto de 1890), pp. 38-39.

“Sor Juana Inés de la Cruz (poetisa mexicana)”, 2ª época, a. VIII, núm. 5 (7 de septiembre de 1890), p. 56.

“Sor Juana Inés de la Cruz (poetisa mexicana)”, 2ª época, a. VIII, núm. 6 (14 de septiembre de 1890), p. 64.

“Sor Juana Inés de la Cruz (poetisa mexicana)”, 2ª época, a. VIII, núm. 7 (22 de septiembre de 1890), p. 77.

Gustavo Baz

La América. Crónica hispanoamericana

“Los historiadores de la Independencia mexicana”, a. XXV, núm. 4 (1 de marzo de 1884), pp. 5-6.

“Historiadores de México independiente”, a. XXV, núm. 5 (15 de marzo de 1884), pp. 3-4.

“El ferrocarril de México a Nueva York”, a. XXV, núm. 8 (30 de abril de 1884), pp. 4-5.

“Al niño (entrando a Galicia por La Guardia)”, a. XXV, núm. 20 (28 de octubre de 1884), p. 10.

“La Escuela Preparatoria”, a. XXV, núm. 21 (13 de noviembre de 1884), pp. 2-3.

“La Escuela Preparatoria”, a. XXV, núm. 22 (14 de noviembre de 1884), pp. 2-3.

España y América

“Carta abierta a Ignacio M. Altamirano”, número especial (15 de noviembre de 1884), pp. 13-14.

La Ilustración Española y Americana

“Al niño. (Entrando en Galicia por La Guardia)”, a. XXVIII, núm. XXXII (30 de agosto de 1884), p. 126.

José María Bustillos

El Álbum Iberoamericano

“Preludio. Autógrafos de escritores mexicanos”, 2ª época, a. X, t. IV, núm. 4 (30 de enero de 1892), p. 40.

“El carpintero”, 2ª época, a. X, t. V, núm. 3 (22 de julio de 1892), p. 32.

España y América

J. M. Bustillos, “Poetas mexicanos. Fragmento”, a. 1, núm. 44 (30 de octubre de 1892), pp. 497-498.

La Unión Iberoamericana

“Gólgota”, a. XIV, núm. 179 (30 de diciembre de 1900), pp. 5-6.

Manuel Carpio

El Álbum Iberoamericano

“Camino del Gólgota”, 2ª época, núm. 11 (22 de marzo de 1891), p. 125.

“La virgen al pie de la cruz”, 2ª época, a. X, t. IV, núm. 14 (14 de abril de 1892), pp. 165-166.

“El Monte de los Olivos”, 2ª época, a. XIII, núm. 13 (7 de abril de 1895), p. 154.

Joaquín María de Castillo Lanzas

El Álbum Iberoamericano

“La oración”, 2ª época, a. XIII, t. X, núm. 13 (7 de abril de 1895), pp. 154-155.

Francisco A. de Castro

El Álbum Iberoamericano

“Brumas de invierno”, 2ª época, a. XIII, núm. 44 (30 de noviembre de 1895), p. 526.

Bernardo Couto

La América

“Biografía. Don Manuel Carpio”, a. XXII, núm. 14 (28 de julio de 1881), p. 7-10.

Francisco G. Cosmes

La Unión Iberoamericana

“La dominación española y la patria mexicana”, a. XI, núm. 136 (10 de marzo de 1896), pp. 734-738.

Agustín F. Cuenca

El Álbum Iberoamericano

“Luces del prisma”, 2ª época, a. VIII, núm. 18 (14 de diciembre de 1890), p. 212.

“Al trabajo”, 2ª época, a. IX, t. III, núm. 14 (14 de octubre de 1891), p. 166.

“En el álbum de la señora Carmen Zays Bazán de Martí”, 2ª época, a. XI, t. VI, núm. 10 (14 de marzo de 1893), p. 118.

“A los héroes del 2 de mayo”, a. XVII, núm. 47 (22 de diciembre de 1899), p. 562.

España Moderna

“Madrid (versión libre de Alfredo de Musset)”, a. III, núm. XXXII (agosto de 1891), pp. 146-148.

Sor Juana Inés de la Cruz

El Álbum Iberoamericano

“Sonetos escogidos”, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 20 (30 de noviembre de 1893), p. 238.

“La suerte de las hermosas”, a. XVII, núm. 27 (22 de julio de 1899), p. 322.

“Mi retrato”, a. XVII, núm. 34 (14 de septiembre de 1899), p. 406.

La Ilustración Española y Americana

“De las injusticias de los hombres al hablar de las mujeres”, núm. 39 (10 de octubre de 1892), p. 275.

Balbino Dávalos

La Lectura

“Magda Muller. Traducción de John Greenleaf Whittier”, a. IX, t. I (abril de 1909), p. 431.

Revista del Ateneo

“Los gatos viejos (traducción de Maurice Rollinat)”, t. I, núm. IV (abril de 1906), p. 367.

“De Teófilo Gautier. El arte!”, t. I, núm. III (marzo de 1909), p. 178.

“Pelayo en Covadonga”, t. VIII, núm. II (agosto de 1909), pp. 125-126.

Ventura Dávalos

El Álbum Iberoamericano

“A Nicolás Bravo. Héroe Mexicano”, 2ª época, núm. 12 (30 de octubre de 1890), p. 142.

Carlos Díaz Dufoo

Madrid Cómic

“Epigramas”, a. II, núm. 77 (12 de junio de 1881), p. 7.

“Epitafios”, a. III, núm. 12 (13 de mayo de 1883), p. 7.

“Epigramas”, a. III, núm. 27 (26 de agosto de 1883), p. 7.

“¡Eso no!”, a. III, núm. 31 (23 de septiembre de 1883), p. 7.

Manuel Díaz Mirón

España Moderna

“Brindis áureo”, a. 12, núm. 143 (noviembre de 1900), p. 96.

“Brindis áureo”, a. 14, núm. 166 (octubre de 1902), pp. 42-43

Salvador Díaz Mirón

El Álbum Iberoamericano

“Deseos”, 2ª época, a. VIII, núm. 17 (7 de diciembre de 1890), p. 201.

“La justicia”, 2ª época, a. X, núm. 15 (7 de noviembre de 1892), p. 190.

“Consonancias”, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 7 (22 de agosto de 1893), p. 182.

“Asonancias”, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 18 (14 de noviembre de 1893), p. 212.

“Deseos”, 2ª época, a. XIII, t. X, núm. 46 (14 de diciembre de 1895), p. 549.

“Confidencias”, 2ª época, a. XIV, núm. 1 (7 de enero de 1896), p. 10.

El Álbum de Madrid

“Lo eterno”, a. 1, núm. 9 (9 de junio de 1899), p. 6.

La Correspondencia de España

“Redemptio”, a. XLVI, núm. 13624 (26 de mayo de 1895), p. 4.

La Discusión

“A Gloria”, a. XXXI, núm. 1997 (7 de enero de 1886), p. 3.

España y América

“Poetas mexicanos”, a. 1, núm. 9 (28 de febrero de 1892), p. 77.

La España Moderna

“¿Qué es poesía?”, a. 12, núm. 143 (noviembre de 1900), p. 96.

La Ilustración Española y Americana

“El desertor”, a. XXXII, núm. XXXV (22 de septiembre de 1888), p. 171.

Nuestro Tiempo

“Gorjeos”, a. XXIV, núm. 309 (septiembre de 1924), p. 291.

Por Esos Mundos

“La poesía”, núm. 143 (noviembre de 1906), p. 530.

“Cleopatra”, núm. 149 (junio de 1907) p. 45.

Revista del Ateneo

“A Byron”, a. I, núm. VII (julio de 1906), pp. 44-45.

Enrique Fernández Granados

El Álbum Iberoamericano

“El brindis. Autógrafos de escritores mexicanos”, 2ª época, a. X, t. IV, núm. 11 (22 de marzo de 1892), p. 124.

La España Moderna

“A María Guerrero, comedianta española”, a. 12, núm. 143 (noviembre de 1900), p. 96.

“A Miramar”, a. XII, núm. 173 (mayo de 1903), pp. 67-70.

José Joaquín Fernández de Lizardi

El Álbum Iberoamericano

“Pobre flor”, a. VII, núm. 47 (22 de diciembre de 1899), p. 562.

Carlos González Peña

Gente Vieja

“El alma soñadora de Bécquer”, núm. 141 (1905), p. 6.

Manuel María Flores

El Álbum Iberoamericano

“La última flor”, 2ª época, a. VIII, núm. 10 (14 de octubre de 1890), p. 23.

“Creo en ti”, 2ª época a. XI, t. VI, núm. 3 (22 de enero de 1893), p. 34.

“¡Frío! (canto bohemio)”, a. XVIII, núm. 48 (30 de diciembre de 1899), p. 575.

La Discusión

“Un beso nada más”, a. XXXI, núm. 1997 (7 de enero de 1886), p. 3.

España y América

“Poetas mexicanos. Mis sombras”, a. 1, núm. 17 (24 de abril de 1892), pp. 170-171.

“Rimas”, a. 1, núm. 20 (15 de mayo de 1892), p. 212.

La España Moderna

“El primer beso”, a. XV, núm. 173 (mayo de 1903), p. 38.

Jesús Galindo y Villa

El Álbum Iberoamericano

“Costumbre mexicanas en Navidad. Las posadas”, 2ª época, a. VIII, núm. 19 (22 de diciembre de 1890), pp. 221-224.

Joaquín García Icazlbaceta

La Ilustración Española y Americana

“Bibliografía americana. Documentos para la historia de México”, a. XV, núm. XXXIV (5 de diciembre de 1871), pp. 582-586.

Manuel García Rojas

El Álbum Iberoamericano

“La catarata de Tequendama”, a. XIV, núm. 21 (7 de junio de 1896), p. 251.

José González de González (hijo)

El Álbum Iberoamericano

“Azucena”, 2ª época, a. XI, t. VI, núm. 17 (7 de mayo de 1893), p. 201.

Luis González Obregón

El Álbum Iberoamericano

“México viejo. Los mesones”, 2ª época, a. X, t. IV, núm. 7 (22 de febrero de 1892), pp. 75-76.

“El origen de la ciudad de México”, 2ª época, a. X, t. IV, núm. 19 (22 de mayo de 1892), pp. 221-225.

“Sor Juna Inés de la Cruz. Segundo Centenario de su muerte”, 2ª época, a. XIII, t. X, núm. 19 (22 de mayo de 1895), p. 24.

“Siluetas americanas. Manuel Acuña”, a. XVII, núm. 38 (14 de octubre de 1899), pp. 448-449.

Manuel Gutiérrez Nájera

El Álbum de Madrid

“Mariposas”, a. 1, núm. 13 (7 de julio de 1899), p. 2.

España y América

“Poetas mexicanos. To be”, a. 1, núm. 44 (30 de octubre de 1892), p. 497.

La España Moderna

“Cita”, a. XII, núm. 133 (enero de 1900), pp. 78-79.

El Liberal

“Visión”, a. XXIX, núm. 9948 (15 de enero de 1907), p. 1.

“Condenación de un libro”, a. XXIX, núm. 9948 (15 de enero de 1907), p. 1.

Revista del Ateneo

“La Duquesa Job”, a. II, t. III, núm. XIII (enero de 1907), pp. 42-45.

José Manuel Gutiérrez Zamora

La Unión Iberoamericana

“México y España”, a. IX, núm. 119 (4 de noviembre de 1894), pp. 563-568.

Juan B. Hajar y Haro

La Ilustración Española y Americana

“Roberto y Laura (Imitación del alemán)”, a. XX, núm. XXV (8 de julio de 1876), pp. 14-15.

Francisco A. de Icaza

ABC

“El Bastón”, 8 de febrero de 1905, p. 6.

“Ríe”, 10 de junio de 1906, p. 10.

El Álbum Iberoamericano

“A solas”, 2ª época, a. XI, núm. 21 (7 de junio de 1892), p. 249.

[Francisco Ycaza], “Último amor”, 2ª época, a. X, t. IV, núm. 22 (14 de junio de 1892), p. 262.

Apuntes

“Juglares y trovadores”, a. I, núm. 10 (15 de mayo de 1896), p. 16.

“Poema”, a. I, núm. 22 (15 de diciembre de 1896), p. 14.

Blanco y Negro

“Poema”, abril de 1904, p. 12.

La Esfera

“Rincón de parque”, a. IV, núm. 167 (10 de marzo de 1917), p. 20.

“El Fausto en escena”, a. V, núm. 216 (16 de febrero de 1918), pp. 6-7.
“Tonos del paisaje”, a. IX, núm. 435 (6 de mayo de 1922), p. 12.
“Elementos decorativos del arte mexicano antiguo”, a. X (5 de enero de 1923), pp. 12-13.

Faro

“Del actual renacimiento de la poesía lírica en España”, a. I, núm. 19 (junio de 1908), pp. 12-17.

Gran Revista

“Poema”, a. I, núm. 1 (mayo de 1922), p. 8.

El Heraldo de Madrid

“Estancias”, a. III, núm. 735 (6 de noviembre de 1892), p. 1.

La Ilustración Española y Americana

“Estancias”, a. XXXIV, núm. XXXIX (30 de octubre de 1890), p. 239.
“La leyenda del beso”, a. XXXIV, núm. XLIV (30 de noviembre de 1890), p. 330.
“Paisaje”, a. XXV, núm. 1 (8 de enero de 1891), p. 10.
“En tu ausencia”, a. XXXVI, núm. X (15 de marzo de 1892), p. 167.
“La leyenda del beso”, a. XXXIV, núm. XLIV (30 de noviembre de 1892), p. 330.
“En derredor”, a. XLIII, núm. 6 (15 de febrero de 1899), p. 98.
“Lejanías. Preludio. Invernal. Paisaje de sol. Crepúsculo de octubre. Minuetto” a. XLIII, núm. XI (22 de marzo de 1899), p. 178.
“Poesía de las cosas. Las rejas. La flor de Loto”, a. XLIII, núm. XVI (30 de abril de 1899), p. 258.
“Y la nave...” a. XLIV, núm. XII (30 de marzo de 1900), p. 194.
“Senda oscura. Iba ciego”, a. LXIV, núm. XXIX (8 de agosto de 1920), p. 9.
“Voz en la sombra”, a. LXIV, núm. XXIX (8 de agosto de 1920), p. 9.
“Voz lejana”, a. LXIV, núm. XXIX (8 de agosto de 1920), p. 9.

El Imparcial

“El encanto del libro”, a. XLIX, núm. 17535 (19 de diciembre de 1915), p. 3.
“Figuras vistas. El mendigo de la feria”, a. L, núm. 17709 (3 de julio de 1916), p. 3.
“Alegría castellana”, a. L, núm. 17785 (2 de agosto de 1916), p. 3.
“El dinero y las letras castellanas”, a. L, núm. 17806 (11 de septiembre de 1916), p. 3.
“Paisajes sentimentales”, a. L, núm. 17813 (18 de septiembre de 1916), p. 13.
“De la emoción fugitiva”, a. LI, núm. 17994 (10 de marzo de 1917), p. 3.
“Wedekind”, a. LI, núm. 18190 (8 de octubre de 1917), p. 3.
“Las mujeres y Lope de Vega”, a. LII, núm. 18200 (21 de enero de 1918), p. 3.
“Esperando”, a. LII, núm. 18593 (11 de noviembre de 1918), pp. 3 y 4.
“El ‘Quijote...’ durante tres siglos”, a. LII, núm. 18621 (9 de diciembre de 1918), p. 3.
“Poesías de Hebbel. Canción marina”, a. LIII, núm. 13753 (21 de abril de 1919), p. 3.
“El niño”, a. LIII, núm. 13753 (21 de abril de 1919), p. 3.

Madrid Cómic

“Mater prudentissima”, a. X, núm. 362 (23 de enero de 1890), p. 3.

Nuevo Mundo

“Una gran ciudad”, a. XXIV, núm. 1251 (28 de diciembre de 1917), p. 19.

“Dehmel”, a. XXV, núm. 1254 (16 de agosto de 1918), pp. 24 y 25.

“Novelas y novelistas”, a. XXV, núm. 1301 (13 de diciembre de 1918), p. 7.

Nuestro Tiempo

“Literatura americana. Poetas modernos de México (antología íntima). Manuel Gutiérrez Nájera y Salvador Díaz Mirón”, a. 1, núm. 1 (enero de 1901), pp. 34-42.

El País

“Del libro del dolor. La fiebre”, a. XIII, núm. 4263 (18 de marzo de 1899), p. 3.

Renacimiento

“En voz baja”, núm. 4 (junio de 1907), p. 14.

“Sonatas crepusculares. Mármol. Madrigal a su risa”, núm. 8 (octubre de 1907), pp. 419-421.

Revista del Ateneo

“La canción del camino”, t. I, núm. VI (junio de 1906), p. 576.

“Preludio”, a. I, núm. VII (julio de 1906), p. 45.

Revista Moderna

“Palabras sinceras”, núm. 103 (febrero de 1899), p. 12.

“Rimas”, núm. 103 (febrero de 1899), p. 12.

“Al regreso”, núm. 103 (febrero de 1899), p. 12.

Revista Nueva

“Una vida (poesía)”, v. I (15 de febrero a 5 de agosto de 1899), p. 391.

“Literaturas extranjeras”, v. I (15 de febrero a 5 de agosto de 1899), pp. 586-591.

“Literaturas extranjeras. Traducciones”, v. I (15 de febrero a 5 de agosto de 1899), pp. 631-634.

Summa

“Poema”, 15 de enero de 1916, p. 16.

La Unión Iberoamericana

“Estancias”, a. X, núm. 112 (4 de enero de 1895), pp. 23-24.

“Último amor”, a. VII, núm. 84 (1 de julio de 1892), p. 9.

Alberto Leduc

El Álbum Iberoamericano

“Posadas y Navidad (costumbres de la ciudad de México)”, 2ª época, a. XII, t. IX, núm. 23 (22 de diciembre de 1894), p. 266

Ignacio Mariscal

Revista del Ateneo

“El cuervo (traducción de Edgar Allan Poe)”, a. II, t. III, núm. XIII (enero de 1907), p. 335.

Juan Antonio Mateos

El Álbum Iberoamericano

“Ante el cadáver del general Manuel González”, 2ª época, a. XI, t. VI, núm. 21 (7 de junio de 1893), p. 245.

“El general Porfirio Díaz (lo que dice la historia)”, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 24 (30 de julio de 1893), pp. 45-46.

Laura Méndez de Cuenca

El Álbum Iberoamericano

“Lágrimas”, 2ª época, núm. 9 (7 de octubre de 1890), p. 4.

España Moderna

“Invierno”, a. XIV, núm. 161 (mayo de 1902), pp. 39-40.

Ignacio Montes de Oca

El Álbum Iberoamericano

“La estrella del mar”, 2ª época, a. XII, t. VII, núm. 13 (7 de abril de 1894), p. 154.

La Época

“Elogio fúnebre de don Antonio Cánovas del Castillo”, a. XLIX, núm. 17005 (7 de octubre de 1897), p. 5.

La Ilustración Católica

“Oda sáfica”, 1880 [s/p]

“A una niña, en su primera comunión”, a. XV, t. XIII, núm. 2 (15 de enero de 1890), p. 8.

La Ilustración Española y Americana

Ipandro Acaico, “Al señor don Marcelino Menéndez Pelayo” (1878) [s/p]

Ipandro Acaico, “La estrella del mar”, a. XXIII, núm. XXVII (8 de octubre de 1879), p. 219.

Ipandro Acaico, “Santa Inés, virgen y mártir”, a. XIII, núm. XLIII (22 de noviembre de 1879), p. 323.

Ipandro Acaico, “A una niña, en su primera comunión”, a. XXIII, núm. XLV (8 de diciembre de 1879), p. 302.

Ipandro Acaico, “Al Sr. M. Menéndez Pelayo”, a. XXIII, núm. XLVII (22 de diciembre de 1879), pp. 398-399.

Ipandro Acaico, “El cupido de cera (oda X de Anacreonte)”, a. XXIV, núm. II (22 de enero de 1880), p. 50.

Ipandro Acaico, “El papagayo de Corina. Elegía de Ovidio (Amorum, libr. III. eleg. IV)”, a. XXIV, núm. V (8 de febrero de 1880), p. 95.

Ipandro Acaico, “Jesús resucitado”, a. XXIV, núm. XXXVIII (15 de octubre de 1880), p. 227.

Ipandro Acaico, “A mi lira”, a. XXIV, núm. XXXIX (22 de octubre de 1880), p. 243.

Ipandro Acaico, “Canto fúnebre de Bion (Idilio de Mosco de Ciracusa)”, a. XXIV, núm. XLIV (30 de noviembre de 1880), pp. 334-335.

Ipandro Acaico, “El papagayo (Imitación)”, a. XXIV, núm. XLVIII (30 de diciembre de 1880), p. 406.

Ipandro Acaico, “Á Agesidamo de Lócris, vencedor en el pugilato (Oda olímpica. XI de Píndaro)”, a. XXV, núm. XII (30 de marzo de 1881), p. 203.

Ipandro Acaico, “Á Ergóteles, natural de Cnoso y vecino de Himera, vencedor de la carrera larga (Oda olímpica, XII, de Píndaro)”, a. XXV, núm. XXIV (30 de junio de 1881), p. 426.

Ipandro Acaico, “Judas”, a. XXX, núm. IV (30 de enero de 1886), pp. 67-70.

Siglo Futuro

“Al señor don Marcelino Menéndez Pelayo”, *Siglo Futuro*, a. IV, núm. 1248 (30 de diciembre de 1879), p. 1.

F. Muzquiz

El Álbum Iberoamericano

“El amor maternal entre los animales”, 2ª época, a. X, t. V, núm. 8 (30 de agosto de 1892), p. 88.

Amado Nervo

Actualidades

“A Felipe II”, a. II, núm. 47 (20 de noviembre de 1902), p. 12.

Ateneo

- “México. Algunos datos sobre sus recientes progresos”, a. I, núm. V (mayo de 1906), pp. 541-547.
- “A Kempis. Esta niña dulce y grave”, t. I, núm. II (febrero de 1906), p. 157.
- “México. Algunos mexicanos”, a. I, núm. VII (julio de 1906), p. 172-176.
- “En voz baja”, a. II, t. III, (enero de 1907), p. 40.
- “No habéis de amor”, a. II, t. III, (enero de 1907), p. 40.
- “Al viento y al mar”, a. II, t. III, (enero de 1907), p. 41.
- “La vieja canción de los cintillos de hada”, a. II, t. III, núm. XIII (enero de 1907), núm, p. 42.
- “México. Ezequiel A. Chaves”, a. II, t. III, núm. XIII (enero de 1907), pp. 531-532.
- “México. Las pirámides de San Juan Teotihuacán”, a. II, t. IV (julio de 1907), pp. 78-79.
- “Al volver. Alguien ha entrado...”, a. II, t. IV (julio de 1907), pp. 326-327.
- “México. La hacienda pública mexicana”, t. I (enero de 1908), pp. 68-69.
- “Al partir”, t. VII (enero-junio de 1909), pp. 185-190.
- “El contagio de la vida”, t. VIII, núm. VII (julio de 1909), pp. 23 y 24.
- “Juana de Asbaje. Cómo vivió en el claustro”, t. IX, núm. VI (junio de 1910), pp. 344-353.

Cervantes

- “La imposibilidad de la naturaleza”, a. I, núm. II (septiembre de 1916), pp. 94-105.
- “Restitución”, a. I, núm. IV (noviembre de 1916), pp. 108-117.
- “Del último libro *Elevación*. Substitución”, a. II, núm. VII (febrero de 1917), 186-189.
- “Soledad”, a. II, núm. X (mayo de 1917), pp. 1-11.
- “Los seres reales”, a. II, núm. XI (junio de 1917), pp. 53-62.
- “Nuestro desamparo”, a. II, núm. XII, (julio de 1917), pp. 36-55.

La Correspondencia de España

- Amado Nervo, “Lo de Puebla”, LXI, núm. 19276 (21 de noviembre de 1910), p. 5.

Elegancias

- “Filosofando”, noviembre de 1911, pp. 23-24.

La Época

- “La corona de los poetas. Epitalamio”, a. LVIII, núm. 20059 (16 de junio de 1906), p. 1.

La Época

- “La corona de los poetas. Epitalamio”, a. LVIII, núm. 20059 (16 de junio de 1906), p. 1.
- La Ilustración Española y Americana*
- “Sonetos. A Felipe II. A Heredia”, a. XLIV, núm. XXX (15 de agosto de 1900), p. 14.
- “El alma eterna de España”, XLIV, núm. XXXIII (8 de septiembre de 1900), p. 146.
- “La hermana agua”, a. XLV, núm. XV (22 de abril de 1901), p. 9.
- “Esta llave”, a. XLIX, núm. XLVIII (30 de diciembre de 1905), p. 7.

- “Epitalamio”, a. I, núm. XVII (8 de mayo de 1906), p. 13.
 “Deprecación a la nube”, a. LL, núm. IV (30 de enero de 1907), p. 6.
 “Lugar común”, a. LIX, núm. II (19 de enero de 1915), p. 11.
 “Fe”, a. LIX, núm. 16 (30 de abril de 1915), p. 3.
 “La puerta”, a. LXIV, núm. XXIV (30 de junio de 1920), p. 10.
 “El día que me quieras...”, a. LXV, núm. XII (30 de marzo de 1921), p. 9.

La Esfera

- “El castaño no sabe...”, a. II, núm. 84 (7 de agosto de 1915), p. 6.
 “Las dos...”, a. III, núm. 156 (23 de diciembre de 1916), p. 9.

Gente Vieja

- “A Felipe II”, núms. 142 y 143 (1905), p. 11.

El Heraldo de Madrid

- “Mis muertos”, a. XX, núm. 6638 (31 de enero de 1909), p. 1.
 “Canto a España”, a. XXI, núm. 7129 (6 de junio de 1910), p. 3.

Hispania

- “El Sena”, 12 de septiembre de 1903, p. 25.
 “El Budha de basalto sonreía”, 12 de septiembre de 1903, p. 17.

Hojas Selectas

- “Las fuerzas invisibles”, a. XIV, núm. 161 (mayo de 1915), pp. 470-471.
 “Canopus”, a. XIV, núm. 161 (mayo de 1915), pp. 724-725.

Ideas y Figuras

- “Los congelados”, a. I, núm. 7 (noviembre de 1918), p. 17.

La Ilustración Artística

- “Gentes y cosas de México. Justo Sierra”, a. XXI, núm. 1087 (27 de octubre de 1902), p. 6.
 “Gentes y cosas de México. Fiestas escolares”, a. XXII, núm. 1102 (9 de febrero de 1903), pp. 4-6.
 “Gentes y cosas de México. México nuevo”, a. XXII, núm. 1108 (23 de marzo de 1903), pp. 200-206.
 “Gentes y cosas de México. Una fiesta universitaria”, a. XXII, núm. 1125 (20 de julio de 1903), pp. 476-482.
 “Gentes y cosas de México. Un periódico y un periodista”, a. XXII, núm. 1136 (5 de octubre de 1903), pp. 2-3.

El Imparcial

- “El agua multiforme”, a. XLI, núm. 14300 (21 de enero de 1907), p. 4.
“Todo yo...”, a. XLIX núm. 17254 (1 de marzo de 1915), p. 3.
“Amable y silencioso”, a. XLIX, núm. 17232 (29 de marzo de 1915), p. 3.
“Del próximo libro *Elevación*. Securitas. Simplicitas. Colaboración”, a. LI, núm. 17938 (22 de enero de 1917), p. 3.
“La cosecha”, a. XLI, núm. 18125 (30 de julio de 1917), p.3.
“Revelación”, a. LI, núm. 18252 (8 de diciembre de 1917), p. 3.
“Pecar...”, a. I, núm. 17578 (24 de enero de 1916), p. 3.
“El celaje”, a. L, núm. 17743 (10 de julio de 1918), p. 3.

El Liberal

- “A Querol”, a. XXVIII, núm. 9746 (28 de junio de 1906), p. 1.
“Los grandes de España. Don Benito Pérez Galdós”, a. XXVIII, núm. 9813 (1 de septiembre de 1908), p. 2.
“Poetas del día. Auto semblanzas y retratos”, a. XXX, núm. 10823 (10 de enero de 1908), p. 1.

Lo Maravilloso

- “Ellos”, a. II, núm. 20 y 21 (30 de enero y 15 de febrero de 1910), pp. 20-21.

La Monarquía

- “Poema”, a. I, núm. 1 (15 de enero de 1911), p. 12.

Mundo Gráfico

- “Éxtasis”, a. V, núm. 202 (8 de septiembre de 1915), p. 10.

Nuestro Tiempo

- “Epitalamio”, a. VI, núm. 78 (25 de junio de 1906), pp. 55-58.

El Nuevo Mercurio

- “Un monumento a Gutiérrez Nájera”, núm. 1 (enero de 1907), pp. 32-35.
“Oro y plata”, núm. 5 (mayo de 1907), p. 557.
“El modernismo”, núm. 7 (julio de 1907), pp. 793-797.

Por Esos Mundos

- “Introito”, a. VIII, núm. 147 (abril de 1907), p. 359.
“El ángel caído. Cuento de Navidad”, a. XII, núm. 202 (diciembre de 1911), pp. 960-964.
“Suavidad”, a. XIII, núm. 212 (agosto de 1912), p. 175.
“... Pero te amo”, a. XVI (enero de 1915), p. 48.
“Esperanza”, a. XVI (junio de 1915), p. 654.

Prometeo

“Mi querido amigo (carta sobre Larra)”, a. II, núm. 5 (marzo de 1909), p. 59.

Renacimiento

“Poema. En voz baja”, a. I, núm. II (abril de 1907), p. 6.

“Leopoldo Lugones”, núm. 5 (julio de 1907), pp. 86-104.

“En la roca más hostil”, núm. 8 (octubre de 1907), pp. 470-472.

República de las Letras

“Poema”, a. I, núm. 4 (mayo de 1907), p. 5

“Poema”, a. I, núm. 9 (junio de 1907), p. 7.

Revista Latina

“¡Muerta!”, a. I, núm. 1 (agosto de 1907), p. 14.

“Glosa”, a. I, núm. 7 (febrero de 1908), p. 16.

Revista Nueva

“Tenue”, v. I, núm. 10 (15 de febrero de 1899), p. 440.

“Triste”, v. I, núm. 10 (15 de febrero de 1899), p. 441.

“El metro de doce”, v. I, núm. 15 (1 de mayo de 1899), p. 680.

“Tritoniada”, v. I, núm. 18 (15 de junio de 1899), p. 844.

“El viejo sátiro”, v. II, núm. 19 (1 de julio de 1899), p. 20.

“A Heredia”, vol. II, núm. 20 (15 de julio de 1899), p. 83.

“En Flandes”, vol. II, núm. 22 (1 de agosto de 1899), p. 152.

“Blanco y rojo”, vol. II, núm. 22 (1 de agosto de 1899), p. 108

La Semana

“Poema”, junio de 1916, p. 21.

Summa

“Poema”, a. I, núm. 12 (abril de 1916), p. 16.

Vida Intelectual

“Novissima verba”, t. III (1908), p. 125.

Vida Moderna

“Letras americanas”, a. I, núm. I (marzo de 1901), p. 17.

Luis G. Ortiz

El Álbum Iberoamericano

- “Mi fuente”, 2ª época, a. X, t. IV, núm. 12 (30 de marzo de 1892), p. 136.
“Francesca de Rimini”, 2ª época, a. XI, t. VI, núm. 14 (14 de abril de 1893), p. 166.
“Ausencia”, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 3 (22 de julio de 1893), p. 34.
“Las golondrinas”, 2ª época, a. XII, t. VIII, núm. 25 (22 de abril de 1894), p. 177.
“Villancicos. (Para la noche de Navidad)”, 2ª época, a. XII, t. X, núm. 36 (30 de septiembre de 1895), p. 431.

Manuel José Othón

El Álbum Iberoamericano

- “Noctífero”, 2ª época, a. XIII, t. X, núm. 36 (30 de septiembre de 1895), p. 431.

Cervantes

- “En el desierto. Idilio salvaje”, octubre de 1918, p. 108-112.

La España Moderna

- “¡Surgite!”, a. XV, núm. 172 (abril de 1903), p. 28.

José Peón Contreras

El Álbum Iberoamericano

- “Doña Luz”, 2ª época, a. IX, núm. 3 (22 de enero de 1892), p. 32.
“A la memoria el general Pedro Baranda”, 2ª época, a. XI, t. IV, núm. 4 (30 de enero de 1892), pp. 45 y 46.
“12 de octubre. Autógrafos de escritores mexicanos”, 2ª época, a. X, t. IV, núm. 6 (14 de febrero de 1892), p. 64.
“Ecos”, 2ª época, a. XI, t. VI, núm. 8 (28 de febrero de 1893), pp. 92-94.
“Flora”, 2ª época, a. XIII, t. X, núm. 31 (22 de agosto de 1895), pp. 370-371.
“Rimas”, a. XVII, núm. 30 (14 de agosto de 1899), pp. 358-359.

La América. Crónica hispanoamericana

- “La risa de la beldad”, a. XXVI, núm. 7 (13 de abril de 1886), p. 12.

La Ilustración Española y Americana

- “Al conquistador de Anáhuac don Hernando Cortés”, a. XX, núm. XLVIII (30 de diciembre de 1876), pp. 414-415.
“Fragmentos”, a. XXIV, núm. XIII (8 de abril de 1880), p. 227.

Por Esos Mundos

- “Ternura”, núm. 109 (febrero de 1904), p. 39.

“Navegando”, núm. 143 (diciembre de 1906), p. 39.

Manuel Peredo

El Álbum Iberoamericano

“A la noche. Oda”, 2ª época, a. 10, t. VII, núm. 15 (22 de octubre de 1893), pp. 176-177.

Ignacio Pérez Salazar

El Álbum Iberoamericano

“Flores del mal”, 2ª época, a. IX, núm. 10 (14 de marzo de 1891), p. 116.

“María Antonieta. En la conserjería”, 2ª época, a. IX, t. III, núm. 9 (7 de septiembre de 1891), p. 4.

“Más allá”, 2ª época, a. IX, t. III, núm. 16 (30 de octubre de 1891), p. 189.

“En el Alcázar de Toledo destruido por un incendio. Soneto”, 2ª época, a. X, t. V, núm. 20 (30 de noviembre de 1892), pp. 240-241.

La Ilustración Ibérica

“Las ilusiones”, a. VII, núm. 357 (2 de noviembre de 1889), p. 3.

Enrique Pérez Valencia

El Álbum Iberoamericano

“Vértigo”, 2ª época, a. XII, t. VIII, núm. 14 (14 de abril de 1894), pp. 164-165.

“La impura”, 2ª época, a. XII, t. VIII, núm. 18 /7 de mayo de 1894), p. 202.

“Oasis”, 2ª época, a. XII, t. VIII, núm. 23 (22 de junio de 1894), pp. 273-275.

“Firmeza”, 2ª época, a. XII, t. IX, núm. 10 (14 de septiembre de 1894), pp. 117-118.

“¡Oh, Dios!”, 2ª época, a. XII, t. X, núm. 9 (7 de marzo de 1895), pp. 104-105.

“El genio”, 2ª época, a. XIII, t. X, núm. 21 (7 de junio de 1895), p. 250.

Juan de Dios Peza

El Álbum Iberoamericano

“A mi hija María”, 2ª época, a. VIII, núm. 5 (7 de septiembre de 1890), p. 58.

“Su última carta”, 2ª época, a. IX, núm. 18 (14 de mayo de 1891), p. 212.

“Autógrafos de escritores mexicanos”, 2ª época, a. IX, t. III, núm. 4 (30 de julio de 1891), p. 41.

“En los funerales del Ministro de Hacienda Mexicano señor Dublan”, 2ª época, a. IX, t. III, núm. 7 (22 de agosto de 1891), pp. 77 y 80.

“¡Por consuegra! ¡Por España!”, 2ª época, a. IX, t. III, núm. 18 (14 de noviembre de 1891), pp. 212-213.

“Los mártires de Uruapam. (21 de octubre de 1865)”, 2ª época, a. IX, t. III, núm. 19 (22 de noviembre de 1891), pp. 224-226.

“¡Polvo no más!”. 2ª época, a. XI, t. VI, núm. 22 (14 de junio de 1893), p. 260.

“Mis llaves!”, 2ª época, a. XI, t. VI, núm. 24 (30 de junio de 1893), p. 285.
 “A media noche”, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 2 (14 de julio de 1893), p. 20-22.
 “Últimos amigos”, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 6 (14 de agosto de 1893), pp. 69-70.
 “A un excéptico. (Fragmento de una carta)”, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 8 (30 de agosto de 1893), p. 89.
 “Las dos perlas”, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 11 (22 de septiembre de 1893), p. 129.
 “Sólo así”, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 13 (7 de octubre de 1893), p. 153.
 “La mulata”, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 22 (14 de diciembre de 1893), p. 262.
 “Urupan”, 2ª época, a. XII, t. VIII, núm. 7 (22 de febrero de 1894), p. 82.
 “Sub Umbra”, 2ª época, a. XIII, t. X, núm. 12 (30 de marzo de 1895), p. 143.
 “Contemplación”, a. XIV, núm. 33 (7 de septiembre de 1896), p. 393.
 “Carnaval”, a. XVI, núm. 6 (14 de febrero de 1898), p. 71.
 “Acuarela”, a. XVII, núm. 28 (30 de julio de 1899), p. 334.
 “A Víctor Hugo”, a. XVII, núm. 37 (7 de octubre de 1899), p. 442.
 “¡Polvo no más!”, a. XVII, núm. 40 (30 de octubre de 1899), pp. 478-479.
 “En Navidad”, a. XVII, núm. 47 (22 de diciembre de 1899), pp. 562.

La Correspondencia de España

“Mi padre”, a. XLI, núm. 12048, 30 de marzo de 1891, p. 5.
 “Post umbra”, a. XLI, núm. 12110, 1 de junio de 1891, p. 5.
 “¡Por Consuegra! ¡Por España!”, a. XLII, núm. 12282, 22 de noviembre de 1891, p. 5.
 “Diagnóstico”, a. XLII, núm. 12289, 29 de noviembre de 1891, p. 5.
 “Estatua”, a. XLII, núm. 12303, 13 de diciembre de 1891, p. 5.

La Discusión

“Adúltera”, a. XXXI, núm. 1997 (7 de enero de 1886), p. 3.

Hojas Selectas

“Acuarelas”, núm. 6 (1 de abril de 1902), p. 5.

La España Moderna

“En la lid”, a. 11, t. 127, 1 de julio de 1899, p. 67.

La Ilustración Española y Americana

“Las dos perlas”, a. XXIV, núm. XVII (8 de mayo de 1880), pp. 299-302.
 “México en España”, a. XXIX, núm. XVII (8 de mayo de 1885), p. 10.

La Ilustración Hispanoamericana

“Mygdalia”, núm. 326 (30 de enero de 1887), p. 74.
 “Toledo”, a. XIII, núm. 20 (15 de julio de 1888), pp. 235-236.
 “A mis hijas”, a. XIII, t. XI (15 de agosto de 1888), p. 270-272.
 “Tirar la llave”, a. XIII, núm. 560 (26 de julio de 1891), pp. 474-475.

El Mundo de los Niños

“Este era un rey”, t. I, 1887, p. 19.
 “El cuento de Margot”, a. II, núm. 11 (20 de abril de 1888), p. 171.

“Sum umbra”, a.III, núm. 22 (10 de agosto de 1889), p. 347.
“Fragmento”, a. III, núm. 30 (30 de octubre de 1889), p. 472.
“Mi talismán”, a. IV, núm.5 (20 de febrero de 1890), p. 77.
“El culto del abuelo”, a. IV, núm. 9 (30 de marzo de 1890), p. 138.
“Noche buena”, a. IV, núm. 35 (20 de diciembre de 1890), pp. 555-556.
“Magdalena”, a. V, núm. 11 (20 de abril de 1891), pp. 178-179.
“Cómo es Margot”, a. V, núm. 12 (30 de abril de 1891), pp. 182-183.

Revista del Ateneo

“A todos”, a. I, núm. VII (julio de 1906), p. 46.

La Unión Iberoamericana

“¡Oh Castelar!, has muerto...”, a. XIV, núm. 170 (15 de julio de 1900), p. 7.
“México y España”, a. XIV, núm. 176 (15 de octubre de 1900), pp. 9-10.

Francisco Pimentel

El Álbum Iberoamericano

“Los dos árboles”, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 19 (22 de noviembre de 1893), p. 225.

Guillermo Prieto

El Álbum Iberoamericano

“Misterio”, 2ª época, a. VIII, núm. 9 (7 de octubre de 1890), p. 104.
“Soneto. Autógrafos de escritores mexicanos”, 2ª época, a. IX, t. III, núm. 21 (7 de diciembre de 1891), p. 244.
“En la muerte de Ignacio Manuel Altamirano”, 2ª época, a. XI, t. VI, núm. 14 (14 de abril de 1893), p. 165.
“Desconfianza”, a. XVII, núm. 20 (30 de mayo de 1899), p. 238.

Isabel Prieto de Landázuri

El Álbum Iberoamericano

“Religio”, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 11 (22 de septiembre de 1893), p. 130.

Miguel Provins

El Álbum Iberoamericano

“Cuentos breves. La pantera negra”, a. XVII, núm. 9 (7 de marzo de 1899), pp. 105-106.

Fermín de la Puente y Apezechea

La Ilustración Española y Americana

“Don Gabriel García y Tassara”, a. XIX, núm. X (15 de marzo de 1875), pp. 163-166.

Manuel Puga y Acal

El Álbum Iberoamericano

“Balada del leñador”, 2ª época, a. X, t. V, núm. 12 (30 de septiembre de 1892), p. 142.

Salvador Quevedo y Zubieta

El Álbum Iberoamericano

“Por qué se escribe México con x”, 2ª época, a. VIII, núm. 1 (7 de agosto de 1890), p. 8.

“La noche buena”, 2ª época, a. X, t. V, núm. 23 (22 de diciembre de 1892), pp. 271-272.

El Día

“México. Recuerdos de un emigrado”, núm. 779 (16 de julio de 1882), p. 5.

“México. Recuerdos de un emigrado”, núm. 793 (30 de julio de 1882), pp. 4-5.

“México. Recuerdos de un emigrado”, núm. 843 (18 de septiembre de 1882), pp. 4-5.

“México. Recuerdos de un emigrado”, núm. 849 (24 de septiembre de 1882), p. 6.

“México. Recuerdos de un emigrado”, núm. 2337 (7 de noviembre de 1886), p. 5.

Ignacio Ramírez

El Álbum Iberoamericano

“El año nuevo”, 2ª época, a. XIII, t. X, núm. 1 (7 de enero de 1895), p. 11.

Efrén Rebolledo

Por Esos Mundos

“La Golondrina”, núm. 148 (mayo de 1907), p. 420.

“Hacia el ideal”, núm. 149 (junio de 1907), p. 515.

La Unión Iberoamericana

“Castelar”, a. XIV, núm. 170 (15 de julio de 1900), p. 7.

Vicente Riva Palacio

El Álbum Iberoamericano

“Al viento”, 2ª época, a. VIII, núm. 2 (14 de agosto de 1890), p. 22.

“A Colón. Un deseo”, 2ª época, a. X, t. V, núm. 14 (14 de octubre de 1892), p. 159.

“Duda y fe”, 2ª época, a. XI, t. VI, núm. 3 (22 de enero de 1893), p. 34.

- “Homenaje a José Zorrilla”, 2ª época, a. XI, t. VI, núm. 4 (30 de enero de 1893), p. 39.
- “Sueño y realidad”, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 1 (7 de julio de 1893), p. 9.
- “Los dos enjaulados”, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 19 (22 de noviembre de 1893), pp. 219-220.
- “Las golondrinas”, a. XVII, núm. 21 (7 de junio de 1899), p. 250.

Archivo Diplomático y Consular de España

- “El divorcio. Cuento diplomático”, a. X, núm. 423 (30 de septiembre de 1892), p. 7.

España Moderna

- “Sor Magdalena. Tradición mexicana”, (marzo de 1889), pp. 145-160.
- “Lorencillo. Episodio histórico. Año de 1683”, a. 1, núm. VII (julio de 1889), pp. 115-126.
- “Sección Hispano-Ultramarina. Carta a don V. Barrantes”, a. 1, núm. VII (julio de 1889), pp. 127-129.

La Ilustración Española y Americana

- “Literatura mexicana. Páginas en verso”, a. XXX, núm. XLVII (22 de diciembre de 1886), pp. 370-371.
- “Dos cartas. A Manuel del Palacio”, a. XXXII, núm. 1 (8 de enero de 1888), p. 26.
- “Cuentos del General. Amor correspondido”, a. XXXVI, núm. XXXIV (15 de septiembre de 1892), pp. 158-159.
- “Cuentos del General. Las mulas de su Excelencia. Cuento jurídico”, a. XXXVI, núm. XXXV (22 de septiembre de 1892), p. 19.
- “Cuentos del General. El nido de jilgueros”, a. XXXVI, núm. XXXIX (20 de octubre de 1892), p. 274.
- “El padre de Las Casas”, 2ª época, a. X, t. V, núm. 42 (15 de noviembre de 1892), pp. 330-344.
- “Cuentos del general. La máquina de coser”, a. XXXVI, núm. XXXIX (22 de octubre de 1892), p. 274.
- “Cuentos del General. Las madreselvas. (Cuento árabe)”, a. XXXVI, núm. XLI (30 de octubre de 1892), p. 290.
- “Cuentos del general. Consultar con la almohada. Tradición mexicana”, a. XXXVI, núm. XLI (15 de noviembre de 1892), p. 331.
- “Cuentos del General. Ciento por uno”, a. XXXVI, núm. XLIII (22 de noviembre de 1892), p. 351.
- “Cuentos del General. Las honras de Carlos V”, a. XXXVI, núm. XLV (8 de diciembre de 1892), pp. 391-394.
- “Cuentos del General. La limosna”, a. XXXVI, núm. XLVII (22 de diciembre de 1892), p. 430.
- “Cuentos del General. Los azotes”, a. XXXVII, núm. II (15 de enero de 1893), pp. 27 y 30.
- “Cuentos del general. Un buen negocio”, a. XXXVII, núm. V (8 de febrero de 1893), p. 79.
- “Cuentos del General. La horma de su zapato”, a. XXXVII, núm. VII (22 de febrero de 1893), pp. 118-119.

“Cuentos del General. En una casa de empeños”, a. XXXVII, núm. XI (22 de marzo de 1893), pp. 187-188.
 “Cuentos del General. La leyenda de un santo”, a. XXXVII, núm. XVI (30 de abril de 1893), pp. 285-288.
 “Cuentos del General. Un Stradivarius”, a. XXXVII, núm. XXVI (15 de julio de 1893), pp. 23-26.
 “Cuentos del General. El trovador”, a. XXXVII, núm. XXXI (22 de agosto de 1893), pp. 103-106.
 “Cuentos del General. El matrimonio desigual”, a. XXXVII, núm. XXXIII (8 de septiembre de 1893), pp. 135-138.
 “La historia de los siete durmientes”, a. XL, núm. IX (8 de marzo de 1896), pp. 139-143.

La Ilustración Ibérica

“Las golondrinas”, a. III, núm. 120 (18 de abril de 1885), p.13.
 “¡Gloria!”, a. III, núm. 125 (23 de mayo de 1885), p. 13.
 “La honras de Carlos V”, a. III, núm. 141 (12 de septiembre de 1885), p. 13.
 “Tradiciones mexicanas históricas. Ciento por uno”, a. III, núm. 143 (26 de septiembre de 1886), p. 13.
 “Tradiciones mexicanas históricas. Consultar con la almohada”, a. III, núm. 144 (3 de octubre de 1885), p. 9-13.
 “A mi madre”, a. III, núm. 146 (17 de octubre de 1885), p. 13.
 “La vejez”, a. IV, núm. 178 (29 de mayo de 1886), p. 13.
 “La luz y las flores”, a. IV, núm. 181 (19 de junio de 1886), pp. 13-14.
 “El joven y el viejo” a. IV, núm. 183 (3 de julio de 1886), p. 13.
 “Epístola”, a. IV, núm. 104 (10 de julio de 1886), pp.13-14.
 “Duda y fe”, a. IV, núm. 9 (23 de octubre de 1886), p. 13.
 “La noche de la muerte”, a. V, núm. 211 (15 de enero de 1887), p. 14.
 “Alborada”, a. V, núm. 216 (19 de febrero de 1887), p. 13.
 “Las plegaria”, a. V, núm. 219 (12 de marzo de 1887), p. 13.
 “Un recuerdo”, a. V, núm. 222 (2 de abril de 1887), p. 13.
 “La siesta”, a. VI, núm. 280 (12 de mayo de 1888), p. 13.
 “Idilio”, a. VI, núm. 270 (3 de marzo de 1888), p. 9.
 “Tú y yo”, a. VI, núm. 313 (29 de diciembre de 1888), p. 3.
 “La flor”, a. VII, núm. 354 (12 de octubre de 1889), pp. 10-13.

José Pablo Rivas

La Ilustración Española y Americana

“La duda. Soneto”, a. XXVI, núm. XLI (8 de noviembre de 1882), p. 290.

José María Roa Bárcenas

El Álbum Iberoamericano

“El león de socio”, 2ª época, a. X, t. IV, núm. 3 (22 de enero de 1892), p. 28.

La Ilustración Española y Americana

“La víctima sin corazón. (Leyenda tolteca sobre la peste)”, a. XXIII, núm. XXXVII (8 de octubre de 1879), p. 219.

“La aguas en el valle de Méjico”, a. XXIV, núm. XIV (15 de abril de 1880), pp. 243-246.

Luis G. Rubín

El Álbum Iberoamericano

“México y España”, a. XV, núm. 34 (14 de septiembre de 1897), p. 405.

Juan Sánchez Azcona

El Liberal

“El ministro de México en Europa expone a los lectores de *El Liberal* la verdadera situación de su país”, a. XXXVIII, núm. 18612 (16 de noviembre de 1910), p. 1.

La Vida Literaria

“Cómo murió el tenor”, núm. 16 (abril de 1899), p. 15.

Justo Sierra

El Álbum Iberoamericano

“Playeras”, 2ª época, a. X, t. V, núm. 5 (7 de agosto e 1892), p. 57.

“Cristóbal Colón”, 2ª época, a. X, t. V, núm. 14 (14 de octubre de 1892), pp. 158-159.

“Luz en el alma”, a. XVII, núm. 43 (22 de noviembre de 1899), p. 514.

La Escuela Moderna

“Apertura del Congreso de Educación primaria de México”, a. XXI, núm. 235 (marzo de 1911), pp. 208-219.

La Ilustración Hispanoamericana

“Cuento del mar”, a. XII, núm. 582 (31 de diciembre de 1891) pp. 790-792.

La Unión Iberoamericana

“Discurso”, suplemento al núm. 177 (10 de noviembre de 1900), p. 5.

La Vanguardia

“Una lección de historia mexicana”, a. XX, núm. 6295 (30 de noviembre de 1900), p. 7.

Francisco Sosa

El Álbum Iberoamericano

[Sin título], 2ª época, a. X, t. V, núm. 14 (14 de octubre de 1892), p. 161.

“A Juárez”, a. XVII, núm. 35 (22 de septiembre de 1899), p. 418.

España Moderna

“Conquistadores antiguos y modernos”, a. XIV, núm. 160 (abril de 1902), pp. 59-100.

“Conquistadores antiguos y modernos”, a. XIV, núm. 161 (mayo de 1902), pp. 93-154.

José Juan Tablada

La América

“A la partida del artista”, núm. 1 (16 de abril de 1899), p. 36.

Cervantes

“Te miro con ojos de niño” (agosto de 1919), p. 5.

“Poemas sintéticos” (agosto de 1919), pp. 109-111.

Esther Tapia de Castellanos

El Álbum Iberoamericano

“Ante un retrato”, a. XVII, núm. 39 (22 de octubre de 1899), p. 466.

Luis Gonzaga Urbina

El Álbum Iberoamericano

“Picmaleón”, a. XIV, núm. 3 (22 de enero de 1896), p. 33.

“En el álbum de la bella mexicana Eva Ceballos”, a. XIV, núm. 7 (22 de febrero de 1896), p. 81.

“Oyendo ‘Fausto’. Joyas y flores”, a. XVIII, núm. 14 (14 de abril de 1899), p. 161.

Cervantes

“Juguetes y tristezas. Un cuento de navidad”, a. I, núm. II (septiembre de 1916), pp. 56-67.

“El amor y el deber”, a. I, núm. IV (noviembre de 1916), pp. 40-48.

“Notas de viaje”, a. II, núm. VI (enero de 1917), pp. 163-185.

La Ilustración Española y Americana

“Nuestros poetas. La elegía de mis manos”, a. LXII, núm. XXXVIII (15 de octubre de 1918), p. 9.

Por Esos Mundos

“El beso”, t. II (julio a diciembre de 1906), p. 459.

Revista Nueva

“El último viaje. Del libro de las Bivilas”, v. II (agosto a diciembre de 1899), p. 218.

Jesús Urueta

El Álbum de Madrid

“La danza del vientre en el jardín de París”, a. 1, núm. 12 (39 de junio de 1899), p. 1.

Jesús E. Valenzuela

La España Moderna

“Impresiones literarias”, a. V, núm. LIX (noviembre de 1893), p. 207.

El Nuevo Mercurio

“El modernismo”, núm. 8 (agosto de 1907), pp. 886-891.

Eduardo del Valle

El Álbum Iberoamericano

“Pedro María Amaya. Autógrafos de escritores mexicanos”, 2ª época, a. IX, t. III, núm. 17 (7 de noviembre de 1891), p. 196.

José María Vigil

El Álbum Iberoamericano

“La mujer mexicana”, 2ª época, a. XIII, t. X, núm. 24 (30 de junio de 1895), p. 284.

“La mujer mexicana”, 2ª época, a. XIII, t. X, núm. 25 (7 de julio de 1895), p. 290.

“La mujer mexicana”, 2ª época, z. XIII, t. X, núm. 26 (14 de julio de 1895), p. 302.

Laureana Wright Kleinhans

El Álbum Iberoamericano

“El carnaval”, 2ª época, a. II, t. VIII, núm. 4 (30 de enero de 1894), pp. 45 y 46.

Antonio Zaragoza

El Álbum Iberoamericano

“Lo que es amar”, 2ª época, a. XI, t. VI, núm. 19 (22 de mayo de 1893), p. 224.

Rafael Zayas de Enriquez

El Álbum Iberoamericano

“Cuauhtémoc”, 2ª época, a. XI, t. VII, núm. 6 (14 de agosto de 1893), p. 69.